This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

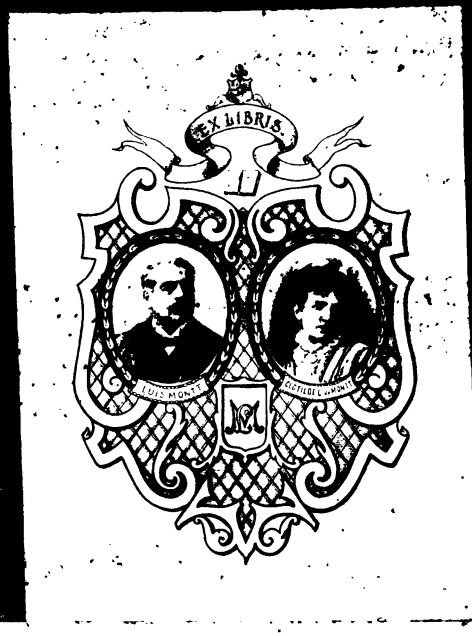
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



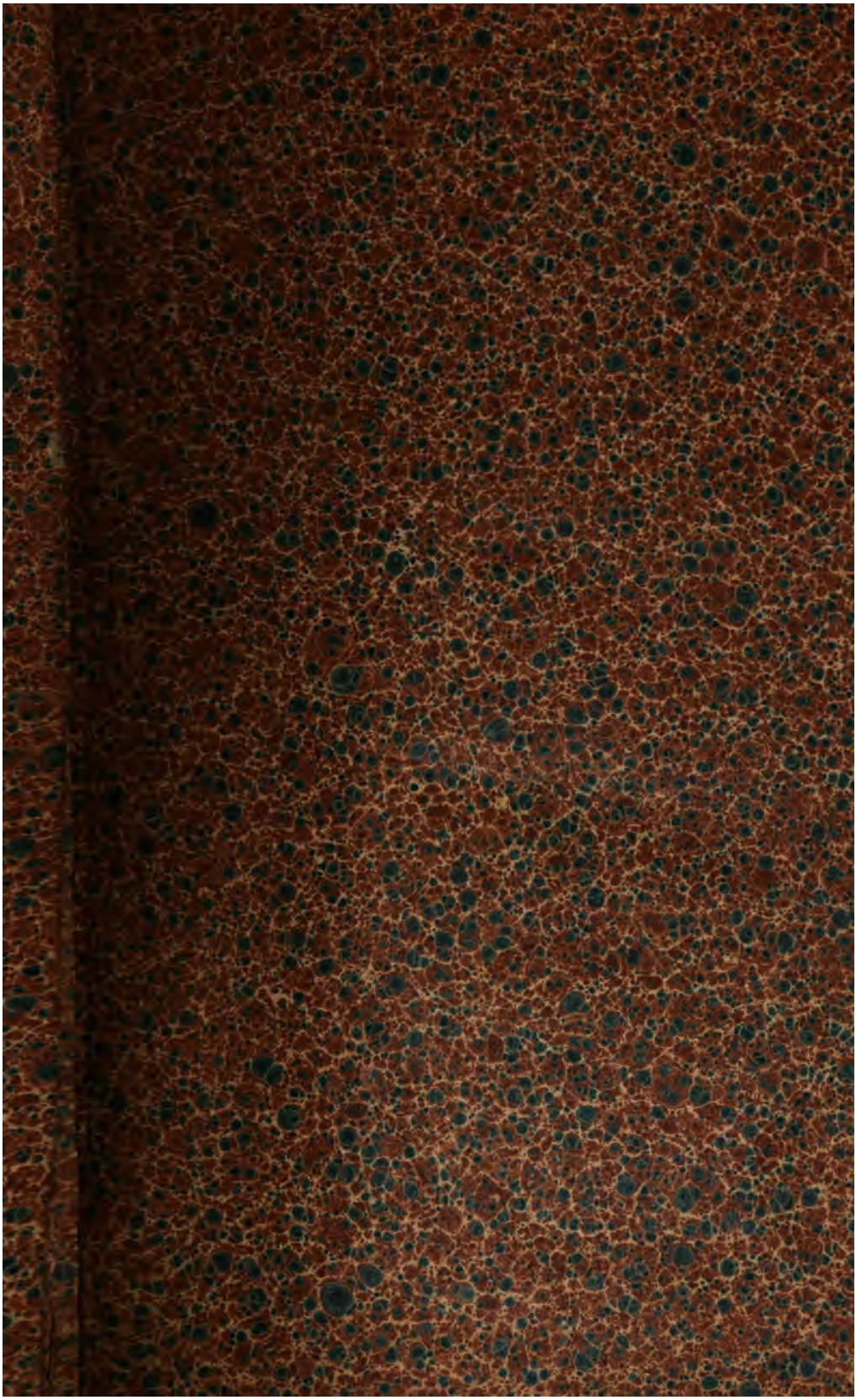
SA8647.6

HARVARD COLLEGE LIBRARY

SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08

-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
DECEMBER MDCCCCVIII



LUIS MONTT,
Santiago, Chile.

Moreno 1083

MEMORIAS

PARA LA HISTORIA

DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS

EN EL PERÚ,

Por el General García Camba.

TOMO I.

MADRID.

SOCIEDAD TIPOGRÁFICA DE HORTELANO Y COMPAÑIA,

Pasadizo de S. Ginés, núm. 3, Editores.

1846.

SA 8647.6

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

INTRODUCCION.

Cuando á principios del presente siglo la confiada nacion española se vió inesperadamente atacada por las numerosas y aguerridas legiones del emperador Napoleon, despues de apoderado con astucia de la persona de Fernando VII, del resto de la real familia y de varias de nuestras plazas, no faltaron españoles que estimasen temeraria sino inútil la resistencia; mas como no siempre se ofenden impunemente los sentimientos de un pueblo noble, lanzó Madrid el terrible grito de *á las armas*, el para siempre memorable 2 de mayo de 1808, y la España se alzó como por ensalmo contra el abominable yugo que un estrangero orgulloso pretendia imponerla. Para poder hacer frente á los incalculables sacrificios que exigia una empresa tan gigantesca como la de repeler esa injusta agresion y vengar el ultrage hecho á la dignidad nacional y á la persona de su jóven y entonces idolatrado monarca, natural era que los españoles peninsulares contasen con la pacífica sumision de sus provincias trasatlánticas y con el afecto cordial de sus propios hijos.

Instalado en la Península un poder central que, supliendo la horfandad que ocasionaba la detencion del rey en Francia, dirigiera convenientemente la nave del Estado en tan deshecha borrasca, se apresuró á hacer declaraciones favorables á los súbditos de Ultramar y nombró emisarios patricios para que fuesen á comunicar á esas lejanas provincias el arriesgado pero glorioso empeño de la metrópoli, previniendo al propio tiempo á todas sus autoridades que procurasen estrechar mas y mas los lazos de la sangre, de la lengua y de la religion que

unian á los españoles de ambos mundos, para que auxiliasen los del nuevo á sus hermanos peninsulares con cuanto su patriotismo y espíritu monárquico les sugirieran, atendido el conflicto en que se veian. Pero, si en consecuencia fueron remitidos á España cuantiosos recursos pecuniarios en un principio, la ambiciosa inquietud de algunos, ansiosos de medrar á costa de la felicidad de sus compatriotas, no tardó mucho en agitar el innoble proyecto de sustraer aquellos dominios de la dependencia de la metrópoli, cuando precisamente esta tenia mayor necesidad de su importante auxilio.

Acerca de una coincidencia tan notable, dice el ilustrado conde de Toreno: «Escogieron los americanos para ello la ocasion mas digna y honrosa? A medir las naciones por la escala de los tiernos y nobles sentimientos de los individuos, abiertamente diriamos que no, habiendo abandonado á la metrópoli en su mayor afliccion cuando aquella decretara igualdad de derechos y cuando se preparaba á realizar en sus Córtes el cumplimiento de las anteriores promesas. Los Estados-Unidos se separaron de Inglaterra en sazon en que esta descubria su frente serena y poderosa, y despues que reiteradas veces les habia su metrópoli negado peticiones moderadas en un principio. Por el contrario los americanos españoles cortaban el lazo de union abatida la Península, reconocidas ya aquellas provincias como parte integrante de la monarquía y convidados sus habitantes á enviar diputados á las Córtes. No; entre individuos graduariase tal proceder de ingrato y aun villano. Las naciones, desgraciadamente suelen tener otra pauta, y los americanos quizá pensaron lograr entonces con mas certidumbre lo que á su entender fuera dudoso y aventurado, libre la Península y repuesto en el sólio el cautivo Fernando.» (1)

Los promovedores de la insurreccion de América se apoyaron desde luego en la apasionada censura de los émulos de España sobre su administracion en Ultramar y con ellos volvieron á sacar á cuento los escesos cometidos en su adquisicion «grandes, reprensibles, *reconoce Toreno*, pero escesos que casi siempre acompañan á las conquistas, y que no sobrepujaron á los que hemos visto consumarse en nuestros dias por los soldados de naciones que se precian de muy cultas.» Siendo un hecho acreditado por la legislacion misma de Indias que la España procuró organizar sus establecimientos ultramarinos colmándolos de beneficios y de privilegios, bien podia y de-

(1) Historia del levantamiento y guerra de España.

bia esperar de sus hijos en el nuevo mundo otro género de correspondencia de la que halló en estremo necesitada; porque ¿quién ignora que esas vastas regiones la debian su religion, su lengua, su civilizacion, su cultura, las famosas ciudades y villas que pueblan esos paises y los establecimientos de todas clases que para su utilidad y su mayor esplendor erigieron en ellos los españoles? A la España y al gobierno de sus reyes debió la América, que dependia de su autoridad, leyes admirables, escuelas de primeras letras en grande abundancia, universidades, colegios, hospitales, casas de beneficencia, cátedras de física, de química y de minería, la bacuna etc., y todo atestigua al mundo, *como dice Mr. Lafond*, que no pretendia ni queria la metrópoli que la ignorancia se perpetuase en sus posesiones de Ultramar.

El mismo Mr. Lafond, nada escaso por cierto en referir los ponderados agravios alegados por los sostenedores de la insurreccion de América en justificacion de su proceder, confiesa tambien que mientras las demas naciones europeas abandonaban á sí propias sus nacientes colonias al otro lado de los mares, la España cuidaba solícitamente de las suyas estableciendo en ellas desde luego un sistema regular para su mejor gobierno. «Los colonos españoles, *añade*, no conocian los » impuestos ó eran al menos insignificantes los que pagaban: » estaban exentos del servicio obligatorio del ejército y de la » *marina*, y durante siglos nada turbó la profunda paz en que » vivian.» (1)

Los españoles nacidos en América fueron siempre tratados por el gobierno metropolitano con la mayor liberalidad, mandándose por ley expresa preferir á los hijos de los descubridores, de los conquistadores y de los pobladores; y asi es que optaban y optan á todos los empleos, honores, condecoraciones, títulos y dignidades de la monarquía, la grandeza de España inclusive. Los españoles americanos fueron consiguientemente en Ultramar vireyes, generales en gefe y de division, gefes y subalternos en todos los cuerpos militares de mar y tierra, gobernadores presidentes de audiencia, gobernadores intendentes, subdelegados, subinspectores generales, segundos cabos, superintendentes de hacienda y de las casas de Moneda, arzobispos, obispos, regentes, oidores, prelados de los ordenes religiosos, contadores mayores, oficiales reales y asesores, ademas de ocupar la mayor parte de las dignidades, canongías y raciones de las catedrales y casi la totalidad de los

(1) Voyages autos du Monde.

empleos subalternos en todas las carreras, la cura de almas inclusive: ellos fueron y son en la Península secretarios del Despacho, ministros de los consejos y tribunales supremos, generales en gefe y de division, capitanes generales de provincia, obispos, intendentes, asistentes de Sevilla, oidores, gefes y subalternos en todos los ramos, diputados á Córtes, senadores en fin. Sin embargo, los promovedores y sostenedores de la insurreccion de América pretestaron viva queja de verse desatendidos en la provision de los cargos públicos, y llevaron á tan alto punto las diatrivas contra su propia ascendencia que hasta en 1818 obligaron á decir al viajero norte-americano Mr. Brackenridge: « Al oir sus apóstrofes contra la opresion »de 300 años, cualquiera creerá que la sangre española no »circula por sus venas, y que son la misma clase de gente que »Cortés y Pizarro subyugaron á la corona de Castilla.» Pero es igualmente de notar que cuando convenia á esos mismos hombres el ensalzamiento de su alcurnia apelaban sin reparo y con orgullo á su origen castellano.

Tampoco dejaban de vociferar la abundancia de plata y oro estraidos de la América por los españoles, pero sin cuidar de hacer igual repetida mencion de los muchos artículos de que ese pais carecia antes de su descubrimiento y que forman hoy gran parte de su riqueza y de su regalo. Ademas de su religion, su idioma, su industria, sus conocimientos y su poblacion, llevaron los españoles á América caballos, bueyes, camellos, burros, cabras, ovejas de Castilla, puercos, perros castizos, gatos caseros, conejos, gallinas, palomas, trigo, cebada, la vid, el olivo, higos, granadas, cidras, naranjas, limas dulces y agrias, manzanas, peros, membrillos, duraznos, melocotones, albérchigos, albaricoques, ciruelas, melones, pepinos, calabazas, guindas cerezas, almendros, la caña de azucar, lechugas, escarolas, rábanos, coles, nabos, ajos, cebollas, berengenas, espinacas, acelgas, yerbabuena, culantro, peregil, cardos, espárragos, viznagas, garbanzos, habas, lentejas, anís, mostaza, oruga, alcarabea, ajonjolí, arroz, alucema, cominos, orégano, agenjos, avenate, adormideras, trébol, manzanilla, rosas, clavelinas, jazmines, azucenas, mozqueta, lino, alfalfa, etc., cosas todas útiles para la vida y algunasde casi incalculable valor en el dia (1).

Como quiera, cuando la metrópoli se hallaba mas empeñada en una lucha terrible, tan desigual como justa por su parte, Buenos-Aires, Quito, Caracas, Santa Fé, Méjico,

(1) Garcilaso, historia general del Perú.

Chile y mas tarde el Perú, lanzaron sucesivamente el grito de rebelion é independencia de España, aunque disfrazado al principio con la artificiosa apariencia de pretender conservar al rey Fernando el pleno dominio de aquellos reinos, logrando por este ardid alucinar á los incautos pueblos que habian de contribuir con sus fortunas y con la sangre de sus propios hijos al sostenimiento de unos planes, cuyo verdadero objeto no alcanzaban á penetrar. A los promovedores de tamaño proyecto les interesaba mucho que la insurreccion estallara en todas las provincias á la vez, y á este fin dirigieron sus primeros pasos, como claramente demostraban las cartas de Buenos-Aires interceptadas en la ciudad de la Paz á principios de 1809.

Para llevar á cabo tan funesta maquinacion necesitaban los instigadores y consiguieron ganar la fuerza armada existente, reducida en número y á la verdad algo descuidada por punto general asi en su instruccion como en su disciplina, con cuya cooperacion les fué fácil deponer á las autoridades constituidas. Una vez dado este gran paso, era consiguiente proceder á la eleccion de nuevos gobernantes, y el sostenimiento de un nuevo órden de cosas debia de excitar el fanatismo político y ofrecer á los novadores un ancho campo de persecucion. Asi fué como esos trastornadores se apoderaron de cuantiosas riquezas, privaron de la vida á varios españoles, expatriaron á otros muchos, llenaron de amargura y desolacion á sus inocentes familias y de *horror*, de luto y de sangre aquel pacífico suelo, del cual, es triste decirlo, parece haber huido el sosiego y la tranquilidad.

Habiendo residido algunos años en el reino del Perú, y habiéndonos cabido en suerte ser testigos y aun partícipes de muchos sucesos de los ocurridos en la lucha que los españoles se vieron obligados á sostener allí por el espacio de 16 años, nos proponemos presentar con la mayor exactitud algunos de sus pormenores para que puedan servir de datos seguros para la historia de nuestras armas, y conducir al propio tiempo al conocimiento de las causas que prepararon el resultado de Ayacucho.

Para cumplir mejor nuestra tarea hemos procurado consultar varias publicaciones y manuscritos, señaladamente el *Diario* del ingeniero D. Francisco Javier de Mendizabal, el del E. M. del general la Serna en la campaña de 1817 sobre los campos de Jujuy y Salta; la impugnacion razonada del manifiesto del virey D. Joaquin de la Pezuela sobre su cesacion en el mando del Perú; la representacion documentada del virey D. José de la Serna á S. M. acerca de la inobediencia del general Olañeta, su fecha en el Cuzco á 15 de julio de 1824;

la exposicion tambien documentada del mariscal de campo don Gerónimo Valdés al rey, sobre la separacion del mando del virey Pezuela, la insubordinacion de Olañeta y las principales operaciones militares hasta la jornada de Ayacucho, su fecha en Vitoria á 12 de julio de 1827, la extensa relacion del gobierno del acreditado virey D. José Fernando Abascal, marqués de la Concordia; las Memorias del general Miller; la relacion histórica de 20 años de residencia en la América del Sur por el ciudadano inglés Mr. W. B. Stevenson; la historia de la revolucion Hispano-Americana por D. Mariano Torrente, escrita y publicada bajo los auspicios del gobierno de Fernando VII; los viages alrededor del Mundo, del capitan Mr. Lafond; los partes oficiales de los generales españoles; algunos de los independientes; el manifiesto del marqués de Torretagle, sobre su administracion como presidente de la república peruana, y nuestras propias anotaciones. La representacion del virey la Serna y el manifiesto de Torretagle se acompañan íntegros por su importancia. Y como sin verdad la historia toma otro nombre, en apoyo de la exactitud que hemos prometido insertaremos oportunamente algunos documentos y citas que, nos parece, merecen esta colocacion, sin embargo de poner otros igualmente interesantes por apéndice.

Tambien debemos confesar con lisura que la lamentablemente célebre circunstancia de haber visto, despues de 19 años, servir el nombre *ayacucho* de especioso pretesto á las pasiones políticas para concitar los ánimos á un alzamiento que la historia ha de calificar, no es la que menos ha influido á decidirnos por la continuacion de un trabajo casi abandonado. Así pues nuestra satisfaccion será completa si logramos contribuir á la rectificacion de los juicios de buena fé erróneos, á poner un conveniente correctivo á los apasionados, y á que todos los españoles, en fin, puedan juzgar con mayor copia de datos de los servicios y merecimientos de los leales defensores de los derechos de España en el Perú, aunque acabaron por ser vencidos en Ayacucho.

La idea de pretender que el nombre de esta batalla, desgraciada para las armas españolas, pase al catálogo de los nombres de proscripcion es en extremo singular y acaso sin ejemplo fuera de España. Como quiera en Ayacucho perdieron los vencedores por su propia confesion sobre 100 hombres entre muertos y heridos, y ademas es de notar que cuando se libró, el 9 de diciembre de 1824, hacia precisamente dos años que solo el Perú y la provincia de Chiloé eran los únicos restos del dominio español en América donde la lealtad mas acrisolada,

abandonada á sus propios y exclusivos recursos no vendia, como en un arrebato de pasion se permitió decir cierto general en 1843, sino que resistia la ominosa rebelion de Olañeta y hacia frente á la revolucion armada y triunfante de todos los Estados de la América meridional inclusa Colombia. Una reseña cronológica y fidedigna, aunque sensible, de las pérdidas que contaba entonces la España en el nuevo mundo bastará para comprobar nuestro aserto.

Sublevóse Buenos-Aires en 1810 y se perdió la mayor parte de este vireinato: rindióse la plaza de Montevideo en 1814, despues de un prolongado sitio: perdióse el reino de Chile en Chacabuco en 1817, confirmóse su pérdida en el Maipu en 1818, y se siguió á esta desgracia la de la fragata de guerra Reina María Isabel en el puerto de Talcahuano con la mayor parte de la expedicion peninsular que convoyaba: perdióse en 1820 el bergantin de guerra Potrillo y la plaza de Valdivia; desembarcó San Martin en Pisco con las tropas de su mando; sacó lord Cochranc, al servicio de Chile, la fragata de guerra española la Esmeralda de debajo de las baterías y castillos del Callao; pasóse al enemigo el batallon de Numancia armado y municionado; se sublevaron y proclamaron la independencia la plaza, astillero y provincias de Guayaquil y de Trujillo con sus respectivas guarniciones: perdióse el vasto y rico reino de Méjico en 1821, reconociendo D. Juan O-Donojú en Córdova, apenas desembarcado como gefe superior, la independencia proclamada por el coronel Iturbide en Iguala: perdióse en el mismo año, y casi simultáneamente, la batalla de Carabobo, donde sucumbieron los restos del valiente ejército del general D. Pablo Morillo, quedando por consecuencia afirmada la independencia de Costafirme: perdióse en 1822 el reino de Quito en Pichincha; cedió la fidelísima provincia de Pasto al poder creciente de Bolivar; y, lo que parecerá mas asombroso todavia, las fragatas Prueba y Venganza y la corbeta Alejandro, que formaban la única escuadra española en el mar Pacífico al mando del capitan de navío D. José Villegas, fueron entregadas á los independientes por medio de un tratado celebrado en Guayaquil por sus propios gefes.

Medítese pues con detenimiento la natural influencia que ese catálogo de reveses habia de ejercer en la suerte de la guerra que se sostenia en el Perú, donde siempre carecieron los realistas de fuerzas navales superiores, reclamadas por todos los gefes encargados del mando y aun ofrecidas por el gobierno de S. M., y tómese muy en cuenta que mientras el ejército español-peruano apenas contaba en diciembre de 1824 mil

y quinientos europeos sobre las armas en toda la extension de aquel vireinato, el ejército británico, que guarnecia los establecimientos del norte de América, se componia de 50,000 hombres auxiliados de una marina poderosa y bien mandada. Reflexiónese en fin que el ejército real peruano sostuvo una lucha obstinada desde 1809 hasta enero de 1826 en que capituló la plaza fuerte del Callao, mientras al año siguiente de haber declarado los norte-americanos su independencia, es decir, en 1775, sitió Washington á Boston y la tomó de los ingleses, obligó poco despues el general Gates á rendirse sin combatir á 10,000 de estos soldados, y por último, forzado el ilustre general inglés Cornwallis á capitular en York-Town con todas sus tropas, la independencia de los Estados-Unidos quedó definitivamente reconocida en 1783. No se crea que los españoles en el Perú fueron mas valientes que los ingleses en el norte de América, sino que contaron con infinitamente mayores simpatías en el pais, lo que sin duda alguna prueba en favor de su calumniada administracion. Como quiera no sabemos que la mala suerte de los vencidos haya llegado á ser entre sus mismos compatriotas el objeto de ningun mote. Este triste ejemplo parece estaba reservado para señalar en España la época del mayor desapoderamiento de las pasiones políticas.

Sirve no obstante de grandísimo consuelo y es en extremo satisfactorio reconocer que los militares españoles europeos y algunos fieles americanos, á quienes abandonó la fortuna en Ayacucho, lejos de aceptar los partidos ventajosos que los independientes propusieron á unos, despues de capitulados, y los agentes del gobierno imperial del Brasil insinuaron á otros á su paso por Rio Janeiro, se apresuraron todos á regresar á la Península y otros puntos del dominio de España, satisfechos de su conducta, dispuestos á responder de ella cada uno en su caso, y prontos á prestar nuevos servicios si eran necesarios, como vino á suceder mas antes de lo que tal vez se creia. Consiguientemente esos militares á la muerte del rey Fernando fueron del número de los defensores de los derechos de su augusta hija, y aceptaron las instituciones nacionales defendiéndolas y sosteniendo al combatido trono, unos al precio de su vida y otros á costa y riesgo de su propia sangre; y si hubo alguna excepcion fué para concurrir al fin al memorable abrazo de Vergara. Nosotros apelariamos con confianza, si necesario fuese, al testimonio de cuantos valientes tomaron parte en esa sangrienta lucha y les conjurariamos á que dijeran el comportamiento que hubiesen observado en sus compañeros de armas generalmente designados por el apelativo *ayacuchos*; pero

este periodo de su vida pública no pertenece al presente asunto.

Finalmente, para que se pueda formar una idea de las marchas y contramarchas que ha sido forzoso ejecutar en la vasta extension del territorio del alto y bajo Perú, nos ha parecido conducente insertar á continuacion los principales itinerarios de las vias de comunicacion. Solo el vireinato del Perú, llamado tambien de Lima, que ha sostenido por largo tiempo todo el peso de la guerra, se extendia antes de que esta estallara desde los 32' de latitud norte hasta los 25° 10' de latitud sur, y desde los 63° 56' hasta los 70° 18' de longitud occidental del meridiano de Cádiz, es decir sobre 514 leguas de norte á sur y sobre 126 de este á oeste en la parte mas ancha, teniendo por límites al norte la provincia de Guayaquil, al sur el famoso desierto de Atacames, al este la cordillera oriental de los Andes y al oeste el mar pacífico.

Itinerario de Lima á Buenos-Aires.

A Lurin	6
Chilca	7
Asia	8
Hualcará	8
Lunahuaná	7
Llangas	6
Viñac	7
Túrpo	8
Cotay	6
Huancávelica	10
Paucará	10
Parcos	4
Marcas	6
Huanta	6
Huamanga	6
Cangállo	6
Ibias	8
Uripa	10
Andahuailas	10
Pincos	6
Cochacajas	6
Abancay	6
Curahuasi	6
Lima-Tambo	4
Zurite	6
Cuzco	7
Oropesa	4
Urcos	4
Quiquijana	4
Checacuya	6
Cacha	5
Sicuani	3
Aguacaliente	6
Santa Rosa	8
Ayaviri	7
Pucará	6
Nicasio	6
Juliaca	6
Paucarcólla	7
Puno	3
Chucuito	4
Acóra	3
Ylabe	5
Juli	5
Pomáta	4
Cepita	7
Huaqui	7
Tiahuanaco	4
La Laja	7
La Paz	6
La Ventilla	4
Calamarca	6
Ayoayo	5
Sicasica	8
Panduro	8
Caracollo	5
Oruro	8
Venta de Enmedio	10
Condorapacheta	4 1/2
Las peñas	4 1/2
Ancacato	4
Vilcapuguio	5
Lagunillas	8
La Leña	6

Llocálla	6
Potosi	10
Chaquilla	6
Caisa	6
Sarapalca	6
Quirve	6
Escara	6
Santiago de Cotagaita	4
La Ramada	8
Mocharà	6
Suipacha	8
Mojo	8
Quiaca	8
Cangrejos	9
Colorados	6
La Cueva	6
Humahuaca	8
Huacalera	6
Hornillos	6
Volcan	9
Jujuy	9
Rio-Blanco	7 1/2
Caldera	5 1/2
Salta	6
Covos	9
Cienega	7
San Antonio	8
Rodeo del Tala	8
Concha	8
Rosario	3
Arenal	6
Pozo del Pescado	8
Aldurralde	7
La Tapia	8
Tucumán	7
Talacocha	8
Palmas	6
Vinará	6
Rio-Primero	5
Mirandas	1
Capilla de Gimenez	5
Santiago del Estero	9
Monogasta	8
Silípica	4
Simbolar	7
Ayuncha	4
Remano	30
Portezuelo	8
Pozo del Tigre	6
Chañar	3
Durazno	5
San Pedro	4
Corral de Barrancas	4
San Antonio	5
Totorál	5
Sinsacate	6
Noria	5
Córdova	7
Punta del Monte	4 1/2
Rio-Segundo	4 1/2
Impira	5
Cañada del Gobernador	6
Rio-Púgio	6
Esquina de la herradura	6
Esquina de Medrano	4
Fraile-Muerto	6
Zanjón	4
La Barranca	4
Esquina de Lovaton	7
Cabeza del Tigre	5
Esquina de la Guardia	7
Areco	4
Desmochados	4
Cañada de la Candelaria	6
Manantiales	4
Arroyo de Pavón	10
Arroyo de en medio	5
Arroyo de Ramallo	5
Pontezuelas	6
Arrecífe	4
Chacras de Ayala	10
Areco	4
Cañada de la Cruz	6
Luján	8
Cañada de Morón	7
Buenos-Aires	6
	953

Itinerario de Lima á Tarapacá por Arequipa.

A Lurin	6
Chilca	7
Asia	8
Cañete	8
Chincha	10
Ica	16
Palpa	20
Nasca	10
Acarí	24
Chala	16

Atico	24
Ocoña	24
Camaná	12
Siguas	16
Arequipa	20
Tambo	24
Morro	10
Puquina	14
Moquehua	2
Sitana	12
Sama	9
Tacna	9
Arica	12
Chaca	10
Camarones	9
Chesa	7
Tana	7
Aroma	14
Tarapacá	6
	366

Itinerario de Tarapacá á Potosi.

A Chusmiza	10
Huanca	8
Sitani	8
Harangas	8
Zavaya	6
Chipata	6
Urinóca	12
Ullagas	10
Coroma	9
Calientes	8
Llápa	8
Tollocsi	9
Potosí	8
	110

Itinerario de Arica á Oruro.

A Tacna	12
Paquia	7
Palca	6
Tocóra	8
Colpa	8
Selpulturas blancas	8
Cajas	7
Tarapacá	7
Curahuara	6
Tambillo	6
Mulatos	8
La Barca	9
Oruro	10
	102

Itinerario de Oruro á Chuquisaca.

A Sorasora	5
Huancani	5
Agua-Caliente	6
Calacala	6
Moracháca	7
Máccha	9
Ocarí	7
Yurubamba	10
Chuquisaca	9
	64

Itinerario de Oruro á Mizque.

A Culcobamba	7
Chálla	7
Tapacarí	5
Sipesipe	8
Cochabamba	5
Pampa-Redonda	15
Curiáuri	8
Mizque	7
	62

Itinerario de Oruro á Carangas.

A Challacoyo	5
Toledo	5
Corque	8
Huanchacaya	14
Carangas	13
	45

Itinerario de Cochabamba á Santa Cruz.

A Pocona	20
Totora	5
Chalhuani	14
Chilon	7
Pulquina	6
San Pedrillo	5

Matural	4
Máirana	7
Samapaita	7
Cuevas	6
Porongo	21
Santa Cruz	3
	105

Itinerario de Potosi á Chuquisaca.

A Tambo Bartolo	8
Tambo-Nuevo	8
Chuquisaca	9
	25

Distancia de Potosi

A Talavera de Puna	12
A Atacames	90
A Lipes	130

Distancia de Santa Cruz

A S. Javier de Chiquitos	60
A Loreto en Mojos	110

Itinerario de Tarma á Huancavelica.

A Jauja	10
Concepcion	6
Huancayo	3
Huayucachi	3
Acos	6
Huando	8
Huancavelica	5
	41

Itinerario de Tarma á Huarás.

A Reyes	8
Carhuamayo	5
Pasco	5
Llanahuanca	8
Baños	12
Huanuco-Viejo	5
Huallanca	5
Carhuascocha	6
San Marcos	5
Huari	5
Santa Catalina	10
Huarás	16
	90

Itinerario de Lima á Ica por Yauyos y Castrovireina.

A Lurin	6
Chilca	7
Coaillo	9
Omas	9
Tauripampa	8
Allanca	7
Capillucas	9
Catahuasi	10
Viñac	14
Chupamarca	12
Pauranga	16
Huacahuaca	10
Huaitara	10
Tambillo	10
Ica	14
	151

Itinerario de Lima á Huancavelica por Jauja.

A Sisicaya	12
Chorrillo	8
Huarochiri	8
Pariacaca	8
Julca	8
Jauja	9
Concepcion	6
Huancayo	3
Huayucachi	3
Acos	6
Huando	8
Huancavelica	5
	84

Itinerario de Lima á Huánuco.

A Chaclacayo	6
Santa Ana	3
Surco	6
San Juan	2
San Mateo	4

Yauli	9
La Oroya	5
Tarma	6
Reyes	8
Carhuamayo	5
Pasco	5
Huariaca	8
Rondez	5
Ambo	5
Huánuco	5
	82

Itinerario de Lima á Guayaquil.

A Chancay	12
Huaura	12
Barranca	8
Huarmey	20
Casma	16
Nepeña	9
Santa	8
Viriú	16
Moche	10
Trujillo	2
Santiago de Cao	5
Paijan	5
San Pedro	10
Pueblo-Nuevo	5
Moaya	6
Chiclayo	8
Lambayeque	2
Morrope	4
Sechura despoblado	36
Piura	10
Ancotape	14
Pariña	10
Mancora	15
Tumbez	24
Salto	4
Guayaquil por el rio	25
	296

Distancia de Piura

A Paita	14

Itinerario de Puira á Jaen.

A Urbaneja	8
Uicus	8
Ala	10
Vigote	6
Sabse	12
Huancabamba	6
Tabaconas	8
Charaja	8
Botijas	8
Pucará	6
Perico	4
Jaen	8
	92

Itinerario de la Barranca á Huarás.

A Pativilca	2
Huaricanga	5
Chaucayan	10
Marca	4
Rehuay	7
Huarás	4
	32

Itinerario de Trujillo á Chachapoyas.

A Chicama	8
Ascope	4
Cascas	12
Contumarca	6
Magdalena	10
Cajamarca	5
Polloc	4
Celendin	8
Las Balsas	6
Carrizal	3
Tambo-Viejo	4
Llulli	5
Lesnicbamba	4
Puente de Sto. Tomás	6
Súta	3
Magdalena	4
Levánto	3
Chachapoyas	3
	98

Itinerario de Trujillo á Parcoy.

A Otúzco	14

Huamachuco	18
Chusgón	4
Rio Marañon	14
Parcóy	8
	58

Itinerario de Chachapoyas á Lamas.

A Jauli	8
La Ventilla	4
Bagazán	6
Almirante	5
Pucartámbo	6
Visitador	6
Uquihua	7
Moyobamba	7
Jera	4
Culcarrúmi	4
La Calavera	6
Buenavista	4
Potrero	6
Tabalósos	6
Pueblo del Rio	3
Lamas	7
	89

Itinerario del Cuzco á Arequipa.

A Parúru	8
Araipálpa	3
Chirihuay	3
Accha	3
Mácpi	6
Tinco	5
Vetille	6
Caillóma	24
Sani	8
Chibay	8
Estancia de Togra	6
Lanahuá	6
Arequipa	12
	98

Itinerario de Arequipa á Puno.

A Apo	10
Pati	12
Vergara	9
Santa Lucía	7
Vilque	8
Puno	7
	53

Algunas comunicaciones trasversales.

De Ayaviri á la Ventilla	3
A Pucará	3
Choconchaca	6
Lámpa	3
	15
De Ayaviri á Charaqui	6
A Asángaro	4
	10
De Ayaviri á Antavilque	3
A Asillo	4
Quinsacálco	5
Potóni	7
Al Crucero en Carabaya	3
	22
De la Paz á Pucaráni	9
A Huarina	7
Achacáche	4
Ilabaya	7
Zorata en Larecaja	2
	29
De la Paz á Viacha	6
A Caquiaviri	14
	20

Nota. Todas las capitales de provincia van subrayadas.

Los españoles escriben Guaquil, Guaqui y Guaitará etc., con *G* debiendo de ser con *h* segun el abecedario indico, que como dice el Inca Garcilaso no tuvo la letra *G*.

MEMORIAS

PARA SERVIR A LA HISTORIA

DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS EN EL PERU.

CAPITULO I.

Extension del dominio de España en América.—Invasion y reconquista de Buenos-Aires en 1806.—Pérdida de Montevideo en 1807.—Deposicion del virey marqués de Sobremonte.—Enumeracion de los reinos y provincias españolas en el nuevo mundo.—Méjico.—Deposicion del virey Iturrigaray.—Guarnicion de Lima.—Su fundacion y estado.—Tropas en general.—Invasion de la Península.—Su influencia en América.—Insurreccion de Chuquisaca.—Deposicion del gobernador presidente.—Nombra el virey Cisneros al general Nieto.—Insurreccion de la Paz.—El virey del Perú forma nu ejército.—Goyeneche.—Ramirez.—Triunfo de Chacaltaya.—Recuperacion de la Paz.—Sus consecuencias.—Nieto en Chuquisaca.—Pacificacion del Perú.—Quito.

AÑO DE 1809.

Cuando el 2 de mayo de 1808 el heróico pueblo de Madrid señaló con su propia sangre la honrosa senda que con teson y constancia supieron seguir los demas de la Península, las posesiones españolas de América se estendian desde la parte mas austral de Chiloe hasta la mas septentrional de las Californias y contaban 79° 31' de Sur á Norte, es decir, cerca de 2,000 leguas; y aunque esa vasta extension de

territorio se hallaba poblada de naciones y castas diferentes, era toda gobernada por una misma legislacion admirablemente adecuada al estado de sus naturales, bajo cuyo régimen vivieron por mas de tres siglos en envidiable tranquilidad y prosperando, sin que fueran necesarios para su conservacion grandes y costosos aparatos marciales. La adhesion de los habitantes de la América á su metrópoli se estimaba entonces general y se creia fundadamente sincera, pues apenas habian trascurrido dos años desde que los moradores de Buenos-Aires la habian confirmado con valor y sellado con su propia sangre.

El hecho fué que los ingleses dirijieron una expedicion contra Buenos-Aires, desembarcaron sin dificultad, obtuvieron repetidas ventajas sobre nuestras armas, que mandaba el virey marqués de Sobremonte, entraron en la capital y sitiaron á Montevideo en 1806. Apesadumbrado sin duda por las desgracias experimentadas, el virey tomó la resolucion de sustituir en la real audiencia el mando que ejercia, perdida la capital y con los enemigos al frente. De aqui provino el que el valiente y entonces popular brigadier D. Santiago Liniers se encargase del mando de las armas, y bajo su acertada direccion los fieles y bravos habitantes de Buenos-Aires obligaron á capitular á los ingleses, y reconquistaron la capital el 23 de agosto del mismo año de 1806. Ufanos con la victoria y so pretexto de asegurar sus consecuencias, provocaron al dia siguiente un cabildo abierto sin conocimiento prévio del gobierno, pero cuyo verdadero objeto era la destitucion del virey; acto que los buenos oficios de la audiencia y del reverendo obispo consiguieron paralizar, aunque el pensamiento cundia por todas las clases con aplauso, porque el crédito de Sobremonte habia menguado tanto como habia crecido con el triunfo la reputacion de Liniers.

Asi las cosas, supose en Buenos-Aires á mediados de febrero de 1807 que la plaza de Montevideo habia caido en la madrugada del 3 del propio mes en poder de los ingleses, y causó tal agitacion en el pueblo que recorria las calles pidiendo á voces la destitucion del marques de Sobremonte y la reconquista de Montevideo. El virey obligado por las exigencias del pueblo armado, consintió en que el 17 de febrero se reuniese una junta general y en ella se acordó su destitucion, y que el ejercicio de las altas facultades de la primera autoridad se dividiese entre la audiencia y el gefe militar Liniers; todo interinamente y mientras S. M., á quien se daria cuenta, se dignaba resolver como estimase mejor. La persona del marqués quedó asegurada en la Recoleta.

De aquí nacieron graves cuestiones y aun compromisos en cierto modo para el celoso virey del Perú, quien llegó á tomar sobre sí, primero la determinacion de trasladarse á Buenos-Aires que la audiencia de Lima, consultada, desaprobó, y luego el nombramiento de su antecesor el marqués de Avilés para el gobierno de aquel vireinato; disposicion que tampoco mereció el asentimiento de todas las autoridades de Buenos-Aires. Entretanto se recibió muy oportunamente la real órden de 23 de octubre de 1806, declaratoria del órden y sucesion del mando en los gobiernos y presidencias de Ultramar, y en su consecuencia se encargó de aquel vireinato el afortunado Liniers, cuya circunstancia comunicó la audiencia de Buenos-Aires al virey del Perú, con lo cual cesaron las diferencias pendientes (1).

En la grande extension de territorio que la España poseia en América se comprendian el archipiélago de Chiloe, el reino de Chile, inclusa la plaza, puerto y provincia de Valdivia, el vireinato de Buenos-Aires incluso el Paraguay, el vireinato de Lima ó sea reino del Perú, inclusa la provincia y astillero de Guayaquil, el reino de Quito, el vireinato de Santa Fé ó Nueva-Granada, inclusas la capitanía general de Caracas y la presidencia de Panamá, el vastísimo reino de Méjico con las Californias y la capitanía general de Goatemala, ademas de varias islas importantes en ambos hemisferios. Entre esas dilatadas y ricas posesiones, *dice bien M. Lafond*, ocupaba el reino de Méjico la primacía, tanto por la naturaleza de las producciones de su suelo, como por su situacion geográfica. Con puertos en el Atlántico y en el Pacífico, interpuesto entre la Europa y el Asia, debia Méjico merecer la preferencia de los españoles, porque ademas de tener estos derecho á contar con la fidelidad de sus predilectos habitantes, podian tambien prometerse atender mejor á su conservacion por su mayor proximidad á la Península (2).

Asi era de esperar que sucediese si la unidad de accion en el mando de esas lejanas provincias no se hubiera visiblemente resentido de la extincion del ministerio universal de Indias, llevada definitivamente á cabo en 1790. Siguiéronse despues en Méjico las administraciones de los vireyes Branciforte é Iturisgaray, amargamente censuradas, sin que el gobierno supremo mandase inquirir convenientemente el fundamento de la censura para acreditar, como importaba, su justificacion; y esta fué, en nuestro sentir, una de las causas que contribuyeron á engrosar el número de los descontentos, enagenando mu-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.
(2) Voyages autour du monde.

chas voluntades favorables antes á la metrópoli. Desatendidas las quejas que se producian en Méjico contra el gobierno, hasta las sentidas y enérgicas que elevó al trono la direccion de Minas de Guanajuato, el virey Iturrigaray, con razon ó sin ella, carecia del crédito que el mando necesitaba para la época crítica que estaba avocada. Falto de apoyo, pues, asi entre los europeos como entre los criollos, fué depuesto en la noche del 15 de setiembre de 1808 y puesto en prision por acuerdo de una junta clandestinamente reunida al efecto, compuesta de la audiencia, del arzobispo, de todos los principales gefes y autoridades y de varios vecinos notables.

Sin embargo de esos ejemplos siempre sensibles, los dominios españoles de América se mantenian pacíficos y obedientes. Las tropas que formaban sus respectivas guarniciones residian por lo regular en las capitales, y bien fuese efecto de la paz en que habian estado, bien exceso de confianza y aun tal vez influencia del clima, lo cierto es que su instruccion no era esmerada ni rígida su disciplina; pero en cambio abundaban sus individuos en sumision y lealtad. Lima, capital del Perú español, llamada tambien ciudad de los Reyes, en memoria de haberla fundado Francisco Pizarro el 6 de enero de 1534, contaba para su servicio y demas atenciones del reino con el regimiento Real de Lima, un batallon titulado del Número, otro de Pardos, otro de Morenos, 300 artilleros, el regimiento de Dragones de Lima, una compañía de caballería de la guardia del virey, otra de Alabarderos, que cubria el servicio interior de palacio, y un apostadero de Marina en el Callao, pero sin escuadra.

Desde la fundacion de Lima fué esta capital un objeto de predileccion para los españoles y para sus reyes, que la trataron del mismo modo que á las ciudades mas favorecidas de España. Habia en ella una audiencia pretorial creada en 1543; la universidad de San Marcos con los mismos privilegios y exenciones que la de Salamanca, fundada en 1551: un tribunal de Inquisicion, erigido en 1571, cuya jurisdiccion se extendia al territorio de Chile y Chiloe, y al de los vireinatos de Buenos-Aires y del Perú y parte del de Santa Fé: muchos conventos de frailes y monjas tan grandes y poblados algunos, que el de la Concepcion encerraba en 1700 sobre 1041 mugeres, aunque en 1790 ya no contenia mas que 26; varios hospitales y bien atendidos; un seminario consiliar; tres colegios, Santo Toribio, San Cárlos y San Fernando, este de medicina y cirujia, fundado por el virey Abascal con el fin de que esas facultades dejasen de ser exclusivamente ejercidas por la gente de color: una junta superior de real hacienda; un

tribunal mayor de Cuentas; otro del Consulado; una casa de Moneda que acuñó desde 1801 á 1805 en plata y oro 21.215,344 pesos, y desde 1809 á 1813 21.146,410 1/2 pesos, es decir, 168,903 1/2 pesos menos que en el quinquenio anterior: una fundicion de artillería; una fábrica de excelente pólvora: un jardin botánico; un proto-medicato, y un magnífico panteon (1).

Pero volviendo al punto principal, las guarniciones ó presidios de las demas posesiones españolas de América se componian por regla general de la misma clase de gente que la del Perú, é igualmente reducidas en número; mas tambien se hallaban creados cuerpos de milicias disciplinadas y urbanas de infantería y caballería, que nada casi costaban al erario, mientras no se les llamaba á las armas, lo que solo se verificaba en determinados casos. Y aunque en todos esos cuerpos, tanto veteranos como de milicias, servian algunos gefes y oficiales europeos, la mayor parte de estas plazas estaban cubiertas por criollos, por lo comun contentos hasta entonces con la dependencia de España, y fieles y leales á la metrópoli.

Sin embargo, es preciso reconocer que las doctrinas políticas, hasta las exageradas, á que dieron ocasion el pronto resultado de la insurreccion de los Estados-Unidos en el norte de América, y la posterior y acalorada revolucion francesa, habian cundido bastante en las posesiones españolas del nuevo mundo é inflamado con facilidad las ardientes cabezas de algunos de sus moradores, cuando la alteracion del despacho de los negocios, erróneamente distribuidos entre todos los ministerios, disminuia visiblemente la importante unidad de accion en el mando y facilitaba mas el acceso á todo género de chismes y de intrigas y de parcialidades, asi para la provision de los destinos en Ultramar, como contra las autoridades de esas mismas provincias, cualquiera que pudiere ser su mérito.

Tal era el estado de la América española cuando se recibieron en ella los alarmantes pormenores del heróico alzamiento de la metrópoli contra las huestes de su ciego aliado el emperador de los franceses; y si al principio un noble entusiasmo ocupó los ánimos de aquellos habitantes en favor de la causa de sus hermanos peninsulares, muy poco despues se empezaron á descubrir los espíritus inquietos por síntomas inequívocos de una fermentacion peligrosa con la mas funesta tendencia.

Asi las cosas, la ciudad de Chuquisaca (1) en la parte austral

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.
(1) Se denomina tambien de la Plata y de Charca.

de la América fué la primera que alzó el pendon de la insurreccion, promoviendo sus partidarios un tumulto popular contra la autoridad superior constituida, que terminó por un acuerdo de la real audiencia, celebrado el 25 de mayo, resolviendo la destitucion del gobernador presidente el teniente general D. Ramon Garcia Pizarro, á quien, desconceptuado al intento en el público, acusaron los facciosos ante el tribunal de la audiencia de complicidad en las maquinaciones que atribuian al gobierno superior de Buenos-Aires sobre entregar aquel pais á la corte de Portugal, y sobre esta acusacion ó denuncia recayó la providencia de la audiencia, escandalosa y sin ejemplar hasta que la deposicion del virey Sobremonte en Buenos-Aires dió la norma para cometer igual exceso en la ciudad de la Plata.

Para esto, *dice el virey del Perú*, precedieron cabildos extraordinarios, acuerdos clandestinos y pesquisas secretas, no solo contra la conducta del virey Liniers, del presidente Pizarro, del arzobispo D. Benito María Moxó y comisionado de la junta de Sevilla el brigadier D. José Manuel de Goyeneche acerca de la inteligencia que secretamente mantenian con el gabinete del Brasil, sino que mezclando tambien á estas calumnias la de hallarse el gobernador empleado en la formacion de sumarias contra vecinos principales, su destierro y proscripcion para malquistarlo con el pueblo, y disponer con tan maligno influjo los ánimos á que cooperasen en el crímen de sedicion, que se proyectaba. Preparados de este modo y dispuestos á dar el golpe decisivo al presidente Pizarro en la noche del expresado 25 de mayo, se antepuso este jefe á la ejecucion mandando arrestar las personas de algunos ministros de la audiencia y miembros del ayuntamiento, que se habian señalado mas descaradamente en tan reprobados manejos; pero noticiosos los interesados de esta providencia la eludieron fugándose ó ocultándose de suerte que solo uno de los últimos pudo ser habido. Mas preparado el pueblo al tumulto corrió en tropel al palacio arzobispal y de aquí al de la presidencia en solicitud de la libertad de los presos, que suponian, interponiendo la dignidad del prelado, y obtenida la del detenido clamaban aun por la de los demas y particularmente por la del fiscal, buscándolo con ansia ya en el cuartel de la guarnicion, ya en casas particulares y ya en la misma presidencia, donde por último se promovió la maligna especie de haber sido muerto por el fuego de la guardia cuando hizo á los amotinados algunos disparos.

En esta situacion, aunque el anciano general Pizarro aseguró

bajo de juramento no tener preso á dicho fiscal, ni noticia alguna de su paradero, ofreciendo responder de la seguridad de su persona, se le contestó por la plebe con el mayor descomedimiento y notables insultos pasando á pedir que se les entregase la persona del presidente como traidor, ó al menos se le quitasen las armas, cuya proposicion admitida por el Acuerdo, que se habia juntado en la casa del regente, se le intimó sin demora. Al principio resistió obedecer el general Pizarro, tanto por la ninguna autoridad de que procedia, como por no dejar al pueblo expuesto á su ruina en medio de la convulsion en que se hallaba; pero cedió al fin á las persuasiones y ruegos de los que le acompañaban, conviniendo en la entrega de la artillería, que tenia dentro de su casa, para calmar el bullicio como se le pretestaba. Conociendo los instigadores que para completar su designio necesitaban la prision del jefe superior redoblaron sus instancias al efecto y la obtuvieron de la Audiencia con la misma injustificable facilidad con que habian logrado la entrega de las armas.

Hasta por tercera vez se resistió el general Pizarro á hacer la dimision del mando que le exigian las providencias del Acuerdo; mas viéndose solo, desamparado ya de los pocos que hasta entonces le habian hecho compañía, y bajo la salvaguardia que el propio Acuerdo prometia de asegurarse la quietud pública y la vida del mismo presidente, visiblemente expuesta, no pudo impedir por mas tiempo la usurpacion que la Audiencia hizo del gobierno abrogándose sus facultades. El 26 de mayo fué consiguientemente despedida la tropa, que guarnecia á Chuquisaca, haciendo pasar las armas de sus manos á las de la plebe, y al dia siguiente 27 condujeron al presidente como reo de estado á la estrechez de una prision, y se dió principio á un sumario contra el anciano y atropellado jefe; siendo muy de notar que se consumaban tamaños excesos entre aclamaciones del pueblo á favor del Sr. D. Fernando VII cuya soberanía se minaba, escudándose maliciosamente los fautores de tales escándalos en sospechas inventadas contra el representante del monarca en Chafcas y contra los jefes y prelados mas autorizados del reino.

Las medidas adoptadas por el presidente Pizarro para ahogar en su cuna tan funesta conjuracion hubieran probablemente producido su efecto, si hubieran sido practicadas con oportunidad y secreto; pues la prision de los principales culpables no pudo realizarse por haberse intentado demasiado tarde, y los auxilios pedidos al gobernador intendente de Potosí no pudieron llegar á la Plata hasta dos

dias despues de consumada la deposicion y prision del presidente, no obstante la diligencia con que D. Francisco de Paula Sanz marchó en su socorro. Este jefe recibió órden de la Audiencia, encargada ya del gobierno, para hacer retroceder la tropa que conducia, y la cumplimentó persuadido de las sanas intenciones que aun suponia en unos ministros del rey, obligados por tantos títulos á mantener el órden y conservar ilesos los intereses españoles; pero estimó conveniente entrar él en Chuquisaca para acordar con dichos ministros los medios mas adecuados de conciliar la tranquilidad del pais con el sostenimiento de las autoridades legítimas, y habiendo convenido en comunicarse mútuamente cuanto pareciera conducente al logro de tan importante objeto, regresó Sanz á Potosí lleno de satisfaccion por este acuerdo (1).

Sobre la insurreccion de Chuquisaca, tan lamentable por todas sus circunstancias, dice Torrente: « Los oidores, que debieran ha»ber sido el baluarte principal de la obediencia á la autoridad del »rey, y que no podian ignorar las fatales consecuencias que habia »de producir la relajacion del freno de las leyes y el movimiento de »la fuerza popular, parece que fueron los primeros que se pronun»ciaron por la subversion. Reunidos en una casa particular, al tiem»po que la furiosa plebe introducia el desórden y la anarquía ame»nazando la vida del general Pizarro, tomaron el partido de estre»char á aquel benemérito jefe á su renuncia y á la entrega de las »armas y artillería: uno de ellos pasó á apoderarse de esta última, »otro á situarla en la plaza violentando el almacen de la pólvora y »otro á intimar de un modo airado á dicho presidente la abdicacion »de su autoridad. Se dió soltura á los presos, y lejos de contener á »la desenfrenada multitud en la carrera de sus excesos se la dió rien»da suelta y una ilimitada libertad. Apoyados los facciosos esen»cialmente en la Audiencia, como la única áncora de su esperanza »contra los esfuerzos de Pizarro, atacaron violentamente su pala»cio, se apoderaron de su persona, lo encerraron en una prision y »le forzaron á abdicar el mando. »

« El gobernador intendente de Potosí D. Francisco de Paula Sanz »no se atrevió á dar un paso para sofocar le insurreccion de Char»cas, temiendo sin duda salir desairado en su empresa contra un »pueblo tan decidido y resuelto, que se preparaba á oponer á las »bien concertadas maniobras de una tropa bizarra y perfectamente

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

»disciplinada, una resistencia furiosa y todos los recursos de un »despechado compromiso. »

« Mientras que dicha ciudad de Charcas estaba ardiendo en el »mas vivo fuego revolucionario, aparentaba la real Audiencia una »engañosa calma, y trataba de convencer de la cesacion de los de»sórdenes al virey de Buenos-Aires, á fin de paralizar con estos fal»sos informes todo esfuerzo que pudiera hacerse para tomar la debi»da satisfaccion de aquellas tropelías. »

« Los motivos alegados de su alzamiento eran muy parecidos á »los de los otros paises que se fueron revolucionando sucesivamen»te. Aparente fidelidad á Fernando VII, decision por conservarle »aquellos dominios para cuando saliese de su cautiverio, fingidas »sospechas de que las autoridades legítimas trataban de proclamar »la soberanía de la casa de Braganza, formacion de juntas inde»pendientes para preservarse de unos males inventados por una fal»sa aprension y sostenidos por la intriga: hé aqui los medios de que »se valieron los conspiradores en todo el vireinato de Buenos-Aires »y del Perú para llevar adelante sus planes de infidencia (1). »

La noticia de lo ocurrido en Chuquisaca el 25 de mayo llegó con bastante inexactitud á la Colonia del Sacramento, donde se hallaba el nuevo virey D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, quien, en la inteligencia de haber hecho dimision el presidente Pizarro, contestó inmediatamente autorizando á aquella audiencia para continuar ejerciendo el mando, y previno al intendente de Potosí que reuniera una fuerza competente para acudir con ella á mantener el órden público y la autoridad real en donde quiera que padeciesen alteracion, pero obedeciendo las órdenes de la Audiencia de Charcas en tanto no fuesen contrarias á las de aquel superior gobierno. Como no obstante el primer acuerdo entre el intendente de Potosí y la referida audiencia continuó esta levantando tropas y acopiando municiones, las prevenciones del virey Cisneros vinieron á ser causa de serias recriminaciones pasando el tribunal á acusar como traidor al gobernador intendente de Potosí como complice de las supuestas maquinaciones de entregar el pais á la corte del Brasil, porque en obedecimiento de los mandatos de Cisneros hacia frente á los desmanes y usurpaciones de la Audiencia. Al mismo tiempo los insurrectos de Chuquisaca emplearon la mayor diligencia en hacer circular papeles subversivos y en despachar emisarios activos que promoviesen la insurreccion en

(1) Historia de la revolucion Hispano-Americana.

otros puntos, logrando pronto por desgracia que sus depravados intentos hallaran eco en la turbulenta Paz.

Los genios díscolos y dispuestos á conspirar que abrigaba esta ciudad, capital de la rica provincia de su nombre, excitados por el ejemplo que habia dado y estaba dando Chuquisaca, se apoderaron con facilidad de la corta fuerza armada que la guarnecia, y se alzaron tambien revolucionariamente en la noche del 16 de julio. La plebe desenfrenada de esta capital, compuesta en gran parte de indios viciosos, perdido el respeto á la autoridad superior que ejercia accidentalmente el anciano asesor, se arrojó al saqueo de las casas mas visibles principalmente de los españoles europeos, y tras de los robos cometió asesinatos y cuantos crímenes son consiguientes en semejantes desórdenes. Las tinieblas de la noche acrecian la confusion y el espanto en medio de los lamentos de las familias de las víctimas y de la aterrante grita de la gente amotinada, cuando el reverendo obispo, movido de un celo verdaderamente apostólico, se lanzó entre la muchedumbre enfurecida con el piadoso fin de lograr poner coto á tan horroroso estruendo; pero no alcanzó su laudable esfuerzo mas que el amargo desengaño de ver insultada su persona acabando por arrestarle en su palacio en compañía del asesor gobernador, intendente interino, donde ambos custodiados permanecieron hasta el dia siguiente que el prelado fué confinado á una hacienda, distante de la ciudad 12 leguas. Alli permanecia el venerable obispo, cuando los indios de Irupana, partido de Iungas, que siempre se señalaron por su fidelidad al rey, compadecidos de la inmerecida situacion de su prelado diocesano, se apoderaron de la tropa que lo escoltaba, lo sacaron de sú confinamiento y lo condujeron á su pueblo con el mayor respeto y toda la comodidad que les fué posible proporcionar.

Atropelladas y depuestas las autoridades legítimas de la Paz acusadas tambien por los insurrectos de pretender someter el pais al dominio de Portugal, invocando estos el nombre de Fernando VII pasaron á formar una junta de gobierno y procuraron componerla de los americanos mas marcados por su espíritu de independencia y de algunos europeos que generalmente aceptaron ya por temor á los riesgos á que se hallaban expuestos, ya tal vez esperanzados de poder influir en la diminucion de los males que no les era dado evitar del todo. Esta junta instalada tomó el título de *Tuitiva*. A los detestables crímenes cometidos en el alzamiento de la Paz contribuyeron eficazmente los muchos advenedizos que residian á la sazon en la

ciudad, especialmente de los naturales de la finítima provincia de Cochabamba, quienes dieron despues la vuelta á sus domicilios bien cargados de botin.

En 26 de julio el gobernador intendente de Puno, directamente y por conducto del presidente interino regente de la audiencia del Cuzco, dió parte al virey del Perú D. José Fernando Abascal, despues marqués de la Concordia, del terrible tumulto en que la Paz se encontraba, y pedia con instancias providencias para remediar tamaño escándalo, no menos que para asegurar la defensa de la inmediata provincia que le estaba encomendada. En efecto, la ciudad de la Paz se halla situada cerca de la orilla izquierda del rio que sirve de desagüe á la laguna de Titicaca ó de Chucuito, denominado por lo mismo rio del Desaguadero, que era la línea divisoria entre los vireinatos de Buenos-Aires y del Perú; y en tal virtud este virey, justamente receloso de que el incendio revolucionario, que ardia tan inmediato, prendiera en el limítrofe territorio de su gobierno, adoptó las mas eficaces medidas no solo para impedirlo, sino para ahogar en su cuna la rebelion de la Paz.

Hallábase á la sazon en marcha á encargarse interinamente del gobierno y presidencia del Cuzco el brigadier D. José Manuel de Goyeneche, recientemente vuelto al pais con el caracter de comisionado de la junta de Sevilla (hoy teniente general, conde de Guaqui, y senador del reino), y el virey Abascal mandando partir para la frontera de Puno al coronel D. Juan Ramirez y Orozco, gobernador de Huarochiri, nombrado gefe de la tropa que alli prevenia se reuniese sin demora, le preceptuaba presentarse al nuevo presidente del Cuzco y que combinasen ambos el plan de operaciones mas seguro para impedir que el desórden que afligia á Chuquisaca y á la Paz se comunicara al Perú, y aun para tranquilizar aquellas provincias: mandó remitir á Puno armamento, municiones, dinero, pertrechos de guerra y una compañía del regimiento veterano Real de Lima: ordenó que de las milicias de las provincias de Arequipa, del Cuzco y de Puno se formase inmediatamente un cuerpo de ejército en las cercanías del Desaguadero; y confió su organizacion y mando al coronel D. Juan Ramirez, mientras el virey de Buenos-Aires y el gobernedor de Potosí, encargado por aquel ya de la quietud del pais, arbitraban medios de restablecerla en las provincias donde se habia alterado.

Al comunicar el zeloso virey Abascal al nuevo presidente del Cuzco, Goyeneche, todas las disposiciones relativas al importante objeto que se proponia, le autorizaba para que, en caso de estimarlo conveniem-

te, tomasé desde luego el mando en gefe de las tropas mandadas reunir, y marchase con ellas á pacificar las provincias de la Paz y de Chuquisaca, obrando siempre con la precaucion, tino y prudencia que lo crítico de las circunstancias exijia; y en este supuesto Ramirez habia de quedar de su segundo, que fué lo que puntualmente vino á suceder. Aceptado el mando de las tropas por el brigadier Goyeneche, desplegó éste la mas recomendable actividad en el cumplimiento de las órdenes é instrucciones del acertado virey Abascal, y desde luego dispuso con suma oportunidad que el coronel D. Fermin Piérola se adelantase con 100 hombres y dos piezas de artillería de á lomo á apoderarse del puente del Desaguadero. Cuando Piérola llegó á este punto ya le halló ocupado por los insurrectos de la Paz; pero inexpertos y sin práctica militar facilmente logró aquel gefe desalojarlos y apoderarse del puente que supo conservar como se le habia encomendado. No tardó el comandante en gefe en trasladarse tambien á las cercanías del Desaguadero, y allí acudieron los contingentes de milicianos que habian de formar el ejército de operaciones, en cuyas prontas remesas se distinguieron á porfia la buena voluntad de los pueblos peruanos y la zelosa actividad de los gobernadores y demas gefes en las respectivas provincias.

Establecido en Zepita el cuartel general, dió Goyeneche á sus tropas la organizacion que su calidad y la premura del tiempo le permitian, y conforme con las instrucciones del virey hizo proposiciones pacíficas á los alzados de la Paz, sin provecho alguno por la altanería de los mas comprometidos, empeñados siempre en sostener que el alboroto del 16 de julio era el resultado de la fidelidad, del zelo y del honor de aquella poblacion, movida por la desconfianza que le inspiraba la secreta inteligencia que se suponia advertida entre la corte del Janeiro y los gefes superiores del vireinato de Buenos-Aires. Tal era el sentido en que el mismo ayuntamiento de la Paz habia escrito al marques de la Concordia, asegurando ademas tener á la vista irrefragables justificaciones de la reunion de tropas portuguesas en los límites de Matogroso y otros puntos de la frontera de Mojos; de la existencia del infante D. Antonio en clase de incógnito en la capital de Buenos-Aires; de la detencion de la fragata de guerra española la *Prueba*; de los insultos hechos á la persona de D. Pascual Ruiz Huidobro, y de la repeticion de expresos desde el Brasil á la capital del vireinato. Un tejido de suposiciones tan falsas y calumniosas descubria á toda luz el interés que lo habia formado (1). Era, pues, en extremo urgente

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

decidirse á poner coto á la rebelion de la Paz, y asi lo pedian tambien muchos de sus honrados habitantes. Resolvióse Goyeneche á levantar su campo y tomar la ofensiva: cruzó el Desaguadero el 13 de octubre, y alcanzó los altos de la Paz, donde los principales gefes facciosos Indaburu, Castro é Iriarte, confiados en la superioridad numérica de sus hordas, se propusieron hacer frente á Goyeneche tomando posicion en Chacaltaya. A la imponente aproximacion de las tropas reales, Indaburu abandonó su puesto y se retiró á la Paz, en cuya plaza mayor fué seguida y tumultuosamente asesinado por los suyos con terror y asombro del vecindario pacífico. Su compañero Castro esperó el ataque de las tropas leales, y aguantó con bastante rostro las primeras descargas; sin embargo la turba que capitaneaba no pudo resistir por largo tiempo la buena direccion y el empuje creciente de las armas españolas, y cayendo muerto el mismo Castro pusiéronse luego en desordenada fuga los enemigos, tomando la direccion de los escabrosos valles de los Yungas, y dejando en el campo algunos cadáveres, heridos y prisioneros, parte de sus fusiles y toda la artillería y municiones; sin pérdida, se puede decir, por nuestra parte.

Terminado pronta y felizmente este primer suceso, Goyeneche dejó 300 hombres en Chacaltaya al mando del coronel Piérola, y se dirigió con el resto á la ciudad de la Paz; dividió su gente en dos columnas, y con las precauciones correspondientes se encaminó á la ciudad por las opuestas entradas de Lima y de Potosí, que tienen mas de media legua de bajada bastante pendiente, y ocupó sin nuevo obstáculo la mencionada poblacion, desde la cual dió cuenta al virey con fecha 26 de octubre. Goyeneche habia entrado en la Paz dos dias antes entre las aclamaciones y las lágrimas de gratitud que derramaban los que habian sido el blanco de los malos tratamientos de los revolucionarios en los tres meses de su ominosa dominacion, y se dedicó con esmero á poner órden en todos los ramos del gobierno. «Es preciso confesar, *dice el virey*, que la dedicacion del comandante goneral desde el momento de su entrada en la Paz, se antepuso en muchas ocasiones á mis órdenes: asi, antes de que pudiese instruirse de mis prevenciones relativas al restablecimiento del órden público, estaban ya ejecutadas con el mejor acierto. Dividió la ciudad en cuarteles nombrando jueces de policía, á quienes señaló las instrucciones á que debian quedar sujetos, y á beneficio de esta providencia y de las penas que impuso á los contraventores de sus edictos se recogieron muchos efectos del saqueo: se desenterraron intereses de la real hacienda, y el armamento que tenian oculto dentro y fuera de la ciudad, la cual se

fué ropoblando de los vecinos honrados que habian emigrado de ella, y lo mas esencial de todo el restablecimiento perfecto de la sumision y respeto á los magistrados. » (1)

Entretanto el cabecilla Iriarte, los dos hermanos Lanza y el presbítero Medina, cura interino de Sicasica, con los dispersos que les habian seguido á los valles de Yungas, se esforzaban por insurreccionar sus habitantes. Impuesto Goyeneche de sus proyectos, asi como de los enormes excesos que cometian en los fieles yungueses que se resistian á secundar sus planes, destacó en su persecucion una columna de 400 á 500 hombres con dos piezas de montaña al mando de su primo el coronel D. Domingo Tristan. Llegó esta columna á Machamargue é Irupana, donde fué recibida con el mayor contento, y por aprovechar algun descuido que pudieran cometer los realistas distraidos con los mismos regocijos, los insurgentes los atacaron de improviso con bastante empeño; pero resistidos con valentía fueron al fin derrotados con considerable pérdida entre muertos, heridos y prisioneros, contándose en este número uno de los hermanos Lanza y el presbítero Medina.

Con este nuevo y feliz suceso se aseguró la tranquilidad de los valles de Yungas, donde á mayor abundamiento se estableció un destacamento de guarnicion. Tristan con el resto de su columna regresó conduciendo los prisioneros á la Paz sin haber experimentado desgracias que merezcan especial mencion, no obstante la naturaleza del terreno muy quebrado y montuoso, y la abundancia de las lluvias estacionales, que lo hacian mas intransitable y menos sano. Es sensible advertir que veremos en breve al D. Domingo Tristan, vencedor de Irupana, abandonar las banderas y causa de España por pasarse á las enemigas; ejemplo sobradamente repetido por desgracia en la guerra de la revolucion de América.

El presidente de la junta *Tuitiva* de la Paz y corifeo principal de la insurreccion, llamado Pedro Morillo, aunque hombre de muy humilde esfera, pasaba por travieso y muy entendido en el manejo de papeles, cualidades que le facilitaron una decidida influencia. Sin embargo, ya habia llegado á perder casi la confianza de los mismos que lo habian ensalzado, como sucede con frecuencia en los movimientos populares; y por lo tanto, á la aproximacion de las tropas del rey se retiró con su familia á las montañas mas ásperas y fragosas de los yungas. Perseguido en ellas de órden de Goyeneche por un capitan

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

activo con algunos soldados disfrazados fué al fin capturado y conducido preso á la Paz, en cuya ciudad, juzgado y condenado con otros ocho cabecillas, inclusos Lanza y Medina, sufrió como ellos la pena de horca, menos el último en quien se suspendió la ejecucion por respeto á su caracter sacerdotal. Medina fué remitido luego preso á Lima, y andando el tiempo consiguió fugarse de la reclusion en que se le tenia y se trasladó á Chile.

Entre tanto llegó á Tupiza el mariscal de campo D. Vicente Nieto con muy poca tropa, nombrado por el virey de Buenos-Aires para suceder al general Pizarro en el gobierno y presidencia de la audiencia de Charcas; y aunque habia adelantado una sentida proclama en recomendacion del órden y de la sumisa obediencia á la autoridad legítima, los directores de la revolucion se resistieron á darla publicidad, «pretestando, *como dice Torrente*, dificultades para recibirle sin que »precediese una cordial transaccion, que dejase cubiertos bajo un velo »impenetrable sus primeros desaciertos: aterrados con el éxito desas»troso de los revolucionarios de la Paz se apresuraron á poner en li»bertad al general Pizarro, y á nombrar una diputacion que presen»tase su rendido homenage al nuevo gefe. Verificó éste su entrada en »la Plata el 24 de diciembre, y dando principio á sus indagaciones »contra los perturbadores del órden se hicieron varias prisiones, fue»ron confinados á diferentes puntos los ministros de la audiencia, á ex»cepcion del conde de San Javier y del oidor Monte-Blanco, y remiti»dos á Lima el asesor Romano y el comandante Arenales con algunos »otros individuos.»

Con las medidas adoptadas por el presidente Nieto, con el castigo impuesto en la Paz á algunos de los principales fautores y gefes de la revolucion, ademas de destinar á los presidios de Filipinas, de Bocachicha en Cartagena y al Morro de la Habana á mas de 30 revoltosos, y con encomendar el gobierno de la mencionada provincia de la Paz al coronel D. Juan Ramirez, segundo de Goyeneche, se tuvo por asegurada la tranquilidad del alto Perú; y permitido parecia creer que el órden restablecido y la fidelidad al rey solemnemente prometida de nuevo fuesen de larga duracion. En este concepto el comandante en jefe Goyeneche, de acuerdo con las instrucciones del virey de Lima, empezó á preparar el regreso de las tropas peruanas á su territorio y lo completó en el primer tercio del siguiente año, como en su lugar se dirá.

QUITO.

La capital de este reino, que se jactaba de ser la cuna de una nobleza distinguida y de entendimientos muy claros, habia tambien desde antiguo dado repetidas muestras de su ligereza y su propension á las revueltas. Varias fueron, principalmente desde 1773, las revoluciones que se proyectaron y que se contuvieron solo con el amago de las armas y el zelo de las autoridades, aunque sin lograr extinguir tan perniciosa tendencia, como se comprobó en la tramada en 1790 contra la existencia del gobierno, la cual si bien se previno poniendo en prision á los autores fué sin resultado de escarmiento por la impunidad de que vinieron estos á gozar. Las mismas ideas volvieron á manifestarse con mayor calor asi que se supo en Quito el compromiso en que se hallaba la metrópoli, despues del rompimiento con Napoleon. El conde Ruiz de Castilla gobernador presidente del reino, logró tener conocimiento del plan de conspiracion que se urdia y lo paralizó tambien mandando prender y encausar á los conspiradores, que fué preciso dejar impunes ó por falta de pruebas del delito, como dice el marqués de la Concórdia, ó por demasiada indulgencia de los magistrados, ó por otras causas que no ha sido posible investigar, sirviendo solo el aparato de esas causas y de esas prisiones para hacer mas cautos á los revolucionarios conocidos y que dirigieran con mas tino sus reprobados manejos en lo sucesivo.

Con efecto, los mismos hombres y señaladamente el marqués de Selva-alegre, D. Juan de Dios Morales, ex-secretario de gobierno, y el licenciado D. Manuel Quiroga, aparentando defender los derechos del rey Fernando, se dedicaron á promover la desconfianza en los ánimos, y sirviendo mucho á su intento la ancianidad del conde Ruiz de Castilla gobernador presidente, pudieron con facilidad hacer estallar un tumulto sedicioso en la noche del 9 de agosto del corriente año, que vino casi á coincidir con los alzamientos de Chuquisaca y de la Paz en el alto Perú. Asegurados los conspiradores de la fuerza armada, por medio del soborno y del engaño, llevaron á ejecucion su proyecto sin el menor embarazo: formaron una junta soberana bajo la presidencia de Selva-alegre, y como era natural eligió este para secretarios del despacho á los citados Morales y Quiroga. Para sorprender á los incautos y fascinar á los quiteños leales, la junta declaró que su objeto y su voluntad se concretaban unicamente

á conservar aquel reino á su legítimo rey el Sr. D. Fernando VII, acusando con diabólico artificio á las autoridades constituidas de pretender reconocer por soberano al emperador de los franceses á consecuencia de haber renunciado en él los reyes de España sus derechos. Viendo la junta el feliz éxito de este maquiávelico ardid, dispuso que la tropa de la guarnicion prestase nuevo juramento solemne de defender y conservar el reino á su legítimo monarca, entonces cautivo en Francia, y de obedecer á la misma junta constituida en su nombre, de mantener la pureza de la religion católica, apostólica romana y respetar á los jefes y autoridades que ella nombrase. Terminada esta ceremonia, como se apetecia, hizo la junta las prevenciones que estimó oportunas á los comandantes de las guardias del palacio del gobierno, de los cuarteles y de las cárceles: mandó colocar otras en las casas de los sugetos mas sospechosos al nuevo órden de cosas: comisionó á los Sres. Ante y Aguirre para poner en manos del conde Ruiz de Castilla la comunicacion acordada: dirigió circulares y órdenes á todos los gobiernos circunvecinos, y satisfechos de su obra los autores de tamaño escándalo se retiraron á sus habitaciones.

La comunicacion al representante legítimo de S. M. en el reino estaba concebida en estos términos: « La junta soberana al con»de Ruiz, ex-presidente de Quito. — El estado actual de incertidum»bre en que la España se halla sumergida, el anonadamiento total »de las autoridades legalmente constituidas y los peligros á que se »ven expuestas la persona y las posesiones de nuestro muy caro »Fernando VII de ser presa del tirano de la Europa, han determina»do á nuestros hermanos trasatlánticos á recurrir al arbitrio de crear »gobiernos provinciales, que provean á su seguridad personal aten»diendo á garantirlos contra las maquinaciones de algunos de sus »compatriotas, indignos del nombre español, y á defenderlos al mis»mo tiempo contra el enemigo comun. Los leales quiteños, resuel»tos á conservar á su legítimo rey y Señor natural esta parte de sus »dominios, han establecido una junta soberana en esta ciudad de »San Francisco de Quito; en nombre de la cual y de órden de »su Excmo. Sr. presidente tengo la honra de participar á V. E. que »las funciones de las autoridades del antiguo gobierno han cesado. »Dios guarde á V. E. muchos años. Sala de la junta en Quito á 10 »de agosto de 1809.=*Manuel Morales*, secretario del interior. » (1)

(1) M. Stvenson, su relacion histórica.

Absorto el conde Ruiz de Castilla con el contexto del papel que acababa de leer, la primera noticia que tenia del extraordinario cambio que se habia realizado, salió de su gabinete á encontrarse con los referidos portadores, y al pretender exigirles esplicaciones, asegurados estos de que el pliego que se les habia encargado, se hallaba en poder del conde, le hicieron una reverencia y se retiraron sin responderle. Irritado el anciano presidente de un porte tan extraño, intentó seguirlos; pero le detuvo la centinela colocada al lado exterior de la puerta del salon: hizo llamar al comandante de su guardia, quien se excusó políticamente, y entonces vino á conocer su verdadera y triste situacion. Este antiguo y honrado servidor del Estado, contaba 84 años de edad y mas de 40 de buenos servicios en América. Mr. Stevenson que lo trató personalmente y de quien tomamos estos pormenores, añade: «Como particular el conde Ruiz era bueno, afable y muy ca»ritativo. Como hombre público se dejaba facilmente guiar, en especial, »por las personas que servian á sus órdenes, cuando creia que sus »pareceres estaban dirigidos por la justicia; y les oponia la mas com»pleta resistencia desde el momento en que adquiria algun dato para »dudar de su rectitud.» La misma corte de Madrid se hallaba tan convencida de la conducta ajustada de este gefe que, al espirar el término de su primer gobierno del Cuzco en 1795, le dispensó de la residencia á que le sugetaban las leyes, ejemplar acaso no visto hasta entonces, si bien repetido en nuestros dias con menos prevision y conveniencia.

Depuesto del mando el conde Ruiz de Castilla, trasladó su residencia á una hacienda, distante dos leguas de la ciudad de Quito, y la junta soberana se entregó con mayor libertad á la ejecucion de sus vastos planes. Abrió, dice el marqués de la Concordia, las arcas de la tesoreria á gastos exhorbitantes: creó empleos con grandes dotaciones, aumentó la fuerza armada, y empleó en fin todas las artes é intrigas propias para atraer á su partido á aquellos que dominados de la ambicion ó de la codicia, están dispuestos siempre á satisfacer estas pasiones sin reparar en los medios que conduzcan al intento. Mas las providencias trastornadoras de la junta de Quito, lejos de hallar personas aptas para encagarse de la empresa de conmover á los pueblos, encontraron una noble resistencia en los gobernadores y en los ayuntamientos de Punamá, de Pasto, de Barbacoas, de Popayán, de Cuenca, de Guayaquil y de Loja, cuyos gefes y corporaciones acudieron al virey del Perú en demanda de prontos y eficaces auxilios para contener y sofocar la revolucion.

El celoso y entendido marqués de la Concordia, que tenia puesta justamente su atencion en la pacificacion de las provincias limítrofes con su vireinato por el lado del sur, no prestó menos diligencia en acudir al conflicto que amenazaba por el norte: dispuso con admirable prontitud que se enviasen armas y municiones á Cuenca y á Guayaquil: que se levantasen alli nuevas tropas y se pusiese á sueldo una compañia de artilleros milicianos: aseguró el presidio de Loreto en Mainas y encargó la vigilancia de las comunicaciones por los rios Murañon, Napo, Curabay y Putumayo: ordenó el bloqueo de algunos puertos de Quito; y finalmente embarcó en el Callao y remitió al rio de Guayaquil 400 veteranos provistos de artillería, municiones y dinero al mando del teniente coronel D. Manuel Arredondo. El virey de Santa Fé por su parte tambien se apresuró á despachar contra Quito una pequeña columna, asi que tuvo noticia de los lamentables sucesos de esta capital: por manera que las amenazas continuas de Pasto, Guayaquil y Cuenca, los multiplicados desmanes de los nuevos gobernantes, los esfuerzos de la lealtad misma asi que se recobró de la primera sorpresa y reconoció el engaño y el aterrante anuncio de las expediciones armadas, procedentes de Lima y de Santa Fé, produjeron el mas saludable cambio en la opinion general y las cosas públicas volvieron al ser y estado que tenian antes de la insurreccion, encargándose de nuevo del mando el depuesto presidente á invitacion de la misma junta soberana, aunque bajo notables condiciones contenidas en una capitulacion, que le obligaron á firmar segun aseguró despues. «En ella, *dice el virey del Perú*, se obligaba á mantener en los propios destinos á los mas principales autores de la conspiracion, separando los ministros y empleados légitimos que designa: conservar una fuerza armada que podia llamarse de insurgentes, por ser la misma que en aquella triste crisis habia cooperado al trastorno de los fundamentos del gobierno legítimo: y comprometer su palabra de honor para no proceder contra alguno en causa de la revolucion, todo conforme á las instrucciones que dijo haber recibido del virey de aquel reino.» (1)

Duras eran las condiciones que el anciano conde Ruiz de Castilla habia suscrito y lo que era todavia peor, ninguna confianza inspiraban á los leales de que por semejantes medios se pudiese conservar la tranquilidad pública en el pais; sin embargo, el noble conde estaba resuelto á cumplirlas como convenientes, á su parecer, en las circuns-

(1) Relacion del gobierno, del marqués de la Concordia.

tancias actuales. Nos hallamos privados de poder juzgar del resultado del pensamiento del conde, porque al fin los consejos del fiscal de la audiencia Arechaga y las reiteradas instancias del comandante de las tropas de Lima Arredondo, influyendo en el ánimo del octogenario presidente, le movieron á alterar su sistema primitivo y á faltar abiertamente á lo convenido. Procediose al desarme de la tropa que se habia ofrecido conservar: abrióse una causa de conspiracion esteril en sus resultados, aunque se hicieron en su virtud varias prisiones, conducta que solo vino á servir para volver á agitar los ánimos y á inflamar las pasiones mal aplacadas.

En tan desfavorable situacion llegaron al nuevo reino de Granada los comisionados regios, y entre ellos el señalado para Quito, hijo del marqués de Selva-alegre, presidente que habia sido de la junta revolucionaria, precedidos todos de papeles subversivos y de proclamas incendiarias, que surtieron el efecto de acabar de menoscabar el crédito de las autoridades legítimas y de decidir á muchos hombres, todavia pacíficos, á tomar parte activa en la conmocion general que terminó por destruir el poder español en aquellas provincias. El comisionado regio de Quito, obstentando las mas amplias facultades del gobierno supremo, que nunca exhibió, se hizo del partido popular, obtuvo que las tropas auxiliares saliesen de Quito, levantó otras de las que se nombró comandante, puso al presidente conde Ruiz en la mas vergonzosa dependencia, é hizo comparecer á su fugitivo padre para que se encargara otra vez del mando de la provincia. Asi pues, no solo habia estallado de nuevo y con mayor furia otra revolucion al año de haber sucedido la primera, sino que los motines y los asesinatos en Quito continuaron unos despues de otros, de los cuales fué víctima el mismo conde Ruiz de Castilla; la tranquilidad y la seguridad desaparecieron por algun tiempo del suelo quiteño, y al fin este hermoso pais vino á perderse del todo para la España en mayo de 1822, á consecuencia de la victoria ganada en Pichincha por el general Colombiano Sucre sobre las tropas que mandaba el general presidente del reino D. Melchor Aimerich.

Antes de volver á tratar de la guerra del Perú, que es el principal objeto de estas Memorias, no parecerá inoportuno dar aqui una idea de la importancia y esplendor de la ciudad de Quito, siguiendo la descripcion hecha por el ciudadano inglés Mr. Stevenson, que la hábitó algun tiempo y quien, tanto por extrangero como por haber abrazado la causa de la independencia, no será tachado de parcial en favor de las obras de los españoles.

El reino de *Quito* habia sido conquistado por los Incas del Perú y formaba parte de su vasto imperio antes de 1528, en cuyo año los españoles descubrieron por primera vez estas regiones. Sebastian Benalcazar, como le dice el presbítero Lopez de Gomara, ó Belalcazar, como le llama el inca Garcilaso de la Vega, con 200 peones y 80 caballos adquirió de orden de D. Francisco Pizarro este reino para la España y en 1534, bajo la advocacion de S. Francisco, fundó la poblacion de Quito, á la cual en 1541 concedió título de ciudad el emperador y rey Cárlos I. Hállase situada esta poblacion debajo de la misma linea equinocial de tal manera que sus habitantes viven en ambos emisferios y pueden pasearse alteternativamente en uno ó en otro, y la rodean por el norte la llanura de *Anaguitu*, comunmente conocida por Egido, por el sur el llano de Turupampa, en el que se levanta el cerro llamado el Panecillo; por el éste las alturas de Chimbacalle y por el oeste la famosa montaña de Pichincha. La ciudad de Quito fué erigida en silla episcopal en 1545 y era la residencia de un gobernador presidente, del tribunal de la audiencia, del de cruzada, del de bienes de difuntos y del de temporalidades, asi como de las demas oficinas superiores del reino: tenia seis iglesias parroquiales, cuatro plazas, nueve conventos de frailes, cinco de monjas, el colegio de los ex-jesuitas, un beaterio, un hospital, fiado al cuidado de los religiosos betlhemitas, y contaba sobre 70,000 almas entre blancos, mestizos é indios, con muy pocos originarios de Africa porque los indígenas cubrian el servicio doméstico.

Entre sus edificios el mas digno de atencion por la belleza de su arquitectura era el colegio de los ex-jesuitas, obra ejecutada por los indios bajo la direccion del padre Sanchez, de la compañía, natural de la misma region de Quito. «El interior de la iglesia, *dice Mr. Stevenson*, estaba construido por el modelo de la de Jesus de Roma. Antes de la expulsion de esta compañía el templo se hallaba ricamente adornado, pero fué despues despojado de sus mas estimables preciosidades. Contábase entre estas una custodia que se encuentra ahora en la capilla real del Escorial: uno de sus lados estaba cubierto de diamantes engastados en plata primorosamente bruñida, y el otro de esmeraldas montadas en oro, y aunque no pasaba de dos pies y ocho pulgadas, de alto estaba avaluada en 870€ pesos fuertes.» Como quiera que haya sido, se nos ha asegurado que esta preciosa alhaja no existia en el Escorial en 1840.

La ciudad de Quito ha sido siempre célebre por el crecido número de jóvenes que acudian á ella á estudiar: tuvo dos universidades, la

de San Gregorio Magno que dirigian los jesuitas, y la de Santo Tomás de Aquin oque regentaban los dominicos: á la primera, fundada por Felipe II en 1586, se la concedieron en 1624 iguales privilegios á los que gozaba la de Salamanca. El Sr. D. Cárlos III incorporó esta universidad á la de Santo Tomás. El colegio de San Buenaventura de los franciscanos y el de San Fulgencio de los agustinos disfrutaron tambien en lo antiguo del privilegio de conceder el grado de doctor, de cuya facultad se les privó mas tarde. La universidad contaba una cátedra de artes, dos de teologia, dos de cánones, dos de jurisprudencia y una de medicina. Habia ademas dos colegios, el de San Luis declarado *mayor* por Felipe V., y el de San Fernando que se denominaba *Real*. El primero ha dado muchos distinguidos literatos, y Mejía, diputado en las córtes de Cádiz, habia sido del número de sus colegiales.

El gobernador presidente de la audiencia de Quito se hallaba investido de iguales facultades que los vireyes, menos en el ramo militar que dependia del virey de Nueva-Granada: era vice-patrono real, y la audiencia se componia de un regente, cuatro oidores y un fiscal. Este tribunal fué creado en 1563, abolido en 1718 y vuelto á establecer en 1739. Deben de ser dignas de atencion las causales de tamañas vicisitudes, de las cuales hubo mas de un ejemplar en las posesiones españolas ultramarinas. El cabildo, ó sea ayuntamiento, constaba de dos alcaldes ordinarios, ocho regidores y otros empleados: los indios que residian en la ciudad de Quito estaban sujetos á un alcalde elegido de su misma casta por el ayuntamiento, y tenian ademas un abogado pagado por el rey que llevaba el título de *protector de indios*. El cabildo eclesiástico lo formaban un dean, un arcediano, un chantre, un tesorero, un doctoral, un penitenciario, un magistral, tres canónigos, cuatro racioneros y dos medio racioneros. Contábanse igualmente en Quito varios títulos de Castilla y otras muchas familias de nobleza distinguida originarias de España: el actual conde de Puño-en-rostro, grande de España de primera clase, es natural de la referida ciudad, y en ella vivian, segun se creia, los descendientes directos de San Francisco de Borja, duque de Gandia. De esta poblacion salieron un arzobispo, ocho obispos y muchos literatos célebres, entre ellos D. Pedro Maldonado Sotomayor, matemático profundo, que vino á enseñar ciencias en París y fué miembro de la sociedad de Lóndres, donde murió. En Quito en fin nació Atahuallpa, último emperador inca del Perú, cuyo trono manchó con la sangre de sus parientes de la línea primogénita y legítima, quien á su vez fue sensible y erróneamente mandado ejecutar por el adelantado D. Francisco Pizarro.

Por la reseña que acabamos de estractar podrán juzgar los hombres imparciales de todos los paises si merecen con justicia los españoles ser acusados de tiranos en la administracion de sus dominios ultramarinos, ni de haber jamás pretendido mantener á aquellos súbditos ni en la barbarie ni en la ignorancia. La América española marchaba enteramente al compás de las vicisitudes de la metrópoli, y si hubo algunos excesos individuales, algun abuso de autoridad que lamentar en tan larga dominacion ¿habria razon ni justicia en acusar por ello en masa á toda la nacion española? ¿Qué dirian los ingleses si pretendiéramos inculparlos en masa por los excesos de su gobernador Hastings en el Indostan, que tan altamente denunciaron en la cámara los famosos Fox, Burke y Sheridan? ¿Qué dirian los franceses si les acusáramos á todos por la bárbara inhumanidad cometida mas recientemente con los árabes de Dahara? El tiempo, calmando las pasiones, debe ir haciendo que la razon y la justicia recobren el ejercicio de su imperio en el punto en cuestion, y entre tanto no cesaremos de hacer votos porque la América, que perteneció á la España, disfrute cuando menos de tanta paz, tanta abundancia y tanta verdadera libertad como gozaba antes de la revolucion que produjo su independencia.

CAPITULO III.

El ejército de Goyeneche regresa al Perú.—Su licenciamiento.—Insurreccion de Buenos-Aires.—Liniers.—Elio.—Cisneros.—Abascal.—Expedicion de Ocampo.—Casteli.—Muerte de Liniers y otros.—Formacion de un nuevo ejército peruano.—Goyeneche.—Insurreccion de Cochabamba y Oruro.—Desgracia de Aroma.—Córdova en Cotagaita.—Su derrota en Suipacha.—Consecuencias.—Casteli en Potosí.—Muerte de Nieto, Córdova y Sanz.—Noticias biográficas de Casteli.—Chile.

AÑO DE 1810.

Sofocados los tumultos de las ciudades de Chuquisaca y de la Paz, y asegurado el órden público al sur del Desaguadero, como queda referido, el ejército real expedicionario del vireinato de Lima regresó á su territorio y fué seguidamente licenciado, volviendo sus individuos al seno de sus familias contentos y con gloria. El mismo comandante en gefe Goyeneche, despues de instalar en el gobierno de la Paz al coronel D. Juan Ramirez y de dejar á sus inmediatas órdenes 500 hombres de tropas peruanas, retornó en abril á la capital del Cuzco para continuar en el desempeño de su honroso cargo de gobernador de esta vasta provincia y presidente de su audiencia. Tan afirmada se creia la futura tranquilidad del alto Perú; pero tristes sucesos vinieron á probar bien pronto que el licenciamiento de ese ejército no habia sido suficientemente calculado.

Mientras, pues, las extensas y ricas provincias de la Paz, de Cochabamba, de Potosi y de Charcas parecian haber vuelto á su so-

siego normal, la tempestad mas furiosa se preparaba en el seno de la ilustrada Buenos Aires, donde tan breve tiempo habia trascurrido desde que sus propios moradores habian heroicamente sostenido los derechos metropolitanos contra una agresion extraña, obligando á capitular á los ingleses invasores y obteniendo por tan laudable conducta la mas preclara y bien merecida fama. Esta misma capital que tan justos títulos habia adquirido sobre la gratitud nacional, fué tambien la que olvidando esos gloriosos antecedentes, prevaliéndose de la ocasion que le ofrecia el desigual empeño en que se hallaba comprometida la Península, contando con los resentimientos que el recien apagado incendio de Chuquisaca, de la Paz y aun de Quito habria dejado en unos y con las simpatias de otros, fascinados ya con las promesas de que abundaban alarmantes y seductores escritos, levantó de nuevo el ominoso estandarte de la rebelion contra la dependencia de España, precisamente á tiempo que esta necesitaba mas del auxilio de todos sus hijos.

Hallábase por esta época establecida ya en Rio Janeiro la familia real de Portugal, acontecimiento que, aunque debido á las circunscias en que se hallaba la Europa avasallada por Napoleon, era muy de recelar viniese á ser de notable trascendencia para la América. Así fué que á los pocos meses de residir en el Janeiro la corte de Portugal, como dice el ilustre marqués de la Concordia, el ministro de relaciones exteriores D. Rodrigo de Sousa Coutiño, hizo proposiciones al virey de Buenos-Aires para que, por una convencion tácita ó espresa, facilitase continuar y extender el recíproco comercio entre sus gobernados y los vasallos portugueses en la forma practicada hasta entonces con bandera simulada y bajo el título de especulacion. En la precisa negativa del virey, por carecer absolutamente de facultades para la adopcion de medida de tanta importancia, parecia buscarse un motivo aparente de rompimiento, puesto que al propio tiempo el mismo ministro dirigió al ayuntamiento de Buenos-Aires otra comunicacion singularísima en descrédito de nuestra organizacion política; ponderaba el abandono que el gobierno español habia hecho de aquellos establecimientos; la decadencia de la monarquia española por su ciega adhesion á los intereses de la Francia; y concluia invitando á los buenos-aireños á que se sometiesen á la proteccion de su príncipe regente, bajo la promesa de conservarles sus privilegios, no establecer nuevos impuestos, asegurarles un comercio libre de toda traba y poner aquel territorio á cubierto de los efectos de la venganza de sus aliados los ingleses; mas que en el caso de que fuesen desatendidas tan amigables proposiciones,

S. A. R. se veria obligado á obrar de concierto con su poderosa aliada la Inglaterra, usando de los fuertes medios que la providencia habia puesto en sus manos.

La meditada contestacion que, de acuerdo con el virey, dió el ayuntamiento de Buenos-Aires al ministro portugués, y los estudiados arbitrios del mismo virey para detener en Montevideo al brigadier Conrado, entorpecieron el progreso de una negociacion que parecia indicada ó para causar inmensos perjuicios al comercio español ó para acelerar un abierto rompimiento. En este estado llegaron á América las primeras noticias de la agresion de las tropas francesas en España, las cuales de aliadas se habian cambiado inauditamente en enemigas, y las de la noble resolucion de españoles y portugueses, de resistir y defenderse á todo trance. De este modo viniendo á ser unos los intereses de ambas naciones, fué preciso tambien variar el plan de los proyectos combinados en el gabinete del Brasil con inteligencia muy probable de los agentes ingleses; y contribuyó al fin de suspender las intrigas por entonces el armisticio negociado por la junta de Sevilla con el gobierno británico.

No por esto desistió el almirante sir Sidney Smith del empeño de introducir en Buenos-Aires el comercio inglés, sirviéndose al efecto con habilidad asi de su inteligencia política como de la escuadra que mandaba; pero mientras conservó el mando del vireinato el noble don Santiago Liniers, fueron inútiles todos sus esfuerzos. Relevado este poco despues por el general de la armada D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, remitido allí de la Península, sugeto de recomendables prendas, aunque carecia de práctica en aquella clase de gobiernos, llegóse á conseguir el anhelado intento haciendo creer al nuevo virey que se disponia en Bayona de Francia una fuerte expedicion contra la América del sur. Para hacer frente á esta supuesta amenaza, y observar al propio tiempo los movimientos de una division portuguesa, que se habia acercado á Rio-Grande, careciéndose de numerario en Buenos-Aires para levantar tropas y disponer los demas aprestos necesarios, fué fácil persuadir al virey que no le quedaba mas seguro arbitrio que el de conceder comercio libre á los ingleses, como sucedió. Logrado este resultado consiguieron los interesados un fondeadero para sus buques en las inmediaciones de la ciudad, compraron casas, construyeron almacenes y obtuvieron otras ventajas harto nocivas al comercio nacional.

No fué tan afortunado el referido almirante, aunque auxiliado del gabinete portugués, en los medios que empleó para conseguir el mis-

mo fin en el virelnato del Perú, donde gobernaba el experimentado marqués de la Concordia; siendo muy de notar que, al mes de proclamado solemnemente en Lima Fernando VII, aparecieron en esta capital y en otras ciudades del reino varias cartas escritas á nombre de la infanta doña Carlota Joaquina, hermana del rey Fernando y esposa dal príncipe regente de Portugal, animando al viey, al arzobispo, á los obispos, á las audiencias y á otras personas particulares á mantener la obediencia á su padre Cárlos IV, desentendiéndose de la abdicacion que habia hecho en su primogénito. Un mes despues de esta ocurrencia llegó al puerto del Callao una fragata inglesa con un rico cargamento, cuyo sobre-cargo iba provisto del título de correo de gabinete de S. A. R. y de una carta muy expresiva de recomendacion para el virey á fin de que le permitiese expender cuanto traia, dándole á entender en ella que se presentaria en breve en el Perú, el infante D. Pedro Cárlos de Borbon y Braganza á mandar el pais en nombre de Cárlos IV durante su ausencia y la de los demas miembros de la familia real prisioneros de Napoleon.

Ni lo elevado de la persona que escribia, ni el estilo imperativo de que usaba la infanta, bastaron para mover al respetable virey del Perú á que consintiera en el desembarco de los efectos extrangeros que se pedia con instancia. Escudado en las leyes, negó el permiso que se le reclamaba, y apoyado en ellas contestó con respeto y energía á la señora infanta haciéndole presente que las obligaciones de un súbdito celoso y fiel para con su monarca ausente y cautivo le imponian severamente el deber de no reconocer otra autoridad que la suya ó la que emanase de su legítima representacion. Sin embargo, el sobrecargo citado insistió con terquedad en su demanda acompañándola de ofrecimientos que fueron despreciados: recurrió entonces á la altanería y á las amenazas que el virey repelió como debia, y le mandó conducir á bordo de su buque de grado ó por fuerza, cuya providencia burló de pronto ocultándose en la misma capital. Desde el lugar en que se ocultaba apeló el sobrecargo á la audiencia y este tribunal no solo admitió el recurso, sino que pidió los autos hasta por tercera vez; pero el virey los negó siempre fundándose en ser el asunto privativo de sus facultades como juez de extrangeros, y aquel se retiró al fin á su buque y fué obligado á zarpar del Callao.

Este fué el término de las pretensiones entabladas para abrir el comercio del Perú á los ingleses en aquella época, explicadas por el gabinete del Brasil y favorecidas por la princesa Carlota en perjuicio de su casa y real familia, cuyos derechos é intereses pretendia con-

servar y defender segun su manifiesto y el de D. Pedro Cárlos de Borbon su primo, tambien infante de España. Estos documentos ordenados y publicados en el Janeiro, estaban dispuestos como para inspirar temor y desconfianza de que aquellos dominios pasasen al poder de nuevos soberanos, por verse la España sin gobierno y próxima igualmente á pasar á estraña dominacion. Al mismo tiempo eran excitados los habitantes de Buenos-Aires á la sedicion por el ministro Coutinho con promesas lisonjeras y con amenazas terribles, sin que las reclamaciones del virey al gabinete portugués obtuviesen jamás una respuesta directa; por el contrario se permitia la residencia en el Brasil á hombres conocidamente inquietos y atizadores del desasosiego que se percibia claramente en Buenos-Aires.

Mas antes de tratar del alzamiento definitivo de esta capital contra la España, causa de la desastrosa guerra que despues fué preciso sostener en Chile y en el alto y bajo Perú, haremos algunas indicaciones que parecen oportunas, sirviéndonos siempre de guia los determinados datos que ofrece la extensa relacion del gobierno del mencionado é integérrimo marqués de la Concordia. Queda ya pues referido como á consecuencia de la invasion de los ingleses en 1806, fué depuesto el marqués de Sobremonte virey de Buenos-Aires, y como le sucedieron en el mando político la audiencia, y en el militar el brigadier D. Santiago Liniers, que tanta gloria habia sabido adquirir dirigiendo los esfuerzos de los defensores de los derechos españoles contra las tropas británicas. Un gobierno asi fraccionado y con un enemigo formidable todavia al frente no podia ser tan vigoroso y fuerte como convenia, y necesitando ademas de grandes esfuerzos voluntarios del pais para acabar de triunfar, tenia que degenerar en condescendiente tal vez con exceso; y de aqui provino el que Liniers, accediese á la creacion de cuerpos de milicias en Buenos-Aires con condiciones acaso inadmisibles en menos complicadas circunstancias. «Pero por defectuosos que hayan sido los fundamentos de esta nueva tropa, ella produjo los mejores efectos, *dice el marqués de la Concordia*, pues rechazados y batidos completamente los invasores, fué fruto de su gloriosa resistencia la recuperacion de la importante plaza de Montevideo.» Este feliz acontecimiento y la reunion del mando superior en D. Santiago Liniers conforme á lo dispuesto en real órden de 23 de octubre de 1806 sobre la sucesion de mandos en Ultramar, ponian á este gefe en estado de dedicarse con mayor esmero al gobierno interior, cuando la imprevista traslacion de la córte portuguesa á sus estados del Brasil vino á absorver de nuevo su atencion, y el gefe superior interino

del virreinato no pudo prestar la que merecia la viva agitacion, la casi insubordinacion que se notaba en todas las clases.

En situacion tan desventajosa recibióse en Buenos-Aires la noticia del rompimiento de la guerra entre la España y las legiones francesas, antes aliadas y amigas, que su hábil caudillo tenia bien previsto. Para asegurarse, como pensaba, de toda la monarquía española, el emperador Napoleon habia despachado emisarios de su confianza á las provincias ultramarinas con órdenes é instrucciones al efecto. El conde Sassenag fué el destinado á Buenos-Aires en la confianza de que, siendo francés Liniers, seria favorecida y auxiliada por él su mision; pero este gefe leal y cauto no solo burló admirablemente las esperanzas del enviado de Napoleon, sino que dió la mas irrefragable prueba de su amor y lealtad á la España que lo habia prohijado y elevado, si bien por su mérito, á uno de los mas altos y distinguidos empleos de la monarquía.

«Abiertos los pliegos á presencia de una junta (convocada expresa»mente por el virey interino) *añade el marqués de la Concordia*, y oido »el discurso que traia el conde preparado al intento de su mision, se »le hizo regresar inmediatamente á Montevideo con la debida seguri»dad y sin comunicacion alguna; siendo aun mas prodigioso que »cuando se ignoraba en él todo el modo de pensar de los españoles, »este gefe, que solo lo era por adopcion, hubiese despreciado las »enunciativas que contenian las órdenes de nuestros ministros acerca »del avenimiento de la nacion á reconocer el intruso gobierno, y que »coincidiendo sin la menor discrepancia con los verdaderos sentimien»tos de los fieles vasallos del señor D. Fernando VII hubiese mandado »acelerar el acto de su proclamacion en aquella capital.

«Entonces mismo, hombres infatuados de su mérito, y de quienes »importa al gobierno desconfiar como de sus mayores enemigos, fue»ron los primeros que por particulares resentimientos intentaron repe»tir con el señor Liniers la misma escandalosa trágica escena que con »el marqués de Sobremonte; y hallando la enemistad obstáculos á su »empresa en la inclinacion y amor de las tropas, que aquel gefe habia »sabido grangearse con las brillantes acciones á que las habia condu»cido, no menos que por su innegable dulzura, sagacidad y buen »trato, formó una liga con la emulacion y atrincherándose en Montevi»deo se dispararon desde este lugar los primeros tiros contra la fidelidad »del virey interino, acusándolo ante el Acuerdo para su deposicion (1).

(1) El brigadier D. Francisco Javier Elio era el gefe de esta funesta oposicion.

»El fuego de las disensiones domésticas cundia en Buenos-Aires y su »llama abrasadora resplandecia en Montevideo. No hubo diligencia que »no se practicase en beneficio de la Paz, ni persuasion que no se em»please para calmar el ardor de unos escándalos que pronosticaban la »ruina del continente; pero todo fué en vano haciéndose dudosas las »promesas del virey, inútiles las propuestas para un acomodamiento »ventajoso al Estado y á los dos partidos, porque necesitando el de »Montevideo aprovecharse de la demora, esperaba alcanzar la victoria »con una declaracion del gobierno supremo, á donde habia dirigido »iguales acusaciones que á la audiencia contra el virey, sin descuidar »por esto de ganar en Buenos-Aires el partido del cabildo (ayunta«miento) y algunos cuerpos de tropa á su devocion.

«El virey contaba tener á la suya la mayor parte de estas, que »componian los patricios, y para asegurar el acierto en la próxima »eleccion de oficios concejiles para el año de 1809, puso estas sobre »las armas escluyendo los cuerpos europeos, los cuales, se decia, »habian de ser seguidamente desarmados; y hé aqui lo que, segun »las mas imparciales relaciones, ocasionó la sedicion del 1.° del año, »cuyas resultas quedaron precavidas por las anticipadas disposiciones »del gefe y totalmente desconcertadas las ideas de la formacion de una »junta gubernativa de aquel reino á que conspiraba el partido contra»rio al virey. Las providencias enérgicas que este empleó en aquel »instante aterraron desde luego á sus enemigos en Buenos-Aires; pero »Montevideo se conservó siempre en el mismo estado de insubordina»cion á la capital y á su gefe. Desármanse los cuerpos de europeos, »y este desaire por una parte, y por otra el abuso que ordinariamente »se hace de los triunfos, exasperaron los ánimos y despertaron la casi »estinguida emulacion entre europeos y patricios, que sujetos entre »tanto por la política del virey hasta ciertos límites no les quedaba otra »esperanza que la de que el gobierno supremo, á quien habian dirigido »mutuamente sus respectivas quejas, pusiese un venturoso término á »sus diferencias y á las calamidades que por una necesaria consecuen»cia debian nacer del estado violento en que se hallaban.

«Informado el gobierno, que residia entonces en la junta central, »de estas disensiones, creyó que el único remedio que en ellas cabia »era la separacion del señor Liniers, nombrando para su relevo al »Excmo. Sr. D. Baltasar Hidalgo de Cisneros; y cuando este pudo ser »suficiente, proveyó tambien la subinspeccion general de las tropas »del vireinato en el señor D Javier Elio, gefe del partido contrario al »virey, elogiando y premiando la conducta de Montevideo, y olvi-

»dando el mérito de los que habian sostenido la autoridad y representa»cion del gobierno superior del reino el dia 1.° del año; lo cual unido »á los propios motivos, que poco ha quedan indicados, es regular hu»biese avivado el celo de los patricios en quienes estaba depositada y »constituida por su mayor número la principal parte de la fuerza. Así »terminaron estas diferencias con desventaja de las prerogativas del »empleo de virey.» (1)

En tal estado, no posesionado aun del mando el nuevo virey Cisneros, ocuparon de improviso su atencion los alborotos de Chuquisaca y de la Paz en los confines septentrionales de su vireinato, y sus primeras providencias sobre estos lamentables sucesos hubieron naturalmente de adolecer de la falta de conocimientos locales y aun del de las personas á quienes tenia necesidad de oir para instruirse, interesadas y resentidas algunas con su antecesor. Era esta la ocasion mas favorable que la suerte podia ofrecer á los que ya tenian por blanco de sus miras la independencia, contando con aprovechar el momento que un revés de fortuna hiciese padecer los ejércitos de la Península. Agitados asi los ánimos movedizos, llenos de ilusiones los espíritus turbulentos y acordes los instigadores de la capital de Buenos-Aires dieron principio á la triste obra de la revolucion, promoviendo el descontento general, inspirando desconfianza de las autoridades legítimas y atrayendo la fuerza armada á tomar parte en sus planes trastornadores, astutamente disfrazados con el doloso pretexto de conservar al rey aquellos dominios, en cuya sagaz red cayó en cierto modo el mismo virey Cisneros. Componíase á la sazon la guarnicion de Buenos-Aires, de los cuerpos de patricios, que habian sostenido á Liniers y que podian suponerse ofendidos de las declaraciones del gobierno supremo en favor de la oposicion de Montevideo, porque el virey Cisneros no se habia resuelto á seguir los consejos de algunos acerca de llamar á las armas á los cuerpos de europeos que su antecesor habia licenciado, bien cediendo en parte á consideraciones económicas, bien porque no conociera á fondo el germen disolvente que con asombrosa rapidez se iba propagando, ó bien en fin, lo que algunos han estimado de mucha influencia, por el temor de que dichos cuerpos llegasen á servir de instrumento para su destitucion del mando, proyecto que se atribuia á muchos europeos por la circunstancia de ser francés Liniers, la cual venia á ser por sí sola, desgraciadamente en aquella época, un título de proscripcion á los ojos del patriotismo exaltado. La cuestion era

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

gravísima para acertar á resolverla bien : la prevencion entre europeos y criollos habia subido de punto con la rivalidad de Elio , y el gobierno supremo creyendo acertar , vino á exasperarla con sus determinaciones.

Seguros los agitadores de los progresos de su trama y de la cooperacion de la fuerza armada existente, se esparció por buenos-Aires, muy oportunamente para sus meditados planes, la noticia de la ocupacion de Sevilla por las tropas francesas y la disolucion de la junta central. De nada sirvió el que al propio tiempo se supiese la instalacion de un consejo de regencia en quien legítimamente habia recaido el gobierno de la nacion: movido tumultuariamente el pueblo se promovió la formacion de una junta suprema de gobierno y se instaló el 22 de mayo del presente año de 1810, entrando en ella los individuos del ayuntamiento, la cual al declarar que reunia las atribuciones del virey, nombró á este su presidente y manifestó que su objeto era librar al pueblo de los desórdenes de la anarquía y conservar y defender los derechos de S. M. el Sr. D. Fernando VII y los de sus legítimos sucesores á aquellos dominios. Asi se burlaba la perfidia de la lealtad. Los sucesos tomaban un vuelo extraordinario y se sucedian unos á otros con rapidez increible: tres dias despues, es decir, el 25 del propio mayo, esta primera junta, cuya presidencia se habia conferido al virey Cisneros, fué repentinamente alterada en casi todos sus vocales y erigida otra provincial hasta la congregacion de la general que habian de componer los representantes de todas las provincias del Rio de la Plata.

La nueva junta compuesta en su mayor parte de hombres de fé dudosa ó conocidamente desafectos á la España, no solo separó al virey de la presidencia y de todo cargo público, sino que destituyó á los ministros de la audiencia y á las demas autoridades legítimas, y no tardó en hacer salir del pais á la mayor parte de los empleados depuestos, causándoles vejámenes y malos tratamientos: no se ocupó ya de la convocatoria del 27 de mayo, pero se dedicó á desacreditar al consejo de regencia, atribuyéndole entre otros defectos el de haber sido erigido en medio del tumulto y de las convulsiones de la Península; y entonces con menos disimulo se encaminó con mas libertad y mayor decision hácia los verdaderos fines de su institucion, empezando por obligar á las provincias á que reconocieran sin condiciones su suprema autoridad. Ciertamente era natural que aspirase al completo dominio del territorio del vireniato y aun á llevar su sistema político á los finítimos reinos del Perú y de Chile, cuando el punto de

mira de sus hombres mas influyentes era visiblemente la independencia. La plaza de Montevideo en esta ocasion anduvo mucho mas acertada que anteriormente: se resistió á reconocer la junta tumultuaria de Buenos-Aires y prestó la debida obediencia á la regencia de España. La junta empeñada ya en poner por obra todo su pensamiento se apresuró á levantar tropas para hacer decididamente la guerra a Montevideo y para destacar un cuerpo de 1000 hombres á las provincias del norte con el destino de perturbar en ellas el órden que las autoridades españolas mantenian pacíficamente.

Recibida en la ciudad de Córdova la noticia de lo que pasaba en Buenos-Aires, su gobernador por conducto del de Potosi dió parte de todo al virey del Perú, manifestando ambos la opinion de resistir aquellas innovaciones, y aun el último anunciaba el pensamiento, como preciso, de poner aquellas provincias bajo la proteccion y direccion de dicho virey, concluyendo con pedir urgentemente el auxilio de algunas armas. El celoso marqués de la Concordia, dando á la noticia la importancia que merecia, y prescindiendo de la falta de comprobantes con que se le impartia, mandó que se remitieran del Cuzco á Potosi 300 fusiles con sus fornituras y 100© cartuchos: proclamó á los pueblos del Perú de la manera que estimó mas conveniente instruyéndoles con habilidad de lo que pasaba: hizo disponer cuatro cañones volantes y que se dirigieran tambien á Potosi escoltados por una compañía de infantería, 20 caballos y otros tantos artilleros; y advirtió á los gobernadores de la carrera de Buenos-Aires y aun al mismo virey su firme resolucion de coadyuvar con cuanto dependiera de su autoridad á sofocar los desórdenes de aquella capital.

Pocos dias despues el general Nieto presidente de Charcas comunicó tambien documentadamente al virey de Lima los trastornos de Buenos-Aires y las providencias que habia librado para mantener en paz las provincias de su mando, las cuales con voto de aquel acuerdo habia resuelto se pusiesen bajo su proteccion. Igual demanda dirigieron varios jefes de las provincias del alto Perú, sus cabildos y el arzobispo de Charcas con muchas personas particulares y distinguidas. El delicado virey, deseoso por un lado de acertar con el mejor medio de servir los intereses españoles, y por otro de alejar todo motivo de censura sobre la rectitud de sus intenciones, sometió esas demandas á la deliberacion de una junta extraordinaria, la cual únicamente opinó por la agregacion de dichas provincias, á condicion de interina y en tanto que no se lograba el restablecimiento de la autoridad real en Buenos-Aires, y porque desde luego se prestasen al efecto todos los auxilios de quo fuera

posible disponer. Consiguientemente fueron muchas y plausibles las prevenciones que dictó el activo marqués de la Concordia, asi para el levantamiento de tropas en diversos puntos, como para proveerlas de armas y de municiones, contando para el plan que insinuaba al presidente de Charcas con la eficaz cooperacion y diligencia de este general. Entre esas disposiciones se hallaba comprendida la reunion de 500 hombres en el desaguadero bajo las inmediatas órdenes del acreditado coronel D. Juan Ramirez, oficial que merecia la mayor confianza. Dirigióse en fin el virey á todos los gobernadores, prelados y ayuntamientos del alto Perú exhortándolos á que continuasen en el sostenimiento de los buenos principios que habian manifestado hasta entonces, y por este medio, como él mismo reconoce, *alcanzó la grata complacencia de ver las enérjicas y valientes repulsas* que por toda contestacion daban á las primeras insinuaciones de la junta de Buenos-Aires (1).

Sin embargo, bien pronto los temores, las incertidumbres y los recelos vinieron á cambiar el favorable aspecto de tantas esperanzas, y un suceso desagradable ocurrido en Chuquisaca fué el primer indicativo de otros mayores. La tropa que de Buenos-Aires habia traido el general Nieto se mantenia en muy mal estado de disciplina y subordinacion, y como los gefes de los cuerpos á que pertenecia habian abrazado la causa de la revolucion en aquella capital, manifestaba sin rebozo su adhesion llegando á brindar públicamente por la junta dentro y fuera de los cuarteles, y á resistir el cumplimiento de algunas órdenes superiores. Reclamaba tamaño exceso el mas severo y ejemplar castigo; pero el general Nieto, por respeto sin duda á lo crítico de las circunstancias, se contentó con desarmar la tropa y hacerla diezmar, mandando pasar á los trabajos de las minas del Potosi á aquellos á quienes habia tocado el número fatal, con lo que creyó remediadas las consecuencias del mal ejemplo.

Comunicados al general Nieto presidente de Charcas los planes y las providencias en que el virey del Perú fundaba las esperanzas de salvar las provincias del alto Perú y aun las de Salta y Córdova, á propuesta de la junta de guerra reunida en Lima, le autorizó tambien para obrar por sí segun las circunstancias y para pedir al Cuzco los demas socorros de que pudiera necesitar, providencia perfectamente entendida en atencion solo á la grande distancia que separaba á ambos jefes. Parecia, pues, que no restaba mas que obrar para conseguir

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

los mas felices resultados; «pero los escrúpulos de Nieto, *dice el mar-*»*qués de la Concordia*, y su natural irresolucion le indujeron á repre-»sentarme la imposibilidad de llevar adelante mi primer plan, funda-»do en debilísimas razones, y que á la verdad hacen poco honor á la »memoria de un jefe que por otro lado supo sostener con decoro hasta »arrostrar la muerte, y sellar con ella sus honrosos sentimientos. »La falta de gente en el Paraguay, la de armas en Córdova y la des-»confianza de sus provincianos, hé aqui sus obstáculos; y 500 hom-»bres en cada plaza, 2000 en Jujuy con mas un 1000 á sus órdenes »para ocurrir á donde pudiera llamar su atencion la espedicion de 1200 »hombres escasos, que habian salido de Buenos-Aires, era el plan de-»fensivo que habia alcanzado por fruto de sus contínuas meditaciones »en este punto, pues para obrar ofensivamente lo menos que conside-»raba precisos eran 8000. En suma, dificultades insuperables, pe-»didos extraordinarios y las mas instables inconsecuencias formaban »el dilatado papel, que concluyó con la noticia de una expedicion com-»puesta de solos 700 hombres, que habia mandado poner en la raya »de su presidencia á las órdenes del capitan de fragata D. José de Cór-»dova (1).»

Perdido en infructuosas objecciones el tiempo que debia emplearse en útiles aprestos para guerrear y aun para auxiliar á la ciudad y provincia de Córdova, como el virey Abascal habia indicado, la expedicion armada de Buenos-Aires se acercó á aquella ciudad, fuerte de suyo por la fuerza que contaba y animada ademas por las promesas de cooperacion que le habian ofrecido muchos de sus vecinos, á quienes se atribuyó haber trastornado por medios innobles el buen sentido de la guarnicion. Hallábase á la sazon en Córdova el general Liniers, y tanto él como el digno gobernador Concha apercibidos del engaño y de la deslealtad que los rodeaba acordaron retirarse al interior con 400 hombres, que creian de mayor confianza, y con la artillería y municiones que tenian; pero al llegar á Chañar les abandonó vilmente la tropa seducida, permaneciendo fieles á su lado un reducidísimo número y la oficialidad con que habian salido de Córdova. Este triste desamparo obligó á dichos jefes á inutilizar los pertrechos que ya no les era posible conducir, y aun en esta operacion, probablemente ejecutada con premura, tuvieron la desgracia de que se incendiasen algunas municiones y mistos causando la pérdida de algunos individuos de su escolta. «Una reu-»nion de accidentes tan graves como infelices no les dejaba otro cami-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

»no que el de la fuga precipitada, que emprendieron desde luego por »diversas rutas estraviadas en conformidad de una junta celebrada al »intento (1).»

Al mismo tiempo entraban en Córdova las descubiertas de la expedicion de Buenos-Aires, que comandaba el coronel Ocampo, y advertido de cuanto pasaba el enemigo, como favorecido de la opinion de la mayoria del pais, destacó partidas en posta en persecucion de los prófugos, los cuales mal servidos y destituidos de medios cayeron todos en poder de sus contrarios. Instruida la junta de Buenos-Aires de este primer suceso y siguiendo los sanguinarios consejos del doctor Moreno, uno de los mas famosos revolucionarios mandó pasar por las armas á los beneméritos general Liniers, al obispo Orellana, al gobernador intendente Concha, al asesor de gobierno Rodriguez, al coronel Allende y al oficial real Moreno. Mas humano Ocampo que sus nuevos soberanos representó á la junta los inconvenientes que en su concepto ofrecia la ejecucion de Liniers y sus ilustres compañeros; pero incurrió en el alto desagrado de sus nuevos señores y fué separado del mando de la expedicion, el cual se confirió al coronel Balacarce en cuanto á la tropa. Mas para librarse la junta de la molestia que le causaban los sentimientos de humanidad nombró su representante al doctor Casteli, concediéndole las mas amplias facultades asi para los trastornos á que era encaminada la espresada expedicion, como para el asesinato de los mencionados prisioneros, el cual inmediatamente dispuso y verificó en el punto llamado Cabeza del Tigre con tanta sorpresa y espanto del mismo pais conmovido, que pronto se observó en él la notable circunstancia de que con las iniciales de los apellidos de las referidas víctimas se componia la palabra *clamor*. Hijos del sacrificado Concha son D. Manuel, D. José y D. Juan que han venido á prestar sus servicios á la patria de su digno padre, los dos primeros en el ejército y el último en el cuerpo diplomático.

A consecuencia de los lamentables sucesos de Chañar y de la Cabeza del Tigre la provincia de Salta se declaró abiertamente por el partido de la revolucion, cuya mala noticia, comunicada por el gobernador intendente de Potosi al presidente del Cuzco Goyeneche, llegó á Lima con la posible celeridad. Notorio era el peligro que amenazaba de mas cerca la quietud de las vastas provincias de todo el Perú y este experimentado virey no podia desconocer que era llegado el tiempo de desplegar sin demora todos los medios de resistencia de que fuese ca-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

paz el vireinato de su mando. En tal virtud convocó el marqués de la Concordia una junta de guerra en Lima y con su acuerdo dictó las órdenes mas conducentes á que por segunda vez se reuniera y organizara sobre el Desaguadero un ejército capaz de hacer rostro á la conflagracion que avanzaba y para que le sirviera de conveniente base destinó á él un batallon del regimiento real de Lima y algunas compañías de Pardos y Morenos, ademas de proveerlo de armamento, municiones, tiendas de campaña y otros artículos necesarios. Este virey no solo se proponia conservar íntegro y pacífico el vireinato que gobernaba, sino que aspiraba a libertar las provincias del alto Perú, correspondientes al de Buenos-Aires, y mantenerlas sumisas á la España. Nombró de nuevo para el mando en gefe de este ejército al presidente interino del Cuzco, el ya citado brigadier Goyeneche y por su segundo tambien al coronel D. Juan Ramirez y Orozco, á quien habia relevado al efecto del gobierno de la Paz con el coronel de milicias D. Domingo Tristan, primo de Goyeneche, que tanta ocasion dió despues á que se dudase de su lealtad.

Por su parte el activo comandante en gefe nada perdonó para dar el mas exacto cumplimiento á las órdenes del gefe superior del Perú: reunió en Zepita las milicias del Cuzco, de Arequipa y de Puno, que habian de formar el ejército de su mando; y encargó estrechamente al coronel D. Fermin Pierola con 300 hombres y dos piezas de campaña la segura conservacion del importante puente del Desaguadero. En Zepita y sus inmediaciones pasó Goyeneche siete meses dedicado asíduamente á la instruccion, organizacion y disciplina de sus tropas, acertada diligencia que vió gloriosamente recompensada en los memorables dias de Huaqui y de Sipesipe.

La primera comision cometida al coronel Ramirez, y participada al presidente de Charcas, fué que con la tropa que pudiese sacar de la Paz, de Oruro y de Potosi, marchase á reforzar la division de D. José de Córdova en Tupiza, debiendo tomar entonces el mando en gefe; providencia que hubiera probablemente ofrecido ventajosos resultados, si los alborotos de Cochabamba no hubiesen venido á interrumpir la ejecucion de una medida de tanto interés. Esta movediza provincia, en la que habian hecho grande efecto los papeles incendiarios de Buenos-Aires y los progresos de sus armas, se insurreccionó toda acaudillada por D. Francisco Ribero. Atropelladas sin dificultad las autoridades legítimas procedieron los alzados á la prision de las personas mas afectas á la metrópoli, logrando salvarse de su saña por la fuga el gobernador intendente Prada y su padre político el coronel Lombera,

quien se incorporó al ejército de Goyeneche y en él continuó sirviendo con honra hasta su fallecimiento. El alzamiento de la inmediata provincia de Cochabamba conmovió la plebe de la villa de Oruro, como era de temer, y mas excitada por los partidarios y agentes ocultos de la revolucion entre quienes figuraron algunos miembros del cabildo, ó sea ayuntamiento. El subdelegado de rentas D. Tomás Barron aceptó sin resistencia el partido de los insurrectos.

Al percibir la agitacion del pueblo el ministro contador de las cajas de Oruro D. José María Sanchez Chaves, que acababa de llegar de España con este destino, se encerró en el edificio que contenia dichas cajas con 15 soldados veteranos y dos piezas de artillería, única tropa existente, resuelto á defender de un arrebato los caudales que alli habia. Esta determinacion inesperada y las contestaciones que la siguieron entre el contador Chaves y el ayuntamiento decidieron á este á pedir auxilio á Cochabamba, el cual remitió luego Ribero al mando de su teniente Arce. Con la noticia de la aproximacion de este refuerzo perdió el contador la esperanza de poder prolongar su resistencia y adoptó el aventurado medio de salvarse por la fuga, burlando la vigilancia de los pelotones de indios encargados de circuir el edificio de las cajas reales. Sanchez Chaves consiguió salir de Oruro con fortuna; pero como el mal ejemplo cundia asombrosamente y los pueblos se iban levantando unos tras otros, tuvo la desgracia de ser alcanzado y detenido cerca de la barca de Toledo en el rio del Desaguadero, fué en seguida conducido preso á Oruro y de aqui á Cochabamba, donde habria sido víctima de la ferocidad de Casteli á no haber tenido la suerte de fugarse de la prision favorecido por algunas buenas almas. El faccioso Arce se apoderó de las existencias de las cajas de Oruro y nombró en remplazo de Chaves al oficial mayor D. Manuel Contreras iniciado en los secretos trastornadores.

Tan pronto como D. Juan Ramirez, todavia detenido en la Paz, primero por falta de trasportes y luego por la insurreccion de Cochabamba, supo lo que pasaba en Oruro, previno al coronel Pierola que con la fuerza de su mando saliese del Desaguadero y tomase la vuelta de aquella villa, creido sin duda de poder imponer con tan cortos medios á la naciente insurreccion. En cumplimiento de este mandato, Pierola dejó el Desaguadero y siguió el camino real de Oruro, tal vez con mas confianza de la que el caso requeria; y asi fué que apenas habia alcanzado la posta de Aroma cuando se vió repentinamente envuelto y arrollado por mas de 2000 facciosos, sobre la tercera parte á caballo, armados algunos de fusil, otros de lanza y chuzo y los mas de *macana* y

honda con artillería de bronce y estaño. Pierola con pocos de los suyos, perdida la mayor parte de las armas y todas las municiones se retiró precipitada y desordenadamente á Viacha á tiempo que entraba en este pueblo el coronel Ramirez con la gente de guerra que habia podido sacar de la Paz. En vista del desastre de Pierola, de la poca fuerza con que contaba Ramirez y con el rumor que corria de que los enemigos habian avanzado á Calamarca, tomó dicho gefe la prudente determinacion de replegarse al Desaguadero, donde ayudó eficazmente á Goyeneche en el arreglo del ejército, del que era segundo gefe.

Entretanto el doctor Casteli, despues de la ejecucion del general Liniers y de sus cinco compañeros de infortunio, atravesó como en triunfo los términos de Córdova, Tucumán, Salta y Jujuy; dió nueva forma á la administracion de los pueblos; aumentó considerablemente sus fuerzas con reclutas y gente voluntaria, que producia el fervor del primer entusiasmo, é investido del carácter de representante de la junta de Buenos-Aires y de gobernador de las provincias situadas al sur del Desaguadero, se lanzó con osadia hácia el pacífico Perú. Sabedor el general Nieto del proyecto y movimientos del enemigo sacó la tropa que pudo de Chuquisaca y de Potosi, al mando estos respectivos trozos del conde de Casa-Real de Moneda y del teniente coronel D. Narciso Basagoitia, y se encaminó con ella á Santiago de Cotaguita, punto al que ya se habian replegado el mayor general D. José de Córdova y el coronel de milicias D. Indalecio Gonzalez de Socasa, decidido aquel á esperar á los insurgentes á favor de las buenas posiciones que el terreno le ofrecia. Ufanos los enemigos con la superioridad de su número y las demas ventajas que contaban, avanzaron presuntuosamente á Cotogaita adelantando su caballería, y el 27 de octubre se trabó con ella un combate en el que triunfaron los realistas, obligando á los contrarios á retirarse al sur del rio de Suipacha con alguna pérdida y bastante inesperado desórden. Mas los vencedores, ciertamente esforzados en el combate, no acertaron á sacar de su primer feliz encuentro el partido que tal vez debieran, persiguiendo con igual brio al batido y al parecer desalentado enemigo. Asi dieron lugar á que recibiera este tranquilamente en Suipacha el resto de la gente, que tenia en marcha, y á que bien pronto tomara sobre los realistas una funestísima revancha.

Deslumbrado el valiente Córdova con la ventaja que habia obtenido sobre los enemigos, á penas entró en Cotagaita el presidente Nieto con la tropa que le acompañaba, se empeñó en la ofensiva contra el parecer del general, sin tomar debidamente en cuenta

el tiempo que les habia dado para repararse; pero si incumbencia era del jefe superior velar por el honor de las armas que capitaneaba y por la conservacion de las vidas de sus leales subordinados, faltábale la energia de carácter necesaria para hacerse respetar como primera autoridad militar. Obstinado Córdova en llevar á cabo su pensamiento, sin que Nieto tuviese resolucion bastante para detenerlo, pasó á ponerlo por obra eligiendo al intento la tropa que mejor le pareció; mas cuando el 7 de noviembre daba vista este jefe á Suipacha, ya halló á los enemigos no solo prevenidos, sino preparados á salirle al encuentro. Poco tiempo tardó Córdova en comprender toda la gravedad del compromiso en que lo colocaba su temerario arrojo: intentó en vano remediar en parte el error cometido, procurando replegarse en el mejor órden posible y al efecto adelantó en su sostenimiento algunas guerrillas, porque arrolladas estas y alebronados sus soldados toda la columna se entregó á la mas decidida fuga, sin que sus repetidos y arriesgadísimos esfuerzos alcanzaran nada en reparo de tamaño desórden. Este terrible desastre comprueba las ominosas consecuencias que suele producir la confianza sin prudencia, mas de una vez de funestos resultados para las armas españolas en esta larga lucha. Una de las exposiciones de un ejército suele consistir en que sus jefes midan el valor, el sufrimiento, la constancia y el interés de sus subordinados por el suyo propio, porque entonces se repiten las temeridades y pueden llegar á ser de inmensa trascendencia, como en el caso presente.

El anciano general Nieto, que habia permanecido en Santiago de Cotagaita, se vió confundido de repente, porque casi supo á un mismo tiempo la completa derrota de la flor de sus tropas en las cercanías de Suipacha, y la marcha de una gruesa columna de facciosos de Cochabamba contra la capital de Chuquisaca. Considerándolo todo perdido abandonó el campo y tomó la direccion de la costa acompañado de su capellan; pero detenido por los indios de Lipez fué conducido á Potosí donde con Córdova y Sanz habia de servir pronto de cruelísimo espectáculo. Sobre los tristes resultados del desastre de Suipacha, dice el marqués de la Concordia. «Noticioso y »asombrado el Señor Nieto de la derrota de D. José de Córdova dió »órden en el campamento en que se hallaba para que procurasen »sus individuos salvarse en el modo posible, lo que se ejecutó en la »mayor confusion y desórden abandonando el armamento entero de »aquella desgraciada espedicion. Semejante improvisa providencia »pudo ser flaqueza de un espíritu debilitado con la edad; pero

»tambien pudo ser efecto de la precipitacion é inexperiencia de Cór-»dova, funesto maniantal de los males sucesivos. Las ciudades de la »Paz y de Chuquisaca, como tambien la villa de Potosí, adictas, »por amor ó por temor á los intereses de la junta revolucionaria, se »declararon inmediatamente por ella desarmando las cortas guarni-»ciones con que Nieto las habia dejado, y se apoderaron del nu-»merario existente en sus tesorerías. En suma todo eran pérdidas, »dislocacion y desórden en aquel infeliz territorio, dueños del cual »los furibundos insurgentes no hubo género de depredaciones y de »atentados que no cometiesen en los bienes y personas de los fieles »vasallos del rey. El anciano Nieto y su mayor general Córdova, »errantes por los despoblados, fueron sorprendidos y llevados con es-»colta á las cárceles públicas de Potosí, donde sufrieron el último »suplicio en union del intendente D. Francisco de Paula Sanz.» (1)

En efecto ensoberbecido Casteli con el triunfo que le acababan de proporcionar el inconsiderado arrojo de Córdova y el sobrecogi-miento de Nieto, ardiendo en sed de sangre y ansioso de alcanzar las víctimas que se proponia, se adelantó á grandes jornadas hácia la villa de Potosí. Una diputacion del ayuntamiento salió á recibirle y á felicitarle á nombre de la corporacion. Casteli exigió del ayunta-miento el inmediato arresto de la persona del gobernador intendente de la provincia, quien en su largo mando habia sido mas bien un tierno padre que el jefe de sus gobernados. Para dar cumplimiento al mandato de Casteli, el ayuntamiento nombró de entre sus indi-viduos á aquellos que mas señalado aprecio y mayores distinciones personales habian recibido del gobernador, imaginando todavia al-gunos algun noble pensamiento oculto en esta determinacion; mas los cabildantes elegidos desempeñaron puntualmente su odiosa comi-sion. El gobernador Sanz, cuya conducta pública habia sido pura y ajustada, se entregó sin residencia, ni preso quiso aceptar la fuga que le proponian y facilitaban algunos de sus pocos leales amigos. De este modo, errando Sanz tal vez su calculo, marchó pasivamente á su fin.

Reunidos en las prisiones de Potosí el general Nieto, su mayor general Córdova y el gobernador intendente Sanz les hizo Casteli sa-ber que sobre las banderas revolucionarias habian de jurar recono-cimiento y obediencia á la junta de Buenos-Aires. La fidelidad de esos españoles rachazó con noble indignacion semejante propuesta,

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

que no era mas que el pretexto ostensible que buscaba el feroz Casteli para inmolarlos, como sucedió haciéndolos pasar por las armas en la plaza mayor de Potosí el 15 de diciembre. Tal ha sido el triste fin de estos tres distinguidos servidores, víctimas ilustres de su acendrada lealtad al rey y á la España; si bien es fuerza reconocer que, desacertados á su vez y cada uno por su estilo, contribuyeron todos á su lamentable trágico término. Hijos de ese desgraciado Córdova tenemos entendido que son los generales D. Luis, ya difunto, y D. Fernando.

Finalmente, para dar mas exacta idea del carácter especial de Casteli conviene saber que, cuando D. Francisco de Paula Sanz pasó por Buenos-Aires para ir á servir el gobierno intendencia de Potosí, conoció en aquella capital en la mayor humildad, en suma indigencia y en total desamparado al espresado Casteli todavia muy jóven: agradóle su disposicion, lo recogió compadecido, llevólo en su compañía á Potosí, cuidó de que recibiera una educacion esmerada, lo sostubo con decencia en la universidad de Chuquisaca y en ella le costeó sus grados literarios hasta el de doctor en leyes; cuyos beneficios todos recompensó ese mónstruo mandando dar la muerte á su bienhechor sin otro delito que el de ser Sanz español honrado y leal.

Un extrangero, de los que con mayor empeño sirvieron la causa de la independencia de Buenos-Aires, de Chile y del Perú, dice tambien respecto del mismo corifeo: «Casteli, abogado de gran talento, »era capaz, activo y decidido, pero versatil y feroz. Poseia cumplidamente aquella elocuencia que cautiva y arrastra á la multitud, »aunque la rigidez de su carácter le hacia enemigo de todo término »medio. En todas partes proclamó la libertad y odió al despotismo, »condenando al mismo tiempo á cuanto halló que se opusiera al nuevo órden de cosas. D. Francisco de Paula Sanz, gobernador de Potosi, que se habia hecho digno del respeto y consideracion general durante su larga residencia en América, junto con el general »Nieto, presidente de Charcas, antiguo militar que se habia hallado »en la batalla de Rioseco contra el ejército francés en 1808, y un »oficial de marina, Córdova, fueron fusilados en la plaza del Potosí, »actos que parecen de una crueldad indisculpable. Casteli alegó en »su descargo que era necesario comprometer á los patriotas y hacer »cesar aquella clase de neutralidad, que hasta entonces se habia observado en la masa del pueblo, que no habia comprendido bien la »naturaleza de la lucha, ó el objeto que la promovia; y que la sen-

»tencia de hombres de alto rango difunde el terror en todos los de»mas. Los que ocupaban destinos creyeron ver en Casteli un segun»do Robespierre, próximo á inmolar de ellos cuantos creyera con»venientes al triunfo de la libertad. Casteli de hecho fué un terro»rista muy imbuido en las máximas de la revolucion francesa, y es»taba muy al corriente de todos sus pormenores.» (1)

CHILE.

Antes de continuar en la relacion de las operaciones del representante de la junta revolucionaria de Buenos-Aires Casteli, parece oportuno indicar, aunque brevemente, como tuvo principio la revolucion de este feraz y rico reino.

Está Chile separado del territorio del Perú por la frigida y escabrosa cordillera de los Andes, que corre de Sur á Norte, y por un desierto de arena de cerca de 80 leguas sin agua potable, el cual se extiende entre la cordillera y el mar desde el pueblo de Atacames, último del Perú, hasta el primero de Chile que los indios llamaban antiguamente *Copayapu* y se conoce ahora por Copiapó. Los Incas del Perú, habian conquistado y sujetado á su dominacion todo el pais chileno que media entre Copiapó y el rio Maule, cerca de 300 leguas de longitud tomada de Norte á Sur. Posesionado Don Francisco Pizarro del reino del Perú, despachó desde el Cuzco una expedicion contra Chile al mando de su compañero D. Diego de Almagro y auxiliada de crecido número de indígenas de guerra de los recien sometidos, á cuyo frente iban tambien el príncipe Paullu, hermano de Manco Inca, y el sumo sarcerdote Villac-Umo, ó Villa-Oma. Segun el dictámen de los caudillos indios tomó Almagro la vuelta de la tierra ó provincia de los Charcas para buscar por alli la cordillera, cruzarla de Este á Oeste y descender á Chile salvando el temible desierto de Atacames; expedicion de las mas atrevidas y trabajosas de que se pueda hacer memoria, y en cuya travesía perecieron no solo muchos indios de los auxiliares, sino algunos españoles y caballos entonces de inestimable precio. Almagro tuvo la fortuna de ser bien recibido en Chile por los tenientes de los Incas; pero la conquista total de este hermoso reino la completó pocos años despues el célebre y esforzado D. Pedro Valdivia, desde cuya época se contó entre las posesiones españolas del Nuevo Mundo. (2)

(1) Memorias del general Miller.
(2) Garcilaso, historia general del Perú.

Todo el territorio chileno quedó desde entonces incorporado al vireinato del Perú, de donde se le suministraba un subsidio para el sostenimiento de las cargas del gobierno; pero por real órden de 15 de marzo de 1797 se le separó y constituyó en capitanía general independiente con la presidencia de la audiencia de Santiago, y desde esta determinacion fueron menos conocidas sus necesidades en el Perú, porque el pais fué progresando en bienestar visiblemente. Pero este pacífico suelo se resintió, como era de temer, de las circunstancias en que la ambicion de Napoleon puso á la metrópoli y del pernicioso influjo de la insurreccion de Buenos-Aires. A favor de tamaños sucesos los ánimos díscolos y ambiciosos supieron sacar partido de la debilidad é inexperiencia del brigadier D. Juan Carrasco que gobernaba interinamente á Chile por muerte del presidente propietario el general Muñoz.

Como á mediados de este año de 1810, el ayuntamiento de la capital de Santiago tomó astuta y artificiosamente la iniciativa para pedir bajo suposiciones gratuitas la cesacion en el mando del jefe superior interino, á quien la audiencia no creyó poder sostener como era de su obligacion, y en tal virtud abdicó Carrasco el gobierno, del cual se encargó con las formalidades de estilo, tambien interinamente, el anciano conde de la Conquista, todo bajo la apariencia del mejor servicio del rey y de la España. Formóse seguidamente una junta que se tituló suprema conservadora de los derechos de Fernando VII durante su actual cautiverio en Francia, y fué nombrado presidente de ella el mismo conde de la Conquista. Esta junta, una vez constituida, se hizo reconocer y jurar obediencia de todo el reino; convocó un congreso general; levantó tropas; ordenó la instruccion de los cuerpos de milicias; puso el pais en buen estado de defensa, y puede afirmarse que echó los primeros cimientos de la revolucion y de la independencia, cuya obra coronaron despues los sangrientos desastres que experimentaron las armas españolas en los años de 2817 y 1818. En su lugar daremos alguna idea de estas desgracias por la grande influencia que ejercieron en la suerte del Perú. Mayores pormenores sobre toda la revolucion de Chile se hallarán en la relacion del gobierno del ilustre marqués de la Concordia, en la historia de la revolucion Hispano-Americana por D. Mariano Torrente, y en la relacion histórica de Mr. Stevenson y aun tambien en las memorias del general Miller.

CAPITULO III.

Insurreccion de Chuquisaca.—Fundacion de esta ciudad y orígen de sus tres nombres. —D. Domingo Tristán en la Paz.—Fundacion de esta ciudad.—Un Acuerdo.—Entrada de Casteli en la Paz.—Dimisiones no aceptadas acertadamente.—Mala fé de los disidentes.—Noble conducta de Goyeneche.—Puente del Desaguadero.—Resuélvese Goyeneche á tomar la ofensiva.—Gloriosa batalla de Guaqui.—Su importancia.—Diaz Velez en Potosí y Cochabamba.—Fundacion de esta capital.—Goyeneche en la Paz y Oruro.—Batalla de Sipesipe:—Insurreccion de Pacages, Larecaja y Omosuyos. —Cercan los insurrectos á la Paz y cortan la comunicacion con el ejército.—Disposiciones del virey Abascal.—Pumacahua y Chuquihuanca.—Desgracia en Tiquina.—Avanzan Pumacahua y Benavente al sur del Desaguadero.—Sus buenos servicios.—Lombera entra en la Paz.—Entra Goyeneche en Cochabamba.—Pasa á Potosí haciendo ocupar al mismo tiempo á la Plata.—Reclutamiento en Chichas.—Sumision de Tarija.—Barreda.—Picoaga.—Diaz Velez.—Ramirez en Huata.—Prepárase un nuevo choque en Suipacha.

AÑO DE 1811.

La sublevacion de la provincia de Cochabamba y del gobierno de Oruro, la lamentable derrota de Córdova en Suipacha que abrió á Casteli el camino de Potosí, mas por efecto de los errores de nuestros jefes que por habilidad del enemigo, y el carácter movedizo de aquellos naturales insurrecionaron de nuevo la ciudad de Chuquisaca y toda la vasta provincia de Charcas, de la que era capital. Dicho queda ya como esta ciudad es conocida indistintamente por tres nombres, á saber, Chuquisaca Charcas y la Plata, cuya triple nomenclatura reconoce el siguiente orígen.

Mucho antes de que los españoles descubriesen el Perú, los monarcas Incas habian conquistado todo el territorio denominado de los *charcas*, y le conservaron este nombre como al pueblo que le servia

de cabecera el de *Chuquisaca* que tenia. En 1538 el adelantado D. Francisco Pizarro, honrado ya por Cárlos I con la merced y título de marqués de los Atavillos, encomendó á su hermano Gonzalo la conquista de los *charcas*, que fué reñidísima; y este esforzado caudillo fundó y pobló una ciudad en Chuquisaca, manteniéndola el nombre del antiguo pueblo que le servia de basa. Descubierto el famoso mineral de *Potochi* (Potosí), que dista de Chuquisaca poco mas de diez y ocho leguas, se dió tambien á esta ciudad el tercer nombre de la *Plata*. (1)

Dueño el afortunado Casteli de Potosí, disculpablemente engreido con la buena voluntad que los pueblos se apresuraban á manifestarle, auxiliado de un fuerte golpe de gente de la provincia de Cochabamba al mando de Ribero, y, lo que pareció entonces muy estraño, favorecido de los buenos oficios del intendente de la Paz D. Domingo Tristan, emprendió como un procónsul su marcha en demanda del extremo norte del vireinato de Buenos-Aires, no solo contando con el pleno dominio de las provincias situadas al sur del Desaguadero y que forman lo que se llama el alto Perú, sino esperanzado de invadir y trastornar con igual facilidad el territorio del vireinato de Lima, que pacífico y sumiso obedecia á las autoridades reales.

D. Domingo Tristan, que mas adelante logró sincerarse de su incomprensible conducta á punto de continuársele en el mando como oportunamente se dirá, apadrinó visiblemente por entonces el pronunciamiento de su provincia en favor de la junta de Buenos-Aires: reunió alguna gente armada que, aunque reducida en número, informe en su organizacion y falta de instruccion, la hizo adelantar al pueblo de Achacache en observacion del territorio fiel. Alli se ocupaba esta gente desordenada en detener y pillar á los leales habitantes del pais conmovido, que abandonaban sus establecimientos y hogares por buscar un asilo en la limítrofe provincia de Puno. Fueron de este número el teniente coronel D. Juan Francisco Ribero, gobernador subdelegado del partido de Larecaja (2) y su hijo político D. Andrés Coll, quienes, si bien se habian puesto en salvo escapando de Sorata á la aproximacion de aquella horda, cuando quisieron llevar á su lado á sus familias, tuvieron que comprar de Tristán los pasaportes á fuerza de oro, segun entonces se dijo; y aun con ese seguro, al atravesar los equipajes por Achacache con dirreccion á Huancané, fueron detenidos y despojados de los objetos de mayor interés.

(1) Garcilaso, historia general del Perú.
(2) Padre del teniente general y senador del reino D. Felipe Ribero.

Asi facilitaba el gobernador Tristán el tránsito de los enemigos de Potosí á la Paz, en cuya capital hizo Casteli su entrada pública y solemne el miércoles santo de este año en medio de las mayores aclamaciones, seguidas de fiestas, regocijos, bailes y borracheras á que en verdad no estaban acostumbrados los habitantes en dias de semana santa. En la misma noche del dia de la entrada de Casteli en la Paz, como en las que trascurrieron hasta su salida, fué la ciudad teatro de diferentes escenas, que causaban en los buenos profundo dolor. Recibido el enemigo con todo género de diversiones, impropias y agenas de la santidad de aquellos dias, fué á apearse en el palacio episcopal que le estaba preparado, y en sus salones se reunieron por las noches la mayor parte de las señoras de la poblacion con sus padres, esposos, hermanos, parientes y amigos para procurar en espléndidos saraos esparcimiento al nuevo jefe, totalmente desvanecido con el humo de tanta lisonja. Pero lo que formba el mayor escándalo á los ojos de la lealtad era ver que, uno de los mas fervorosos y diligentes en promover y fomentar las diversiones á Casteli y sus satétiles, fuese el mismo D. Domingo Tristán, puesto allí de jefe superior en representacion de la autoridad real. Una conducta tan censurable y reprensible, aunque se procuró justificar despues, con la circunstancia de ser Tristán primo del comandante en jefe del inmediato ejército español, vino á llamar mucho la atencion de los hombres leales y á ponderarles tal vez los peligros á que se consideraban expuestos, avivando una disculpable desconfianza que, creciendo con el tiempo y los acontecimientos, contribuyó poderosamente á la ruina de opulentas familias é influyó mucho en la pérdida total del dominio español en aquellos hermosos paises.

La ciudad de la Paz, capital de la rica provincia del mismo nombre en el pais llamado primitivamente *Chuquiabo*, está situada á 22 leguas al sur del rio del Desaguadero y casi á igual distancia del Cuzco, de Arequipa y de Chuquisaca. Mandóla fundar el presbítero y licenciado Pedro de la Gasca, del consejo supremo de la Inquisicion, cuarto gobernador y capitan general del Perú, despues que consiguió acabar con la faccion de Gonzalo Pizarro, á quien hizo ejecutar con otros muchos de sus bravísimos capitanes y soldados, célebres descubridores y conquistadores, condenando á otros á galeras y aun á algunos á ser públicamente azotados con grave perjuicio y sensible mengua del favorable prestigio de que gozaban los españoles, y cuyos castigos causaron asombroso é inesplicable escándalo entre los indios. En 1548 nombró la Gasca á Alonso de Mendoza corregidor del terri-

torio de *Chuquiabo*, y le ordenó fundar una ciudad con el título y advocacion de nuestra Señora de la Paz en memoria de la que acababa de restablecer en el reino á costa de tanta y tan distinguida sangre española. Este fué el orígen de la ciudad de la Paz, que dió nombre á toda la provincia, erigida mas adelante en silla episcopal y poblada en su mayor parte de indios ásperos y turbulentos. (1)

Antes de que Casteli saliera de Potosí para la Paz, en vista de las desgracias ocurridas en el distrito del vireinato de Buenos-Aires y con presencia de los oficios del ayuntamiento de Charcas proponiendo suspension completa de hostilidades y que por una y otra parte se respetase la línea divisoria de ambos mandos, proposiciones á que accedió provisionalmente Goyeneche, el virey de Lima convocó un acuerdo y con su uniforme dictámen resolvió la concentracion de todas nuestras fuerzas á la derecha del Desaguadero, aumentando estas *hasta donde se considerasen suficientes para poner á cubierto el territorio de su mando de cualquiera invasion ó tentativa que pudiera alterar su admirable tranquilidad y el buen órden que en él se conservaba*. Igualmente reunió el virey en Lima una junta de guerra, la que instruida del estado del alto Perú estimó juiciosa la conducta de Goyeneche, pues que en su contestacion provisional al ayuntamiento de la Plata habia abrazado con habilidad los dos resortes que era preciso poner en juego para salvar el pais, la política y la fuerza. Permitióse la continuacion del tráfico entre ambos vireinatos, pero se mandó precaver la introduccion de personas sospechosas y la de papeles subversivos, mas fácil sin duda de disponer que de realizar: y se fijaron por límites no solo el Desaguadero, sino la línea que se estiende al Este por el estrecho de Tiquina y los pasos de Larecaja y Omasuyos en el partido Huancané, provincia de Puno, y al Oeste por Arica ó Moquechua, provincia de Arequipa. Autorizóse al comandante en jefe para que mandase levantar fortificaciones donde le parecieran útiles, se le auxilió al efecto con oficiales de ingenieros y se le concedieron de nuevo amplias facultades para obrar segun las circunstancias, como era justo. Dictó simultáneamente el mismo virey varias órdenes de suma utilidad á los gefes de las provincias, y como no podia ocultarse á su penetracion la poca seguridad que ofrecia el nombre de Casteli para la duracion de lo pactado, no se descuidó en enviar al ejército de Goyeneche nuevas armas,

(1) Garcilaso, historia general del Perú.

municiones, pertrechos, dinero, tropa y oficiales de todos los institutos del ejercito.

Adoptadas las referidas disposiciones y satisfecho el celoso virey de la sumisa obediencia con que los pueblos de su mando ejecutaban cuanto se exigia de ellos, un incidente singular vino á perturbar en cierto modo las lisongeras esperanzas que con algun fundamento tenia derecho á concebir. El caso fué, pues, que el comandante general, dice, »y presidente interino de la real audiencia del Cuzco repitió por se»gunda vez la súplica para que le fuese admitida la dimision de am»bos cargos, fundándose en la propension que habian descubierto los »soldados de su ejército y muchos de los oficiales subalternos al crí»men de la desercion: en los rápidos progresos que hacia en los ánimos »la seduccion y engaño de los traidores y otras graves causas para cu»yo remedio en vano habia agotado los recursos de la severidad, los »sacrificios del caudal de la tesorería, las promesas y otros arbitrios »de consumada sagacidad y prudencia. La entidad de los puntos con»tenidos en la representacion me obligó á tratarla en junta político»militar, que convoqué al efecto como indicaba desearlo el mismo Go»yeneche; y considerados todos como las resultas que podria acarrear »cualquiera alteracion de mando en el estado de aquel ejército, de »unánime sentir se decretó no ser admisible por entonces la dimision »que de él hacia el Sr. Goyeneche, á lo menos hasta recibir su con»testacion á lo que de oficio y confidencialmente deberia yo espo»nerle sobre el particular; y que para atender á los demas puntos »de la propia representacion, se aumentase, como estaba mandado, »el ejército, aunque fuese con tropas de esta capital, valiéndose pa»ra tan urgente necesidad de todos los medios conciliables para la »mas pronta verificacion de lo dispuesto. Asi se verificó desde lue»go dirigiendo por la via de Arica el refuerzo de esta guarnicion; »mas conociendo yo que entre los motivos legítimamente alegados, »ninguno podria ser de mayor peso, ó acaso el único, segun el de»licado pundonor del general, que el reciente nombramiento que aca»baba de hacer el supremo gobierno en el brigadier D. Bartolomé »Cucalon para la presidencia, cuya interinidad estaba en Goyeneche, »determiné continuarle en ella suspendiendo el cumplimiento de los »reales despachos por la muy obvia y prudente consideracion de que »limitado el general á solo el mando del ejército en aquellas críti»cas circunstancias, la desercion se aumentaria á lo infinito viéndolo desnudo de autoridad y facultades para poder perseguir á los »desertores hasta sus propios hogares, ó hacerlo dependiente de los

»magistrados y jueces territoriales para este y los demas artículos »propios y de necesidad para la subsistencia de las tropas.» (1)

Muy embarazosa seguramente se iba haciendo la situacion del virey por la naturaleza de incidentes imprevistos; pero acertado siempre, y por fortuna noblemente aconsejado, obró como era de esperar de su consumada experiencia en el mando, y bien secundado finalmente por Goyeneche y los demas cabos del ejército, tuvo la gloria de ver pronto coronadas sus vigilias con el cambio mas feliz del horizonte político. Hubo, es verdad, nueva renuncia del comandante en jefe por nuevo motivo de delicadeza, la hubo tambien del mayor general el coronel D. Pio Tristan, primo de Goyeneche y hermano de D. Domingo, gobernador de la Paz; pero el ilustrado virey las resistió todas, porque de todos necesitaba y muy particularmente de sugetos como Goyeneche y Tristan que reunian á lo nobles, leales y entendidos la circunstancia de ser patricios para hacer ver á los malévolos la justicia con que se atendia el mérito, en ocasion precisamente en que los revolucionarios se esforzaban por acriminar la parcialidad de la metrópoli.

Entre tanto arregló Casteli á su modo la administracion de la provincia de la Paz, y continuando en su gobierno al mencionado D. Domingo Tristán, salió al fin con el grueso de sus fuerzas muy aumentadas á situarse en el pueblo de la Laja, camino del Desaguadero, seis leguas al norte de la Paz y 16 del ejército real. A favor del armisticio acordado por 40 dias, que habia de servir de preliminar al arreglo amigable y definitivo ya anunciado para evitar la efusion de sangre entre hermanos, segun decia el enemigo, el verdadero objeto del falaz Casteli se dirigia á adormecer en la confianza al general español para atacarlo de improviso y con ventaja, y al efecto extendió parte de su fuerza á Tiahuanaco, san Andrés y Jesus de Machaca, tal vez en la simple persuasion de que su activo adversario no vigilaria sus pasos; pero atento Goyeneche á los grandes intereses que le estaban confiados y noticioso de aquel movimiento, hizo en su línea las prevenciones convenientes y estableció ademas en Puisacoma un destacamento en observacion de los caminos que conducen á la costa. Por desgracia nuestras milicias no tenian todavia la práctica de la guerra, y por esta razon les fué fácil á las hordas de cochabambinos, que cubrian la izquierda contraria, caer de repente y en considerable número sobre el pueblo de Puisacoma cau-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

sando estragos á los vecinos y arrollando los 25 hombres que únicamente habia podido oponerles nuestro comandante, por tener una partida situada en Huacullani y otra escoltando los caballos en el pasto; y asi fué que aunque este oficial hizo alguna resistencia tuvo que ceder al número perdiendo 4 hombres muertos, 41 prisioneros y la mayor parte de las armas, caballos y monturas. «En vano recla»mó el comandante general su restitucion: la falta de subordinacion »y la indisciplina de las tumultuarias tropas ni atendia á las reclama»ciones, ni obedecia las órdenes del que las mandaba y dirigia. No »obstante insultos tan graves, reagravados con la infraccion de las »mas recientes estipulaciones, el general, usando siempre de mode»racion y de prudencia, reencargó solo la mayor vigilancia en los »puestos, poniendo en consejo de guerra al oficial que mandaba el »de Puisacoma para castigarle segun la culpa que contra él resul»tase.» (1)

La conducta noble y equitativa de Goyeneche alentó la insolencia de los facciosos á punto de acercarse á dos leguas del campo español y atacando á nuestras descubiertas de caballería fueron inevitables las consiguientes escaramuzas. Rotas las hostilidades asi por el hecho que se acaba de referir como por las alarmas falsas que las partidas revolucionarias venian á causar á los puntos avanzados de los realistas, el comandante en jefe dispuso que 400 infantes y 50 caballos á las órdenes del coronel Ramirez extendieran un reconocimiento hasta Machaca, donde se trabó un choque algo mas serio por la diferencia de fuerzas contrarias; pero el campo quedó por nuestras armas, causando al enemigo la pérdida de un capitan y 12 hombres de tropa muertos, y Ramirez regresó al campamento de donde habia salido como se le previno.

El digno representante de la junta de Buenos-Aires Casteli, insistiendo siempre en la idea de emplear todo género de simulaciones para dar un golpe á Goyeneche, adelantó sigilosamente sus huestes á los pueblos de Huaqui, ó Guaqui, como mas generalmente escribimos los españoles, y á Jesus de Machaca, y envió un fuerte trozo de caballería por su izquierda sobre un vado del Desaguadero y una columna de infantería por la derecha al estrecho de Tiquina, con el designio de envestir por tres puntos á la vez la línea de los realistas, y como su gente era mucha en número creia seguro su triunfo, como pomposamente anunció en una proclama, que publicó en-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

tonces, ofreciendo á los peruanos hacer ondear su victorioso pabellon en las deliciosas riberas del Rimac y sobre los mismos muros de la pacífica y opulenta Lima. La fortuna habia exaltado de tal modo el orgullo y presuncion de Casteli que menospreciando con necedad las cualidades distinguidas del general que tenia al frente, y sin tomar en cuenta para nada los esfuerzos de la lealtad, ni el espíritu de las ofendidas tropas reales, en un momento de arrebato se permitió temerariamente decir que *aunque Dios no quisiera habia de vencer á Goyeneche*. Mas no quedó mucho tiempo impune el maldiciente Casteli, pues derrotado luego en Guaqui por Goyeneche y retirado á Buenos-Aires sin crédito ni estimacion, vino á fallecer no mucho despues de un cáncer que le devoró la lengua.

Ufano el enemigo y lleno de esperanzas, continuaba sin cesar sus preparativos para el ataque decisivo que proyectaba, divididas sus tropas en tres divisiones, que ocupaban los puntos de Guaqui, Casa y Jesus de Machaca; pero separaba á los contendientes el rio del Desaguadero, cuyo paso mas pronto y fácil era el que ofrecia el puente llamado del Inca, del que se hallaban posesionadas las armas españolas; y antes de entrar en los pormenores de las operaciones que se siguieron, no parecerá inoportuno dar aqui una idea del orígen y forma de ese puente.

Capac Yupanqui, quinto Inca del Perú, con el designio de extender las conquistas comenzadas al Mediodia de su imperio, mandó construir un puente sobre el rio que forma el desagüe de la gran laguna de *Titicaca*, que los españoles nombraron Desaguadero, el cual puente está formado de balsas de juncia y otros materiales y colocado sobre el agua como el de barcas de Sevilla. En el Perú se cria una paja larga, suave y correosa, que los indios llaman *ichu*, con que cubren aun la mayor parte de sus casas, y ademas crece en las riberas de la mencionada laguna, grandísima cantidad de juncia y de espadaña que denominan *Totóra* y tiene alguna semejanza con la enca. Los indios de los pueblos pensionados con la obligacion de mantener este puente cortan á su tiempo cantidad de totora y juncia, para que esten secas cuando hayan de emplearlas. De la referida paja hacen cuatro maromas gruesas como la pierna y echan dos sobre el agua de un lado al otro del rio que lleva grandísima corriente: sobre las maromas ponen haces de juncia y totóra del grueso de un buey, fuertemente atados unos con otros y con las maromas, y luego echan sobre los haces las otras dos maromas las aseguran con ellos. Para que estas no se rompan tan pronto con el pisar de las bes-

tias ponen otra cantidad de totóra encima en haces delgados, los cuales cosen unos con otros y con las maromas, y forman lo que los españoles llaman la calzada del puente. Tenia este de 13 á 14 pies de ancho, una vara de alto y sobre 150 pasos de largo, por lo que puede imaginarse la cantidad de material que entra en el sostenimiento de tan grande obra; y es de advertir que la renuevan con muchísima frecuencia para evitar las consecuencias de la podridumbre en materiales de tan flaca consistencia. En tiempo de los Incas el sostenimiento de este puente estaba repartido por provincias y, como cada una sabia la parte de material con que tenia que acudir y la apercibian de un año para otro, lo habilitaban con suma prontitud. Los indios no ataban ni afianzaban en estribos de tierra los cabos de las maromas gruesas, sino que las enterraban profundamente, sistema que tenian por muy útil acaso tambien porque formaban el puente variando á veces de sitio, aunque en poco espacio. (1)

El ya indicado villano modo de proceder de Casteli y de sus hordas indignó, como era de esperar al comandante en jefe Goyeneche y á sus tropas, y en consecuencia adoptó una resolucion cumplidamente firme. En la noche del 19 de junio, el sagaz caudillo español reunió en junta de guerra á los jefes de su ejército á fin de obligar mas por este medio su decidida buena voluntad, y con su acuerdo quedó definitivamente determinado prevenir sin demora el peligro, buscando al enemigo al siguiente dia 20. A la señal de un cañonazo disparado en el campo de Zepita á las doce de la noche del mismo dia 19, Goyeneche movió su ejército hácia el puente del Desaguadero que cruzó sin dificultad ni riesgo, incuria grande del enemigo, dejando para custodia del puente y guarda de la derecha del rio la division del coronel Lombera. A la izquierda del Desaguadero formó el comandante en jefe el resto de sus tropas en dos divisiones, mas respetables por su calidad que por su número, la primera, ó sea de la derecha al mando de Ramirez y la otra á sus inmediatas órdenes. El ejército real contaba como 6500 hombres de todas armas bien instruidos y disciplinados; los enemigos eran muy superiores en número y sobre todo en caballería, ademas de tenerla mejor montada que la nuestra

Ambas columnas marcharon paralelamente á buscar al enemigo, la del comandante en jefe siguiendo el camino real que conduce á

(1) Garcilaso, historia general del Perú.

Guaqui, y la de Ramirez un poco mas a la derecha tomó la ruta de Jesus de Machaca. Como á las doce del dia 20 de junio dió Goyeneche vista al enemigo, que ocupaba con gran número de gente y 15 piezas de artillería, á las inmediaciones del pueblo de Guaqui, una posicion muy fuerte, que favorecia un morro ó cerro flanqueado por la laguna, y defendida por montes de considerable elevacion; pero de no tan difícil acceso por la izquierda, que los disidentes descuidaron ó no comprendieron su importancia. Goyeneche continuó dirigiendo sus tropas hasta ponerse al alcance del cañon enemigo, que empezó sobre ellas un vivo fuego, el cual ni fué contestado ni detuvo la marcha de los realistas: entonces los disidentes hicieron cargar su caballería, que fué valientemente resistida y rechazada. Cuando nuestro general logró situarse en parage conveniente dió órden al mayor general D. Pio Tristán para que con la fuerza que le señaló se apoderase de la parte descuidada de la posicion de Casteli, corriéndose luego por ella hasta atacar decididamente el flanco izquierdo de los facciosos; y á fin de divertirlos durante esta operacion, el mismo Goyeneche con la tropa que tenia inmediata, á cuya cabeza se hallaba el primer regimiento del Cuzco, que mandaba el bravo y fidelísimo Picoaga, maniobró por bastante tiempo con suma habilidad amagando continuamente por el frente. D. Pio Tristán acreditó en la direccion del importante ataque que se le confiaba tanta inteligencia como espíritu y decision. Visto por Goyeneche el efecto que producia el movimiento rápido y bien ejecutado de Tristán por las alturas de la derecha, dispersó tres compañías en guerrillas sobre el frente y mandó acometer al resto de la columna por la izquierda segun permitia la lengua de tierra que formaba la citada laguna, lo que á su ejemplo ejecutó el coronel Picoaga con tal firmeza que los enemigos, incapaces de resistir esta acertada y simultánea arremetida, perdieron su formacion y se entregaron á la mas desordenada fuga dejando en el campo de batalla toda su artillería, 280 cajones de municiones y seis botiquines. Goyeneche persiguió al enemigo y ocupó seguidamente el pueblo de Guaqui apoderándose no solo de los hospitales, municiones y víveres almacenados que contenia, sino de los acopiados con mucho afan en Tiahuanaco.

El coronel Ramirez por su parte no fué menos feliz en el ataque que se le habia confiado del lado de Jesus de Machaca, aunque topó por allí mayor resistencia. Las dos guerrillas que cubrian la columna de Ramirez rompieron el fuego sobre algunos caballos enemigos avanzados y los obligaron á replegarse aceleradamente hácia el grueso

de su fuerza, que descubrieron los realistas en órden de batalla apoyada la derecha á los montes y cubierta la izquierda por un gran golpe de caballería. Ramirez desplegó su columna, menos un batallon que dejó en reserva, y marchó denodadamente al enemigo á pesar de los daños que su tropa experimentó desde que se puso á tiro; asi fué que el fuego de dos obuses que los disidentes habian colocado en el centro de la batalla, el de sus baterías y la lluvia de granadas de mano que arrojaron sobre los realistas los pusieron casi en desórden, que á continuar habria venido á ser de terribles consecuencias. Mas cuando el valiente Ramirez se esforzaba por reanimar á su dudosa y maltratada gente fué muy felizmente auxiliado por las guerrillas de la columna del comandante en jefe que asomaron en aquel crítico momento por las alturas de la izquierda amenazando el flanco derecho de los contrarios, circunstancia que ayudó con eficacia á decidir la accion en favor de las armas españolas, despues de seis horas de combate. Los enemigos huyeron á su vez dejando en poder de Ramirez un obus, una culebrina y cuatro cañones con muchas tiendas y municiones de toda especie. Dueño este jefe del campo y cuando pensaba dar un descanso á su fatigada tropa, dice el marqués de la Concordia refiriéndose á los partes oficiales, «la caballería cochabambina en número de 2500 hombres repasó el rio del Desaguadero é intentó asaltar nuestro campo, delante del cual se presentó haciendo fuego con dos cañones; pero desengañada de que su socorro era fuera de tiempo y sus tentativas inútiles por la vigilancia de Ramirez y la bizarría de sus tropas en contestar sin detencion á sus fuegos, tuvo que retirarse avergonzada de la empresa.» (1)

Del modo pues referido obtuvieron las armas españolas en Guaqui y Jesus de Machaca un triunfo tan decisivo y completo que daba ocasion á decir que se habian ganado dos importantísimas y gloriosas batallas á la vez; mas como el comandante en jefe dirigió personalmente el ataque de las alturas de Guaqui, por donde principió tan señalada victoria, este es el nombre que ha conservado la batalla. La conducta de nuestros jefes, oficiales y soldados en ambos puntos fué en extremo distinguida, y su bravura y la buena direccion del ataque descorazonó tanto á los contrarios que arrojaban las armas para huir con menos embarazo, dejándolas en poder de los

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

vencedores. Alebronado Casteli no paró hasta Buenos-Aires, y solo Diaz Velez, uno de sus tenientes y hombre de arrojo, pudo retirarse con 800 hombres reunidos camino de Potosí, de cuya villa estrajo sobre 800,000 pesos, tomándolos principalmente de la casa de Moneda y del banco de rescate de San Cárlos, y no sin bastante dificultad porque noticiosos los vecinos de la victoria de Guaqui, y temerosos de verse saqueados por una tropa desesperada por la desgracia, opusieron fuerte resistencia á su entrada, que al fin consiguió Diaz Velez á costa de alguna pérdida. Propóniase este caudillo continuar su repliegue sobre la frontera de las provincias llamadas de *abajo*, cuando recibió con sorpresa la noticia de que el victorioso ejército del rey, lejos de avanzar con rapidez al sur como era de temer, habia vuelto á pasar al norte del Desaguadero; y sabedor tambien de que otros revolucionarios reunian muchos dispersos en los términos de Cochabamba, se dirigió á esta capital con la tropa que le acompañaba.

La provincia de Cochabamba, una de las mas pobladas y bulliciosas de las del alto Perú, fué sometida por los emperadores Incas á su dominacion antes de que los españoles conocieran el pais, y entonces se denominaba *Cochapampa*: goza de un temple suave y templado en sus valles y quebradas, y es admirable la fertilidad de su terreno. Por estas consideraciones el capitan D. Luis Osorio fundó allí un pueblo en 1575, y por ser natural de Búrgos le dió por patron á San Pedro de Cardeña (1). Este fué el orígen de la famosa capital de Cochabamba, residencia de un gobernador intendente y de otros empleados superiores. Los españoles la perdieron definitivamente en 1825, es decir, 250 años despues de su fundacion.

Todos los hombres conocedores de la revolucion de América y del estado de este vastísimo pais no podrán menos de convenir en que la pérdida de una batalla por las armas de España envolvia necesariamente por punto general la de una provincia ó de un reino; mas si en la época á que nos referimos el general Goyeneche hubiera sido desgraciado en Guaqui, la suerte de toda la América Austral hubiese quedado allí irrevocablemente decidida, porque triunfantes los insurrectos se habrian extendido y derramado como un torrente por todo el pais, y favorecidos del prestigio de la victoria y de la novedad, como auxiliados por los partidarios que ya contaban en las principales poblaciones, hubieran llevado sus banderas hasta el Ecuador y planteado sin resistencia su sistema sofocando los sentimientos de

(1) Garcilaso, historia general del Perú.

lealtad con el desenfreno de las masas ignorantes y compuestas de distintas castas.

Semejante conjetura asi como la importancia de la victoria de Guaqui se comprueba concluyentemente por la simple indicacion de los chispazos revolucionarios que estallaron en Arequipa y en Tacna casi al propio tiempo en que, dando entera fé á las promesas de Casteli, le suponian vencedor de Goyeneche. En la ciudad de Arequipa, capital de la provincia y obispado del mismo nombre, varios jóvenes, muchos de ellos letrados, inflamados con los pomposos anuncios de Casteli, se reunieron en juntas clandestinas y acordaron agitar la plebe para pedir en tumulto un *cabildo abierto*, ó sea una sesion pública del ayuntamiento, á fin de utilizar esta coyuntura en favor de las miras de los disidentes, transtornando la forma de gobierno que existía; pero los vecinos honrados, sensatos y leales, que eran los mas, desbarataron tan funesto proyecto anxiliando con laudable zelo las providencias de la autoridad para el mantenimiento del órden público.

Por el mismo tiempo uno de los oficiales reales de la villa de Tacna, llamado Zalainera, logró seducir un corto número de milicianos que componian la guarnicion, y con su ayuda destituyó á los alcaldes ordinarios y nombró otros que le parecieron de mayor confianza para su perverso designio; mas uno de ellos rondando aquella misma noche, bajo el pretexto de asegurar la empresa comenzada, convocó con sagacidad á los vecinos honrados y con su auxilio se apoderó del cuartel y de las armas que en él habia, puso en prision á Zalainera y restableció el sosiego de la villa, que muy pronto pusieron á cubierto de nuevas alteraciones 200 hombres de la guarnicion de Arica, remitidos á Tacna por el subdelegado en virtud del oportuno aviso que le habia impartido el cura Benavente, hermano de uno de los jefes de las tropas del rey. En tal estado se recibió en ambas poblaciones la noticia oficial de la gloriosa batalla de Guaqui, que vino á servir del mas provechoso bálsamo para curar la inquietud de algunos ánimos y restablecer en ellas la calma, la concordia y la confianza. ¡Juzguese ahora prudentemente de cuán diverso modo habrian pasado las cosas si nuestras armas hubiesen sido vencidas entonces!

Recogidos los despojos del campo de batalla tan feliz, entre los cuales se contaba un crecido número de prisioneros á costa de una pérdida poco considerable por nuestra parte, Goyeneche repasó el Desaguadero y se volvió con su ejército vencedor al campamento de

Zepita, del cual habia partido como se ha dicho, atribuyéndose este retroceso á la conveniencia de prepararse con mayor comodidad para la pronta invasion y pacificacion de las provincias del alto Perú. La circunstancia mas culminante que caracterizaba aquella clase de guerra en América y las grandes distancias que era preciso franquear, asegurando al propio tiempo las comunicaciones con el vireinato de Lima base de las operaciones, pueden haber ofrecido al caudillo español inconvenientes respetables para no continuar de pronto avanzando desde el campo del triunfo, y esta consideracion nos impide de llevar mas adelante nuestras reflexiones sobre el aparente error de no haber perseguido sin descanso al destrozado y confundido enemigo, viniendo á darle lugar con el respiro de algunos dias á que volviera en sí de su sorpresa, promoviera nuevas reuniones y tumultos y probara de nuevo fortuna en los campos de Sipesipe, como luego veremos.

La noticia de la interesante victoria de Guaqui llegó tambien á Lima con la posible brevedad, y el digno virey la celebró como tan fausto suceso merecia: mandó que á nombre del rey, de la representacion nacional ya reunida en Córtes, y en el suyo propio, se diesen las gracias á los vencedores y se manifestase su agradecimiento al frente de los batallones de tan recomendable ejército, mientras que, instruido del mérito particular de los individuos que mas se hubiesen distinguido, les distribuia las recompensas á que se hubiesen hecho acreedores. «Pero no pude diferir hasta entonces, *dice el mismo virey*, una prueba de mi gratitud á los principales jefes confiriéndoles el ascenso interino á sus inmediatos grados respectivos; obsequiandoles las correspondientes divisas y al primero el sable de mi uso. De todo informé, como era debido, al Soberano recomendando á los beneméritos de una campaña tan gloriosa y tan interesante por las felices y útiles consecuencias que de ella debian derivarse á su servicio, bien y felicidad comun, para que recayese la aprobacion de todas, asi como yo la habia prestado provisional á cuantas expidió el general sobre el campo de batalla. » (1)

La generosidad con que el jefe superior del Perú, á nombre del gobierno metropolitano del cual dependia, premió á los vencedores de Guaqui y de Jesus de Machaca, era una prueba mas de su justa administracion y de su vasta capacidad. Las consecuencias del triunfo de Guaqui debian de ser la pacificacion al menos del alto Perú, si el descanso de Zepita no se prolongaba: los leales peruanos habian ven-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

cido á los enemigos de su rey y de la España, y eran por lo tanto muy á creedores á todo género de recompensas.

El general Goyeneche, bien porque, á beneficio de su actividad, hubiese acelerado los aprestos que se propusiera y de que habria necesidad para continuar con éxito la campaña, bien porque le sirviese de punzante aguijon el malogro del tiempo que se perdia, el resultado fué que á fines del mencionado junio volvió á levantar su campo y marchó con su engreido ejército al sur del Desaguadero. El habil general Goyeneche se hizo preceder en su movimiento de manifiestos y proclamas dictados por la prudencia y la moderacion y llenos de sentimientos generosos y filantrópicos, que juntos con la noticia de la humanidad con que habia tratado á los prisioneros, causaron un efecto mágico en los pueblos restableciendo la esperanza de gracia en unos y alentando la buena fé y la lealtad de cuantos deseaban tuicion y clemencia; por manera que algunos de los mismos pueblos alzados acabaron por aclamar la causa española y por pedir la reposicion de las autoridades á su antiguo órden y respeto. La turbulenta ciudad de la Paz, como mas próxima al poder de los vencedores de Guaqui, fué la primera que dió ese ejemplo, pidiendo con instancia al general en jefe, por medio del mismo gobernador D. Domingo Tristan y de su ayuntamiento, que á su paso para Oruro, á donde parecia dirigirse, dispensase á la Paz la honra de entrar en ella *á enjugar las lágrimas que el despotismo de los insurgentes habia hecho derramar á sus fieles vecinos, oprimidos por el rigor y por la fuerza*. Goyeneche accedió, como debia, á la peticion y entró en la ciudad con 1500 granaderos, donde en los pocos dias que se detubo arregló los ramos de la administracion pública con inteligencia.

« A todo contribuyó, *dice el virey del Perú*, el intendente Tristan »con entusiasmo, añadiendo otros servicios de la mayor importancia »que en concepto del general, no hacian dudosa la conducta fiel de »aquel magistrado; y aunque ni estas ni otras pruebas dadas poste»riormente han sido capaces de disipar las sospechas á que dió ocasion con su manejo, ellas quedarán siempre envueltas en el claro y »obscuro con que se diseñan las acciones de los hombres. Sea, pues, »cual haya sido su conducta, el comandante general le continuó en »el mando de la provincia y yo aprobé, como correspondia su dispo»sicion igualmente que sus operaciones militares, y el prudente po»lítico y conpasivo sistema que habia adoptado en todas las demas »clases, como que en este punto han coincidido siempre mis inten»ciones con las suyas. »

« Al de la Paz siguió el destrozado ayuntamiento de Oruro con »mas eficaces instacias, si puede ser, para que acelerando el general »la marcha de sus tropas pusiese aquella huérfana villa y provincia á »cubierto de los riesgos y peligros de que estaba amenazada por al- »gunas partidas errantes de cochabambinos que habian servido de au- »xiliares al criminal ejército de Buenos-Aires y reliquias de este. En »menos tiempo ejecutó lo mismo que en la Paz, y dejando en esta de »Oruro y su provincia restablecida la tranquilidad, volvió hácia Co- »chabamba su antencion y sus armas. » (1)

En efecto, despues de agotados por el general en jefe todos los recursos de su persuasiva política para obtener el restablecimiento del órden en Cochabamba, medios á que correspondia el ayuntamiento de aquella capital y su intruso gobierno con arrogancias é insultos, fué ya inevitable apelar al uso de la fuerza para obtener su pacificacion. Confiaban los insurrectos en la numerosa gente que habian logrado reunir y en la particular escabrosidad del terreno. Sin embargo, Goyeneche marchó á buscarlos saliendo de Oruro el 4 de agosto: dirigió sus tropas, cuya division de vanguardia mandaba el brigadier Ramirez, por el pueblo de Pária y los escarpados altos de Tapacarí: descendió luego por la cuesta de las Tres-Cruces; y á las tres de la tarde del dia 13 del mismo agosto llegó en frente de los contrarios ventajosamente situados en la prolongacion de la altura que domina la parte llana del pueblo de Sipesipe. Como la provincia de Cochabamba cria muchos caballos y como toda ella se hallaba voluntariamente insurreccionada, contaban los enemigos un gran número de hombres montados, y de aqui provenia probablemente la altiva arrogancia con que esperaban al ejército real. Sin embargo, no prestando el general Goyeneche tanta atencion al número de sus adversarios, cuanta confianza depositaba en la calidad de la tropa que mandaba, y aunque el largo desfiladero de la cuesta de las Tres-Cruces no habia permitido la completa reunion de la division de retaguardia, pareciéndole sin duda peligroso dar ocasion de aliento á los insurrectos con la espera mal entendida, determinó seguidamente el ataque. Al efecto, algunos de nuestros batallones recibieron órden de flanquear con decision la posicion enemiga, al propio tiempo que con el resto de las tropas disponibles la amagaba Goyeneche por el frente; y esta sola maniobra desconcertó en tales términos á los poco expertos alzados que, temerosos de verse cortados y acaso recordando muchos de ellos la re-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

ciente catástrofe de Guaqui, abandonaron con corta resistencia las ventajas que antes reconocian en el terreno y se trasladaron á otra altura al lado opuesto del rio Amarillo, donde pretendieron ostentar la resolucion de hacerse firmes. Mas reconociendo Goyeneche que la noche se acercaba, y justamente confiado en el aliento y bizarría de sus animosos subordinados, mandó continuar alli el ataque en la forma comenzada. Los enemigos hicieron entonces un esfuerzo mas considerable, pero combatido con valeroso ímpetu, confundido y desalentado al fin se entregó luego á la mas desordenada fuga, dejando en poder de los vencedores muchas armas y otros efectos, todo su tren de artillería consistente en ocho cañones de bronce de diferentes calibres, considerable cantidad de municiones y no menos considerable número de muertos, heridos y prisioneros, no obstante de que las sombras de la noche favorecieron la dispersion y la huida de los vencidos. Esta segunda batalla, gloriosa tambien para las armas españolas, tomó el nombre de Sipesipe por haber sido librada en las cercanías de este pueblo.

Antes de proseguir en la relacion de las operaciones del ejército vencedor, daremos una breve idea de las alarmas que se experimentaron á su retaguardia. A proporcion que el general Goyeneche se alejaba del punto de su partida, algunos facciosos de Cochabamba y de la Paz fomentaron la insurreccion de los indios del partido de Pacages, que lograron extender con suma rapidez á los de Larecaja y Omosuyos, y reuniendo una numerosa indiada cayeron con ella sobre la ciudad de la Paz y demas pueblos inmediatos cortando por consiguiente toda comunicacion con el ejército, sobre cuya suerte empezaron á esparcir las mas tristes noticias. Tamaña novedad de suyo grave corrió aumentándose por las provincias fieles y llegó á Lima con prontitud, pero muy ponderada. El infatigable virey Abascal acudió con sus providencias á asegurar el parque del Desaguadero y á reforzar su guarnicion para que pudiese maniobrar contra la turba opresora de la ciudad de la Paz y limpiar los caminos. Al efecto dispuso que los indios que se alistaban en la provincia del Cuzco marchasen con la tropa que se remitia de auxilio al Desaguadero al mando del hasta entonces fiel cacique de Chincheros D. Mateo Pumacahua, donde el comandante del punto, D. Pedro Benavente les facilitaria los datos é instrucciones necesarios para obrar con mejor acierto. La mayor angustia del virey la causaba la notoria falta de armas cuando los jefes de todas las provincias las demandaban con inconsiderado clamor, apoyándose en los temores que les inspiraba una in-

surreccion general de los indios. El virey procuró atenuar estos peligrosos recelos con prudentes reflexiones sobre la confianza que merecia el ejército que mandaba el entendido general Goyeneche y las esperanzas que ponia en la expedicion de Pumacahua contra una muchedumbre de indios sin armas y sin disciplina; mas en todo evento les autorizaba tambien á recoger las armas de fuego del vecindario siempre que se emplease este arbitrio con cautela y sagacidad para no hacer odiosa la diligencia.

El fuego de la rebelion cundió en tanto hasta los pueblos inmediatos á la orilla izquierda del Desaguadero y sus vertientes hácia la costa, por manera que estuvo en riesgo de caer en manos de los alzados uno de los mayores auxilios en numerario y efectos que se remitian al ejército por aquella parte. Era grande, pues, la agitacion de los ánimos en las provincias limítrofes á la insurreccion, cuando por fortuna empezaron á correr los rumores de la entrada del ejército victorioso en Cochabamba y aun de haber sido destinado el coronel Lombera con su division contra el alzamiento de los indios que asediaban la ciudad de la Paz, cuyas favorables noticias no tardaron en confirmarse por avisos directos del mismo general Goyeneche. Sin embargo, el virey aceleró la expedicion de Pumacahua, quien salió del Cuzco con 3500 hombres, aumentados oportunamente con la gente del cacique de Azángaro D. Manuel Chuquihuanca, de acreditada fidelidad ambos desde la célebre insurreccion de 1780, porque habiéndose acercado al pueblo de Tiquina un número crecido de insurrectos, el arrojado comandante de este punto cometió la temeridad de atravesar la laguna de Titicaca y atacarlos con 40 hombres y un cañon que quedaron en poder de los contrarios habiendo sido muertos 34, incluso el comandante, de cuyas resultas tomaron los alzados á Tiquina y una pieza mas de artillería.

El prudente y previsor virey, que conocia bien el mal efecto de aquellos descalabros y mas en las actuales circunstancias, no pudo menos de expedir las órdenes mas severas á fin de prevenir la repeticion de semejantes y siempre lamentables temeridades, y con todo acaeció pronto un nuevo compromiso del cual se salió con mejor fortuna. Fué el caso que mientras la expedicion de Pumacahua, reforzada con los auxiliares de Arequipa y de Puno, pacificaba los pueblos confinantes al Desaguadero y ponia expedito el tránsito hácia Potosí, el teniente coronel Benavente avanzaba sobre la Paz llevando por delante á los amotinados sin que osasen empeñar una accion; pero á favor de las alturas del cerro de Lloco los insurrectos se propu-

sieron defender el paso estrecho y difícil que los realistas tenian precision de vencer: comenzaron los enemigos á hacer uso de los dos cañones de que se habian apoderado en Tiquina, continuaron un fuego de fusil bastante vivo y por último apelaron á arrojar gran cantidad de piedras, á que llaman *galgas*, en el uso de cuya arma espantosa son en estremo diestros aquellos indígenas, quienes habiéndose corrido por las alturas tambien hácia nuestra retaguardia iba tomando el lance el carácter de un compromiso de gravedad. Benavente entonces dividió su fuerza en dos trozos y emprendió á un tiempo y con resolucion el ataque de las dos principales eminencias; y fué tal el terror que su arrojo impuso á los enemigos que estos desampararon sus formidables posiciones, en las que se situó Benavente con las cargas que conducia inclusas algunas de numerario que se proponia hacer pasar al ejército de Goyeneche, y pernoctó en la posicion.

Mas confiado Benavente con el resultado de este esfuerzo continuó al dia siguiente la marcha hácia la Paz, arrollando á todos los grupos que se le presentaban. En los altos de la ciudad tuvo que sostener un ataque mas fuerte y obstinado; pero tambien su feliz éxito fué la primera consoladora esperanza que recibieron los asediados de la Paz, porque empezaron á ser auxiliados por los pueblos que se rendian implorando el perdon de sus extravíos. En los dias que permaneció Benavente en dichos altos todavia tuvo que sostener algunos combates contra los espresados sitiadores, hasta que apareciendo la division Lombera, destacada del ejército de Goyeneche, las operaciones de ambos jefes libertaron completamente la ciudad. En ella quedó Lombera de guarnicion y Benavente pasó á ocupar los pueblos desde la Laja al Desaguadero para asegurar su sosiego, como el general en jefe disponia. Por este tiempo guarnecia Pumacahua á Sicasica habiendo contribuido eficazmente á la sofocacion de esta insurreccion y á dejar expeditas las comunicaciones hasta Oruro, lo que ponia á Goyeneche en situacion de proseguir desembarazadamente su primitivo plan; hé aqui cuales fueron sus operaciones.

Como el triunfo de Sipesipe dejaba franco el paso á la capital de Cochabamba, á ella se dirigió el general en jefe con su victorioso ejército, rodeado del mas favorable prestigio, y solo fué interrumpida su marcha por las diputaciones de las corporaciones que salieron á su encuentro pidiéndole clemencia y paz en cambio de la sumision y reconocimiento que ofrecian, y que el general aceptó con nuestras claras de sincera benevolencia. El 21 de agosto entró el ejercito

del rey en la mencionada capital entre aplausos y aclamaciones, producto mas bien del temor que de verdadero arrepentimiento, como comprobó no mucho despues un nuevo alzamiento de la inconstante Cochabamba, no obstante de haber sido admitido en el ejército real un cuerpo de caballería de la propia provincia con sus jefes y oficiales. Pocos dias necesitó el general Goyeneche para dictar las medidas conducentes al arreglo de la administracion en dicha provincia, las cuales merecieron la superior aprobacion.

«Tambien aprobé, *añade el virey*, las propuestas para ascensos en »el ejército, y tanto de estos interinos nombramientos como de las »disposiciones anteriores informé á S. M. como repetidamente lo he »practicado para su mas perfecta inteligencia en estas materias y para »obtener la confirmacion correspondiente.» (1)

Las repetidas glorias de las armas españolas y la clemente conducta del vencedor no solo destruyeron por entonces las esperanzas que los revolucionarios fundaban en las fuerzas de la movediza provincia de Cochabamba, sino que alentaron á los leales de las de Potosí y de Charcas y movieron á sus cabildos (ayuntamientos) á implorar la humanidad del general en jefe en favor de sus respectivos vecindarios. Insistiendo nuestro caudillo en la prosecucion de su sistema pacificador y aprovechándose de la ocasion que le ofrecian las súplicas de los referidos ayuntamientos, puso en movimiento su ejército el 3 de setiembre, enviando á Chuquisaca al teniente coronel D. Mariano Campero con la competente guarnicion y dirigiéndose personalmente con el resto de sus fuerzas por el partido de Chayanta á Potosí, en cuyas poblaciones entraron las armas españolas el 20 del mismo mes, despues de 17 dias de marcha por penosísimos caminos. Al propio tiempo recibió órden el coronel Lombera para maniobrar con 1500 hombres contra los indios alzados de los pueblos de la Paz y de Oruro, y el coronel Astete, gobernador de esta Villa, la de auxiliar eficazmente ese movimiento; pues como se ha dicho ya aquellos turbulentos indios interceptaban las comunicaciones y obstruian los caminos con el vireinato de Lima con robos y muertes de los infelices transeuntes.

Estas multiplicadas atenciones distraian considerable fuerza del ejército y aumentaban en proporcion sus bajas; para repararlas, como convenia, dispuso el general en jefe que se adelantasen al partido de Chichas algunos oficiales para reclutar 400 hombres y ocuparse en

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

Tupiza de su instruccion y disciplina, medida que pronto vino á favorecer la resolucion del ayuntamiento de la villa de Tarija remitiendo al cuartel general de Potosí su sumision y reconocimiento al congreso nacional: acompañaba tambien algunos impresos de los que resultaban los apuros en que se suponia á Buenos-Aires tanto por la proximidad de una division portuguesa, como por el refuerzo de 2,000 hombres peninsulares que se decia habian arribado á Montevideo, y la coyuntura no podia ciertamente ser mas feliz. Con este motivo adelantó el general á Tupiza una columna al mando del teniente coronel Barreda para que, uniendo los 300 hombres que alli habia en instruccion, molestase al enemigo, que aun conservaba como 500 en la posta de Cangrejos, segun las circunstancias y sus conocimientos le permitieran; pero evitando cuidadosamente todo compromiso desventajoso.

Como era natural que los enemigos procurasen impedir la instruccion de los reclutas reunidos en Tupiza destacaron al efecto algunas partidas, que obligaron á los instructores á replegarse á Santiago de Cotagaita, en donde los alcanzó la columna de Barrera, quien bien pronto ahuyentó aquellas hasta Mojos; mas habiendo avanzado en su apoyo el intrépido Diaz Velez desde Cangrejos, tuvo Barreda á su vez que regresar á Tupiza. En sostenimiento de este gefe destacó Goyeneche al brigadier Picoaga con la mitad de su division, y entonces fueron alejados de nuevo los contrarios, estableciéndose Picoaga en Yavi con 1,000 hombres. Diaz Velez reunió activamente todas las fuerzas que pudo, y atacó el 29 de diciembre á los realistas, obligando á Picoaga á retirarse sobre Tupiza, lo que verificó con admirable serenidad y órden; pero habiéndose incorporado á Picoaga sobre la marcha el resto de su division, que afortunadamente habia recibido órden al efecto, hizo alto del lado septentrional del rio de Suipacha.

Entretanto los facciosos prófugos de la Paz y de Cochabamba fomentaban un nuevo alzamiento en los valles de Chia y Tarata, que se iba extendiendo rápidamente por un lado hasta Sicasica y por otro al partido de Misque. Los caudillos de estos indios con el mayor atrevimiento se establecieron en Huata, adelantando partidas hasta las cercanías de la Plata para interrumpir el comercio y la introduccion de víveres en la ciudad. Era grave el daño que causaban, y para atajarlo salió el brigadier D. Juan Ramirez, presidente interino de Charcas; alcanzó á los insurrectos en su campo, y los derrotó poniéndolos en completa dispersion. La rapidez de la marcha de nuestra tropa no permitió por mucho tiempo la persecucion de los fugitivos: dió Rami-

se apoderó de las alturas del sur del rio de Suipacha y se preparaba á envestir con empeño á los contrarios, cuando en aquel momento llegó al campo el brigadier D. Pio Tristan, mayor general del ejército y mandó suspender el ataque para el dia siguiente, porque reunido el batallon de Abancáy, que se hallaba en marcha, el resultado con este refuerzo vendria á ser mas seguro y decisivo; pero previsor el enemigo se aprovechó de la noche para emprender su retirada por el camino de Jujúy y no hizo alto hasta Humahuaca, burlando por este medio el propósito de Tristan.

Este ejemplo es un comprobante mas de lo perjudicial que suele ser en la guerra el desperdiciar las ocasiones conocidamente favorables. Si los enemigos hubiesen sido atacados como Picoaga se proponia, no solo era probable obtener sobre ellos un nuevo triunfo por la timidez que descubria su advertida disposicion á ceder, sino que fué voz comun entonces que la tropa de Diaz Velez se hallaba muy disgustada de la aspereza del trato de su jefe y especialmente irritada por las ejecuciones que habia dispuesto el dia anterior. Si en este estado sufria Diaz Velez mayor reves era imposible que hubiese sido muerto ó entregado por sus propios soldados, librándose en ambos casos las armas de España de un activo y tenaz adversario, y el mismo Tristan de un competidor que tan crueles y funestas lecciones contribuyó á darle no mucho despues. Por desgracia se percibia ya entre los dos valientes peruanos Tristan y Picoaga la mas sensible rivalidad.

Con la precipitada retirada de Diaz Velez quedaron las tropas reales sin atencion de importancia por su frente y pudo el general en gefe destinar diferentes destacamentos á la pacificacion de los partidos de la Laguna, Porco y Cinti, cuyo objeto se logró con escarmiento de algunos cabecillas principales movedores de los indios. Las columnas de Lombera y de Astete sostuvieron con igual éxito varios choqes con los indios alzados que en crecidos grupos todavía interrumpian la libre comunicacion de Potosí con la Paz y con el vireinato de Lima, y el coronel D. Indalecio Gonzalez de Socasa rechazó con bizarría en Oruro el violento ataque que dieron á esta villa cerca de 3,000 cochabambinos nuevamente insurreccionados y capitaneados por Arce, causándoles considerable pérdida.

La facilidad con que la rebelion retoñaba y crecia en varios puntos de las provincias del alto Perú reclamaba una atencion especialísima y un remedio radical que fué preciso aplazar por causa de otra atencion gravísima; pues cuando podia estimarse segura la frontera

de la provincia de Salta por la retirada de Diaz Velez, la debilidad y la indisciplina de sus fuerzas, entonces se recibieron en Lima extrajudicialmente las capitulaciones que el general Elio habia celebrado con Buenos-Aires sin contar para nada ni con el virey del reino ni con el general en jefe de su ejército de operaciones, que ocupaba una gran parte del territorio del mando del mismo Elio. «Tratado fué »este, *dice el virey*, que por su inoportunidad y falta de aquellos re»quisitos, me obligó á considerarlo apócrifo y como uno de los muchos »artificios de que siempre se valen los jefes de una insurreccion ó pa»ra hacerse lugar á reponer sus necesidades, ó para alucinar con fan»tásticas ideas de superioridad á la multitud siempre ignorante, y pa»ra hacer decidir á su partido á los mas cautos. En este concepto las »fuerzas del Sr. Goyeneche se mantuvieron ocupando los mismos pun»tos con el cuidado que se dejaba concebir, pues siendo cierto, como »lo fué, el ajuste con el Sr Elio, era muy probable agolpasen (los disi»dentes) por esta parte un ejército, cuya superioridad arrollase el del »Sr. Goyeneche, y cuando no malograse las bien meditadas esperan»zas de reducirlos á los estrechos límites de sus *pampas*. Algunas re»flexiones podrian hacerse sobre aquella capitulacion, pero ni son pro»pias de este lugar, ni me juzgo con toda la instruccion que conviene »para juzgar de asunto de tanta gravedad, y autorizado por el jefe que »mandaba las tropas aliadas de Portugal en la banda oriental del Rio »de la Plata. Lo que sí no puede omitirse de ninguna manera es la »cruel situacion á que quedaron espuestas las provincias y las armas »que á costa de tantos riesgos y fatigas, de tantas erogaciones y cui»dados las habian restablecido al órden y obediencia al soberano (1).»

Sin embargo de la negociacion concluida entre el virey Elio y la junta de Buenos-Aires traslucíase de unas Gacetas de esta capital, que se recibieron en el cuartel general de Potosi, y Goyeneche remitió al virey de Lima, que no faltaban dificultades al cumplimiento del referido tratado, no siendo en verdad de las menores la oposicion del general portugués D. Diego de Sousa á que sus tropas evacuasen el pais antes de haberlo ejecutado las de Buenos-Aires, de cuyas resultas se hacian aprestos hostiles por ambas partes. «Muy satisfactorio, *dice el* »*virey de Lima*, hubiera sido este incidente si no le hubiesen acompa»ñado los aciagos partes de las sorpresas que habian padecido algunas »partidas del ejército real y de la desercion contínua, y muy conside»rable, que se iba esperimentando en el ejército (2).»

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.
(2) Idem.

Por mucho que se pondere la propension de aquellos naturales á la desercion del servicio militar, todavia distará de la realidad: es una inclinacion irresistible, asombrosa, inesplicable sin que se haya jamás acertado con un medio eficaz para corregirla, porque ni bastan la indulgencia y la persuasion, ni los estímulos de honor y gloria, ni los castigos mas severos: en los indios era frecuente desertarse sin pensar que cometian un crímen y volverse á presentar con la tranquilidad de la inocencia. Esta funesta propension en los referidos naturales jamás se ha podido extinguir durante la guerra de la revolucion, y continuará aun del mismo modo, porque no consistia á lo que creemos, en la causa que se defendia, pues en las tropas enemigas se experimentaba igual fatalidad: ella obligó á adoptar en el ejército real medidas de precaucion y de vigilancia muy exquisitas, que se han meditado poco y que se han apreciado menos.

Como la incesante agitacion de varios pueblos de las provincias del Perú facilitase visiblemente la desercion, impidiendo que los desertores pudieran ser perseguidos como convenía, entendió el virey que era preciso no perdonar medio para sofocar el espíritu de rebelion, y al efecto comunicó al general en jefe el plan de operaciones que tenia por mas útil, ya que las escaseces del erario no le permitian acceder al aumento de las fuerzas del ejército como su general reclamaba. En conformidad de éste destacó dos columnas contra los facciosos, una al mando de D. José Mariano Peralta y la otra al del conde de Casa Real de Moneda, las cuales sostuvieron dos reñidas acciones en las cercanías del pueblo de Huari, derrotando completamente á los insurrectos, de cuyas resultas quedaron mas aseguradas las comunicaciones con el norte, mientras se disponia el golpe que necesitaba la insurreccion de Cochabamba para poder pensar mas desembarazadamente en la ocupacion de Jujuy y Salta.

Por este tiempo llegó al cuartel general de Potosí un comerciante remitido desde Montevideo por el general D. Gaspar Vigodet, nombrado virey de Buenos-Aires en remplazo del general Elio, de quien se ha hecho mencion. El digno Vigodet no aprueba lo estipulado con los disidentes por su antecesor: manifestaba sus deseos de hostilizar á la junta de Buenos-Aires: indicaba la conveniencia de que el ejército real del Perú coadyuvase por su frente a mismo fin; y manifestaba contar por su parte con 2000 hombres escogidos en banda oriental, 8000 portugueses en la costa de Maldonado y Pando, en las riberas del Urzehuay cerca del arroyo de la China 1000 españoles; y con el auxilio de una respetable marina, ademas de los socorros que aun

podia recibir de la Península y de Portugal. La ocasion parecia indudablemente favorable para un movimiento sobre Salta; pero no era prudente desentenderse del estado de agitacion en que se hallaba la provincia de Cochabamba, ni dar lugar á que los facciosos se repusieran de las pérdidas que les habian causado en Huari el conde de Casa Real de Moneda y Peralta, en Irupana Armentia, y en Condorchinoca los coroneles Lombera y Socasa. En este concepto el virey de Lima remitió al ejército municiones y dinero; indicó al general en jefe cuanto le pareció conducente al logro de su meditado plan, dejándole, como debido, los pormenores de la ejecucion; pero negándole la facultad de *conceder capitulacion ni admitir proposiciones de los insurrectos que no contuviesen la espresa condicion de someterse absolutamente á las córtes generales y extraordinarias de la nacion* (1). Todas estas precauciones exigia la ligereza con que los pueblos se sublevaban ó prestaban aparente sumision, segun se creian libres ó superiores á las armas españolas, ó estas les amenazaban de cerca.

Los apuros de Buenos-Aires no disminuian, y las tropas que mantenia la junta hácia el norte sentian grandes necesidades, cuando el brigadier D. Pio Tristan, mayor general y jefe de la division de vanguardia, cumpliendo con las instrucciones del general en jefe, les intimó la evacuacion de Jujuy y Salta, que seguidamente verificaron trasladándose al pueblo de Yatasto, 50 leguas mas á retaguardia. Entonces fué cuando el entendido Goyeneche resolvió salir de Potosí para dirigirse pronta y personalmente á la necesaria pacificacion de la provincia de Cochabamba: remitió á Tupiza al batallon de Paria, en cuyo punto dejó á Tristan con 2000 hombres: mandó á Picoaga que con su division pasase inmediatamente á Chuquisaca, adonde se trasladó tambien el general en jefe. Acordada una combinacion terrible contra Cochabamba que componian una columna remitida contra el partido de Chayanta para maniobrar con la de Revuelta procedente de la Paz, la del coronel Lambera que seguia la ruta de Tapacari, la del coronel Huici que avanzaba de la Laguna por Valle-Grande y la del coronel Alvarez de Sotomayor por Santa Cruz de la Sierra, el general Goyeneche salió de Chuquisaca el 13 de mayo con 2500 hombres de infantería y caballería y ocho piezas de montaña, dirigiéndose al mismo punto por los valles de Mizque y Clisa.

El general en jefe todavia anticipó amonestaciones verdaderamente paternales y dirigidas á una sincera reconciliacion que evitase los estragos de la guerra; pero los facciosos cochambabinos, sin prestar aten-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

cion ni á las fuerzas que los amenazaban ni á las disposiciones pacíficas del caudillo español, le contestaron con insolencia y se aprestaron con mayor ceguedad á la resistencia. Un grueso trozo de insurrectos ocupó el alto de Pocona, situado entre los valles de Clisa y Mizque para disputar la marcha al general en jefe; pero atacados allí por el coronel Imaz, fueron luego desalojados y puestos en total dispersion con pérdida de algunos muertos y heridos, varias armas y 18 piezas de artillería de bronce y de estaño. Inmediatamente despues de este feliz encuentro el general Goyeneche empezó á recibir enviados de las corporaciones de Cochabamba, rogándole entrase de paz en esta capital, pues que sus habitantes anhelaban ponerse bajo la proteccion de las armas españolas, empleando al efecto medios apenas creibles, y quere-fiere el virey de Lima en estos términos.

Los cochabambinos «tuvieron el arrojo de adelantar al general »una diputacion al pueblo de Pocona á concertar condiciones que por »irritantes y escandalosas fué preciso desechar, mandando en conse-»cuencia acelerar las marchas de la combinada expedicion. A vista del »peligro restauraron nuevas y mas moderadas solicitudes en otra se-»gunda diputacion, cuyos artículos examinados por los ministros de la »audiencia de la Plata, que seguian al ejército, conde de Vallehermoso »y D. Pedro Vicente Cañete, se hallaron dignos de ser atendidos por la »piedad del general, á nombre del cual se contestaron quedar admiti-»das sus proposiciones, y la ciudad y provincia de Cochabamba bajo la »proteccion del rey. En esta inteligencia marchó el general y sus tro-»pas á ocuparla, cuando inesperadamente el estrépito del cañon y de »la fusilería, que ocupaba la entrada por el monte de San Sebastian, »dió á conocer á Goyeneche la falsedad de sus promesas y la desespe-»racion con que se disponian á la mas temeraria de las defensas» (1).

En efecto, los enemigos, fiados en la gran superioridad de su número, se prepararon á resistir tomando posicion en el cerro de San Sebastian, inmediato á la ciudad, protegidos de muchas piezas de artillería de estaño. El general en jefe llegó al pie de dicho cerro el 27 de mayo, hizo rápidamente un reconocimiento, y como le importaba no desperdiciar los momentos y aprovechar la buena voluntad de sus soldados, dispuso seguidamente el ataque sostenido por ocho piezas de artillería, el cual se ejecutó con valor y en el mejor órden; por manera que á las dos horas los enemigos, habiendo perdido su formacion, se entregaron á la mas desordenada fuga, arrojando muchas armas y abandonando su artillería y la capital, que sufrió mucho del

(1) Relacion del gobierno del marques de la Concordia.

saqueo con que fué castigada su repetida infidelidad, y del incendio que casualmente se prendió en uno de sus principales cuarteles.

Restablecido el órden, el general en jefe se dedicó á reponer las autoridades legítimas y á dictar las demas providencias que estimó conducentes á la buena administracion y á asegurar la tranquilidad y la obediencia de la provincia, siendo de ellas la de haber mandado recoger las armas y los caballos útiles de la misma, para cuya guarnicion destinó la division Lombera. Así terminó esta nueva rebelion de Cochabamba, que tantas desgracias atrajo sobre sus obstinados insurrectos. Despues de lamentar su necesidad el virey del Perú, cuando el general en jefe dedicó sus cuidados á repararlas, dice en abono de la noble conducta de nuestro caudillo: «reunió en sus casas y restituyó al cuidado de sus familias los muchos dispersos y fugitivos que las habian abandonado: repobló los desiertos campos, restableció las manufacturas y obligó con su persuasion á los artesanos y traficantes á dar nueva vida á las artes y al comercio paralizado en siete meses de anarquía.» (1)

Arreglados los negocios públicos de la provincia de Cochabamba, el general en jefe se puso en marcha para Chuquisaca con el fin de reparar los desmanes que cometian los alzados del valle de Clisa. En este rápido y bien dirigido movimiento dió Goyeneche nuevas pruebas de su pericia militar, de su política, de su justicia y de su clemencia, como reconoce el mencionado virey, y la misma acertada conducta observó en las medidas que tuvo que dictar en la Plata de paso para Potosí, adonde se trasladó el cuartel general. Poco despues de su llegada á esta villa salieron para Suipacha los batallones Real de Lima y Cotabambas con el determinado objeto de reforzar la vanguardia que mandaba el brigadier D. Pio Tristan.

Establecido de nuevo el general en jefe en Potosi, situada una respetable division en Suipacha y cubiertas muy regularmente las guarniciones de Chuquisaca, Cochabamba, Oruro y la Paz, fueron volviendo los pueblos á su antiguo régimen, y la tranquilidad y el órden público se vió reinar en casi todo el alto Perú. Respetadas las autoridades legítimas, el comercio volvió á ocuparse de su giro y especulaciones regulares, y los caminos se transitaban sin los peligros de la revolucion, porque los indios escarmentados muy á costa suya dejaban la vagancia y las armas por restituirse á sus trabajos ordinarios. Este aspecto presentaba el pais, cuando acaso la misma confianza en

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

la duracion del sosiego de los pueblos dispertó de nuevo la idea de emprender un movimiento sobre las provincias de abajo, que se dejó progresivamente adelantar hasta la ciudad de S. Miguel del Tucuman, 238 leguas de Potosí, residencia del cuartel general. Este movimiento tenia por plausible objeto pacificar aquella extension de territorio conmovido, distraer poderosamente á la junta de Buenos-Aires y privar á los enemigos de los cuantiosos recursos que sacaban de las remesas de mulas al Perú, utilizándolos en provecho del ejército real; pero es preciso anticipar que esta expedicion, mas atrevida que bien calculada, tuvo un desenlace de funestas y muy trascendentales consecuencias.

Antes de entrar en sus pormenores se nos dispensará recordar aquí que el territorio del Tucuman, á que los indígenas llamaban *Tucma*, dependia de los emperadores del Perú desde mucho antes que los españoles descubrieran este pais. Los caciques, *curacas*, que lo gobernaban, como sus señores naturales, movidos de la fama de aquellos príncipes enviaron sus embajadores al VIII Inca Ripac conocido tambien por *Viracocha*, que se hallaba á la sazon visitando sus estados de los Charcas, y le ofrecieron espontáneamente su sumision y reconocimiento, pidiéndole al mismo tiempo jefes ó magistrados que los dirigieran y enseñaran. El Inca aceptó la oferta con satisfaccion y benevolencia; dispuso que algunos de sus parientes fuesen al reino de Tucma á enseñar á sus habitantes la civilizacion y la idolatría que ellos profesaban; y nombró ministros que fuesen á entender en abrir acequias y cultivar la tierra para acrecentar la hacienda del sol y la del rey (1).

El comandante general de nuestra vanguardia, como íbamos diciendo, para realizar el pensamiento de proveer el ejército de mulas, caballos y ganado vacuno, tomó la resolucion de adelantar al coronel Huici con un fuerte destacamento, quien sin mucha dificultad penetró en Jujuy y Salta y aun avanzó hácia el rio del Pasage, porque, sobre haber entonces poca gente de armas por esta parte, los hombres que se presentaban á hostilizar huian á la aproximacion de nuestros soldados, circunstancia que deslumbró al jefe expedicionario á punto de escribir á Tristan asegurándole que con sola su columna esperaba apoderarse del Tucumán. Las fáciles correrías de Huici, sin que apenas encontrase enemigos que le disputaran el paso en muchas leguas de extension, enardecieron la acreditada bizarría del comandante de la division

(1) Garcilaso, historia general del Perú.

de vanguardia, quien resolvió moverse con todas sus fuerzas sin contar con la aprobacion prévia del general en jefe, como entonces se dijo, añadiéndose tambien que su opinion era contraria. A ser asi tocaba é importaba mucho á la bien adquirida reputacion del general, reprimir la fogosa arbitrariedad de su primo el brigadier Tristan, para evitar de este modo la justa censura que en otro caso mereceria de la imparcial historia. Como quiera, si Goyeneche entonces toma la resolucion de mover todas las tropas disponibles hasta llevar su cuartel general al rio del Pasage como pensaba antes de la expedicion de Cochabamba, prévio el asentimiento del virey de quien dependia, es probable que dirigidas de cerca por él las operaciones hubiese alcanzado muy distintos resultados.

En lo mejor de su edad D. Pio Tristan, justamente engreido con el mando de una division hasta entonces vencedora y lleno de las lisonjeras esperanzas que habian de inspirarle su conocido valor y su confianza, salió de Suipacha el 1° de agosto con cuatro batallones, sobre 1200 caballos y diez piezas de artillería. Cruzó con rapidez y sin oposicion los términos de Jujuy y Salta, poblaciones que los insurrectos abandonaron despues de haberlas maltratado mucho y hasta incendiado sus archivos públicos, y continuó internándose hácia el Tucumán con total desprecio del enemigo, que consideraba muy inferior. Asi fué facil que un destacamento de 500 hombres, avanzado hasta el rio de las Piedras cayera en una celada que le armaron los contrarios, el cual, aunque se desembarazó con brio, tuvo que retroceder primero al rio Blanco y luego al del Pasage, volviéndose los enemigos tambien al Tucumán. En nada menguó este contratiempo el animoso ardor del brigadier Tristan, quien prosiguió osadamente su marcha campando el 23 de setiembre en Tapia. Al dia siguiente 24 marchaba la division en columna, seguian los equipages, la artillería y el parque, y cubrian la retaguardia á alguna distancia ocho compañías de preferencia con la mayor y mejor parte de la caballería.

El plan de batalla de Tristan, que dice el virey del Perú no se le comunicó hasta mucho despues de perdida la accion, estaba reducido á llamar la atencion del enemigo desde el Ojo del Agua por el camino real de los Nogales, acercarse á la ciudad para descubrir sus intenciones, hacerle caer en el error de que aquel era el punto elegido para el combate, dirigir oportunamente el grueso de las tropas á Tafi, que está mas á la derecha, ocupar el camino que sale del Tucumán para Santiago del Estero, y atacándole por retaguardia cortarle su retirada natural, tomándole entre dos fuegos con la tropa que al efecto iba mas á

retaguardia. Este pensamiento, que desde luego indica la mas excesiva confianza, fué trastornado por los enemigos que tenian otro muy distinto. Con aquel intento, pues, dejó Tristan el campamento de Tapia; y mediado el precitado dia 24 de setiembre desembocó por los manantiales en el llano en que está situada la ciudad de San Miguel del Tucumán, rodeada de arboledas y con espesos bosques muy inmediatos, y entonces los equipages, la artillería y el parque ocuparon el flanco derecho de la columna, en cuyo órden se continuó avanzando tan confiadamente, que se censuró no haber mandado siquiera cargar las armas á los batallones, descuido apenas creible y que á ser cierto seria imperdonable en semejantes circunstancias.

Al acercarse nuestras tropas á la ciudad reconocieron una línea de infantería formada en batalla sobre un suave repecho y con una corta reserva mas á retaguardia; pero sin descubrirse la caballería, porque se mantenia oculta en la arboleda vecina. En un pais tan abundante en caballos, y donde todos los habitantes son eximios ginetes, no era de presumir que los enemigos careciesen de esta importante arma. Los caballos y el ganado vacuno, que los españoles importaron en América, se aumentaron allí tan pronto y de tal modo, que su multiplicacion se tendria por fabulosa si no fuera tan generalmente reconocida. En comprobacion dice el padre Acosta que la flota del año de 1587 trajo de Santo Domingo 35,444 cueros vacunos, y de la Nueva-España 64,350, que suman 99,794 (1).

El brigadier Tristan dejó continuar la marcha de su tropa hasta ponerla á tiro de cañon del enemigo, que, *como dice el virey del Perú aun con presencia de los partes oficiales*, rompió entonces el fuego con una pieza de á seis y dos de á cuatro, matando por la buena direccion de los primeros tiros algunos hombres de los que formaban la línea en los batallones de Cotabambas y Abancáy, cuando nuestra artillería se hallaba aun desmontada. El coronel Barrera, jefe de este último cuerpo, irritado por el daño recibido, y sin consultar mas que su impaciente arrojo, mandó cargar á su batallon á la bayoneta, pero en dispersion como habian acostumbrado en las refriegas anteriores contra los indios del alto Perú, todo sin órden del comandante general que en aquel momento se hallaba haciendo montar y armar su artillería. A imitacion de Barrera los demas jefes del cuerpo hicieron otro tanto con tal decision, que tomaron al enemigo sus tres cañones é impusieron tanto á su infantería, que parte de ella indicaba rendir las armas y parte daba

(1) Historia general de las Indias.

nuestras de emprender la fuga y guarecerse de la ciudad. En este instante verdaderamente crítico la caballería facciosa salió de su emboscada, hizo huir parte de la nuestra y se presentó por retaguardia de los dos batallones de Abancáy y Cotabambas, los cuales sorprendidos y aterrados á la vista de un espectáculo tan imponente como nuevo para ellos no supieron tomar otro partido que el peligroso de acabar de desordenarse y acogerse al inmediato bosque. Este funesto ejemplo que fué desgraciadamente seguido por los demas batallones, dió ocasion á que los intimidados y confusos infantes disidentes los persiguieran con audacia hiriendo y matando sin piedad á los que pudieron alcanzar de los realistas. Por fortuna la indisciplinada caballería enemiga, en vez de perseguir tambien á los dispersos cayó sobre los equipages, se ocupó en saquearlos y en conducir á la ciudad los ocho cañones y el parque que aun estaban sobre las mulas, y seguidamente muchos ginetes se retiraron á poner en salvo el botin que habian hecho.

Con la inesperada conducta de la caballería vencedora, la infantería enemiga se retiró igualmente á la ciudad, y aquel campo, que acababa de ser de horror y de muerte, quedó repentinamente en el mas profundo silencio. A favor de esta sorprendente calma, prueba manifiesta del estado en que se hallaban los vencedores, se fué disipando el terror de los vencidos y fueron poco á poco saliendo de la espesura. Mandó Tristán entonces tocar llamada y antes de que anocheciera ya habia logrado volver á formar sus batallones aunque diezmados, quedando en su poder el cañon de á seis de los contrarios, que no pudieron retirar por habérsele roto el eje de la cureña, y los dos de los suyos que habia llegado á montar. Todavia esperanzado marchó Tristán de nuevo contra la ciudad, penetró en las primeras calles, que halló atrincheradas, y la intimó la rendicion, que los enemigos contestaron con arrogancia, advirtiéndole que carecia de municiones para su intento; y asi era el caso, pues no solo habíamos perdido los equipages, el parque y ocho cañones de los diez que llevaba la vanguardia, sino las municiones y demas pertrechos que iban á retaguardia, porque engañados los conductores con la noticia de que las tropas reales ocupaban la ciudad se dirigieron á ella sin precaucion y cayeron en poder del enemigo.

El 25 de setiembre permanecieron nuestras tropas en los arrabales del Tucumán, que habian ocupado la tarde anterior «sin otra incomodidad, *dice el virey*, que la muy pequeña que les ocasionaban algunas partidas, cuyas salidas fueron tambien escarmentadas. En el descanso que ofrecia la inaccion del enemigo se curaron los heridos, se recogió

parte del armamento y se destruyó la fábrica de fusiles establecida en esta ciudad, aprovechándose de los tornos y herramientas que se encontraron en ella, único fruto y muy caro que proporcionó la campaña. Las pérdidas experimentadas en esta accion son consiguientes á la desigualdad con que fué dada ó sostenida. Ella ocasionó una considerable diminucion de las fuerzas de este destacamento, principalmente entre oficiales de graduacion, cuya falta era irreponible en el ejército. La de los enemigos debió ser igual ó mayor, puesto que habiendo emprendido Tristán replegarse al importante punto de Cobos, sin caballos, sin mulas de trasporte y sin víveres, no vió una vez al enemigo hasta la posta de Aldurralde, 16 leguas distante del lugar en que se dió la accion, ni en las 93 que median hasta el mismo Salta, pues no merece que se haga mencion ni que se atenten por tales los autores de las ridículas é impertinentes intimaciones que hicieron al comandante las partidas destinadas á su persecucion (1).»

Este fué el primer resultado de la poco meditada expedicion al Tucuman, en cuya desgraciada accion perdieron los realistas sobre 1000 hombres, cuando dirigida con tino y mayor prudencia, era probable haber obtenido un triunfo que casi anonadara la revolucion, visto el estado en que esta se hallaba entonces. Todos los pormenores de la presente campaña, si abonan el valor personal de D. Pio Tristan, rebajan mucho el crédito de que gozaba como experto militar. Desde luego parece injustificable el que el general en jefe, y contra el dictamen del virey, hubiese consentido en que la division de vanguardia se alejase á 229 leguas del cuartel general, internándose en un pais llano y todo conmovido con solos 1200 hombres de caballería defectuosamente armada y sin la conveniente instruccion, al paso que los insurrectos podian presentar tanta gente montada cuanto fuese el número de los habitantes disponibles, y de los mejores ginetes del mundo. Para el objeto de proveer al ejército de mulas, caballos y ganado vacuno habria bastado recorrer rapidamente los provistos campos de Jujuy y Salta desde la desembocadura de la quebrada de Humahuaca, mantener las comunicaciones con el alto Perú para ir remitiendo sin demora los acopios que se hicieran y conservar la fuerza muy alerta y en conveniente disposicion á fin de evitar todo compromiso desventajoso.

Si el intrépido Tristan, una vez resuelto á avanzar tan desacordadamente, hubiese conducido su fuerza dispuesta segun las circuns-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

tancias locales demandaban, montada y pronta á servir tambien su artillería: si hubiese hecho reconocer con oportunidad el bosque inmediato en el que se ocultaba la caballería que vino á causar su ruina, hubiera podido combinar mejor su ataque, y es probable, repetimos, que hubiese triunfado de un enemigo que le era muy inferior en la calidad de la infantería y aun en la artillería, teniendo ademas de su parte el favorable prestigio de los triunfos anteriores. Con una victoria á la sazon en el Tucuman, la revolucion hubiera recibido un golpe tal vez irreparable y por lo tanto de inmensas consecuencias; pero el revés que experimentaron las armas españolas produjo muy distintos resultados.

Entre estos puede contarse la correspondencia singular que se entabló entre el general en jefe y el virey del Perú. No descuidaba este las necesidades del ejército, y asi antes de que se empeñara la accion desgraciada del Tucuman habia remitido de Lima 160,000 pesos en numerario, para que unidos á los productos de las tesorerias del alto Perú sirviesen á su sostenimiento, ademas de mandar pagar en la tesorería de la capital las libranzas que se giraban contra ella; 1002 quintales de azogue; 500 espadas de caballería; 10 quintales de cuerda mecha; 1200 lanza-fuegos y 12,000 estopines, sobre haber prevenido que de las provincias del Cuzco y Puno se le auxiliara con nuevos reclutas. Con todo, el general en jefe hacia pedidos tan cuantiosos que, á decir del virey le era imposible satisfacer: ponderaba la tenaz resistencia de los revolucionarios y la obstinacion de las provincias en favor del sistema de la independencia, cuando el virey insistia en que no se avanzase un paso del rio Pasage, que se restableciese el fuerte de Cobos y se fortificara á Jujuy: de la debilidad y mal estado del enemigo que acababa de vencer en el Tucuman deducia la mayor necesidad de los auxilios que reclamaba, concluyendo con proponer una transaccion con el enemigo, porque habiéndose pasado á él algunos individuos temia que tan funesto ejemplo se estendiese á mayor escala y ocasionase la disolucion del ejército que mandaba.

El virey procuró por cuantos medios estaban á su alcance satisfacer las comunicaciones del general en gefe, tranquilizar su agitado espíritu y calmar el esceso de su delicadeza en punto á responsabilidad, previniéndole terminantemente no abandonar el terreno adquirido, sin defenderle palmo á palmo; que se fortificase á Jujuy y Salta y se reparase el fuerte de Cobos, como ya habia indicado; que se evitase con escrupulosa vigilancia toda comunicacion con los enemigos; y que se mantuviese sobre el rio del Pasage un destacamento de 400 á 500

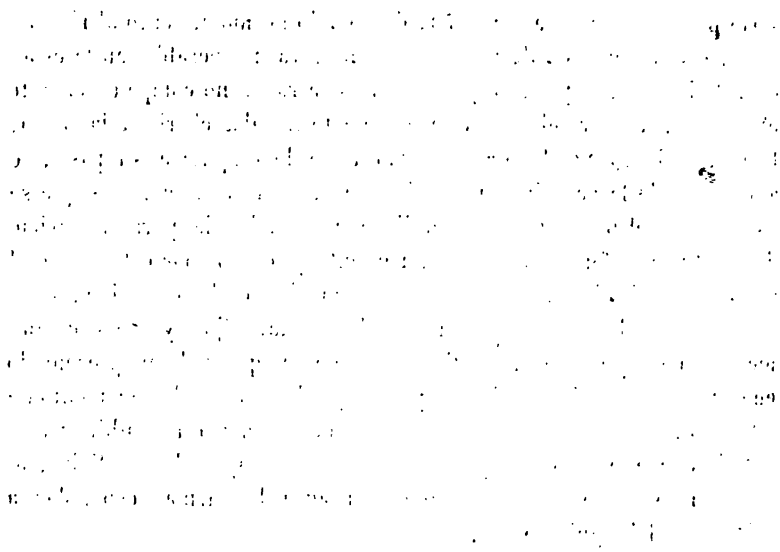
hombres de infantería y caballería con un jefe de experiencia y acreditados conocimientos, para que observase al enemigo y procurase imponer al paisanage, con otras varias prevenciones generales y particulares.

Sin embargo, despues de la desgraciada accion del Tucuman, parecia lo mas propio y militar que la vanguardia se replegase á Jujuy ú otro punto mas seguro en la quebrada de Humahuaca; pero otras fueron las disposiciones, y el brigadier Tristan se estableció gustoso en Salta porque no abandonaba la idea de subyugar el Tucuman. El general en jefe tomó entonces la resolucion de reforzar la vanguardia, remitiendo á Salta el batallon de Paucartambo con provision de artillería y municiones, y á Jujuy, como en reserva, el batallon de Azángaro que mandaba D. José Antonio Estevez y alguna caballería. Con este auxilio, dividida la atencion de los enemigos por el estado hostil de Montevideo y la aproximacion de tropas portuguesas á esta plaza, y contando por parte de Tristan con el detenimiento y la circunspeccion que enseña la experiencia, podia creerse con bastante seguridad la division de vanguardia en Salta y aun esperar con alguna confianza á que, pasada la estacion de las lluvias, emprendiese el ejército un movimiento general con el fin de distraer mas poderosamente al enemigo, y auxiliar de este modo la defensa de Montevideo y las operaciones de las tropas procedentes del Brasil, que ostentaban favorecer la causa de España.

La poca reserva con que se trataban nuestros planes de operaciones y los diligentes oficios de los adictos ocultos con que contaban los enemigos proporcionaron á la junta de Buenos-Aires ocasion de recelar con oportunidad de tan amenazante y temible proyecto. En consecuencia puso en juego todos los resortes imaginables para obtener que los portugueses, en quienes comenzaba á notarse cierta lentitud é indiferencia, retirasen sus tropas pactando al efecto con la corte del Brasil un armisticio, tanto mas sorprendente é inesperado, cuanto menos útilidad parecia ofrecer á sus propios intereses.

Libres los disidentes de Buenos-Aires del cuidado que justamente les daba aquella reunion de fuerzas pudieron pensar con serenidad en los medios de tomar la ofensiva contra Tristan, antes de que ó fuera considerablemente reforzado ó se moviera el mismo general en jefe, y con suma actividad adoptaron á este intento cuantas medidas estimaron conducentes. Con reclutas del Tucaman aumentaron la fuerza de sus mejores cuerpos: formaron así un ejército cuyo mando encomendaron al general Belgrano; y bien pronto y provistos de todo lo nece-

sario pudieron abrir la campaña, dirigiendo su movimiento al rio Pasage, que estimaban algunos por una barrera insuperable en la estacion de las aguas, y acaso por esta misma razon no competentemente observado. Apesar del agua que en efecto llevaba el rio á la sazon, luego que Belgrano llegó á él, como nadie le disputase su paso, se aprovechó de la ventaja que le ofrecian las enormes carretas que se usan en aquel pais, y de las que llevaba abundancia para el servicio de sus tropas, formó con ellas un puente y cruzó por este medio el rio, empleando sin embargo, cerca de ocho dias en la operacion, despues de la cual continuó su marcha sobre Salta. Díjose y aun se comunicó al virey que la primera division enemiga, que se habia presentado en el Pasage, habia sido batida y perseguida por un destacamento de 300 hombres de nuestras tropas; pero no se acierta á combinar esta noticia con el estado en que se mantenia la vanguardia en Salta, ni con el nuevo revés que experimentaron aqui las armas españolas á principios del siguiente año.



CAPITULO V.

Batalla desgraciada de Salta.—Capitulacion.—Jacon.—Mendizabal.—Estevez.—Retirada de Jujuy.—Comunicaciones de Tristan á Goyeneche.—Abandono de Potosi.—Retirada á Oruro.—Sus consecuencias.—Renuncia Goyeneche el mando.—Disgusto de las tropas.—Nombramiento de Hinestrosa sin efecto.—El brigadier de artilleria D. Joaquin de la Pezuela remplaza á Goyeneche en el mando.—Nueva insurreccion de Cochabamba.—Gloriosa batalla de Vilcapugio.—Victoria de Ayohuma.—Sus consecuencias.

AÑO DE 1813.

En tanto que el enemigo se acercaba esperanzado á Salta, reinaba en esta ciudad un descuido injustificable, sucediéndose unas á otras las diversiones, y aunque empezaron á tomar cuerpo los rumores de que los disidentes se aproximaban, no fueron convenientemente atendidos en la persuasion de que no pasarian de algunas partidas de caballeria campestre, ó como dicen en el pais de *gauchos*. De este equivocado concepto provino el que apareciese mayor la sorpresa y el aturdimiento que causó la noticia positiva, recibida en Salta el 15 de febrero, de que un cuerpo de tropas regulares se hallaba ya cerca de la poblacion; y aunque en su virtud dispuso Tristán algunos reconocimientos, no se sacó de ellos otro partido que la confirmacion de la expresada nueva. El general enemigo Belgrano continuó impávido su movimiento y el 17 del mismo febrero, campó á la vista de los realistas en los cercos y potreros de la hacienda del Castañar, tres cuartos de legua distante de la

ciudad de Salta. Los siguientes dias 18 y 19 hizo Belgrano reconocimientos con todas sus fuerzas como en ademan de empeñar un combate, que el brigadier Tristan ya en posicion fuera de la ciudad estaba resuelto á aceptar, y en ambos dió la vuelta á su campamento conseguido el objeto de mantener en alarma á nuestra gente, la cual desprovista de tiendas de campaña sufria bastante de los aguaceros.

El 20 de febrero cerca de medio dia se movió el enemigo sobre nuestra vanguardia en tres columnas paralelas, que desplegó luego en batalla cubriendo las alas con la caballería y dejando mas á retaguardia una proporcionada reserva. El brigadier Tristán tomó tambien la formacion de batalla en dos líneas, colocó tres batallones en la primera apoyando uno de sus flancos al cerro de san Bernardo y cubriendo el otro con sus 500 caballos en la débil formacion de ala, y al frente de esta línea estableció la artillería: los otros dos batallones formaban la segunda línea, y una corta reserva mas á retaguardia se hallaba al mismo tiempo encargada de la custodia del parque. Poco tardaron los contendientes en venir á las manos rompiendo el ataque nuestra caballería, la cual cargó con tal decision á la enemiga que cubria su izquierda que la obligó á volver caras; mas detenido el ímpetu de nuestros ginetes por los certeros fuegos del cuerpo de negros del rio de la Plata, se recobró pronto aquella, cargó á su vez con valentía y fué tan completamente arrollada la reglista que se puso en plena fuga para la ciudad, dejando descubierto el flanco que ocupaba. Entonces Tristan previno que los dos batallones de su segunda linea ocupasen en la primera el vacio que acababa de causar la huida de la caballería, y ejecutada esta órden con prontitud, rompióse seguidamente el fuego que muy luego se hizo general. No fué con todo de larga duracion la firmeza de estos batallones, porque observando que los enemigos continuaban avanzando por el frente y, lo que sin duda influyó mas, temerosos que su caballería victoriosa, despues de haber ahuyentado la nuestra, cargara por retaguardia como amenazaba ya, se desordenaron y pusieron tambien en fuga para la ciudad. Todavia se sostuvieron los otros tres batallones auxiliados del vivo fuego de nuestra artillería; pero el mal ejemplo de los primeros y el recelo de verse envueltos y cortados los decidieron al fin á seguir precipitadamente la misma direccion que los anteriores, dejando el campo en poder del enemigo con la mayor parte de la artillería. Mientras este desastroso desenlace se completaba, las guerrillas avanzadas por nuestra izquierda hacian brillantes esfuerzos de valor y progresaban visiblemente: rechazaron un trozo de caballería que se les presentó y otro de infantería que se adelantaba á

sostenerla, é igual resultado alcanzaron sobre la parte de caballería que formaba la reserva, á cuya cabeza fué herido el tantas veces citado Diaz Velez, y llegaba ya este puñado de valientes cerca de las Carreteras cuando echaron de ver la lamentable rota de su division, suceso que les obligó á replegarse á la ciudad.

En ella todo era desórden, confusion é indisciplina, á tal punto que Tristan apenas era obedecido, y pudo con dificultad reunir alguna tropa para defender las débiles trincheras que con trancas y maderos habia logrado levantar en las bocas-calles de la plaza mayor, porque su gente aterrada, y parte probablemente seducida, se encerraba en la iglesia principal y en las casas de la ciudad. De esta manera vino á ser inútil el valor personal del jefe español, quien se vió en la triste necesidad de capitular con las condiciones que quiso imponerle el vencedor, tan exhorbitantes y duras que merecieron la desaprobacion del dignísimo virey del Perú. Muy general fué la creencia de que habia habido seduccion en Salta, particularmente respecto de algun jefe y de varios oficiales, cuya posibilidad debia haber previsto Tristán para procurar disminuir la perniciosa influencia de una poblacion abundante en mugeres de conocido mérito y en extremo insinuantes, que aunque muchas de ellas eran partidarias de la causa española, habia tambien decididas por el nuevo sistema, cuyos medios era prudencia temer. Agregábase á esto la naturaleza de aquella guerra y la calidad de los recursos con que se sostenia, los cuales no podian ó no debian dejar de entrar por mucho en los cálculos de cualquiera jefe, circunstancias que ni entonces ni despues se meditaron ni reflexionaron convenientemente, y menos en Europa, donde juzgando generalmente por los resultados se ha aplaudido ó censurado con menos detenido exámen del que fuera de desear. Sin embargo, la pérdida de la batalla de Salta, funestísima como ha sido, no podia producir por sí sola en aquella época la disolucion del Perú.

Por lo espuesto se ve claramente el triste fruto que se sacó de la irreflexiva expedicion al Tucumán, y no puede dejarse de sentir la indisculpable condescendencia de los jefes superiores que no desplegaron contra la temeridad de Tristán la firmeza necesaria para hacerse obedecer y que sus órdenes fueran puntualmente ejecutadas. Resulta tambien que, aunque Tristán descuidó los rumores esparcidos sobre la aproximacion del enemigo, ni mantuvo debidamente observado el paso del rio Pasage, todavia despues de reconocido el ejército de Belgrano pudo reunirse rápidamente al batallon de Azángaro y á la caballería que á las órdenes de Estevez componian la guarnicion de Jujuy dis-

tante 18 leguas; y replegado nuestro jefe sobre este punto, cuyo terreno es mas quebrado, podia tambien sacar mayor partido de su infantería en la que era superior á los contrarios. Si situado Tristán en la quebrada de Jujuy estimaba inoportuno empeñar una batalla, podia anticipar un aviso al brigadier Picoaga, que se hallaba en Suipacha, para que lo reforzara y continuar retirándose á favor de las buenas posiciones, que el pais presenta, hasta coincidir en un punto, donde reuniendo mas de 4500 infantes, ó Belgrano no se hubiera atrevido á buscarlos, ó con toda probabilidad le habrian hecho pagar muy caro su arrojo. Pero ya se ha indicado que no existia la conveniente armonía entre Tristán y Picoaga, y la rivalidad suele ser un terrible obstáculo hasta para las combinaciones militares mas sencillas. Ambos jefes eran peruanos, ambos nobles y valientes, y si Tristán pasaba por mas entendido, Picoaga llevaba su lealtad al rey y á la España hasta el entusiasmo. ¡Qué lástima que no se hubiese podido sacar mejor partido de tan recomendables prendas!

De conformidad con las prevenciones del virey y deseoso por su parte el general en jefe de auxiliar la permanencia de Tristan en Salta habia hecho partir para la vanguardia al coronel D. Miguel Tacon y al ingeniero D. Francisco Javier de Mendizabal, y ambos juntos llegaron á Jujuy el 19 de febrero, víspera de la derrota de Salta. El 21 se recibió en Jujuy la noticia de esta desgracia por tres soldados fugados despues de perdida la accion, y en su vista el coronel Tacon tomó sobre si la responsabilidad de mandar que la guarnicion emprendiera sin demora la retirada hácia Tupiza, y asi se verificó poniéndose en marcha á las nueve de la noche del mismo dia, porque era fundado temer que no tardase aquella tropa en ser atacada y destruida. Con esta acertada medida dió Tacon una prueba de su buen juicio, pues entonces ignoraba la capitulacion celebrada en Salta y por consiguiente que por una de sus condiciones se autorizaba á la guarnicion de Jujuy para retirarse libremente sin hostilizar los pueblos del tránsito. El brigadier Tritan comunicó luego al comandante Estevez la capitulacion aceptada, por la que las tropas del rey debian evacuar el territorio del gobierno de Salta y no volver á tomar las armas contra el de Buenos-Aires; pero se padeció el notable olvido de no espresar en esa comunicacion la cláusula acordada respecto á la manera de hacer su retirada la guarnicion de Jujuy.

A los dos dias de haber abandonado esta ciudad Tacon, Estevez y Mendizabal, les alcanzó un oficial de los capitulados de Salta que conducia pliegos de Tristan para el general en jefe que se hallaba en

Potosí, y este oficial les refirió los pormenores de la malhadada batalla de Salta y los artículos de la capitulacion convenida, y enterados nuestros jefes de que la guarnicion de Jujuy no debia de ser perseguida ni molestada continuaron la retirada con menos zozobra y mayor comodidad. ¡Tanta era todavia la buena fé con que se entendian los tratados! Entre tanto llegaron á manos del general en jefe los mencionados pliegos de Tristan y con ellos un billete, escrito en francés, en el que aconsejaba á su primo pusiese á salvo su persona retirándose lo menos á Oruro. Instruido Goyeneche del desastre de la vanguardia de su ejército dió muestras claras de una verdadera sorpresa: convocó seguidamente una junta de guerra y resolvió abandonar á Potosi mereciendo por ello la censura de precipitado, porque no obstante de hallarse 150 leguas al norte de Salta y con la division de Picoaga avanzada, puso por obra este pensamiento á las 48 horas de haber recibido las comunicaciones de Tristan, habiéndose visto en la dolorosa precision de mandar inutilizar por falta de acémilas cantidad considerable de municiones, 300 tiendas de campaña y algunos efectos de vestuario. (1)

Es ciertamente incomprensible como el brigadier Tristán aseguraba en sus partes oficiales sobre la rota de Salta que los enemigos quedaban destruidos por la mucha pérdida que habian sufrido y que nada podrian emprender por lo tanto en mucho tiempo, cuando en el indicado billete confidencial daba claramente á entender todo lo contrario. Como quiera tocaba al general en jefe reflexionar que reunida la tropa que mandaba Estevez con la que tenia el bravo Picoaga en Santiago de Cotagaita habia medios suficientes para esperar la reunion del batallon que se hallaba en Oruro y la de la division Lombera que guarnecia á Cochabamba, pudiendo de este modo concentrar el general sobre 4000 hombres de buenas tropas, mejor provistas y mas descansadas de las qne habian de presentar los enemigos, y convenientemente situadas al sur de Potosi, probable es que los disidentes no se atrevieran á buscarlas. Asi habrian resultado cubiertas las vastas y ricas provincias del alto Perú, mientras el ejército recibia nuevos refuerzos que reparasen sus descalabros, y poco fruto vendrian á recoger los enemigos de los triunfos que les habian proporcionado nuestros errores, pues los grandes recursos de dinero y de gente de guerra que luego consiguieron los sacaron de Potosí y de las demas provincias que invadieron sin oposicion.

(1) Diario del ingeniero D. Francisco Javier de Mendizabal.

Como comprobante respetable de los anteriores asertos, dice el virey del Perú al tratar de la batalla de Salta: «La confusion del parte »indicaba los defectos y el desórden que habia reinado en aquella des»graciada accion, y por sus resultas en el convenio ajustado entre los »comandantes; pero en medio de esta sorpresa se aumentaba cada vez »mas mi asombro al leer el oficio del general, que sobrecogido y lleno »de temores me anunciaba quedar enteramente ocupado en ponerse en »salvo con las divisiones del ejército, situadas en diferentes puntos, en »el de Oruro.» Al recibirse en Lima tan triste nueva, *sin las formalidades y detalles convenientes*, hallábase el virey ocupado en la eleccion de diputados á Córtes, y estimó político reservar tamaña desgracia hasta terminar esta operacion; pero contestó sin demora y por el mismo extraordinario desaprobando la capitulacion de Tristán con los insurgentes «con todo lo demas, *añade el virey*, que me pareció preciso ad»vertirle, y que acaso podria tener lugar de observarse con relacion á »marchas, resguardo y proteccion de caudales del rey y de particula»res, como sobre la eleccion del parage mas cómodo y defensable, otro »tanto abrazaba mi contestacion, por el estraordinario en que se la co»municaba, á fin de que llegase á sus manos antes de la salida de la »villa de Potosí, cuyo punto interesante convenia mantener ocupado; »librando en aquella misma oportunidad las órdenes mas estrechas pa»ra que los intendentes del Cuzco, Puno y Huamanga reforzasen el »ejército con la tropa, armas y municiones con que cada uno se halla»ba en aquellas circunstancias (1).»

Despues de los sanos consejos é insinuaciones del ilustre jefe superior del reino y de sus acertadas terminantes órdenes para que el ejército fuese reforzado, como pasaron diez dias sin que recibiese mas que partes melancólicos y desagradables, convocó el 1.° de abril una junta y dió cuenta en ella de las desgracias sufridas, de los peligros que amenazaban la quietud pública, de las disposiciones preventivas que habia espedido desde antes de la mal meditada accion del Tucumán y de toda la correspondencia del general en jefe en aquella época con las minutas de sus respectivas contestaciones y las de otras órdenes libradas al propio tiempo. En vista de todo la junta opinó unánimemente porque se condescendiese con las reiteradas instancias de Goyeneche para dejar el mando del ejército: desaprobó la capitulacion de Tristán en Salta en cuanto excedia sus facultades, pues en calidad de jefe de la vanguardia no debió tratar de la retirada del ejército de las

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

provincias de Potosí, Chárcas, Cochabamba y la Paz: declaró que ni el mismo general en jefe se hallaba autorizado para concluir tratado alguno con el enemigo sin la anuencia precisa del gobierno superior del país: y se acordaron otros puntos relativos al auxilio del ejército y á la seguridad del territorio, dejando á la acreditada inteligencia del virey el modo de ejecutar estas medidas.

La de mayor consideracion era sin duda la de acceder á las repetidas solicitudes de Goyeneche de dejar el mando en gefe por las mismas razones de conveniencia y de política en que se habia fundado su permanencia en él. Por lo tanto el virey despachó nueva instruccion con la fecha de 5 de abril autorizando al general en jefe para que previniese á Picoaga que procurara sostenerse en Humahuaca ó Huacalera, si avanzaba por el camino de Jujuy para proteger el repliegue de la guarnicion de esta villa y los dispersos de Salta que naturalmente buscarian su abrigo, y sino en Suipacha, Santiago de Cotagaita ú otro punto ventajoso de los muchos que ofrece la naturaleza de aquel terreno hasta recibir los refuerzos de Potosí, con los cuales, á sentir del virey, debian frustrarse los proyectos de invasion del enemigo, si en efecto no habia atacado Belgrano á Tristán mas que con 3800 hombres de todas armas y si en la accion de Salta habia perdido aquel 1200 como se decia. Para ese cálculo habia examinado tambien el virey los últimos estados del ejército real, de los cuales resultaba contar 3000 infantes disponibles, 1000 caballos y sobre 300 artilleros; á los que podian agregarse 500 hombres mas por otros tantos fusiles que habia remitido con posterioridad. Finalmente el virey facultaba al general en jefe para alterar y variar sus disposiciones segun conviniese á la mayor seguridad del país, una vez reconocida esta conveniencia en consejo de guerra de los jefes del ejército, determinacion indudablemente preventiva de la decision que dicho general manifestaba en sus oficios por replegarse á Oruro, como al fin llevó á cabo antes de poder recibir estas importantes comunicaciones.

La sorprendente noticia de la evacuacion de Potosí la supo el coronel Tacon con la guarnicion de Jujuy en Santiago de Cotagaita por el brigadier Picoaga, quien se hallaba ademas advertido de que era Oruro el punto señalado para la reunion del ejército. Consiguientemente ambos jefes reunidos siguieron por el camino real hasta la posta de Quirve, en donde, á fin de evitar la entrada en Potosí, variaron un poco la direccion á la izquierda y pasando por Tolapampa, la frígida cordillera del Fraile y los pueblos de indios de Opoco, Condocondo, Huamani y Poopo, llegaron á Oruro el 21 de marzo, en cuya

villa se hallaba ya el cuartel general y reunida tambien la division de Lombera procedente de Cochabamba.

Verificada la asamblea de las tropas en Oruro en número de mas de 4000 hombres, el general en jefe convocó una junta de guerra para deliberar sobre si convendria ó no volver á ocupar á Potosi, proposicion á la verdad que da lugar á temer que se obraba sin un plan fijo de operaciones. Aunque algunos jefes de los reunidos votaron por la afirmativa, la pluralidad opinó porque era necesario aumentar antes el ejército hasta el número de 6000 hombres, fundándose en que no seria inferior la fuerza del enemigo despues del armamento que habia tomado en Salta. Conforme el general en jefe con este dictámen se ocupó de su realizacion haciendo que las tropas en tanto se ejercitasen en las evoluciones militares que ejecutaban con destreza; pero bien fuese causa de la inaccion, bien cansancio de los continuos ejercicios doctrinales, bien en fin efecto de las desgracias experimentadas ó de pérfidas seducciones, las tropas empezaron á entregarse á la mas escandalosa desercion. Por este tiempo llegaron tambien á Oruro los oficiales capitulados y juramentados en Salta, muchos de ellos imbuidos de nuevas ideas y fué voz pública que enpezaron á promover conferencias y juntas clandestinas, de cuyas resultas se divulgaron especies subversivas que no dejarian de influir en la sensible desercion que menguaba las filas del ejército.

Apesadumbrado el general Goyeneche por la derrota de Salta y sus incalculables consecuencias, y justamente aflijido por la reciente pérdida de su buen padre, sufria notable alteracion en su espíritu y en su salud, resultando de todo dirigir al virey en 23 de marzo una extensa comunicacion comprensiva de varios gravísimos extremos, contándose de este número la proposicion de negociar con el enemigo la cesacion de las hostilidades, ó la determinacion de su relevo admitiéndole la renuncia del mando del ejército tantas veces repetida. Con este apremiante motivo y con otros importantes datos reunió el virey la junta ya mencionada el 8 de abril, la cual con presencia de todo declaró precipitada la evacuacion de Potosí y desechó la propuesta sobre armisticio con el enemigo, opinando por el contrario que, resultando disminuida su fuerza segun los últimos partes de Goyeneche, debia de volver sobre Potosí, como ya le habia indicado el virey, estimulando al efecto el conocido honor, actividad y energía que habia desplegado en otras circunstancias.

Nada fué bastante para distraer á Goyeneche del intento de retirarse del ejército, insistió de nuevo en su demanda con alguna vehemen-

cia, defendiendo sus determinaciones y manifestándose contrario á la ocupacion de Potosí acordada por la junta de guerra que componian en Lima todos los gefes superiores. El virey se manifestaba por su parte ofendido del estilo que empleaba el general en jefe en sus oficios, con particularidad desde que los redactaba el doctor Cañete, y concluyó por acceder á la reclamacion de Goyeneche, admitiéndole la renuncia del mando en jefe del ejército. «Son recomendables y dignas de atencion, »*dice el virey*, las órdenes en que se le comunicaba esta ocurrencia; »pues nunca perdí de vista la que se debia al carácter de su empleo y »á los servicios que tenia hechos en favor de la justa causa» (1). Recibidas estas órdenes en el cuartel general se tuvo por cierto que todavia el virey dejaba al arbitrio de Goyeneche el continuar en el mando; pero con la condicion de separar de su lado al brigadier Tristan y mas principalmente al doctor D. Pedro Vicente de Cañete, fiscal de la audiencia de Charcas, que hacia de su secretario. Esta condicion debió de parecer tan insoportable al general en jefe que se quejó de ella con amargura, y seguidamente, y á pesar de las representaciones de los jefes del ejército para que continuara en el mando, se decidió por entregarlo á su segundo el brigadier D. Juan Ramirez, mientras llegaba su sucesor.

Las súplicas de los principales jefes del ejército para que Goyeneche no dejara el mando se fundaban en los temores que les inspiraba su separacion en aquellas circunstancias por el partido que habian de sacar de ella los sediciosos. En efecto pronto se notó el disgusto que causaba el relevo del general, asi entre los oficiales como entre los soldados, dejándose percibir por primera vez la tristemente trascendental idea de que pues los iba á mandar un jefe europeo se retirarian todos á sus casas. El descontento y la agitacion cundieron á punto que, divulgada la especie de que el general se habia marchado, el primer regimiento del Cuzco dejó el ejercicio y se dirigió en desorden á la casa de Goyeneche, donde atropellando la guardia recorrió las habitaciones exclamando que su general se habia marchado y los habia dejado. El brigadier Picoaga, coronel de este regimiento, logró contener el desman de sus soldados asegurándoles que el general habia salido á pasear á caballo y volveria pronto, como sucedió. Cuando este regresó á su alojamiento y se enteró del exceso ocurrido manifestó el disgusto que le ocasionaba condenándolo con su reprobacion en una proclama que dirigió con este motivo á las tropas. Apaciguados asi los ánimos, no

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

por esto desmayaron en sus temibles manejos los enemigos ocultos de la causa española; la desercion continuó y á fines de mayo pasaban de mil las bajas que contaban los cuerpos por esta odiosa causa.

Trazando el virey del Perú el triste cuadro que ofrecia el ejército real en Oruro por esta época, menguadas sus filas por la desercion, y sensiblemente alterado su buen espíritu y su disciplina, *añade*: «Pero »lo mas temible en aquella expuesta coyuntura era la manifiesta adhe»sion de muchos oficiales á la persona del general Goyeneche, que »aparentando disgusto y sentimiento por su separacion lo infundian al »soldado, propagándose de unos en otros hasta cometer uno de los ba»tallones el atentado de dirigirse con armas á la casa del general »publicando que si este se iba todos le habian de seguir. El pundonor »de Goyeneche detuvo prontamente el progreso de los males que esta »falta de subordinacion escandalosa, podia haber ocasionado disolvien»do totalmente el ejército, y su proclama surtió buenos efectos en los »ánimos de la tropa, mas no en el de muchos oficiales, que presen»tándose con la mas dañada intencion en solicitud de sus licencias, »les fueron concedidas para desterrar el pernicioso ejemplo de indífe»rencia, falta de constancia y de honor de aquellos individuos» (1). Como el mencionado regimiento dió despues las mas relevantes pruebas de su decidida lealtad, mandando en jefe el general Pezuela, puede con seguridad atribuirse á pérfidas sugestiones el escándalo que acababa de dar extraviado. Sin embargo son los referidos precedentes de la mayor importancia para poder apreciar debidamente la naturaleza especial de aquella guerra y los eminentes servicios que prestaron á la España todos los que de cualquiera manera llegaron á tomar parte en ella en los mas de 16 años de su duracion.

Admitida la dimision de Goyeneche, el virey, á propuesta de la junta de guerra, nombró para sucederle en tan interesante cargo al teniente general D. Juan Henestrosa, segundo cabo y subinspector de las tropas del vireinato, y anticipó por extraordinario esta noticia escribiendo de oficio y confidencialmente á Goyeneche á fin de sacar el mas provechoso partido de sus conocimientos y relaciones con los oficiales mas influyentes del ejército, para que interpuesta su respetable autoridad no fuera tan facil á los maquinadores y descontentos inducir á la tropa á que se desmandara con el pretexto de la ausencia de su antiguo jefe: «á menos que, *concluia el virey*, libre este del »peso y de la laboriosidad y cuidados del mando le permitiese el esta-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

»do de su salud permanecer empleado, como se lo encargaba, en algun »destino del mismo ejército (1).»

El general Henestrosa para marchar á su nuevo destino pidió dinero, grandes refuerzos precisamente de la tropa que guarnecia á Lima, y no era posible disminuir al punto que indicaba, y la retencion de la sub-inspeccion general de las tropas, incompatible por sus funciones con el alto puesto de general en jefe; mas no pudiendo acceder el virey á todas sus demandas, sobre que mediaron acaloradas contestaciones, renunció Henestrosa el cargo y fué elegido en su lugar el brigadier sub-inspector de artillería del departamento de Lima D. Joaquin de la Pezuela, tambien propuesto por la espresada junta, quien en cinco dias se apresto á partir para su destino, embarcándose en el Callao el 27 de abril con algun socorro en metálico y 300 hombres del Real de Lima. El general Goyeneche permanecia aun en Oruro preparando su viaje para Arequipa, pueblo de su naturaleza, para donde emprendió la marcha el 22 de mayo, habiendo antes dado una proclama al ejército, asi para despedirse de sus compañeros de armas, como para hacerles conocer las recomendables prendas del brigadier Pezuela, nombrado para sucederle en el mando, y á quien, advertia, debian prestar todos la misma sumisa obediencia con que habian distinguido la autoridad que dejaba.

Encargado interinamente del mando del ejército el brigadier don Juan Ramirez, pensó desde luego en la recuperacion de la villa de Potosí, que deseaba y no le parecia muy dificil, y al efecto reunió en junta á los jefes para someter el pensamiento á su exámen. Sabiase que la vanguardia de Belgrano al mando de Diaz Velez ocupaba á Potosí, componiéndose su fuerza de 2300 hombres con ocho piezas de artillería, y que extendia sus avanzadas hasta Ancacáto; y para observar, como convenia, el camino llamado del despoblado y recorrer los pueblos de indios de Poopó, Huancani y Condocondo, habia sido destinado en consecuencia el teniente coronel de milicias D. Pedro Antonio Olañeta con algunas compañías de cazadores y un destacamento de caballería. De los jefes convocados á junta para tratar del indicado movimiento sobre Potosí opinaron unos porque era necesario aguardar al comandante en jefe Pezuela con los refuerzos que traia, antes de pensar en buscar al enemigo, pues disminuido el ejército por la desercion estimaban aventurado un movimiento ofensivo, acaso contra fuerzas superiores, que podian tomar ademas posiciones casi inexpugnables en

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

las cercanías de dicha villa: otros por el contrario sostuvieron la conveniencia de buscar al enemigo antes de que, dándole tiempo, aumentara sus fuerzas con el alistamiento mismo, que ya se decia estaba haciendo. Este parecer, á pesar de las 62 leguas que separan á Oruro de Potosí, de lo escabroso del terreno en las inmediaciones de esta villa y de la escasez de forrages y pastos en algunas jornadas, no tenia mayor inconveniente que el de ignorarse la fuerza disponible del enemigo.

En vista de estos diversos dictámenes el brigadier Ramirez determinó poner en movimiento el ejército por pequeñas divisiones con el fin bien entendido de probar el espíritu de las tropas, con particularidad del primer regimiento del Cuzco, que tanto importaba conocer, en cuya virtud marchó este cuerpo el 5 de junio á Sorasora con su jefe el brigadier Picoaga á la cabeza: el 9 salió el comandante Estevez con el batallon del Centro y la caballería de Tinta para Ventaimedia: el 12 se reunió en Sorasora el coronel Marron de Lombera con el segundo regimiento y la caballería de Chumbivilcas: el 14 se trasladó al mismo punto el cuartel general, y el 15 la caballería de Chumbivilcas pasó á situarse en Poopó. Por este tiempo se presentaron cerca de Huancaní como 50 dragones enemigos, que se retiraron tan luego como avistaron á nuestra caballería.

Por efecto de las contingencias á que estan sujetas las navegaciones, el brigadier Pezuela habia gastado 40 dias en trasladarse desde el Callao á la caleta de Quilca. En este tiempo y en virtud de la variedad de las noticias que adquiria el teniente coronel Olañeta con referencia á los indios, el virey habia prevenido á Ramirez que las examinara con el mayor detenimiento y obrara con la mas prudente circunspeccion á fin de evitar todo compromiso desventajoso. Súpose el 18 de junio por algunas confidencias y por dos ó tres de nuestros prisioneros de Salta, que incorporados á las filas enemigas acababan de abandonar una de sus avanzadas, que los disidentes tenian en Potosí como 1200 hombres de tropa reglada y sobre 2800 de colecticias y reclutas, y que el general Belgrano con el cuerpo núm. 1, que contaria 600 plazas, permanecia aun en Jujuy enfermo de calenturas intermitentes. Entonces el brigadier Ramirez convocó á nueva junta los jefes que se hallaban en el cuartel general, á su secretario, al auditor de guerra y al ingeniero voluntario Alvarez para volver á conferenciar sobre la conveniencia de continuar ó no el movimiento hácia Potosí.

El bravo Picoaga fué el primero que se manifestó decidido por buscar al enemigo antes de darle mas tiempo para que se reforzara, y

antes tambien de que la funesta desercion, que no cesaba, acabase de debilitar nuestras filas. El coronel Lombera expuso que su tropa le inspiraba poca confianza por la desercion á que inmotivadamente se entregaba y que en su concepto convenia esperar al menos el correo de Cochabamba para asegurarse del estado de esta bulliciosa provincia, donde se sabia habia penetrado el revolucionario Arce con el intento de sublevarla de nuevo, diversion temible para el ejército en el caso de avanzar hácia Potosí. El coronel Tacon, que desempeñaba el cargo de mayor general, el comandante de artillería Valdés y el de ingenieros Mendizabal opinaron unánimemente por la conservacion del ejército, única esperanza del Perú, hasta dar lugar á que se incorporasen los refuerzos que conducia el nuevo comandante en jefe, parecer á toda luz prudente. El secretario, el auditor de guerra y el ingeniero voluntario Alvarez, estimando en poco la calidad de las fuerzas enemigas, apoyaron la idea de Picoaga de tomar desde luego la ofensiva; y este fué el sentir que abrazó el brigadier Ramirez, confiado en un feliz éxito porque era el que mas se adaptaba á su conocida bizarría. En consecuencia se dictaron las disposiciones conducentes á la marcha gradual de las tropas, empezando el primer regimiento por trasladarse el 20 de junio á Poopó, no obstante de que por extraordinario recibido en la madrugada de este dia, prevenia el virey á Ramirez que se limitara á mantener al ejército, y dedicara sus conatos á perfeccionar su instruccion y disciplina, mientras llegaba el nuevo jefe superior Pezuela con los auxilios que le acompañaban y con las instrucciones relativas al plan de operaciones acordado, ademas de habérsele concedido, como era justo, todas las amplias facultades de que habia estado revestido su antecesor.

El mismo 20 de junio se supo en el cuartel general de Sorasora que no se habia recibido en Oruro el correo de Cochabamba á causa de la nueva insurreccion de esta provincia promovida por el faccioso Arce, quien habia logrado apoderarse de las personas del gobernador intendente y del arzobispo de Charcas que se hallaba en aquella capital; mas fugados estos de su prision tuvieron la fortuna de entrar en Oruro al dia siguiente 21. Este propio dia marchó para Poopó el segundo regimiento y se dió órden al batallon del Centro y á la caballería de Tinta de que siguiesen igual direccion desde Ventaimedia donde se hallaban. Túvose tambien noticia de que en Pequeréque habia habido el dia anterior un encuentro entre nuestros cazadores y 400 dragones enemigos, que fueron rechazados y perseguidos hasta cerca de Ancacato con la pérdida de algunos hombres entre muertos y heridos.

El 25 todo el ejército real se reunió en Challapata, con cuyo motivo se retiraron de Ancacato los disidentes que lo ocupaban, y el 30 se situó nuestro ejército en Condocondo. El 1.° de julio volvió Ramirez á tratar en junta de jefes, y con mayor copia de datos, si convendria continuar el movimiento comenzado, ó esperar el arribo del comandante en jefe y de los refuerzos que traia; y de conformidad con el parecer de la mayoría adoptó Ramirez el último partido, sin disputa el mas prudente. Pero el resultado inmediato fué que, consumidos con poca economía los forrages y pastos, empezaron á perecer desfallecidos muchos caballos y mulas del servicio del ejército. El dia 3 de julio el batallon del Centro con algunas compañías de caballería ocupó la posta de Vilcapugio. El 4 se tuvo noticia en Condocondo de que el brigadier Pezuela debia de llegar el dia 1.° de este mes al Desaguadero. El 5 se supo por uno de nuestros prisioneros de Salta, fugado del enemigo, que Diaz-Velez se hallaba en la Leña con 1000 hombres; y el 9 toda nuestra caballería se trasladó á Challapata por falta de forrages.

El 20 de julio avisó el comandante militar de Oruro que persona de carácter procedente de Cochabamba, aseguraba se disponian allí tropas contra dicha villa, noticia que movió á Ramirez á replegarse á Challapata pasando de Vilcapugio á Ancacato el batallon del Centro con las compañías de caballería que lo acompañaban. Por el correo del 23 se supo en el cuartel general que el brigadier Pezuela salia de la Paz el 18 y podria entrar en Oruro el 27, por lo que permaneció el ejército en sus cantones hasta el 31 del mismo julio que, en virtud de órden del nuevo comandante en jefe despachada sobre la marcha, pasó á situarse en Ancacato, estableciendo el batallon del Centro en Challapata con el fin de observar el camino del despoblado.

Situado el ejército real como se acaba de referir, llegó el 7 de agosto á Ancacato su nuevo comandante en jefe el brigadier de artillería D. Joaquin de la Pezuela con 300 hombres del regimiento veterano Real de Lima y diez cañones de á cuatro. Su primera diligencia fué reconocer personalmente el terreno hasta las inmediaciones de Lagunillas, á donde se extendian las avanzadas del enemigo, para escoger una posicion ventajosa que favoreciese la poca fuerza del ejército, reducida entonces á 2700 infantes, 850 caballos y 18 piezas de artillería disponibles, sin comprender las guarniciones del Desaguadero y de Oruro. La primera se componia de 500 infantes, 100 caballos y 12 cañones á las órdenes del coronel Goiburu, que debia mantener destacados 275 hombres en la Paz y 75 en Chulumani; y la segunda de 200 hombres de infantería, 100 de caballería y ocho piezas al mando del

gobernador Revuelta, debiendo igualmente cubrir con un proporcionado destacamento los pueblos de Calamarca y Caracollo.

El nuevo general en jefe procedió á verificar las reformas que creyó convenientes en la organizacion de las tropas, las cuales merecieron la aprobacion del virey, siendo de este número el reunir en un solo regimiento la caballería de milicias de Tinta y de Chumbivilcas, crear un escuadron de dragones, que denominó Partidarios, y dividir la artillería en cuatro brigadas, tres de á cuatro piezas cada una y la otra destinada á la reserva de seis. En seguida trasladó el ejército á los campos de Vilcapugio donde quedó acantonado el 6 de setiembre y permaneció hasta el 13 del propio mes, que pasó á Condocondo, punto estimado preferible respecto á las noticias que corrian de que los enemigos avanzaban por el camino de Potosí y el de Chayanta, al mismo tiempo que los facciosos de Cochabamba amenazaban á Oruro. Los soldados se prestaron con buena voluntad á conducir en hombros algunas tiendas de campaña y parte de las municiones por la notable escasez y flaqueza de las caballerías, empleando las mas útiles en trasportar la artillería y algunos efectos de tesorería, provision y hospital de mayor volúmen y peso. La perspectiva del ejército era á la verdad poco satisfactoria, y asi lo decia el general al virey en sus cartas; pero dedicando al propio tiempo todo su celo á contener la desercion y á hacer reclutas y recibiendo oportunamente los refuerzos de las provincias de retaguardia, en breve llegó á ver reunidos sobre 4600 hombres, á tiempo que segun todas las noticias el ejército contrario contaba con 5500, ó 6000 hombres, de ellos 2500 disciplinados y los restantes reclutas.

Todos los antecedentes bien examinados conducian á creer próxima la necesidad de dar ó recibir una batalla, cuya idea confirmaron mas de 2400 facciosos que al mando del indio Cárdenas se adelantaron por estos dias hasta Ancacato. Por fortuna hallábase todavia en Terepeque el escuadron de Partidarios, y su valiente comandante D. Saturnino Castro cayó de improviso sobre aquella desordenada muchedumbre, la cargó y dispersó haciendo en sus individuos horrible estrago. Tanto por algunos heridos como por los papeles tomados en los campos de Ancacato se obtuvieron comprobantes del pensamiento de Belgrano de atacar á Pezuela en Condocondo, pues se hallaban convocados los indios de los pueblos en el mayor número posible para concurrir á dicho objeto simultáneamente con las tropas disidentes.

El 27 de setiembre á las ocho de la noche se presentó en Condocondo el maestro de postas de Vilcapugio Mamani, indio muy acredi-

do terreno por la derecha, hasta colocarse al frente de los enemigos donde volvió á tomar el órden de batalla, colocando la artillería en los intérvalos de cuerpo á cuerpo y dejando en reserva el batallon provisional con alguna caballería.

El llano de Vilcapugio tiene sobre una legua de largo á contar desde el pie de la montaña por donde descendió el ejército real hasta el de las alturas donde se halla el manantial de agua que da nombre al sitio y en donde habia formado Belgrano en columnas paralelas con una proporcionada reserva, y sobre los flancos, aunque un poco mas á retaguardia, tenia distribuida su caballería. Esta formacion era sin duda alguna superior á la que habia tomado Pezuela, si el jefe enemigo hubiese sabido utilizarla para sacar de ella el partido que con probabilidad ofrecia.

Desplegado en batalla el ejército español, su caudillo le mandó marchar de frente por un terreno llano, exponiéndolo á un terrible repelon de caballería, á tiempo que, con las naturales ondulaciones consiguientes á un órden de marcha de suyo difícil, habia de sentirse fatigado y falto de la union y libertad que debian constituir su fuerza. De este modo poco recomendable hizo el ejército real cerca de media legua hasta entrar en el radio del alcance de la artillería contraria, que por su mayor calibre empezó á ofender sin ser ofendida. Pezuela, aunque algo mas lentamente continuó su marcha al frente, mientras Belgrano desplegó tambien en batalla, y cuando unos y otros rompieron el fuego, la línea española se presentaba así: el batallon del Centro el mas avanzado, un poco mas atras de su altura el de Partidarios, despues el segundo regimiento y así sucesivamente de izquierda á derecha. Despues que ambos ejércitos rompieron el fuego de fusil continuaron marchando el uno contra el otro sin cesar de hacer fuego: el mayor choque del enemigo le recibieron el Centro y Partidarios, sufriendo este principalmente y con sensible prontitud la pérdida de su bravo coronel La Hera, tres capitanes, 33 soldados muertos y otros muchos heridos, cuyas desgracias en medio de un fuego horrible le obligaron á ceder el campo, descubriendo en el hecho el flanco izquierdo de la línea, al cual no habia llegado la brigada de artillería destinada, porque sus sirvientes atemorizados habian huido con los caballos de tiro desde el principio de la accion. Al avanzar el enemigo á favor de la ventaja que habia obtenido sobre el cuerpo de Partidarios, fué herido el coronel Lombera y el segundo regimiento que mandaba flaqueó y abandonó su puesto en dispersion, siguiéndole inmediatamente el batallon del Centro que tan bien se habia sostenido hasta entonces.

Por fortuna Picoaga con el primer regimiento y Olañeta con el batallon de Cazadores chocaron tan bravamente y habian sido auxiliados con tal oportunidad por un escuadron y la escolta del comandante en jefe, que arrollaron la izquierda contraria y la perseguian de cerca, cuando el resto de nuestra línea parecia totalmente batida. El brigadier Pezuela y su segundo, Ramirez, acudieron velozmente á contener la dispersion y reparar tamaño desórden; pero como la reserva habia huido tambien sin disparar un tiro, todos sus nobles esfuerzos habrian venido á ser estériles si la Divina Providencia no protege á las armas de España guiando á Castro al combate en tan crítico momento. Este jefe de un valor acreditado y de una resolucion admirable, atraido por el fuego que habia oido, volvió de nuevo sobre Vilcapugio, apareció con su escuadron por retaguardia del flanco derecho de Belgrano, cargó resueltamente y acuchillaba al enemigo en medio de su triunfo de tal modo, que introdujo en sus filas la mayor confusion y le obligó á un precipitado retroceso. Este dichoso incidente y las ventajas que continuaba reportando nuestra derecha aceleraron la reunion de los dispersos y cambiaron completamente la escena, convirtiendo á su vez en vencedores á los mismos vencidos, los cuales, animados por los referidos jefes superiores, volvieron tan resueltamente sobre los disidentes, que ocuparon su campo y se apoderaron de su artillería, lanzándolos á los cerros inmediatos. Posesionado Belgrano de uno de estos pretendió alli resistir á las tropas reales, ya engreidas, y aunque todavia logró rechazarlas hasta el pie de la montaña, supieron servirse tan á tiempo de la artillería apresada, y Picoaga y Olañeta llegaron con sus cuerpos vencedores con tal oportunidad, que el enemigo á las tres de la tarde abandonó la posicion «con la artillería, *dice el virey*, municiones, porcion de fusiles, todo su campamento, víveres y cuanto pudo escapar de la diligencia que hacian por conservarlo (1).»

Los independientes perdieron mas de 600 hombres muertos, sobre 1000 heridos y bastantes prisioneros con 38 jefes y oficiales: la artillería apresada se componia de cuatro cañones de á seis, ocho de á cuatro y dos obuses de á siete pulgadas. La pérdida de los españoles fué de 153 hombres muertos, 257 heridos y 61 dispersos. Asi terminó la memorable batalla de Vilcapugio tan gloriosa para las armas españolas, siendo de notar que comenzó la accion sin que ninguno de los combatientes desplegara una sola guerrilla.

El victorioso general Pezuela pasó la noche del 1.° de octubre so-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

bre el campo de batalla, donde se recogieron tambien mas de 400 tiendas de campaña, y al dia siguiente regresó á Condocondo, destacando las tropas ligeras por el camino de Potosí en seguimiento de Diaz Velez y dejando en Vilcapugio el batallon del Centro para que acabara de reunir los despojos del enemigo. Olañeta, que mandaba nuestros perseguidores, despues de algunas correrías en las que se proveyó su gente de víveres y cabalgaduras, retrocedió igualmente para incorporarse al resto del ejército que se preparaba á buscar de nuevo á Belgrano en el partido de Chayanta, donde con pasmosa celeridad habia reunido como 4400 hombres de sus derrotadas tropas. Esta pronta reunion hace honor al enemigo: la mayor parte de los soldados de Belgrano, rotos y dispersados en Vilcapugio, se dirigian á sus hogares cuando el activo caudillo, valiéndose de buenos comisionados, de los subdelegados de los partidos y de las cortas guarniciones con que habia cubierto los pueblos del camino de las provincias de abajo, logró detener los fugitivos y reunir aquella fuerza en el punto de Macha del partido de Chayanta.

El general Pezuela, despues del triunfo de Vilcapugio, permaneció un mes en Condocondo, tiempo que supo aprovechar Belgrano en prepararse á probar nueva fortuna. Nuestro comandante en jefe, ya que ó no estimó prudente ó no pudo continuar desde Vilcapugio la persecucion del batido enemigo, supo utilizar aquel descanso haciendo reducir el tamaño de los cajones de municiones para poderlos trasportar en burros, en *llamas* (carneros de la tierra) y en hombros de los indios, únicos medios de conduccion de que le era dado disponer, si habia de buscar al enemigo resuelto ya á esperarle.

De inmensas consecuencias era sin duda alguna la victoria de Vilcapugio y grandes los merecimientos de los leales que á ella concurrieron. Para perpetuar su memoria fueron promovidos á mariscales de campo los brigadieres Pezuela y Ramirez y premiadas las demas clases como correspondia á la importancia de tan señalado triunfo, sobre lo cual *dice el mismo virey*: «Bien considerado todo no parecerán excesivas las gracias y los premios que se concedieron y á que se hicieron acreedores los héroes de Vilcapugio excediéndose y emulándose los unos á los otros en todas las clases y destinos del ejército en el cumplimiento de sus respectivos cargos, y aun mas allá de lo que por ellos eran obligados. Asi, aunque las córtes nombradas extraordinarias me habian privado del único arbitrio capaz de fomentar el entusiasmo prohibiendo la facultad de conceder grados, yo no pude excusarme de darlos liberalmente, pero sin prodigalidad, en aquella crí-

»tica y aventurada ocasion en que tan bien los habian merecido; como »lo califica la aprobacion de todos, en vista de los partes circunstan»ciados que dirigí sin pérdida de tiempo al gobierno (1).»

Hechos los aprestos que el general en jefe creyó mas urgentes, el 29 de octubre dejó el ejército á Condocondo y campó el 4 de noviembre en Ancacato. En las cercanías de este pueblo se recogieron sobre 600 burros y llamas de carga que sirvieron de mucho auxilio. De Ancacato, y tomando por Ancocruz y los altos de Libichuco, fué el general á pernoctar el 8 en el llano de la posta de Callampallani, donde descansó tres dias para dar lugar á que el parque se incorporara, pues ni siquiera habia podido seguir las cortas jornadas que hacia el ejército. El 12 campó este en los altos de Taquiri, despues de haber sufrido un horroroso temporal de nieve, granizo y lluvia que embarazaba mas su movimiento, y desde ellos descubrió á los enemigos situados en los altozanos de Ayohuma á dos leguas de distancia: el 13 reconoció el general en jefe su posicion, y dictó en seguida las providencias competentes para atarla al otro dia. En esta esperanza habia sufrido el ejército real desde Vilcapugio toda clase de penalidades; ademas del agua, de la nieve y del frio, mucha escasez de combustible y aun algunos dias de alimento, siendo uno de ellos, y de los mas penosos, la víspera de la jornada de Ayohuma.

A las seis de la mañana del 14 de noviembre el ejército español se puso en movimiento desfilando por delante de su caudillo, quien exhortaba al paso á cada cuerpo á que se comportara con firmeza y honor en el combate, y tuvo la satisfaccion de verse contestado por todos con entusiasmados vivas al rey, manifestando en sus semblantes asi los oficiales como la tropa aquella animosa alegria que suele ser precursora de la victoria. El general Pezuela bajó con sus tropas á la desfilada la cuesta Blanca, y formó en columnas á su pie para prevenir cualquiera repentina zalagarda de la numerosa caballería disidente, cuyas huestes se hallaban inmediatas, formadas en línea, apoyando la izquierda en una altura y extendiéndose luego por un llano, defendido el frente por obstáculos artificiales practicados en el terreno. Nuestras columnas atravesaron el rio que tenian delante por los dos brazos en que por alli corre dividido, y el general las dirigió á una pequeña loma en la que se apoyaba el flanco derecho de los disidentes. Este movimiento estaba perfectamente entendido, pues no solo obligó á Belgrano á cambiar de frente y variar de plan, sino que libraba á

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

las tropas del rey de las defensas levantadas por el enemigo en el terreno, y les proporcionaba otro mas ventajoso para pelear.

Posesionado Pezuela de la mencionada loma, como se propuso, formó en el llano inmediato en batalla por el mismo órden que en Vilcapugio; á la derecha el batallon de Cazadores y á la izquierda de este en la prolongacion de la línea, los dos del primer regimiento, el del Centro, los dos del segundo regimiento y el de Partidarios, que cerraba la izquierda: el batallon provisional fué de nuevo destinado á la reserva, porque era el de menos confianza, razon en que probablemente no convendrian todos los militares. De cada uno de los referidos batallones se separaron 30 hombres con un oficial con el nombre de guerrilla, cuyos destacamentos, al mando del teniente coronel D. Manuel Valle y sostenidos por el batallon de Partidarios ocuparon una altura á la izquierda de la línea española que comunicaba con el flanco derecho de los contrarios. Entre tanto el ejército real permanecia en batalla y cubierto con la primera loma de que se ha hecho mencion, asi como se extendia el enemigo en igual órden sobre un terreno elevado, teniendo á la izquierda la caballería en el espacioso llano por el que terminaba su posicion. Serian poco mas de las diez de la mañana cuando parte de nuestra artillería, avanzada algo de la línea, rompió un vivo fuego sobre los disidentes que lo aguantaron con bastante firmeza por cerca de media hora, contestándolo con algunos disparos.

Cansado Belgrano de sufrir inactivo el daño que le causaba la artillería española marchó de frente con resolucion, y á medio tiro de fusil rompió el fuego sobre nuestra línea, que adelantada tambien á la loma de su frente, lo contestó con mucha firmeza y muy buena direccion; y como al mismo tiempo el teniente coronel Valle con sus destacamentos ó guerrillas y el batallon de Partidarios descendiesen de la altura de la izquierda y acometiesen por flanco y retaguardia la derecha del enemigo, apenas pudo este mantener media hora mas en órden su formacion. Vacilante ya la línea contraria mandó Belgrano cargar á su caballería; pero recibida con serenidad por nuestros infantes, incluso el batallon provisional que entró por la derecha muy oportunamente en accion, ofendida terriblemente por la batería que dirigia un valiente oficial llamado Remigio, y aun amenazada por el escuadron de Cazadores á caballo reforzado por la escolta del general en jefe, tuvo que volver caras con pérdida, y aumentó el espanto y la confusion en los suyos. Entonces toda nuestra línea avanzó con impetuosidad y puso en desordenada fuga al enemigo, persiguiéndolo con calor por

espacio de dos leguas. «Setenta oficiales y 800 soldados prisioneros, »inclusos los heridos de ambas clases, mas de 400 muertos, 8 piezas »de artillería (del calibre de á 1 y de á 2) 1500 fusiles, una mediana »provision y hasta los equipages y papeles de los cabezas seductores son las señales de este glorioso triunfo, *decia el virey* (1).» Por nuestra parte hubo dos oficiales y 40 soldados muertos, 8 heridos de los primeros y 88 de los segundos que suman 138 hombres fuera de combate, pérdida poco considerable atendida la importancia del suceso.

El advertido general en jefe, lejos de dar esta vez descanso á los vencedores, destinó inmediatamente á su segundo el general Ramirez para que, con los cuerpos de Cazadores, Partidarios, Dragones y una compañia de granaderos del primer regimiento persiguiese á los fugitivos en la direccion de Potosí con el mayor empeño. Ramirez cumplió como acostumbraba esta comision, y entró en aquella villa ocho horas despues de haberla evacuado Belgrano, quien extrajo de ella cuanto le fué posible, y aun tuvo el bárbaro intento de volar la casa de moneda, que hubiera arruinado la mayor parte de la poblacion. El resto del ejército español marchó el 15 de noviembre al pueblo de Macha. El 19 fué enviado á Chuquisaca el brigadier Lombera con 500 hombres y dos cañones á fin de que se encargara interinamente del mando de la provincia de Charcas, y al efecto le reforzó luego el batallon del Centro con otros dos cañones: el segundo regimiento y seis piezas de artillería pasaron de guarnicion á Potosí: el primer regimiento y lo restante del parque permanecieron en Macha hasta el 29 que tomaron la direccion de Chuquisaca, para donde salió el 30 del mismo noviembre el cuartel general.

El general en jefe hizo su entrada pública en la ciudad de Chuquisaca el 4 de diciembre con mucho contento y aplauso de las gentes principales, pero con señalada tibieza é indiferencia de la plebe. Tomadas las disposiciones conducentes al buen gobierno de esta provincia y expedidas las prevenciones correspondientes al primer regimiento y al batallon del Centro para que, siguiendo la ruta de Puna y Vitiche, fueran á reforzar la vanguardia que se establecia en Tupiza, el general en jefe salió para Potosí el 17 de diciembre y entró en esta villa el 21 en medio de las mas expresivas aclamaciones de un numeroso pueblo. El 28 de este mes, en fin, marchó de Potosí para Tupiza el segundo regimiento, y el general Ramirez con la division de vanguardia preparó su movimiento sobre las provincias de abajo. ¡Tan gloriosamente terminó el presente año de 1813!

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

El mismo virey del Perú dice al hacerse cargo de estos felizes sucesos.: «Los límites de este papel no me permiten hacer mas dilata»da relacion de esta campaña memorable; pero por lo mismo no puedo »excusarme de hablar, aunque con rapidez, de los premios y gracias »que fué necesario dispensar á los beneméritos jefes, oficiales y sol»dados que tuvieron parte en ella, segun las recomendaciones del »general, y aun él mismo, por su conducta militar y por la entidad »del servicio que acababa de prestar sujetando una extension de país considerable que facilitaba los medios de subsistir el ejército real y »privaba de ellos al enemigo, fué propuesto como acreedor para ser »recompensado con la órden de S. Fernando que designa el artí»culo 8.° del decreto de su ereccion para los jefes, por estar íntima»mente convencido, segun tengo ya expuesto en otros lugares, de que »tanto alienta el premio oportunamente dado, como amortigua el olvido »ó la menor retardacion en distribuirlo.» (1)

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

CAPITULO VI.

Invasion de Jujuy y Salta.—Arenales.—Blanco y otros jefes.—Guerra de los ganchos.—Rendicion de Montevideo.—Retirada del general Pezuela á Suipacha.—Insurreccion del Cuzco.—Crítica situacion de Pezuela.—Temeridad de Castro.—Fidelidad de la tropa.—Expedicion de Ramirez contra la rebelion cuzqueña.—Ocupan los alzados á Puno, el Desaguadero y la Paz.—Sus atrocidades.—Triunfo de Gonzalez en Huanta.—Huancavelica.—Victoria de Ramirez sobre la Paz.—Derrota de Picoaga en la Pacheta.—Entrada de los facciosos en Arequipa.—Su abandono y precipitada fuga.—Ramirez ocupa á Arequipa.—Acontecimientos de Europa.—Triunfan las armas reales en Chile.—Movimiento de tropas de Buenos-Aires contra el Perú.—Su perniciosa influencia.

AÑO DE 1814.

Comenzaron las operaciones de este año por el movimiento de la vanguardia sobre Jujuy y Salta á las órdenes del general Ramirez, y se componia esta division de tres batallones, tres ó cuatro escuadrones y ocho piezas de campaña. Ramirez adelantó al valiente coronel Castro, natural de Salta, con la mayor parte de la caballería, y ambas poblaciones fueron ocupadas sin dificultad, estableciéndose Ramirez en la de Jujuy. Con este motivo el cuartel general se trasladó de Potosí á Tupiza, á donde llegó el 8 de febrero, y allí permaneció hasta el mes de mayo con el batallon del Centro avanzado en Suipacha. El general en jefe D. Joaquin de la Pezuela ni en Potosí ni en Tupiza cesó de ocu-

parse constantemente en dictar las providencias que estimaba mas acertadas para el buen gobierno y la pacífica conservacion del órden público en los pueblos recientemente pacificados, y dedicó tambien sus desvelos al reemplazo del ejército y al aumento de dos batallones qué creyó necesario levantar.

El activo español europeo Arenales, que habia abrazado la causa de la revolucion y obtenido el gobierno de la provincia de Cochabamba, despues de la derrota de Ayohuma retirado á Valle-Grande, habia reunido allí mucha gente auxiliada del caudillo indio Cárdenas. Para libertar de sus vejatorias correrias á los pueblos pacificados se sacaron tropas de las guarniciones de Oruro, Cochabamba y la Plata á fin de formar una corta division que al mando del teniente coronel Blanco hiciera frente á los intentos de Arenales. Al encuentro de nuestro decidido jefe salieron los insurrectos en número de mas de 4000 hombres la mayor parte montados, y en los primeros dias de febrero se trabó una reñida accion en el punto llamado de San Pedrillo, que segun el parte de Blanco de 4 del mismo mes acabó por la derrota de los contrarios despues de tres horas de pelea, causándoles la pérdida de su artillería, 4 cargas de pertrechos, algunos fusiles, mas de 100 hombres muertos, crecido número de heridos y 21 prisioneros. Los cabezas de esta faccion y la mayor parte de sus partidarios mejor montados escaparon por el rio de Pulquina, en cuya direccion todavia les persiguieron por algun tiempo los vencedores. Retirado Arenales á Santa Cruz de la Sierra con los dispersos que pudo reunir, y eficazmente auxiliado allí por el gobernador Warnes y aun por los indios infieles del valle de Ingre, llamados *chirihuanos*, logró rehacerse mas pronto de lo que se esperaba. Era mucha su actividad y conocido su arrojo, y por lo tanto no solo fué preciso mantener en observacion del Valle-Grande los 600 hombres de la columna de Blanco, sino remitir 100 con Ponferrada á Pomabamba y enviar desde Suipacha á la provincia de la Laguna al coronel Benavente con 300 del batallon del Centro, que mandaba, á fin de distraer al enemigo por esta parte y contener las incursiones de los indios chirihuanos.

Estas acertadas medidas tuvieron resultados favorables: antes de que concluyera el mes de marzo Blanco deshizo varios grupos de facciosos en distintos puntos, pero principalmente á las orillas del rio Pilcomayo: Ponferrada la accion de Pomabamba y Benavente otra en las cercanías del pueblo de Tarabita, cuyos sucesos causaban tanto desaliento en los insurrectos como animacion en los leales. Sin embargo, las partidas levantadas á retaguardia de Blanco y las calenturas inter-

mitentes que acometian á su tropa en Valle-Grande, le obligaron á replegarse á Totora, donde á principios de abril no solo consiguió castigar los asesinatos del capitan Antesana y otros individuos, sino que pudo dedicarse á la recomposicion de su deteriorado armamento y recoger algunos desertores, preparándose de este modo á obrar en una nueva combinacion sobre Santa Cruz de la Sierra.

En los primeros dias de abril recibió Pezuela en Tupiza comunicaciones del general Ramirez fechadas en Jujuy, en las que le participaba que próximo á trasladarse á Salta habia suspendido este movimiento por las voces que corrian de que los enemigos en número de 4000 hombres, la mayor parte montados, se acercabán en dos divisiones con seis piezas de artillería, una por el camino del Pasage y la otra por el de Huachipas, en cuyo concepto pedia algunas municiones de que carecia. Por este tiempo fué atacada en los campos de Salta una gruesa partida del escuadron de Castro, quedando en poder de los enemigos 45 hombres prisioneros, y para esplorar mejor el pais fué comisionado Marquiequi para hacer un esmerado reconocimiento por el camino de Cobos hasta el Pasage. El general Pezuela reforzó inmediatamente á Ramirez con el batallon del general y 110 hombres del Centro todos á las órdenes del teniente coronel D. Francisco Navas, cuatro piezas de artillería bien servidas y el repuesto competente de piedras de chispa y de municiones de fusil y de cañon. La division de vanguardia ascendia ahora á mas de 3,200 hombres y 12 piezas de artillería de tropa de muy regular calidad y engreida con las victorias anteriores, aunque no dejaba de sentirse en ella el lamentable vicio de la desercion.

Convencido el general en jefe de la influencia que ejercian en la perpetracion de este crímen los eclesiásticos adictos á la revolucion adoptó serias medidas para contenerla y obtuvo bastantes buenos resultados. Con alguna mas tranquilidad sobre este punto, y disminuidos los cuidados que justamente inspiraban las numerosas reuniones de facciosos en Valle-Grande y Cordillera de Sauces, por la feliz entrada de Blanco en Santa Cruz de la Sierra y los no menos afortunados resultados del teniente coronel D. Manuel Valle en su expedicion á Tomina, en la que relevó al coronel Benavente, el general Pezuela reunidos en Tupiza los dos batallones de nueva creacion, se puso en marcha para Jujuy el 16 de mayo y entró en esta poblacion el 27 del mismo mes, porque era entonces un pensamiento dominante hacer una poderosa diversion en auxilio de la apurada plaza de Montevideo.

Entretanto el teniente coronel D. Jose Joaquin Blanco despues de

haber atravesado terrenos pantanosos y ásperas montañas, habia llegado al punto conocido por la Angostura donde sostuvo una accion reñidísima porque el terreno favorecia mas á los enemigos: triunfando al fin nuestras tropas del número y de los obstáculos topográficos entró Blanco en la capital de Santa Cruz de la Sierra. La confianza, que sin prudencia suele convertirse en peligroso contrario, le condujo á cometer el error de dividir sus fuerzas: destacó á Udaeta con 200 infantes y 100 caballos en persecucion de los dispersos, y dejando de guarnicion en Santa Cruz 80 hombres, se dirigió personalmente con el resto hácia la mision de la Florida: aqui le recibió un grueso trozo de enemigos y trabada una pelea desigual y empeñadísima, quiso nuestra mala suerte que cayera el valeroso Blanco muerto de un balazo, con cuya desgracia desalentados los soldados fueron completamente batidos por los facciosos con pérdida de la artillería, armamento y municiones. Los restos de esta célebre expedicion procuraron salvarse como pudieron, los mas tomando por el Valle de Samaipata y la guarnicion de Santa Cruz por el partido de Chiquitos, único que les quedaba libre por haberse puesto en combustion toda la provincia, segun avisó oficialmente el coronel Goiburu con fecha 9 de junio; «lo que *añade el »virey*, simultáneamente prueba la predisposicion de aquellos pueblos »á la insurgencia, y que en lo militar tanto perjudica la demasiada »lentitud de las operaciones, como la impremeditada y violenta ejecu»cion de otras. Si Blanco con mas serenidad y sangre fria hubiese »reunido todas sus fuerzas y esperado los avisos del general en órden »á la comision dada al coronel D. Guillermo Marquiegui para ocupar »el punto de Orán con el doble objeto de recoger ganados y recibir de »aquel lado los prófugos de la Laguna, esta diversion del enemigo le »habria obligado á dividir la totalidad de su tropa, y probablemente »dádole ventajas á una y otra espedicion (1).»

Al invadir nuestras tropas la provincia de Salta, los enemigos se habian replegado al Tucuman, obligando á retirarse allí á todas las familias mas señaladas por sus opiniones realistas, y haciendo conducir al mismo punto cuantos ganados y víveres les fué posible. De cuando en cuando se acercaban á Salta algunos grupos de *gauchos*, sostenidos por partidas de dragones mas regularizadas á las órdenes todos de Güemes, un vecino notable de la ciudad, y con habilidad suma interceptaban las comunicaciones de nuestros cantones y estorbaban la introduccion de víveres en ellos. Era de todo punto indispen-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

sable emplear fuerza proporcionada que ahuyentara á los insurrectos, aprovechando las lecciones que ofrecian los descalabros experimentados por el escuadron de Partidarios á causa de la demasiada confianza con que el coronel Castro le empleaba en recorrer el campo dividiéndolo en cortos destacamentos, los cuales acechados por el enemigo eran cargados de improviso por otros muy superiores y mejor montados y consiguientemente destrozados ó hechos prisioneros.

Como el general en jefe continuaba en Jujuy los aprestos convenientes para seguir avanzando hacia el Tucuman, importábale mucho hacer reconocer bien el pais y procurar adquirir noticias ciertas del enemigo. A este fin dió el general comision especial al comandante de ingenieros Mendizabal para que reconociera el terreno hasta el pueblo de Somalao, debiendo protegerlo el coronel D. Antonio Maria Alvarez con 300 infantes y algunos caballos, los cuales salieron de Salta en los primeros dias de junio. En Somalao se hallaron con los enemigos en algun número, que aunque desalojados al principio por dos compañias de infanteria y el escuadron de Cazadores, á favor luego del monte y de los callejones continuaron un vivo fuego sobre los nuestros hasta salir al Bañado. Aqui recibió Alvarez un oficio del coronel Castro en que le participaba la aproximacion de 300 enemigos mas del cuerpo de Libertos de Buenos-Aires, y tanto por este aviso como porque la comision de Mendizabal estaba evacuada, se retiraron por la orilla del rio Chicuana y luego por el camino de la Isla á la ciudad de Salta, y no sin sostener honrosamente algunos tiroteos.

Resuelto el general en jefe á llevar á cabo su enunciado proyecto dictó las disposiciones conducentes á que el ejército se reuniera en Salta, empezando el primer regimiento por ponerse en marcha para los Cerrillos á mediados de julio; pero todo cambió repentinamente por la notable variacion que reclamaba de necesidad el plan de operaciones. Era la causa justificativa de esta novedad las noticias que empezaron á esparcirse sobre la pérdida de la plaza de Montevideo, cuyo auxilio, divertiendo al enemigo, era el objeto preferente de aquel movimiento; y aunque al principio se tuvo por un ardid empleado sagazmente por los disidentes para detener los progresos de las armas que mandaba Pezuela y mantener en esperanza el espíritu de insurreccion de los pueblos, sin embargo el general, prestando la debida atencion á dicha noticia y calculando los tristes resultados que podia ofrecer caso de ser cierta, determinó suspender el movimiento y consultar por extraordinario al virey el repliegue del ejército al alto Perú, adoptando desde luego al efecto algunas medidas preventivas.

Los rumores esparcidos acerca de la pérdida de Montevideo, que vinieron á confirmarse por algunos papeles cogidos por el coronel Marguiequi al comandante de los fuertes del rio del Valle y de Pitos, eran tanto mas sorprendentes cuanto por el navio Asia, arribado al Callao, se habia sabido con satisfaccion que se preparaba en Cádiz un refuerzo de tropas considerable con destino á dicha plaza; mas estrechando el sitio por mar y tierra los independientes, falta de víveres Montevideo se vio obligada á capitular, y en esta virtud habia pasado el 23 de junio á poder del enemigo. Fueron condiciones expresas de la capitulacion que el gobierno de Buenos-Aires habia de conservar como en depósito la plaza de Montevideo hasta el regreso de Fernando VII al trono de sus mayores, el que se habia verificado ya en aquella fecha, y remitir las tropas españolas á la Península con todo su armamento. Facil era á los independientes otorgar concesiones que no habian de cumplir; su principal objeto se dirigia á tomar posesion de la plaza, y buenos y plausibles eran para ellos todos los medios que condujeran al deseado fin. Asi la capitulacion no tuvo efecto mas que en permitir al gobernador capitan general D. Gaspar Vigodet y á algunos oficiales de plana mayor su regreso á España: toda la guarnicion de Montevideo fué conducida á Buenos-Aires como prisionera de guerra, y en esta ilustrada capital fué muy de notar la manera como un populacho descompuesto recibió á nuestros prisioneros en odio manifiesto del nombre español.

Bastaba calcular la temible influencia que necesariamente habia de ejercer en el pais la pérdida de Montevideo y los mayores medios de que podria disponer el gobierno de Buenos-Aires, para que el general Pezuela comprendiera las dificultades con que tendria que luchar si se empeñaba en mantenerse en la provincia de Salta hasta recibir las órdenes terminantes que habia pedido al virey de Lima, atendida la grande distancia que los separaba; pero la muerte del bravo Blanco y la derrota de su tropa en Santa Cruz de la Sierra, las pérdidas experimentadas en Valle-Grande de que daba parte el comandante Barra, el aviso del teniente coronel Valle de retirarse de la Laguna á Tarabuco por no creer poderse sostener allí mas tiempo, los nuevos alborotos del partido de Cinti por el caracter conocidamente movedizo de los pueblos, y el aumento y mayor aliento de las partidas de *gauchos* decidieron afortunadamente al general en jefe á replegar el ejército á Suipacha, aun antes de tener conocimiento de la terrible insurreccion del Cuzco, de la que se dará luego noticia. La retirada se verificó en el mejor órden, aunque experimentando las tropas grandí-

simas penalidades, asi por el rigor de la estacion como por la escasez de forrages. El general en jefe dejó á Jujuy el 3 de agosto y encargando á su segundo Ramirez que cubriera la retaguardia con las tropas ligeras, entró el 24 del propio mes en Suipacha.

Con la fecha de 23 de julio habia contestado el virey á la urgente consulta del general en jefe autorizándole plenamente para «disponer, »*dice*, el replegue desde Jujuy á Cotagaita, y aun mas adelante si era »menester, escogiendo todos los parages mas defensables que presenta »el camino de estas sierras, pero que en último evento nunca deberia »cederse sino palmo á palmo y por partes el terreno hasta el Desagua»dero, que son los términos de ambos vireinatos etc. (1)» En cuanto á los prontos refuerzos que tambien reclamaba el general en jefe, el virey reconocia los fundamentos de esta peticion, pero se hallaba imposibilitado de satisfacerla con la brevedad que se exigia y S. E. deseaba, porque seis dias antes de recibir la mencionada comunicacion de dicho general habia enviado á Chile en el navio de S. M. el Asia 530 hombres del regimiento de Talavera peninsular, que tan eficazmente contribuyó á la pacificacion de ese reino en el presente año. Con los auxilios prestados á Chile y los remitidos al alto Perú desde 1809 inclusive habian quedado los almacenes y repuestos de Lima casi exhaustos; más no por esto descuidó el zeloso virey hacer nuevas remesas al general Pezuela, asi de artículos de botica como de guerra trabajando de dia y de noche en estos la maestranza de artillería. «Hubiera querido, *añade*, tener la posibilidad de aumentar fusiles, »como se hacia de los demas artículos, y no hallando recurso humano »suficiente, los clamores al gobierno eran incesantes pidiéndolos hasta »en número de ocho ó diez mil, ó los que buenamente se pudieran »acopiar; de que no tuve contestacion en mas de tres años de continuos »ruegos é instancias (2).»

Recibido en Lima por extraordinario el parte del general en jefe de 3 de agosto, en el que participaba que en aquel mismo dia emprendia su retirada hácia el alto Perú, el virey convocó inmediatamente una junta de guerra en la cual, en acta de 30 del mismo mes, se acordó aprobar la resolucion del general Pezuela: que al comandante general de las tropas de Chile, que lo era el coronel de artillería don Mariano Osorio, se le previniese que en caso de haber triunfado de los enemigos, despachara el cuerpo de Talavera y otro de Chiloe á Arica ú

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

(2) Idem.

otro puerto del Perú para que reforzasen el ejército de operaciones: y finalmente que, si el estado de la guerra en Chile no era tan lisongero como se esperaba, se autorizase á Osorio para celebrar con los independientes un convenio, cuyas ventajosas estipulaciones le permitiesen dirigirse con todas sus fuerzas al Perú para ayudar á salvar este vasto pais y su ejército de operaciones de los complicados peligros que le amenazaban. Tan mal aspecto iba ofreciendo el estado militar y político de esta parte de la América meridional abandonada á sus propios recursos, porque la terrible y desigual lucha en que á la sazon se hallaba envuelta la Peninsula, por resistir la injustificable agresion del emperador de los franceses, no le permitia ayudarla como se deseaba y como el caso requeria.

En marcha el ejército real para volver á la frontera de la provincia de Potosí, recibió el general en jefe la triste nueva de la revolucion que habia estallado en el Cuzco, precisamente el mismo dia 3 de agosto en que él habia dejado á Jujuy, promovida por los oficiales capitulados y juramentados en Salta, de los cuales hallándose algunos presos en el cuartel de la guarnicion por igual delito intentado en octubre del año anterior, lograron estos seducir la tropa y conmover seguidamente el pueblo, pretestando que el ejército real, que mandaba Pezuela, habia sido deshecho en el Tucuman. Apoderados de los ánimos de la muchedumbre y eficazmente auxiliados por los no pocos adictos ocultos de la revolucion aprisionaron al brigadier gobernador presidente interino D. Martin Concha, natural del Cuzco y á los ministros de la audiencia y demas empleados del gobierno que no les inspiraban completa confianza; y para dar nueva forma de gobierno á la provincia nombraron una junta al efecto. Compúsose esta de don José Angulo presidente, con el cargo tambien de general de las armas, del hasta entonces fiel cacique de Chicocheros Pomacahua ya ascendido á brigadier, del doctor Astete y del coronel Moscoso: D. Vicente Angulo, hermano del presidente, fué nombrado segundo jefe superior militar, y todos de consuno y con sorprendente actividad prepararon expediciones contra las provincias de Huamanga, Arequipa, Puno y la Paz para moverlas é insurreccionarlas. El levantamiento del Cuzco, en el corazon del Perú, puso al virey y al general en jefe en aflictivo conflicto, aumentado por la diligencia de los insurrectos en emplear la mas eficaz seduccion cerca de los oficiales y soldados cuzqueños que servian con honra en el ejército real; pero estos bravos militares, superiores á los medios que se ponian en juego para mancillar su reputacion, ofrecieron bien pronto con su noble conducta una prueba

insigne de su acendrada lealtad con grandísima satisfaccion de aquellos jefes superiores.

Propúsose el general Pezuela no revelar los terribles acontecimientos del Cuzco, mientras siquiera ponia en ejecucion algunas medidas preparatorias para asegurarse mas de la fidelidad de sus tropas, pero esta plausible pretension rayaba en lo imposible, porque la correspondencia esparcida en el ejército habia revelado demasiado pronto el secreto que se proponia guardar. «Viéndose en tal conflicto, *dice »Torrente*, y rodeado al mismo tiempo por una porcion considerable »de cuadrillas sueltas, que si bien habian sido batidas en todo en»cuentro por las divisiones de Velasco cerca de Cochabamba, de Bena»vente en la Laguna y de Baez en Cinti, se rehacian al momento para »volver con mas teson á la pelea, llegó á desconfiar de poder evitar la »inminente disolucion de su ejército. En tanto que halagaba á los »oficiales y soldados, trabajando con el mayor ardor para que los sen»timientos del honor y de la fidelidad triunfasen sobre los de la natu»raleza y de la sangre, entró en negociaciones con el general insur»gente Rondeau proponiéndole un armisticio y suspension de hostili»dades, hasta que el benigno monarca, restituido á esta sazon al »trono de sus mayores, tomase disposiciones decisivas sobre la suerte »de aquellos paises; pero la altanera y descomedida contestacion del »caudillo de Buenos-Aires, fijando por condicion la retirada del ejér»cito realista al Desaguadero, hizo ver al señor Pezuela la necesidad »de recurrir á los extremados recursos que sugiere la misma deses»peracion, y á los extraordinarios esfuerzos que dictá á veces el honor »propio lastimado, para dar al enemigo una leccion práctica de lo »arriesgado que es el insultar á quien sabe sentir todo el peso del »honor.—En medio de estas terribles angustias, que traspasaban el »corazon del general realista, se le ofrecieron luminosas pruebas para »persuadirse de que el ánimo del soldado estaba lejos de haberse per»vertido con los insidiosos manejos de sus parientes, amigos y paisa»nos rebeldes (1).»

En efecto, D. Saturnino Castro, natural de Salta, uno de los principales agentes del triunfo de Vilcapugio, cargando con el escuadron que mandaba al enemigo por retaguardia cuando la mayor parte de nuestra línea habia sido arrollada, ascendido rápidamente á coronel en merecido y justo premio de sus brillantes servicios á la causa de España, mimado se puede decir de todos los generales y señaladamente

(1) Historia de la revolucion Hispano-Americana.

apreciado en el ejército por su distinguido valor, acaso alterado su buen juicio por la imponente insureccion del Cuzco, concibió el criminal proyecto de mover el ejército todo á que abrazara el partido de la revolucion. Su primera idea fué procurar ganar el primer regimiento, compuesto de cuzqueños y el de mayor influencia, sublevar con su apoyo á los demas cuerpos y apoderarse de las personas de los generales, jefes y oficiales que no inspirasen para el intento la mas absoluta confianza. A fin de asegurar mejor el éxito de esta infame trama, dirigió Castro una comunicacion al general enemigo para que se aproximase con sus fuerzas á las posiciones del ejército real, en el concepto de que estallaria la rebelion en la noche del 1.° de noviembre. Por fortuna llegaron á noticia del general Pezuela los ocultos manejos de Castro y dispuso inmediatamente su prision; pero avisado este oportunamente, y aun se sospechó si por conducto de un capellan que merecia distinciones en el cuartel general, se propuso evitar el golpe precipitando la ejecucion de su infernal designio.

El coronel Castro se hallaba á la sazon separado del escuadron que mandaba por haber obtenido licencia temporal para pasar á Lima, y con algunos soldados que le acompañaban se acercó al canton de su cuerpo, esperanzado de atraerlo á sus ideas por medio del poderoso influjo que ejercia en él su ascendiente; pero muy pocos fueron los individuos de tropa que se resolvieron á seguirle con su hermano D. Pedro Antonio, que servia de oficial en el mismo escuadron, y quien despues continuó sirviendo con honra en el ejército real hasta la funesta disidencia del general Olañeta. No muy satisfecho Castro de la correspondencia con que contaba de parte de su cuerpo, conducta que debia servirle de provechoso alerta, se encaminó á Moraya donde se hallaba el primer regimiento y sobre la marcha despachó una comunicacion al general en jefe intimándole que se rindiera con las condiciones que le imponia, las cuales no estando aun apoyadas en medios seguros de realizacion, no parecian mas que el efecto de un lastimoso trastorno mental. Al propio tiempo hizo circular una proclama por los cantones para persuadir á las tropas que el general Pezuela pensaba sacrificar en una accion á los soldados cuzqueños, y que los que no pereciesen en ella serian destinados á los duros trabajos de las minas de Potosí: finalmente aseguraba que la revolucion del Cuzco se habia extendido triunfante hasta la ciudad de Lima, capital del vireinato. Seguidamente se presentó Castro en Moraya pintando con inimitabla descaro el estado de insurreccion en que ya se hallaba el ejército y exigió con altivez del coronel del primer regimiento D. Manuel Gonzalez

Bernedo, único europeo que militabar en él, que entregase el mando al sargento mayor D. Marianó Antonio Novoa.

La confianza y seguridad que aparentaba el coronel Castro no produjeron el efecto que se proponia, porque reunidos los oficiales en el alojamiento de Bernedo se enteraron de la falsedad de las aseveraciones de aquel por el teniente Matorras que le acompañaba, sin duda ignorante de su intento. Encargaron entonces al mayor Novoa que con un capitan y algunos soldados saliesen á averiguar la verdad, y notando que Castro se apresuraba á tomar su caballo, acaso para sustraerse por la fuga de aquel grave compromiso, se apoderaron de su persona y lo presentaron á su coronel instruyendo al regimiento de la enormidad de su perfidia. Subió de punto la indignacion de este leal cuerpo y queria en el acto castigar tamaña traicion; mas lograron sus jefes remitir á Castro preso á Suipacha escoltado por una compañía. El primer regimiento llevó mas adelante su empeño: reclamó ser el ejecutor de la pena que el tribunal competente impusiera al delincuente, la cual vino á ser la de muerte pasado por las armas; y despues de juzgado y sentenciado el coronel Castro mandó el general Pezuela que fuese devuelto al canton de Moraya para ser ejecutado. Asi acabó sus dias un oficial tan distinguido y de tantas esperanzas, mientras fué fiel á sus deberes.

Mas tranquilo el general en jefe por el buen espíritu que afortunadamente reinaba en sus tropas en tan complicada situacion, no podia dejar de dirigir sus cuidados hácia la rebelion del Cuzco, que amenazaba devorar el reino, si no se acertaba á sofocarla con la prontitud que convenia, en cuya virtud reunió en Suipacha una junta de guerra para resolver con su acuerdo lo que pareciera mas urgente y útil. Esta junta, despues de haberse hecho cargo con escrupuloso detenimiento del estado crítico en que el pais se hallaba y contado, como era justo, con los esfuerzos del infatigable virey marqués de la Concordia para restablecer el órden en los pueblos alterados, adoptó una resolucion valiente y salvadora, que hace tanto honor á la junta que la propuso como al general Pezuela que la aceptó y dispuso su ejecucion. Determinóse, pues, que el general D. Juan Ramirez marchara inmediatamente contra los insurrectos del Cuzco con dos batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de artillería, sobre 1,200 hombres en todo: que de esta division podria encargarse despues el general Picoaga, que se hallaba en el Cuzco, su patria, cuando estalló la rebelion y habia logrado fugarse á Arequipa en compañía de otros vecinos fieles: y que el resto del ejército en fin se replegara á Santiago de Cotagaita, punto que

ofrecia mayores medios de defensa caso que las tropas de Buenos-Aires avanzaran, como era de temer, asi por aprovechar la terrible diversion que causaba la insurreccion del Cuzco, como porque, rendida la plaza de Montevideo, podian los enemigos disponer de mayores fuerzas y mas acostumbradas á las fatigas de la guerra.

Tan luego como se divulgó en el ejército español el designio de despachar una division pacificadora al Cuzco, el primer regimiento, que se componia de naturales de esta provincia, pidió con instancia formar parte de ella; y si riesgo habia en consentir en la demanda, mayores y acaso mas trascendentales consecuencias podia ofrecer el disgusto que ocasiónara la negativa: el general en jefe accedió á la peticion y con admirable cordura y tino segun acreditó la experiencia. Aprestada y despedida con celeridad la division expedicionaria, el general en jefe dispuso su traslacion á Cotagaita: estableció el batallon de Cazadores y un escuadron en Moraya y Mojos, y con las demas tropas salió de Suipacha el 15 de setiembre y llegó al mencionado Cotagaita el 19, mandando en seguida poner por obra los atrincheramientos y baterias que habian de aumentar la defensa de dicho punto. Presumian algunos que estas obras tenian por principal y útil objeto entretener por algun tiempo convenientemente al soldado, pues bien sabia el general Pezuela que para internarse los disidentes en el alto Perú no necesitaban estrellarse contra las angosturas fortificadas de Santiago de Cotagaita, que podian libremente flanquear ó por la derecha ó por la izquierda, y obligar al ejército real á abandonarlas sin disparar un tiro. A fines de setiembre ya se presentaron algunas descubiertas independientes á causar alarmas en los puestos avanzados de Moraya y Mojos; pero despues de haber perdido algunos hombres, temerosas de que se las persiguiera con mayor empeño, se retiraron á gran distancia.

Mientras el general Ramirez dirige la marcha de su expedicion al norte, y antes de volver á tratar de las operaciones del general Pezuela, entraremos en algunos pormenores sobre la peligrosa insurreccion del Cuzco y daremos alguna razon de las expediciones revolucionarias que salieron de esta capital, para que se pueda formar una idea aproximada de su naturaleza. Segun los mejores datos reunidos en el gobierno superior del Perú, el plan de revolucionar el pais fué trazado por los independientes en Salta, de acuerdo con varios de los oficiales capitulados y juramentados, y comunicado á sus partidarios ocultos y agentes de las provincias. Muy adelantado este temible proyecto en el Cuzco fué denunciado al presidente interino el brigadier Concha por

uno de los oficiales separados del ejército, á quien los promovedores suponian disgustado y dispuesto á tomar parte en él, denuncia que se verificó el 30 de octubre de 1813. Las providencias de Concha impidieron que estallara entonces la rebelion que agitaban los sediciosos; pero sin otro resultado que el de aplazar su explosion, porque encargado de la instruccion de la consiguiente causa uno de los juristas complicado en el proyecto, no solo se hizo pública la denuncia, sino que se dilataron y entorpecieron de intento los trámites del juicio hasta el 3 de de agosto del presente año 1814 en que los conjurados tomaron por sorpresa el cuartel y las armas de la guarnicion. Dueños de este recurso los revoltosos pusieron en prision al gobernador presidente, á los ministros de justicia y á todos los empleados no cómplices de la maquinacion, principalmente europeos, y levantaron horcas en distintos puntos entregándose ademas á toda clase de desórdenes, proveyendo en medio de este tumulto á la formacion de una junta de gobierno, de la que se ha hecho ya mencion.

Posesionados los facciosos del Cuzco y dueños de cuanto contenian sus almacenes despacharon por extraordinario invitaciones á los cabildos, ayuntamientos, de todas partes para que cooperasen al logro de su designio; mas el espíritu público no se hallaba á la sazon totalmente pervertido, y los pueblos de Abancay, Andahuailas y Huamange contestaron protestando de su lealtad al rey y de su fidelidad á las autoridades legítimas. Era en extremo urgente apoyar las buenas disposiciones de la lealtad, máxime en la provincia de Huamanga, que se halla sobre el camino directo del Cuzco á Lima, y al efecto el virey mandó aprestar el resto del batallon de Talavera, 100 hombres de la Concordia y 500 fusiles para que á las órdenes del teniente coronel D. Vicente Gonzalez marchasen á dicha provincia. Para proporcionarse los medios en numerario de que carecia, acudió de nuevo personalmente al acreditado patriotismo del consulado de la capital y tuvo inmediatamente á su disposicion el virey 50,000 pesos. Dirijió tambien S. E. á todos los jefes y corporaciones del reino las comunicaciones que las circunstancias demandaban, y obtuvo del reverendo arzobispo que dejara oir su voz pastoral en todo el arzobispado y mas particularmente entre los extraviados cuzqueños de cuya provincia habia sido antes prelado diocesano, porque el virey seguia con constancia la máxima de no hacer uso de las armas, sino despues de convencido de que los amotinados desoian y despreciaban las amonestaciones paternales y los consejos de la sana razon.

Entretanto los revolucionarios del Cuzco reunian mucha gente y se

aprestaban á obrar: destacaron un trozo considerable á conmover los pueblos del norte y ocupó sin dificultad el partido de Andahuailas en la intendencia de Huamanga. Con el aviso de esta novedad mandó el virey salir de Lima al teniente coronel Gonzalez con 120 hombres de Talavera, cuatro cañones de montaña, 40,000 pesos, municiones, fusiles y oficiales para armar é instruir las milicias que pudieran aprontarse y acudir al socorro de Huamanga. El intendente interino de esta provincia habia acuartelado por su parte 400 hombres con destino á la defensa del puente de Pampas, mientras llegaban los socorros de Lima; pero el 2 de setiembre, en que debian verificar su marcha de Huamanga, las madres, mugeres y hermanas de estos levantaron el grito contra la partida de sus maridos y relacionados, se metieron en los cuarteles y los indujeron á salir con las armas en la mano para emplearlas en romper las puertas de algunas tiendas de comercio, que saquearon con otras casas de particulares. Con este motivo previnose á Gonzalez que acelerase sus jornadas hasta Huamanga, donde debia esperar el refuerzo que se habia pedido á Tarma. La revolucion cundia por todas partes: el intendente de Arequipa manifestaba incesantemente los mayores temores por la dificultad que reconocia en poder mantener la tranquilidad en algunos partidos de su provincia y aun en la misma capital, á causa del espíritu que advertia y de la poca fuerza con que contaba, concluyendo asi él como el cabildo de Arequipa por hacer peticiones al virey tan inconsideradas como imposibles de satisfacer: y por la parte de Puno, con solo haberse acercado á Sicuani otro trozo de insurrectos del Cuzco, al mando del cabecilla Pinelo y del Clérigo Muñecas, los 200 hombres que guarnecian dicha ciudad y 300 reclutas con destino al ejército, todos se declararon en favor de la insurreccion y se unieron á los cuzqueños.

«Con tales datos, *decia acertadamente el virey*, no era dudable la »suerte que debia correr Arequipa, y en este caso, debiendo quedar «cortada la comunicacion del ejército del alto Perú y todas sus pro«vincias, no quedaba mas recurso á su general, incomodado por los «enjambres de rebeldes que le rodeaban, disminuido el grueso de «sus tropas en muchas y cortas secciones, que se destacaban á dere«cha é izquierda, y amagado por el enemigo del frente, que hacen un «esfuerzo extraordinario para flanquear el camino de retaguardia (1). Esta ha sido cabalmente la conducta del general en jefe, quien no solo ha llenado cumplidamente las esperanzas del virey, como S. E.

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

ha reconocido, sino que ha dado una prueba insigne con sus disposiciones de que comprendia bien su crítica situacion y la del pais mismo. La resolucion de destacar al general Ramirez con 1200 hombres del Cuzco contra la insurreccion del mismo Cuzco era arriesgada, pero necesaria: fué un rasgo de valentia y de inteligencia que merecia la corona del triunfo, y en efecto obtuvo los mas gloriosos resultados.

Extendida sin resistencia la revolucion del Cuzco á la ciudad de Puno por el sur y á Andaluhuailas por el norte, con presencia del escándalo que habian dado en Huamanga las mugeres y la gente de guerra reunida para la defensa del puente de Pampas, y del estado de inseguridad en que el dignísimo criollo D. José Gabriel Moscoso, gobernador intendente de Arequipa, pintaba la provincia de su mando, el virey convocó en Lima la junta de guerra el 13 de setiembre para adoptar con su acuerdo las providencias mas urgentes y propias de las circunstancias. Consiguientemente se determinó que se remitiesen á las órdenes del mariscal de campo D. Francisco Picoaga 100 soldados del regimiento veterano Real de Lima, 500 fusiles para armar otros tantos hombres en el partido de Chuquibamba y otros de la jurisdiccion de Arequipa, 500 lanzas para el servicio de la gente de á caballo, las municiones correspondientes y 26,000 pesos en metálico. El general Picoaga gozaba en el pais de mucha reputacion, le autorizó el virey ademas cumplidamente para prevenir los entorpecimientos que suelen ofrecer las largas distancias, y le recomendaba con preferencia que, una vez habilitado con el auxilio que se le enviaba y los que pudiese proporcionar el celoso intendente de Arequipa y su buen nombre, marchase sobre la capital de Puno y pusiese expedita la comunicacion con el cuartel general de Pezuela ya interceptada. Al efecto, y por mayor seguridad, se embarcaron los 100 hombres y los demas artículos referidos en la fragata mercante Tomás y salieron el 26 de setiembre del Callao con destino á Quilca.

Para atender al mantenimiento del sosiego público por el lado de Huamanga, hallábase, como se ha indicado, en marcha el esforzado D. Vicente Gonzalez teniente coronel del regimiento de Talavera, y en caso necesario podia ser reforzada su corta fuerza con un destacamento que guarnecia la ciudad de Ica; mas comprendiendo bien el virey las grandisimas dificultades, la imposibilidad tal vez, de reponerla si sufria alguna desgracia, admitiendo las excusas del gobernador interino de Huamenga D. Francisco Ruiz de Ochoa y de su digno obispo el señor Silva, otro americano eminentísimo por sus virtu-

des, su ciencia y su lealtad al rey y á la España, adoptó el temperamento de perdonar por su conducto á los motores del desorden ocurrido allí con la gente acuartelada, á condicion sin embargo de permanecer tranquilos en sus hogares los que no quisiesen participar de la honra de hacer frente á las hordas de los caudillos Mendoza y Bejar, que amenazaban con una invasion cuzqueña. Por este medio, y por los eficaces esfuerzos del gobernador interino y del obispo de Huamanga, logró el virey que se suspendiesen los peligrosos efectos de la convulsion iniciada y que se mantuviesen tranquilos al parecer aquellos habitantes por algunos dias. Mas poco despues, y al mismo tiempo que supo el virey en Lima el arribo de Gonzalez á Huancavelica, recibió el parte oficial de la ocupacion de Andahuailas por los facciosos, y por extraordinario previno á aquel jefe la necesidad que habia de que acelerase su marcha hácia Huamanga y de que procurase la destruccion de los rebeldes, empleando antes los medios pacíficos de la persuasion, á cuyo fin escribió tambien S. E. al jefe de los insurrectos tan inútilmente como en otras ocasiones.

Reforzado Gonzalez en Huancavelica con 100 milicianos voluntarios continuó el movimiento al sur, pero los cuzqueños anticipándose á él ocuparon á Huamanga sin la menor oposicion ni resistencia, circunstancia que podia hacer dudar mucho de la buena voluntad de otros pueblos, máxime cuando el gobernador intendente de Huancavelica manifestaba oficialmente la poca confianza que le inspiraban sus gobernados. Terribles debian de ser los contrarios afectos que en tan complicada situacion combatiesen el ánimo del virey; pero afortunadamente recibió entonces este infatigable anciano una comunicacion del teniente coronel Gonzalez, de 27 de setiembre desde Huanta, anunciando haber aumentado su corta fuerza con 500 milicianos todos voluntarios del regimiento de Huanta y entusiasmados por sus nobles jefes el coronel D. José Lazon, el teniente coronel D. Nicolas Torres y el sargento mayor D. Pedro Fernandez de Quevedo, cuya noticia alimentó en los leales mas lisongeras esperanzas, á que contribuyó tambien el virey por su parte haciendo con la mayor actividad nueva remesa de las armas que la maestranza de artillería habilitaba. Mas confiado Gonzalez, y deseoso de llenar el objeto de su comision sin efusion de sangre, si era posible, intimó desde Huanta á los enemigos que evacuasen á Huamanga y su provincia; pero habiendo sido detenidos y maltratados los portadores de esta intimacion por la vanguardia de los facciosos avanzada ya á Huamanguilla, despachó contra ella un corto destacamento ignorante de su número, y los nuestros com-

prometidos en un desigual y obstinado combate alcanzaron con su extraordinario arrojo la completa dispersion de sus bisoños pero numerosos contrarios. «La accion fué temeraria, *dice el virey*, pero en «tal grado feliz que ella sola, en mi concepto, fué un anuncio de las «siguientes por el pavor que suele infundir al enemigo el desprecio «de los riesgos y la presencia de ánimo que se necesita para atropellarlos(1)».

Irritados los caudillos de los insurrectos por el suceso de Huamanguilla, que no contaban cosgue les fuese adverso, movieron sus huestes contra Huanta en número de mas de 5000 hombres, muchos de ellos montados, sobre 300 armados de fusil y los demas con lanzas, chuzos, macanas y hondas, y el 2 de octubre descendieron de las alturas inmediatas á la villa para atacar á Gonzalez en la poblacion. Este esperó con la serenidad y sangre fria que le caracterizaban hasta que le pareció oportuno destacar al coronel Lazon con 100 hombres á ocupar los altos que dejaba el enemigo, lo que consiguió á esfuerzos de un continuo y vivo fuego. «El cansancio y la carniceria que «se hizo en las tropas insurgentes, *continua el virey refiriendose á los «partes oficiales*, les obligó á desamparar los puestos que ocupaban «alejándose considerablemente del pueblo, de manera que Lazon pu«do recuperarse de la fatiga del dia, aunque con el enemigo á la vis«ta en toda aquella noche. Al siguiente volvieron á la carga por la par«te de Alanosco y la de Casacancha, dejando en el centro nombrado «Espíritu-Santo un cuerpo de tropas. Prontamente y con la misma ce«leridad con que era acometido repartió Gonzalez la gente de su divi«sion, en términos que, guardando el centro de la poblacion, halla«se el enemigo resistencia en los puntos por donde dirigia el ataque. «Lazon por su parte y Gonzalez por la suya hacian destrozos con el «ordenado fuego de su fusileria hasta unirse ambas fuerzas, en cuyo «acto el enemigo, atacando por el frente, penetró hasta las primeras «calles de la poblacion. Advertido este movimiento se replegaron una «y otra columna al pueblo, cuyo punto se defendia con igual vigor; «mas inutilizados tres de los cuatro cañones, que tenia la division, fué «forzoso atacar con fuego y bayoneta hasta morir. Esta resolucion, «ejecutada con la mayor bizarria, infundió tal respeto al enemigo que «consecutivamente fué perdiendo ó desamparando las tres baterías y «los tres cañones que en ellas habian colocado. Los paisanos tañeron «á este tiempo las campanas en señal de victoria por las armas del rey.

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

«con lo que y el fuego que sufrian sin cesar la confusion fué tal que «huyendo de la muerte tropezaban con ella en manos de los milicianos, «á quienes se hacia imposible detener sus brazos: 600 muertos, infi- «nitos heridos y 40 prisioneros dan una idea de la sangrienta y me- «morable accion de Huanta, que tambien lo es por la desproporcion «de nuestras pérdidas, que unicamente consistieron en 9 muertos y «menos de 20 heridos y contusos en siete horas de vivo fuego. Todo «el parque quedó en poder de Gonzalez, y la derrota fué tan comple- «ta que dejaron libre el paso y la misma ciudad de Huamanga, des- «pues de haber ejecutado los mas horrorosos crímenes en las personas «y bienes de aquellos habitantes. Horroriza la muerte del coronel don «Francisco Tincópa y del subdelegado de Vilcashuaman D. Cosme «Echevarria, cuyos miembros dejaron esparcidos y separados de sus «cuerpos; pero á igual atentado cometido con el capitan D. Vicente «Moya, añadieron el sacrilegio de sacarlo arrastrando del sagrario de «la compañia á donde estaba refugiado (1)».

Las primeras noticias que se esparcieron rápidamente por Huancavelica, relativas al glorioso triunfo de Huanta se creyeron ser obra de los astutos revolucionarios, pues se atribuia en ellas á los facciosos la victoria alcanzada por las armas españolas. En este equivocado concepto el pueblo se conmovió repentinamente exigiendo en tumulto del gobernador intendente que manifestase acerca de aquella accion el parte oficial que no habia recibido. Procuraba este jefe aquietar tamaño desórden con la verdad, que no era creida, y su voz era sofocada por los gritos y lamentaciones de las mugeres que clamaban porque se las desengañase acerca de la suerte de sus maridos y parientes, los milicianos que voluntariamente habian seguido á Gonzalez. En este estado de agitacion y sobresalto anocheció, y aprovechándose de las sombras los mal intencionados, que pocas veces falta alguno ni aun en las mas inocentes reuniones, dieron nueva direccion al tumulto y se entregaron á los excesos del saqueo. Los vecinos honrados y que mas tenian que perder buscaban su seguridad personal en la fuga ú ocultándose, y de este número fué el gobernador intendente; pero hallado por los alzados en medio de aquel desórden con un criado que le acompañaba, fueron ambos vilipendiados y maltratrados con positivo riesgo de su vida «hasta que, *añade el citado virey*, calmado el ar- «dor del motin, quizá con mas seguras noticias de la accion de Huan- «ta, dieron la autoridad del mando á un vecino y por su influjo la li-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

«bertad al intendente. Esta es otra leccion para los pueblos que no «reposando en la confianza que deben tener de las autoridades legíti- «mas, esto es, de un gobierno reconocido y verdaderamante pater- «nal, el recelo es un crimen y el castigo que él merece le reciben de «su propia mano (1)».

Sin embargo la provincia de Huancavelica quedó agitada por algu- gunos descontentos y partidarios de la revolucion á punto de hacer te- mer por la tranquilidad del poblado y rico valle de Jauja y otros pue- blos de la provincia de Tarma, situacion que el zeloso y entendido vi- rey no podia descuidar por lo interesante que era contener semejantes desmanes, sobre la frontera ya de la provincia de Lima, y mantener expedita la comunicacion con Gonzalez en Huamanga. Destacó pues el 12 de octubre al capitan D. Felipe Eulate con 100 hombres del Real de Lima, quien á su paso por Jauja debia tomar dos cañones que allí habia en estado de servicio. Con la oportuna presencia de Eulate en Huancavelica los vecinos fugitivos fueron volviendo á sus casas y el sosiego y la obediencia se fueron restableciendo en esta provincia, como el cabildo de aquella capital y el mismo capitan Eulate asegura- ban de oficio con fecha del 19 y 30 del citado octubre. Mientras el aspecto de las cosas públicas mejoraba visiblemente por este lado, diferente era el caracter de gravedad que iban tomando por otros puntos.

A pesar de los incesantes esfuerzos y desvelos del zeloso intenden- te de Arequipa Moscoso, y de la actividad y diligencia del general Picoaga, poco se habia adelantado allí en la organizacion de tropas, porque los 100 hombres del Real de Lima, los fusiles, el dinero y las municiones que conducia la fragata Tomas, segun se ha dicho, sufrian los retrasos que las contingencias de los viages por mar suelen ofrecer cuando menos se esperan. Así ni pudo Picoaga maniobrar por Chuqui- bamba, ni detener los progresos de la expedicion cuzqueña contra Puno. Al contrario, reforzados los facciosos con los 200 hombres de la guarnicion de esta capital y los 300 reclutas destinados al ejército de Pezuela, y conmovidos ademas casi todos los pueblos de la provincia, marcharon contra el punto fortificado del Desaguadero donde mandaba D. Joaquin Revuelta. Este jefe rechazó con digna firmeza la intimacion que le dirigieron, confiado en la fidelidad de los 160 hombres que mandaba; pero abandonado de estos y de gran parte de los vecinos del pueblo, pudo apenas escapar á la inmediata ciudad de la Paz con 14

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

soldados que quisieron seguir su suerte, y quedaron por consiguiente en poder de los insurrectos 13 piezas de artillería de distintos calibres y cuanto contenian aquellos abastecidos almacenes. Reforzados de nuevo los enemigos, y disculpablemente mas alentados se encaminaron en considerable número contra la Paz seguidos de ocho piezas de artillería.

Se componia la guarnicion de esta ciudad de 300 hombres y cuatro piezas de artillería en regular estado, y como á su cabeza se hallaba el gobernador intendente de la provincia, marques de Valdehoyos, acreditado por su valor, sus conocimientos y su acendrada lealtad, de esperar era hubiese hallado recursos de resistencia hasta que pudiese ser auxiliado y socorrido por la division del general Ramirez, que se hallaba en marcha desde mediados de setiembre. El 22 de este mes cercaron los enemigos á la Paz, y despues de la vigorosa defensa que fué posible, sublevándose la plebe en los momentos mas críticos, la tomaron á viva fuerza el 24 del precitado mes con el eficaz auxilio que les prestaron los indios y los mestizos que habitaban la ciudad, ansiosos de robar como lo habian ejecutado en los alborotos anteriores, y asi se entregaron unos y otros á todo género de desórdenes. En medio de multiplicados é inexplicables excesos, continuados en tumulto por tres ó cuatro dias, el mismo descuido y la violencia dieron lugar á que se volara un repuesto de pólvora, que causó bastantes desgracias en la poblacion y muchos estragos en sus edificios, y atribuyendo maliciosamente esta desgracia á los llamados realistas y godos, de los que tenian presos á varios con el gobernador intendente, se ensañaron los facciosos contra ellos, asesinaron bárbaramente 59, la mayor parte europeos, y se entregaron con furor al saqueo y al pillage de las casas y almacenes mas ricos. Despues de perpetrados tantos crímenes, supieron los facciosos que la division expedicionaria, procedente del cuartel general se acercaba, y abandonando la ensangrentada ciudad huyeron algunos á ocultarse y se retiraron los mas al Desaguadero; pero reforzados con 500 hombres armados de fusil y sobre 4000 indios con lanzas, macanas y hondas y diez piezas de artillería, tuvieron el atrevimiento de volverse á los altos de la Paz, y esperar en ellos á los veteranos que conducia el bravo general Ramirez.

La escasez de víveres, de bagages, de dinero y aun de calzado detenian sensiblemente el paso á la columna de ese acreditado jefe, por manera que hallándose en Oruro tuvo la primera noticia de la pérdida del Desaguadero. Provisto Ramirez de lo mas indispensable, en la forma que le fué posible, se dirigió sin descansar á la arruinada

y desolada ciudad de la Paz, y el 2 de noviembre dió vista á los enemigos en las inmediaciones del pueblo de Achocalla. La formacion de estos era la de un cuadro bastante irregular, con la izquierda apoyada á un barranco de la quebrada ó valle de la Paz, teniendo á retaguardia el cerro de Chacaltaya y algunas partidas de infantería y caballería diseminadas por el campo en distintas direcciones. La accion comenzó por el fuego de cañon de los facciosos, que las tropas del rey aguantaron con firmeza y serenidad mientras se aprestaban tres de nuestras piezas de á 4; entonces dispuso Ramirez el ataque con inteligencia, y ejecutado con la mas briosa decision, puso pronto en completa derrota y con pérdida á los contrarios, quedando en poder de los vencedores toda la artillería y municiones de los alzados, 184 fusiles y la bandera revolucionaria que habian sacado del Cuzco. La poca caballería realista y su mal estado no permitió sacar de la fuga de los vencidos todo el partido que su total dispersion ofrecia.

Con este triunfo la ciudad de la Paz quedó libre, encaminose á ella el general Ramirez y tuvo el desconsuelo de hallarla sembrada de cadáveres, cubierta de escombros y llenos de miseria sus habitantes. Ocupábase sin levantar mano de prestarla los socorros de que podia disponer y de poner arreglo y órden en su destrozado gobierno, cuando se le presentó una diputacion de dos eclesiásticos enviados por los enemigos con proposiciones de acomodamiento; pero habiendo exigido el general preliminarmente de los cabecillas que se le entregaran las armas y lo robado en la Paz, cesaron las conferencias, retirándose tan precipitadamente á Puno los insurrectos que dejaron intacto el puente del Desaguadero y el abundante parque que allí habia. El 17 de noviembre continuó Ramirez su movimiento al norte.

Al mismo tiempo que los revolucionarios del Cuzco enviaron expediciones contra Huamanga, Puno y la Paz, prepararon y despacharon otra contra la provincia de Arequipa, cuyo primer resultado fué desgraciadamente distinto del de las anteriores. Componiase esta de mas de 5000 hombres, de ellos 500 armados de fusil y el resto de lanza, macana y honda y bastante número á caballo con algunas piezas de artillería, capitaneados todos por el ya mencionado cacique de Chincheros el brigadier Pomacahua y por D. Vicente Angulo, hermano del presidente de los revolucionarios del Cuzco. Por desgracia la fragata Tomás, que conducia los auxilios que el virey marqués de la Concordia remitia de Lima, no se sabia hubiese aportado á ninguno de los puertos intermedios; y sin embargo el general Picoaga, el intendente Moscoso y el brigadier D. Pio Tristan, mas animosos que

prudentes, salieron á esperar la faccion á la Pacheta, 4 leguas de Arequipa, donde el 9 de noviembre arriesgaron un combate desigual con poca fuerza, sin instruccion, y lo que era peor descontenta. La resistencia fué de cortísima duracion, no obstante el valor personal de aquellos tres jefes, y los nuestros cedieron en breve el campo al enemigo fugándose cada uno por el camino y direccion que podia y se le presentaba. Un destino tan adverso como cruel puso al general Picoaga y al gobernador intendente Moscoso en poder del enemigo, y ufano Pomacahua entró al dia siguiente 10 del citado noviembre en la capital de Arequipa, donde fué recibido con estrepitosos vivas y aplausos por los partidarios que contaba la revolucion, particularmente entre los eclesiásticos de los órdenes religiosas que alli habia. A los pocos dias de esta entrada triunfal se entregaron los indisciplinados enemigos á sus acostumbrados desmanes, saqueando indistintamente las casas, talleres, tiendas y almacenes, asi de los apellidados realistas, como de los que blasonaban de *patriotas*, y esta singular y estraña conducta contribuyó eficazmente para que muchos de los adictos á la novedad mudasen súbitamente de opinion, bien aliciónados por la triste y costosa experiencia que acababan de adquirir.

La noticia de la derrota del general Picoaga y de la entrada de los facciosos en Arequipa causó en Lima la sensacion mas inexplicable. Nada se sabia del ejército, nada de la suerte de Ramirez y nada del estado de Chile. Muchos creian con harto fundamento decidida definitivamente la suerte del Perú en favor de la revolucion, y seria de todo punto imposible pintar las animadas esperanzas de los desleales y las angustias que cercaban al noble y anciano virey y á todos los fieles que de corazon le ayudaban todavia á sostener el edificio del Estado que parecia medio desplomado sobre sus cabezas. Tan amarga situacion se deduce bien de estas palablas del virey. «Sabíase, *dice*, la «ocupacion de la Paz y los desastres que en ella habian hecho los enemi«gos; pero se ignoraba la accion que se ha descrito y la consiguiente «recuperacion de aquel punto. Tampoco se tenia noticia del comandante «general Osorio en Chile, ni del estado de la guerra de aquel reino. Ig«norábase la suerte de las órdenes que hasta por triplicado se habian «pasado á aquel jefe, en conformidad de lo resuelto en junta de guer«para activar sus operaciones, y que en cualquier estado tratase co«los insurgentes la negociacion mas decorosa, que pudiese alcanza«para volar al socorro del general Pezuela y de sus valientes y bene«méritas tropas, y era en fin de recelar que reforzados en Jujuy «Salta los enemigos del rio de la Plata, en consecuencia de la pérdid

«de Montevideo y con las considerables cuadrillas de rebeldes, que, «sucediéndose de contínuo en los partidos, incomodaban y molestaban «al ejército en términos que, bien por falta de víveres ó por otros de «los muchos accidentes que en prudencia eran temibles, ocasionasen «su entera ruina y destruccion (1)».

Por fortuna no fué de larga duracion este terrible estado de sobresalto é incertidumbre, porque tambien fué corta la permanencia de los alzados en Arequipa; pues inesperadamente noticiosos los enemigos de la derrota de sus compañeros en los altos de la Paz y de que la brava division del general Ramirez continuaba avanzando, abandonaron la ciudad el 30 de noviembre y pasaron á situarse en Apo, punto en el cual se separan los caminos del Cuzco y de Puno. Todavia desde aqui los caudillos Pomacahua y Angulo despacharon una ridícula intimacion al general Ramirez, para que rindiese las armas de su mando *al poder irresistible de la patria*, decian, pintándole con falsedad al efecto que toda la costa hasta Lima se habia levantado contra la dominacion española y que el mismo virey se hallaba ya preso. Por alarmantes que fuesen estas noticias, que de ningun modo rayaban en lo imposible, no era Ramirez hombre de dejarse imponer con facilidad; asi fué que, sin detener su marcha contestó de palabra que iba personalmente á llevar la respuesta, indicacion bastante para que los facciosos se retiraran precipitadamente hacia el Cuzco á reunir con nuevas patrañas á su numerosa y conmovida indiada, pero llevándose presos á los precitados Picoaga y Moscoso.

El general Ramirez, restablecidas las autoridades legítimas en Puno como en la Paz, y libradas las prevenciones mas urgentes relativas á su mejor administracion, sin obstáculos ni enemigos que le disputasen el paso, se dirigió á Arequipa para restablecer tambien en esta capital y provincia el gobierno español y consolar á los buenos en lo posible de los desastres y malos tratamientos que acababan de experimentar. Encontró los campos de Apo sembrados de las piezas de artillería y otros efectos de guerra que por su volumen y peso no pudieron conducir los facciosos con la celeridad con que se ahuyentaron: dió sus providencias para que todo se recogiera, y tuvo la satisfaccion de verse recibido en Arequipa como su verdadero libertador, con magnífico aparato, con el mayor entusiasmo y con muestras inequívocas del mas sincero júbilo. Detúvose el general dos meses en Arequipa, falta inmensa y que mereceria la mas ágria censura á no disculparla en parte las consecuencias de una marcha continuada de

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

mas de 260 leguas, los muchos enfermos que conducia á causa tambien de la estacion y la absoluta necesidad en fin que tenia su tropa de vestuario y algun descanso. Despues de esta sensible demora volvió el general Ramirez á tomar la ofensiva para cubrirse de nuevos laureles, como se dirá en su lugar, dejando pacificada la provincia menos el partido de Chuquibamba y parte del de Cailloma, que por su mayor cercanía al Cuzco, foco de la rebelion, tardaron mas en reconocer su extravío.

Entretanto los grandiosos acontecimientos que iban ocurriendo en Europa anunciaban un porvenir mas lisongero, terminando aquellos por el regreso al trono de España del deseado Fernando VII, por el confinamiento del emperador Napoleon á la isla de Elva, por la proclamacion de Luis XVIII en Francia y por el establecimiento de la paz y alianza entre las potencias europeas, que prometian garantir la integridad de la monarquía española. Estos extraordinarios sucesos influyeron sin duda en la paralizacion que se advertia de parte de los revolucionarios de Buenos-Aires, pues no solo se notaba singular lentitud y tibieza en sus movimientos y operaciones, sino un lenguage mas comedido y cortés en sus escritos, como se observó en las comunicaciones que dirigieron al general en jefe del ejército real del Perú, con motivo del cange de prisioneros que de antemano se habia entablado.

Queda dicho ya que de resultas del último choque verificado en fines de setiembre en la Quiaca con las partidas avanzadas de la provincia de Salta, y de las disposiciones que se adoptaban para perseguirlas con mayor vigor, se habian retirado á mucha distancia de nuestros puestos avanzados, y poco despues corrió la noticia de que las tropas enemigas, estacionadas en Jujuy y Salta habian recibido órden de replegarse á Córdova. Ademas del campo que abria á las conjeturas esta especie, cuando los españoles notoriamente se hallaban imposiblitados de moverse por este frente, se advertia que los disidentes no repetian en sus mencionadas comunicaciones el clamoreo de la independencia como antes; y al contrario se extendian en reflexiones sobre la guerra que contra ellos sostenia el ejército real del Perú por no haber reconocido, *decian*, un gobierno intruso, ni haber querido admitir una constitucion que el mismo rey acababa de desaprobar; concluyendo en fin que cuando fuesen oidos por el gobierno español con equidad y justicia esperaban defender convenientemente su conducta y aun sacar de ella la estimacion que creian merecer. Imposible parece que llegaran á usar de semejante lenguage los mismos hombres que tantos destrozos y tropelías causaron en los bienes y en

las personas de los verdaderos defensores de los derechos de la España y de su rey: entonces mismo ya los españoles prisioneros en Montevideo se hallaban encadenados y destinados al servicio de barrer las calles, los cuarteles, los calabozos y los lugares mas inmundos sin distincion de clases ni categorías. Sin embargo, esa manera de decir parecia un seguro indicante de la debilidad en que se reconocian y de los temores que les inspiraba la paz de la Península y la vuelta del rey á España, de cuyas felices circunstancias, en verdad, no hemos tenido la fortuna de sacar el partido que se podia.

El general Pezuela continuaba todavia en Santiago de Cotagaita, cuando el 6 de diciembre recibió por la via de Arica un parte del coronel de artillería D. Mariano Osorio, comandante en jefe de las tropas leales en Chile, en el que participaba haber derrotado á los Carreras y O-Higgins en Rancahua los dias 1.° y 2. de octubre, apoderándose en seguida de la capital de Chile, cuyos importantes sucesos produjeron la pronta pacificacion de este interesante reino. Una noticia tan fausta y de tanta trascendencia en aquellos críticos momentos dispuso el general Pezuela que se celebrara con la mayor solemnidad posible, pues libres de atenciones las tropas victoriosas en Chile podian destinarse algunas á reforzar el ejército del Perú y ponerlo en estado de asegurar este vasto territorio, si los revolucionarios de Buenos-Aires persistian aun en su invasion y trastorno, de que pronto dieron claras muestras desmintiendo la especie de la retirada á Córdova de los cuerpos avanzados á Jujuy y Salta, tal vez esparcida por ellos mismos con el intento de adormecer la vigilancia de nuestros jefes. Lo cierto fué que lejos de pensar en la marcha retrógrada de estos cuerpos los reforzaron con otros, los extendieron por escalones hasta Humahuaca, y avanzaron á Yavi un batallon y alguna caballería como vanguardia, la que se estableció allí en el mismo diciembre á las órdenes del caudillo Güemes.

De este modo se proponian volver á continuar la guerra en el alto Perú, sublevando de nuevo sus provincias y auxiliando á los muchos indios partidarios de la revolucion que, acaudillados por distintos cabecillas, hostilizaban bárbaramente los pueblos, cometiendo en ellos toda clase de crímenes, y sostenian contra las columnas volantes el ejército choques á veces muy empeñados, no obstante las pérdidas que casi siempre sufrian, porque alimentaba su entusiasmo la esperanza de verse prontamente protegidos y aun vengados, como se les decia, por un poderoso ejército de la *patria*, cuya vanguardia en efecto habia llegado á Yavi.

CAPITULO VII.

Güemes abandona á Yavi.—Ejército de Rondeau.—Descúbrese en él una conspiracion.—Paraliza sus movimientos.—Padilla en Presto.—Sorpresa de Tejada.—Revés de los realistas cerca de Ciuti.—Astucia del coronel enemigo Rodriguez.—Su libertad.—Noticias de Chile.—Una carta notable.—Los alzados son rechazados en Palcagrande.—Prevenciones del virey.—Motivos de la detencion de Ramirez en Arequipa.—Triunfo de Barra.—Desgraciada contrarevolucion en Tinta.—Sale Ramirez para Lampa.—Triunfo de Matará.—Batalla de Humachiri.—Sus consecuencias.—Ramirez en el Cuzco.—Gonzalez (D. Vicente) en Andahuailas y Abancay.—Gonzalez (D. Francisco de Paula.) en Chumbivilcas.—Es nombrado gobernador de Puno.—Motivos.—Una comunicacion de Rondeau.—Rumores sobre la expedicion de Morillo.—Derrotas de facciones en la Laguna y Tabaconuño.—Perfidia de los enemigos.—Retirada de Pezuela á Challapata.—Consiguiente abandono de Potosí, Chuquisaca y Cochabamba.—Resolucion heróica de esta guarnicion.—Derrotas de los facciosos en Azángaro y Asillo.—Idem en Marcapata.—Nuevo refuerzo de Chile.—Preparativos contra Oruro.—Terminante prevencion del virey.—Acuerdo en junta de guerra.—Proyecto de Rondeau.—Refuerzos en el cuartel general.—Recibimiento de la division Ramirez.—Nuevo destino de la expedicion Morillo.—Tropas peninsulares.—Aprestos ofensivos de Arenales.—Acuerdo en junta de guerra.—Error que padecia la junta.—Reserva inoportuna del virey.—Nuevos antecedentes sobre el plan del enemigo.—Pezuela en Sorasora.—Rondeau en Ayohuma.—Accion de Venta y Media.—Derrota de Camargo y de Zárate.—Noticias satisfactorias de Europa.

AÑO DE 1815.

Establecido Güemes en Yavi en diciembre del año anterior, tan próximo á las posiciones del ejército del rey, era natural y consiguiente que el general Pezuela no le dejase disfrutar de tranquilidad por largo tiempo, porque desde allí tenia mayor facilidad de atizar el fuego de la rebelion en las provincias inmediatas, harto conmovidas ya. En consecuencia el coronel D. Pedro Antonio Olañeta con los batallones de Cazadores y Partidarios, un buen escuadron y dos piezas de artillería,

recibió órden de buscar decididamente á Güemes; mas noticioso este del movimiento decampó de Yavi á media noche, se retiró á Cangrejos y continuó desde aqui su repliegue á Humahuaca, segun oficialmente participó Olañeta en 25 de enero al general en jefe establecido en Santiago de Cotagaita. Nuestra caballería todavia hizo algunos prisioneros y recogió algunos pasados del enemigo. Casi al propio tiempo dos de nuestros escuadrones recuperaron á Tarija, con alguna pérdida de parte de los contrarios entre muertos, prisioneros y pasados.

Por las declaraciones contestes de estos, resultaba que el ejército de Buenos-Aires destinado contra el Perú, se componia de los cuerpos números 1, 2, 8 y 9, constando este de 800 españoles de los prisioneros de Montevideo, los batallones de Cazadores y Libertos, dos escuadrones de granaderos y una numerosa artillería, como 6,000 hombres en todo al mando del general Rondeau. Si estas fuerzas bien dirigidas hubiesen maniobrado entonces contra el ejército real, muy disminuido por la desercion, por los destacamentos empleados en la persecucion de las facciones que se multiplicaban, y particularmente por la division escogida con que el general Ramirez habia pasado al nórte del alto Perú, el general en jefe se hubiera visto obligado á replegarse sobre el Desaguadero, dejando á discrecion del enemigo todas las vastas y ricas provincias del Perú alto, que le ofrecerian inmensos recursos; pero un peligro tan inminente y de consecuencias tan inevitables fué felizmente paralizado por un proyecto de insurreccion que, si llega á tener completo efecto, hubiese sido terrible para el ejército de Rondeau.

El cuerpo formado de los españoles prisioneros de Montevideo, trataba de sublevarse en Jujuy, apoderarse de la persona del general Rondeau, desarmar al número 2 que se hallaba allí y venir á incorporarse con las tropas de Pezuela; mas descubierto este pensamiento, como suelen serlo todos los que dependen del secreto de muchos, fué prevenido por la prision de los jefes y del gobernador de Salta, que estaban de acuerdo, desarmada seguidamente la tropa y remitida al Tucuman bajo la custodia del citado número 2. Igual suerte sufrieron sobre 200 hombres del número 1 estacionado en Humahuaca, pues habiéndose traslucido que este cuerpo estaba conforme en secundar el movimiento de los españoles, fueron desarmados y conducidos á retaguardia los individuos de tropa que inspiraban menos confianza. Por manera que con tan inesperada desmembracion de fuerza, con los recelos que debian infundir los proyectos descubiertos y con las bajas que habia experimentado Güemes en la retirada de Yavi, entre prisioneros, pasados

y desertores, quedaron los independientes imposibilitados por de pronto de tomar la ofensiva contra el Perú. En cambio, si el general Pezuela hubiese podido tener reunido y disponible su ejército, la ocasion era oportunísima para una ventajosa invasion en las provincias de *abajo*, y aun llegó á ser tan general esta idea que pasaba como cosa cierta, el que el virey marqués de la Concordia habia prevenido al brigadier Osorio, presidente interino de Chile, que cruzara la cordillera con 3,000 hombres, descendiera á Mendoza y amagara á Córdoba, movimiento á la sazon bien entendido, si el ejército del alto Perú pudiera tomar en él por su frente la parte que le correspondia; mas tampoco por la de Osorio llegó á tener efecto el anunciado movimiento.

Como á mediados de enero cayó el caudillo Padilla sobre el pueblo de Presto en la provincia de Charcas á 15 leguas de Chuquisaca, donde se hallaba destacada la compañía de tiradores del batallon del Centro. Nuestros valientes soldados, despues de un largo combate, lograron rechazar al enemigo, pero enardecidos ya incidieron en la temeridad de salir del pequeño y débil fuerte para perseguirlos. Entonces Padilla, reanimando á los suyos, visto el corto número de los realistas, vuelve furiosamente sobre ellos, los agovia con su número, consigue matar al capitan, al subteniente y 16 individuos de tropa, y pone el resto en huida, acabando por obligar al teniente D. Claudio Ribero á entregarse á discreccion con el resto de la compañía. Este oficial era hermano de D. Felipe, que ha venido á continuar sus servicios á la Península y es actualmente, como se ha dicho, teniente general y senador del reino. Ufano Padilla con el triunfo alcanzado daba muestras de prepararse á acometer á Chuquisaca, auxiliado de una numerosa indiada casi siempre pronta á seguir al vencedor; mas tan luego como se recibieron en el cuartel general las noticias de sus preparativos, se destinaron á Charcas 300 hombres para obrar de concierto con la guarnicion de dicha capital. Apercibido Padilla de este refuerzo, se replegó á las montañas para emprender desde ellas sus devastadoras correrías, asi que se retirara la tropa remitida contra él.

El 14 de febrero se supo en el canton de Mojos, por un sugeto procedente de la provincia de Salta, que el general Rondeau, que se hallaba con algunos cuerpos en Huacalera, habia comenzado el 3 del propio mes un movimiento retrógrado hácia Jujuy, y que se decia lo continuaria hasta el Tucumán en virtud de mandato expreso de su gobierno, el cual trataba de trasladarse á Córdoba temiendo amenazada la capital de Buenos-Aires por los *blanquillos*, nombre que da-

han á los soldados peninsulares. Como antes de este movimiento habia confiado Rondeau el mando de su vanguardia al coronel D. Martin Rodriguez, mayor general de su ejército y oficial de bastante crédito entre los suyos, se habia adelantado este jefe al puesto de Tejada con 50 dragones. El comandante D. Antonio Vigil, que se hallaba en Yavi con el escuadron de Cazadores que mandaba, tomó sus disposiciones para sorprenderlo y lo logró completamente el 19 del mismo febrero con muerte de un oficial y 20 individuos de tropa y haciendo prisioneros los restantes con el coronel Rodriguez, un capitan, dos tenientes y un alferez. De las declaraciones de estos aparecia que Rondeau estaba en desacuerdo con el gobierno de Buenos-Aires, y que las provincias de Santiago del Estero y de Córdoba hasta los fuertes fronterizos á los indios bravos habian comenzado á declararse en favor de los derechos del rey Fernando VII. En una de esas declaraciones, á las que tal vez se daba mas crédito del que en realidad merecian, se aseguraba que una expedicion española debia de salir de rio Janeiro para Montevideo en el próximo diciembre.

En el propio mes de febrero los indios alzados del partido de Cinti, que acaudillaba el mestizo Camargo, fueron alcanzados y dispersados por una de nuestras columnas expedicionarias; pero al replegarse esta al valle de Cinti, cargada de botin, embarazada con el mucho ganado lanar que conducia en el desórden consiguiente á una desmedida é injustificable confianza, fué acometida en los pasos angostos del tránsito por los mismos indios velozmente reunidos y muy conocedores del terreno, quienes envolvieron luego la guardia de prevencion, que venia muy á retaguardia, mataron al coronel de granaderos que con 18 hombres volaba á su socorro, y fueron despues apoderándose de varios oficiales y tropa dispersos sin que unos á otros pudiesen favorecerse. Tan imponente se iba haciendo la insurreccion de los indios, no obstante las considerables pérdidas que frecuentemente experimentaban, porque los revolucionarios de Buenos-Aires procuraban alimentar su fanático entusiasmo con la esperanza de enviar pronto en su auxilio un poderoso ejército, que los librara de la opresion que no experimentaban ciertamente, y con hacer correr entre ellos otras especies mas ridículas, como la de que la vuelta del rey al trono era una pura invencion de los arbitrarios mandones del Perú. Sabian bien los revolucionarios que los indígenas en general eran afectos al rey y les importaba mucho mantenerlos en el engaño respecto de su libertad; mas si la expedicion del general Morillo, de cuyos aprestos se empezaba ya á hablar, se hubiese presentado sobre las costas del rio de la

Plata, la consiguiente ocupacion de Buenos-Aires habria producido con toda probabilidad la pacificacion de la mayor parte de la América meridional.

El astuto coronel Rodriguez, prisionero en Cotagaita, no tardó en comprender la posibilidad de abusar de la buena fé del general en jefe del ejército real. Con este intento le dirigió una mañosa comunicacion expresando en ella que tanto él como los hombres influyentes de su gobierno se lanzaron en la revolucion por no someterse á un dominio extraño, pues creian que la dinastía de Napoleon llegaria al fin á reinar en España; que si aun despues de sabida la libertad del rey continuaban la guerra era por la persuasion en que se hallaban de que no seria bien recibido S. M. estando la nacion dividida en tres fuertes partidos, de los cuales habiendo prevalecido el liberal se decia que el rey se habia visto obligado á refugiarse en Portugal: pero que instruido del contenido de las gacetas y demas papeles públicos que se le habian franqueado, estaba convencido de la falsedad de aquellas noticias, asi como de que toda la Península se hallaba tranquila y sumisa al rey. En esta virtud no solo se declaraba él por el partido del monarca, sino que tenia fundados motivos para asegurar que si el general Rondeau se impusiese de la verdad de los hechos entraria en algun amigable y decoroso acomodamiento. Sorprendidos los buenos deseos del general Pezuela por semejante razonamiento, y animado con las ventajas que de ello podian y debian resultar á la causa española, que el sagaz Rodriguez supo, con falsas promesas y aun fingidas lágrimas, inculcar en el noble corazon del general en las dos ó tres conferencias personales que le permitió, no tuvo reparo en abrir relaciones con el general enemigo Rondeau. Al efecto, y al parecer con sobrada ligereza, dió Pezuela la libertad á Rodriguez y lo despachó el 13 de marzo con pliegos para el enemigo, haciéndolo acompañar hasta Yavi, que ocupaba nuestra vanguardia, por el teniente coronel su ayudante y pariente D. Javier de Olarria, manteniéndose el cuartel general en Cotagaita en espera del resultado de esa mision.

Los disidentes, siempre fecundos en discurrir arbitrios que pudiesen contribuir á paralizar los movimientos ofensivos de las armas españolas, habian hecho tambien proposiciones pacíficas al gobernador presidente de Chile el brigadier Osorio, y en la madrugada del 19 de marzo llegó al cuartel general de Cotagaita un oficial con pliegos para el general en jefe, en los que le participaba Osorio la contestacion negativa que habia dado á dichas proposiciones, y le anunciaba que con las tropas de su mando se pondria pronto en marcha para Mendoza,

adonde podria dirigirle su respuesta, le decia. No era fácil comprender el verdadero significado de esta indicacion, situado en Cotagaita el general Pezuela, absolutamente desprovisto de recursos y medios suficientes para tomar la ofensiva con esperanza de buen éxito. La via, pues, de comuncacion mas directa con Mendoza era la de Arica á Chile, que el oficial portador de los pliegos de Osorio habia traido. Mas el pensamiento de Osorio, en cuanto al movimiento de que trataba, se confirmaba en cierto modo por la declaracion de uno de nuestros soldados fugado del campo enemigo por este tiempo, el cual aseguraba que era voz muy valida entre los indepeudientes el que el gobernador de Mendoza San Martin habia sido derrotado por las tropas reales de Chile. Esta especie de todo punto falsa, como resultó, si no era un medio mas excogitado para inspirar descuido en nuestros jefes, podia sacar su orígen del verdadero é importantísimo triunfo, obtenido por Osorio en Rancahua en fines del año anterior.

Era tambien en extremo notable que el soldado, de quien se acaba de hacer mencion, condujese una carta de los jefes de los batallones enemigos números 2 y 9 para el comandante de nuestra vanguardia, asegurándole que, si se les aproximaba, se le pasarian con sus cuerpos, y al efecto incluian un plan de señales para reconocerse. Mas el general en jefe, con presencia de esta noticia, no solo reforzó á Olañeta con 200 hombres y dos brigadas de artillería, sino que tomó disposiciones para mover todo el ejército y salir al encuentro de los enemigos, si avanzaban, pues era notorio que reinaba entre ellos grande descontento y experimentaban considerable desercion. Pero mientras se comunicaron las referidas disposiciones y se preparaba su ejecucion, cayeron bruscamente los indios del partido de Cinti sobre la columna acantonada en Palcagrande, la que consiguió rechazar y derrotar á los agresores causándoles mucho estrago. Averiguóse fácilmente que los indios obraban en virtud de combinaciones y órdenes del general Rondeau, cuyo plan aparecia ser que en todos los puntos sublevados se acometiese á las tropas del rey simultáneamente, si era posible, disposicion que bien ejecutada favoreceria mucho sus movimientos, y que impuso mayor circunspeccion y conveniente detenimiento á nuestros jefes. Esto pasaba del lado del Sur al mismo tiempo que por el Norte la fortuna se mostraba protectora de los esfuerzos españoles.

Contando el virey con que el general Ramirez, en algunos dias de descanso en Arequipa, podria habilitar su tropa de calzado y vestuario para emprender de nuevo su marcha contra el Cuzco, previno

en 3 de enero al coronel Gonzalez que por la ruta de Huamanga avanzase hasta Andahuailas y mas adelante si podia, operacion bien entendida y que habia de causar una útil diversion al enemigo. Con este fin, y para desembarazar á Gonzalez de los cuidados del mando político, nombró el virey gobernador intendente de Huamarga y segundo comandante general al coronel D. Narciso Basagoitia, remitiendo tambien algunos destacamentos para reforzar á Gonzalez y 200 fusiles para armar una corta guarnicion en Huamanga. Este movimiento no pudo ser emprendido tan pronto como se queria, porque los refuerzos remitidos al efecto sufrieron atraso en su marcha, y por haber cargado considerable número de insurrectos por los caminos de Cangallo y del Cuzco envalentonados con haber destruido la descubierta de la Atalaya por la imperdonable imprudencia con que, por sobrade arrojo, traspasó sus instruciones el subteniente que la mandaba, de cuyas resultas los enemigos hacian molestas correrías en el partido de Tayacaja, y Gonzalez desconfiaba, mas que del poco número de su gente, de la falta de instruccion y de disciplina de los milicianos de Huanta aunque muy fieles.

Esperando el virey que los auxilios remitidos al valiente Gonzalez lo pusiesen en estado de tomar la ofensiva, como le habia prevenido, recibió una comunicacion del general Ramirez de 12 de enero manifestándole que su detencion en Arequipa no la ocasionaban ya ni el descanso del soldado ni la reposicion de las prendas que necesitaba, sino el recelo que inspiraban la creciente insurreccion del inmediato partido de Chuquibamba y la reunion de mas de 10,000 facciosos en Sicuani, juntamente con los cuidados que reclamaba la interesante conservacion de Arequipa, única via por donde se mantenia alguna comunicacion con el general Pezuela. El virey no pudo disimular el disgusto que le causaba la demora de la division Ramirez en Arequipa, no obstante las respetables causales que la motivaban, porque la insurreccion volvia á extenderse á punto que un grueso trozo de facciosos se acercó amenazando al Desaguadero; si bien el comandante Barra con 118 hombres montados salió en su busca, los alcanzó en las orillas del Mauri y los derrotó seguidamente. En este estado estalló en Tinta una contra-revolucion que, aunque desgraciada para los leales vencidos por los enemigos, aumentó las atenciones de estos y les obligó á concentrarse dejando asi en mayor sosiego á Puno, el Desaguadero y la Paz. En fin el ánimo agitado del virey recibió algun consuelo con un oficio de Ramirez de 25 de enero en el que le participaba su inmediato movimiento sobre el partido de Lampa, dejando de goberna-

dor de la provincia de Arequipa al brigadier D. Pio Tristan, con la noticia oficial de Gonzalez de 4 de febrero del triunfo que habia obtenido en Matará.

En efecto luego que se incorporó en Huamanga la tropa que habia salido de Ica con el comandante Alvarado, dispuso Gonzalez salir contra los enemigos de Tambo, pero dejando guarnecida la capital de Huamanga. A principios de febrero nuestro bravo comandante empeñó una accion contra gran número de indios alentados con la proteccion de 350 fusileros cuzqueños y huamanguinos y confiados en la aspereza de la altura llamada del Inca de la que estaban posesionados. El choque fué obstinadamente sostenido por espacio de hora y media que, acometiendo denodadamente los soldados de Talavera, quedó el campo por los realistas con toda la artillería enemiga, 90 fusiles y algunas municiones, despues de causar á los insurrectos bastante pérdida de gente y de poner el resto en dispersion. Este suceso fué oportunamente feliz, pues en la misma noche del dia en que Gonzalez dejó á Huamanga, grandes trozos de indios alzados acometieron la ciudad por los puntos de Belen, Santa Clara, Santa Teresa y Carmenga, los cuales, aunque bizarramente repelidos hasta las alturas inmediatas, cortaron las fuentes y la comunicacion con la villa de Huanta; por manera que á no haber sido afortunado Gonzalez en Matará y cuesta del Inca la ciudad de Huamanga habria cuando menos experimentado los horrores de un sitio. No solo ofreció esta ventaja el triunfo de Matará, sino que produjo en varios pueblos el mas saludable desengaño, tratando algunos de presentarse en solicitud de gracia; pero los rebeldes mas obstinados de Chiara lo impidieron entregando presos á sus caudillos á los mas pronunciados en favor de la causa de España. Esta conducta movió á Gonzalez irritado á marchar con 240 hombres y un cañon de montaña contra Chiara, que halló abandonado y redujo á cenizas: persiguió á los facciosos luego, dice el virey, «por mas de »siete leguas desalojándolos de los tres puntos Ricamachay, Atuntócto »y Atunhúara con pérdida de cerca de 300 hombres, entre muertos y »heridos de los 4,000 que formaban este grupo; con lo que los rebel»des de aquel lado quedaban atemorizados y la causa del rey haciendo mayores progresos (1).»

Entretanto el general Ramirez, descansada, repuesta y equipada su division, habia marchado de Arequipa á Lampa sin enemigos que le disputáran el paso, ni esperimentar otras incomodidades que las

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

propias de la estacion, y habia continuado su movimiento en busca de los insurrectos del Cuzco, que capitaneados por Pomacahua y Angulo, el primero titulado ya capitan general *Inca*, marqués del Perú, y el segundo teniente general conde de la Estrella, lo esperaban en los altozanos de Humachiri y Santa Rosa. Su fuerza se componia de mas de 500 fusileros, 37 piezas de artillería y muchos miles de indios á pie y á caballo; pero Ramirez, que conocia aquella guerra, que no ignoraba el poco respeto que aun merecia entonces la superioridad numérica y que sabia apreciar la calidad de los pocos soldados que mandaba, continuó con laudable firmeza en la ejecucion del plan que se habia propuesto. En la mañana del 11 de marzo se avistaron los contendientes en las márgenes del rio Humachiri, que corre por allí del oeste al este, las tropas de Ramirez alejaron pronto un grueso de caballería que ostentaba defender el vado, y pasaron al lado del norte que ocupaban los contrarios, dispersando á poca costa algunas partidas que se hallaban situadas en las inmediaciones del pueblo de Humachiri, que da nombre al mencionado rio y que se lo dió tambien á la famosa jornada de este dia. Flanqueado un altozano que ocultaba la marcha de los realistas, descubrieron estos la llanura que atraviesa el rio Llálli desde el pueblo de Gúpi hasta la confluencia del rio Ayaviri, donde entra en el llano de Santa Rosa de mayor extension y cercado de cerros, en los cuales los enemigos se hallaban situados en gran número y con bastante inteligencia.

Para observar sus movimientos ocupó Ramirez otra altura á la derecha del rio Llálli, y dió conveniente colocacion á la artillería. Los enemigos en un número asombroso, que se computó en mas de 20,000 se aproximaban por la derecha á tiempo que tres grandes cuerpos de gente á caballo indicaba acometer, y así fué que vadeado aquel rio cargaron por la izquierda la guerrilla que les hacia frente. «Apenas se »reforzó esta, *continúa el virey*, cuando otro trozo se dirigia por el »costado derecho, al cual se destacó con celeridad la compañía de gra»naderos del primer regimiento, cuyo valor y firmeza por el tiempo »de la accion puso un dique á la atrevida empresa del enemigo, des»truyendo la idea de batir entre dos fuegos el campo de Ramirez. Otro »grupo de cerca de 1,000 hombres de todas armas, por el pueblo de »Humachiri que quedaba á la espalda, se encaminó, en conformidad »de su combinado plan de ataque, por retaguardia del mismo morro; »pero estrellándose en las guerrillas que guardaban el campo por la »valentísima defensa en que trabajaron hasta las mugeres de los sol»dados, se frustró el proyecto con la mayor ignominia de los empren-

»dedores. Vencidos otros obstáculos, la columna pasó á ocupar las »márgenes del Llalli á pesar del vivo fuego que se oponia á su trán»sito. Las dos piezas mandadas apostar por Ramirez hicieron claros su»ficientes para vadear el rio, cuyo caudal de agua, que llegaba al »pecho, arrebató y ahogó á muchos valientes defensores de la causa »del rey y del honor de su patria; mas ni este triste espectáculo, ni »la fatiga ni el riesgo arredraron sus pasos, cobrando en cada uno »mucho aliento para acometer á la muchedumbre que tenian á la »vista.»

«El enemigo en extendida batalla y á marcha redoblada venia á »caer en el punto preciso, en que con rápido paso desfilaba la tropa »de Ramirez para volver á su antigua posicion, y recibiendo con de»nuedo el ímpetu de la carga sostuvo el fuego por un cuarto de hora, »que únicamente pudieron resistir en defensa del puesto elegido; hu»yen para buscar la seguridad en las sierras; pero á pesar del órden »con que lo ejecutaban empezaron á perder algunas de sus piezas, á »que se siguió luego el desórden: desparramados de esta manera por »el campo eran castigados por las guerrillas. La columna marchó há»cia las sierras donde, por la mayor reunion del enemigo, era proba»ble quisiese hacer la última resistencia, pues ya habia colocado en »ellas algunas de las piezas que le quedaban, y desde cuyo punto ha»cian un vivo fuego á las guerrillas avanzadas de la izquierda con el »fin de proteger la reunion de un considerable trozo batido y disper»sado por las propias guerrillas. En este preciso momento las refor»zó el general con la primera compañía de fusileros é hizo subir el »resto á las alturas, quedándose con 100 hombres para atender á los »diversos puntos por donde se hallaban esparcidos. Lo inesperado del »acometimiento sorprendio al enemigo, y su asombro le hizo abando»nar la ventajosa posicion que ocupaba; pero todavia necesitaba otro »golpe mas sensible para acabar de destruirle, y este fué á la espal»da del mismo cerro hasta donde le perseguian las tropas del rey. Al »observar entonces los rebeldes el empeño del corto número que les »seguia volvieron á rehacerse para cargar con despecho sobre el nú»mero de soldados que la fatiga, el cansancio y la sed habia reduci»do á muy corto, y una partida crecida de caballos se encaminaba á »cortarlos. Advertido de este movimiento el general, fué preciso que »él mismo se moviese con el piquete con que se habia quedado. En »esta disposicion se empeña acaloradamente el combate, cuyo resul»tado fué completar la victoria poniendo en desconcertada y violenta »fuga á los rebeldes por los fragosos altos de Macári y Cordillera de

»Santa Rosa. La noche que sobrevino luego á esta tropa distante de su »campo mas de tres leguas de camino, y este cubierto de gruesos pe»lotones de enemigos, obligó al general á replegarse á la mayor in»mediacion de él, hallándose muchos de nuestros bravos soldados des»abrigados. Asi pasaron la noche al descubierto hasta llegar el dia, »que emplearon en recoger 37 piezas de artillería con otras armas, »municiones y pertrechos de que el campo estaba sembrado, como »tambien de cadáveres.» (1).

Con muchísima razon exclama el mismo virey que se compare esta accion con las antiguas y modernas que han dirigido los mas hábiles generales: que se examinen sus circunstancias y los gloriosos resultados de unas y otras, y se verá que por la desigualdad en el número de los combatientes, por los obstáculos que los leales tuvieron que vencer, y por la calidad de unos y otros contendientes, casi todos parientes y relacionados por particulares intereses, la victoria de Yalli y mejor dicho de Humachiri, porque este fué el nombre que le dió el vencedor, es un fenomeno extraordinario, un prodigioso presente con que la fortuna quiso señalar la acendrada lealtad y fidelidad de nuestros soldados cuzqueños. «No son menos portentosos sus efectos, *aña»de*, pues comunicándose como la luz del relámpago las noticias del »triunfo, los pueblos, libres del freno que les habia puesto el terror, »se empeñan en la persecucion y aprehension de sus opresores: pre»sentan aquellos algunos de los principales rebeldes al general y con»tinuando su marcha, despues de dejar hechos algunos escarmientos, »se prepara en el Cuzco igual ó semejante ejemplar al del pueblo de »Sicuani. Una parte de aquel oprimido vecindario concibe el proyecto »de recobrar su libertad en el acto mismo en que los tiranos publica»ban sus providencias para resistir la entrada de las tropas en aque»lla capital: la muchedumbre carga sobre los intrusos mandones, los »persigue, los ata y cargados de cordeles y de humillaciones, los po»nen ante el general D. Juan Ramirez, que ocupó el 25 de marzo la »ciudad entre las aclamaciones y aplausos de los fieles.»

«Reparar el desórden y los daños que en el gobierno habia ocasio»nado la revolucion del Cuzco, en los cerca de ocho meses de su cauti»verio, demandaba tiempo y tiempo considerable, si se atiende al ab»soluto trastorno que padecieron todos los ramos; mas Ramirez lo re»dujo á poco mas de dos meses, despues de haber surtido de las »prendas mas necesarias al soldado para emprender nueva marcha al

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

«ejército de operaciones, situado por entonces en Challapata con la ex»pectativa de recibir este y los auxilios de Chile, que empezaron á »desembarcar en Arica á mediados de abril del propio año. Solo faltó »por complemento de esta accion que los premios hubiesen correspon»dido al mérito, ó á mis deseos; pero no permitiéndolo las estreche»ces del erario, el gobierno hizo cuanto pudo para que no quedase »absolutamente olvidado, y entre los arbitrios discurridos fué el de la »reparticion de tierras, el que pareció mas grato á oficiales y sol»dados, segun el órden de sus grados.» (1)

En efecto, recibida en el Cuzco la noticia de la insigne victoria de Humachiri, y cuando los jefes de los insurrectos se preparaban todavia á la resistencia, el espíritu realista ó español cobró aliento y el 18 de marzo estalló una decidida contrarevolucion, de cuyas resultas fueron presos los cabezas Angulo, Bejar, Becerra y Rosél; se restableció el gobierno legítimo y la ciudad dió inmediatamente cuenta de este suceso al general victorioso, en marcha ya para dicha capital. Como despues de aquella gloriosa jornada los indios de Ayaviri apresasen al fugitivo cacique y brigadier por S. M. Pomacahua y lo entregasen al general, éste lo hizo pasar por las armas en Sicuani, y remitió su cabeza al Cuzco en respuesta del mensage recibido. El 25 del mismo mes entró el general Ramirez en la capital del Cuzco, acompañado de su valerosa division cubierta de laureles, y cuatro dias despues, el 29, fueron castigados como merecian todos los referidos caudillos. Parecia de todo punto justo que, ademas de la vindicta pública que reclamaba el pronto y ejemplar castigo de los crímenes que habian cometido esos malvados, recibiesen esa satisfaccion expiatoria los manes de los ilustres general Picoaga é intendente Moscoso. Estos dos distinguidos españoles americanos que, como se ha dicho, tuvieron la desgracia de caer en poder de los enemigos despues de la derrota de la Pacheta, y fueron conducidos presos al Cuzco, asi que los revolucionarios se convencieron de que no les era posible obtener de su heróica fidelidad, ni con balagos, ni con ruegos, ni con amenazas, que aceptaran los grandes partidos que les proponian, los mandaron bárbaramente ejecutar con escándalo general y con notorio sentimiento de muchos de los sublevados.

En el tiempo que el general Ramirez permaneció en el Cuzco, no solo se ocupó del arreglo del gobierno político y militar de la provincia y de exigir de los pueblos nuevo juramento de fidelidad al rey,

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

sino de los aprestos concernientes al regreso de su division al ejército de operaciones. El entendido virey espidió tambien, con tanta oportunidad como política, un indulto á nombre del monarca á todos los alzados que se presentasen á las respectivas autoridades, los cuales en gruesos pelotones infestaban los caminos y obstruian las comunicaciones. Al mismo tiempo el coronel D. Vicente Gonzalez adelantaba en la pacificacion de los partidos de Andahuailas y Abancay, auxiliado de los vecinos honrados, y el coronel de milicias D. Francisco de Paula Gonzalez, electo gobernador intendente de Puno, conseguia igual resultado en el de Chumbivilcas. Escarmentados, pues, los indios alzados con las pérdidas que habian experimentado y las últimas derrotas que sufrieron en el cerro de Sansau y en los altos de Tocto y de Livitaca, se presentaban tantos acogiéndose al indulto concedido que, segun decia al virey el citado D. Francisco de Paula Gonzalez, la total pacificacion de la insurreccion del Cuzco era ya obra de poco tiempo.

El nombramiento de Gonzalez para servir el gobierno intendencia de la provincia de Puno reconocia un sensible orígen que es preciso no omitir. Despues de la derrota de los facciosos del Cuzco y Puno en los altos de la Paz y en las orillas del Mauri, era opinion muy valida que los dispersos habian llevado muchas armas á los pueblos, las cuales por providencia general se habian mandado recoger. El jefe superior que gobernaba en Puno no habia procedido en la ejecucion de esa órden con aquel pulso y prudente consejo que la medida y las circunstancias reclamaban, y la injustificable conducta de los comisionados al efecto exasperó la paciencia de los vecinos del pueblo de Capachica, en el partido de Huancané, de cuyas resultas fueron alli sacrificados mas de 20 hombres leales. Como el descontento no se circunscribia al pueblo solo de Capachica, alcanzó la convulsion á la misma capital de Puno, cuyos vecinos armados contra el intendente por las faltas que le atribuian, lo redujeron á la triste necesidad de abandonar su puesto dejando entregada la poblacion á la suerte y los desórdenes de la anarquía, como exponia el ayuntamiento al virey con fecha 23 de marzo. Tal fué el motivo que produjo la eleccion de Gonzalez para el mando de la provincia de Puno, de la que mas adelante se felicitaba el mismo virey.

Mientras el general Ramirez abria la comunicacion del Cuzco con el coronel D. Vicente Gonzalez que entendia en la pacificacion del partido de Cangallo, ó sea Vilcashuaman, con tan empeñosa actividad como constante obstinacion rebelde manifestaban sus bravos naturales; y mientras el nuevo jefe superior de Puno restablecia la tranqui-

lidad en los partidos del Collao á consecuencia de los mas exquisitos é incesantes esfuerzos, el cuartel general de Pezuela permanecia en Santiago de Cotagaita, donde el 3 de abril se recibió contestacion del general Rondeau á las comunicaciones que habia conducido su mayor general Rodriguez, como queda referido. En ella decia el caudillo enemigo únicamente no tener reparo por su parte en tratar de cange de prisioneros, y en una posdata que el mismo Rodriguez escribia de su puño, se hacian indicaciones sobre la conveniencia de un acomodamiento pacífico, á fin de poner término á una guerra fratricida, pero sin adelantar base alguna al intento. Sin embargo, el general en jefe autorizó al comandante de la vanguardia para tratar con los enemigos de los preliminares de un convenio de paz, y aun se llegó á confiar en un resultado favorable, porque del periódico de Buenos-Aires, *El Independiente* del 7 de marzo anterior, aparecia que la guarnicion de Montevideo se habia retirado á la capital, y se renovaban los rumores de una espedicion peninsular con destino al rio de la Plata al mando del acreditado D. Pablo Morillo.

Ya por este tiempo, y en conformidad del plan dispuesto por los enemigos para un ataque general, el cabecilla Padilla se habia acercado á la capital de Charcas con su faccion, y Zárate y Navarro á Potosí con las suyas; mas alcanzado el primero en la Laguna fué derrotado por una columna de 600 hombres de la guarnicion de Chuquisaca, y los otros dos sufrieron igual suerte en Tabaconuño, á dos léguas de la villa de Potosí, por su corta guarnicion y el vecindario fiel armado. Con estos reveses y con el temor de nuevas tropas que inmediatamente se remitieron de Santiago de Cotagaita, los alzados se alejaron refugiándose á sus conocidas breñas.

En consecuencia de la prevencion arriba indicada del general Pezuela, el coronel Olañeta, comandante de la vanguardia, despachó un oficial parlamentario al general disidente Rondeau, comunicándole oficialmente hallarse autorizado en forma para tratar de la composicion amistosa propuesta por su mayor general Rodriguez. El caudillo enemigo contestó no tener antecedente alguno de la *composicion amistosa* de que Olañeta le hablaba, y en su correspondencia con el general Pezuela solo habia tratado del cange de prisioneros. El desengaño del caudillo español debió de ser cruel, viendo desvanecidas las esperanzas que hubiese concebido de un acomodamiento pacífico, fundándose en las promesas y falsas lágrimas del mayor general Rodriguez, creido sin duda alguna con sobra de buenos deseos. Mas si de la posdata escrita por Rodriguez al general Pezuela en la carta de Rondeau no re-

sultase estar este enterado de las oficiosas promesas de su mayor general, todavia no era creible que ignorase el artificioso medio de que dicho jefe se habia valido para conseguir la libertad y presentarse en su ejército. Como quiera es un hecho que este pérfido, que con exquisita hipocresía habia conseguido abusar de la nobleza de Pezuela, mientras la vanguardia descansaba en la suspension de hostilidades que el general en jefe habia ordenado por ocho dias, término señalado para que Rondeau contestára definitivamente sobre las bases preliminares de un acomodamiento, vino personalmente á atacar con un batallon y bastante caballería, á nuestro escuadron de Cazadores avanzado en las rancherías del puesto del Marqués, y logrando sorprenderlo el 17 de abril, le derrotó completamente, pudiendo apenas salvarse 40 soldados con su comandante Vigil y algunos oficiales haciendo prodigios de valor. Seguidamente Rondeau se movió con todo su ejército sobre el frente de la vanguardia situada en Yavi.

El coronel D. Pedro Antonio Olañeta, que la mandaba, comunicó esta novedad al general Pezuela, participándole al mismo tiempo que se ponia en retirada por la superioridad del enemigo, cuya fuerza escedia de 4,000 hombres, segun computo del oficial parlamentario que habia regresado. En virtud de este aviso, el general en jefe convocó inmediatamente una junta de guerra para acordar con su dictámen lo que pareciera mas útil y adecuado á las circunstancias. Considerando la junta lo reducido de la fuerza del ejército, que se hallaba este avanzado en un pais conmovido, rodeado de cabecillas que acaudillaban grandes grupos de indios sublevados, y no estimando prudente aventurar una batalla, cuya posible pérdida arrastraria la total del Perú, la junta fué de unánime sentir que el ejército se retirase á Oruro para reunir mayores fuerzas y volver sobre el enemigo con mayores probabilidades de buen éxito.

Adoptado este parecer por el general en jefe, el ejército decampó de Santiago de Cotagaita el 21 de abril, siguió por el camino real hasta la posta de Quirbe, desde donde tomó el llamado del despoblado por Tolapampa, la cordillera nevada del Fraile, Opoco y Huari, y el 9 de mayo quedó establecido el cuartel general en Challapata. Desde Quirbe hizo el general Pezuela marchar alguna tropa por Potosí, con el fin de retirar la guarnicion de esta villa y proteger á los vecinos que quisiesen seguir la suerte del ejército, que fueron muchos, y extraer al propio tiempo las máquinas de la casa de la moneda para impedir la acuñacion á los enemigos: en conformidad de lo dispuesto se efectuó la evacuacion de Potos con el mayor sosiego y órden, retirán

do tambien los caudales públicos. La ciudad de Chuquisaca fué igualmente abandonada, aunque tan precipitadamente, que ni se extrageron los caudales del Estado, porque las órdenes relativas á su evacuacion no llegaron con prontitud á causa del mal estado ya de los caminos casi todos interceptados; sin embargo, su guarnicion y la de Chayanta se incorporaron en el cuartel general. En retirada el ejército real para Challapata, recibió Pezuela aviso oficial de que 400 hombres del acreditado regimiento de Talavera con algunos chilenos mas habian desembarcado en Arica á las órdenes del coronel D. Rafael Maroto, procedentes del reino de Chile á consecuencia de las repetidas prevenciones del virey de Lima, los cuales en breve se pondrian en marcha para Oruro.

Apenas nuestras tropas evacuaron la villa de Potosí el 26 de abril, entró en ella el cabecilla Zárate con mas de 4,000 indios, apoderóse de la autoridad con despojo del gobernador nombrado por el ayuntamiento y entregó luego la poblacion al saqueo y á los desordenes consiguientes á semejante licencia. Pocos dias despues llegaron las tropas de Rondeau á la citada villa, y el famoso mayor general Rodriguez partió en seguida con alguna fuerza á encargarse del mando de Chuquisaca. Noticioso aqui de que las familias españolas habian ocultado parte de sus fortunas en los conventos de monjas pasó personalmente á verificar en ellos un escrupuloso registro, del que fué fama, supo sacar inmenso provecho. Divulgóse tambien que habia publicado un bando declarando á Chuquisaca capital de las provincias unidas del rio de la Plata y director supremo del Estado al general Rondeau: á todo daba lugar la terrible division que aun no ha cesado de trabajar á aquellos independientes. A Chuquisaca acudieron igualmente con prontitud el caudillo Padilla con otros varios de menor cuenta y el gobernador intruso de Cochabamba Arenales.

Este activo renegado español europeo apresto en breves dias sobre 350 infantes, 500 caballos mal equipados y armados y un grupo considerable de indios, con cuya fuerza cayó de improviso sobre la capital de Cochabamba, la circunvaló é intimó la rendicion al gobernador intendente el coronel Goiburu. Cediendo este gefe á las amenazas repetidas de Arenales, y mas intimidado todavia por las falsas noticias artificiosamente divulgadas de que el ejército real habia sido disuelto con muerte del general Ramirez; que el general Pezuela habia podido fugarse á Arica con solos 200 hombres, y que Pomacahua habia entrado triunfante en la Paz con un poderoso ejército de 4,000 fusileros y mas de 30,000 indios; careciendo en fin de comunicaciones de Oruro y de

los demas puntos hacia un mes, porque los indios alzados tenian obstruidos todos los caminos, celebró dicho Goiburu una junta de guerra y se prestó con su acuerdo á evacuar la villa dejando á Arenales las armas de la guarnicion y cinco piezas de artillería con sus correspondientes municiones.

Asi que aquella leal tropa entendió los términos de la estipulacion y se apercibió de la entrega de las armas que debia de hacer, subió de punto su noble indignacion y unánime prorrumpió en tremendos gritos de *antes morir que entregar las armas*. Ciertamente no habrá español amante de la gloria de su patria que deje de lamentar el que tan honrados y leales sentimientos se hayan tal vez borrado del todo del corazon de aquellos indígenas. ¡Cuán útil hubiera sido y cuán importante nos parece aun, el detenido exámen de la conducta de algunos empleados y del espíritu de las disposiciones del gobierno supremo para acertar á deducir la política mas conveniente á la administracion de tan remotos y especiales paises! Entusiasmado el comandante Velasco y algunos oficiales con la heróica resolucion de la tropa, determinó dirigir la retirada extrayendo cuanto pudiera de Cochabamba, ademas de ofrecer proteccion á las personas que no quisieran exponerse á las vejaciones de los revoltosos. Puesto en ejecucion con el mayor órden este atrevido pensamiento tomaron nuestros valientes el camino de Paria sin que los enemigos osaran oponerse á tamaña resolucion, y sobre la marcha recibieron el inexplicable consuelo de abrazarse con 300 hombres que el general en jefe remitia desde Challapata en su socorro. La tropa procedente de Cochabamba y un escuadron del ejército recibieron órden de permanecer en Paria hasta nuevo aviso, y el batallon del centro pasó á Sorasora en observacion del partido revolucionario de Chayanta y de las operaciones del enemigo por el lado de Cochacamba.

Al norte del Desaguadero el semblante de las cosas públicas iba tomando un aspecto mas lisonjero. El nuevo gobernador de Puno D. Francisco de Paula Gonzalez con la tropa auxiliar de Arequipa batió á los insurrectos en las alturas de Paucarcolla y luego en el cerro de Yasaca, dejando en el campo 250 cadáveres y haciendo 180 prisioneros. Derrotado el cabecilla Mestrio Monroy, abandonado de su gente que se dispersó del todo, y perseguido de cerca por los nuestros se suicidó de un pistoletazo; pero fueron cogidos y ejecutados sus compañeros Carreri y Carrion. No por esto desistieron de su temerario propósito aquellos alucinados indios, pues tardaron poco en reunirse hasta el número de 3,000 en el pueblo de Azángaro. Aqui los atacó Paula Gonzalez el 7 de junio y los derrotó con muerte de 150, cogiéndoles

muchas armas y crecido número de prisioneros. Volvieron á reunirse los tenaces indios en el pueblo de Asillo, no muy distante del de Azángaro, donde tenian construida una especie de fortaleza de triple recinto, y en ella se aventuraron á esperar, no obstante el castigo impuesto á los prisioneros de Azángaro, que fueron quintados sobre el lugar del combate y pasados por las armas aquellos á quienes señaló la suerte con el número fatal. El intendente Gonzalez atacó con decision la dicha fortaleza el 9 de junio, desalojó de ella á los enemigos, y los persiguió sin descanso hasta lo mas elevado de una montaña inmediata á donde se refugiaron. En esta posicion lucharon los insurrectos con tan obstinado empeño, que fué preciso á los realistas acometerlos á la bayoneta y acabar con ellos: 1,500 hombres fué su pérdida total en ambas acciones, contando de nuestra parte seis muertos y todos los demas heridos ó contusos, la mayor paate de golpe de piedra. Despues de estas señaladas ventajas no le faltaba mas al activo gobernador de Puno que destruir al presbítero Muñecas, cura del sagrario del Cuzco, quien todavia se ocupaba de conmover los pueblos por el lado de Huancané, para que toda la provinciade su mando quedase completamente sosegada.

El 6 de junio entró en el Cuzco la acreditada division del coronel D. Vicente Gonzalez, aunque muy disminuida por la desercion de muchos milicianos de Huanta. Su objeto era reforzar la débil guarnicion del Cuzco y asegurar la sumision de esta provincia, despues de la salida de la division Ramirez para el ejército. Este general decia al virey en 14 del mismo junio desde Sicuani, que solo embarazaban su marcha la desercion que experimentaba y la escasez de bagajes para hacerla con la presteza que deseaba. Sin embargo, no dejaban de notarse algunos síntomas de descontento que promovian los ánimos inquietos y díscolos, y en su virtud estalló un nuevo alboroto antes de concluir el mes en el pueblo de Ocongate, distante 20 leguas del Cuzco, en el que fueron sacrificados seis honrados vecinos sin otro delito que su adhesion á la causa española. Marchó á reprimir este desorden el coronel Gonzalez con 100 hombres de Talavera, halló alguna resistencia en Marcapata donde derrotó á los insurrectos el 26, de cuyas resultas los mismos indios se apoderaron de los principales instigadores y los entregaron á Gonzalez, con cuyo ejemplar castigo se restableció del todo la tranquilidad en la provincia del Cuzco. Por este lado apenas molestaba al virey otra cosa que el mal ejemplo que ofrecian las desavenencias suscitadas entre el presidente interino del Cuzco y el valiente coronel Gonzalez; tal vez reunian ambos algunos defectos con

excelentes prendas, y como no habia jefes de superior graduacion entonces con quienes relevarlos, recurrió el entendido virey al arbitrio de emplear amonestaciones y consejos enérgicos que produjeron un saludable efecto.

El general Pezuela entretanto continuaba en Challapata en observacion del ejército de Buenos-Aires, cuyo cuartel general permanecia en Potosí extendiendo sus avanzadas y descubiertas hasta Llocalla: allí se ocupaban los enemigos de aumentar su fuerza con reclutas y de darle á estos y á las facciones la posible instruccion y organizacion. Por dos de nuestros soldados prisioneros, fugados de las filas contrarias á las que habian sido incorporados, se supo el 11 de junio que las tropas disidentes experimentaban bastante desercion entre los naturales de las provincias de abajo. En el cuartel geneneral español se recibió por extraordinario la agradable noticia de haber desembarcado en Arica, procedente de Chile, el batallon de voluntarios de Castro, conocido tambien por *Chilotes* porque se componia de fidelísimos naturales de Chiloe, cuyo cuerpo emprenderia inmediatamente la marcha para el ejército conduciendo las 32 cargas de armas, municiones y pertrechos que el virey acababa de remitir á Arica en el pailebot Mercedes. Súpose finalmente que el general Ramirez con su division aumentada de gente y llena de gloria emprendia la vuelta al sur; y estas nuevas eran en extremo consoladoras para las tropas reales, y muy particularmente para su general en jefe que sabia bien la facilidad con que cundia la insurreccion. Dábase en efecto á la sazon ya por sublevado en masa el partido ó subdelegacion de Chayanta, uno de los primeros que tomó parte en los movimientos sediciosos de la Paz y de Chuquisaca en 1809. Semejante desgraciada disposicion era antigua en estos naturales, pues tambien fueron de los primeros en abrazar y sostener á costa de su propia sangre el famoso alzamiento de Tupac-Amarú en 1780.

Con motivo de los partes que se repetian sobre el levantamiento del partido de Chayanta, los batallones de Talavera y del Centro recibieron órden de replegarse de Sorarora á Challapata, adonde llegaron el 15 de junio en el momento que el ejército acababa de ejecutar un ejercicio de fuego, y el general en jefe conservó el órden de batalla hasta que tomaron su lugar en la línea. Al siguiente dia 16 se recibieron órdenes del virey, previniendo acertadamente al general en jefe que no aventurara el ejército á la dudosa suerte de una batalla con inferioridad de fuerzas; y el general Ramirez en marcha avisaba al propio tiempo que el 21 del mismo junio llegaria á Puno con su division fuerte de 2,000 hombres.

El general Pezuela en consecuencia convocó una junta de guerra y manifestó en ella las prevenciones superiores y las noticias oficiales que habia recibido: comparó la fuerza disponible del ejército con la que podian mover los enemigos, y añadió que en tales circunstancias no solo era conforme con los preceptos del virey, sino que estimaba muy prudente no comprometer una accion antes de que se recibieran los importantes refuerzos que estaban en marcha. Con estas fuerzas reunidas, dijo fundadamente el general, se asegura la victoria y con probabilidad la terminacion de la guerra por aquella parte, pues que los enemigos no hallarian medios ni modo de rehacerse, debiendo ser muy pronto ocupada la capital de Buenos-Aires por la expedicion española del mando del general Morillo. Este cálculo era indudablemente exacto; pero el general Pezuela ignoraba que la mala estrella de la España habia dado otro destino á aquella lucidísima expedicion, la cual ya por este tiempo se hallaba bajo la influencia del mortífero clima de las playas de Costafirme. El sentir del general en jefe, razonado y discretamente apoyado en las circunstancias fué adoptado por unanimidad en la junta de guerra, quedando acordado que en caso de adelantar los disidentes, se replegase el ejército del rey á las inmediaciones de Oruro para acercarse asi á los refuerzos que se esperaban y aumentar las probabilidades de un triunfo.

Asi las cosas, súpose el 30 de junio en el cuartel general por un confidente que el plan de los enemigos era destruir el ejército español, para darse la mano con los revolucionarios del Cuzco, que suponian aun boyantes cuando por fortuna ya no existian, y completar con su auxilio la revolucion del Perú, á fin de sostenerse en estas provincias si llegaba á sucumbir Buenos-Aires, como algunos temian: que la fuerza de Rondeau ascendia en este tiempo á poco mas de 4,000 hombres de tropa regular, mal vestidos y bastante dados á la desercion, que habia empezado á picar hasta en los dos cuerpos de negros libertos: y finalmente que todo el ejército enemigo habia avanzado á Llocalla, menos dos batallones que todavia permanecian en Potosí.

Ninguna otra novedad ocurrió hasta el 23 de julio, que llegó al cuartel general el batallon de chilotes voluntarios de Castro al mando del coronel D. José Rodriguez Ballesteros con la fuerza de 470 hombres, y el general en jefe lo reunió al de Talavera, incorporado anteriormente, formando de ambos un cuerpo de 800 plazas. Tres dias despues llegó tambien á Challapata el general Ramirez con su division, que fué recibida por el ejército con la mayor distincion. Dignos eran ciertamente de todo honor los ilustres compañeros de armas pacifica-

dores de la Paz, de Puno, de Arequipa y del Cuzco; con particularidad los individuos del primer regimiento por la acendrada fidelidad que acreditaron, asi en soportar las fatigas de tan dilatada y penosa marcha, como en la decision y heróico entusiasmo con que pelearon contra sus propios paisanos, parientes y deudos por defender los derechos de la España y de su rey. ¡Cuán sensible es que tan nobles sentimientos hayan llegado á extraviarse! Esta gloriosa expedicion para las armas españolas ocupará siempre un lugar muy distinguido en los fastos militares: salió de Santiago de Cotagaita en setiembre de 1814, y regresó al cuartel general de Challapata en 26 de julio del presente año de 1815, habiendo andado mas de 530 leguas, ganado dos señaladas victorias, castigado á los cabezas de la rebelion cuzqueña y pacificado cuatro grandes provincias en el corazon del territorio peruano.

Próxima á Challapata la division pacificadora, salió el general en jefe á su encuentro acompañado de su estado mayor: el general Ramirez se adelantó algunos pasos para saludar á su superior, que le abrazó cordialmente como toda su comitiva. Desmontó en seguida de su caballo el general Pezuela y recorrió á pie el frente de la division felicitando á cada cuerpo por su bizarro y honroso comportamiento durante la campaña, no menos que por su oportuno regreso al ejército. Hizo luego salir de las filas de cada uno un individuo de tropa por clase y los abrazó á nombre de todos en señal de la estimacion que le merecian tan leales y valientes soldados, cuya tiernísima escena acabó por repetidos vivas al rey. Continuó la marcha la division Ramirez hasta las goteras de Challapata donde la esperaba todo el ejército formado en cuadrilongo: en él entró la division expedicionaria y, formados pabellones por todos, unos y otros se abrazaron afectuosamente despues de una ausencia de 10 meses, coronada de los mas brillantes sucesos. Retirados los cuerpos á sus respectivos cuarteles, acabó este dia memorable por un espléndido banquete que el general en jefe habia mandado preparar para obsequiar al general Ramirez y á los dignos jefes y oficiales que le habian acompañado. Muchos títulos de Castilla se han concedido en España por merecimientos en la guerra: muy justamente obtuvieron Goyeneche el de conde de Guaqui, Pezuela el de marqués de Viluma, y mas posteriormente la Serna el de conde de los Andes; pero nadie que tenga conocimiento de la guerra del Perú dejará de admirar que una merced semejante no haya alcanzado al dignísimo general Ramirez.

El 8 de agosto se recibió en el cuartel general el correo de Lima

y por su correspondencia se supo con sorpresa que la expedicion de Morillo, preparada con acierto para el rio de la Plata, habia sido destinada á la pacificacion de Costa-firme: que parte de ella, cuyo número erroneamente se exageraba, tenia órden de dirigirse por el istmo de Panamá al Perú, y que, si venia á desembarcar en Arica, podia llegar á Oruro en fines de setiembre. Mas el virey sabia oficialmente que la tropa peninsular que por dicha via se le remitia no pasaba de 1,600 hombres de todas armas, cuyo trasporte de Panamá al Callao habia ajustado de ántemano en cinco buques, que ya esperaban los mas en aquel puerto, á razon de 95 pesos por plaza que suman mas de 150,000, que con no pocos disgustos tuvo que sacar del benemérito, pero apurado, cuerpo del comercio. La esperanza de tan importante auxilio era muy satisfactoria para los leales del Perú, cualquiera que fuese su fuerza, aunque el general Pezuela ya no la consideraba indispensable para tomar la ofensiva y volver á recobrar el terreno perdido, de cuyos preparativos se ocupaba. Durante las operaciones que se proponia emprender pronto, la division establecida en Paria debia cubrir á Oruro de cualquiera intentona del lado de Cochabamba.

En este estado, súpose en el cuartel general que Arenales, jefe de dicha provincia de Cochabamba, se habia adelantado al pueblo de Sacáca en el partido de Chayanta: que en la cabecera de esta subdelegacion se hallaba el caudillo Lanza con 70 fusileros y alguna indiada: que en San Pedro de Buena-vista estaba Camargo disciplinando 400 infantes; y que el tantas veces citado mayor general Rodriguez ocupaba á Mácha con 600 caballos. Con estas noticias receló fundadamente el general en jefe que el pensamiento del enemigo viniera á ser reunir aquellas fuerzas para en el caso que el ejército real se moviese sobre Potosi y Chuquisaca, atacar la interesante villa de Oruro, confluencia de las comunicaciones de la Costa y de la Paz y que contenia un abundante y surtido parque. Para asegurar mas el acierto de las determinaciones que se adoptaran en aquellas circunstancias, el general Pezuela quiso oir el parecer de los jefes de experiencia y de servicios acreditados; y una conducta semejante de parte de los comandantes en jefe nunca será bastantemente elogiada, siempre que se conserven en aptitud de usar de la prerogativa que les confiere la ordenanza de obrar luego segun lo que creyesen mas conveniente al buen desempeño del alto cargo que les está confiado, porque el conocimiento del modo de pensar de los principales instrumentos de la ejecucion de un proyecto debe servir de fanal utilísimo para un ilustrado gene-

ral en jefe. Reunió, pues, Pezuela en junta de guerra al general Ramirez, su segundo en el mando; al brigadier D. Miguel Tacon, mayor general del ejército; al brigadier D. Rafael Maroto, coronel de Talavera; al coronel D. Casimiro Valdés, comandante general de artillería y al de igual clase D. Francisco Javier de Mendizabal, que lo era de ingenieros. El general en jefe expuso en la junta con franqueza las sospechas que habia concebido sobre el proyecto de los independientes en aglomerar fuerzas por el lado de Chayanta sin resolverse á adelantar al mismo tiempo por el frente, y pidió á los jefes convocados su dictámen sobre si convendria buscar desde luego á Rondeau en la direccion de Potosí, dejando á Oruro con su guarnicion auxiliada de la corta division establecida en Paria, ó si seria preferible retardar este movimiento hasta el arribo de las tropas españolas que se esperaban de Panamá.

Discutidos con maduro detenimiento ambos extremos, la junta convino en la posibilidad de que fuese Oruro atacada con ventaja, asi que el ejército se alejase en la direccion de Potosi: que no conceptuando en tal caso asegurada la defensa de la villa por la inferioridad de nuestra fuerza, su pérdida vendria á ser inevitable: que apoderados Rodriguez ó Arenales del considerable parque de armamento y municiones que encerraba Oruro, aumentarian extraordinariamente su fuerza con el prestigio del triunfo, invadirian con facilidad la Paz y el Desaguadero, donde tambien habia depósito de armas y municiones, podrian encender otra vez el recien apagado incendio revolucionario de Puno, Arequipa y el Cuzco; y cuando menos interceptarian las comunicaciones y obstruirian los recursos pecuniarios que recibia el ejército de las provincias situadas al norte del Desaguadero, poniendo á las tropas reales en la dura necesidad de retroceder, aun cuando se hubiesen posesionado de Potosí, bien por haber logrado batir á Rondeau, bien por haberse retirado este sin esperarlas: que el diferir las operaciones ofensivas por un mes ó mas no ofrecia inconveniente alguno irreparable, mientras eran incontestables los funestos resultados que produciria la pérdida de Oruro: y finalmente que, apoyada en la solidez de las razones expuestas, la junta opinaba que se debian esperar las tropas anunciadas, con cuyo refuerzo podria el ejército maniobrar desembarazadamente contra Arenales y contra Rondeau. Conformóse el general en jefe con este dictámen, no obstante de que no eran oficiales las noticias recibidas sobre las tropas procedentes de Panamá, cuyo número se exageraba mucho, y que desde aquel puerto hasta el de Arica, aun en el caso de que se las señalase esta direc-

cion, quedaban sujetas á las contingencias inseparables de una larga navegacion. Las demas consideraciones que la junta tomó en cuenta eran en extremo atendibles y exigian del general que meditase con su presencia, como lo hizo, la resolucion que hubiese de adoptar.

La imparcialidad histórica reclama que no se pase en silencio un cargo que á primera vista resulta contra la reserva del virey. Este acreditado jefe sabia, como hemos insinuado, que no pasaban de 1600 hombres los que se destinaban á reforzar las tropas del Perú: con este dato oficial habia fletado y despachado los buques que los habian de trasportar al Perú; y el haberlos desembarcado en el Callao, como se dirá, es un comprobante de que no se les habia dado otro destino. ¿Por qué pues el virey no puso en conocimiento del general en jefe estos pormenores, aunque fuera con la cláusula de reservados? Nosotros no acertariamos á responder ajustada y satisfactoriamente; pero sí aseguramos que importaba mucho al buen servicio el que el general Pezuela estuviese instruido de la realidad de los hechos en este particular, para arreglar á ellos sus disposiciones en la situacion en que se encontraba.

El general en jefe recibió poco despues noticias mas detalladas sobre el plan de campaña de los enemigos. Su principal intento aparecia ser el de formalizar un acordonamiento desde Llocalla á Paria por Macha y Challanta para estrechar al ejército real en punto á recursos de subsistencia, acometer repentina y arrebatadamente á Oruro y realizar despues un ataque general. En esta virtud, y con el fin de amenazar á Chayanta y paralizar los movimientos de Arenales por esta parte, el general en jefe hizo salir el 1.° de setiembre para Venta y Media el batallon de partidarios que estaba en Condocondo, el de Cazadores situado en Pequereque y el segundo regimiento que se hallaba en el cuartel general. Asi se proponia tambien Pezuela ganar tiempo para dar lugar á que pudiesen incorporarse por la via de Arica las tropas que erróneamente esperaba por allí de Panamá. Como punto mas propio para cubrir á Oruro, abundante en forrages, de que ya habia grande escasez en Challapata, y proteger de mas cerca la corta division de Paria, el general Pezuela se trasladó á Sorasora con el resto del ejército. Viva era el ánsia que se notaba en todos los cantones por recibir correspondencia de Lima, cuando llegó un correo con la noticia de que habian arribado al puerto de Paita tres fragatas de las que conducian la mayor parte de los 1,600 hombres europeos que el general Morillo enviaba al Perú, de las cuales dos habian vuelto á hacerse á la vela para el Callao, quedando aun allí la tercera á

causa de los enfermos que traia. Por el mismo correo se supo que se tramaba en las inmediaciones del Cuzco un nuevo levantamiento; pero que descubierto el proyecto, apresados y castigados severamente cuatro de sus principales motores, quedaba todo sosegado.

La posicion de Sorasora ofrecia mayores ventajas para proteger la villa de Oruro y el partido de Sicasica, amenazados ambos puntos por grandes reuniones de indios alzados, y cubria al mismo tiempo á la Paz y la línea del Desaguadero, quedando el general Pezuela, como se proponia, en mejor disposicion de proporcionarse los recursos de que carecia, paralizar las tentativas del ejército enemigo y aun atacarlo con prontitud si se presentaba una ocasion favorable. Comunicado este pensamiento oficialmente al virey, le dió con fecha de 10 de octubre su entera aprobacion, asi porque sustancialmente coincidia con sus anteriores prevenciones, como porque se acercaba el tiempo de buscar á los independientes y de hacer sobre ellos los ultimos esfuerzos para vencerlos. «La razon »es obvia, *dice el virey*, porque habiéndose servido S. M. variar de »destino á la expedicion del general Morillo, del rio de la Plata á »Costafirme, cuya noticia sabida por los insurgentes les ponia en ap»titud de enviar socorros de consideracion al alto Perú, no me que»daba otro recurso que buscar en la suerte de una pronta ba»talla la seguridad de estas provincias. Me aventuraria mucho, y »en cierto modo seria una falta de decoro á la magestad si, ig»norando los motivos que decidieron la voluntad del rey á preferir »el ataque de Cartagena, opinase abierta y decididamente por el rio »de la Plata; pero en clase de opinion la mia hubiera sido siempre »esta y no aquella la parte á donde debian concurrir las fuerzas de la »Península. De toda la Costafirme solo Cartagena y la isla Margarita »se conservaban insurgentes: la primera, segun me escribió el virey »Montalvo desde Santa Marta, la tenia tan estrechada con el bloqueo »por tierra que, si tuviese un par de buques que impidieran la en»trada de víveres por mar, lo mas que podria resistir serian 60 dias: »y la segunda era una bicoca adonde se habian refugiado las últimas »reliquias de los revolucionarios de aquellas provincias, tranquilizadas »y contentas con el suave gobierno de D. Juan Manuel de Cagigal; »y por lo que correspondia al reino de Santa Fe tenia trazado mi plan, »de que luego que se tranquilizasen las provincias del rio de la Plata, »hacer navegar desde Valparaiso á Guayaquil la parte necesaria »de la fuerza que quedase disponible para dirigirse por Quito y

»Papayán, aumentando su número con la que hubiese en ambos »puntos para atacar y reducir el llamado reino de Cundinamar»ca.» (1)

Los independientes en tanto nada emprendieron de importancia, y solo se fueron aproximando á los cantones del ejército real, pero con mucha lentitud. A principios de octubre se presentó sobre Venta y Media que ocupaba la vanguardia, un trozo considerable de gente á caballo, el cual se retiró despues de un corto tiroteo con nuestros Cazadores, llevándose dos heridos, uno de ellos resultó ser un fraile mercenario que con sable en mano se esforzaba por animar á los insurrectos.

Recibióse el 6 de octubre en Sorasora el correo de Lima con correspondencia del 10 de setiembre, y resultaba de ella no haber llegado aun al Callao la tropa europea procedente de Panamá. Todas las ilusiones que mantenia la esperanza de este pronto auxilio se desvanecieron con la segura tardanza, pues acercándose la estacion de las lluvias habia casi necesidad de hacer notables alteraciones en el plan de campaña adoptado; porque una mal entendida inaccion en aquellas circunstancias podia ser de ominoso resultado para el ejército español. La naturaleza de las noticias que sucesivamente se fueron recibiendo vinieron á confirmar en el ánimo del general la conveniencia de modificar el sistema de operaciones que se habia propuesto. Súpose por un indio y con alguna sorpresa, que el general Rondeau habia llegado á Ayohuma con su ejército, y por declaracion de otro procedente de Cochabamba que Arenales estaba en Chayanta con 500 hombres de fusil de los 800 que tenia; porque los 300 con la mayor parte de la indiada reunida se habian vuelto á sus casas disgustados ya de la vida militar. Añadia tambien este indio, á quien su patron enviaba con carta para su esposa residente en Oruro, que traia el encargo verbal de decir con reserva que corria la noticia de que Salta y Jujuy se habian declarado independientes del gobierno de Buenos Aires, por lo que el ayuntamiento de Cochabamba se disponia á mandar una diputacion á esas ciudades.

El 14 de octubre llegaron de Cochabamba al cuartel general dos oficiales y un capellan pasados, quienes declararon que, habiendo acompañado al gobernador Arenales, los remitia este de nuevo á dicha ciudad á recoger la gente que violentada y descontenta se habia de-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

sertado en gran número: que en Cochabamba se habia aumentado tambien el disgusto y variedad de opiniones con la publicacion de un bando en el que se aseguraba que Napoleon reinaba otra vez en España, que Fernando VII habia huido á Inglaterra y que habia enviado aquel 4,000 fusiles á Buenos Aires, ofreciendo todo género de auxilios; y que estas novedades habian causado tanto descontento que hasta los mas decididos *patriotas* decian que ya no se defendia el partido de la independencia sino la causa de Napoleon. Dijeron igualmente los tres sugetos referidos que el ejército enemigo, cuya fuerza ascenderia á 4,500 hombres, se hallaba en Chayanta y todo su plan parecia dirigido á privar de recursos de subsistencia á las tropas reales; y que se notaba mucho disgusto, si no era temor, en la gente de Buenos Aires por las especies que corrian acerca de la division y desórden que reinaba en esta ciudad, porque habiendo entrado en ella Artigas, y tomado la direccion del Estado, mandaba el pais despóticamente é imponia castigos severos á los partidarios de la administracion anterior que eran sus enemigos. Véase de aqui como con noticias ridículas y falsas por un lado y con nuevas revoluciones por otro se iban conduciendo los pueblos mas pacíficos y sumisos del mundo á un grado de perversion casi increible si la experiencia no la acreditara.

El general en jefe se dedicaba con esmerada solicitud á prevenir y frustrar los intentos del enemigo, haciendo en todos los puntos, dependientes de su autoridad, las prevenciones que estimaba conducentes y recomendando especialmente á sus tropas la vigilancia y puntualidad en el servicio, de las que indudablemente dependia su seguridad y su gloria. Los enemigos empezaron á dejarse ver en corto número de nuestros puestos avanzados, cuando en la madrugada del 20 de octubre se recibió un parte en el cuartel general de que la vanguardia estaba atacada en Venta y Media por fuerzas considerables, lo que era tambien de suponer, porque constando esta division que mandaba el coronel Olañeta de los dos batallones de Cazadores y Partidarios con un escuadron, tropas muy conocidas por su buen crédito, era de temer que ni aun de noche las atacasen con fuerzas inferiores. El general en jefe puso inmediatamente sobre las armas las tropas que tenia á su inmediacion, avanzó hácia Venta y Media el segundo regimiento y el escuadron de San Cárlos, y él mismo se adelantó con su estado mayor en aquella direccion para averiguar personalmente lo que pasaba. Como á la legua de camino se encon-

tró un oficial que conducia tres prisioneros y dió la agradable noticia de que el enemigo habia sido derrotado; con esto continuó su marcha el general en jefe para averiguar y examinar por sí cuanto habia ocurrido.

En efecto, sobre el amanecer del mencionado 20 de octubre sorprendieron los enemigos una de nuestras avanzadas, que se componia de un capitan, el despues célebre coronel Valdés (a) *Barbarucho* y 25 cazadores, los cuales aunque hicieron alguna resistencia fueron arrollados y degollados todos, menos el capitan que debió su salvacion á hallarse bien montado. A los tiros que esta avanzada pudo disparar, tomó la vanguardia las armas y su comandante envió 40 cazadores mas á sostenerla; pero tomando por el llano dieron de improviso con un trozo de caballería que los cercó y acuchilló, matando 33 hombres é hiriendo los siete restantes, que se recogieron despues. Olañeta era hombre de valor conocido, pero imperito en el arte militar, y asi sin saber aproximadamente siquiera las fuerzas que le atacaban, mandó adelantar todo el batallon de Cazadores, el cual se vió luego en grande apuro teniendo que apelar á la formacion del cuadro para defenderse, mientras el de Partidarios y la caballería desmontada acudieron en su socorro. Entonces se trabó un fuego vivísimo y avanzando nuestras tropas con decision sobre el enemigo acabaron por ponerlo en completa dispersion, causándole la pérdida de mas de 100 hombres muertos con seis oficiales, otros tantos individuos de tropa prisioneros y tres oficiales, recogiendo en el campo muchas cartucheras y 300 fusiles. Nuestra pérdida fué de menos consideracion despues de la avanzada y de los 40 cazadores enviados ligeramente en su sostenimiento; y aun hubiera sido menor si Olañeta no hubiera imprudentemente dejado á mucha distancia la avanzada, ni enviado en su auxilio 40 hombres sin conocer la fuerza atacante, máxime habiendo visto la tarde anterior gruesas partidas enemigas que le apresaron todas las mulas y caballos de su division con los diez hombres que los custodiaban en el pasto, porque tal era el único medio que habia generalmente en aquel pais para atender á la manutencion de esos animales.

La fuerza enemiga consistia en 450 cazadores y 250 dragones, insuficiente á la verdad contra 900 hombres lo menos de nuestros mejores soldados; bien que, segun decian los prisioneros, venian en la persuasion de que se les unirian los nuestros, porque tal era la idea que habian dado de ellos algunos desertores chilenos que, pri-

sioneros en Rancagua habian sido incorporados al batallon de chilotes y se pasaron al enemigo. El ya citado mayor general Rodriguez mandó esta operacion, acompañándole en calidad de segundo Balcarcel, y por los reconocimientos que habia hecho desde los cerros inmediatos computó nuestra fuerza en 400 hombres, en cuya idea le confirmó maliciosamente la escolta de las mulas y caballos, que apresó como se ha dicho el dia anterior, asegurándole que no habia en Venta y Media mas que cuatro compañías de varios cuerpos. En este concepto se resolvió á caer á media noche sobre el expresado pueblo para atacar de sorpresa la vanguardia y tal vez hubiera logrado su intento si hubiese sabido evitar encontrarse con la avanzada, como podia por su indiscreta colocacion; pues la corta resistencia de esta, alarmando el resto de la division, dió lugar para que los cuerpos tomasen las armas y saliesen al campo.

Por los prisioneros enemigos se supo que su fuerza ascenderia á 4,500 hombres con 700 caballos entre dragones y granaderos: que era voz comun entre ellos que el general Rondeau no pensaba en atacar, pero sí esperar á las tropas del rey en los llanos de Chayanta: y que al efecto habia hecho abrir una gran zanja en el frente del campo, que tenia elegido para la batalla y construir un reducto en su flanco izquierdo. Despues de revistar el general en jefe las tropas vencedoras de la vanguardia, y de arengarlas convenientemente por *su comportamiento*, regresó á Sorasora. En el camino recibió un *pliego* del gobernador de la Paz en el que participaba que, habiendo salido el subdelegado de Sicasica con una expedicion á los valles inmediatos, habia derrotado á los cabecillas Camargo y Zárate, quienes con bastante indiada se disponian á invadir y revolucionar los Yungas. Por manera que la noticia de estos dobles sucesos causó en el ejército español tanta satisfaccion como entusiasmo.

Nada ocurrió que merezca referirse en los cantones del ejército hasta el 28 de octubre, en cuyo dia llegaron al cuartel general por extraordinario noticias de Europa venidas por Panamá á Lima en 76 dias desde Madrid. Por ellas se supo la rota definitiva que en sus últimos esfuerzos habia sufrido Napoleon en Waterloó, y lo que interesaba mas inmediatamente á los leales defensores del Perú, que se aprontaba en España una espedicion de 20,000 hombres contra Bueno-Aires, la cual se llegaba á suponer que saldria á todo tardar, en octubre. Juzgándola ya, pues, en la mar á esta fecha, fué grande el regocijo de todo el ejército fundado en las mejores espe-

ranzas de ver pronto terminada en la América del Sur la guerra cruel y desoladora que destruia los pueblos. Mas tan consolador porvenir no era mas que un sueño dorado. Por este tiempo habia llegado á Lima la cuarta division del ejército que mandaba el general Morillo, cuya expedicion hasta Costafirme y la continuacion de las operaciones del ejército del alto Perú en este año serán el asunto del siguiente capítulo.

CAPITULO VIII.

Expedicion de Morillo.—Dá vista al nuevo mundo.—Morales y sus tropas.—Conquista de la isla Margarita.—Un consejo de guerra.—Incendio del navío San Pedro.—Refuerzo enviado al Perú.—Su embarco en Panamá.—Su arribo á Paita, y al Callao.—Su recibimiento en Lima.—Un acto de insubordinacion.—El ejército del alto Perú toma la ofensiva.—Primeros encuentros con el enemigo.—Gloriosa batalla de Vilcuma.—Ocupacion de Chuquisaca y Potosí.—Expedicion al valle Grande.—Estado lisongero del alto Perú.

AÑO DE 1815.

La brillante expedicion del general D. Pablo Morillo se habia reunido en Cádiz y sus pueblos inmediatos á fines de 1814. Componíanla seis regimientos de infantería á cual mejores, el batallon de nueva creacion Cazadóres del general, algunas compañías de zapadores y de artilleros á pié, dos regimientos de caballería, húsares de Fernando VII y dragones de la Union, este tambien de nueva creacion, y un escuadron de artillería. Esta expedicion se habia formado para el rio de la Plata, y todo se hallaba preparado para su correspondiente embarco. De creer es que el gobierno de Fernando VII se haya arrepentido muchas veces de haber variado el acertado destino de esa expedicion; pero cuantas reflexiones se hicieran sobre tan conocido error vendrian á ser hoy de poco provecho.

A mediados de enero de 1815 toda la expedicion se hallaba á bordo de sus respectivos buques para dar la vela, completamente provista de cuanto podia necesitar en su navegacion hasta las playas del rio de la

Plata, y aun algunos buques llegaron á rebasar del bajo de las Puercas en la bahía de Cádiz; mas el tiempo no parecia seguro y el barómetro comenzó tan notablemente á descender, que bien pronto corrieron las señales y órdenes de volver al fondeadero y seguidamente las de amarrarse. El navío de guerra inglés el *Estandarte*, que acababa de dar la vela del mismo puerto y frisaba ya con el horizonte, viró tambien en demanda del fondeadero, pasando con maestría por en medio de tantos buques como entonces habia allí; pero no sin causar alguna alarma á bordo de la fragata trasporte *Daoiz* y *Velarde*, cuya lancha en el agua todavia por la popa fué hecha astillas por el navío. El viento fué gradualmente arreciando y no tardó en declararse en temporal que obligó á la expedicion á permanecer en el puerto hasta el siguiente mes, manteniéndose sin embargo la tropa embarcada todo este tiempo. Algunos jefes y oficiales iban entretanto frecuentemente á tierra, y allí empezaba á decirse que el destino de la expedicion no era ya al rio de la Plata sino al Oeste, pero nadie manifestaba el fundamento de este rumor.

A mediados de febrero se hizo la expedicion á la vela, y continuó con felicidad la navegacion. Rebasadas las islas Canarias, se tardó poco en ver confirmada la especie de que el destino de la expedicion era al Oeste, y esta novedad fué generalmente recibida con aplauso por la sola razon de que la navegacion era mas corta. El tiempo estaba claro y hermoso, la expedicion que navegaba reunida y no bajaba de 70 velas, presentaba á la vista el bello cuadro de una poblacion ambulante, los buques se ponian con frecuencia al habla unos de otros, los amigos, los compañeros y los conocidos se saludaban casi diariamente y á bordo de todos los barcos habia salud y buen humor.

Tampoco se descuidaba la instruccion de las obligaciones de la tropa, el manejo interior de las compañías, su necesaria y salutífera policía ni las academias de los oficiales. En la fragata *Daoiz y Velarde* iba el brigadier D. Salvador Moxó, que gozaba reputacion de táctico, y era partidario del sistema de las filas de á tres para la caballería, y durante la navegacion no cesó de ocuparse en calcular y escribir las ventajas que en su concepto ofrecia ese sistema sobre las filas de á cuatro. Se ignora si estos trabajos se han conservado.

Así ocupados los militares que componian el ejército del general Morillo, y sin el menor contratiempo en la navegacion, descubrió la expedicion á principios de abril la tierra del nuevo mundo que tantas vigilias costó al inmortal Colon, y cuya civilizacion costó tambien tan-

tas vidas y tantos esfuerzos á la España. La lozana frondosidad de la elevada tierra, que se presentó á la vista, causaba la mas grata admiracion á cuantos por primera vez la veian. La primera noche que pasó la expedicion á la vista de la Costafirme se experimentó una turbonada de las que son harto frecuentes entre trópicos, con especialidad en ciertos meses del año, y ella ocasionó la separacion involuntaria de un bergantin, el cual por desgracia no tardó en ser presa de los corsarios de la isla Margarita, á donde fué inmediatamente conducido, llevando á su bordo una compañía de zapadores y otros efectos. La expedicion avistada á su vez desde tierra, fué luego reconocida por uno de los buques que formaban la escuadrilla del valiente y afortunado D. Tomás Morales surta en puerto Santo. Este jefe manifestó tener ya noticia del rumbo de la expedicion y se hallaba alli preparando la invasion de la citada isla, guarida constante de los mas bárbaros y sanguinarios enemigos. Morales pasó inmediatamente á bordo del navío *San Pedro de Alcántara* á saludar al general Morillo, y le instruyó con facilidad de lo adelantada que llevaba la pacificacion de Venezuela y Caracas, asi como de los aprestos de que en la actualidad se ocupaba para reconquistar la isla Margarita y castigar aquellos crueles piratas, sobre cuyo plan indicó pensamientos que se estimaron terribles, aunque no eran acaso mas que el triste fruto de su propia experiencia en aquella espantosa guerra.

El general Morillo acordó con Morales el destino de sus tropas; mas exponiendo este el vivo deseo que animaba de concurrir con algunas á la reconquista de la Margarita, por donde iban á dar principio las operaciones, y la conveniencia política que sin duda habia en ello, el general en jefe combino en que el mismo Morales con uno de sus batallones siguiese la expedicion, como se verificó con tanta satisfaccion de la tropa designada, como sentimiento de la restante, que no podia tomar la parte que deseaba en la operacion que se iba á emprender. Morales se embarcó en el navío donde alojaba el general en jefe y la expedicion hizo rumbo á la Margarita.

Cuando los soldados europeos, en esta corta travesía, vieron entre los buques de la expedicion los pequeños barcos que conducian como 800 hombres de los de Morales, naturales todos de Costafirme, muy morenos y sin otro vestuario los mas que un sombrero redondo de paja, una canana y pendiente de ello un tapa-rabo, no hay términos con que pintar la sorpresa que recibieron á la vista de un espectáculo tan nuevo para ellos. Eran aquellos los vencedores, y nuestros europeos llevados de la apariencia incidieron en el grave error de concebir por los

vencidos la idea mas despreciable, la que no ha dejado de ser por desgracia harto general en otros puntos de América, y sin duda funesta en todos. Los soldados leales de Costafirme, que con decision y valentía habian sostenido hasta entonces los derechos españoles, tampoco se quitaban un instante de encima de las cubiertas de sus barquichuelos, admirando á su vez á los europeos, á quienes saludaban con afectuosa expresion y con una deferencia respetuosa que enternecia. Los oficiales de esta tropa usaban pantalon, chaleco, chaqueta y sombrero redondo, zapatos ó botas: su aire no parecia tan marcial como el de los oficiales europeos, pero tanto ellos como sus soldados se mostraban con razon ufanos de su fidelidad al rey y á la España, sellada con su propia sangre en repetidas gloriosas ocasiones. Cuando unos y otros tuvieron lugar de comunicarse, referian estos sus campañas y proezas con admirable naturalidad, y en sus expresiones y ademanes sobresalia el sentimiento de lealtad al rey y de adhesion á los españoles. Su acrisolada lealtad, su valor tantas veces acreditado eran timbres mas apreciables á los ojos de la sana razon que el porte marcial mas señalado y los mas ricos y vistosos uniformes. ¿Cómo y por qué llegaron á alterarse tan nobles sentimientos, disposiciones de tanta esperanza? Punto es este que merece un especial examen y cuyo estudio nos parece aun de mucho interés para la España. El mismo jefe Morales vestia entonces como sus oficiales; pero estos militares, tales como se presentaban á la vista de sus nuevos compañeros, habian pacificado, mandados primero por Boves y luego por el citado Morales, casi todo el territorio de Venezuela y Caracas, que con el extenso vireinato de santa Fé se perdió despues que llegaron á él tropas europeas de la mejor calidad y bi en mandadas.

Del 6 al 8 de abril la expedicion fondeó en la isla Margarita, no distante del puerto de Pampatar, y luego se comunicaron las prevenciones relativas al desembarco de la tropa destinada á este servicio. Por el bergantin antes apresado se habian enterado los enemigos del número de cuerpos que componian la expedicion y de las fuerzas navales que la convoyaban, y sin embargo, al fondear los buques cerca de tierra, presentaron en la playa del frente varios trozos de caballería, como en ademan de oponerse al desembarco. A pesar de este alarde otra era la verdadera situacion de la isla: la consternacion y el desaliento se habia difundido por todos sus habitantes: los hombres mas comprometidos por la atrocidad de sus actos sanguinarios y los principales caudillos preparaban y realizaron su fuga en piraguas y balandras por el puerto del Norte: el castillo de Pampatár izó ban-

dera de parlamento, y el encargado de su mando dirigió por escrito al general en jefe la correspondiente sumision y reconocimiento al gobierno de S. M. El dia 10 del mismo abril desembarcaron las tropas que habian de posesionarse de la isla, y acto contínuo ocuparon la poblacion de Pampatár y su castillo donde entró el general en jefe con su estado mayor, quien al dia siguiente pasó á la Asuncion, capital de la Margarita.

Los soldados de Morales, que fueron del número de las tropas desembarcadas, siguieron el movimiento de las europeas, sin ocultar el pesar que les causaba el que no se emplease con aquellos habitantes toda la severidad que tenian merecida. Sus experimentados oficiales solian decir á los recien llegados que algun dia llorarian una humanidad que calificaban de mal entendida; pero sobre ser conforme con los sentimientos de la época, era un deber cumplir las órdenes del monarca que expresamente prevenia se economizase cuanto fuera posible la efusion de sangre. D. Tomas Morales, no obstante los distinguidos servicios que llevaba prestados y el considerable número de tropas que le obedecian, habia tenido la rara modestia de no aplicarse graduacion militar alguna. El general Morillo en presencia de todas las tropas y á nombre de S. M. lo declaró coronel vivo y efectivo, y lo envió seguidamente al puerto del Norte con una columna compuesta de sus soldados y de los europeos. Este acto fué celebrado y aplaudido con alegría y entusiasmo, y aun parecia á algunos muy corta la recompensa otorgada á Morales, de la cual se manifestaba él satisfecho.

Ocupada la isla Margarita sin resistencia, reconocido por sus habitantes el gobierno español por medio de nuevo juramento de sumision y fidelidad que todos sus pueblos prestaron, otorgado solemnemente á nombre del rey un completo olvido de lo pasado y concedido ademas un salvo-conducto á Arizmendi, uno de los principales caudillos de la insurreccion de la isla, el general en jefe se ocupó de los preparativos del reembarco y de señalar las tropas que habian de quedar de guarnicion en la Margarita. Mas es de notar aqui que de tan absoluto y generoso olvido de lo pasado fué unicamente excepcionado un oficial de caballería, acusado de desercion y de malos tratamientos recientemente usados con los oficiales y soldados prisioneros en el bergantin extraviado de que se ha hecho mencion. Ese oficial de mas de 40 años de edad era natural de las islas Canarias y habia servido en clase de sargento en una de las compañías fijas de Costafirme antes de la revolucion. Este oficial, pues, fué juzgado verbalmente en Pampatár

por un consejo de guerra de oficiales generales que presidió el brigadier Moxó. Allí en presencia del tribunal fueron examinados algunos testigos principalmente de los zapadores prisioneros en el predicho bergantin apresado, rescatados ya con la toma de la Margarita, y de la misma manera fué interrogado el acusado. Echó de menos el consejo un defensor para el reo, y como en la misma casa en que se tenia se hallaba el ayudante mayor del 4.° escuadron de húsares de Fernando VII, D. Andres Garcia Camba, secretario de la subinspeccion de caballería del ejército y ayudante de órdenes del comandante general de la primera division y subinspentor de aquella arma, presidente del consejo, fué inmediatamente llamado para que tambien verbalmente se encargara de su defensa. Era entonces bien jóven el defensor nombrado de oficio, y facilmente inferirán los hombres prácticos la sorpresa que le causaria una comision tan repentina é inesperada, aunque muy honrosa.

Para que la desempeñara lo mejor que le fuera posible, fué preciso examinar de nuevo los testigos é interrogar al acusado. El defensor animó á este á que expusiera con respeto, pero con libertad, cuanto creyese que podia favorecerle, y sobre sus descargos se esforzó luego principalmente en implorar la clemencia del consejo, fundándose en las mismas reales órdenes que recomendaban se economizase el derramamiento de sangre y en la conducta humana y generosa del general en jefe; quien en nombre de S. M. acababa de perdonar hasta al feroz Arizmendi, resultando de lo contrario que su cliente, sin disputa menos criminal que aquel, vendria á ser el único castigado donde tantos delincuentes quedaban perdonados. Como quiera, el consejo creyó justo pronunciar y pronunció sentencia de muerte contra el expresado reo; y aun se dijo despues que uno de aquellos severos jueces habia estimado las reflexiones y súplicas de gracia del defensor mas merecedoras de censura que dignas de atencion y de favor. El consejo desestimó este parecer, aun cuando la poca experiencia del defensor y el deseo de salvar la vida de su cliente le hubiesen hecho incurrir en alguna falta en el modo de defenderlo. En fin, el acusado fué conducido á bordo del navío San Pedro donde, aprobada la sentencia por el general en jefe, debia de ser pasado por las armas.

Con el salvo-conducto que Arizmendi habia obtenido se presentó en Pampatár. El general Morillo se esmeró en distinguirlo y lo convidó á una comida y un baile con que se propuso obsequiar a la coronela Morales, prisionera y detenida en la Asuncion desde antes

del arribo de la expedicion peninsular y que con la toma de la isla Margarita acababa de ser rescatada. Arizmendi parecia sorprendido y admirado de las atenciones que se le prodigaban; aplaudia la generosidad española y hacia manifestaciones y protestas esplícitas sobre su debido reconocimiento y su futura fidelidad; pero todo era en realidad falsía y necesidad de disimulo, segun la barbarie con que volvió á dirigir nuevas y sangrientas insurrecciones, cuyo relato no pertenece ya á nuestro propósito.

Fondeada todavia la expedicion en Pampatár se recibieron órdenes de la corte previniendo que por el istmo de Panamá se remitiese inmediatamente un refuerzo al ejército del Perú, y en su conformidad fué designada la cuarta division que mandaba el brigadier D. Juan Manuel Pereira. Se componia esta del regimiento de infantería de Extremadura, del que era coronel D. Mariano Ricafort y en el que servia de subalterno el despues célebre D. Baldomero Espartero; del 4.° escuadron de húsares de Fernando VII, su comandante el teniente coronel D. Joaquin Germán; del 4.° escuadron de dragones de la Union á las órdenes del coronel D. Vicente Sardina, uno de los tenientes del famoso Empecinado; de una compañía de zapadores y de otra de artilleros á pie. El ayudante mayor Camba, aunque por su actual destino podia permanecer en Costafirme y acaso con ventaja, pidió y obtuvo incorporarse en su escuadron para correr la suerte que á este le cupiera.

Hechas estas prevenciones y designada la tropa que habia de guarnecer la isla Margarita, se verificó el reembarco de las demas y la expedicion se trasladó á la inmediata isla de Coche con el fin de reponer la aguada, mientras el general en jefe y su segundo, el brigadier don Pascual Enrile, se adelantaban á Cumaná en la fragata de guerra Diana. Ocupados los buques de la expedicion en la referida faena, se prendió fuego en la despensa del navio san Pedro, como entre dos y tres de la tarde del dia 24 de abril. Casi al mismo tiempo que el navio hizo la señal de *fuego*, se percibieron las humaradas que salian por sus escotillas. En Pampatar se habian embarcado en la misma despensa varias pipas de rom que fueron el primer cebo del fuego. Todos los buques de la expedicion enviaron inmediatamente de auxilio al navio sus embarcaciones menores, y con igual objeto se le acercaron tambien algunas lanchas cañoneras. El incendio tomó rápidamente un incremento asombroso; la tripulacion, la guarnicion y los oficiales de la dotacion del navio, asi como los oficiales y tropa que conducia de trasporte, hicieron los mayores esfuerzos por apagarlo, consiguiendo

al menos con la mucha agua que lograron introducir en la santa Bárbara que la inevitable explosion no fuese tan violenta y terrible como debia temerse de los muchos quintales de polvora que en ella habia.

Despues de inexplicables penalidades, de heróicos esfuerzos y de grandísimos riesgos fué preciso solo atender á salvar la gente del navio, lo que se logro con pérdida de pocos individuos, generalmente de aquellos que, por ganar mas pronto las embarcaciones menores, se arrojaban precipitadamente al agua sobre una corriente que no conocian. El activo coronel D. Mariano Ricafor se distinguió por su entendida eficacia en dirigir los auxilios del navio. El justo temor de la explosion que era de esperar y aun el de la artillería cargada del navio obligó á dar la vela á algunos buques de los fondeados á su inmediacion. En fin la temida explosion se verificó sin causar daño á los demas barcos ni aun á las embarcaciones menores auxiliantes, aunque por largo rato quedaron debajo de una densísima niebla de humo. Asi en pocas horas desapareció para siempre, presa de las devoradoras llamas, el hermoso navio *San Pedro*. La expedicion presenciaba atónita tamaño espectáculo, y fuera imposible describir la triste impresion que tan lamentable suceso causaba en todos los ánimos. Allí se perdió la mayor parte de las municiones, porcion de armas y otros pertrechos de guerra y el numerario que se llevaba para el servicio de la expedicion con uno ó dos caballos del general en jefe. Algunos empezaron á augurar mal del éxito de una campaña que comenzaba por una pérdida dificil, si no imposible de reparar.

El oficial enemigo, de quien se ha hecho mencion, se hallaba ya en capilla para sufrir la pena á que habia sido condenado, cuando se prendió fuego al navio. Oida á bordo la aterrante voz de *fuego*, y despues de muchos esfuerzos empleados para apagarlo, nadie pensó mas que en salvarse, quedando aquel desgraciado en absoluto abandono. Aunque agoviado por una pesada barra de grillos que lo sujetaba, se ocupó tambien, como era natural, de su propia salvacion. Principió por desembarazarse de los grillos, que era la primera diligencia, y llegó á conseguirlo despues de mucho tiempo y trabajo; por manera que, cuando pudo disponer libremente de su persona, estaba el navio hecho un volcan. Ninguna embarcacion menor habia ya á su costado y ningun otro arbitrio quedaba á este desgraciado queel de arrojarse al agua, pues que era nadador, y aun asi tuvo grandísima dificultad en vencer la corriente, que le era desfavorable, para ganar la primera lancha cañonera que se ofreció á su vista en medio de la densa nube de humo formada por la explosion, que vino á

verificarse casi al mismo tiempo en que el infeliz acababa de entregarse al mar. Luego que por su habilidad pudo entrar en la referida embarcacion, manifestó quien era, y en consecuencia fué conducido á la fragata de guerra *Ifigenia* que habia quedado con el convoy.

Recibida en Cumaná la triste pérdida del navio, regresó al fondeadero de la isla de Coche el brigadier D. Pascual Enrile, comandante de la expedicion en la mar y segundo del ejército en tierra, y tan pronto como enarboló su insignia en dicha fragata, pasó el defensor del reo á referirle lo que habia ocurrido, y á suplicarle interpusiera su mediacion en favor del sentenciado, vivo todavia como por milagro. El brigadier Enrile, sin duda poseido de la reciente desgracia que á todos afectaba, despidió al suplicante diciéndole que tocaba al general en jefe resolver en el asunto. La expedicion se trasladó en seguida al puerto de Cumaná, y allí hubiese repetido el defensor sus buenos oficios ante la autoridad del generoso general Morillo, si una calentura de las que llaman en el pais *quebranta huesos*, no le hubiera obligado á guardar cama por algunos dias á bordo del buque en que se hallaba. Entretanto, el reo que motiva esta digresion habia sido conducido á tierra, puesto de nuevo en capilla y pasado por las armas.

Desde Cumaná se trasladó la expedicion á Puerto-Cabello costeando el continente americano, y desde aqui la division destinada al Perú hizo rumbo á Porto-Belo, á donde llegó con felicidad, desembarcando en seguida para no volver á entrar mas en los buques que la habian trasportado. Desde aqui á Chagres todavia auxiliaron las embarcaciones menores de estos buques la conduccion de la tropa, luego por el rio Chagres hasta el pueblo de Cruces fué embarcada en Bongos manejados hábilmente por los negros, y de este pueblo á Panamá marchó la division montada en mulas y caballos las siete leguas que restaban. En todos estos pueblos fueron los soldados europeos recibidos con muestras de afecto: en Chagres donde hubo formacion en celebridad del dia de S. Fernando el júbilo fué general; pero sobre todo en Panamá recibió la division los mas distinguidos obsequios de sus habitantes.

Durante la corta permanencia de esta tropa en Panamá, la curiosidad natural suscitaba con frecuencia conversaciones sobre Lima y el Perú, cuya animada descripcion oian sus individuos embelesados. Parecíales fabulosa á los nuevos europeos la existencia de una poblacion donde nunca llovia, ni hacian fuertes vientos, ni tronaba, ni se sentia tanto calor que no se pudiera soportar la ropa de paño, ni

tanto frio que fuese absolutamente necesaria la capa; pero se afirmaba al mismo tiempo que se padecian peligrosas disenterías y se sentian con frecuencia temblores de tierra. Sin embargo era vivo el deseo que todos alimentaban por llegar pronto á conocer la célebre ciudad de los Reyes, capital actual del antiguo imperio de los Incas.

A mediados de junio se embarcó de nuevo la tropa en los buques que la esperaban, menos el escuadron de dragones de la Union que permaneció allí por algun tiempo mas hasta el arribo del trasporte que lo habia de conducir al Callao, como se verificó mas tarde, y surcando con harta lentitud el mar pacífico á causa de la contrariedad del viento, fueron sucesivamente tocando los buques en el puerto de Paita para refrescar víveres y continuar á su destino. Este puerto es bueno y tiene un excelente desembarcadero, está situado á los 5.° y 5' de latitud sur y es el mas inmediato á Tumbez, ó Tumpiz como le llamaban los indios, la primera tierra del Perú que descubrió Francisco Pizarro y en donde desembarcó solo y armado Pedro de Gandia, su ilustre compañero, de cuya temeraria empresa salió como por milagro. En 1741 fué destruido el pueblo de Paita por el inglés Anson, está rodeado de arenales por el lado de tierra, carece absolutamente de agua dulce y la que se bebe y de la que se proveen los barcos viene del conocido rio Colán, que dista cuatro leguas al Norte. El cielo de Paita está siempre despejado, dice Mr. Stevenson, y por esta razon le estima por uno de los mejores puntos del mundo para un observatorio astronómico: nunca se experimentan allí nieblas ni rocíos y por consiguiente la atmósfera tiene casi siempre una misma diafanidad. Por la mucha claridad que se observa en los cuerpos celestes pasa como provervial la brillantez de la luna de Paita.

Todas las tropas europeas que habian salido de Panamá se hallaban en el Callao el 14 de setiembre y recibieron órden de dirigirse seguidamente á Lima, capital del Perú. Su entrada en esta ciudad fué en extremo celebrada y distinguida; la mayor parte de su numerosa poblacion de todas clases y colores se hallaba extendida á un lado y otro del camino real para ver llegar la tropa peninsular que tan eficazmente habia contribuido á la paz de Europa, y el anciano y respetado virey Abascal, marqués de la Concordia, salió tambien á recibirla fuera de la puerta que llaman del Callao. Al descubrirse el coche del virey formó la tropa en batalla y le hizo los honores prescritos y correspondientes á su elevada dignidad. Apeóse el virey del coche al llegar á la derecha de la línea, cuyo frente recorrió á pie con un aire muy digno y sobremanera marcial para su avanzada edad, dirigiendo á los oficia-

les y á la tropa algunas palabras lisongeras y manifestando claramente la satisfaccion con que recibia aquel oportuno refuerzo. Concluido este acto desfiló la division por delante del virey, y por ayudantes de la plaza designados al efecto fué cada cuerpo conducido á su respectivo cuartel entre repetidos vivas al rey. Los jefes y oficiales fueron todos alojados y recibidos por sus patrones espléndidamente, y obsequiados en igual forma por varios dias.

Los jefes de muchas provincias no cesaban de pedir al virey el aumento de sus guarniciones, cuyas instancias repetian con cualquiera motivo. «La llegada de las tropas de la Península por el itsmo de «Panamá, *dice el mismo virey*, excitó mas el clamor y el deseo de «tenerlas para su mayor seguridad, fundados en solidísimas razones, «pero ninguna de tanto bulto como la que obligaba á conservar la to«talidad en un solo punto para atender no solo á la quietud general, «sino al restablecimiento de los tributos en que se estaba ya enten«diendo, lo cual no se habria conseguido poniéndolas en detalle con «riesgo inminente de perderlas por desercion ú por otros motivos. Pe«ro urgiendo mas que nada colocar en la comandancia militar del Cuz«co persona de conocido caracter, que hiciese observar la disciplina «de la guarnicion, nombré para este empleo (en 4 de octubre) con «la presidencia interina de aquella real audiencia al coronel de Extre«madura D. Mariano Ricafort, con la única desmembracion de 100 hom«bres de su regimiento y 20 del escuadron de húsares de Fernan«do VII y sus respectivos oficiales; de cuyo modo calmaban mis zozo«bras en aquella ciudad, pues desde aquel instante, dando por ter«minadas las quejas de los jefes y las de los vecinos por el desórden «de las tropas, el plan de operaciones debia corresponder con el de «las provincias (1)».

La generosa acogida y las notorias simpatías que halló en Lima la division peninsular influyeron tal vez mucho en el hecho sensible de que vamos á dar completa noticia, porque hasta ahora no le hemos visto presentado con la debida exactitud. Una grande mayoría de los habitantes de la capital del Perú no se cansaba de admirar á los jóvenes militares que, despues de haber contribuido á la libertad de la metrópoli, iban contentos al nuevo mundo á defender los intereses de su patria y de su rey, y todos como á porfía se esmeraban en obsequiar y distinguir aquella excelente tropa, manifestando el mayor anhelo porque fuese atendida hasta con imprudente preferencia, y esta fu-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

nesta especie no tardó en producir un acto inexperado de indisciplina.

Señaladas concesiones se habian hecho de real órden á la tropa expedicionaria, con el fin de llevar á sus individuos mas gustosos al otro lado de los mares; pero pronto quedaron algunas sin efecto y otras notablemente alteradas, de cómo se habian entendido, por posteriores aclaraciones. Habíase prometido pagar á la tropa sus atrasos devengados en la Península, y abonarla ademas en dinero la racion de vino correspondiente al tiempo de la navegación. Sus jefes no descuidaron respetuosas reclamaciones, que el estado del tesoro y atenciones muy perentorias no permitieron resolver como hubiera convenido. La tropa no se conformaba pacientemente con la tardanza, ni alcanzaba, como fuera de desear, las discupables causales que la motivaban. La indiscreta acogida que hallaban sus quejas en muchos vecinos honrados, y acaso tambien la astuta sagacidad con que hayan podido explotarlas los enemigos ocultos, comparando su mérito y preferentes derechos con los de otros funcionarios ricos puntualmente pagados y algunos jubilados con los altos sueldos de sus anteriores empleos, acaloraron los ánimos de la tropa hasta el peligroso extremo de combinarse sus individuos para reclamar unidos y armados las ofertas que se les habian hecho. Este reprensible pensamiento lo dirigieron con tanta cautela que nada se llegó á traslucir de él hasta el 7 de noviembre en que lo comenzaron á poner por obra.

Puestos indudablemente de acuerdo el regimiento infantería de Extremadura, la compañía de zapadores, la de artillería y el 4.° escuadron de húsares de Fernando VII, que formaban la division expedicionaria, porque el 4.° escuadron de dragones de la Union no habia entonces llegado aun á Lima, el expresado 7 de noviembre por la tarde algunas compañías de Extremadura tomaron las armas un poco antes de la hora prevenida para el ejercicio en que diariamente se ocupaban y salieron en algun desórden á la plaza del cuartel con el designio de recorrer los alojamientos de la demas tropa peninsular y reunidos todos presentar al virey sus reclamaciones. Los oficiales de semana, que con alguna anticipacion acudian á revistar las compañías antes de salir al ejercicio, fueron los primeros que trabajaron por sofocar aquel desman. El teniente coronel D. José Carratalá, que mandaba el cuerpo, y los demas oficiales fueron sucesivamente llegando al cuartel y todos iban procurando contener aquella determinacion, debiéndose al aprecio que les profesaban los soldados el que, en el calor de la resistencia, no se hubiese cometido con ellos algun exceso, enteramente infructuoso si no de peores consecuencias. El capitan de

granaderos D. Antonio Ortega, que era idolatrado de su compañía, pasó por el pesar de verse desobedecido, alegando algunos soldados que no querian trabajar en la faena de limpiar el campo que les habia de servir de instruccion, que fué el pretexto ostensible de que se valieron. Sin embargo, el jefe consiguió que la tropa saliera á la calle formada, que los oficiales ocupasen sus puestos y que atravesara la ciudad en columna con aparente órden, avisando al virey de cuanto ocurria por el mismo capitan de granaderos y que conceptuaba paralizada la fogosidad del primer impulso, pero muy pronto empezaron tambien á correr rumores por la ciudad revelando el mal sentido de la tropa de Extremadura, no solo extrañamente variados, sino tal vez maliciosamente abultados. Con tales rumores los oficiales de los demas cuerpos de la guarnicion acudieron diligentes á sus respectivos cuarteles.

Al acercarse Extremadura al de artillería ya se hallaban en él algunos oficiales de este cuerpo apercibidos en parte de lo que pasaba. Los soldados de infantería invitaron á sus compañeros de expedicion á que se les unieran como indicaban haberles ofrecido; mas prevenidos estos por la presencia de sus oficiales ó tal vez arrepentidos de su injustificable proyecto, nada contestaron y se mantuvieron inmóviles. Los de Extremadura tampoco emplearon ningun medio violento para obligar á los artilleros expedicionarios á que cumplieran su compromiso, como es preciso reconocer que hubieran podido: mesura á que ha debido contribuir eficazmente la acertada incorporacion de los oficiales en sus puestos y la oportuna aparicion del brigadier D. Juan Manuel Pereira, comandante general de la division, acompañado del mencionado capitan de granaderos. Extremadura se dirigió seguidamente al campo de instruccion á esperar al parecer la reunion de todos los concertados, como parage convenido al efecto.

Los primeros oficiales de húsares de Fernando VII que, á consecuencia de los rumores esparcidos, acudieron á su cuartel, hicieron formar la tropa, y en este estado se recibió órden del virey para que el escuadron estuviese pronto al primer aviso. A fin de cumplir este precepto sin necesidad de que la tropa lo entendiera, el ayudante mayor D. Andrés Garcia Camba sacó el escuadron á pie á la plazuela de Monserrate y mandó pasar lista para entretenerlo luego en los ejercicios como las demas tardes. En el acto de la lista el húsar N. Penco no respondia al sargento, aunque repitió éste dos ó tres veces su nombre, y entonces el sargento le reconvino: el húsar replicó de un modo impropio, con desusada altanería, nunca disimulable y menos

en aquellas circunstancias, y haciéndole salir de la formacion el ayudante, lo reprendió y envió arrestado á la prevencion. Tanto por este extraño incidente en un cuerpo distinguido por su disciplina, como por cierta agitacion que se advertia en los semblantes de muchos individuos, era harto presumible que aquella tropa tenia conocimiento del proyecto de la de Extremadura.

Iba sin embargo el ayudante á dar principio al manejo del sable, cuando se presentó en la plazuela el comandante D. Joaquin Germán, y, enterado de lo que habia ocurrido, dispuso que el escuadron volviera á entrar en el cuartel, poniendo en libertad al húsar recien arrestado. Formada todavia la tropa en el patio del cuartel la preguntó el comandante con suma inoportunidad *si tenia alguna queja de sus oficiales*; pero aquellos veteranos en formacion quedaron en el mas profundo silencio. En seguida advirtió á todos el jefe que el virey ordenaba se esperasen allí sus órdenes y mandó romper las filas. Rotas estas la tropa rodeó al comandante diciendole, muchas voces á la vez, *que estaba satisfecha de sus oficiales, que ninguna queja tenia de ellos, pero que temia que sus hermanos de Extremadura se hallaban en peligro y que en tal caso querian morir con ellos*. Tarde conoció el comandante su ligereza é imprudencia: cercado de la tropa, que no cesaba de manifestarle su ardiente deseo de participar de la suerte de sus compañeros, lo que evidentemente probaba su acuerdo, é imposibilitados los oficiales de levantar su voz en presencia del jefe sin su autorizacion, recurrió éste al arbitrio de persuadir la conveniencia de esperar, como prevenia el virey, mientras él iba á presentarse á S. E. y á informarse de lo que pasaba, y asi partió dejando ya el cuartel en ominosa confusion. Los oficiales entonces se dedicaron de consuno á tranquilizar aquellos espíritus agitados, procurando inculcarles la obligacion de esperar como buenos soldados nuevas órdenes del virey y la vuelta del comandante. La calma pareció al fin algo restablecida, la tropa entró con aparente sosiego en sus dormitorios y se la mandó servir el rancho de la tarde.

Sabedor el virey del estado en que habia salido de su cuartel el regimiento de Extremaduna montó á caballo y marchó á encontrarlo con la comitiva correspondiente y un numeroso gentío que le rodeaba. Entre los que acompañaban al anciano y respetable virey se aseguró que sobresalia por su aire y noble decision el teniente coronel D. Pedro Zabala, marqués de Valleumbroso, hoy general. Hallábase Extremadura en el referido campo de instruccion, donde el brigadier Pereira le habia mandado formar el cuadro y se ocupaba de indagar

las causas de aquel acto de indisciplina, cuando se avistó al virey á caballo. Pereira se acercó inmediatamente á S. E. para darle cuenta de sus averiguaciones, y entre tanto Carratalá mandó formar en batalla para recibir al jefe superior con los honores que se le debian, y fué puntualmente obedecido por la tropa. El virey con admirable marcialidad recorrió el frente del regimiento, previno que cerrara en masa y entonces le habló con noble desembarazo y con un vigor y energía sorprendentes, pero nada desagradable á la misma tropa que le escuchaba con atencion en el mas profundo silencio. El virey estuvo felicísimo en el modo de hacer sentir á la tropa las consecuencias que los enemigos deducirian del paso que acababan de dar unos soldados que á costa de tantos sacrificios enviaba el rey á provincias tan apartadas para que defendieran en ellas como leales españoles sus derechos y los de la España.

Esta reflexion produjo un efecto mágico en aquella excelente tropa, que si bien habia errado en el modo de hacer llegar sus reclamaciones á la primera autoridad, sus sentimientos eran honrados y sus armas estaban prontas á emplearse contra los enemigos del rey y del nombre español, y esta mision la supo cumplir Extremadura muy distinguidamente. El hábil virey aprovechó oportunamente aquel momento para perdonar con generosidad el desman cometido, y cumplió como caballero su promesa, advirtiendo con firmeza que no disimularia en adelante falta alguna de disciplina y menos en soldados que por su calidad de españoles y veteranos tenian mayor obligacion de dar buen ejemplo. La tropa prorrumpió en sentidos vivas al rey y al virey que un pueblo inmenso, expectador de aquella escena, repetia con entusiasmo. Previa la competente venia, el regimiento se retiró á su cuartel, desfilando en columna de honor por delante del virey. A estas horas ni un solo individuo del resto de la tropa expedicionaria habia acudido á la cita acordada.

En el cuartel de los húsares de Fernando VII reinó el sosiego hasta despues del toque de oraciones que se oyeron repentinamente las voces de *á fuera*, *á fuera*, *vamos á saber la suerte de nuestros hermanos*, y con sable en mano se dirigia un grupo hácia la puerta principal, cerrada ya menos el postigo. La guardia de prevencion tomó las armas á la voz de los oficiales y desenvainando estos sus sables se apoderaron del postigo, que hicieron cerrar tambien, quedándose de la parte de adentro los capitanes D. Gabriel Perez y don José de Torres, el ayudante mayor con grado de capitan D. Andres García Camba, el teniente D. Luis de Soria y los alféreces D. Fran-

cisco Ortiz y D. José Jurado de los Reyes, y entonces el capitan Torres dijo á los húsares que se movian en desórden: «*Soldados, por aqui no se pasa sino por encima de nuestros cadaveres.*» Bien fuese efecto de esta imponente resolucion, bien de la buena voluntad que los soldados profesaban á sus oficiales, lo cierto es que se detuvieron, dudosos seguramente del partido que debian abrazar, cuando una voz salida de en medio del grupo, indicó la facilidad que ofrecia para salir por la espalda del cuartel la pared de una caballeriza que estaba en obra. Inmediatamente tomaron esta direccion los mas acalorados, y el ayudante mayor acudió tambien por entre ellos á ganar el boquete para probar á detenerlos recordándoles el buen nombre del regimiento, como lo consiguió menos de 23 húsares que con un cabo habian ya salido á la calle. Acto contínuo se empezó á pasar lista para saber por sus nombres los que faltaban, y entre tanto partió el mismo ayudante con dos sargentos en busca de los que salieron y recorrian las calles en perfecta formacion y órden como si fuesen desempeñando un servicio mandado. No tardaron en instruirse del feliz desenlace del movimiento de Extremadura y entonces sintieron todo el peso de su falta; por manera que cuando los alcanzó el ayudante le obedecieron sin la menor dificultad restituyéndose al cuartel como les previno. A su llegada se hallaban en él el brigadier Pereira, teniente coronel que habia sido del regimiento, y el comandante German, quien con mayor diligencia hubiera podido evitar los conflictos en que se vieron sus oficiales. Pereira habló enérgicamente á la tropa, la recordó su buen nombre, afeó con severidad su indisculpable acaloramiento, y se retiró del cuartel dejando el órden totalmente restablecido.

Asi pasó y terminó este desagradable incidente, que hemos procurado pormenorizar á fin de corregir las inexactitudes con que algunos le han descrito por falta sin duda de convenientes y desapasionados informes. El escuadron de dragones de la Union todavia no habia llegado á Lima, y mal podia por lo tanto tomar parte en el movimiento, como erróneamente sienta el autor de la historia de la revolucion Hispano-Americana. Ni hubo *tropelías ni temores*, como supone, en la poblacion de Lima, porque ni la menor demostracion hizo la tropa contra el vecindario, que tantos derechos habia adquirido al reconocimiento de la expedicion europea.

El teniente coronel Carratalá con todo mandó instruir una sumaria en averiguacion de los principales motores del movimiento referido, y resultaron de ella vehementes indicios de haberse empleado instigaciones de mala especie con la tropa para promoverlo, apareciendo

como instrumento de funesta influencia el gastador N. Vaca, merecedor por lo tanto de severo castigo; pero el ilustre marqués de la Concordia sostuvo con nobleza el perdon que habia ofrecido á nombre del monarca, y que los hombres pensadores y sensatos estimaron no solo conveniente, sino en extremo político en aquellas circunstancias.

Estacionada en Lima la division europea, que acababa de llegar al pais, natural era que sus individuos procuraran informarse del estado del ejército del alto Perú y de todo el pais, que tan crítico habia llegado á ser á principios del presente año, y cuya suerte dependia aun en gran parte del feliz éxito de las operaciones que hemos suspendido en el capítulo anterior para volver ahora á tomar el hilo de su narracion.

Despues del afortunado resultado del choque de Venta y Media á principios de octubre, continuaba el general Pezuela en Sorasora y su enemigo ocupaba el inmediato partido de Chayanta; mas como la estacion de las lluvias estaba próxima y los recursos escaseaban; como mientras el ejército de Rondeau llamaba toda la atencion por el frente, podian las partidas de Lanza, Zarate y otros cabecillas, auxiliados de alguna tropa, apoderarse de puntos importantes por nuestra izquierda hasta el Desaguadero, y cortar cuando menos la línea de nuestras comunicaciones con el resto del Perú; como las tropas europeas, que acababan de llegar á Lima, habian de tardar mucho en incorporarse al ejército de operaciones, aun cuando se las mandara emprender esta marcha, lo que, como se ha indicado, no parecia permitir el estado de recelo en que los jefes de provincia pintaban las del bajo Perú; y como las proclamas y escritos incendiarios de los revolucionarios y las eficaces diligencias de sus agentes y adictos hacian fundadamente temer una explosion general, á la que podria ofrecer mayor esperanza la inaccion misma del ejército mal interpretada; todas estas consideraciones, y algunas otras consiguientes á las mejores noticias del general en jefe, le determinaron á acelerar los aprestos para tomar la ofensiva buscando decididamente al enemigo.

No podia menos el virey de estar de acuerdo con el pensamiento del general Pezuela, porque desembarazados los de Buenos-Aires del inminente peligro que les ofrecia la expedicion de Morillo, desgraciadamente ya destinada á Costa-firme, podian reforzar el ejército de Rondeau con nuevas tropas, cuando necesitaba en la capital de la division peninsular, y los batallones de Ordenes Militares y de Navarra, que se le remitian de Cádiz tambien por Panamá no llegaron jamás al Perú, porque desde la Aguadilla de Puerto-Rico, donde fon-

dearon, recibieron otra direccion con pérdida de todos los gastos que para trasportarlos á Arica y al cuartel general se habian emprendido, asi en fletamentos como en víveres. «A poderse preveer este último «incidente, *dice el virey*, que me privó del auxilio ofrecido, hubie«ra hecho pasar la 4.ª division del ejército de Morillo en auxilio del «general Pezuela, sujetándome á vivir en la amargura y cuidados en «que quedé en la deshecha guarnicion de la capital, en ocasion que «era preciso se aumentasen con el restablecimiento de la contribu«cion extinguida por las Córtes (los tributos), pues no podia tener «tropas sin que reconociesen los naturales esta justa obligacion, ni «ella se hubiera reconocido jamás sin exponerse á grandes alborotos ««en los partidos, lo cual ha evitado el respeto de las tropas (1)».

Hechas, pues, por el general en jefe las prevenciones consiguientes al movimiento ofensivo que se proponia, el 1.° de noviembre dejó á Sorasora y fué á pernoctar en la llanura de Irúitu cerca de Venta y Media, de donde al siguiente dia se dirigió por Huanuní á las rancherías de Bómbo, situadas al pié de la cordillera de Chayanta; mas esta noche llovió copiosamente, y, sucediendo la nieve á la lluvia en igual abundancia, temió con razon el general montar la cordillera tan cubierto el terreno de nieve que ni permitia el pasto á las caballerías, por lo que tomó la resolucion de regresar el 4 á Venta y Media, dejando las tropas ligeras en Huanuní. Súpose muy luego que, noticioso el enemigo del movimiento de Pezuela, se habia retirado por Sacáca y Arque á Sipesipe, abandonando en el tránsito algunas cargas de municiones y aun enfermos, de los cuales fallecieron varios particularmente de los negros libertos.

Mejorado el tiempo, descansado el ejército y repuestos algunos animales de carga, que habian perecido por el cansancio, la fatiga y el frio en la fuerza del temporal, el general en jefe levantó de nuevo el campo el 13 de noviembre. Para salvar las grandes cuestas, que lo separaban del partido de Chayanta, varió de ruta, y tomando por Sorasora, Sepulturas, Pária, la Ventilla, Iruventilla y Jápo, pernoctó el 19 en la angostura de Chala, donde se incorporaron las tropas que habian quedado en Huanuní, y que hicieron su marcha por Chayanta persiguiendo los rezagados y las observaciones de Rondeau. El 24 ocupó Pezuela la quebrada de Tapacari y hizo alto, asi para dar algun descanso á la tropa, como para que se refrescaran los caballos y mulas de carga á favor del buen temperamento y la abundan-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

cia de forrages que se encontraban en ella. Por esta direccion el terreno es casi llano hasta cerca de la Ventilla, despues se encuéntran algunas cuestas y sigue á estas la grande de Tapacarí de más de tres leguas de descenso.

El 24 de noviembre continuó el movimiento del ejército real por la quebrada de Tapacarí hasta los molinos de la Ramada, que varió un poco de direccion á la izquierda á fin de evitar la temible angostura de Putina y las cuestas y desfiladeros que desembocan en el llano de Sipesipe, donde el enemigo en posicion los dominaba con su artillería. El 25 pues atravesando el ejército por las lomas de la izquierda de la quebrada de Callíri fué á campar en mitad de una áspera cuesta, y llegó al siguiente dia á los altos de Chacapáya, desde donde se avistaron algunas partidas enemigas en la boca de la quebrada, con las que se tirotearon por la tarde nuestras guerrillas.

Reconocida por muy difícil la bajada por la quebrada de Chacapaya, con particularidad para las mulas que habian de conducir á lomo la artillería, en cuyo desemboque podia el enemigo oponer grande resistencia favorecido de la escabrosidad del terreno, determinó el general trasladar el ejército á los altos de Viluma situados á la izquierda de dicha quebrada y asi se verificó el 27. Como se tomó temprano posicion hubo lugar de reconocer la del enemigo en las lomas aisladas de Sipesipe á legua y media de distancia con varios cuerpos abocados á la desembocadura de la quebrada de Chacapaya, dispuestos á defender aquel paso, pero inútilmente. Nuestra posicion era ya muy ventajosa, porque ademas de presentar el terreno unas lomas suavemente tendidas hácia el llano, por las que en caso necesario podia descender la infantería con bastante frente, ofrecia á media cuesta una pequeña mesa, donde colocada la artillería hubiera alejado á los enemigos que se aproximasen al pie de la cuesta. Con este objeto ocuparon ese importante punto las tropas ligeras y se pasó la noche con la debida vigilancia.

Al amanecer del dia 28 se descubrieron dos regimientos enemigos apostados en las medianías de las lomas de Viluma y al pie de ellos otros cuerpos situados en las huertas. Para desalojarlos, y que el ejército pudiese descender con algun desembarazo á la boca de la quebrada de Chacapaya, se levantó el campo temprano y se previno á las tropas ligeras que, atravesando el profundo barranco que tenian á la izquierda, ganasen la angosta cuchilla opuesta, por la que casi arrastrándose bajaron hasta donde, extendiéndose el terreno, pudieron romper el fuego contra el cuerpo enemigo que mas se aproximaba á

nuestra izquierda por las expresadas lomas. Durante la marcha del grueso del ejército, dos compañías del batallon voluntarios de Castro y el batallon del general con ocho piezas de artillería recibieron órden de ir á ocupar la mesa que habian dejado las tropas ligeras para auxiliar desde ella el ataque. Montadas estas piezas dirigieron algunos disparos con tan buen acierto que pronto hicieron descender al llano un cuerpo de libertos que tenian al frente y el mismo partido tomó tambien, despues de alguna resistencia, el de la izquierda, atacado con vigor por nuestros cuerpos ligeros. Seguidamente estos enemigos se parapetaron con las tapias de las huertas, sitas al pie de las referidas lomas; pero fueron igualmente desalojados de ellas por la compañía de flanqueadores y la primera del batallon de Cazadores que desplegaron la mayor bizarría. Casi al propio tiempo las dos compañías de Castro con la primera brigada de artillería y el escuadron de la escolta del general en jefe, titulado guardia de honor, descendieron de la precitada mesa y tomando la boca de la quebrada de Chacapaya desalojaron á los enemigos situados en las huertas inmediatas por esta parte. Por manera que obligados en todos los puntos los contrarios á retirarse á su campo de Sipesipe, libre y convenientemente despejado el terreno, continuó el ejército real su marcha y fué á campar en la hacienda de Viluma al pie de las lomas de este nombre.

Despues de situado el ejército se empleó el resto de la tarde del 28 de noviembre en reconocer la posicion del enemigo para determinar con mas acierto el ataque del dia siguiente, y se empeñaron algunos ligeros tiroteos y escaramuzas con la caballería enemiga que se adelantaba á estorbar esta operacion. En virtud del reconocimiento practicado quedó resuelto definitivamente atacar en línea oblícua la derecha del enemigo, estimando menos ventajoso y mas sangriento un ataque de frente contra una posicion tan ventajosa como la que ocupaba Rondeau sobre las lomas elevadas y aisladas del llano de Sipesipe. Los dos ejércitos beligerantes pasaron esta noche en sus respectivos puestos el uno al frente del otro, deseando probablemente ámbos que volviera á aparecer el sol en el horizonte, contando cada uno por suya la victoria, como suele suceder en tales casos.

Llegó en efecto el apetecido dia 29 de noviembre y, con las ventajas obtenidas en el anterior, entusiasmado el ejército real y lleno de gloriosas esperanzas decampó para ir á formar en batalla sobre la derecha de la posicion de sus enemigos. Estos, asi que comprendieron la intencion del general Pezuela, abandonaron su fuerte posicion y formaron su línea en el llano al frente de la nuestra, apoyando su iz-

quierda donde antes tenian la derecha, adelantando por el frente gruesas partidas hasta las tapias de las huertas del barranco del rio y por la izquierda algunos cuerpos de infantería y caballería hasta el bosque menudo de la orilla del mismo rio, con un cañon largo de á cuatro y un obus de siete pulgadas, cuyas piezas rompieron el fuego que sostuvieron bien durante la marcha de las tropas españolas, contestándolo nuestros soldados con repetidos *vivas al rey*. Formada con celeridad nuestra línea de batalla se puso luego en marcha para atacar en ese órden; los enemigos parapetados en las tapias de las huertas y apoyados en el bosque de la orilla del rio rompieron con oportunidad el fuego, pero contestado con viveza por nuestros batallones, sin dejar de avanzar, en el órden que llevaban, fueron luego desalojados y obligados á replegarse sobre su línea. Casi al mismo tiempo habia empezado nuestra artillería á disparar contra la enemiga, que habia roto bastante antes su fuego, y seguia el avance de la línea en cuanto se lo permitia el terreno del barranco y el rio de Sipesipe, que atravesó con mucho trabajo, teniendo que suspender á fuerza de brazos el peso de los cañones y las cureñas.

La línea enemiga, despues que entraron en ella sus tropas avanzadas, recibió á la nuestra con firmeza y con un fuego sostenido de fusil y de cañon; mas las ventajas conseguidas habian alentado de tal modo á los soldados del rey que nada bastó para detener su ardimiento. Así contestando con un fuego terrible sin dejar de avanzar sobre sus contrarios, en breve lograron imponer de nuevo al enemigo y obligarle á perder terreno en algun desórden. Igual era esta señalada ventaja en toda la extension de nuestra línea, porque noblemente émulos los cuerpos unos de otros, ninguno se quedaba un paso atras y todos caminaban con admirable decision á la gloria. Así su ataque fué de tal manera impetuoso que los enemigos no pudieron lograr reponer su formacion, y aunque á virtud de grandes esfuerzos consiguieron reunir algunos grupos y hacer con ellos resistencia, todo cedió al empuje siempre creciente de nuestros entusiasmados batallones que al fin pusieron á sus contrarios en desordenada y completa fuga, causándoles en dos leguas de persecucion el estrago consiguiente á esta clase de derrotas. La caballería enemiga trabajó con teson por sostener á su batida infantería, cargando sobre nuestros flancos, defendido el izquierdo por el batallon de Cazadores y por el de Partidarios el derecho que lograron contenerla, rechazarla y ponerla tambien en fuga, á cuyo éxito contribuyó poderosamente el auxilio de los batallones de reserva y el escuadron de la guardia del general en jefe

que acudieron con mucha oportunidad, y cuyo escuadron persiguió luego á los fugitivos.

Asi quedaron por tierra en poco tiempo los gigantescos proyectos del caudillo Rondeau, no solo confiado de sublevar las provincias del alto Perú, sino de llevar la insurreccion de nuevo al Cuzco. La pérdida del enemigo en esta memorable batalla consistió en mas de 500 muertos, inclusos 53 gefes y oficiales, 25 de estos prisioneros con mas de 800 individuos de tropa y sobre 1000 heridos de los cuales muchos han perecido despues en los montes: cogieron ademas los vencedores en el campo de batalla tres banderas, cuatro cañones largos de á cuatro, cuatro cortos del mismo calibre, dos de á dos, un obus de siete pulgadas, todos sevillanos, y 1500 fusiles sin contar los que despues se fueron recogiendo por los cerros. Nuestra pérdida fué muy corta en comparación, se redujo á cinco oficiales, 32 soldados muertos y 198 heridos.

Esta famosa victoria ganada en los campos de Sipesipe lleva el nombre de Viluma que la dió el vencedor, quien mas tarde fué muy justamente agraciado con el título de marqués del nombre que lleva aquella batalla. La resolucion de buscar al enemigo en la situacion en que el general Pezuela se veia fué indudablemente acertada, y la paciente constancia con que los jefes, oficiales y tropa del ejército real sufrieron las privaciones y fatigas de todo género que ofrecian las operaciones por un pais frio y árido, merece el mas justo y cumplido recuerdo. El valor y decision que nuestros cuerpos manifestaron como á porfia en el acto del combate está bien acreditado por sus felices resultados. No nos parece que merezca igual concepto la formacion de que el general Pezuela se valió para atacar, formar en batalla fuera de tiro del enemigo y marchar á él en este órden haciendo al mismo tiempo fuego, no será maniobra que imiten los militares tácticos. Era entonces el modo de combatir adoptado por nuestros jefes y como se acercaba algo al órden abierto que tanto agrada á aquellos naturales, el valor personal en que nuestras tropas excedian triunfaba regularmente del número. Si contra esa línea, desordenada por la marcha y y por los fuegos que al mismo tiempo sostenia, hubiese Rondeau empleado una ó dos columnas bien dirigidas, es muy probable que el resultado de la batalla hubiese sido distinto. El general enemigo ha acreditado su insuficiencia y la gente que mandaba su inferioridad á la nuestra. Los enemigos aprendieron con la continuacion de la guerra, como los rusos de Pedro el Grande con las lecciones que les dieron los suecos de Cárlos XII, y los rivales de Pezuela fueron convirtién-

dose con la práctica en otro género de milicia; sin que por esto pretendamos disminuir ni en un ápice el mérito del afortunado general de las tropas del rey.

Al dia siguiente de la gloriosa batalla de Viluma, es decir, el 30 de noviembre, las tropas ligeras al mando de Olañeta, ascendido á brigadier, marcharon en persecucion de los fugitivos y con el encargo tambien de ocupar á Potosí. Este jefe hizo en el tránsito algunos prisioneros, recogió varios fusiles y supo en fin que Rondeau herido, con su segundo Cruz y otros jefes de cuerpo se retiraban por el lado de Chuquisaca con sólos 400 hombres reunidos y de estos cerca de la mitad sin armas, cuya circunstancia confirma la enorme rota que experimentó el ejército insurgente que habia llegado á reunir antes de la batalla sobre 6,000 hombres, casi la tercera parte mas en número que el ejército español.

D. Joaquin de la Pezuela, promovido á mariscal de campo por los felices resultados de Vilcapugio y Ayohuma, hizo una promocion en Viluma en la que ascendió á teniente general á D. Juan Ramirez, y al aprobar interinamente estas gracias el virey Abascal le promovió tambien á teniente general como merecia.

Descansó dos dias en Sipesipe, y el 2 de diciembre se puso en marcha para Cochabamba á fin de que sus tropas se repararan como habian necesidad. El dia 6 el teniente general Ramirez con el segundo regimiento, el batallon del Centro y una brigada de artillería partió para Chuquisaca con el encargo de poner en órden los asuntos del gobierno, trastornado por tercera vez por los revolucionarios. El 16 entró en Potosí el brigadier Olañeta, habiendo huido á su aproximacion los 60 enemigos que la guarnecian, despues de cometer sus acostumbrados robos. El 26 del mismo diciembre salió para Potosí el mayor general D. Miguel Tacon, ascendido tambien á mariscal de campo, con el primer regimiento y con el encargo de arreglar los negocios públicos de aquella importante provincia, cuyo gobierno le estaba confiado por S. M. Y el jeneral en jefe permaneció en Cochabamba dedicándose igualmente á restablecer el órden en la administracion pública, expurgando al mismo tiempo la provincia de los partidarios declarados de la revolucion para asegurar mas por este medio su futura tranquilidad.

A los pocos dias de establecido el cuartel general en Cochabamba salió tambien para el Valle-Grande con su batallon de Fernando VII el comandante Aguilera, ascendido á coronel efectivo, con la comision de aumentar en dicho valle su fuerza y ocupar despues á Santa Cruz

de la Sierra, cuyo gobierno le confirió el general. En esta provincia, la mas inmediata del alto Perú á los dominios del Brasil, mandaba Carrera como delegado del gobierno intruso, quien habia depuesto á su antecesor el revolucionario Warnes, retirado al partido de Mojos y Chiquitos que se hallaba igualmente conmovido. Por manera que no le faltaban atenciones al coronel Aguilera y haria un importante servicio si lograba tranquilizar aquellos paises, para lo cual servia de poderoso estímulo la entendida concesion del gobierno que el general en jefe le habia hecho.

Despues de la señalada victoria de Viluma y sus trascendentales consecuencias y con la confianza que aumentaban las tropas peninsulares en Lima, la situacion del Perú al acabar el año de 1815 era evidentemente muy distinta de como se habia presentado al principio. El Perú gozaba de los beneficios de la paz, y su ejército de operaciones victorioso ocupaba las provincias del vireinato de Buenos-Aires desde la izquierda del Desaguadero hasta Potosí y amenazaba se puede decir otras con esperanza de invadirlas ventajosamente, una vez que fuese convenientemente auxiliado. Calcúlese ahora la oportunidad con que habria arribado á las playas del rio de la Plata una expedicion de la Península. Y calcúlense en fin las naturales consecuencias que hubiera ofrecido la del general Morillo, si por desgracia de la España no se hubiese cambiado su destino, llevándola á perecer en un clima mortífero en vez de haber asegurado la posesion del dominio español en toda la inmensa extension de la América Meridional.

CAPITULO IX.

Sorpresa de Salo.—Retirada de Rondeau á Jujuy.—Ocurrencias en las tropas enemigas.—Los realistas ocupan á Suipacha y Libilibi.—El general Pezuela pasa á Mondragon y Potosí.—Ramirez.—Defensa de Chuquisaca por la Hera.—Sus operaciones.—Desastre del comandante Herrera.—La Madrid.—Brown bloquea el Callao.—Apresa dos fragatas.—Pasa á Guayaquil.—Su prision y canje.—Sorpresa y muerte de Camargo.—Los generales Pezuela y Ramirez son promovidos el primero á virey del Perú y el segundo á presidente de Quito.—Nombramiento de nuevo general en jefe.—Noticia de refuerzos.—Ocupacion de Tarija.—Facciones.—Muerte del subdelegado de Cinti.—Salen de Lima tropas europeas para el alto Perú.—Larrecja.—Nuevos apuros de Chuquisaca.—Derrota de Padilla.—Comunicacion del enemigo.—Tarija.—Aguilera.—Gerona.—Desembarco del general La Serna en Arica.—Su ingreso en el mando del ejército.

AÑO DE 1816.

El brigadier Olañeta, comandante general de la vanguardia, continuaba al sur de Potosí la persecucion de los enemigos derrotados en Viluma, cuando en 4 de enero dió parte de que segun las noticias recibidas Rondeau habia reunido en Tupiza sobre 1,000 hombres y aparentaba detenerse haciendo al efecto preparar cuarteles; mas que sabedor de la direccion de la vanguardia española habia cesado de alucinar á los incautos poniéndose en retirada para Suipachá, aunque dejando como 250 hombres de observacion en la angostura de Salo. Olañeta empezó á maniobrar con habilidad para sorprender este destacamento, y lo consiguió tan completamente pocos dias despues que, ademas de causar á los contrarios la pérdida de algunos muertos, hizo 74 prisioneros y cogió 70 fusiles, 50 lanzas, 200 caballerías, tres cajones de municiones y cantidad de comestibles, que

se distribuyeron á los batallones de Cazadores y Partidarios. Con este nuevo contratiempo prosiguió Rondeau replegándose sobre Jujuy, y Olañeta ocupó á Suipachá y Libilibi. El jeneral en jefe reforzó las tropas de la vanguardia con el primer regimiento, que mandaba por este tiempo D. Antonio María Alvarez, ascendido á brigadier en los campos de Viluma, á quien se le encargó la persecucion de los dispersos de Rondeau y de las facciones que molestaban los valles de Santa Elena, Ingahuasi y Culpina. Cerca de la hacienda que lleva este nombre, cuyo terreno es á propósito para el arma de caballería, le esperaba el valiente comandante La Madrid con un escuadron y una numerosa indiada, que capitaneaba el caudillo Camargo. Aquí se trabó un combate obstinado el 31 de enero, en el que se consumieron bastantes municiones, cuando no se contaba con mas repuesto que el de las cartucheras, descuido verdaderamente sensible. La situacion de Alvarez era delicada: con enemigos fuertes que combatir, y que por la reunion progresiva de indios alzados habia de aumentar su número, sin víveres y escaso de municiones, adoptó la determinacion de replegarse sobre Cinti, por el camino mas corto que le ofrecia la profunda y escarpada quebrada de Uturungo, lo que verificó, sosteniendo repetidos y temerarios choques el 2 y 3 de febrero, con alguna pérdida, aunque debió ser mayor la de los enemigos. Estos engreidos, persiguieron á los nuestros hasta el mismo pueblo de Cinti, y pocos dias despues entró Alvarez en Santiago de Cotagaita para reponerse de armamento, de calzado y de municiones; desde donde marchó luego á acantonarse en Moraya y Mojos.

El jeneral Rondeau se halló en Jujuy con el jefe Frenchs y como 1,000 hombres de los 2,000 remitidos de Buenos-Aires en su socorro, porque habia experimentado en la marcha la desercion que se deja inferir. La aversion al servicio militar era general en los naturales de América. Asi pues, y aun contando con los *gauchos* de Güemes, muy buenos para hacer la guerra en su propia provincia, y con la reunion de algunos dispersos mas de los de la rota de Viluma, no podia Rondeau reunir fuerza suficiente para sostenerse en Jujuy, caso de que el ejército vencedor avanzara; pero servia de garantía á los independientes la reconocida circunstancia de que los jefes españoles no estimaban conveniente la invasion de Salta sin todos los medios necesarios para continuar la ofensiva con ventaja, despues de dejar aseguradas las provincias de retaguardia, cuyo sentir era acertado.

Arreglados los negocios del gobierno de Cochabamba, el general

en jefe salió el 12 de enero de esta capital para Potosí, y dos dias despues tomaron la misma direccion el batallon de granaderos de Reserva, el de voluntarios de Castro ó Chilotes y el 2.° escuadron de Cazadores. El general llevó la ruta de Caráza, Capinóta, Sicáya, Caquíri, Sacáca y Chayanta para salir á Ancacato sobre el camino real de la posta, y los referidos cuerpos marcharon desde Capinóta por Arque y Quirquiabi á salir á Sorasora sobre el mismo camino, para excusar á la tropa el paso de los varios rios de vado mas dificil algunos en la direccion anterior. Desde Ancacato continuó el general en jefe por Vilcapúgio, Tolapálca, Lagunillas, La Leña, Llocalla, y llego el 30 de enero á Tarapaya, situándose en la hacienda de Mondragon para restablecer su trabajada salud bajo la influencia de su suave temperatura. El Estado Mayor pasó á la inmediata villa de Potosí, y en ella entraron tambien el 11 del siguiente febrero los cuerpos ya mencionados con la artillería y el parque.

El 8 de febrero entró tambien en Potosí, procedente de Chuquisaca, el general Ramirez con el 2.° regimiento, cuyo cuerpo continuó su marcha á Santiago de Cotagaita. Ramirez sufrió una demora de nueve dias en el rio Pilcomayo, porque los facciosos habian inutilizado el puente. La guarnicion de Chuquisaca la cubria el batallon del Centro, y su coronel D. José Santos la Hera se habia encargado interinamente de la presidencia de Charcas, á tiempo que el caudillo Padilla engrosaba considerablemente su faccion con oficiales y soldados de los dispersos de Viluma, y á fin de aprovechar el vacío que dejaba la salida del segundo regimiento, Padilla empezó á moverse con notable actividad contra Chuquisaca. Noticioso la Hera del plan del enemigo reunió el 9 de febrero una junta de guerra para afirmar con su apoyo la idea de no perdonar medio alguno de resistencia, y tuvo la satisfaccion de observar que el espíritu de los convocados era uniforme, marcial y decidido; pero todavia no se habia disuelto la junta, cuando aparecieron los rebeldes á la vista de Chuquisaca y la acometieron con tanta confianza que no tardaron en penetrar osadamente en algunas de sus calles. Aunque la ciudad carecia de defensas artificiales y la guarnicion era corta, la resistencia que opuso, auxiliada de varios paisanos armados, fué bizarra y la animaba con su presencia el coronel la Hera, quien, acompañado del ayudante don Felipe Ribero y de algunos soldados, acudia diligente á donde le parecia mas preciso, hasta que los esfuerzos de los leales lograron rechazar á los agresores causándoles bastante pérdida.

Instruido el general en jefe de lo que pasaba en la provincia de

Charcas, no obstante la ventaja que se habia obtenido en Chuquisaca, remitió allí al batallon del General bien bajo de fuerza. Sin embargo, con este corto refuerzo pudo la Hera salir en persecucion de Padilla, se atrevió éste á esperarlo en la Laguna y fué de nuevo batido en esta villa. En ella se detuvo el jefe español algunos dias con el fin de favorecer las operaciones de Aguilera en Vallegrande. Con todo, la revolucion crecia en la provincia de Charcas, las comunicaciones con la capital estaban obstruidas, y escaseaban en la Laguna las municiones y los recursos. Para buscar algun remedio á estas perentorias necesidades, remitia la Hera á Chuquisaca la compañía de tiradores del Centro, la cual, despues de haberse batido casi un dia entero con un número excesivo de facciosos, tuvo que regresar al punto de su partida. Entonces encargó la Hera la misma comision al comandante D. Pedro Herrera con la mayor parte del batallon del General, quien demasiado arrojado llegó á comprometerse tan inconsideradamente que, aunque se batió con el mayor valor mientras duraron las municiones de las cartucheras de su tropa, se vió al fin obligado á capitular y entregarse prisionero al caudillo Serna, que con la mas atroz barbárie lo hizo pasar por las armas con otros oficiales y mandó dar muerte á la tropa á garrotazos, acto inícuo que encrudeleció bárbaramente la guerra.

Casi al mismo tiempo que el cabecilla Serna disponia con atrocidad de la suerte de Herrera y de sus subordinados, se atrevió Padilla, auxiliado de un gran número de indios, á atacar el batallon del Centro en la Laguna; pero este cuerpo rechazó valientemente á los enemigos que, como era sabido, se dispersaban facilmente para volverse á juntar con asombrosa prontitud. Dos dias despues, era ya entrado marzo, tuvo la Hera noticia de la desgracia de Herrera, y resolvió replegarse á todo trance á Chuquisaca. En los seis dias que duró esta marcha apenas dejaron de batirse nuestros soldados, brillando en todos como á porfia la lealtad y el aliento, asi como por parte de la Hera el acierto en sus disposiciones.

Entretanto habia vuelto Camargo á reunir los indios alzados del partido de Cinti, protegido al efecto por algunos caballos del comandante La Madrid, á quien el general Rondeau habia dado la comision de recoger dispersos de los de Viluma é insurreccionar el pais. Un destacamento del primer regimiento persiguió con tanta actividad y constancia á La Madrid que le obligó á replegarse con pérdida hácia Tarija; mas noticioso el brigadier Olañeta, comandante general de nuestra vanguardia, de que este peligroso faccioso se disponia á mar-

char á Jujuy, cuartel general de Rondeau, destacó una columna que le saliera al encuentro, la cual tuvo la suerte de alcanzarlo y de batirlo con nueva pérdida en hombres y armas.

El 18 de febrero se trasladó el general Pezuela de Mondragon á Potosí con el fin de acelerar la marcha del resto del ejército hácia Santiago de Cotagaita, para donde habia partido ya el general Ramirez. Hizo tambien el general Pezuela salir sigilosamente de Potosí para el valle de Cinti al batallon de Castro y á la mayor parte del escuadron de su guardia con el expreso encargo de que lanzasen al menos de él al caudillo Camargo, que no cesaba de causar destrozos en sus hermosas y ricas haciendas.

Recibióse en Potosí el 26 de febrero el correo de Lima, y por él la noticia de quedar bloqueado el puerto del Callao por cuatro buques de guerra, pertenecientes á Buenos-Aires, al mando del ingles Brown. Esta escuadra se armó y preparó en el rio de la Plata, despues de la pérdida de la española que auxiliaba poderosamente la defensa de Montevideo. Y nótese que cuando en 1813 la guarnicion de esta plaza, aunque compuesta de 6,000 hombres, entre ellos 4,000 veteranos no podia dar un paso por tierra que no fuese marcado con pérdidas y quebrantos, como dice Torrente: «seguia la marina, *continúa*, ejer- «ciendo una decidida superioridad, y era la única fuerza que podia «hostigar con fruto á los rebeldes. Valiéndose de esta ventaja, no ha- «bia punto da la costa que pudiera sustraerse á su poder, y el núme- «ro de sus triunfos se contaba por el de sus empresas, sin que hu- «biera tenido mas contraste que en el desembarco de 250 hombres, «verificado en el mes de febrero en las inmediaciones de S. Lorenzo.» Esto no obstante al año siguiente de 1814, despues de referir el citado historiador las diversas facciones que dividian á los revolucionarios, *dice*: «sin embargo de tan horrorosa discordia iban tomando «bastante incremento las tropas de la capital (Buenos-Aires) y su «marina. Mandada esta por el ingles Brown, bien provista de todos «los pertrechos guerreros proporcionados por este aventurero y por sus «paisanos, atacan la escuadra realista y la vencen en 16 de mayo. Fal- «tando á los sitiados este único recurso que les quedaba para proveer- «se de víveres, caen en el mayor desaliento: y tomando al mismo «tiempo los negocios un aspecto mas serio por la parte de tierra, se «rinde finalmente (Montevideo) y se pierde con aquella plaza el pa- «ladion de la autoridad real en la América meridional (1)».

(1) Historia de la revolucion Hispano-Americana.

Tan extraordinaria fortuna puso al gobierno de Buenos-Aires en estado de destinar al mar Pacífico la escuadra que al principio del presente año de 1816 se presentó á la boca del puerto del Callao, durante cuyo bloqueo, aunque de corta duracion, tuvo Brown la suerte de apresar dos fragatas mercantes, la Consecuencia, procedente de la Península y la Candelaria de Chile. En la primera, ricamente cargada, fueron prisioneros varios pasageros y entre ellos el brigadier Don Juan Manuel de Mendiburo, nombrado gobernador de Guayaquil por S. M., los cuales todos debieron poco despues su libertad al temerario arrojo del enemigo. El virey de Lima supo en marzo de 1815 el apresto y destino de esta escuadra al mando de Brown, como él mismo confiesa en la relacion de su gobierno. Pareciale imposible que los independientes de Buenos-Aires se hubiesen decidido á semejante empresa á no contar sobre seguro con la variacion de destino del ejército expedicionario del mando del general Morillo, *cuya noticia tuvieron con anticipacion, pues debiendo oponer fuerzas á aquellas fuerzas no hubieran debilitado las que debian obrar sobre el agua.* De aquí concluia el virey: «que sus agentes (los de Buenos-Aires) en «Europa penetraron el misterio del destino de las tropas para comu«nicarlo á sus comitentes con la mayor anticipacion, y que ha sido «tan util á los revolucionarios como perjudicial á este virei«nato (1)».

La primera noticia que se tuvo en Lima de que una escuadra enemiga cruzaba entre las islas de las Hormigas y el Callao, aunque sin dejarse ver de tierra, la comunicó el subdelegado de Chancay con referencia á los prisioneros que venciendo gravísimos peligros habian logrado escaparse de dichas islas y aportar en una lancha á dicha costa. El virey expidió inmediatamente las órdenes oportunas para la vigilancia y posible defensa de la costa, reforzó las observaciones de caballería del pais con destacamentos de los escuadrones de húsares y dragones peninsulares, aumentó la guarnicion de los fuertes del Callao con tropa de Extremadura, mandó que los buques surtos en el puerto se acoderasen de la manera mas conveniente á juicio del jefe del apostadero; apostó una goleta correo en las islas de S. Gallan y el falucho de rentas á sotavento del puerto para dar avisos, y finalmente apeló al acreditado patriotismo del consulado para un armamento especial *en circunstancia* que la *marina no podia prestar auxilio alguno, porque carecia de fuerzas*, y la real hacienda no se

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

hallaba en estado *de emprender erogacion por pequeña que fuese.*

Dos dias despues de recibida la expresada noticia, es decir, el 21 de enero á las tres y media de la tarde los cuatro buques enemigos se avistaron como 4 leguas al oeste del Callao con banderas largas. El virey repitió sus prevenciones y muy particularmente á los buques que se hallaban en el puerto con el fin de precaver que pudiesen ser incendiados por sorpresa, como tal vez fué la intencion de Brown. Este atrevido marino atacó en efecto con cinco ó seis botes armados la bahía cerca de las cuatro de la mañana del dia siguiente 22, sosteniendo el ataque con una fragata y un bergantin; pero fué bravamente repelido por un lanchon y nuestros botes tambien armados. Repitieron los enemigos su empeño en la noche del 27 de enero bajo la proteccion de uno de sus buques mayores á la vela; mas despues de un largo fuego de cañon y de fusil fueron tambien rechazados con la pérdida de 29 hombres muertos, considerable número de heridos y no pocas probables averías en el buque que mas sostuvo el fuego.

«Con un descalabro semejante, *dice el virey*, y con el temor de »que las fuerzas sutiles del puerto se empleasen contra su escuadrilla, »pues á su vista se trabajaba de dia y noche en su apresto, igualmen»te que en el de los buques del comercio, dieron la vela despues de al»gunas presas que la casualidad les proporcionó en la boca del mismo »puerto, y á las que no pudo alcanzar el recurso de las embarcaciones »apostadas en los puntos de recalada; pero no fué sin fruto esta medida »que libró al navío de la compañía de Filipinas, nombrado *San Fer»nando*, cuyo valioso cargamento procedente de Panamá, era de sumo »interés para este comercio.»

»Hasta el 6 de febrero no pudieron evacuarse en el Callao los »aprestos de la armadilla compuesta de seis buques con la fuerza de »126 piezas de calibres proporcionados á sus portes y 980 hombres »de tripulacion y guarnicion, inclusos los artilleros é infantes que se »consideraron necesarios para su auxilio, quedando por fuerza sutil »para defender el puerto cuatro lanchas cañoneras, un lanchon con un »cañon de á 18 y la lancha de la fragata *Piedad* con uno de á 12, y »ademas de los botes de fuerza de su dotacion, los del comercio que »se hallaban en estado de rendir provecho ó hacer algun servicio en la »bahía.» (1)

Habiendo desaparecido la escuadra enemiga del Callao, y á pesar de que las probabilidades inclinaban á creer que hubiese hecho rum-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

bo al norte, el consulado despachó la armadilla de su armamento hácia el sur, dándola las instrucciones á que habia de sujetarse. A los pocos dias de haberse hecho á la mar estos buques, se recibió parte de que los enemigos se habian avistado sobre la costa de Tumbez, y fué preciso despachar un alcance á nuestra armadilla para que, retrocediendo al Callao, pudiera luego seguir en demanda de la de Brown. Este mas arrojado que prudente «entró en la ria de Guayaquil, dice »el rey, con un bergantin y una goleta, y rindiendo la batería de Pun»ta de Piedras, por su cortísima guarnicion y falta de municiones, su»bió hasta ponerse frente al fuerte de San Cárlos. Alli sufrió el ber»gantin á tiro de fusil pérdida considerable de su tripulacion, y obli»gado por el fuego de una partida de 50 hombres de infantería, y otra »con que fué socorrida aquella, baró el buque rindiéndose á las armas »del rey con el principal ó jefe de los piratas que se hallaba á su bor»do. A los cinco dias se presentó el resto de la expedicion batiéndose »con el fuerte de la Cruz, que se habia formalizado por la actividad del »coronel Bejarano en parage avanzado mas de 900 varas al de San »Cárlos.

»El acertado fuego de esta batería hizo fondear á la fragata fuera »del tiro, á repararse de los daños que habia recibido en el casco y ar»boladura, y convencido el enemigo de la imposibilidad de vencer este »punto, desistió de su empresa y pasó á tratar con el gobernador so»bre el cange del general de aquella escuadrilla con los prisioneros que »traia á su bordo, hechos en el puerto del Callao y que venian de pa»sageros desde Cádiz en la fragata Consecuencia. Nadie dudába, se»gun esto, que seria desechada semejante proposicion, porque siendo »ventajosa la situacion del gobernador de Guayaquil, era este el caso »forzoso de dictar la ley á los piratas. A pesar de todo, la sorpresa »del público, del comercio y la de este gobierno fueron grandísimas al »ver concedida en todas sus partes la transaccion propuesta por el »enemigo devolviéndole al caudillo principal, alma de la empresa, »para continuar sus hostilidades en toda la extension del Paci»fico.» (1)

Vuelto Brown al mando de su escuadra, á consecuencia del cange de prisioneros acordado por el gobernador de Guayaquil, hizo rumbo hácia la costa de Panamá, mientras los buques armados españoles se hallaban en la de Chile. A haber contado el virey del Perú con fuerzas navales competentes, ó no se hubiera realizado esa atrevida expe-

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

dicion, ó habria sido el enemigo prontamente perseguido y acaso provechosamente escarmentado. El puerto del Callao era, por su posicion central, el mas propio y adecuado para mantener en él el armamento marítimo que las circunstancias reclamaban; pero esta necesidad reconocida y representada al gobierno supremo por todos los jefes superiores del pais, no pudo nunca llegar á ser útilmente satisfecha, y aun quiso nuestra desgracia que los buques de guerra españoles que pasaron al Pacífico viniesen á aumentar el poder naval de los independientes de la manera que se irá viendo.

El general Pezuela continuaba en Potosí los aprestos del movimiento iniciado hácia el extremo austral de la provincia, cuando le llamó la atencion el cabecilla Betanzos, apostado con su faccion sobre el camino de Chuquisaca, cuyas comunicaciones obstruia. Interesaban estas mucho para que el general en jefe las descuidará, y asi destacó inmediatamente algunas compañías para asegurar aquellas, las cuales salieron de Potosí el 10 de marzo. La frecuente aparicion de cabecillas nuevos y la consiguiente interceptacion de los caminos eran asuntos que no podian dejar de entrar en los cálculos del general, interesado en el sosiego del pais y en la libre comunicacion de los pueblos. La tranquilidad de estos era de la mayor importancia para las operaciones en mayor escala, y para conseguirla y asegurarla pensaba organizar una columna con la fuerza de 1,000 hombres de todas armas, y destinarla exclusivamente á la persecucion de las partidas de indios alzados, que obstruian las comunicaciones y perturbaban el sosiego público. Este pensamiento indudablemente útil no llegó á tener efecto, como se proyectaba.

Recibida en Potosí la noticia del desastroso fin del comandante Herrera y de la tropa que mandaba, el estado de la provincia de Charcas reclamaba un pronto auxilio, y con este objeto el jeneral en jefe remitió á Chuquisaca al general Tacon con una columna á la ligera. Este jefe incorporó al batallon del Centro los restos del del General, dispuso seguidamente algunas batidas en las que continuó distinguiéndose el cuerpo que mandaba la Hera, y no apareciendo tan triste como se habia creido la situacion de dicha provincia, regresó luego á Potosí. Entonces el cuartel general se puso en marcha el 18 de marzo y, siguiendo por la Lava, Tuctapari, Vitiche, las Cabezas, Tumusla y Escara, llegó el 24 del propio mes á Santiago de Cotagaita. Asi las cosas, la cuestion que se ventilaba con las armas en el nuevo-mundo ofrecia en esta época un porvenir de lisonjeras esperanzas para la España.

El extenso vireinato de Lima disfrutaba de completa tranquilidad: las provincias del de Buenos-Aires desde el Desaguadero á Tarija y Santa Cruz de la Sierra, denominadas del alto Perú, estaban ocupadas por la superioridad de las armas españolas, que perseguian en todas direcciones á los cabecillas obstinados en fomentar y mantener la revolucion: los importantes reinos de Chile y de Quito obedecian al gobierno español: el bravo é infatigable general Morillo hacia grandes progresos en la pacificacion del vireinato de Santa Fe de Bogotá, despues de haber ocupado el 6 de diciembre anterior la plaza de Cartagena, si bien á costa de pérdidas considerables en las tropas europeas, diezmadas por la terrible influencia de aquel insalubre clima, y en el vastísimo imperio de Méjico la revolucion parecia vencida; ni en el mar Pacífico en fin, despues de la desaparicion de Brown, ondeaba tampoco el pabellon revolucionario, tan funesto mas tarde para la España. Es verdad que el Perú contaba con pocas fuerzas navales y aun estas de corta valía; pero el gobierno de S. M. prometia prontos y eficaces auxilios.

El buen órden que se advertia en la administracion del Perú y la opinion de sus pueblos favorable en general á la causa de España entonces, debido todo á la rectitud y acreditada experiencia del virey marqués de la Concordia y á los felices resultados de la campaña, obtenidos por el general Pezuela, permitian al gobierno superior pensar en llevar las operaciones ofensivas á la provincia de Salta para sacar todo el partido posible del efecto que naturalmente habia de haber producido en ella la derrota de sus huestes en Viluma. En este concepto el virey hizo con fecha 26 de febrero al general en jefe las prevenciones que estimaba conducentes; pero sometiendo, como era prudente, á la discreccion del general la ejecucion de ese pensamiento, facultad tanto mas necesaria cuanto, como decia el virey: «á distancias tan »enormes todo varía con el tiempo, y mas en estos paises en que la in»constancia del soldado, que no alcanza á contener los estímulos del »premio y del castigo, hacen variar casi diariamente la fuerza del cuer»po de operaciones.» (1)

Mientras la espresada órden preventiva cruzaba la grande distancia que separa á Lima de Santiago de Cotagaita, una comunicacion del general en jefe de 21 del mismo febrero hácia igual camino en direccion inversa. En ella exponia el general al virey la escasez de fuerzas con que podia contar para dar mayor extension á las operaciones, y concluia pidiendo que se remitiesen al ejército las tropas peninsulares

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

que se hallaban en Lima y habian formado la 4.ª division del ejército de Morillo. Pero de esta tropa, confiesa el virey, que solo podian marchar los dos escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Union, despues de la estacion de las aguas, tentando el arbitrio de que fuesen por tierra y llevasen los caballos de mano, como se verificó oportunamente.

«De la expedicion de 2,000 hombres, continúa el rey, que debió »salir de Cádiz en noviembre de 1815 en derechura para el Callao, se »encontraron en la mar con la órden de dirigirse á Portovelo. Para el »trasporte de estos me hallaba habilitando con gran trabajo los bu»ques que debian trasportarlos (desde Panamá) y en esta virtud dispu»se que los cuerpos de Búrgos y Gerona, con todo el número de pla»zas de que se componian, navegasen en derechura hasta Arica y de »allí marchasen al cuartel general, y el de Cantabria destinado á re»forzar el Real de Lima (hoy infante D. Cárlos) al Callao, á cuyo arri»bo deberá seguir el de Extremadura al ejército en las propias embar»cáciones. Por lo pronto era imposible tomar otra determinacion que la »de recomendar con eficacia como lo hice al presidente del Cuzco el »envio de reclutas de aquella provincia, ínterin que Morillo, dueño de »Santa Fé, disponia remitir el sobrante de tropas de su expedicion.» (1) Véase, pues, si los partidarios de la dominacion española, que positivamente entonces eran en gran número, merecian disculpa si se lisongeaban con la idea de la próxima pacificacion de la América meridional. Pero no es dado á los mortales el poder leer en el gran libro de los destinos.

Mientras el general en jefe esperaba en Santiago de Cotagaita, el batallon de voluntarios de Castro y 70 caballos alcanzaron cerca de Culpina la faccion de Camargo, posesionada de un cerro áspero y de muy difícil acceso. Ocupado el jefe de esta columna de discurrir el modo de desalojar al enemigo á menos costa, se le presentaron el 2 de abril dos indios de dicha faccion, y dieron noticia puntual de su fuerza, de la formidable posicion que habia elegido, de sus preparativos de defensa y de sus miras hostiles; mas uno de ellos se ofreció á servir de guia para que nuestra tropa ganara en silencio la cumbre del expresado cerro donde campaban los insurrectos. En esta confianza el jefe del batallon de Castro se puso en movimiento á las ocho de la noche del mismo dia, previniendo al comandante de los 70 caballos la ruta que habia de seguir hasta apostarse á la entrada de la llanura sobre la que

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

se levanta el mencionado cerro, y á la madrugada del siguiente 3 de abril habia logrado situarse dominando el campamento enemigo sin que nadie le sintiera. Fué este atacado de improviso con tal ímpetu de nuestra parte y tanta sorpresa de los contrarios que no acertaron á defenderse, ni pensaron mas que en huir despavoridos en la direccion que les era posible, dejando en el campo crecido número de muertos y heridos, entre los primeros á su jefe Camargo, al cabecilla Villarrubia y 11 oficiales mas de menor cuenta con algunas armas. La muerte del titulado coronel Camargo era un beneficio para los pueblos que asolaba con sus contínuas depredaciones y enormes exacciones, y por lo tanto fué remitida su cabeza al cuartel general, donde se mantuvo expuesta al público algunas horas. La muerte de este partidario, nombrado por el general Rondeau, comandante general, y la completa derrota de su faccion se estimaron como merecian, asi por la actividad y notoria influencia del caudillo, como porque iba á respirar el fertil y acosado valle de Cinti.

Entre tanto llegó á Lima por la via de Panamá un correo de la Península con correspondencia pública, y se recibió con ella la real órden de 14 de octubre de 1815, por la que mandaba S. M. que el general Pezuela relevase interinamente al marqués de la Concordia en los cargos de virey y capitan general del Perú, y al mismo tiempo se servia nombrar al teniente general don Juan Ramirez y Orozco gobernador presidente del reino de Quito, eligiendo para el mando en jefe del ejército del alto Perú al mariscal de campo D. Estanislao Sanchez Salvador. Recibiéronse estas noticias el 10 de abril por extraordinario en Santiago de Cotagaita con prevencion expresa del virey marques de la Concordia para que Pezuela entregase el mando del ejército al general Ramirez hasta el arribo de Salvador, que debia salir de la Península en noviembre último con los 2,000 hombres, de que se ha hecho ya mencion, á fin de que pudiese trasladarse lo mas pronto posible á la capital del reino para tomar posesion de su nuevo y elevado destino.

El virey don José Fernando Abascal, marqués de la Concordia, que habia gobernado el Perú mas de nueve años con fortuna, que disfrutaba de una distinguida reputacion en el mando, y que era querido y respetado como sus relevantes prendas merecian, fundándose en lo avanzado de su edad, que le impedia poder continuar en el desempeño del gobierno del vireinato con el acierto que habia logrado hasta entonces, tenia dirigidas al rey reiteradas súplicas en solicitud de un sucesor, y accediendo al fin S. M. á sus instancias nombró

para que le remplazara al general Pezuela que capitaneaba con gloria el ejército de operaciones. Menester es convenir en que la eleccion de este jefe parecia la mas acertada para sustituir en aquellas circunstancias al marqués de la Concordia; pero tambien es preciso reconocer que no era empresa sencilla ni muy fácil la de ocupar convenientemente el alto puesto que dejaba tan acreditado virey. El pais recibió con respetuoso atacamiento y aun con esperanzas el nombramiento del general Pezuela para el mando del Perú, y dió al propio tiempo al anciano Abascál las muestras mas inequívocas del sentimiento que le causaba su separacion. Esta es sin duda la mas satisfactoria y gloriosa recompensa á que puede aspirar un honrado gobernador.

El 13 de abril se recibió en el cuartel general una comunicacion del brigadier Olañeta, participando haber entrado en la villa de Tarija, evacuada por los enemigos á quienes perseguia: que un ayudante de dragones de Chile, que se le habia presentado, afirmaba que el gobernador de Salta Güemes y el general de la república argentina se habian hostilizado por espacio de nueve dias en los bosques de dicha provincia, pero que se hablaba ya de haber llegado á entenderse: y que las tropas de Buenos-Aires, aunque reforzadas con 200 dragones de Santa Fé, y ocho piezas de artillería de á cuatro, ningun cuidado debian dar al ejército español por su frente.

No era tan lisongero el estado de algunos pueblos de las provincias de retaguardia donde pululaban de nuevo las facciones. Apoderada una de ellas de una fuerte posicion en el partido de Ayopaya, provincia de Cochabamba, la atacó el subdelegado con 70 fusileros; pero inexperto en la manera de guerrear de los indios, no supo resguardarse de las muchas galgas, grandes piedras, que hicieron rodar sobre su gente al atacar la posicion, le mataron 16 hombres y pusieron el resto en precipitada fuga. Alebronado el mismo gobernador subdelegado no paró hasta Oruro, abandonando su tropa á la merced de aquella turba de foragidos. En Chayanta tambien se habia levantado otra partida de 200 indios armados de macana y honda, pero el subdelegado de este partido con la corta guarnicion con que contaba, consiguió alcanzarlos y dispersarlos escarmentándolos.

El 15 de abril salió de Santiago de Cotagaita para la capital de Perú el general Pezuela electo virey interino. El ejército que dejaba no podia emprender operacion alguna de importancia por el frente, ya por tener empleada una parte de su fuerza en la persecucion de las facciones y en la pacificacion de los pueblos sublevados de retaguardia, ya tambien por escasez de municiones á punto que el primer pedido del

general Ramirez al virey, encargado ya del ejército, fué el de 500,000 cartuchos de fusil. S. E. satisfizo esta demanda remitiendo inmediatamente á Arica 300 quintales de polvora, «para que, *dice*, ejecutándose allí la cartuchería y las balas, por el menor costo del plomo, »se ahorrase, á mas de la conduccion, la diferencia que hay en el precio desde 12 ó 14 pesos que cuesta en esta capital el quintal de plomo hasta 12 reales (plata fuerte) que es al que allí se expende, sirviéndose al propio tiempo de los embases de la polvora para depositar los cartuchos (1).» Tambien determinó el virey reforzar el ejército de operaciones, como pensaba, con los escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragrones de la Union, á los cuales hizo prevenir que se aprestasen á marchar al alto Perú.

Súpose en el cuartel general que una gran reunion de indios de Puná y de San Lucas se habian apoderado de nuevo del famoso cerro de Ñuqui, y aun atacado la primera poblacion de donde fueron rechazados causándonos la pérdida de un oficial. El cerro de Ñuqui dista cinco leguas de Vitiche, y por lo tanto les era fácil á los alzados invadir el camino real de Potosí al cuartel general, robar los auxilios de dinero, vestuario, municiones y toda clase de provisiones que se remitian al ejército, y aun estrechar á dicha villa cortándole los víveres. Para impedir estos inconvenientes volvió á salir el 25 de abril contra aquella reunion el bravo batallon de Castro.

El 27 del mismo abril se recibió en el cuartel general por el correo de Lima la noticia de que se hallaba en Panamá con destino al Perú un refuerzo de tropas europeas; y que tambien con alguna tropa habia salido de Cádiz el mariscal de campo D. José de la Serna, nombrado general en jefe del ejército real del Perú en lugar del general Salvador. El deseo de los que suspiraban por ver terminada aquella guerra hacia ascender á 3,000 hombres ambos refuerzos.

Asi que salió de Cinti el batallon de Castro volvieron á reunirse aquellos tenaces indios. El subdelegado con mas arrojo que prudencia marchó contra ellos con poca tropa y algunos paisanos armados; mas habiéndose temerariamente adelantado cayó en una emboscada, fué derribado del caballo de una pedrada y abandonado de su gente quedó en poder de sus inhumanos enemigos que lo acabaron de matar mutilándolo bárbaramente, cuya triste nueva se recibió en el cuartel general el 2 de mayo. Muchas de las desgracias, de las que se experimentaron en la guerra de América, casi siempre provenian de exceso

(1) Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

de valor y de necia confianza, y era sensible observar la facilidad con que se olvidaban tan desastrosas y sangrientas lecciones.

El 4 de mayo recibió el general en jefe parte del comandante del batallon de Castro avisando su vuelta á Vitiche, despues de haber desalojado dos veces del cerro de Ñuqui á los indios alzados; haciéndoles algunos prisioneros y cogiéndoles porcion de ganado: decia tambien que habia mandado prender fuego al pueblo de San Lucas por la rebeldía de sus indios y dar muerte á los prisioneros. Este cuerpo entró dos dias despues en el cuartel general, pero dejó en Vitiche una corta guarnicion.

El 6 y 7 de mayo salieron de Lima para el alto Perú los escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Union, montados en bagages y llevando de mano los caballos que les habian de servir para la campaña, despues de una marcha de mas de 500 leguas la mayor parte por entre cordilleras. El virey Pezuela traia el mismo camino desde Santiago de Cotagaita, atravesando las provincias de Potosí, Oruro, la Paz, Puno, Cuzco, Huamanga, Huancavelica y parte de la de Lima; y noticioso de la direccion de dichos escuadrones les mandó suspender la marcha hasta nueva determinacion, bien fuese con el fin de revistarlos como lo hizo, bien, lo que parece mas probable, porque no le embarazasen en la suya atendida la escasez particularmente de forrages que se experimentaba en la mayor parte de los pueblos del tránsito. Los húsares de Fernando VII recibieron la órden para suspender la marcha el 8 de junio en Tambocangallo y permanecieron allí hasta el 10 que por falta absoluta de forrages retrocedieron á Huamanga seis leguas. En el recibimiento del virey en esta capital formaron los escuadrones europeos y S. E. se manifestó muy satisfecho de su brillante estado: sobre el 27 del citado junio volvieron á emprender su viage. El virey electo habia continuado antes el suyo para la capital del vireinato, en la que hizo su entrada pública el 7 del siguiente julio con la pompa y solemnidad de costumbre. Poco despues mandó salir tambien de Lima para el ejército de operaciones el regimiento de infantería Extremadura.

Entretanto volvieron los indios rebeldes á apoderarse del cerro de Ñuqui y aun llegaron á amenazar la guarnicion de Vitiche, cuyo comandante dió parte el 9 de mayo al general en jefe de que noticioso de la aproximacion de los indios habia hecho salir á su encuentro parte de la guarnicion, la cual habia logrado batirlos cogiéndoles 15 prisioneros que fueron seguidamente muertos á palos: que persiguiendo á los batidos emprendieron estos resistir favorecidos de la escabrosi-

dad de la inmediata quebrada: que tambien fueron aqui batidos y dispersados, y que habiéndoles hecho 11 prisioneros con un caudillo sufrieron todos la misma clase de muerte que los anteriores. Véase por esta muestra el caracter de ferocidad que la guerra habia tomado, provocado indudablemente por la atroz inhumanidad con que aquellos facciosos habian sacrificado y continuaban sacrificando á los prisioneros realistas.

Los indios del partido de Larecaja cansados de agitacion y de desórden se levantaron contra sus propios cabecillas, prendieron al principal, que era el cura Muñecas, y otros 30 y los entregaron á las autoridades legítimas. Todos fueron pasados por las armas menos el cura Muñecas, á quien el virey Pezuela mandó conducir de la Paz al Cuzco, para que fuese allí degradado antes de sufrir la pena á que habia sido condenado. Mas en el camino fué muerto Muñecas de un tiro escapado casualmente á uno de los soldados de la escolta segun avisó el comandante.

A mediados de mayo recibió el brigadier Olañeta en Yavi una comunicacion del general Rondeau, fechada en Jujuy el 30 de abril: en ella decia que no habiendo permitido las circunstancias dar cumplimiento al cange, acordado en el año anterior, de la esposa del brigadier Olañeta y dos oficiales mas por el mayor general Rodriguez, enviaba ahora á dicha señora con la escolta correspondiente y esperaba en consecuencia que Olañeta señalase el punto al que queria fuese conducida para que se realizara su entrega, como se verificó pocos dias despues en Yavi, acompañándola su tio D. Domingo Iriarte y seis dragones enemigos. Nótese que esta señora era natural de la ciudad de Salta. Sobre el 22 de mayo llegó igualmente á Yavi el gobernador de Cochabamba Goiburo, que habia sido conducido prisionero á las provincias de abajo con el Illmo. Moxó, arzobispo de Charcas, y lo remitia tambien Rondeau para completar el cange de Rodriguez. Aseguraba Goiburo que corria entre los enemigos que los portugeses movian tropas del Brasil hácia Montevideo y que en Buenos-Aires habian depuesto al director supremo Alvarez y nombrado en su lugar á Puirredon.

Pocos dias despues el comandante de la vanguardia Olañeta pasó de Yavi á Santiago de Cotagaita para conferenciar con el general Ramirez sobre las noticias recibidas del pais enemigo. Resultaba tambien de ellas que en la division de Frenchs reunida en Jujuy servian mas de 300 españoles europeos, á quienes se hizo advertir que, tratándose de avanzar al Perú, se deseaba saber si querian continuar en el servicio de la *patria* como hasta alli, y que al efecto diesen algunos

pasos al frente los que estuvieran por la afirmativa, á cuya prevencion solo cuatro hombres se movieron con sorpresa de los independientes: que reconvenidos entonces los demas respondieron que habian tomado partido en Buenos-Aires porque se les hizo entender que aquella guerra se emprendia por una querella particular con el vireinato de Lima; pero que convencidos ahora de que se trataba de atacar los derechos del rey y de la España, de ningun modo querian continuar sirviendo, cualquiera que fuese su suerte; que á consecuencia de esta respuesta fueron seguidamente desarmados, despojados del vestuario, puestos en prision y conducidos poco despues al Tucumán: que á su tránsito por Salta la señora de Lezama, compadecida del estado de desnudez en que iban esos desgraciados, pidió permiso á Güémes para socorrerlos, y obtenido este sin dificultad cubrió generosamente su principal necesidad: que la desavenencia entre Güemes y Rondeau habia sido tan seria que amenazó el primero unirse con su gente al ejército real, si el segundo lograba sobre él alguna ventaja: que Güemes y Panáná su 2.° habian hecho despojar á algunos *patriotas* de lo que habian robado en el Perú y entre ellos al falaz Rodriguez que se habia enriquecido en Chuquisaca: y finalmente que las provincias de Santiago del Estero y del Tucuman estaban casi en hostilidad abierta, porque los pueblos se iban cansando del estado de inquietud en que vivian y aborreciendo el gobierno revolucionario de Buenos-Aires.

Mucho partido pudieran sacar los jefes españoles de las referidas desavenencias, caso de ser ciertas, si hubiesen podido contar con fuerzas suficientes para avanzar al pais enemigo, sin dejar desatendidas las provincias de retaguardia donde las partidas de facciosos no cesaban de crecer; pero careciendo de tan necesario arbitrio se vieron obligados á esperar, con tanta mayor prudencia cuanto la aparicion de destacamentos independientes por el frente de nuestra vanguardia estaba en contradiccion con las noticias que el brigadier Olañeta habia recibido y acababa de comunicar. Máxima fué siempre de aquellos enemigos hacer preceder sus operaciones ofensivas de especies favorables á los realistas.

A precaucion acordó muy oportunamente el general Ramirez la reconcentracion de sus fuerzas arrostrando el inconveniente que ofrecia el respiro que se iba á dar á las facciones del interior. Así fué que no habiendo quedado en la provincia de Charcas mas tropa que el valiente batallon del Centro, que mandaba el coronel la Hera y un escuadron denominado de la Laguna, creyó el caudillo Padilla muy favo-

rable la ocasion y redoblando su notoria actividad se aproximó á Chuquisaca con fuerza bien pronto; mas habiéndole salido al encuentro el comandante del Centro con 500 hombres de su cuerpo y una compañia del escuadron de la Laguna alcanzó, derrotó y dispersó á Padilla en la madrugada del 28 de mayo, causándole alguna pérdida sin desgracia de consideracion por su parte.

Por el frente del ejército, el primer escuadron de Cazadores, que formaba parte de la division de vanguardia, sorprendió á principios de junio un destacamento enemigo de 16 hombres, de los cuales fueron dos muertos y el resto prisionero. Declararon estos que el general Rondeau estaba en Jujuy con 1,500 hombres y Güemes en Salta mandando con independencia de aquel general en jefe: que en la quebrada de Humahuaca y cerca de Tumbaya habian construido una bateria de cuatro cañones de á 6: en el mismo pueblo de Humahuaca habia como 40 dragones y en el puesto del Marqués 30, los 20 armados de fusil y los otros 10 de lanza: y que el marqués de Tojo se hallaba en Casavindo con la indiada de sus estados reunida, pero que experimentaba mucha desercion. En consecuencia dióse órden á la vanguardia para que se moviera sobre Casavindo á fin de alejar de alli al expresado marqués.

Cómo la aparicion de partidas enemigas por el frente de nuestra línea hacia temer por la conservacion de Tarija que formaba la izquierda y se estimaba importante, salieron el 17 de junio para dicha villa el segundo regimiento y el escuadron de San Cárlos, que debia quedar en ella de guarnicion. El 24 del mismo mes se recibió en el cuartel general la noticia de que el marqués de Tojo se habia retirado de Casavindo y dispersádosele muchos indios al saber el movimiento de nuestra vanguardia, de cuyas resultas habia regresado ésta á su posicion de Yavi.

Por este tiempo llegó tambien al cuartel general una comunicacion del general Rondeau, abundando en sentimientos de humanidad y extendida en términos muy atentos: proponia en ella un cange de prisioneros, que podria verificarse, añadia, sin etiquetas y hombre por hombre. El general Ramirez no fué menos urbano en su contestacion, indicando desde luego que el cange habria de efectuarse segun las prácticas de la guerra y por clases; pero que aun para esto necesitaba la autorizacion prévia del virey de quien dependia el ejército de operaciones. En nuestro cuartel general se daban las mas favorables interpretaciones á los buenos términos de que usaba el enemigo en su comunicacion, porque se habian concebido grandes esperanzas de

casamiento del rey Fernando y de su hermano D. Cárlos con dos princesas portuguesas, cuya córte residia en el Brasil.

A principios de julio se estableció en Tarija la expedicion del segundo regimiento batiendo y dispersando los enemigos que se le presentaron. Siguió su persecucion el escuadron de Blandengues, que impidió la reunion que los grupos dispersos intentaban, y toda la provincia de Tarija hasta el rio Bermejo parecia por entonces sosegada. En este concepto el segundo regimiento dispuso su regreso al cuartel general, como se le habia prevenido; mas la tranquilidad de Tarija era mas aparente que real: no fué de larga duracion.

Entretanto, como las provincias de retaguardia habian quedado con poca fuerza del ejército, la revolucion progresaba en ellas visiblemente. El caudillo Padilla habia engrosado asombrosamente su faccion, y no solo interceptaba los caminos de la provincia de Charcas, sino que llevó su osadía á aproximarse á Chuquisaca y á intimarla su rendicion. Gobernaba la provincia el coronel D. Rufino Vercolme, y tenia á sus órdenes el batallon de línea el Centro que mandaba la Hera; pero sobre estimarse reducido el número de individuos que contaba este cuerpo, aunque de buena calidad, se echaba de menos entre los jefes la buena inteligencia y armonía siempre necesarias y mas en circunstancias difíciles. Contraido Vercolme á la conservacion y defensa de la capital, sufrian la guarnicion y la poblacion grandes fatigas, trabajos y privaciones. Este penoso estado llamó la atencion del general en jefe, quien hizo salir de Cotagaita para Chuquisaca el 18 de julio al general Tacon con los granaderos de Reserva, autorizándole para que hiciera tomar la misma direccion á un batallon de nueva creacion, formado en el Cuzco sobre la 7.ª compañía de Extremadura, del cual era comandante D. Manuel Ramirez, y que debia llegar de un dia á otro á Potosí.

Mientras el general Tacon caminaba á Chuquisaca, el gobernador de Charcas Vercolme adoptó la resolucion que le proponia la Hera, permitiéndole hacer algunas salidas de las que resultaron varios encuentros ventajosos, particularmente en la del 20 de junio en que fueron mas decididamente arrollados los bloqueadores de Chuquisaca, noticia que causó mucha satisfaccion en el cuartel general donde se recibió el 27 del mismo mes; pero no quedarian expeditas convenientemente las comunicaciones de Charcas hasta que el general Tacon alcanzase á Chuquisaca y pudiese maniobrar contra Padilla.

Por el correo de Lima que se recibió en el cuartel general el citado 27 de julio, se supo que se hallaba en Portobelo un nuevo refuer-

zo de tropas peninsulares con destino al Perú, y que el batallon voluntarios de Gerona, de la misma procedencia y que mandaba el teniente coronel D. Alejandro Gonzalez Villalobos, habia zarpado del puerto de Panamá con rumbo al de Arica.

A fines del propio julio los comandantes de los cantones de Vitiche y de Cinti hicieron algunas correrías sobre los grupos de indios alzados, dispersándolos siempre y cogiéndoles porcion de ganado, que venia á ser para dichos indios el castigo mas sensible. El primero sorprendió en el puelo de San Lucas un capitan y 16 hombres y los hizo á todos prisioneros. Tan penoso servicio tenia que ser frecuente en las tropas del rey, tanto por el estado de conmocion del pais, como para procurarse recursos de subsistencia. Tal era el carácter singular de esa güerra generalmente poco conocida y menos apreciada en Europa.

Por el frente de Yavi se descubrieron igualmente algunas partidas de tropa reglada enemiga, y por dos prisioneros que se hicieron á principios de agosto resultaba que Rondeau se replegaba de Jujui á Salta receloso de los movimientos de nuestra vanguardia y de las tropas expedicionarias á Tarija, interpretándolos, decian, por preparativos de alguna operacion general, que no se hallaban en estado de resistir.

Tambien á principios de agosto, despues de retirado de Tarija el segundo regimiento quedando alli el bravo coronel Lavin con los escuadrones de San Cárlos y Blandengues, se aproximó á aquella villa un grueso de caballería enemiga la mayor parte compuesto de *gauchos*. Lavin no trepidó en salir á buscarlos, los atacó con su acostumbrada impetuosidad y los venció, matándoles 30 hombres, haciéndoles 35 prisioneros y cogiéndoles 30 fusiles y 80 caballos, segun constaba del parte que llegó al cuartel general el 21 del mismo mes. Como esta clase de enemigos se volvia á reunir con admirable prontitud tuvo nuevas ocasiones Lavin de acreditar su valentía y actividad causándoles nueva pérdida en hombres y armas.

El general Ramirez dejó el cuartel general de Cotagaita el 25 del citado agosto para trasladarse á Yavi, donde se hallaba la vanguardia: su ánimo era pasarla una revista y hacerla avanzar á Humahuaca, asi para adquirir noticias de Jujuy, como por recoger ganado para la manutencion del ejército. El comandante del canton de Vitiche con el segundo escuadron de Cazadores y dos compañías de infantería salió por el mismo tiempo contra los indios insurrectos que se le acercaban, á los cuales alcanzó y dispersó haciendo 35 prisioneros, tres de ellos cabecillas: mandó fusilar á estos con algunos de los primeros de los

mas conocidos por sus atrocidades, y los demas fueron destinados á presidio.

El escuadron de la guardia del general en jefe se hallaba acantonado en Cinti por la mayor proporcion de forrages de este valle, y tenia al paste sus caballos á excesiva distancia con la reducida escolta de un oficial y seis hombres de tropa. Aprovechándose los indios facciosos de la imperdonable falta de tener los caballos á cuatro leguas del cuartel, cayeron de sorpresa sobre la escolta, mataron al oficial y se llevaron prisioneros los soldados con los caballos. Todavia el comandante pudo acaso evitar esta sensible pérdida, si no hubiese despreciado el aviso que se le dió acerca de la aproximacion de los indios y de su proyecto. En el curso de esta guerra varias han sido las desgracias que los españoles han experimentado por iguales ó muy semejantes causas. El desprecio del enemigo es el primer paso frecuentemente hácia una derrota, y en la revolucion de América el exceso de confianza y la temeridad han tomado mas de una vez parte en su triste desenlace. Seria angustioso empeñarse en demostrar los excelentes jefes, oficiales y soldados que ha perdido la causa española por una confianza imprudente y por una temeridad casi siempre censurable.

El coronel Aguilera entretanto continuaba en Vallegrande los preparativos para invadir con esperanza de buen éxito la provincia de Santa Cruz de la Sierra, de donde era natural, y esperaba por momentos los auxilios que se le habian prometido para dar principio á las operaciones. Todas las probabilidades favorables parecian estar de parte de Aguilera, porque no solo el pais se hallaba muy disgustado del nuevo sistema de gobierno y principalmente del gobernador Warnes, sino que un hermano de Aguilera, interesado ya en su fortuna, habia levantado una partida en pro de las tropas realistas y estaba resuelto á auxiliarlas en la presente campaña.

El 9 de setiembre regresó el general Ramirez de Yavi á Santiago de Cotagaita. Supo aqui por el correo de Lima que el regimiento de Extremadura se habia embarcado en el Callao y dado la vela para Arica el 7 de agosto próximo pasado, y que habian arribado felizmente á este puerto los voluntarios de Gerona procedentes de Panamá. Los dragones de la Union habian entrado el 15 de agosto en Santiago de Cotagaita, y los húsares de Fernando VII fueron acantonados en Vitiche; luego destinaron tambien los dragones á Cinti por la comodidad de sus alfalfares.

El brigadier Olañeta volvió á situarse en Yavi con la vanguardia,

despues de la expedicion á Humahuaca ya indicada, y á su aproximacion á este pueblo se plegaron sobre Jujuy los enemigos que observaban la quebrada. En las cercanías de esta ciudad permanecia el marqués de Tojo con poco mas de 300 hombres, y se decia que Belgrano reclutaba gente con empeño en el Tucumán, y que á pesar de sus violentas medidas habia tenido mucho trabajo en reunir como 3,000 hombres que disminuia diariamente la desercion.

Asi las cosas, llegó por estraordinario el 19 de setiembre á Santiago de Cotagaita la noticia de haber arribado á Arica el 7 del mismo mes la fragata de guerra *Venganza*, conduciendo á su bordo al mariscal de campo D. José de la Serna nombrado por S. M. general en jefe del ejército del alto Perú. Acompañábanle con destino al E. M. el teniente coronel D. Gerónimo Valdés y los capitanes D. Bernardo La Torre y D. Antonio Seoane: el capitan de ingenieros D. Eulogio Santa Cruz venia en clase de secretario, el teniente coronel D. Fulgencio de Toro y el teniente de artillería D. Miguel Araoz como sus ayudantes, y el capitan D. Valentin Ferraz mandaba una escasa compañía de caballería.

El general la Serna halló en Arica al batallon de Gerona preparándose para emprender su marcha para el ejército. Con el desembarco de este nuevo jefe en el territorio del Perú comienza una nueva era, de cuyas notables vicisitudes nos proponemos dar minuciosa cuenta con cuanta puntualidad nos sea posible.

CAPITULO X.

Sorpresa de Abrapampa.—Los indios de Vilacaya.—Operaciones en varios puntos.—Noticias de Costa-Firme.—Derrota y muerte de Padilla.—La Serna en Cotagaita.—Falsa alarma.—Derrota de la vanguardia enemiga en Yavi y Tarija.—Adelantos en la pacificacion.—Derrota y prision de Cardoso.—Derrota de Warnes.—Chile amenazado.—Prevenciones del virey Pezuela.—Repugnancia de la Serna.—Cede este y ocupa Olañeta á Humahuaca.—Disposiciones del general en jefe.—Europeos y americanos.

AÑO DE 1816.

Mientras el nuevo general en jefe la Serna y las tropas desembarcadas en Arica se dirigian al alto Perú, unos 60 hombres de las milicias de Chichas, situados en Talina, se adelantaron á Abrapampa, y despues de un ligero tiroteo ahuyentaron de allí la partida de Urdininea; mas entregándose á un abandonado descanso el comandante de los chicheños, fueron estos sorprendidos en la noche de aquel dia, muertos dos oficiales y algunos soldados, otros prisioneros y los demas dispersados debiendo su salvacion á la oscuridad.

Por este tiempo los indios alzados de Vilacaya manifestaron al comandante del canton de Vitiche que querian someterse al gobierno del rey y vivir tranquilos en sus hogares como antes, y que negociarian de la partida de Gonzalez que adoptase igual resolucion, ó la hostilizarian en caso negativo. La proposicion fué francamente admitida como era regular; y esta patente muestra de cambio en la opinion de unos indios tan tenaces como los de Vilacaya y demas pue-

blos inmediatos se atribuia á la ausencia de las tropas de Buenos-Aires y á la noticia de las peninsulares que se esperaban y habian empezado ya á llegar algunas á los cantones del ejército.

A principios de octubre se recibieron en Santiago de Cotagaita los pormenores de los dos últimos encuentros que el coronel Lavin habia tenido con los insurrectos de Tarija, causándoles 106 hombres de baja entre muertos y prisioneros, con la pérdida de nuestra parte de un capitan y algunos soldados heridos; sin embargo, fué reforzado Lavin con el segundo escuadron de Cazadores, que se hallaba en Viticho, quedando de jefe de este canton el comandante de húsares de Fernando VII D. Joaquin German. Súpose tambien que á mediados de setiembre se hallaba el general Tacon en Chuquisaca pronto á maniobrar contra el caudillo Padilla en combinacion con el coronel Aguilera, que debia salir de Valle-Grande para la Laguna á fin de cortarle su acostumbrada retirada á las montañas de Pomabamba.

Por el correo de Lima, que llegó á Cotagaita el 10 de octubre, se recibieron las satisfactorias noticias de que las tropas del general Morillo habian ocupado el 6 de mayo á Santa Fé, capital de este vireinato que muchos pueblos de Costa-Firme se sometian al gobierno del rey, y que los insurrectos de Popayan habian sufrido una completa derrota. Refugiados los mas comprometidos de ellos al puerto de San Buenaventura en el Chocó, con mas de un millon de duros en dinero y alhajas de iglesias, se apresuraron á poner este rico botin á bordo del bergantin que montaba Brown y se hallaba allí con el objeto de expender el cargamento de la *Consecuencia*. Brown admitió esos caudales con protexta de tenerlos á disposicion de sus actuales dueños ó conducirlos adonde ordenaran; mas una vez puestos á bordo, el corsario, se decia, desapareció del puerto una noche, dejando así burlados á los que habian cometido la ligereza de fiarse de un aventurero. Ultimamente se supo por el propio correo que el regimiento de Extremadura habia desembarcado en la caleta de Quilca y entrado en Arequipa, y que parte del batallon de Gerona quedaba ya en Oruro. Los refuerzos de tropas europeas que habia recibido é iba á recibir el ejército real, llenaban de gratas esperanzas á los amantes de la causa de España, porque los negocios públicos en general presentaban en el alto Perú un aspecto mas lisonjero.

El anunciado movimiento de Tacon y de Aguilera se habia verificado, partiendo el primero de Chuquisaca y el segundo de Valle-Gran-

de contra la gruesa faccion de Padilla. El general Tacon llevaba tres batallones, dos escuadrones y dos piezas de artillería; y á pesar de las dificultades con que suele tropezarse en la ejecucion de las operaciones militares combinadas á largas distancias, el resultado de esta fué feliz, y el 13 de octubre llegó al cuartel general de Cotagaita el parte oficial de la derrota y muerte del célebre Padilla. La presente campaña la principió el batallon del Centro, que mandaba el coronel la Hera, sorprendiendo y haciendo prisionero un destacamento enemigo en Tarabuco. Continuaba Padilla retirándose hácia la Laguna de las tropas de Tacon, cuando repentinamente se encontró con la columna de Aguilera, la cual empeñó el combate y lo continuó casi sin cesar por espacio de dos dias sin lograr decididamente la victoria. Al tercer dia, disminuida la fuerza enemiga por la dispersion y receloso el caudillo de un nuevo ataque que calculaba irresistible, tomó el partido de fugarse acompañado de su sargento mayor y de un capellan religioso franciscano que le servia: la faccion seguia de cerca la direccion de su jefe. Informado de todo el esforzado Aguilera siguió á Padilla con un destacamento de caballería bien montado y le dió alcance en el pueblo del Villar: su gente se hallaba en el mayor estado de desórden y confusion, porque creia tener sobre sí toda la columna de Aguilera. Desesperado Padilla de no poder detener á los suyos volvió á entregarse á la fuga con los mencionados mayor y capellan: persiguiólo Aguilera sin reparar en nada dando rienda á su brioso caballo, alcanza al mayor y lo mata de un pistoletazo, derriba con otro en igual forma á Padilla y coge prisionero al franciscano. Entretanto la valiente y sufrida columna de Aguilera completó la derrota de esta faccion con muerte de 700 hombres y 75 prisioneros que fueron inmediatamente pasados por las armas. La muger del famoso caudillo, que se halló en la refriega, se retiró herida hácia el parage donde tenia su difunto marido el depósito de sus rapiñas, computadas en más de 60,000 duros; mas segun se dijo despues parece que no tuvo lugar de poder ponerlos en salvo.

La destruccion de Padilla era de la mayor importancia para la pacificacion de los partidos ó subdelegaciones de la provincia de Charcas y aun para la inmediata de Santa Cruz de la Sierra. No hay voces con que expresar dignamente la actividad y decision del coronel Aguilera; y nadie entonces pudiera imaginar que mas tarde viniese á ser ese mismo jefe uno de los sostenedores mas fuertes de la rebelion del general Olañeta para por ese sagaz medio precipitar el anonadamiento del dominio español en el Perú.

No obstante el brillante triunfo de Aguilera, el general Tacon continuó la marcha hasta la Laguna. Desde esta villa tomaron los cuerpos distintas direcciones para perseguir los grupos de dispersos y volver oportunamente á los puntos de donde habian partido las tropas de Tacon á Chuquisaca y la columna de Aguilera á Valle-Grande.

Los húsares de Fernando VII acantonados en Vitiche con dos compañías del batallon de Chichas, que mandaban los capitanes Baspiñeiro y Medinaceli, hicieron á mediados de octubre su primer ensayo en esta guerra contra los indios de San Lucas: alcanzaron á los alzados y los batieron con bastante destrozo, porque continuaba aun la terrible autorizacion ó costumbre de disponer de la vida de los rendidos y prisioneros. Casi al mismo tiempo el coronel Lavin ganaba en Tarija una brillante accion. Un tiro de cañon disparado en el campo en la madrugada del 14 de octubre anunció á la Lavin la proximidad del enemigo, y reunida la tropa realista tomó dicho jefe 90 caballos y algunos infantes convalecientes, de los enfermos que habia dejado en Tarija el segundo regimiento, y salió en busca de los contrarios con toda su acreditada decision encargando á su segundo en el mando el resto de la tropa para el cuidado y defensa de las trincheras levantadas en la villa. Hallábanse no á mucha distancia de esta formados en batalla como 500 caballos y 700 fusileros enemigos con un cañon de á 2: Lavin contaba por un lado con la mejor calidad de su tropa, engreida ademas con las repetidas ventajas conseguidas anteriormente, y no consultando por otro mas que su propia valentía, acometió á los contrarios que lo esperaron con firmeza y pusieron en apuro; pero logró por fin arrollarlos con muerte de mas de 100 hombres, haciendo muchos prisioneros y cogiéndoles 73 fusiles, el cañon de campaña y considerable número de caballos ensillados.

A principios de noviembre volvieron los húsares de Fernando VII y las dos mencionadas compañías de Chichas á salir de Vitiche en persecucion de las reuniones de indios que se hacian por el lado de Tambillo y el cerro de Ñuqui, á las cuales lograron alcanzar y dispersaron causándoles alguna pérdida en hombres y ganado.

El 12 de este mes entró en Santiago de Cotagaita el batallon peninsular voluntarios de Gerona y con él el nuevo general en jefe la Serna, quien en el mismo dia tomó posesion de su importante mando. El teniente general D. Juan Ramirez y Orozco, que tambien lo habia desempeñado desde la separacion del general Pezuela, partió á los dos dias para su destino de presidente de Quito. El nuevo general en jefe habia sido recibido con particular distincion en todos los pueblos del

tránsito, y en todos ellos habia dejado los mas gratos recuerdos por su afabilidad, por su llaneza, por su digno y favorable aspecto y por los sentimientos de humanidad y de justicia que sus labios expresaban y que tan bien sientan en provincias y regiones remotas en los funcionarios superiores representantes del gobierno supremo. Bajo tan favorables auspicios inauguró su mando el nuevo general en jefe del ejército real del alto Perú.

Por este tiempo se habia trasladado á Tarija el brigadier Olañeta con la mayor parte del batallon de Cazadores y alguna caballería, y el resto de ese cuerpo y del escuadron de Cazadores se hallaban en una expedicion de ganado, cuando empezaron á correr voces de que los enemigos en número de 6000 hombres avanzaban sobre las posiciones de nuestro ejército. El general en jefe se propuso salir á su encuentro con las tropas disponibles reuniéndolas á las de la vanguardia que ocupaba á Yavi, y al efecto hizo marchar á Tupiza el 15 y 16 de noviembre á los batallones de Gerona y voluntarios de Castro que estaban en Cotagaita y trasladó al mismo pueblo el 17 su cuartel general. Mas aquellas voces eran esparcidas de intento por el marqués de Tojo que avanzaba sobre Yavi con 600 hombres de á pie y el escuadron de dragones *infernales* de Güemes. A su aproximacion á aquel punto, y en el concepto de que era Belgrano con todas sus tropas, el segundo regimiento, el batallon de Partidarios y una brigada de artillería, que estaban alli, se replegaron á Moráya abandonando equipajes y pertrechos por hallarse las bestias de carga pasteando á larga distancia. Los enemigos entraron seguidamente en Yavi, saquearon los equipages que encontraron y se entregaron á un total descuido, persuadidos de que la precipitada retirada de los nuestros no les permitiria detenerse hasta Suipacha ó Cotagaita, en cuya confianza ni cuidaron de establecer avanzadas ni observaciones para su propia seguridad. Avisado con anticipacion el brigadier Olañeta regresó rápidamente á Moráya, y habiendo unido á su division el primer regimiento que habia adelantado hasta Mojos para sostenerla, marchó con la mayor prontitud sobre Yavi. El marqués de Tojo, que no contaba con la posibilidad de tan pronta visita, quedó del todo sorprendido, se levantó de la mesa en que estaba almorzando, tomó un caballo en pelo y echó á huir y á su ejemplo hicieron otro tanto la mayor parte de los suyos: el resto tomó posicion en un cerro vecino donde con su resistencia causaron la pérdida de un oficial y algunos soldados; pero pagaron todos con la vida este temerario empeño. Entretanto continuaba la mas activa

persecucion sobre los fugitivos, en los que se hicieron 350 prisioneros con el comandante general marqués de Tojo, el comandante Quesada y el caudillo indio Caba, que fué inmediatamente pasado por las armas y los demas conducidos al cuartel general de Tupiza, en donde recibió la Serna el parte de tan fausta noticia.

Despues de tan feliz suceso, supo Olañeta que como unos 100 hombres de los dragones *Infernales* habian ido al pueblo de Tojo conduciendo algunas cargas de fusiles y otras armas con el designio sin duda de introducirlos á los pueblos sublevados de indios. Sin demora destacó la fuerza competente del batallon de Partidarios contra ellos al mando de su sargento mayor, quien desempeñó tan acertada y diligentemente su encargo que consiguió sorprender á los referidos dragones y cogerles 90 hombres y todas las cargas de armas, logrando solo escapar hácia Libilibi el comandante Lanza con los pocos que cubrian una avanzada. Esta completa derrota destruia las esperanzas formadas sobre el gran prestigio del marqués, desalentaba á los enemigos y debia influir mucho en la pacificacion de los vastos estados de dicho marqués.

El general la Serna creyó entonces conveniente revistar por sí los valientes cuerpos de la vanguardia y darles las debidas gracias por su excelente conducta, y asi lo verificó en Yavi el 26 de noviembre habiendo dejado á Tupiza el 24. Pasó el 27 á Tojo y Libilibi á donde llegó Gerona y una compañía del segundo regimiento, y resolvió marchar con esta fuerza á Tarija con el doble objeto de reconocer la topografía del pais y las tropas que mandaba y volver á ocupar aquella villa y provincia que el escuadron de San Cárlos y el segundo de Cazadores, mandados ambos por el coronel graduado D. Antonio Vigil habian abandonado en el concepto de que todo el ejército de Belgrano avanzaba sobre el nuestro. El general en jefe emprendió su movimiento el 28 de noviembre y campó el 30 en los molinos de Tolomosa cuatro leguas de Tarija: á media noche volvió á ponerse en marcha con el ánimo de sorprender al gobernador enemigo Uriondo; pero este habia de antemano enviado á Salinas su gente y equipages y aquella misma noche se retiró él tambien con muy pocos caballos, frustrándose asi el proyecto del general. Entró éste sin embargo el 1.° de diciembre en Tarija para poner órden en los negocios de la provincia y en el mismo dia llegó tambien del valle de San Juan el escuadron de Cazadores que mandaba Vigil.

Todas las tropas destinadas á la pacificacion de los pueblos conmovidos á la izquierda y retaguardia de la línea del ejército corres-

pondian dignamente á la confianza que se tenia de ellas, y sus jefes y oficiales sin excepcion se esforzaban porque las armas españolas llevasen lo mejor en las repetidas acciones parciales que con frecuencia tenian que sostener. El escuadron de húsares de Fernando VII con las dos mencionadas compañías de Chichas, que mandaban los acreditados capitanes Vaspiñeiro y Medinaceli, dejaron el 22 de noviembre el canton de Vitichi para maniobrar contra los indios sublevados de la subdelegacion de Pórco que desde el ya nombrado cerro de Ñuqui y famosa Abra de Chanchalla hacian continuas y molestas correrías á los pueblos inmediatos. Desalojáronlos de esas posiciones despues de alguna resistencia y ocuparon el pueblo de San Lucas sufriendo en las cinco léguas que lo separa de la citada Abra el fuego de algunas partidas enemigas, que la calidad del terreno no les permitia perseguir. Los principales sostenedores del espíritu de rebelion por esta parte, eran los caudillos Cardoso y Fuentes, y el primero celebérrimo por las atrocidades que llevaba cometidas, y á ambos se les perseguia con cuanta diligencia era posible.

Al ponerse el sol del 25 de noviembre fueron hechos prisioneros dos indios de la partida de Cardoso y, amenazados de muerte si no descubrian el paradero de su jefe, ofrecieron conducir la tropa al punto que ocupaba con pocos mas de 100 hombres reunidos. El capitan de húsares de Fernando VII D. Andrés García Camba con 20 hombres de su compañía, elegidos entre los mejor montados, y 20 soldados de Chichas en mulas con el capitan Medinaceli, muy práctico del terreno y conocedor del idioma *quichua*, como natural del pais, recibió la órden de marchar aquella misma noche para caer de sorpresa sobre el caudillo. Asegurados los indios que habian de servir de guias, logró Camba su objeto al amanecer del siguiente dia 26 en una rinconada á dos leguas del pueblo de Tiraoyo, matando 15 hombres, cogiendo á Cardoso con siete mas prisioneros y apoderándose de porcion de maiz, harina, 60 cabezas de ganado bacuno y como 5000 de lanar que tenian reunidas. Tres dias despues fué alcanzada y derrotada la partida de Fuentes quedando prisionero este caudillo, con cuyos golpes empezaron aquellos pueblos á volver á entrar en el órden. Remitido el afamado cabecilla Cardoso al cuartel general de Tupiza recibió allí mas tarde la pena que tenia merecida. Despues de esta afortunada batida recibieron órden los húsares de Fernando VII para reunirse en Culpina, distante 50 leguas, con el brigadier O-Relly, encargado de una expedicion contra el partido rebelde de Santa Elena, y marcharon á su destino.

En este mismo mes de noviembre desembarcaron en el puerto de Huacho, 30 leguas al Norte de Lima, poco mas de 400 hombres, procedentes de la Península por el istmo de Panamá, con destino al regimiento infantería del Infante D. Cárlos, que debia formarse sobre el antiguo Real de Lima, y algunos dias despues llegaron al Callao 200 hombres mas, varios oficiales y su coronel D. Juan Antonio Monet, que completaban el cuadro. El capitan ayudante mayor D. José Ramon Rodil era de ese número.

El 27 del citado noviembre alcanzó Aguilera sobre Warnes una completa victoria apoderándose de su artillería y de muchas armas despues de causar un destrozo horrible en los enemigos y la muerte de su caudilló, pero fué comprado este triunfo al caro precio de mucha sangre leal. Los enemigos se batieron con una obstinacion increible; pero las habian con el esforzado Aguilera, á quien sin embargo causaron la pérdida sensible de la mitad de su gente, es decir, cerca de 400 hombres y siete oficiales fuera de combate, porque el terreno favorecia mucho á los rebeldes. Esto no obstante las comunicaciones continuaron aun interceptadas á causa sin duda de los grupos de dispersos que tomaron la direccion de los valles de Mizque y del rio Grande.

Es de advertir aqui que, como los prisioneros de la sorpresa de Yavi, que hemos referido, quedaron bajo la inmediata autoridad del nuevo general en jefe la Serna, no permitió éste que á ninguno de ellos se le quitara la vida sin su aprobacion, é hizo igual prevencion á todos los comandantes de canton, columna y partidas dependientes del ejército, cesando asi una carnicería que causa horror aun mencionar, y este rasgo de humanidad, tan propio de los sentimientos de la Serna, empezó á regularizar aquella guerra de muerte y esterminio. Dispuso al mismo tiempo qué se formara causa al prisionero marqués de Tojo como coronel de milicias por el rey pasado á los enemigos.

Este era el estado de las cosas á fines de 1816, y tan lisongera como iba apareciendo la situacion del Perú, tan melancólica y de triste agüero se presentaba la del reino de Chile con la organizacion de un ejército amenazador en Mendoza bajo el inmediato mando del general San Martin, natural de Buenos-Aires y antiguo oficial del ejército de la Península, donde habia servido con distincion al principio de la guerra de la independencia. Por este tiempo era presidente de Chile el general Marcó del Pont y el virey Pezuela le habia remitido los auxilios de mar de que pudo disponer. Creido el virey de que

el ejército real del Perú, con los refuerzos que habia recibido, podia ventajosamente invadir el territorio de su frente hasta el Tucuman, prevenia la pronta realizacion de ese movimiento, con el cual se proponia tambien efectuar en el pensamiento de San Martin una poderosa diversion de muy favorables consecuencias para el amenazado reino de Chile. Mas para decidir con probabilidad de buen éxito un movimiento tan trascendental, era preciso tomar en cuenta los inútiles y aun funestos resultados de las invasiones al mismo pais que el ejército habia hecho en épocas anteriores; era preciso calcular ese movimiento sobre los progresos del enemigo, tanto en su organizacion militar como en el espíritu público de sus pueblos, porque suponerlos estacionados en medio de tan singular agitacion seria un error gravísimo; era preciso calcular las fuerzas con que se habia de invadir el pais sublevado y las que era necesario emplear para mantener la comunicacion con el Perú, cuya pérdida habia sido y no podia menos de ser de perniciosa influencia, y para continuar la pacificacion de los pueblos conmovidos en una vasta extension de territorio; era preciso reflexionar que la direccion, que habia de llevar el ejército real á cientos de leguas de distancia de Mendoza, poco ó nada influiria, ó influiria muy tarde en la alteracion de los planes de San Martin; y por último, era preciso tener muy presente que una desgracia en aquella situacion podia ser de incalculables consecuencias segun su naturaleza. El general la Serna no perdonaba medio para instruirse de cuanto podia concurrir á la formacion y acuerdo de un plan seguro de campaña y era comun la idea de que su correspondencia con el virey sobre este punto contenia observaciones del mayor interés y peso, sin descuidar las prevenciones conducentes á que pudiera moverse el ejército á la primera órden.

En verdad que la repugnancia del nuevo general en jefe á un movimiento hácia el sur estaba hasta cierto punto justificada, porque cuantas noticias se recogian, así respecto de las distancias, de la calidad del terreno muy propenso á calenturas con especialidad intermitentes y de lo despoblado del pais, como de la clase y decision de sus habitantes y de su sistema peculiar de hacer la guerra, todas concurrian á persuadir la detenida circunspeccion con que debia emprenderse. Lo primero que parecia evidente era que el ejército no reunia fuerza bastante para invadir con probabilidad de buen éxito el pais que se queria, y continuar al mismo tiempo la pacificacion de los pueblos de retaguardia cubriendo y manteniendo expeditas las comunicaciones con el Perú. Ademas un movimiento ejecutado á una enorme

distancia de Mendoza sin fuerza para asegurar la posesion del pais que se ocupara, era facil alcanzar que no paralizaria las operaciones que preparaba alli San Martin contra Chile; y que, al contrario, si llegaba á influir en algo seria precisamente en activar la invasion de aquel reino, porque San Martin no podia desconocer que invadiendo á Chile con sus tropas, si llegaba á poner su planta en las playas del Pacífico, obligaria forzosamente al ejército de operaciones del Perú á retroceder, como sucedió.

Las reflexiones del general en jefe sobre los medios y la manera de poner en ejecucion el pensamiento de avanzar hácia el Tucuman en las presentes circunstancias no podian menos de ser poderosas; pero como recien llegado al pais aconsejaba la prudencia y prescribia la dependencia en que se hallaba del virey que las subordinase á su experiencia y superior autoridad para que la mala voluntad no las interpretara siniestramente, y asi hubo de decidirse al fin á practicar un movimiento de cuya utilidad no estaba persuadido, ni creia al ejército de que acababa de encargarse, por su número ni por su organizacion, en conveniente estado de ejecutarlo.

Arrojado de las salinas y de las fronteras de los indios *chiriguanos* el caudillo Uriondo por el coronel Vigil que lo perseguia con el escuadron de Cazadores y dos compañías de infantería, y adoptadas las disposiciones conducentes para la buena administracion de la provincia de Tarija, el general en jefe anunció por medio de una proclama las paternales intenciones de S. M. y su vivo interés por la pacificacion de aquellos dominios: concedió indulto amplio á todos los comprometidos por opiniones políticas; levantó el destierro á las personas que lo sufrian por igual causa; y prohibió terminantemente á todos los jefes militares el que pudiesen en lo sucesivo mandar ejecutar sentencia alguna de muerte ni imponer esta pena sin que precediera su superior aprobacion. Esta disposicion que reclamaban de consuno la justicia y la política le valió al general la Serna el mas alto concepto en el pais, aunque no dejaron algunas gentes apasionadas de interpretarla con ligereza por una censura de la tolerancia de sus antecesores, cuando las circunstancias eran sin duda distintas.

Seguidamente se dió órden al brigadier Olañeta que se hallaba en Yavi para que sin pérdida de tiempo marchara sobre Humahuaca con los batallones de Cazadores, Partidarios, 1.° del 2.° regimiento, Voluntarios de Castro, el primer escuadron de Cazadores, el de dragones de la Union y cuatro piezas de campaña, cuyas tropas, partiendo simul-

táneamente desde Tupiza, Talina y Yavi, debian reunirse en los campos del Marqués. El general en jefe, despues de encargar el mando de la provincia de Tarija al brigadier D. Antonio María Alvarez, se puso en marcha por Tojo y Socócha para Yavi á donde llegó el 24 de diciembre, previniendo para este punto la reunion de los demas cuerpos que habian de concurrir al movimiento comenzado por Olañeta, incluso el peninsular de Extremadura que se hallaba ya en la Quiaca.

Mas entre las medidas preventivas para abrir una campaña en extremo interesante y de trascendencia hubo alguna poco feliz y ciertamente sensible por el fruto que los enemigos ocultos y los émulos del nuevo general sacaron de ella. Fué esta la de empezar la necesaria reforma de los cuerpos por el primer regimiento del Cuzco el mas acreditado y preferente del ejército desde su creacion, el que resistió la peligrosa seduccion del valiente coronel D. Saturnino Castro, el que pidió marchar hacia dos años contra la funesta insurreccion de la provincia de donde eran naturales sus individuos, y hemos indicado ya como su lealtad supo cumplir y corresponder á la confianza que se habia hecho de él.

Por este regimiento, pues, tuvo la Serna la poca fortuna de empezar las reformas que juzgaba convenientes y que hacian tambien indispensables los numerosos cuadros de jefes y oficiales de que abundaban y lo reducido de la fuerza que la mayor parte de los cuerpos contaban, siendo ademas el pensamiento del general mezclar en unas mismas filas los europeos y los del pais para que tratándose unos y otros con mayor inmediacion pudiese sacarse de todos mayor partido. Esta medida recibida con disgusto por los del pais concitó de pronto bastante prevencion contra el nuevo general y ofreció á los desafectos vasto campo á las conjeturas de que sagazmente se valian para atizar la discordia fomentando la desconfianza. El general la Serna no adoptó por mero capricho esta disposicion, pues habiéndole recomendado su antecesor todos los jefes y oficiales del ejército en relaciones al efecto y no constando en ellas, segun se dijo, los del primer regimiento, debia esta omision llamarle naturalmente la atencion, y asi vino á suceder como se acredita por lo que el general Valdés, entonces jefe de E. M. del ejército, manifestó sobre este punto á S. M. en su exposicion documentada del 12 de julio de 1827 desde Vitoria. «Al »hacer la reforma, *decia*, se decidió á refundir los batallones llama»dos 1.° y 2.° del Cuzco: esta eleccion la aconsejaba la circunstancia »de haber Pezuela remitido á la Serna una relacion de los méritos, ser-

»vicios y aptitud de todos los jefes del ejército sin nombrar en ella á »los principales de los cuerpos indicados. Y ¿quién, señor, en los ca»sos de la Serna de no conocer á ninguno no habria hecho otro tanto? »Es decir, reformar los cuerpos de aquellos jefes que el general an»terior, que los conocia, no recomendaba á la consideracion del suce»sor cuando lo hacia con todos los demas.» Como quiera el primer regimiento, aunque mas adelante volvió á crearse, recibió entonces órden de pasar á Yavi para entregar su tropa al batallon de Gerona y en su cumplimiento llegó á fines de diciembre con considerables bajas ocasionadas por la desercion que promovia indudablemente la malevolencia con que era comentada la reforma y hasta las circunstancias de unir la tropa á un cuerpo peninsular.

Desgraciadamente concurria á robustecer esa triste prevencion alguna ligereza á que solian dar lugar la emulacion y los celos por un lado y por otro el atolondramiento propio de los pocos años y la inexperiencia, y acaso el porte mas marcial de los europeos comparado con la apostura menos garbosa de los veteranos del pais. Los jóvenes militares europeos, ufanos con el recuerdo de la guerra á que habian concurrido en la Península, engreidos algunos con haberse hallado en Vitoria, en San Marcial, en el paso del Vidasoa y en Tolosa de Francia midiendo la superioridad que se atribuian hasta por su continente y el mayor lucimiento de su uniforme, se permitian á veces chanzas poco meditadas sobre los vencidos, á que les daba lugar la vista de los vencedores, las cuales, cuando entendidas, eran desagradablemente comentadas.

En estos y semejantes errores han solido incidir generalmente los europeos recien llegados á las provincias de Ultramar, y Dios sabe la influencia que estos impremeditados errores han ejercido en el desenlace lamentable de la insurreccion de América, el pais mas pacífico del universo, cuyos habitantes manifestaban por los españoles un afectuoso respeto que parecia inextinguible. El tiempo y la reflexiva experiencia modificaban convenientemente los tristes efectos de las primeras impresiones que se reciben en esos paises tan desemejantes aun de la Europa. El disgusto cundia con rapidez, los ocultos desafactos atizaban las disensiones y el entendido general la Serna, que se apercibió pronto de lo que pasaba y adoptó cuantas medidas aconsejaba la razon y la justicia distributiva para atenuar al menos su perniciosa tendencia, conocia bien que una campaña en la que unos y otros tuvieran ocasion de distinguirse y aun necesidad de auxiliarse mútuamente, no

podia dejar de reportar grande utilidad á la causa española que le estaba encomendada, restableciendo la union y la confianza entre todos los individuos del ejército encargados de defender con lealtad unos mismos intereses. Acaso esta era la mayor esperanza del general la Serna al emprender un movimiento ofensivo contra su opinion y solo en cumplimiento de las terminantes prevenciones del virey Pezuela.

CAPITULO XI.

Movimiento sobre la provincia de Salta.—Reformas militares.—Ocupacion de Jujuy.—Fortificacion ligera de Humahuaca.—Conducta de varios cabecillas de retaguardia.—Su castigo.—Expedicion á Santa Elena.—El cuartel general en Jujuy.—Contínuos encuentros.—Pérdida de Humahuaca.—Expediciones.—Ocupacion de Salta.

AÑO DE 1817.

A principios de enero supo el general en jefe en Yavi oficialmente que el brigadier Olañeta con la division de vanguardia habia ocupado á Humahuaca el 24 del mes anterior, sorprendiendo los 25 hombres que guarnecian este pueblo, cuya operacion confió al capitan de E. M. D. Antonio Seoane: que al dia siguiente habia dirigido al mismo capitan con tres compañías de infantería y un piquete de caballeria sobre el inmediato valle de San Andrés, donde sostuvo con ventaja repetidos tiroteos, incorporándose con la vanguardia en Hornillos el 4 de enero, mereciendo Seoane por su intrepidez y disposicion especiales elogios de Olañeta. De conformidad éste con las prevenciones del general en jefe salió de Hornillos para Jujúy en la misma noche del 4 de enero con los batallones de Cazadores y de Castro, el escuadron de dragones de la Union, parte del 1.° de Cazadores montados y cuatro piezas de artillería, y envió por la vuelta de la Nueva-Orán el batallon de Partidarios y el resto del escuadron de Cazadores á las órdenes de su cuñado el coronel D. Guillermo Marquiegui, á quien acompañaba en ca-

lidad de jefe de E. M., el capitan D. Bernardo de La Torre. Olañeta franqueó las 18 leguas que lo separaban de Jujúy arrollando las facciones que le disputaban el paso de los rios Leon y Reyes, y entró en la ciudad el 6 de enero haciendo todavia en ella algunos *gauchos* prisioneros con la pérdida de siete hombres desde Humahuaca.

Como el general en jefe iba á quedar á gran distancia de su base natural de operaciones con el movimiento hácia el Tucumán definitivamente resuelto por el virey, encargó al general Tacon la conservacion y defensa de las provincias de Charcas y Potosí, debiendo remitir al cuartel general el 2.° batallon de Extremadura tan pronto como el estado de dichas provincias se lo permitiera; confió al brigadier O-Relly el mando de las subdelegaciones de Chichas y Cinti dejando á sus inmediatas órdenes sobre 900 hombres: la guarnicion de Tarija donde mandaba el brigadier Alvarez se componia de 320 infantes de los regimientos 1.° y 2.° del Cuzco y 100 caballos del 2.° escuadron de Cazadores y la partida del capitan Vaca: dejó finalmente á cargo de sus respectivos gobernadores las provincias de Cochabamba, Oruro y la Paz, con prevencion de que remitiesen á Potosí los contingentes de dinero y de reclutas para el ejército con la debida seguridad. Tomadas todas estas disposiciones, el general en jefe con el resto de las tropas destinadas al precitado movimiento salió de Yavi el 10 de enero, y los soldados atravesaron las mas de 30 leguas de despoblado que separan á Humahuaca con contento y alegría, no obstante las mayores privaciones que experimentaban los cuerpos peninsulares. Sin práctica aun para saberse preparar á la ejecucion de estas travesías, carecian de los medios que no faltaban á los del pais, y á veces no hubieran podido comer aquellos mas que carne mal asada y sin sal, si sus nuevos compañeros no les hubiesen auxiliado con la mejor voluntad. Porque es de advertir que mientras un soldado del pais, señaladamente los naturales de determinadas provincias, asaba con perfeccion un carnero, no ponia comible un europeo la pierna ó el costillar de otro. Estas primeras y provechosas lecciones prácticas fueron de grande utilidad para la buena armonía y compañerismo que luego se establecieron entre unos y otros como convenia y se deseaba.

El 14 de enero llegó el cuartel general á Humahuaca, pueblo reducido de indios abandonado entonces de la mayor parte de sus habitantes. Este pueblo, el primero que se encuentra despues del mencionado despoblado, que sirve como de línea divisoria al clima, á las costumbres y al territorio del alto Perú y de las provincias llamadas

de abajo, está situado al principio de una quebrada ó valle angosto, que casi conduce hasta Jujúy, goza de una temperatura mas templada y abunda en alfalfa, que los españoles llevaron con otras semillas útiles al nuevo-mundo. Pareció de importancia su conservacion, tanto para servir de depósito de efectos de parque, provisiones y hospital, como para asegurar las comunicaciones con el Perú, pues que cubria la principal avenida del valle de San Andres, residencia ordinaria del activo y emprendedor cabecilla Arias. En consecuencia dispuso el general en jefe quedase en Humahuaca una corta guarnicion mandando fortificar la iglesia y cerrar las bocas-calles para evitar un golpe de mano y poder resistir cualquiera tentativa, respecto á que tampoco ni serian muchos en número los enemigos que la intentaran, ni contaban con artillería para verificarla con esperanza de buen éxito, é inmediamente se puso mano á las obras proyectadas. El mismo dia 14 de enero se supo en el cuartel general que el brigadier Olañeta habia salido el 12 de Jujúy para Ledesma (30 leguas) con los batallones de Cazadores y Castro y parte del escuadron de Marquiegui con el fin de auxiliar la expedicion de la Nueva-Orán, que suponia apurada para reunirse al ejército, tanto por su corta fuerza como por el número y calidad de los enemigos que segun noticias se reunian sobre el rio Negro para interceptarle el paso.

El general en jefe pasó revista en Humahuaca á las tropas que alli habia, siendo las destinadas á este movimiento las siguientes: infantería, los batallones de Gerona, Estremadura, ambos peninsulares, Castro ó *Chilotes*, Cazadores y Partidarios, en todo 2780 infantes: caballería, escuadrones de San Cárlos, de húsares de Fernando VII, de dragones de la Union, de Cazadores y escolta del general, sobre 700 caballos: y 12 piezas de artillería de montaña con 130 artilleros para su servicio. Casi concluidas las obras de defensa de Humahuaca salió el cuartel general el 20 de enero para Yala, 3 leguas cortas de Jujúy, donde se proponia concentrar todas las fuerzas, y dejó en dicho Humahuaca al comandante de artillería la Rosa con 130 hombres de guarnicion, seis piezas de artillería y los repuestos de armas, municiones y provision que no se oreian necesarios aun en Jujúy.

En marcha el general en jefe para la hacienda de Yala recibió parte del coronel D. Francisco Javier Olarria, que por ausencia del brigadier Olañeta mandaba en Jujúy, del aventajado encuentro que el escuadron de dragones de la Union habia tenido el 18 en el Carmen y las Capillas con dos escuadrones de dragones infernales, causándoles 40 hombres de pérdida á costa de algunos caballos y de 6 dra-

gones muertos y heridos. El pais se hallaba en la mas completa insurreccion: todos los hombres capaces de llevar armas habian acudido á la campaña, y asi se hallaron solo en Jujúy los muy ancianos, uno de los párrocos, un ciego, un lego de San Francisco, á quien fué preciso prohibir que tocase las campanas porque se descubrió que servian de aviso á los enemigos, y las mugeres que como era natural servian tambien algunas á los suyos y con harta ventaja por cierto. Al mismo tiempo se supo por los prisioneros, y alguno que otro pasado que Belgrano no tenia en el Tucuman arriba de 2500 hombres, pues aunque reclutaba en realidad mucha gente con igual facilidad se la desertaba. Por este tiempo tambien llegó al ejército la noticia de que una division portuguesa se habia apoderado de la plaza de Montevideo, y que se iba á preparar en Cádiz una fuerte expedicion para el rio de la Plata al mando del conde del Abisbal, á quien se nombraria virey de Buenos-Aires. Este era el sueño dorado de los amantes de la causa española, porque tenian el convencimiento de que una expedicion europea que ocupara con seguridad á Buenos-Aires en el estado en que se hallaban todo el Perú, Quito y Chile, afianzaba indeterminadamente la pacífica posesion de la América meridional.

Por el estado de insurreccion del pais los recursos de subsistencia para hombres y caballos estaban reducidos al ganado que se podia recoger y al pasto y paja de maiz que se recolectaba á fuerza de penosas marchas y de diarios combates. Para cubrir las avenidas de Salta se habia colocado en la capilla de Perico un destacamento de 18 infantes de Estremadura y 10 dragones de la Union, el cual fué vivamente atacado el 23 de enero por 500 caballos enemigos. El capitan de aquel cuerpo D. Pedro Becerra, que lo mandaba, atrincherado en la capilla se defendió con la mayor brillantez dando asi lugar á que pudiera ser socorrido. Al efecto salieron de Jujúy el coronel Olarriaca con la mayor parte del primer batallon de Extremadura por la direccion del Comedero, y por el camino real el oficial de E. M. don Antonio Seoane con el resto de aquel batallon, la compañía de granaderos de Castro y un piquete de dragones de la Union. Olarria tardó poco en encontrarse con una fuerza enemiga tan considerable que se disponia á retroceder cuando el coronel Carratalá con la primera compañía de Extremadura empezó á franquear el camino desalojando á los contrarios; y con igual fortuna arrollaba Seoane cuanto se oponia á su marcha, distinguiéndose sobre manera los granaderos chilotes. Reunidas ambas fuerzas en la llanura de los Alisos salvaron

al capitan Becerra que continuaba su heróica defensa en la capilla y cuya pérdida sin este socorro hubiera sido inevitable.

Entretanto el brigadier Olañeta habia alcanzado la columna de Marquiequi el 20 en la Reducion, 20 leguas de Jujúy, en cuya ciudad entraron ambas fuerzas el mismo dia 23 de enero. La columna de Marquiequi que, como hemos dicho, tomó desde la quebrada de Humahuaca la direccion de la Nueva Orán, alcanzó el 8 de enero en San Andrés la faccion del cabecilla Ramirez, que el ayudante de E. M. D. Bernardo la Torre cargó y acuchilló con 60 caballos, quedando el mismo caudillo entre los muertos. El dia 10 hubo un ligero tiroteo con la faccion de Arias, jefe principal de aquel partido que se repitió al dia siguiente con mas empeño para defender la entrada en aquella poblacion, la que se verificó el 12 dispersando á los enemigos y haciendo algunos oficiales y otras personas notables prisioneros, entre estos tres eclesiásticos, dos abogados y cinco propietarios comprometidos de la provincia de Cochabamba, á quienes el general en jefe perdonó y remitió á sus casas. Al franquear esta columna las 60 leguas que separan la Nueva-Orán de Jujúy, de ellas 25 de espesísimo y elevado bosque, arrolló el 17 en el rio Negro los 200 *gauchos* que componian la faccion de Benavides: el 19 sostuvo otro combate obstinado con el caudillo Rojas en el rio de las Piedras, y reforzado éste con 400 *gauchos* de Güemes volvió á atacar la columna el 20 poniéndola en la mas comprometida situacion, cuando por fortuna llegó en su auxilio el brigadier Olañeta. La pérdida del enemigo en esta expedicion puede reputarse en mas de 120 hombres que costaron á los realistas sobre 80 muertos y heridos.

Los *gauchos* eran hombres del campo bien montados, y armados todos de machete ó sable, fusil ó rifle, de los que se servian alternativamente sobre sus caballos con sorprendente habilidad, acercándose á las tropas con tal confianza, soltura y sangre fria que admiraban á los militares europeos que por primera vez observaban aquellos hombres extraordinarios á caballo, y cuyas excelentes disposiciones para la guerra de guerrillas y de sorpresa tuvieron repetidas ocasiones de comprobar. La incansable perseverancia de los *gauchos* era un justificativo mas del estado de hostilidad en que se hallaba el pais bien distinto á la verdad de lo que habia sido en épocas anteriores; pero el denuedo con que las tropas españolas se lanzaban sobre esa clase de ginetes, individualmente valientes, les valió un crédito de grande importancia para el resto de esta campaña.

Sobre fines de enero hizo el general en jefe una promocion para

continuar la reforma y la reorganizacion de los cuerpos: D. Bernardo de la Torre fué nombrado teniente coronel mayor del regimiento de dragones-americanos de nueva creacion, continuando en el E. M.: D. Antonio Seoane, D. Mateo Ramirez, D. Valentin Ferraz y otros fueron ascendidos á comandantes. Sabedor el general en jefe de que el brigadier Alvarez habia dejado el mando de Tarija por enfermo y conviniendo la incorporacion al ejército del coronel Vigil, remitió allí al comandante don Mateo Ramirez. Se mandó la reforma del segundo regimiento y que con el cuadro de éste y el que habia resultado de la extincion del primero se formase el regimiento de la Union-Peruana, cuyo mando fué confiado al coronel del segundo regimiento don Sebastian Benavente peruano. Los oficiales reformados, que no tuvieron entrada en la Union-Peruana, fueron colocados en los demas cuerpos del ejército asi del pais como peninsulares, cuya circunstancia parecia que debia disminuirles su disgusto.

Sin embargo el descontento era notorio y se acreditó mas por a desercion de 300 hombres de tropa incorporados al batallon de Gerona. El general en jefe formó sobre su escolta el escuadron de granaderos de la Guardia al mando de D. Valentin Ferraz: destinó á los cuerpos del pais ayudantes y jefes de instruccion y puso tambien segundos comandantes á los escuadrones con igual objeto y para el mejor órden de su detalle sacándolos de los cuerpos expedicionarios; y aunque estas medidas estaban justificadas por la conocida conveniencia del servicio, no fueron de pronto generalmente bien recibidas. Para nada se necesita mas circunspecto tino y oportunidad sobre todo que para esta clase de alteraciones en un ejército y mas de los elementos de que se componia el del alto Perú. Puso el general á rancho los cuerpos del pais, método desconocido hasta entonces con positivo detrimento de la disciplina y aun de la salud del soldado é intentó con mano fuerte corregir la perniciosa costumbre de que un ejército de mugeres siguiera á las tropas en sus expediciones, las cuales si ofrecian la conveniencia de preparar diligentes la comida de sus relacionados, tambien aumentaban desmedidamente los consumos y eran una langosta para los pueblos, haciendas ó rancherías á donde llegaban.

El 6 de febrero 400 caballos enemigos tambien dirigidos como resueltos cayeron de improviso sobre los forrageadores en San Pedrillo en las cercanías de Jujúy y causaron á los realistas la pèrdida de 70 hombres de los cuerpos del pais y 40 peninsulares de Extremadura y dragones de la Unión con los valientes Cadormiga teniente

del primero y Arregui, capitan del segundo. Pronto pagó sensiblemente éste la temeraria arrogancia con que solia decir que con sola su compañía marchaba hasta Buenos-Aires. El brigadier Olañeta habia salido este dia temprano para Yala donde residia el cuartel general y el coronel Olarria á quien correspondia sustituirlo en el mando, como segundo de la vanguardia, parece que habia descuidado las precauciones del forrage á pretexto de que Olañeta se habia ausentado sin hacerle prevencion alguna. Al primer aviso del compromiso de los forrageadores, que ya no existian, el arrojado Arregui con algunos dragones de la guardia de prevencion montó á caballo y marchó sin órden de nadie en su socorro, lanzándose ciegamente entre los enemigos vencedores donde él y la mayor parte de los que le seguian acabaron haciendo prodigios de valor dignos de mejor suerte. El teniente Cadorniga por su parte con los forrageadores que habia podido reunir hizo la mas heróica resistencia y tanto se irritaron con ella aquellos crueles enemigos que á nadie perdonaron la vida. Este desagradable suceso, que aumentó mucho el entusiasmo y la moral del enemigo, despertó en las tropas europeas alguna prevencion contra Olañeta y Olarria, á cuyo descuido atribuian la catástrofe que lamentaban; y es preciso reconocer que si el primero no habia hecho bien en salir de Jujúy sin advertírselo á su segundo, éste faltó notablemente en no proveer, como convenia, á la necesidad urgente de cubrir el forrage. El general la Serna por consideracion á que ambos jefes eran antiguos en el ejército y aun Olarria pariente del virey Pezuela, con quien estaba en disidencia en punto á operaciones militares, ninguna providencia tomó mas que la de trabajar por disminuir las funestas impresiones del referido desastre, trasladándose al siguiente dia 7 de febrero á Jujúy, dejando en Yala un destacamento para mantener expeditas las comunicaciones con Humahuaca.

Por este tiempo se supo en el cuartel general que los cabecillas Lira, Cárpio, Alvarez y otros de la provincia de Cochabamba habian invadido el camino real del Perú entre Oruro y Sicasica, que dieron muerte cruel al honrado cacique del pueblo de Mooza por el solo delito de ser afecto á los españoles y que robaban y asesinaban á los indefensos transeuntes; mas destacados contra estos bandidos proporcionados destacamentos de las guarniciones de la Paz, de Oruro y de Cochabamba lograron ahuyentarlos pronto, y dejar libre y seguro el camino. Pocos dias despues, aburridos los mismos indios por las continuas extorsiones que experimentaban de la revolucion, se alzaron contra sus propios caudillos y presentaron de ellos cuatro cabezas en

la Paz y dos en Oruro inclusa la de Cárpio, y gratificados por este servicio ofrecieron perseguir á los demas sin excepcion de Lira, á quien servian de escolta 15 fusileros: y es preciso convenir en que este medio era eficacísimo para asegurar la tranquilidad de los pueblos, aunque no fuese el mas recomendable.

El segundo del famoso caudillo Padilla por este tiempo, desesperanzado de sostener la rebelion por el lado de Chuquisaca, se retiró á las ásperas montañas de Yuracares en los confines de Cochabamba, y de este modo no solo se iban franqueando los caminos de aquella provincia, sino que pudo su gobernador desprenderse del segundo batallon de Extremadura para que se encaminase al cuartel general de Jujúy. Este es el batallon que se habia formado en el Cuzco sobre la compañía de don Manuel Ramirez, ahora su comandante, gobernando aquella provincia el brigadier don Mariano Ricafort.

Establecido el cuartel general en Jujúy se proponia el general la Serna avanzar á Salta 18 leguas; pero necesitaba que se le incorporasen las tropas todavia en marcha, particularmente los escuadrones de húsares de Fernando VII y el 2.° de Cazadores. Entretanto y para dar mayor extension á los forrageadores y mayor seguridad al ganado que era preciso mantener al pasto, colocó en Perico el batallon de Castro y un escuadron de Dragones-Americanos (antes 1.° de Cazadores): puso un fuerte destacamento en los Alisos y otro en el Carmen, que impedian la aproximacion de los atrevidos enemigos á la ciudad aunque empeñaban con ellos diarios é infructuosos tiroteos. Destinó en fin varias columnas volantes á recorrer la campiña, batir las partidas de gauchos que encontraran y recoger mulas, caballos y ganado bacuno de que tanto se necesitaba. El coronel Carratalá, jefe de una de aquellas columnas sostuvo el dia 14 de febrero un obstinado combate con 300 caballos enemigos, y no solo fué el resultado favorable al honor de las armas españolas, sino que salvó Carratalá todo el ganado que conducia.

Los húsares de Fernando VII que dejamos en marcha para Culpina, llegaron á esta hacienda en fines de diciembre último, y seguidamente partió de allí contra el partido de Santa Elena el brigadier D. Diego O-Relly con el batallon llamado de Verdes, muy bajo de fuerza, algunos soldados de Chichas montados en mulas y malos caballos y 40 húsares de Fernando VII con el capitan D. Andres Garcia Camba y el bizarro don Francisco Ortiz, alferez del mismo cuerpo. El brigadier O-Relly ocupó sin dificultad á Santa Elena, pero sin hallar un habitante ni en este pueblo ni en las rancherías inmediatas.

Desde santa Elena se ejecutaron varios movimientos por toda su jurisdiccion, en los que sostuvieron las armas españolas frecuentes y ventajosos encuentros á pesar de la extraordinaria aspereza y fragosidad del terreno, teniendo por resultado que muchos de los naturales alzados se presentasen pidiendo gracia, ofreciendo sumisa obediencia y recibiendo del brigadier una papeleta de seguridad. Pocos dias despues, reforzados aquellos turbulentos y volubles indios por el escuadron del mayor Rabelo, oficial de las tropas de Buenos-Aires, se creyeron superiores, se volvieron á reunir hasta los presentados y en número bastante crecido ocuparon las alturas que rodean á santa Elena, particularmente el elevadísimo cerro de Cañashuaico, á cuyo pie está situado el pueblo. Tres dias pasó allí O-Relly enteramente circuido: en ellos hicieron dos salidas los húsares de Fernando VII contra los caballos de Rabalo que ocupaban las lomas de la derecha del rio, sostenidos por algunos grupos de indios honderos y muy pocas armas de fuego, y en ambas los desalojaron y dispersaron causándoles alguna pérdida á costa de un caballo muerto y un soldado herido de piedra: pero pronto volvian á reunirse como tenian de costumbre. Para dejar el pueblo de santa Elena y regresar á Culpina, de donde hacia cerca de un mes que el brigadier O-Relly no tenia la menor noticia, fué preciso atacar el cerro de Cañas huaico y desalojar de él al enemigo, lo que ejecutó el batallon de Vestes á las órdenes del coronel Sierra su primer comandante con algunos soldados de Chichas, con tanta valentía como admirable habilidad en sortear las *galgas*, ó grandes piedras que los indios les arrojaban, logrando por último su objeto con bastante pérdida de los contrarios, y por parte de los realistas un soldado muerto, 24 heridos con dos oficiales todos de piedra y varios contusos. Los indios presentados y reunidos ya con los insurrectos enseñaban las papeletas de seguridad que habian obtenido, las rompian con algazara á la vista de los españoles y las lanzaban al aire en muestra de desprecio que hacian de ellas. Era un espectáculo bien digno de observacion.

El 31 de enero entró de regreso esta expedicion en Culpina, donde habia permanecido el escuadron de húsares y allí se hallaba la órden del general en jefe para que inmediatamente siguiera el movimiento del ejército en marcha sobre Jujúy, disponiendo al propio tiempo que el brigadier O-Relly con la demas fuerza se dirigiese á Tupiza ó Santiago de Colagaita, como se verificó. Los húsares de Fernando VII tomaron por los valles de Cinti y san Juan para salir á Yavi, y el 19 de febrero ocuparon la hacienda de Yala, tres leguas cortas

de Jujúy, residencia que habia sido del cuartel general. Esta hacienda estaba guarnecida por un destacamento de Extremadura que mandaba el teniente D. Juan Garrido.

Tanto en los destacamentos apostados para la mayor defensa y tranquilidad de Jujúy, como en las columnas móviles que era preciso mantener para buscar subsistencias empezaron á picar las calenturas intermitentes, notándose que los soldados peruanos las adquirian con mas prontitud y en mayor número que los europeos. Súpose luego que en la inmediacion de Sápla, 5 leguas de Jujúy, se habian reunido gruesas partidas enemigas, y empezaron á correr voces de que la vanguardia del ejército de Belgrano habia llegado al mismo punto. En este supuesto natural era persuadirse que las fuerzas que mandaba ese caudillo no estaban muy lejos, circunstancia demasiado grave para mirarla con descuido. Consiguientemente salió el general en jefe de Jujúy en la noche del 26 de febrero con el primer batallon de Extremadura, 4 compañías del de Gerona, el escuadron de la Guardia, el 1.° de Dragones Americanos y dos piezas de artillería, y al amanecer del dia siguiente 27 habia alcanzado al expresado punto de Sápla logrando hacer algunos prisioneros al dispersar la reunion enemiga. Por las declaraciones de estos resultó ser falsa la noticia relativa al movimiento de las tropas de Belgrano, y regresó el general á Jujúy el 28 haciendo recoger sobre la marcha y conducir algunas reses.

El 4 de marzo supo el general en jefe la desagradable noticia de que habia caido en poder de los enemigos la guarnicion de Humahuaca, los efectos de parque, las municiones, las provisiones y los seis cañones que allí habia. El activo coronel de Buenos-Aires la Madrid se habia corrido á retaguardia del ejército real por la quebrada del Toro con 400 hombres bien montados y con el designio de penetrar en las provincias del alto Perú y fomentar el alzamiento de sus pueblos á fin de causar al ejército español una poderosa diversion. Combinado al paso con el cabecilla Arias tomó á Humahuaca con mayor facilidad de la que era de esperar, encargó á su compañero la conduccion de la presa á la Nueva-Orán, y continuó la Madrid su marcha sobre Tarija, de la que tambien logró apoderarse. El general la Serna hizo al instante salir de Jujúy dos columnas sobre la Nueva-Orán, la una directamente al mando del brigadier Olañeta y la otra por la quebrada de Humahuaca á las órdenes del coronel Centeno. Componíase esta del batallon de Castro, conocido tambien por *chilotes*, del escuadrón de húsares de Fernando VII, y de un destaca-

mento del de San Cárlos, llevando por gefe de E. M. al teniente coronel D. Antonio Seoane.

El 9 de marzo llegó esta columna á Humahuaca, cuya poblacion se hallaba totalmente abandonada, y solo se veian en sus calles cajones y baules destrozados con algunos cadáveres insepultos que despedian una fetidez insoportable. Dada sepultura á los cadáveres encontrados, la columna se dirigió por Cibina al abra de Zenta para cruzar uno de los ramales de la gran cordillera de los Andes y siguió á la Nueva-Orán por los Molinos, San Andrés, la Maroma y Santa Cruz. El camino era una estrecha senda por medio de un continuado bosque espesísimo, particularmente desde San Andrés, y los soldados europeos vieron por primera vez con admiracion bandadas de pavos silvestres, cuyo rápido vuelo les sorprendió mucho; y antes de llegar al campamento de la Maroma se presentó un oficial enemigo con nueve de los prisioneros de Humahuaca y 12 fusiles, y dió ademas aviso del lugar en que los enemigos habian ocultado los seis cañones, varias cargas de vino, aguardiente, harina, azúcar, vestuarios y todas las municiones de artillería. Recogióse en consecuencia cuanto se pudo conducir y se inutilizó todo lo que no era dable cargar por falta de acémilas.

La columna del coronel Centeno ocupó la Nueva-Orán el 16 de marzo por la tarde y el mismo dia por la mañana habia salido de allí para la mision de San Francisco el brigadier Olañeta, de donde regresó á Jujúy perdida la esperanza de poder alcanzar á los conductores de los prisioneros de Humahuaca. Centeno descansó seis dias para dar respiro á la tropa y á los caballos, de los cuales tuvo que abandonar algunos por absolutamente imposibilitados de marchar. La Nueva-Orán, que constará de poco mas de 30 casas, lleva el título de ciudad: su territorio abunda en frutas, maiz, arroz, caña de azúcar y carnes: su clima es cálido y húmedo, propenso á calenturas perniciosas y á bultos ó hinchazones en el pescuezo que llaman *cotos*, de cuya deformidad ni los perros se ven exentos: abundan igualmente los insectos y reptiles, algunos venenosos, y las casas están invadidas por molestos enjambres de mosquitos de diferentes especies: confina con los indios bravos llamados *matacos*, quienes, como otras naciones salvages, abastecen de sirvientes los pueblos cristianos limítrofes. Habia en fin allí una mision de religiosos franciscanos que apenas sacaban fruto de sus trabajos.

El 23 del precitado marzo emprendió el coronel Centeno su regreso al cuartel general por el mismo camino que habia llevado para la

Nueva-Orán, conduciendo los enfermos que por su estado lo permitian y pasando por el sentimiento de tener que abandonar cuatro á la dudosa generosidad de aquellos enemigos, porque no era posible moverlos sin exponerlos á una muerte cierta. Al dia siguiente campó la columna en la Maroma, y con noticias de que se hallaban en el pueblo de San Andrés algunos *gauchos* de la faccion de Arias, recibió órden el capitan Camba para ponerse en marcha á las once de la noche con 25 húsares y apoderarse del pueblo, como lo ejecutó al amanecer del 25 desalojando de él sobre unos 40 insurrectos, de los cuales hizo dos prisioneros. La columna llegó al mismo punto á la una del dia y descansó hasta el 29 que fué á pernoctar al pie de la abra de Zenta, en cuyo campo, abundando la yerva *garbancillo* se enfermaron bastantes caballos y mulas. Esta yerva, al parecer gustosa para los animales, produce en las bestias que la comen fuertes temblores ó convulsiones de que se les suele seguir la muerte, hinchándose con prontitud y arrojando sangre por la boca y las narices. En este dia sostuvo la retaguardia un corto tiroteo del que resultaron heridas dos pobres mugeres, que emigraban de la Nueva-Orán por seguir las tropas españolas.

El 30 de marzo por la mañana se observó que el abra de Zenta estaba ocupada por mas de 300 enemigos: era preciso desalojarlos para continuar libremente la marcha, y este encargo lo recibió el teniente coronel Seoane con dos compañías de infantería y lo desempeñó con decidida prontitud, no obstante la escabrosidad del terreno y la formidable posicion en que los alzados se hallaban. Expedito el paso del abra de Zenta continuó la columna á Humahuaca siempre desierta, y de aquí se adelantó la caballería á Urquia y á Tilcara para proporcionar á los caballos el buen pasto de que tanta necesidad habian. Estos pueblecitos se hallaban tambien por primera vez inhabitados y era un signo harto significativo de cuanto en breves dias habia empeorado el espíritu del pais. Ninguna noticia por lo tanto se pudo adquirir del estado del ejército real á pesar de lo poco que distaba ya Jujúy, y esta circunstancia parecia aconsejar á los jefes españoles la prudencia con que debian proceder. Sin embargo, el teniente coronel Seoane se decidió á salir de Tilcara para Jujúy en la madrugada del 2 de abril con objeto de adelantar al general en jefe los pormenores de esta expedicion, acompañándole cinco húsares y dos asistentes montados. Al dia siguiente fueron á Huájara los húsares de Fernando VII y una partida del escuadron de San Cárlos que los acompañaba, en cuyas inmediaciones 50 caballos enemigos cayeron de improviso sobre algunos sol-

dados de San Cárlos, que imprudentemente se habian adelantado á merodear, hicieron dos prisioneros y huyeron en seguida de la persecucion de los húsares.

En la madrugada del 4 de abril salieron estos de Huájara para Jujúy dudosos ya de la suerte de Seoane y de su pequeña escolta; pero cuando desde el Volcan divisaron á distancia algunos grupos de *gauchos* que hacian de trecho en trecho disparos de fusil como de señal convenida, y cuando poco despues encontraron sobre el camino un caballo muerto y dos cadáveres de los individuos que acompañaban á Seoane, no les quedó duda alguna de que su suerte no podia menos de haber sido desgraciada. Descansaron los húsares en Yala para comer y dar un pienso á los caballos y desde luego les llamó la atencion hallar esta hacienda sin tropa. Por un indio, que pudieron coger, supieron que Seoane y cuatro de sus soldados estaban prisioneros y que los otros tres habian sido muertos, despues de haber hecho todos una resistencia increible. A las tres de la tarde continuaron los húsares su marcha para Jujúy, amenazados de una tormenta, que antes de llegar al rio Reyes descargaba sobre ellos la mas copiosa lluvia: vadearon este rio con precaucion, tanto por los disparos de fusil que de cuando en cuando oian y tenian indudablemente por señales convenidas, como porque iban á atravesar un bosque, cuyo camino permitia apenas dos caballos de frente. Al acercarse á un escampado que se encuentra cerca del punto llamado la *Capilla*, tuvieron el acierto de mejorar su formacion; el agua seguia cayendo en abundancia y la tropa llevaba los capotes puestos. En esta situacion recibieron los húsares una descarga, disparada desde la espesura del monte, aunque no de gran número de armas, sin duda inutilizadas por la lluvia, y en medio de una grande gritería que se oia por todas partes, como 200 hombres á caballo, la mayor parte de los *dragones infernales*, pronunciaron una carga sobre los húsares con decision; pero aunque estos no tuvieron lugar mas que para desenvainar los sables y soltar los capotes, se pararon aquellos como á 20 pasos de distancia. Entonces el comandante D. Gabriel Perez sin perder instante mandó al capitan Camba, cuya compañía formaba la primera, que cargara á los enemigos, lo que á la voz de *viva el rey* ejecutó aquella sobresaliente tropa con el denuedo que tan bien acreditado tenia, y confundidos y alebronados los contrarios cedieron el campo y la ventaja á las puntas de las lanzas y de los sables de los húsares, dejando 30 hombres muertos con dos oficiales, y llevándose 37 heridos, como se supo despues.

Vencedores y vencidos salieron casi envueltos á un campo que se

extendia al otro lado del bosque, y cuando allí se reconoció la superioridad numérica de los enemigos, la compañía de húsares cargadora tuvo necesidad de reconcentrarse porque el comandante ocupado en recoger sus capotes no la habia sostenido de cerca como hubiera convenido. Entonces trabajaron mucho los jefes y oficiales de los rebeldes para animar á sus soldados á que volvieran sobre tan pocos enemigos; pero fueron inútiles sus esfuerzos, ya por la severa leccion que acababan de recibir, ya por la firmeza y órden que observaban en la formacion de nuestros caballos, contentándose con tirotearlos vivamente. Ocurria esto á muy corta distancia de Jujúy y como los puestos avanzados diesen parte de la direccion en que se oia fuego de fusil, salió inmediatamente tropa del cuartel general, que se encontró con los húsares al ponerse el sol y todos se restituyeron con tranquilidad á la ciudad. Nuestra pérdida consistió en un caballo muerto, tres hombres y siete caballos heridos.

Entretanto los *gauchos*, individualmente valientes, tan diestros á caballo que igualan, si no exceden, á cuanto se dice de los célebres *mamelucos* y de los famosos *cosakos*, tuvieron en contínua alarma el cuartel general y sus puestos avanzados, sosteniendo diarios combates mas ó menos empeñados que, sobre el cansancio que producian estas frecuentes y poco importantes refriegas, causaban la pérdida de muy bravos oficiales y soldados sin conseguir nunca los españoles poder dar un golpe decisivo, porque una de las armas de estos enemigos consistia precisamente en su facilidad para dispersarse y volver de nuevo al ataque, manteniendo á veces desde sus caballos y otras echando pie á tierra y cubriéndose con ellos un fuego semejante al de una buena infantería.

Despues que las columnas del brigadier Olañeta y del coronel Centeno habian salido en distintas direcciones sobre la Nueva-Orán, como se ha indicado, los enemigos que no ignoraban las pocas tropas que habian quedado en Jujúy, particularmente de caballería, de tal modo hostigaban la ciudad que llegaron á hacer prisioneros al pie de las mismas casas. El general en jefe entonces para precaver un golpe de mano de aquellos atrevidos ginetes, mandó cerrar las bocas-calles con parapetos lijeros de campaña que se levantaron con mucha actividad. El 12 de marzo habian proyectado los enemigos dar un nuevo golpe de muerte á los forrageadores y al efecto habian preparado en la noche anterior una emboscada de 300 caballos al mando de Sarabia jefe de E. M. de Güemes; mas con noticia oportuna de este preparativo salió el coronel D. Gerónimo Valdés, jefe de E. M. de las tropas es-

pañolas, y batió á los contrarios en su misma emboscada, matándoles é hiriéndoles 34 hombres á costa de tres muertos y 10 heridos y de mas de 200 caballerías de silla y carga que se habian sacado al pasto por el lado opuesto de la ciudad creyéndolo mas seguro. Esta pérdida era en extremo sensible porque dificultaba la movilidad que tanto importaba conservar. Al dia siguiente 13 sobre 600 caballos enemigos atacaron todos los puestos avanzados del cuartel general: el general en jefe dispuso que el coronel Valdés con 50 caballos pasase el rio Chico y los atacase por su izquierda sostenido de unos 200 infantes de Extremadura á las órdenes del coronel Carratalá, mientras el comandante de escuadron D. José Torres, ayudante de campo del general en jefe, los entretenia por el frente con escaramuzas de caballería que apoyaban dos pequeñas columnas de infantería, mandada la una por el teniente coronel D. Alejandro Gonzalez Villalobos, y la otra por el de igual clase D. Bernardo la Torre. La accion se hizo pronto general y acalorada: Valdés fué el primero que obligó á cejar á los enemigos que fueron perseguidos y acuchillados en todas direcciones con pérdida de 30 hombres; pero los españoles compraron este triunfo á costa del comandante Torres, cinco dragones de la Union y dos granaderos de la Guardia muertos y 15 heridos. Si los realistas hubiesen contado con mayor número de caballería, esta accion, casi insignificante en su resultado, habria sido de mucha trascendencia.

El 15 de marzo al amanecer salieron á colocarse las avanzadas que habian de cubrir el forrage y pasto: el capitan D. Francisco Sanjuanena con su compañía de granaderos de Gerona se situó en la Tablada sobre el camino de Humahuaca como á media legua de Jujúy, y el de igual clase D. Antonio Ortega con los granaderos de Extremadura y 25 caballos de la Guardia á dos tiros de cañon sobre la derecha del rio Chico. A las once de la mañana fueron estos puestos atacados como de costumbre, y resultando luego herido el capitan Ortega reasumió el mando del suyo en el de la Guardia Martinez que se hallaba allí con los 25 caballos de su cuerpo. El tiroteo no cesó por una y otra parte; y sobre las dos de la tarde avisó Sanjuanena que le atacaban fuerzas muy superiores y que necesitaba cartuchos con urgencia. En consecuencia salió en su auxilio el jefe de E. M. Valdés con la mayor parte de la caballería disponible, dos piezas de artillería y municiones, y seguidamente fueron allí arrollados los enemigos con pérdida de 30 hombres muertos y prisioneros á costa de séis heridos. Pero mientras se obtenia esta ventaja por el norte, los lanceros del Tucuman, que en la noche anterior se habian incorporado á la fuerza de Güemes con

su coronel Gorriti, atacaron á Jujúy por el camino de Salta con el arrojo mas sorprendente. Los restos de Extremadura, de Gerona y de caballería que habian quedado en la ciudad salieron inmediatamente á tomar posicion sobre el rio Chico con sus respectivos jefes Carrátalá, Villalobos y Ferraz, al mismo tiempo que levantándose de la cama el general en jefe, que guardaba por notoriamente enfermo, hacia cubrir los parapetos con los asistentes y los convalecientes que podian manejar las armas. El choque fué sumamente vivo y empeñado por ambas partes, y hubiera sido de mayor satisfaccion para los realistas si el valiente capitan Martinez con los 25 granaderos de la Guardia no se hubiese comprometido, llevado de su fogosidad, contra fuerzas enormemente superiores en momentos en que no era posible sostenerlo con la prontitud que se requeria. Estos bravos europeos hicieron los prodigios más asombrosos de valor vendiendo muy caramente sus vidas; pero al fin quedaron muertos en el campo menos el capitan, un trompeta y un soldado que fueron prisioneros cubiertos de heridas de sable y lanza. Los enemigos perdieron mas de 100 hombres muertos, heridos y prisioneros; y sin embargo se creyeron vencedores apellidando esta jornada el dia grande de Jujúy. Los realistas perdieron sobre 28 soldados muertos y un oficial con 12 heridos y dos oficiales. Estas lecciones durísimas y sensibles iban por otra parte corrigiendo la temeraria indiscrecion de los jóvenes europeos y enseñándoles á saber emplear con mas cautela y arte el noble ardor que los animaba.

Todas las tropas regresaron á la ciudad menos la compañía de granaderos de Gerona que equivocadamente pasó la noche del 15 de marzo en la hacienda de los Alisos; pero verificó su repliegue al dia siguiente por la mañana abriéndose paso con plausible decision por medio de 250 caballos enemigos, auxiliada oportunamente por el indansable jefe de E. M. coronel Valdés. Poco despues empezaron á correr voces de que una columna de 800 infantes, 400 caballos y dos piezas de artillería marchaba desde el Tucuman sobre la Nueva-Orán, y que para auxiliarla en la destruccion de Olañeta se iban á preparar gruesas partidas de *gauchos* que Belgrano se movia tambien con sus tropas hácia Jujuy, y estas especies que se divulgaban en el cuartel general como por ensalmo adquirian alguna fuerza por la aparicion de los soldados del coronel Gorriti; mas el general la Serna si bien conocia que no tenia tropas para hacer frente á las de Belgrano, se veia tambien en la crítica situacion de no poder abandonar á Jujúy, porque era el punto de reunion señalado á las expediciones sobre la Nue-

va Orán y le era de todo punto imposible hacerles saber ninguna nueva resolucion por la absoluta incomunicacion en que se hallaba con ellas. Los ataques sobre los puestos avanzados de la ciudad eran frecuentes: la pérdida de toda mula ó caballo que se separaba sin escolta de la poblacion era segura: no se descansaba, pues, ni de dia ni de noche; y hasta algunas de las mugeres residentes en Jujúy, acusadas de tener el encargo de servir de espías á los enemigos, extendian su comision hasta el estremo de seducir los soldados peninsulares, sin que fuese tampoco posible castigar con pleno conocimiento de causa este peligroso crimen. En tan desesperado estado tuvo el general en jefe que recurrir á un arbitrio repugnante y opuesto á sus generosos sentimientos, cual fué el de enviar á fines de mayo al campo enemigo con un oficial parlamentario mas de 20 mugeres de todos rangos que se designaban como las menos cautas en ese odioso género de servicio.

En la tarde del 1.° de abril salió el teniente coronel la Torre con 200 infantes y 30 caballos para la quebrada del rio de Leon con el exclusivo objeto de proporcionar ganado á toda costa. Apenas dejó la poblacion de Jujúy, tuvo que empezar á batirse para franquear el camino y se vió obligado á pasar la noche dentro de la hacienda de Yala. Al dia siguiente avisó la Torre de que entre la expresada hacienda y la boca de la quebrada de Leon á su retaguardia se veia una columna de infantería y caballería que le causó la mayor alarma, porque la sospechaba enemiga despues de la incomunicacion en que el cuartel general se hallaba con las provincias de retaguardia; pero habiéndose resuelto á reconocerla personalmente tuvo la inexplicable satisfaccion de encontrarse con el coronel D. Vicente Sardina que conducia el segundo batallon de Extremadura, el segundo escuadron de Cazadores, un convoy de municiones y algun numerario procedente de Potosí, que en el mismo dia entraron en el cuartel general.

El general en jefe creyó oportuno este momento para disponer que el coronel Valdés con 500 infantes de Extremadura y Gerona, 60 caballos y una pieza de artillería saliese aquella misma noche con el objeto de proteger el regreso de la columna de Olañeta, y ver si lograba dar un golpe á la faccion del caudillo Cortes que campaba en los bajos de Salpala. La compañía de Cazadores de Extremadura tomó sucesivamente una patrulla y dos avanzadas dirijidas por su coronel Carratalá sin que se escapase un solo hombre; y guiada la columna por los mismos prisioneros llegó sin ser sentida, antes de amanecer el 3 de abril, á tiro de pistola donde campaba aquel jefe con 300

hombres. De tan completa sorpresa solo logró escapar Cortes con dos oficiales y cuatro ó cinco soldados que tenian los caballos ensillados á su inmediacion: todo lo demas, hombres, caballos, equipages y ganado quedó en poder de los españoles ó en el campo, á costa tan solo de tres soldados heridos.

Por la relacion de los prisioneros hechos en esta felicísima sorpresa resultaba que la division de Cortes habia quedado en observacion del cuartel general español, mientras las demas partidas de *gauchos* reunidas habian marchado sobre San Pedro para salir al encuentro de la columna del brigadier Olañeta que regresaba de la Nueva-Oran; pero que noticioso este del referido pensamiento se habia inclinado á la derecha para tomar el camino de la Hormenta. El jefe de E. M. Valdés marchó entonces á las capillas encontrando luego á los enemigos que no le disputaron el paso con grande empeño, bastando algunas guerrillas para alejarlos. Al anochecer supo Valdés positivamente que Olañeta habia seguido por Ledesma á Jujúy: descansó en las Capillas un dia, donde recogió mas de 300 cabezas de ganado vacuno y volvió á entrar en el cuartel general el 5 de abril.

Con el convoy del coronel Sardina se recibió tambien la correspondencia atrasada de las provincias del Perú, y con ella una real órden en que S. M. prevenia que el regimiento de Extremadura se llamase en adelante Imperial Alejandro, que será el nombre que le daremos en lo sucesivo, y nuevos y apremiantes preceptos del virey para que el general en jefe avanzara cuanto antes fuera posible en direccion del Tucuman con el fin de paralizar los aprestos de San Martin en Mendoza contra Chile. Igualmente se supo que el cabecilla Lira con otros de su clase incomodaban de nuevo el partido de Ayopaya, provincia de Cochabamba, cuyo gobernador habia destinado alguna tropa en su persecucion y se prometia buenos resultados.

El 12 de abril salió de Jujúy para el norte una columna de 200 hombres de infantería y caballería á las órdenes del sargento mayor del Imperial Alejandro D. Benito García del Barrio con el encargo de conducir órdenes para los jefes de las provincias de retaguardia, la correspondencia de oficio para el virey y la particular del ejército, privado de este consuelo desde la pérdida de Humahuaca. Nombróse en el mismo dia una guarnicion competente para mantener la ciudad de Jujúy, cuyo mando encomendó el general en jefe al bizarro brigadier Olañeta, y con el resto de las tropas resolvió avanzar á Salta distante 18 leguas. Púsose consiguientemente en marcha el general la Serna el 13 de abril con los dos batallones del Imperial Alejandro,

y el de Gerona, los escuadrones de húsares de Fernando VII, el de dragones de la Union, los de Dragones-Americanos, el de Cazadores á caballo, el de granaderos de la Guardia y cuatro piezas de artillería de á lomo. Los enemigos, que en pequeños grupos se tirotearon con las guerrillas españolas durante las tres primeras horas de marcha, fueron engrosándose sucesivamente y redoblando su resistencia hácia la Caldera, punto en que se pernoctó el dia 14. La calidad del terreno llano á trechos, cortado por barrancos y por los rios Baquero y Viema, generalmente dominado por alturas accesibles y todo cubierto tambien á trechos de monte, proporcionaba á los enemigos moverse con facilidad y aprovechar todos los accidentes locales de que eran muy prácticos, presentando en cada uno la mas obstinada resistencia; pero las compañías de cazadores del Imperial Alejandro, tres del batallon de Gerona y algunos caballos que llevaban la vanguardia, al mando del teniente coronel D. Bernardo de la Torre, con órden expresa de no detener la marcha, fueron sucesivamente desalojando á los contrarios de todas las posiciones con tal intrepidez que á la una del dia 15, todas las tropas habian desembocado en la gran llanura ó *pampa* de Castañares que se extiende hasta la ciudad de Salta y se les permitió un descanso.

Dispuesta por el general en jefe la formacion en que se habia de seguir marchando, las tropas volvieron á continuar su movimiento á las tres de la tarde llevando al frente una línea de guerrillas que alejaba brillantemente á las enemigas. No se tardó en descubrir en las cercanías de la ciudad la fuerza contraria en batalla, que ascenderia á poco mas de 1,100 caballos sin contar las guerrillas de la misma arma en aparente actitud de defender la poblacion á favor de un terreno muy á propósito para el uso de la caballería. Mandaba esta gente el gobernador de la provincia Güemes, natural de Salta y tenido por eximio *gaucho*, es decir, por gran ginete; pero la resolucion de que hacian alarde los enemigos no fué de larga duracion. La resistencia es verdad que se aumentaba á proporcion que las columnas españolas se acercaban á Salta, mas todo cedia á la mayor instruccion, disciplina y órden de estos soldados, causando notable admiracion á los insurrectos el ver á la infantería peninsular marchar denodada sobre sus caballos en el órden abierto y reunirse velozmente en grupos cuando se veia amenazada de cerca por ellos. La caballería de Güemes, formada en línea delante de Salta, cuyas azoteas estaban pobladas de mugeres y niños, dió muestras de prepararse á cargar: el general en jefe marchaba sobre ella en tres columnas á derecha

izquierda la caballería mesclada la peninsular con la del pais y en el centro la infantería y la artillería. A proporcion que avanzaba esta tropa y que dos cañones montados hacian acertadísimos tiros, se percibia visiblemente en los contrarios inquietud y desórden, y en este estado mandó el general cargar á la caballería de la derecha, que dirigia el valiente coronel Sardina. Pronta y decididamente ejecutado este mandato, aquella multitud de sobresalientes ginetes se dispersó y puso en fuga persiguiéndolos y acuchillándolos los realistas hasta el lado opuesto á la ciudad. Los primeros que atravesando esta poblacion abierta salieron al campo llamado de las Carretas, por cuyo extremo corre el rio de Arias, fueron el coronel don Pedro Antonio Castro, hijo de la misma ciudad y hermano del desgraciado don Saturnino, el capitan de dragones de la Union don José Auxeró y el de húsares de Fernando VII D. Andrés García Camba con algunos soldados de los mejor montados. Entre los grupos enemigos que por diferentes calles desembocaban tambien al citado campo, notóse un ginete que llevaba poncho color de rosa y sombrero redondo de felpa de seda blanca, y el coronel Castro dijo «*ese es Güemes*». Montaba el capitan Camba un caballo de carrera muy conocida, con que el virey marqués de la Concordia habia señalado el aprecio que le mereció este oficial, y contestó inmediatamente, «*si ustedes me sostienen le alcanzo*», recibiendo una respuesta afirmativa todos dieron rienda á sus caballos. Poco tardó en efecto Camba en ponerse al costado del mencionado ginete mandándole detener y que se rindiera, mas él sin contestar, si bien disminuyó la velocidad de su caballo, echó mano á una pistola en ademan de servirse de ella. Recibió entonces un golpe de sable en la mano, que le obligó á soltar la pistola, y al mismo tiempo un húsar que seguia á su capitan le disparó la tercerola y derribó al enemigo que ofrecia rendirse cuando ya estaba herido de muerte. Castro en lugar de Güemes, como habia creido, reconoció á su paisano Senarrusa oficial de la caballería enemiga, que fué seguidamente conducido á su propia casa y asistido con esmero por los facultativos españoles, aunque inútilmente, porque aquella misma noche espiró en los brazos de sus inconsolables madre y hermanas, quienes informadas por el coronel Castro de las circunstancias de la desgracia que lloraban, hacian justicia á los vencedores.

Así quedó ocupada la ciudad de Salta perdiendo los enemigos mas de 100 hombres muertos, heridos y prisioneros desde la salida de los españoles de Jujuy: la de estos fué de poco mas de 30 muertos y heridos inclusos en los últimos dos oficiales y el capitan D. Agustin

James. Muy contados eran los hombres que se veian en la ciudad: entre estos habia fundados motivos de recelar que alguno se hubiese quedado de acuerdo con el gobernador Güemes, y eran naturalmente mayores las sospechas que recaian en D. N. Viola por su conocida conducta y sus frecuentes pasos del uno al otro bando. Mas adelante, cuando el general Olañeta negó la obediencia al virey la Serna por desgracia de la España, se hallaba Viola de su ayudante de campo, siendo de notar que ni Olañeta desconocia la desacreditada reputacion de este sugeto ni ignoraba sus anteriores y antiguas relaciones con los enemigos.

CAPITULO XII.

El cuartel general en Salta.—Primeros rumores de la pérdida de Chile.—Expediciones y activa campaña en los campos de Salta.—Confirmase la pérdida de Chile.—Comienza la Serna la retirada á las primitivas posiciones del ejército.—Noticias sobre los progresos de la Madrid.—Su derrota.—El marqués de Tojo.—Sorpresa de Rojas.—Nueva expedicion á Humahuaca.—Persecucion de facciones.—Arribo al Callao de nuevas tropas europeas.—Otra expedicion á Chile.

AÑO DE 1817.

Situado el cuartel general de la Serna en Salta, se supo que la atrevida expedicion del coronel D. Gregorio Araoz de la Madrid á las provincias del alto Perú tenia por objeto sublevarlas en mayor escala fomentando en ellas la rebelion, contando al efecto con hallar muy disminuidas sus guarniciones á causa del movimiento que el ejército habia emprendido; y ya hemos indicado el carácter emprendedor y temible de este caudillo. Tambien empezó á correr la triste noticia de que el general de Buenos-Aires San Martin habia penetrado en el reino de Chile y ganado en febrero de este año sobre el presidente Marcó del Pont la batalla de Chacabuco, que puso á disposicion de los independientes un pais que se pretendia ayudar á defender con el movimiento en que se hallaba empeñado el ejército real del alto Perú.

La permanencia, pues, de estas tropas en las provincias llamadas de *abajo*, tan reducidas en número con particularidad en el arma de caballería, atendido el estado de insurreccion del pais y la calidad de sus habitantes, no parecia conveniente, ni militar ni

políticamente considerada; pero bien se tratase de emprender un movimiento retrógado, bien de conservar el terreno invadido, era la primera necesidad que habia que satisfacer la de procurar recursos de subsistencia para hombres y caballos y medios de movilidad en reemplazo de las muchas acémilas perdidas y que se perdian casi diariamente.

Por lo tanto vino á ser indispensable recurrir al arbitrio de las columnas volantes para explorar el campo y recoger mulas, caballos y ganado vacuno; pues en punto á subsistencias tampoco se halló en la ciudad de Salta mas que alguna harina que se destinó desde luego para los enfermos y convalecientes.

La primera columna al mando del coronel Vigil salió el 17 de abril para la Pedrera y la Isla: la segunda á las órdenes del coronel Castro el 18 para la hacienda de Burgos, y la tercera dirigida por el coronel Carratalá el 19 para la hacienda de Martiarena, las cuales tuvieron que empezar á tirotearse poco despues de dejar la ciudad y aunque regresaron cumpliendo bien su comision fué con la pérdida de algunos hombres heridos. En la tarde del mismo dia 19 salió la cuarta para el Bañado, diez leguas de Salta, al mando del coronel Sardina y se componia del batallon de Gerona, de que era primer jefe Villalobos y de 180 caballos á cuya cabeza se hallaba el coronel Vigil, acompañando á Sardina en calidad de jefe de E. M. el teniente coronel D. Bernardo la Torre. Teníase noticia de que los enemigos en algun número se hallaban reunidos en el Bañado y que habian retirado sus ganados hácia el mismo punto. Era por consiguiente el objeto de esta expedicion llegar de sorpresa á su destino; mas habiendo dado á media noche con algunas partidas de gauchos, la marcha de los realistas dejó de ser un misterio. Al amanecer del 20 ya se presentaron los enemigos en mayor número á defender con obstinacion el terreno aprovechándose de todas las localidades ventajosas: al acercarse los españoles á las casas del Bañado observaron en línea como 500 caballos; la compañía de granaderos de Gerona recibió órden de cubrir el flanco derecho mientras el resto de la columna hacia el ataque de frente: los enemigos tuvieron que ceder abandonando los ranchos y algunos efectos que allí tenian; pero los granaderos de Gerona vieron acuchillar á sus valientes tiradores sin que la reserva pudiera auxiliarlos. Algunos caballos ocultos en el bosque cayeron repentinamente sobre dichos tiradores, y no solo los mataron, sino que los despojaron con una celeridad que solo comprenderán bien los que sepan qué aquellos ginetes no necesitan apearse para

desnudar un muerto ni para recoger del suelo un real de plata.

Los realistas habian hecho ocho prisioneros que les informaron de que el ganado lo habian retirado hácia la quebrada de Escoipe, prepararon un rancho y descansaron hasta las tres de la tarde, á cuya hora contramarcharon para tomar esa direccion. Persuadidos los enemigos de que esta marcha era una retirada atacaron con la mayor audacia la retaguardia, los flancos y la cabeza de la columna: fueron valientemente resistidos y rechazados; pero la banda de tambores y los prisioneros que iban á la cabeza sufrieron considerablemente, el coronel Sardina fué atravesado de un balazo y la situacion de la columna se hacia por instantes crítica, porque los ataques mas ó menos empeñados continuaron hasta la noche que camparon los españoles en la boca de la expresada quebrada, donde tampoco existia ya el ganado que buscaban. En este estado, aumentado el embarazo con los heridos, siendo preciso conducir en camilla al coronel Sardina, y receloso el coronel Vigil, en quien recayó el mando, de que los enemigos fueran reforzados por Güemes y Gorriti, resolvió regresar al cuartel general al dia siguiente. Al amanecer de este dia, que era el 21 de abril, emprendieron los españoles su marcha por los montes, teniendo que desalojar una tras otra las diferentes emboscadas de *gauchos* preparadas con anticipacion, y á las nueve de la mañana se hallaban en la espaciosa llanura del Rosario con mas de 1,000 caballos al frente que Güemes habia reunido. Los dragones de la Union que formaban la mejor parte de la poca caballería realista fueron luego abrumados por el número, arrollados y batidos; la columna toda quedó circumbalada desde este momento; Gerona formó rápida y serenamente el cuadro, puso dentro los heridos, y en este órden continuó la marcha rechazando con bravura, al animoso grito de *viva el rey*, todos los reiterados ataques que Güemes le dirigió; pero como el terreno era muy llano y grande el objeto que presentaba el cuadro, sufrió bastante de los fuegos de los tiradores enemigos. Cansados estos de tantas horas de continuados esfuerzos sin haber podido penetrar en el cuadro, como se prometian, hicieron alto en los Cerrillos, algo mas de tres leguas de Salta, destacando algunas partidas que tirotearon la columna hasta las inmediaciones del cuartel general. En estas expediciones, si los españoles llevaban generalmente la mejor parte era siempre á costa de oficiales y soldados difíciles de reemplazar y de proporcionar al enemigo una escuela práctica de la guerra, como los soldados de Cárlos XII enseñaron á los moscovitas de Pedro el Grande. El coronel D. Antonio Vigil que sucedió á Sardina en el mando, el primero y segundo

jefe de Gerona D. Alejandro Gonzalez Villalobos y D. José Elizalde y el ayudante de E. M. D. Bernardo de la Torre dieron el mas brillante y constante ejemplo de serena valentía que secundaron con bravura los oficiales y la tropa que mandaban. La pérdida de los enemigos en la expedicion al Bañado se calculó en mas de 100 hombres muertos, heridos y prisioneros: la de los realistas consistió en el coronel Sardina que falleció al llegar á la ciudad de Salta, 12 hombres de tropa muertos, la Torre, tres oficiales mas y 44 heridos casi todos europeos con varios caballos fuera de combate.

Al regresar esta expedicion á Salta dispuso el general que el coronel Valdés jefe de E. M. saliese con 400 infantes, un escuadron y dos piezas con el objeto de sorprender en los Cerrillos á los enemigos de Güemes, á quienes era razonable suponer cansados y aun descuidados. Este pensamiento estaba indudablemente bien calculado y por parte de Valdés fué ejecutado con cuanta inteligencia requería; pero infructuosamente, porque avisados con oportunidad los contrarios evitaron el golpe que de otro modo hubiese causado con probabilidad su ruina, logrando sin embargo Valdés hacer algunos prisioneros y recoger las cargas de vino y maiz que aquellos abandonaron. Pasó en seguida esta columna á la Silleta en la embocadura de la quebrada del Toro en donde se apoderó de algunas reses y mulas á costa de un tiroteo que duró casi todo el dia 23, y de la misma manera volvió al cuartel general el 24 de abril.

Mientras Valdés se replegaba luchando sin cesar para salvar el ganado vacuno y mular recogido, 400 *gauchos* se apoderaron de las mulas del parque y de particulares que se hallaban al pasto entre el cerro de San Bernardo y el convento de san Francisco de Salta donde tenia Gerona su cuartel. Los húsares de Fernando VII montaron velozmente á caballo y salieron en persecucion de esas aves de rapiña; pero á pesar de sus esfuerzos por espacio de legua y media muy pocos animales pudieron rescatar de los mas de 200 que acababan de ser arrebatados, aumentando de este modo las dificultades del ejército para cualquiera movimiento. Los españoles tuvieron en estos dos últimos dias un oficial y cinco individuos de tropa heridos; los enemigos contaron algunos muertos, y por consiguiente han debido ser mayores sus bajas.

La situacion de las tropas españolas, en medio de una campaña tan activa y fatigosa como llevamos indicado, empeoraba por momentos, esperimentábanse muchas privaciones, las enfermedades se aumentaban y el número considerable que contaban de heridos y la disminucion de trasportes acrecian sus embarazos. Los enemigos habian

llevado su osadía al extremo de enlazar y arrastrar con sus caballos algunas centinelas sobre sus mismos cuerpos de guardia, y este nuevo método de ofender causó singular horror, y en fin hasta el horno en que se cocia el pan para los enfermos, situado en un arrabal de Salta, fué atacado por aquellos atrevidos ginetes en la mañana del 28 de abril; pero los soldados de Gerona que daban este servicio acudieron á cerrar prontamente la puerta de la casa y á defenderse por las ventanas hasta que les auxiliaron las tropas mas inmediatas. El forrage tambien, sobre ser escaso y de mala calidad, se habia hecho tan dificil que para protegerlo convenientemente era preciso emplear muchas precauciones y fuertes escoltas.

Sabedor Güemes del angustioso estado en que se veia el general la Serna, proyectó dar un golpe decisivo que acabara de aniquilar la poca caballería útil de los realistas. El primero de mayo amanecieron, pues, emboscados en el monte de la quinta de Arias sobre 800 caballos, porque este era el parage adonde fundadamente suponian se dirigiria el forrage en razon de que alli habia bastante caña de maiz, y cuando los soldados con los caballos en manta, aunque armados de sable, sin mas oficiales que los de semana y protegidos por la compañía de cazadores del Imperial Alejandro, se ocupaban de cargar los haces de caña, que en el pais llamaban *chala*, salieron los *gauchos* del monte y les atacaron con su acostumbrada algazara. Los realistas montaron al instante sus caballos, como se hallaban, é hicieron frente á aquella turba, auxiliados sobre toda ponderacion por la expresada compañía de cazadores europeos, que pasmó á los enemigos por su inimitable valor y destreza, logrando entre unos y otros rechazar aquel horrible ataque con gloria de las armas españolas. Sin embargo, se trabó un vivo tiroteo hasta que saliendo nuevas tropas de Salta con el mismo general en jefe fueron los contrarios dispersados y alejados, perdiendo 30 hombres que quedaron muertos en el campo, seis prisioneros con varios caballos y llevándose porcion de heridos. La pérdida de los españoles consistió en cuatro muertos, nueve heridos con el teniente de cazadores Bayarri y contuso el comandante de dragones de la Union D. José García Socoli.

El 2 de mayo llegó á Salta, procedente de Jujúy, el segundo comandante del batallon de Chilotes D. Antonio Ortega con la compañía de granaderos de su cuerpo, conduciendo la correspondencia que habia recibio del Perú el brigadier Olañeta. Por esta correspondencia resultaba confirmada la derrota del general Marcó del Pont y la ocupacion del Chile por el caudillo San Martin, no menos que la aparicion

del coronel la Madrid en las provincias de retaguardia. Disipadas totalmente las esperanzas con que esta compañía se habia dispuesto, la permanencia de las tropas en Salta ni ofrecia utilidad ni parecia prudente. En tal concepto se dieron las órdenes conducentes para regresar á Jujúy: el 4 de mayo por la noche rompieron la marcha los enfermos, los heridos y las cargas del parque y de particulares bajo la escolta del primer batallon del imperial Alejandro al mando de su coronel D. José Carratalá, y al amanecer del dia siguiente el general en jefe con el resto de las tropas, fué á pernoctar á los Sauces, nueve leguas, donde alcanzó el convoy de Carratalá que habia sufrido mucho por la conocida escasez de trasportes. Los enemigos picaron la retaguardia con poco empeño este dia; pero atacaron el campo español á las doce de la noche de un modo tan nuevo y extraño que hubiera producido las mas fatales consecuencias si la posicion no hubiese estado resguardada por un pequeño barranco. Los enemigos reunieron un considerable número de yeguas cerriles, de que abundan aquellos campos, y con la habilidad con que ellos saben dirigirlas las lanzaron en tropel á media noche sobre el campamento con grande algazara de los conductores, al mismo tiempo que 400 *gauchos* hacian fuego en distintas direcciones sobre las mismas yeguas y sobre el campamento. Este inexplicable tumulto, del que sin haberlo presenciado, nadie se formará un cabal juicio, tenia todas las apariencias de un ataque general y decidido. Los cuerpos realistas tomaron inmediatamente las armas: la compañía de granaderos de Castro ó Chiflotes defendió el barranco del frente con una serenidad admirable y su vivo fuego bastó para frustrar los efectos de tan diabólica extratagema; pero por los flancos adonde se habia dirigido la mayor fuerza enemiga fué necesaria mas empeñada resistencia. Al fin los gauchos tuvieron que ceder dejando en el campo algunas yeguas y hombres muertos con pérdida de tres españoles heridos. El 6 entró el cuartel general en Jujúy despues de haber tenido que sostener las tropas este dia un continuado tiroteo todo el camino: al punto llamado Barranco-Hondo se agolparon mas de 500 gauchos para incomodar el paso de este estrecho desfiladero: el coronel Valdés con las compañías de cazadores del Imperial Alejandro los rechazó y alejó causándoles alguna pérdida á costa de cuatro hombres heridos entre ellos el excelente cirujano de Gerona D. Simon Cordero que lo acompañaba. La ciudad de Jujúy es mas pequeña que la de Salta, está situada entre dos rios y cercada de bosques con fértiles valles á sus inmediaciones; pero su clima es muy propenso á calenturas interminantes que los naturales llaman *Chuccho*,

y los que las adquirian aumentaban embarazos á la movilidad.

Las mismas poderosas causas que habian obligado al abandono de Salta impedian la conservacion de Jujúy, y aun este punto era mucho menos sano. En consecuencia reunió el general en jefe una junta de jefes, y por unanimidad parece que se resolvió el pronto repliegue de las tropas á las antiguas posiciones de Mojo y Talina. La escasez de subsistencias y de medios de trasporte y el pais desierto que habia que atravesar dificultaban este movimiento; mas las cosas habian llegado á punto que la pérdida de tiempo podia comprometer la suerte del ejército y consiguientemente la de todo el Perú. El 13 de mayo rompió de nuevo este ejército su retirada para las provincias del norte, saliendo de Jujúy los batallones de Partidarios y de Castro, los escuadrones de húsares de Fernando VII, dragones de la Union y Cazadores á caballo con el hospital que entre enfermos y heridos era crecido, el parque de artillería y municiones, varios efectos de provision, mas de 80 prisioneros y muchas cargas del ejército y de particulares con el brigadier Olañeta, quien con el batallon de Partidarios y algunos dragones americanos se separó en el mismo dia para tomar los altos de la quebrada de Leon á fin de recoger todo el ganado vacuno, mulas y caballos que pudiera, continuando el coronel Vigil con el mando del convoy. Los tenaces y diligentes enemigos seguian esta marcha sin cesar de tirotear dando mucho que hacer á la tropa para cubrir el convoy; y al amanecer del 15 prendieron fuego á la yerva del campamento del Volcan, ya seca por la estacion, y hubo grandísimo trabajo en salvar de las llamas el parque y el hospital.

Este mismo dia fueron atacadas vigorosamente en Jujúy las cuatro compañías de Gerona que cubrian el forrage. El capitan Barreda que mandaba la descubierta fué tomado prisionero con 12 soldados en un violento repelon: la compañía de granaderos á que pertenecian se arrojó sobre los enemigos y rescató cuatro de los prisioneros, dando al propio tiempo la muerte al comandante Yuco y poniendo con él fuera de combate nueve gauchos.

El 18 de mayo llegó el convoy á Tilcara de donde regresó á Jujúy al dia siguiente el batallon de Castro con las mulas de carga para que el cuartel general pudiera moverse con el resto de las tropas. Tan triste era el estado del ejército al regresar á las posiciones que habia dejado en el alto Perú. El convoy pocos dias pasó con tranquilidad en Tilcara, porque luego se presentaron como 200 *gauchos* que no cesaron de molestarle hasta el 29, logrando en sus arrebatos coger algunas mulas y caballos, falta que agravaba mas y mas la situacion. El sis-

tema de tener que mantener estos animales al pasto hacia de todo punto inevitables semejantes pérdidas.

La columna del brigadier Olañeta destinada, como se ha dicho, á los altos de la quebrada del rio Leon encontró la mas viva resistencia y se halló tan sériamente comprometida el 19 del citado mayó, que fué preciso enviar en su auxilio al coronel Carratalá con el primer batallon del Imperial Alejandro y algunos caballos de San Cárlos. Este oportuno refuérzo salvó tal vez la columna de Olañeta y ambos jefes volvieron al cuartel general; pero sin haber podido reunir ni una res. La pérdida del enemigo debió de ser considerable: la de los realistas fué de 12 hombres muertos y heridos siendo de este número el bravísimo D. Diego Pacheco capitan del Imperial Alejandro: las compañías de granaderos y cazadores de este cuerpo se distinguieron extraordinariamente. Mientras que Carratalá socorria la columna del brigadier Olañeta, 200 caballos enemigos atacaban los puestos avanzados de Jujúy. El general en jefe destacó contra ellos al jefe de E. M. con cuatro compañías de Gerona, 40 caballos de granaderos de la Guardia y las únicas dos piezas de artillería que habian quedado alli. Los puestos fueron oportunamente sostenidos, los enemigos dispersados y aun perseguidos con alguna pérdida á costa de tres hombres.

El 21 de mayo salió en fin el cuartel general de Jujúy y fué á campar á la orilla del rio Leon sosteniendo un fuego de guerrillas que costó á los españoles cuatro heridos. Era doloroso ver y contemplar el estado lamentable en que se retiraban estas tropas tan valientes, tan sufridas, tan constantes y que habian batido y dispersado á sus contrarios cuantas veces se le habian presentado; pero era tal la naturaleza de aquella guerra que el vencedor salia perdiendo mas que el vencido. Desde este campamento fué remitido á Tilcara el segundo batallon del Imperial Alejandro para reforzar el canton; se destacaron algunas gruesas partidas en solicitud de ganado, y pasó el cuartel general á la izquierda del rio grande para esperar alli su regreso que verificaron del 26 al 27 con algun ganado. Este dia se halló personalmente comprometido el general en jefe con fuerzas superiores al practicar un reconocimiento y en su defensa se distinguió mucho la compañía de granaderos de Castro. El coronel Valdés estuvo á punto de ahogarse por salvar un soldado arrastrado por la corriente del rio; pero tuvo la satisfaccion de ver recompensado su riesgo con el buen éxito de su atrevida empresa y el aplauso de todos los circunstantes. Los enemigos continuaban tiroteando á los realistas con mas ó menos empeño segun las circunstancias, y el 29 les prepararon estos una emboscada en

las casas del Volcan que les causó la pérdida de seis hombres muertos y doce prisioneros con un oficial. Al dia siguiente 30 permaneció la retaguardia en el campamento mientras el resto de las tropas con el general en jefe continuaba la retirada. Los enemigos la atacaron con vigor; pero habiéndoles ganado el flanco derecho el jefe de E. M. con alguna tropa y atacándolos de frente el brigadier Olañeta, fueron de nuevo dispersados, dejando en el campo 20 hombres muertos entre ellos dos oficiales y ocho prisioneros á costa de un soldado muerto y tres heridos por parte de los españoles. El teniente de artillería, don Miguel Araoz, ayudante del general en jefe, tuvo ocasion de distinguirse mucho personalmente este dia.

El 1.° de junio todo el ejército se reunió en Tilcára: el hospital, el parque y los cuerpos que formaban este canton habian sufrido horriblemente, viéndose obligados á no dejar las armas ni de dia ni de noche. Las subsistencias llegaron á escasearles tanto, que repartieron carne de caballo y de burro hasta á los enfermos. El chocolate y aguardiente de inferior calidad que conservaba algun vivandero llegó á valer 16 duros la libra del uno y de 10 á 12 la botella de la otra. El 2 de junio continuó el ejército su retirada, quedando el brigadier Olañeta en Tilcára con los batallones de Cazadores, Partidarios y segundo del Imperial Alejandro, un escuadron de Dragones-americanos y dos piezas de artillería, tanto con el fin de sostener aquella, embarazada de enfermos, de heridos y de cargas, como para esperar al coronel Castro que con 200 hombres salió este mismo dia hácia la quebrada del Durazno en busca de ganado para racionar la tropa. Castro tuvo que sostener reiterados choques con los gauchos y demas habitantes del valle de San Andrés que defendian sus casas y sus ganados como cosa propia á costa de su misma sangre. Los realistas consiguieron su objeto con mucho trabajo y al caro precio de cinco hombres muertos, siete heridos, mas dos oficiales y el mismo coronel Castro de alguna gravedad. Olañeta tambien tuvo que sostener en Tilcára algunos tiroteos, aunque de poca importancia. Los enemigos ya en corto número observaron el movimiento del ejército hasta el campamento de la Negra-Muerta al principiar el despoblado que separa á Humahuaca de Mojo y Talina. Vencida la mayor parte de este despoblado, y deseoso el general en jefe de saber el estado del interior, se adelantó á Tupiza, adonde llegó el 17 del mismo junio escoltado por 25 húsares de Fernando VII mandados por el capitan García Camba, que eran casi los únicos caballos que por el deplorable estado de la caballería podian prestar este servicio.

Seguidamente fueron ocupando las tropas los cantones de la línea de donde habian antes partido, operacion que quedó completada el 21 del propio mes, á excepcion de los cuerpos que conducia el brigadier Olañeta que no llegaron á Mojo hasta el 10 del siguiente julio.

Las penalidades, los sufrimientos y las pérdidas que experimentó el ejército real en esta campaña y retirada ni fuera facil describirlas con puntualidad, ni á ser posible se creyeran tal vez por lo singular y extraordinario de sus pormenores. En esta célebre retirada, a la que no obligaba la superioridad de los enemigos, faltaron todos los recursos de subsistencia, y aun á veces fué indispensable apelar á la carne de *llama* y de burro. Como los pastos se hallaban secos por lo avanzado de la estacion, los extenuados caballos y mulas de carga quedaban sembrados por el camino consumidos de hambre, de fatiga y de cansancio: hubo en consecuencia necesidad de destruir y abandonar muchos efectos de parque y municiones: la caballería llegó al alto Perú á pie, habiendo tenido que quemar los bastos de la mayor parte de las sillas para cargar los cascos en *llamas*. Las tropas vencedoras del enemigo presentaban el aspecto de la mas desastrosa derrota. Los cuerpos peninsulares ostentaron en todos los lances de esta activísima campaña constante y decidido valor; mas la falta de conocimientos en esta clase de guerra enteramente nueva para ellos y el desventajoso concepto que ligeramente habian formado del enemigo varios de sus individuos fueron la causa de algunas temeridades tan sensibles como costosas. Las tropas del pais llevaban alguna ventaja á las europeas por la práctica que habian adquirido, por la menor impresion que les hacia la frecuente variacion de temperaturas y aun por su imponderable sobriedad; pero no les excedian en valor ni en constancia, ni en sufrir con buen humor toda clase de penalidades y mucho menos en la formalidad y vigilancia para hacer el servicio. El jefe de E. M., D. Gerónimo Valdés, los oficiales que servian á sus inmediatas órdenes y todos los jefes y oficiales en fin del ejército español para quienes era nueva aquella guerra desplegaron tanta actividad é inteligencia, que les valió la estimacion de sus nuevos y valerosos compañeros, estableciéndose en el ejército real desde esta época la buena armonía que tan necesaria era entre todos los encargados de la defensa de una misma causa. El nuevo general en jefe, que no economizaba su persona como acaso convenia, que se presentaba siempre donde le parecia haber mayor empeño, y que visitaba frecuentemente á los enfermos y heridos, se captó el respeto y el afecto de todos.

Testigo ocular de cuanto se habia hecho y sufrido en una campaña tan penosa como la que acababa de dirigir, y justo apreciador del mérito contraido en ella, creyó oportuno y de su deber recompensar tantas fatigas, riesgos y privaciones, concediendo el 17 de junio á nombre de S. M. un grado por clase hasta la de capitan inclusive á los mas antiguos de cada una entre los que la habian hecho, reservándose proponer lo que estimaba de razon respecto de los jefes.

Al arribo del cuartel general á Tupiza se halló entre la correspondencia detenida allí una órden del virey Pezuela previniendo que el capitan de húsares de Fernando VII, D. Andrés Garcia Camba, ya graduado de teniente coronel, pasase al cuerpo de Dragones del Perú con el determinado fin de encargarse de su instruccion, para la formacion de cuyo cuerpo habian llegado á Lima 80 hombres con algunos oficiales de la Península.

Tambien se hallaban los partes de los gobernadores de las provincias de retaguardia comprensivos de los movimientos ocurridos en ellas, de los cuales resultaba el incremento que habia vuelto á tomar la insurreccion, especialmente en la de Charcas, donde el caudillo Fernandez habia reemplazado á Padilla. Por órden del general Tacon y bajo la direccion de D. Baldomero Espartero se habia construido un reducto en la Laguna y otro en Tarabuco, y guarnecian el primero una compañía del batallon del Centro con alguna tropa de milicias de la misma villa al mando del coronel Maruri, y el segundo otras dos compañías del citado cuerpo que mandaba el capitan D. Claudio Ribero. Fernandez con una gruesa faccion atacó en marzo la guarnicion de la Laguna, pero fué valientemente rechazado. Esta ventaja precipitó á Maruri á salir del fuerte, y fué á su vez obligado á volverse á encerrar en él con alguna pérdida. Al mismo tiempo próximamente fueron amenazadas las dos compañías residentes en Tarabuco; pero el mencionado Ribero abandonó oportunamente el fuerte y se replegó á Chuquisaca, donde se hallaba el resto del batallon con la plana mayor.

Gobernaba la provincia de Charcas el brigadier de marina D. Pascual Vivero, y en consideracion al estado del pais y á la poca fuerza con que contaba, dudaba mucho poder socorrer á la guarnicion de la Laguna. El coronel la Hera, deseoso de que dicha tropa no fuese presa de enemigos tan bárbaros, ni cayesen en su poder las armas y municiones que contenia el fuerte de la Laguna, decidió á Vivero á que le permitiese marchar en su auxilio, y asi se verificó. El primer encuentro del animoso la Hera ocurrió en el cerro de las Carretas, cuyo paso le disputaron los insurrectos, á quienes desalojó con habilidad y

persiguió hasta Tarabuco. El 17 de marzo entró la Hera en la Laguna, y á su aproximacion levantaron el sitio los enemgos: continuó en su busca, y lo esperaron el 19 en el llano de Garzas, donde se empeñó una accion reñidísima, porque los facciosos eran en gran número; pero la Hera los batió, poderosamente auxiliado por el certero fuego de dos piezas de artillería que dirigia Espartero y 80 hombres montados que capitaneaba Ribero (D. Felipe).

A consecuencia de la dispersion de los insurrectos de Fernandez, la Hera regresó á la Laguna, sacó cuanto habia en el fuerte, hizo demoler este y marchó con toda la fuerza á Tarabuco. Aqui se ocupó inmediatamente del reparo del reducto para dejar en él con alguna tropa los enfermos y algunos efectos de los que embarazaban los movimientos, y á mediados de abril sorprendió en Presto otra reunion de facciosos, cogiéndoles algunas armas, una bandera, varios prisioneros y caballos y gran porcion de ganado, con todo lo que se volvió á Tarabuco. Desde este punto envió al ayudante Ribero á Chuquisaca en solicitud de caudales para los haberes del cuerpo, y al mismo tiempo remitió á dicha capital los prisioneros y efectos que tenia en su poder. Esta comision fué diligentemente cumplida.

El coronel Aguilera, nombrado gobernador de Santa Cruz de la Sierra, avisaba de la expedicion que habia ejecutado contra los indios salvajes conocidos por *chirihuanos*, logrando alcanzar y batir á los cabecillas Mercado y Nogales, sin mas pérdida notable por su parte que la de un destacamento situado en el pueblo de Samaipata, el cual habiendo sido atacado por fuerzas muy superiores, aunque se defendió hasta consumir el último cartucho, tuvo al fin que entregarse á los enemigos.

Retirado por enfermo de Tarija el comandante general brigadier D. Antonio María Alvarez, se encargó del mando de esta proviacia el comandante D. Mateo Ramirez, enviado allí desde Jujúy con el designio de organizar un batallon sobre las dos compañías del primero y segundo regimientos extinguidos, que formaban parte de la guarnicion. Al propio tiempo el capitan de caballería D. Andrés Santa Cruz debia completar un escuadron sobre la compañía que acababa de mandar. Mas adelante veremos como este Santa Cruz tomó partido con los independientes, entre quienes obtuvo la graduacion de gran mariscal y el alto cargo de presidente. La faccion que acaudillaba Uriondo, fuerte de 400 hombres, se acercó á la villa de Tarija para impedir la referida organizacion de tropas. Deseoso Ramirez de desembarazarse de sus molestas correrías, resolvió buscarlo y batirlo, lo que consiguió

cumplidamente causándole sobre 200 hombres de pérdida, la mayor parte prisioneros, á costa tan solo de 15 realistas muertos y heridos; pero la custodia de esos prisioneros vino á aumentar entorpecimientos á su comision y situacion.

El coronel enemigo la Madrid, despues de la sorpresa de Humahuaca, instruido de la falsa posicion de Ramirez, marchó contra Tarija y, uniéndosele al pie de la cuesta del Inca el caudillo Mendez con su partida, sorprendió y derrotó los 40 caballos y los 25 infantes que al mando de Santa Cruz ocupaban la Concepcion: pasó en seguida a poner sitio á Tarija, en cuya villa despues de una proporcionada resistencia, se vió Ramirez obligado á rendirse, estipulando que los oficiales conservarian sus espadas y equipages, y que serian todos decorosamente tratados hasta ingresar en los depósitos de Buenos-Aires.

La noticia de la rendicion de Tarija corrió rápidamente por las provincias inmediatas, y en su virtud el brigadier Ricafort, que se hallaba en Potosí, se adelantó hácia Tupiza con parte del batallon de granaderos de Reserva y algunos piquetes sueltos de otros cuerpos. El brigadier O-Relly con el batallon de Verdes, parte del de Chichas y una compañía de caballería ocupó sucesivamente las alturas de Cinti á la Puna; pero el astuto la Madrid, que llevaba el plan de correrse mas á retaguardia, distrajo con habilidad la atencion de ambos jefes. Mientras que se dirigia con prontitud por las márgenes del rio Pilaya y los llanos de Culpina hácia Chuquisaca, hizo adelantar al cabecilla Raya en direccion de Tupiza y otra gruesa faccion en la de los altos de Cinti con el objeto de entretener á los brigadieres Ricafort y O-Relly y ocultarles su verdadero movimiento, para lo que le servia de mucho la opinion del pais. Raya llevó su arrojo hasta empeñarse con los puestos avanzados de Ricafort, y fué por ellos derrotada su faccion, quedando él herido y prisionero. El éxito de este encuentro aceleró la reunion de la columna, que mandaba el teniente coronel García del Barrio, procedente de Jujúy, que se verificó en Mojo.

La faccion encargada de entretener al brigadier O-Relly desempeñó mas cumplidamente las miras de la Madrid, pues se hallaba ya este á las puertas de Chuquisaca, cuando aquel aseguraba oficialmente que lo tenia á la vista. A las inmediaciones de esta capital hizo la Madrid prisionero el escuadron de la Laguna, porque su comandante D. Eugenio Lopez, aunque muy valiente y acreditado, incidió en el error de tomar á los independientes por la columna del coronel Ostria, se aproximó sin precaucion y fué hecho prisionero con toda su tropa.

Enterado la Madrid de que la guarnicion de Chuquisaca estaba reducida á una compañía del Centro, de la que era capitan el esforzadísimo D. José Rufo, que se ignoraba absolutamente su proximidad, y que el batallon del Centro se hallaba á 12 leguas en Tarabuco, creyó facil la ocupacion de la ciudad, marchó seguidamente sobre ella y se situó en la Recoleta á las nueve de la noche del 20 de mayo.

Para este tiempo ya se habian construido unos tambores bastante sólidos á distancia de una cuadra ó manzana de la plaza de Chuquisaca con las correspondientes aspilleras para los fusiles y troneras para cañones. Se habia prevenido en la plaza que á la señal de un cañonazo acudiesen todos los vecinos aptos á las fortificaciones para defenderlas, precaucion tomada contra las facciones de la provincia, que todos temian porque á nadie solian respetar. Ignorante de esta circunstancia la Madrid mandó hacer un disparo de cañon en la Recoleta al amanecer del 21, y creyéndolo la señal convenida la guarnicion y el paisanage acudieron con diligencia á sus puestos. La Madrid intimó luego la rendicion, y grande fué la sorpresa que causó el habérselas con un jefe de su actividad y nombradía, cuando se tenia la idea de resistir á los indios alzados; sin embargo, se le contestó con nobleza á que contribuyó mucho la brava decision del capitan Rufo. Entonces atacó la Madrid los atrincheramientos, y calculando por la inesperada resistencia que encontró el tiempo que necesitaria para triunfar, mayor tal vez del que emplearia en venir de Tarabuco el batallon del Centro si era oportunamente avisado, desistió del ataque y tomó la direccion de dicho cuerpo.

Mientras la Madrid se encaminaba diligente á Tarabuco habia salido de este punto el ayudante D. Felipe Ribero con 100 hombres de su batallon, los 50 montados, y con el objeto de dar un golpe á una pequeña faccion que se creia inmediata. En la noche del 21 de mayo se encontraron inesperadamente sobre la marcha las fuerzas de la Madrid y de Ribero: este se arrojó sobre los enemigos con tal decision, que creidos las habian con la columna de la Hera, tuvo la fortuna de dispersarlos con alguna pérdida, y aun se tuvo por cierto que Ribero desarmó á la Madrid en combate personal. Por los prisioneros que los realistas habian hecho, supo Ribero el número y clase de enemigos con quienes se habia empeñado, y como no ignoraba la facilidad con que los dispersos se volvian á reunir, tuvo la plausible cordura de retirarse, avisando de todo al jefe de quien dependia, y se incorporó con su cuerpo en el cerro de Carretas. Desde esta fuerte posicion reconoció la Hera á la Madrid el 22, y en seguida maniobró con habilidad; y enga-

siendo al enemigo llegó el 23 del mismo mes á Chuquisaca, de donde habian salido ya por extraordinario repetidos avisos á los brigadieres Ricafort y O-Relly.

El general Tacon, que habia quedado con el mando superior militar durante las operaciones del general en jefe en la provincia de Salta, y que podia haber dado conveniente unidad á los movimientos contra la Madrid, se habia contraido solo á su gobierno de Potosí, y aun desgraciadamente habia salido con licencia para Lima algunos dias antes de los últimos sucesos ocurridos en Charcas. El vacío que dejaba este general en aquellas críticas circunstancias era harto sensible, pues aunque el virey habia librado nombramiento de segundo en jefe del ejército de operaciones á favor del digno brigadier Ricafort, era conocidamente resistido por el de la misma clase O-Relly, fundándose únicamente en su mayor antigüedad.

Sin embargo, reunidos estos dos nobles jefes en el pueblo de Puna, y con los partes de Chuquisaca á la vista, acordaron que el brigadier O-Relly, reforzado con la mayor parte de la columna del García del Barrio y algunos granaderos de Reserva, marchase inmediatamente á Charcas en persecucion de la Madrid, en cuya capital entró á fines de mayo. A principios de junio continuó O-Relly sus operaciones incorporándosele el coronel la Hera con el batallon del Centro, el cual con algunos caballos tomó desde luego la vanguardia. La division O-Relly dió vista al enemigo en posicion á las inmediaciones del pueblo de Yamparaes, dispúsose seguidamente el ataque, pero los independientes se pusieron con tiempo en retirada, sosteniendo un ligero tiroteo de guerrillas. No conocedor la Madrid del terreno cometió el error de dirigirse á la Laguna, y mas prácticos los realistas se encaminaron con seguridad á Sopachuy. El enemigo forzando sus marchas llegó á este pueblo el 14 de junio, horas antes que los españoles. El batallon del Centro, que llevaba la vanguardia, lanzóse arrojadamente al ataque, y derrotó completamente al enemigo casi sorprendido, distinguiéndose brillantemente el expresado la Hera y muy particularmente su segundo D. Baldomero Espartero. La Madrid perdió sobre 300 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, las dos piezas de artillería que llevaba, todo el parque con sus municiones, una bandera, 500 fusiles, igual número de caballos y mulas, porcion de sables y todos sus papeles, rescatando ademas los realistas al escuadron de la Laguna, prisionero, como se ha dicho, en las cercanías de Chuquisaca. El batallon de Potosí continuó por algun tiempo la persecucion de los dispersos, y el brigadier O-Relly

regresó luego á Chuquisaca, de donde partió para el ejército, dejando en esta capital el batallon del Centro.

La Madrid con los miserables restos de su fuerza que pudo reunir tomó la direccion de Tarija por los valles del Pilcomayo y del Pilaya, y con esta noticia activó el general en jefe en Tupiza la salida del brigadier Ricafort para aquella provincia con los dos batallones del Imperial Alejandro, el escuadron de Cazadores y dos piezas de artillería, no solo con el fin de someterla otra vez á la legítima obediencia, sino con el designio de poder salir al encuentro á la Madrid, cosa á la verdad muy difícil de conseguir en un pais tan extenso, tan montuoso y del cual eran tan prácticos los enemigos. A fines de julio ocupó el brigadier Ricafort la villa de Tarija; pero ya habia pasado aquel caudillo hácia Humahuaca y la Nueva-Orán aunque á costa de algunos hombres que se vió obligado á abandonar por extremadamente cansados y muy enfermos. Ricafort se dedicó con ahinco y acierto á la pacificacion de la provincia por la que vagaban las facciones de los cabecillas Uriondo, Mendez, Garay, Rojas y Guerrero. Con igual eficaz esmero se atendia á la persecucion de los indios alzados en algunos puntos de retaguardia, preparándose de este modo el alto Perú á disfrutar de las dulzuras de un benéfico sosiego, cuyas esperanzas aumentaba la conducta noble, generosa y ajustada del general la Serna, en donde su autoridad se extendia.

A principios del mismo julio se recibió por extraordinario en Tupiza la noticia de haberse fugado de su prision en Potosí el marqués de Tojo, prisionero en Yavi, y á quien se seguia causa por haber tomado partido con los enemigos siendo coronel de milicias por S. M. El general en jefe comisionó inmediatamente al capitan García Camba para que averiguase las circunstancias de esta fuga y continuase la causa del marqués, en cuyo obedecimiento salió en posta de Tupiza y llegó el 9 de julio á Potosí. El marqués, que aun permanecia oculto en esta villa, temeroso de las eficaces medidas tomadas por el gobernador, el brigadier conde de Casa Real de Moneda, para impedir su evasion de la provincia, se presentó de nuevo en la prision. El fiscal activó la conclusion de su causa que entregó dependiente solo de una declaracion importantísima que habia pedido el acusado y que se reclamó del virey Pezuela, como general en jefe que habia sido del ejército del alto Perú. Ignoramos si esta interesante declaracion llegó á tener efecto, pero el marqués fué luego conducido á Lima y enviado á la Península, en cuyo tránsito falleció ó en Pana-

mó en la Jamaica. Desembarazado Camba de esa comision, recibió la órden para presentarse en el cuerpo de Dragones del Perú, como el virey prevenia.

En el citado julio fué tambien sorprendida en el pueblo de Mojos la faccion de Rojas por el batallon de Partidarios que la derrotó, tomando prisioneros un capitan, dos tenientes y seis soldados con algunos fusiles, sables y tercerolas, rescatando ademas al porta-estandarte de Cazadores montados que se hallaba en poder de la faccion. A principios de agosto el teniente D. Francisco Bohorques se defendió con 18 hombres dentro de una casa del pueblo de Quillacollo, provincia de Cochabamba, contra la faccion de Lira que lo atacaba con 125 fusileros y una gran chusma de indios armados de lanza y macana, dando aquel valiente oficial lugar á que pudiesen llegar dos partidas de tropa que iban en su socorro y que consiguieron dispersar á los enemigos, causándoles la pérdida de seis hombres muertos, 20 heridos y un capitan prisioneros.

En el precitado mes de agosto volvió el brigadier Olañeta á moverse con la division de vanguardia sobre el pueblo de Humahuaca, porque se interesaba el general en jefe en acreditar á los engreidos *gauchos* que el ejército real no habia abandonado su pais por efecto de su superioridad, como blasonaban, y porque al mismo tiempo habia gran necesidad de adquirir mulas, caballos y ganado vacuno para el servicio y manutencion de las tropas. En el siguiente octubre salió de Potosí otra columna al mando del coronel D. Antonio Rolando contra el famoso Lira que no cesaba de hostilizar los pueblos de la provincia de Cochabamba. Por este tiempo habia el brigadier Ricafort alcanzado y batido en Choclocla y San Agustin de Tarija á los facciosos reunidos de la provincia con la pérdida del caudillo Garay, un teniente, seis soldados y ocho caballos muertos y 40 prisioneros con algunas carabinas, 60 caballos útiles, 60 cabezas de ganado vacuno y 600 de lanar; y el brigadier Olañeta habia sostenido en la quebrada de Humahuaca algunos encuentros ventajosos. Poco despues se supo que el coronel Rolando alcanzó igualmente y batió en Tapacari al caudillo Chinchilla y otros que se habian unido, causándoles alguna pérdida en hombres, armas y caballos.

Por consecuencia de la viva persecucion que por todas partes experimentaban los insurrectos, los caudillos Arias, Mercado y Velez, acosados por el coronel Rolando del lado de Cochabamba, dieron en Mojocaya con el escuadron del coronel Ostria, que cogió prisioneros

á los dos últimos, debiendo Arias su salvacion á la mayor carrera de su caballo, con un teniente y 16 soldados, y les tomó 96 armas de fuego, 1,500 cartuchos, porcion de útiles y pertrechos de maestranza, 26 caballerías ensilladas y la correspondencia que conducian. En los primeros dias de diciembre el teniente coronel Villegas sorprendió en el mencionado Mojocaya al cabecilla Callejas y se apoderó de todas sus armas. El capitan Baca alcanzó al caudillo Guerrero en la cuesta del Inca de Tarija y lo hizo prisionero; y el caudillo Lira fué asesinado por su propia gavilla irritada contra él porque queria pasar por las armas á uno de los suyos. Finalmente, el brigadier Olañeta avisaba desde Humahuaca en mediados del mismo diciembre que, despues de haber batido en varias ocasiones la faccion de Arias del valle de San Andrés, habia logrado recoger porcion de ganado para las atenciones del ejército, y que corrian noticias de que las provincias de Córdova y de Santiago del Estero se resistian de nuevo á obedecér al gobierno de Buenos-Aires. Tal era el estado de la guerra por la parte del alto Perú.

Por el lado de Lima habia arribado al Callao en agosto la fragata de guerra Esmeralda, procedente de la Península, convoyando los trasportes que conducian el primer batallon del regimiento de Búrgos, un escuadron de lanceros del Rey y una compañía de artilleros á caballo. El virey Pezuela con este refuerzo concibió el atrevido proyecto de reconquistar el reino de Chile, y aceleró al efecto los aprestos de una expedicion, cuyo mando confió á su hijo político el brigadier D. Mariano Osorio, coronel de artillería. Esta expedicion, compuesta de tres batallones, dos escuadrones y 12 piezas de campaña, zarpó del puerto del Callao á fines de este año. Poco *antes* del embarco ejecutaron estas tropas un simulacro en Bellavista en presencia del virey y de un numeroso concurso; y los expectadores inteligentes no se mostraron muy satisfechos ni de las disposiciones del mando, ni de la ejecucion de los movimientos, con particularidad de la caballería, cuya falta de instruccion á caballo se puso tan patente que varios ginetes cayeron de los que montaban con notable facilidad. Empezó á augurarse melancólicamente del éxito de esta expedicion, máxime si se ponia en campaña antes del arribo de otra anunciada ya de la Península y que habia de dirigirse por el cabo de Hornos. Fundábase este triste presentimiento en que, ademas de la naturaleza de la empresa, el concepto público, que reconocia en Osorio un buen jefe de maestranza, no le concedia todas las cualidades requeridas para tan importante mando, y en que tambien

los enemigos con quienes iba á combatir ahora eran muy distintos de los que habia vencido en Rancahua en 1814, y debian estar, como era natural, orgullosos con sus recientes triunfos.

En efecto, la fácil pérdida del interesante reino de Chile fué un suceso de inmensa trascendencia, fatal para las armas españolas. Sabíase que hacia tiempo organizaba el general San Martin un ejército con este objeto en Mendoza á la banda oriental de la cordillera de los Andes. Las tropas realistas componian entonces una fuerza de 7,000 hombres; pero el astuto enemigo supo distraer de tal modo la atencion del general Marcó del Pont, que lo hizo incidir en el gravísimo error de pretender cubrir una línea de muchas leguas de extension, quedando por consiguiente débil en todos sus puntos. Obtenido este deseado resultado se puso San Martin en marcha el 17 de enero del presente año con 4,200 hombres de tropa de línea, 12 piezas de artillería y 1,200 milicianos; atravesó la cordillera por Santa Rosa, y alcanzó y batió el 12 de febrero en Chacabuco la division del brigadier D. Rafael Maroto. Fué tal la sensacion que esta desgracia produjo en el resto de las esparcidas tropas reales, que al dia siguiente se abandonó la capital sin mas pensamiento que el de acudir á Valparaiso, cada uno como podia, para embarcarse para Lima, aumentando el desórden y el espanto las familias que se precipitaban á ganar un buque porque se creian comprometidas. Consiguentemente el general Marcó del Pont, muchos jefes y oficiales, las principales autoridades y la mayor parte de la tropa cayeron en poder de los vencedores, quienes sin mas resistencia invadieron todo el pais hasta los confines de la fiel provincia de Concepcion de Penco. La imparcialidad exige confesar que la pronta organizacion de un ejército en Mendoza con las dificultades que ofrece el pais, el plan de la invasion de Chile y su entendida ejecucion recomiendan el mérito de San Martin; mas con todo, sin los errores que cometió el general español no era probable perder aquel hermoso reino con sola una accion de vanguardia, se puede decir.

CAPITULO XXIII.

Desembarcó de Osorio en Talcahuano.—Triunfo de Cancharrayada.—Derrota del Maipu.—La Esmeralda.—Abandono de Talcahuano.—Pérdida de la Isabel y de la mayor parte de la tropa que convoyaba.—Espedicion á Jujúy.—Ventajas de Aguilera y de Vigil.—Ricafort en Cochabamba.—Espedicion á Colorados.—Llega Canterac al ejército, nombrado jefe de E. M. G.—Valdés, subinspector.—Expediciones á Tarija.—Santa Elena.—La Loma.—Casavindo.—Salinas.—Temores sobre el estado de Chile.—Prevenciones preparatorias del virey.—Opinion del general La Serna.—Necesidad de instruir la caballería.

AÑO DE 1818.

El brigadier D. Mariano Osorio con la expedicion destinada á Chile, que zarpó del Callao en diciembre del año anterior, aportó felizmente á Talcahuano, puerto fortificado que al mando del brigadier Ordoñez habia resistido con gran honra el estrecho sitio que le pusieron los generales O-Higgins y las Heras, y rechazado con gloria un obstinado asalto. Reunida la expedicion á la guarnicion de Talcahuano, las fuerzas de Osorio compondrian 5,000 hombres, que dirigidos como las circunstancias reclamaban, hubiesen con toda probabilidad asegurado la recuperacion de Chile.

Al arribo de Osorio á Talcahuano las tropas sitiadoras se replegaron á la inmediata ciudad de Concepcion, y seguidamente repasó O-Higgins con ellas el caudaloso Maule, continuando su prudente

repliegue en la direccion de Talca, que era la que San Martin habia de traer si avanzaba de las Tablas, donde se hallaba con el resto del ejército independiente. Esta retirada deslumbró sin duda á Osorio, y ansioso ademas de obtener la gloria de reconquistar á Chile, resolvió tomar la ofensiva, mandando al capitan de fragata D. Luis Coy fuese á bloquear el puerto de Valparaiso con la Esmeralda que montaba y el bergantin Potrillo que mandaba el teniente de navío D. Ramon Bañuelos.

En conformidad de su proyecto, y sin noticias ciertas ni del número ni de los movimientos del enemigo, Osorio se aventuró á vadear el Maule y á tomar la ruta de Santiago. El 15 de marzo todo el ejército de San Martin se hallaba reunido en San Fernando, y constaba, segun el inglés Miller, entonces capitan de los independientes, de 7,000 infantes, 1,500 caballos, 30 piezas de campaña y dos obuses. El 18 las descubiertas de ambos ejércitos se encontraron en Quecherehuas, y trabaron una refriega de poca consideracion; pero instruido Osorio de que San Martin y O-Higgins le buscaban con fuerzas superiores, contramarchó sobre el Maule, pasando el rio Lircay los dos ejércitos á un tiempo y á corta distancia el uno del otro en la mañana del 19. Continuóse asi la marcha hasta la caida de la tarde que los españoles tomaron posicion en las inmediaciones de Talca, á la cual se acercaron los enemigos; y mientras desplegaban en el llano de Cancharrayada, hubo fuertes escaramuzas y un vivo fuego de cañon: parte de la caballería enemiga cargó resueltamente á la realista, y fué bravamente rechazada por los lanceros del Rey. Despues de esta ventaja camparon todos á la vista unos de otros.

Entre los jefes españoles no parece existia la mejor armonía, circunstancia que aumentaba lo crítico de la situacion de Osorio. Hallábase este á la vista de un contrario muy superior y con el caudaloso Maule cinco leguas á retaguardia, y era fácil por lo tanto reconocer el positivo riesgo que ofrecia la continuacion de la retirada. En este estado el brigadier Ordoñez, el coronel de Burgos, Baeza, y otros jefes manifestaron á Osorio que no alcanzaban mas medio de salvacion posible que el de atacar con decision el inmediato campo enemigo antes de que amaneciera, pensamiento, en que al fin convino el jefe superior fiando á Ordoñez la ejecucion. El resultado acreditó aquel proverbio de *audaces fortuna juvat*.

Las tropas destinadas á ejecutar este osado golpe de mano formaron silenciosamente en tres columnas, la de la derecha al mando del coronel Primo de Ribera, jefe del E. M., la del centro al del bri-

gadier Ordoñez y la de la izquierda al del teniente coronel D. Bernardo de la Torre, las cuales dirigidas con las precauciones y decision que el caso requeria, cayeron de improviso sobre el campo de Cuncharrayada. Sorprendidos los independientes, desconcertados y aterrados por el inesperado y brusco ataque de las columnas realistas cedieron pronto á su ímpetu, y se dispersaron, dejando en poder de las armas españolas porcion de hombres, fusiles, casi todo su tren de campaña y un considerable número de cargas de municiones y de equipages.

«El general San Martin, *dice Miller*, se proponia atacar en la mañana del 20: la situacion del ejército realista se habia hecho muy crítica, puesto que el discreto y acertado movimiento del general San Martin en el dia anterior dejaba poca esperanza á los realistas para arriesgarse á dar batalla, mientras que la retirada hácia el difícil vado del Maule, distante aun cinco leguas, á la vista de un ejército superior exponia al suyo á una total ruina..... En consecuencia de esta resolucion (la de atacar) dos ó tres regimientos españoles cayeron repentinamente en columna, favorecidos de la oscuridad de la noche, sobre los patriotas en el momento mismo que de la izquierda á la derecha de la línea pasaban algunos batallones y la artillería de Buenos-Aires. Los puestos avanzados de los patriotas colocados al descubierto fueron dispersados ó hechos prisioneros. La línea hizo una descarga casi sin direccion, y en seguida se apoderó de ella un pánico terror, habiendo sido herido en aquel momento el general O-Higgins; todos huyeron en una confusion espantosa excepto el ala derecha. Habiendo participado el oficial que mandaba la artillería de Buenos-Aires de la sorpresa general, tomó el camino de Santiago y abandonó las piezas. Asi pues el ala izquierda y el centro de la línea se dispersaron completamente.» (1)

Un sueño parecia el triunfo que los realistas acababan de conseguir, y pudiera haber sido seguido de la anhelada reconquista de Chile si Osorio hubiese acertado á aprovechar tanta fortuna; pero despues de la victoria de Cancharrayada en lugar de seguir al enemigo con toda la celeridad compatible con el órden, para impedir que se rehiciera, y completar asi tan brillante triunfo, cometió el grave error de dar á sus tropas el mas pernicioso descanso de resultados funestísimos.

La única tropa que dejó el campo de Cancharrayada en menos des-

(1) Memorias del general Miller al servicio de los independientes del Sur.

órden fueron como 2,000 hombres de la division de las Heras, á los que esperó en San Fernando el mismo San Martin. Favorecido este por la injustificable conducta de Osorio, cuando precisamente le interesaba mas no dar respiro á los vencidos con la presencia de los afortunados vencedores, reunió con actividad sus dispersos, sacó refuerzos y artillería de la capital, reanimó su abatido espíritu público, y se puso en disposicion de aventurar el 5 del siguiente abril la memorable batalla del Maipu, en la que fueron los realistas completamente derrotados, y la España perdió definitivamente el reino de Chile.

«En vez de continuar los realistas, *observa Miller*, persiguiendo á los patriotas en la direccion de Santiago, como parecia regular, retrocedieron en la noche del 19 sin haber adelantado mas de una milla ó dos, y se ocuparon en saquear el bagage que encontraron en la posicion que tenian los patriotas, y en seguida regresaron á Talca. El tímido Osorio, que no supo aprovecharse de las inesperadas ventajas obtenidas por su segundo (Ordoñez) y el coronel Baeza, dirigió su marcha con tal lentitud hácia el norte, que no llegó al alcance de los patriotas sino al cabo de 17 dias. Este precioso intérvalo lo aprovecharon activamente el supremo director y el general San Martin, reuniendo los fugitivos y reorganizando el ejército campado á dos leguas de la capital, y cuyo número puede computarse á 6,000 hombres inclusos 1,000 de milicias.» (1)

El 5 de abril se volvieron á encontrar los dos ejércitos beligerantes en los campos del Maipu; y como carecemos de datos propios para dar noticia de la desgraciada batalla, que lleva ese nombre, seguiremos en sus pormenores al precitado escritor. «A las once de la mañana, dice, desplegaron los realistas casi paralelamente á los patriotas, y en seguida principió un vivo fuego de cañon por ambas partes. Poco despues atacaron dos batallones patriotas la derecha de los españoles; pero fueron rechazados con pérdida considerable. Dos batallones españoles avanzaron en columna; pero en el momento en que estaban desplegando los atacó y batió la reserva patriota, mandada por el valiente general D. Hilarion de la Quintana, que sostenido por los dos batallones que habian sido rechazados, se colocó entre la línea española y su reserva, situada á retaguardia del centro de ella. Al mismo tiempo algunas cargas de la caballería patriota, dirigidas contra el ala izquierda de los españoles, produjeron efecto, y en

(1) Memorias del general Miller.

menos de una hora de accion abandonaron estos cuantos puntos ocupaban. El bizarro Ordoñez reunió alguna gente y sostuvo, un desesperado aunque inútil combate en la hacienda de Espejo, una legua á retaguardia. Osorio y unos 100 hombres con él habian huido ya, y con gran dificultad pudieron llegar á Talcahuano por caminos desusados y á campo través. Perecieron 2,000 realistas en la accion, y 3,500 fueron hechos prisioneros. La actividad del celoso capitan D. Juan Apóstol Martinez y el teniente Olavarría, que con una partida operaron sobre la retaguardia del enemigo, produjo grandes efectos, y juntos con los patriotas que seguian á Rodriguez contribuyeron á hacer completa la victoria. Los patriotas perdieron mas de 1,000 hombres entre muertos y heridos: entre los primeros lo fueron el valiente teniente coronel Bueras y el teniente D. Juan Gana, jóven emprendedor y atrevido.» (1)

Muy cierto es que el ejército realista vencedor en Cancharrayada en la noche del 19 de marzo quedó totalmente deshecho el 5 del siguiente abril en el Maipu, y que Osorio á favor de la noche de este dia se salvó extraviando caminos y cambiando de nombre; y á favor de las mismas circunstancias y por medio de violentas marchas, algunos oficiales y soldados consiguieron tambien ganar la fiel provincia de Concepcion, sin que los alcanzaran las partidas enemigas que persiguieron y acuchillaron inhumanamente á nuestros dispersos hasta la derecha del Maule. El entonces comandante del batallon de Arequipa, D. José Ramon Rodil, fué del número de los que se salvaron.

Si los azares en la guerra dependen á veces de incidentes á que no siempre alcanza la prevision humana, tambien es cierto que cuando las operaciones militares se calculan con detenimiento para ejecutarlas con puntualidad é inteligencia, si no se logra evitarlos, puede conseguirse al menos que sean menos terribles sus consecuencias. Si Osorio no cruza el Maule y se mantiene en la provincia de Concepcion aumentando sus tropas y mejorando su organizacion, puesto que no ignoraba que una expedicion peninsular con destino á Chile estaba en la mar convoyada por una fragata de guerra, reunidas esas fuerzas la reconquista de Chile era casi de seguro buen éxito. Aun en el imprudente caso de pasar el Maule, y despues de la fortuna de Cancharrayada debió Osorio marchar rápidamente sobre Santiago ó sobre cualquiera otro punto del reino adonde se dirigieran los ven-

(1) Memorias del general Miller.

cidos para no darles lugar á la reunion y á disponer los aprestos que causaron algunos dias despues el anonadamiento de su victorioso ejército. Igualmente hubiera podido ser de suma utilidad que al paso que las fuerzas realistas avanzaban hácia Santiago, los buques que las habian trasportado á Talcahuano fuesen costeando el reino, á fin de poder servir de mas inmediato auxilio en caso de desgracia, y evitar en lo posible el que nuestros dispersos fuesen muertos y prisioneros impunemente en la porcion de leguas que separan el Maipu de la provincia de Concepcion con considerables rios al paso.

Tan lejos estaban los independientes de contar con la victoria del Maipu, que no solo muchas familias y empleados del gobierno habian abandonado la capital, sino que San Martin ponia gran cuidado en conservar expedita la comunicacion con Valparaiso para, en caso de nuevos reveses, trasladar por mar á Coquimbo los patriotas que pudieran retirarse. Con este objeto fué destacado el capitan Miller antes de la batalla del Maipu con una compañía de infantería para tomar posesion de la fragata *Lautaro* y asegurar los buques que hubiera en el expresado puerto. Miller, como él mismo confiesa, se embarcó con su destacamento en dicha fragata de 44 cañones, mandada por el capitan O-Brien, que habia sido teniente de la marina inglesa, y se habia distinguido en la toma de la fragata de los Estados-Unidos, la Essex. La Lautaro era el navío antiguo de las Indias Orientales, llamado el Wyndham, comprado por el gobierno de Chile el dia antes de la batalla del Maipu.

La fragata española Esmeralda con el bergantin Potrillo bloqueaban el puerto de Valparaiso al mando del capitan Coy, como se le habia prevenido, y alli fué alcanzada, abordada y apresada por la Lautaro, y rescatada la Esmeralda de una manera portentosa, y que el citado Miller explica en estos términos: «Viendo la Esmeralda aproximarse una fragata creyó que era la Amphion de S. M. B. que mandaba el comodoro Bowles, la cual en algunas ocasiones habia comunicado con ella sobre asuntos relativos al bloqueo, y por lo tanto se puso en facha para esperar y hablar con la supuesta Amphion. En este estado, y habiendo ganado la Lautaro la cuarta de popa de barlovento del enemigo, arrió la bandera inglesa, izó la chilena y rompió el fuego con la parte de batería mas inmediata. La primera intencion del capitan O-Brien era haberse puesto sobre el costado, pero habiendo variado de opinion se corrió sobre la cuarta de popa. El bauprés de la Lautaro cortó el aparejo de mesana del enemigo, y le dejó colgando de un modo tan incómodo para abordar, que solo

O-Brien con 30 hombres pudieron saltar á la Esmeralda. Los soldados de marina sostuvieron un vivo fuego desde el castillo de proa de la Lautaro, que causó una pérdida considerable á la tripulacion de la Esmeralda, la cual sorprendida y aterrada al ver ya abordada la fragata, huyó al entrepuente, y los que habian entrado en ella arriaron la bandera. Desgraciadamente á nadie se le ocurrió impedir el que se separasen los dos buques amarrándolos, ó inutilizar la fragata apresada cortando las cuerdas de la rueda del timon y arriando las vergas de gavia: un golpe de mar separó las dos fragatas. Entonces la Lautaro echó sus botes para enviar refuerzo; pero antes que pudiera verificarse, apercibida la tripulacion de la Esmeralda del corto número de patriotas que habia sobre cubierta, se reunieron, rompieron el fuego desde el entrepuente y mataron al valiente O-Brien, cuyas últimas palabras fueron: *no la abandoneis, muchachos; la fragata es nuestra*. Mientras tanto la Lautaro dejó el objeto principal para tomar posesion del bergantin que habia arriado bandera, pero que se iba alargando.»

«Percibiendo la Lautaro el cambio de fortuna que se habia verificado á bordo de la Esmeralda, desistió de la caza del bergantin, y viró hácia la fragata; pero antes que pudiera aproximarse, los que asaltaron habian sido vencidos, y los dos buques españoles izando nuevamente su pabellon se salvaron por su superior andar. El teniente Walker, al servicio de la compañía de la India, se distinguió muy particularmente; y antes que la Lautaro volviese al puerto apresó un buque que llevaba á bordo una porcion de pasageros españoles muy ricos, que habian huido de la Concepcion para refugiarse á Lima. El gobierno de Chile les sacó una contribucion por via de rescate, que le reembolsó superabundantemente del desembolso que habia hecho en la compra de la fragata Lautaro.» (1). Los hombres peritos en materia de abordages y combates navales apreciarán debidamente los pormenores que ofrece la antecedente relacion, debiendo advertir, al efecto que creemos que el bergantin español no llegó á arriar la bandera, como se dice, sino que en vista del abordage de la Esmeralda hizo seguidamente rumbo para Talcahuano, adonde se dirigió igualmente esta fragata luego que recobró su libertad.

Reunido Osorio en Talcahuano con los pocos oficiales y soldados que pudieron salvar del Maipu, se empezó á ocupar del regreso á Lima, pensamiento que realizó en setiembre, sin esperar para ello ni

(1) Memorias del general Miller.

la autorizacion del virey de quien dependia, segun entonces se dijo. Antes de poner por obra esta resolucion celebró Osorio una junta de guerra, en la que se trató de la necesidad y conveniencia de abandonar á Talcahuano: algunos de los vocales parece que se opusieron á tan funesta idea, y aun se añadió habia habido jefe que se ofrecia á encargarse de la defensa de aquel punto. Sin embargo, el puerto de Talcahuano fué desmantelado, sus fortificaciones destruidas, y abandonado en fin sin consideracion al próximo arribo de la expedicion europea que ya por momentos se esperaba. En consecuencia, se trasladó Osorio al Callao con varios jefes, oficiales y soldados, encomendando al brigadier Sanchez la provincia de Concepcion con alguna tropa del pais; medida apenas concebible, no obstante de que Sanchez gozaba de ventajoso concepto entre nuestros aliados los araucanos, á cuyo territorio le habia de ser preciso acogerse tan pronto como los dependientes invadieran la mencionada provincia de Concepcion.

Vuelto Osorio al Perú, de donde habia salido hacia nueve meses con una division que ya no existia, se recibió la triste nueva de la insurreccion de la tropa del trasporte Trinidad, procedente de la Península, la cual, despues de cometer el horrendo asesinato de sus oficiales, se entregó á los independientes en el rio de la Plata, poniendo en sus manos los planes de derrota y señales de la expedicion que convoyaba la fragata de S. M. reina María Isabel. Súpose tambien que los buques armados de Chile, aumentados con el San Martin (antes Cumberland de 1,200 toneladas) y otros de menor porte, se disponian á salir al encuentro de la referida expedicion peninsular. La escuadra pues que se aprestaba en Valparaiso al mando de D. Manuel Blanco Cicerón, oficial que habia sido de la marina real, se componia del navío San Martin de 60 cañones, capitan Wilkinson; la fragata Lautaro de 44, capitan Worster; la corbeta Chacabuco, capitan Diaz, español europeo, y el bergantin Araucano de 16, capitan Moris, con la mayor parte de sus tripulaciones extrangeras, cuya escuadra salió de Valparaiso el 9 de octubre, y el 15 del mismo mes empezaron á entrar en el desmantelado Talcahuano algunos trasportes de la precitada expedicion de España.

La noticia de haber recibido el gobierno de Chile por extraordinario del de Buenos-Aires los planes entregados por la infame insurreccion del trasporte Trinidad, y la de aprestar su escuadra para salir al encuentro de la expedicion en su recalada, fué traida expresamente al virey Pezuela desde Valparaiso por el capitan Smith de los Estados-Unidos, que mandaba la goleta mercante Macedonia. Smith habia

zarpado de Valparaiso ya cerrado el puerto, fiado en la velocidad de su barco, se presentó en el Callao con un rico cargamento, pidió que se le permitiera su introduccion con moderados derechos, y que en retribucion ofrecia conducir á la expedicion peninsular las prevenciones que se tuviera á bien, sin mas demora que el tiempo preciso para desembarcar el cargamento, pues ni agua necesitaba; ó que venderia al gobierno español su buque bien conocido en el pacífico por la fama de su marcha.

No obstante, la importancia de estas proposiciones en aquellas circunstancias ninguna fué admitida, ni se supo qué arbitrio hubiese adoptado el gobierno con la urgencia que el caso requeria para procurar precaver á la citada expedicion del inminente riesgo que la amenazaba. Mas el resultado vino á ser, que fondeada en Talcahuano la fragata Reina María Isabel, fué apresada por los enemigos dentro del desmantelado puerto, y con ella les fué mas fácil luego apoderarse de la mayor parte de los trasportes y de la tropa que conducian; porque no era posible que desconfiaran del pabellon español enarbolado en la misma fragata que los acompañaba desde Cádiz. Los pormenores de esta desgracia los refiere un testigo presencial sustancialmente de este modo.

»La escuadra chilena que mandaba Blanco Ciceron descubrió la isla de Santa María al romper el alba del 26 de octubre, pero á causa de los vientos no pudo acercarse á ella hasta la noche que botaron al agua y armaron tres botes para abordar un buque que se hallaba á cinco millas; mas el mal estado de estos botes no permitió arriesgarlos en dicha comision. El bergantin Araucano recibió órden de reconocer el puerto de Talcahuano, distante 12 leguas al sur de la bahía de la Concepcion. El 29 muy temprano fué reconocido el buque avistado al anochecer del dia anterior: era el Shakespeare, ballenero inglés, el cual informó que la María Isabel habia tocado en Santa María, que la tripulacion iba enferma y carecia de provisiones, y que hacia cinco dias habia dado la vela para Talcahuano, adonde la habian seguido dos trasportes españoles.

»Confirmó esta noticia un bote de la costa que al ver los buques chilenos con bandera española vino inadvertidamente á entregarles las instrucciones selladas que habia dejado el capitan de la María Isabel para los capitanes de los trasportes de la expedicion, á quienes prevenia se le reunieran en Talcahuano. Con estos antecedentes, el San Martin y la Lautaro hicieron fuerza de vela, y á las doce del dia siguiente 28 de octubre estaban á la vista de la fragata española an-

clada á tiro de pistola de Talcahuano. Blanco Ciceron se dirigió inmediatamente sobre ella izando bandera inglesa hasta ponerse á tiro de fusil que afirmó, la Chilena. La María Isabel disparó una andanada que contestó el San Martin con cuantos cañones pudo y fondeó á tiro de pistola de su codiciada presa, á la que bararon los españoles en la costa, cortándole al efecto los cables: una gran parte de su tripulacion se fué á tierra en los botes y aun á nado; los patriotas se apoderaron de la Isabel, y al instante se dedicaron á desencallarla, aunque inútilmente, porque el viento que soplaba con fuerza les era contrario.

«En tan crítica situacion, y con el fin de ganar algun tiempo, envió Blanco Ciceron á tierra al mayor Miller de parlamento *para ofrecer á los fugitivos un tratamiento generoso si prefarian rendirse á prolongar sus miserias en un pais enemigo á la causa de los realistas*, de quienes recibió el parlamentario los malos tratamientos que él mismo dice, sin mas esperanza que la que le infundieron los coroneles Loriga y Cabañas, mientras los *guasos* realistas mantenian tan vivo fuego sobre la fragata apresada que Blanco Ciceron creyó necesario hacer desembarcar sus soldados de marina para desalojarlos de las tapias con que se cubrian. Entonces llegó á Talcahuano el brigadier Sanchez con 1,600 hombres, *parte de la tropa que Osorio habia dejado cuando seis semanas antes voló las fortificaciones* y, la restante de la desembarcada de la Isabela y los dos trasportes que ya habian salido para el Callao. Sanchez restableció el órden obligando á los enemigos desembarcados á retirarse á sus buques con alguna pérdida entre muertos y prisioneros, y formó una batería de cuatro piezas que batia la Isabel, con tal efecto, que los patriotas creyeron tener que incendiarla, pero favorecidos por el viento, los enemigos lograron hacer flotar la fragata en la mañana del 29, y la marinaron fuera de la bahía.

«El 1.° de noviembre ancló la escuadra Chilena con la fragata apresada entre la isla Santa María y la tierra, donde se le incorporó el bergantin Galvarino de 18 cañones, capitan Spry, procedente de Valparaiso, y la corbeta Chacabuco salió á cruzar en frente de Talcahuano. En el trascurso de una semana llegaron sucesivamente siete trasportes, y como veian izada bandera española en todos los buques, obedecian la señal de anclar á popa de la María Isabel. A proporcion que llegaban se vió á los oficiales apresurarse á ponerse de uniforme para cumplimentar á su jefe á bordo de la fragata, y una porcion de soldados, mugeres y niños se asomaban desde los trasportes llenos de gozo, y se congratulaban recíprocamente por haber terminado una larga y penosa travesía de seis meses. Asi que

anclaban, un tiro de fusil disparado del navío que montaba el jefe de la escuadra, servia de señal para sustituir la bandera patriota á la española. Al descubrir su error, un grito espantoso y la mayor confusion reemplazaban á su alegria; y tanto mas cuanto todos creian que los patriotas no daban cuartel.»

«La expedicion española salió de Cádiz el 21 de mayo de 1818, y se componia de dos batallones del regimiento de Cantábria, de un escuadron de dragones y una compañía de artillería volante, formando un total de 2,800 hombres. Una cuarta parte murió en la travesía, y á lo menos una mitad del resto de la gente se hallaba fuera de servicio por los efectos del escorbuto. Los trasportes estaban sumamente sucios, y tan grasientas las cubiertas, que era difícil mantenerse en pie. Lo triste de este espectáculo lo aumentaba aun la vista de muchos desgraciados, que consumidos por el escorbuto estaban tendidos sobre los portalones con las agonías de la muerte. El coronel Hoyo mandaba la expedicion; cerca de 800 hombres desembarcaron en Talcahuano, inclusa la mayor parte de la tripulacion de la María Isabel; y la gente que condujeron los dos trasportes de que se ha hecho mencion, que pasaron despues al Callao. Otro tercer trasporte con dos compañías de Cantábria pudo escapar tambien al Callao, pero los demas buques fueron apresados. La María Isabel era una hermosa fragata de 50 cañones, y una de las cuatro que el gobierno español compró á la Rusia. El estado de poca limpieza en que estaba, era impropio aun del servicio de la marina española (1).»

Tan lamentable continuacion de pérdidas, todas de perniciosísima influencia para la causa española, causaron en Lima la mas visible sensacion y en el ánimo de los leales peruanos el mas profundo sentimiento, dando ademas disculpable ocasion á diferentes censuras, así sobre la reciente conducta del brigadier Osorio en Chile, como sobre las disposiciones y providencias del jefe superior del Perú. Seria de todo punto imposible dar una idea cabal de las tristes impresiones producidas por esa cadena de desastres, pero servirá de comprobante de nuestro aserto la opinion oficial del capitan de navío D. José Ignacio Colmenares, defensor de D. Dionisio Capaz en la causa que se le formó por la pérdida de la mencionada fragata María Isabel, que mandaba, quien entre otras cosas dice:

«Es altamente responsable á la pérdida de la Isabel y sus consecuencias el brigadier, yerno de S. E., D. Mariano Osorio, porque

(1) Memorias del general Miller.

»hallándose de jefe superior en Talcahuano, sabedor de su venida y »con instrucciones de su suegro el señor virey, relativas á ella; co»mo consta de autos á f.., abandonó el punto sin dejar instrucciones »ningunas, segun dice el Sr. Sanchez, ni buque que esperase la ex»pedicion, como la córte le habia mandado y está probado. Igual»mente, Señor, es infinitamente responsable de la pérdida de la Isabel »y sus consecuencias el Exmo. Señor D. Joaquin de la Pezuela, vi»rey del Perú, como voy á demostrar. En las instrucciones dadas á »mi defendido consta que desde el mes de octubre de 1817 habia avi»sado la córte á S. E. hasta por cuadriplicado, la venida de la expe»dicion, cuya noticia está comprobado habia recibido S. E. por su »carta á su yerno Osorio, de que hace mencion el periódico de Chile »titulado *El Duende de Santiago*, número 10 del lunes 24 de agosto »de 1818, que tengo presentado. Ademas no es creible, ni menos »disculpable, que S. E. careciese de las noticias que de la venida de »la expedicion de la Isabel publicaban los enemigos en sus Gacetas »desde julio del año 18, y de las que presento las que he podido ha»ber. Con estos datos yo no encuentro la razon por qué S. E. no toma»ria las medidas anticipadas que el rey N. S. le habia mandado des»de octubre del año 17 para recibir la expedicion; pues es notorio que »no tomó ningunas, y antes al contrario sus providencias, si como se »dice fueron suyas, para que Osorio desmantelase y abandonase á »Talcahuano, sin dejar instrucciones ni buques que cruzasen, con»currieron poderosamente á que la expedicion se perdiese. Pero hay »mas, Señor, ya llegado á esta capital (Lima) el derrotado Osorio, es»to es á los tres dias que fué el 1.° de octubre, recibió S. E. el avi»so que le dió el capitan del bergantin goleta Macedonio, y obra en »autos á f... pero S. E. llevado de la funesta idea que siendo este avi»so dado por un extrangero no seria cierto, como tengo dicho en su »lugar, ninguna providencia dictó. Mas provocado sin duda por el »clamor público dió noticia de él, aunque con embozo, al tribunal »del consulado en 31 del mismo octubre, como se evidencia por la co»pia que tengo dicho, presento del expediente formado con este moti»vo. Se ve pues que S. E. desestimó el importante aviso que le dió el »capitan del Macedonio de haberse entregado sublevado en Buenos»Aires el trasporte Trinidad de la expedicion de la Isabel, y que esta »corria inminente riesgo de ser apresada por la escuadra enemiga que »se alistaba en Valparaiso. Aviso del cual si S. E. hubiera hecho »aprecio, como debia el dia que lo recibió y fué el 1.° de octubre, »como consta del documento en inglés que llevó citado y declaracion

»de los tres testigos que le siguen sin que S. E. lo hubiese desesti-
»mado ni mucho menos aguardar para hacer uso de él á deliberacio-
»nes muy subalternas al alto gobierno de su principal atribucion; y
»aun asi empleando en el instante uno de los buques de guerra de este
»apostadero que se hallaban en el puerto, entre ellos el pailebot Aran-
»zazu de sobreraliente marcha, no hay duda, Señor, que si el virey
»hubiese providenciado ó en el momento hubiese participado al Sr. co-
»mandante de marina la noticia que el capitan del Macedonio le habia
»comunicado, en aquel mismo dia habria salido un buque para Tal-
»cahuano á esperar á la Isabel y llevarla instrucciones, para lo que
»le sobró tiempo, como dicen Abadia, Arizmendi y Dolaberriague en
»sus declaraciones á f... Pero, Señor, nada se hizo. El virey supo con
»evidencia que la expedicion venia á Talcahuano, y mandó ó permitió
»desmantelarlo y abandonarlo. Talcahuano, á quien todas las fuerzas
»de Chile no habian podido tomar, defendido por el benemérito Ordo-
»ñez: Talcahuano á cuyo punto habia mandado el rey venir á la Isa-
»bel y sobre cuyo puerto se le habia mandado al virey tomase medi-
»das para recibir á la expedicion. ¡Ah Señor! Yo no puedo menos de
»hacer aquí esta reflexion: si Osorio con su malhadada expedicion hu-
»biera aguardado en Talcahuano la llegada de la Isabel, reforzado
»con 2,200 hombres, un tren de artillería y 4,000 fusiles que escol-
»taba, y unida la Isabel á la marina real que hay en el pacífico, ¿cuál
»seria la suerte del reino de Chile? ¿Cuál la de todo el Perú? Pero
»¡Ah, señor, exclamó otra vez! Podia en la Isabel venir nombrado por
»el rey N. S. un presidente de Chile, silla muy apetecida por los am-
»biciosos. Preciso fué apresurar las operaciones para ocupar un asien-
»to que se ambicionaba y se entrevia ocupar, ciñéndose al mismo tiem-
»po la faja de mariscal de campo. Podria mi conjetura creerse suspi-
»caz, pero los resultados la justifican. Se perdió la batalla del Maipu;
»se destruyeron las esperanzas quiméricas de colocar á Osorio de pre-
»sidente de Chile; sabíase que la Isabel venia, pero como el interés
»privado habia desaparecido, el del rey pareció de poca monta. Ver-
»güenza, Señor, causa decirlo, pero asi fué. Se abandonó y desman-
»teló á Talcahuano, y se dejó la Isabel y su expedicion entregada á su
»mala suerte. Sin embargo, Dios proteje aun la causa de los españo-
»les, y un extrangero viene á ayudár al virey en sus agonías políticas.
»El capitan del Macedonio le presenta aun los avisos y medios nece-
»sarios para que salve á la Isabel y su expedicion del abandono y
»riesgo inminente en que la dejaba; pero el virey se obceca y desen-
»tiende, y al fin, instado de la opinion pública promueve el asunto

»ocupando las imaginaciones con una parte de él muy accesoria y su»balterna, cual era si el Macedonio habia ó no de descargar su car»gamento, y ni se trata de lo principal, cual era socorrer con avisos »á la Isabel, que el virey debió hacerlo y no lo hizo. Y estando todo »esto probado, repito que el Exmo. Sr. D. Joaquin de la Pezuela es »infinita y altamente responsable á la pérdida de la Isabel y sus con»secuencias.»

Como quiera, la fragata de guerra Reina María Isabel y la expedicion que convoyaba desde Cádiz, cayeron en poder de los enemigos, menos la tropa de los tres primeros trasportes que arribaron á Talcahuano y la desembarcaron seguidamente, y la que conducia la Especulacion que, separándose de las instrucciones y órdenes recibidas, se dirigió al puerto del Callao con el comandante de batallon D. Rafael Cevallos Escalera y la gente de Cantábria que le acompañaba, y asi se salvó. De este modo quedó deshecha una expedicion peninsular que, unida á las tropas del brigadier Osorio en la provincia de Concepcion de Penco, hubieran con toda probabilidad podido reconquistar el reino de Chile, asegurar la futura tranquilidad del Perú, y aun concurrir con su ejército real á mayores y muy importantes empresas.

La causa formada á D. Dionisio Capáz por la pérdida de la María Isabel que mandaba interinamente, en la que hicieron de fiscales D. Joaquin Vocalan, capitan de fragata, y el teniente de navío D. Eugenio Cortés, en Lima, y D. Márcelino de Dueñas, capitan de fragata en la Península, fue vista y fallada en Madrid en mayo de 1821 por un consejo de guerra de oficiales generales, compuesto de los capitanes de navío D. Felipe Baúzá y D. Benito Vivero; de los brigadieres de la armada D. Joaquin Varela, D. Francisco Osorio y D. Antonio Pilon; del jefe de escuadra D. Alonso de Torres y Guerra, y del teniente general director general de la armada D. José Bustamante y Guerra que lo presidió, quienes de conformidad con las peticiones fiscales y por unanimidad declararon: «á D. Dionisio Capaz libre de todo cargo y acreedor á las gracias de que S. M. le considere digno por su buen desempeño facultativo militar y juicioso procedimiento, sin que le pueda servir de nota que le perjudique en la carrera, condecoraciones y honores á que se hiciese acreedor, tanto por sus servicios pasados, como por los presentes y futuros; y á las autoridades de aquellos dominios que se les exija la responsabilidad que les cabe en la presente causa por la falta de noticias y auxilios que seguramente pudieron tener la mayor parte de culpa en el apresamiento de la

referida fragata y de algunas de las embarcaciones del convoy, etc.»

Consiguientemente en 3 de junio de 1821, fue promovido Capaz por S. M. á capitan de fragata con la antigüedad de 5 de noviembre de 1819 con que habia sido propuesto por el mérito contraido en la defensa del Callao, de la que se dará noticia en su lugar; y en 5 de setiembre del expresado año de 1821 se comunicó por el ministro de Marina al director general de la armada la real resolucion que sigue: «Excmo. señor: —He dado cuenta al rey de la causa formada en el apostadero de marina del Callao al teniente de navío D. Dionisio Capaz, por resultas del apresamiento de la fragata María Isabel que mandaba accidentalmente, hecho por un navío y una fragata de guerra insurgentes en el puerto de Talcahuano el dia 28 de octubre de 1818, y S. M. conformándose en todas sus partes con lo expuesto por el tribunal especial de Guerra y Marina en consulta de 26 de junio, se ha servido declarar al referido Capaz libre de todo cargo, y acreedor á las gracias de que se le considere digno por su buen desempeño facultativo y militar y conducta juiciosa que observó; sin que la formacion de esta causa pueda servir de nota que lo perjudique en su carrera, condecoraciones y honores á que sea acreedor, tanto por los servicios pasados como por los presentes y futuros; que á las autoridades de aquellos dominios se les oiga con respecto á no haber prestado á Capaz las noticias y auxilios que pidió; y que la causa formada al alferez de navío D. Eusebio Tiscar se eleve á proceso. Comunícolo á V. E. de real órden con inclusion del indicado proceso y demas que le acompaña para su inteligencia, la del comandante general del departamento de Cádiz, la del comandante del citado apostadero y demas efectos consiguientes.»

A poco de haberse unido al brigadier Sanchez la tropa peninsular que llegó á desembarcar en Talcahuano, se vió obligado este jefe á abandonar la fiel provincia de Concepcion y á refugiarse en el territorio de los indios araucanos; pero no pudiendo sostenerse tampoco en Arauco, tomó Sanchez la resolucion de trasladarse á la plaza de Valdivia, pensamiento que realizó á costa de muchas penalidades y á condicion expresa de dejar con el comandante Benávides una pequeña columna en la frontera de Arauco para vencer por este medio la resistencia que oponian los indios á permitir el paso de la tropa por su territorio. En la larga y penosa travesía de la frontera de la Concepcion á Valdivia experimentó el brigadier Sanchez bastante desercion en la tropa del pais que le acompañaba. La europea que llegó á

Valdivia, parte fué mas adelante prisionera en esta plaza y parte se refugió á Chiloé.

Tal ha sido la triste suerte de la expedicion que convoyaba la fragata de guerra, Reina María Isabel, que tanta parte ha tenido despues en los desgraciados sucesos del Perú, y sobre cuyos pormenores dice entre otras cosas Torrente en su historia de la revolucion *Hispano-Americana*.

«Todo cayó en poder del victorioso enemigo; la correspondencia »mas secreta, abandonada por el encargado de ella, acabó de manifes»tarle el modo de destruir aquella malograda expedicion. Este fué el »principio de todos los reveses que condujeron gradualmente la auto»ridad real al precipicio. Aunque estamos muy lejos de disculpar el »descuido del comandante de la fragata, á cuya torpeza se debió in»dudablemente su pérdida, no podemos menos de lamentarnos de la »fatal medida de haber abandonado Osorio dicho puerto de Talcahua»no. Si el citado jefe se hubiera mantenido en él dos meses mas co»mo habria podido sin el menor riesgo, ni la María Isabel habria pa»sado á manos de los enemigos, ni habrian sido apresados los tras»portes, ni la fuerza expedicionaria desembarcada al mando de D. Faus»to del Hoyo se habria disipado inútilmente, ni se habria llevado á »efecto la expedicion marítima de lord Cochrane, y probablemente se »habria paralizado la terrestre por San Martin.»

Entretanto el vireinato de Lima gozaba de perfecta tranquilidad, el cuartel general del ejército de operaciones del alto Perú permanecia en Tupiza, y su general en jefe se dedicaba á perfeccionar su instruccion y organizacion y á hacer perseguir las partidas facciosas que vagaban por algunas provincias de las de sur del Desaguadero con grave molestia y notorios daños de los pueblos reducidos é indefensos. La vanguardia, al mando del brigadier Oñaleta, permanecia en Humahuaca á principios de enero de este año, y deseando el general en jefe que hiciera un movimiento hasta Jujúy, tanto para manifestar á los orgullosos *gauchos* que no se les tenia el respeto que ellos creian, como por recoger cuantas mulas y ganado vacuno se pudiera, dispuso que el coronel Valdés, jefe de E. M. con 300 infantes de Gerona y 80 caballos de húsares de Fernando VII, marchase á reforzar á Olañeta y ejecutasen juntos la operacion indicada.

Incorporada la columna de Valdés con la vanguardia, toda la division fué á pernoctar el 11 de enero en Hornillos, dispersando una observacion de *gauchos* que se le presentó. Los enemigos avisados de este movimiento se reunieron en mayor número para disputar el ter-

reno, pero cedian delante de nuestras valientes tropas, y el 13 al llegar á Yala fueron vigorosamente cargados, alcanzados y acuchillados por los húsares hasta el rio de Reyes, perdiendo 24 hombres, inclusos 3 oficiales, varias armas de fuego y blancas, 10 caballos con el equipage, estados y demas papeles de su jefe de E. M., sin que por nuestra parte hubiese mas desgracia que la de un oficial y un húsar heridos. Al siguiente dia entró la division en Jujúy, y regresó á campar en Yala sin haber visto un enemigo, lo que no dejaba de ser notable. El brigadier Olañeta dividió su gente en tres columnas; dos á las órdenes del coronel Valdés tomaron la direccion de la quebrada del Toro, dieron muerte al caudillo Solis junto al molino de Yala, y recorriendo aquellas estancias ó haciendas lograron recoger 500 reses, mas de 200 mulas y caballos domados, 35 prisioneros y 13 armas blancas y de fuego, sin pérdida por nuestra parte; y la otra columna con el brigadier Olañeta tomó el camino real sin encontrar tampoco enemigos hasta Pomamarca, donde fué dispersada una partida por otra de Dragones americanos. El 23 volvieron á presentarse cerca de Hornillos como 70 caballos; mas cargados por los húsares de Fernando VII, fueron perseguidos por espacio de una legua, dejando en nuestro poder al comandante mayor Morales y un sargento 1.° de infernales prisioneros, tres caballos y cuatro hombres muertos con varios sables y carabinas, sin mas desgracia de nuestra parte que dos caballos heridos. Reunida toda la division en Tilcara, volvieron las tropas á su respectivo punto de partida quedando en consecuencia Olañeta establecido en Humahuaca.

Por este tiempo el brigadier Ricafort, que tenia el caracter de 2.° del ejército, pasó á la provincia de Cochabamba con el fin de arreglar en ella los movimientos de la columna destinada á la persecucion de las partidas facciosas que la invadian, combinándolos con los de las tropas de las demas provincias limítrofes. Mientras se practicaba sobre Jujúy y la quebrada del Toro el movimiento encargado al brigadier Olañeta que se ha indicado, el coronel D. Joaquin German ayudante de campo del general en jefe, marchó con una pequeña columna sobre Rangel con el objeto de recorrer el campo por esta parte, adquirir noticias del enemigo y ahuyentar sus partidas del flanco derecho de nuestras posiciones. Noticioso German de que una gruesa partida ocupaba á Casavindo, dobló la jornada desde la Abra de Queta, y el 27 de enero logró sorprender al enemigo en el rio Negro, media legua de Casavindo, cogiendo prisioneros á los dos caudillos Isidro Toritolay y José Cruz Obando, gobernador de Cochinoca con 49 gau-

chos é indios de á pie, 49 sables, 10 fusiles, 253 mulas y caballos, 35 sillas *gauchas* que llaman *lomillos*, 39 cabezas de ganado vacuno, 8,000 de lanar, toda la correspondencia, 1,475 pesos, 6 cargas de géneros de Castilla, 48 cestas de la hoja de *Coca*, 3 tercios de manteca, 19 de sebo, 2 de pescado, 3 costales de yerba del Paraguay y 4 de arina, sin mas pérdida por nuestra parte que la de 5 soldados estraviados ó desertados. El mismo dia 27 de enero el cabecilla Quinteros atacó el destacamento de Tuiquipaya, compuesto de 40 infantes y algunos indios fieles á las órdenes del teniente Roselló: el enemigo contaba con 30 hombres de á caballo y mas de 600 indios armados, algunos de fusil y el resto de macana y lanza, pero fué rechazado perdiendo 19 hombres muertos incluso el mismo Quinteros, varios heridos y 4 prisioneros con toda su correspondencia.

A principios de febrero se supo en el cuartel general haber atacado el coronel Aguilera 5 leguas de Santa Cruz de la Sierra á los caudillos Vaca y Rocha en los montes de Tocos, matando á este con 4 hombres mas y cogiendo 2 prisioneros, 13 fusiles 14 lanzas, 3 sables, una pistola y 35 mulas y caballos. En este mes el teniente coronel Baspiñeiro alcanzó en los altos del rio Chirimayo á los cabecillas Lorenzo y Fernandez, á quienes batió tomándoles 4 prisioneros; mas sabedor de que el caudillo Tejada venia con mayor fuerza en auxilio de aquellos, marchó á encontrarlo y lo derrotó tambien en la cuesta de Alzúri, causándole considerable daño y tomándole 13 fusiles, 3 carabinas, 2 sables, una caja de guerra y algunos animales ensillados. Por el lado de San Lucas el teniente coronel Medinaceli adelantaba notablemente en la pacificacion de los pueblos del partido, habiendo cogido al cabecilla Aracena, un teniente y varios indios con 200 cabezas de ganado vacuno, y batido en las imediaciones de Archilla á los caudillos Martinez y Miza, tomando prisioneros 8 indios con su capitan, dos hijos de Miza, mas de 20 mulas y caballos y toda su correspondencia.

A principios de marzo cogió el coronel Vigil en el pueblo de Pascaya, provincia de Tarija, al antiguo revolucionario Subiria con algunos de su faccion, dispersando el resto. El teniente coronel Medinaceli batió el 17 de este mes en el cerro de Totoríco á los caudillos Agreda y Molina, matándoles sobre 20 hombres y cogiéndoles 4 prisioneros con 4 fusiles y 18 mulas ensilladas. Al siguiente dia 18 el capitan Duchen batió en las inmediaciones de Talquina y Colpa á los cabecillas Aranibar, Barrera y Palenque, cogiendo á los dos primeros prisioneros con 4 mulas ensilladas despues de matarles 8 hom-

bres, sin mas que un soldado contuso de piedra por nuestra parte.

El coronel Vigil hizo una correría desde Tarija á Salinas y misiones de San Luis y de Itau en abril, deshaciendo ventajosamente los grupos que acaudillaban los hermanos Uriondos y Rojas, tomándoles algunas armas, prisioneros y bastante ganado.

En mayo recibieron considerables golpes los cabecillas Serna, Curico y otros en las provincias de Chuquisaca y Santa Cruz de la Sierra. El brigadier Ricafort batió á los enemigos en Arque y sus inmediaciones, cogiéndoles 11 prisioneros y al caudillo Guzman, 11 fusiles, 2 cañones, 2 pistolas, 6 cananas y 3 sables. Poco despues fué igualmente cogido el cabecilla Mancocaca con 7 de su faccion. En la subdelegacion de Chayanta fueron dispersadas las partidas que lo hostilizaban y aprendido uno de sus principales caudillos. La guarnicion de Mora tuvo un encuentro con los rebeldes, matándoles 43 hombres, hiriendo otros y tomando prisionero al capitan Salazar con su equipage y 30 caballerías ensilladas. El coronel la Hera batió á los enemigos en el partido de la Laguna, causándoles mucha pérdida en muertos y heridos, cogiéndoles 20 prisioneros, incluso el capitan Barañado y el cabecilla Mollo con un cañon, 46 fusiles y carabinas y dos cajas de guerra.

En el mes de junio el general en jefe en persona dirigió una expedicion á Colorados para averiguar el fundamento de los rumores que corrian sobre la aproximacion del ejército de Belgrano, resultando que no se habia movido del Tucuman, donde tampoco le suponian fuerzas bastantes para semejante operacion. Con el movimiento del general en jefe se retiraron las partidas enemigas de observacion por este frente. El coronel Aguilera se trasladó de la provincia de Santa Cruz al partido de la Laguna con una columna respetable para tratar de la completa destruccion de las facciones de Chuquisaca en combinacion con las tropas que guarnecian esta provincia.

Por este tiempo llegó al cuartel general de Tupiza el brigadier don José Canterac, nombrado jefe de E. M. por S. M. Habia salido de la Península con otra expedicion que el estado de la guerra en Costafirme hizo alli necesaria, y atravesando el Istmo de Panamá, pasó á Lima y se dirigió al ejército del alto Perú con su ayudante de campo el teniente coronel D. Ramon Gomez de Bedoya. Tan pronto como llegó al cuartel general tomó posesion de su destino y el coronel D. Gerónimo Valdés que lo desempeñaba fué nombrado subinspector de las tropas del mismo ejército.

En el mes de julio salió Canterac con una expedicion para la pro-

vincia de Tarija á fin de no dar respiro á los caudillos que la molestaban, y se dirigió inmediatamente á las Salinas y las Misiones por el valle y fuerte de San Luis, donde nuestros Cazadores á caballo cargaron y dispersaron á Uriondo, cogiéndole algunos prisioneros y ganado. Marchó el grueso de la expedicion por el fuerte de Santiago á las Misiones, y por el Vallecito á Chiquiaca fueron destacados 150 infantes y 30 caballos á las órdenes del teniente coronel graduado don Gabriel Poveda. Halló este en la cuesta de la Soledad al caudillo Espinosa, lo atacó con denuedo y lo derrotó, quedando en poder de Poveda un oficial, porcion de hombres prisioneros y algunas armas y caballos. Los enemigos que se habian reunido en las Misiones, noticiosos de la derrota de Espinosa y de la direccion de Poveda, ya no pudieron ser alcanzados por mas que este valiente oficial redobló sus jornadas desde antes de Chiquiaca, reuniéndose en las Misiones con el grueso de la expedicion el 20 de julio. Al siguiente dia partió el coronel Vigil con la mitad de la fuerza del brigadier Canterac contra los caudillos Sanchez, Rojas y otros hácia Carapari é Itau, y habiendo conseguido alcanzarlos en dichos puntos los derrotó del modo mas decidido, causándoles mucha pérdida entre muertos y prisioneros.

Entre tanto Canterac con el resto de la fuerza marchó sobre el Valle Chico ó punto Viejo, donde logró reunir bastante ganado vacuno, llegando el 31 á San Luis por el Vallecito, y teniendo que superar las cortaduras y otros obstáculos que la gente del pais toda en armas habia opuesto para embarazar la marcha é impedir la salida de la quebrada de Santa Lucía. Los enemigos no creian que las tropas españolas pudiesen salir con el ganado de esta quebrada, en cuya confianza las esperaba el cabecilla Castillo; mas atacado este en su propio campo por los bravos cazadores del Imperial Alejandro fué completamente derrotado, perdiendo varios hombres y todos sus caballos el 1.° de agosto. Al siguiente dia 2 mas de 300 hombres á caballo atacaron nuestra retaguardia á la salida del campamento adonde habia pasado la noche anterior; pero fueron rechazados y escarmentados por nuestra caballería y dos compañías de fusileros del mencionado Imperial Alejandro, y ya desde este choque no volvieron á incomodar la marcha de nuestra tropa que la siguió tranquilamente á Tarija. Muy ventajoso fué sin duda el resultado de esta expedicion: los caudillos Uriondo, Espinosa, Castillo, Sanchez y Rojas fueron batidos, y huyó el último hácia la Nueva-Orán: se les mató é hirió bastante gente, se les tomaron un oficial y mas de 30 prisioneros con otros tantos fusiles, 2 cargas de municiones, 90 caballos ensillados, otras 100 ca-

ballerías, mas de 1,000 cabezas de ganado vacuno y 1,000 fanegas de maiz, con pérdida poco considerable de nuestra parte.

El 6 del propio agosto el coronel Ostria sorprendió en la hacienda de Marahua, tres leguas de Yotala, en la provincia de Chuquisaca, al cabecilla Miranda, á quien logró matar, haciendo prisionera toda su partida, menos una avanzada de 4 hombres que pudo escapar. Y en el mismo mes el coronel la Hera batió en el cerro de Taracchi al caudillo Sillo, matándole un capitan, un subalterno y muchos soldados, haciéndole otros varios prisioneros, y apresándole algunos fusiles, caballerías, efectos, porcion de bastimentos y la muger y dos hijos del mismo Sillo.

A principios de setiembre salieron dos nuevas columnas de los cantones del ejército contra el caudillo Fernandez, que con fuerza considerable ocupaba los distritos de Santa Elena y la Loma, la una mandada por el coronel D. Gerónimo Valdés, y la otra por el de igual clase D. Fulgencio Toro. Valdés con su acostumbrada actividad persiguió al caudillo Fernandez hasta las cabeceras del rio del Pescado, obligándole á atravesar el rio Pilcomayo y tomar la fuga para Salinas con notable dispersion y pérdida de su partida y la del cabecilla Rosales, quien recibió la muerte. El coronel Toro logró apaciguar los indios de la Loma y de San Francisco; mas noticiosos de que los de Mollopata trataban de invadirlos y hostilizarlos porque se habian sometido al gobierno legítimo, marchó contra ellos, los alcanzó, derrotó y echó hácia el Pilcomayo, quitándoles porcion de ganado vacuno. De este modo se ha conseguido destruir la faccion de Fernandez, tranquilizar aquellos pueblos abundantes en artículos de primera necesidad, y se ha asegurado el Valle de Cinti despejando á mayor distancia las posiciones del ejército por su flanco izquierdo.

En el mes de octubre fué destinado el coronel Centeno con el batallon de Castro que mandaba á practicar un reconocimiento sobre Casavindo, en cuyo punto logró sorprender una partida enemiga é hizo prisionero al sargento mayor que la mandaba con otro oficial y dos soldados, dispersando el resto y logrando en seguida recoger porcion de ganado para el consumo del ejército. A principios de noviembre se presentó espontáneamente al general en jefe el caudillo Eustaquio Mendez, quien con el caudillo Uriondo conmovia la provincia de Tarija: se presentó con su numerosa partida y armas fiado en la generosidad del general español. Este envió tranquilos á sus hogares y labranzas á los hombres de guerra del célebre Mendez, conocido por el *Moto* porque era manco; le declaró teniente coronel á

nombre de S. M. y señaló á sus dos sobrinos una moderada pension, mereciendo estas gracias la aprobacion del pais, las cuales era de esperar sirviesen de útil estímulo al arrepentimiento.

El coronel German habia sido comisionado con una columna proporcionada á practicar otro reconocimiento de alguna extension por la derecha del ejército, y en 6 de diciembre llegó al cuartel general de Tupiza el parte que daba desde San Pedro de Atacames, donde se hallaban 200 enemigos bien montados que huyeron de encontrarse, con su tropa á la noticia de su aproximacion.

A principios del mismo diciembre hizo el coronel Vigil nueva expedicion á las Salinas desde Tarija, en la que, despues de haber sostenido diferentes choques con los caudillos Uriondo, Fernandez y Tejada, logró que aquellos pueblos reconociesen al gobierno legítimo, entregándole como donativo voluntario 100 cabezas de ganado vacuno y 80 caballos y mulas. Logró tambien hacer prisionero al capitan D. Manuel Uriondo, hermano del gobernador intruso y un artillero, cogiendo á los enemigos 19 fusiles, toda la maestranza de Fernandez, y consiguiendo en fin que de los dragones de este caudillo se le pasasen un oficial, dos sargentos y un soldado todos armados, y que los indios *chirihuanos* se declarasen en favor de la causa española, negocio de grande importancia.

El brigadier Olañeta hizo en el mismo diciembre un movimiento sobre las fronteras de Tarija, y alcanzó en el rio Bermejo al caudillo Peralta que inquietaba algunos pueblos: el resultado fué batir la partida de este enemigo que quedó muerto en el choque, y en poder de Olañeta 12 prisioneros, 13 fusiles y algunas caballerías. Tan activa era la guerra que se sostenia en el alto Perú, pero la fortuna de nuestras armas, aunque en pequeños encuentros, no solo iba adelantando en la pacificacion, de que tanta necesidad tenian sus combatidos y exhaustos pueblos, sino que aseguraba la paz y tranquilidad de que gozaba todo el vasto vireinato de Lima. El ejército de operaciones que procuraba reemplazar sus bajas, y que cada dia mejoraba su instruccion y la brillantez de su estado, poco tenia que temer por su frente, porque las provincias insurreccionadas del antiguo vireinato de Buenos-Aires no se hallaban en disposicion de poner en campaña un ejército que, con probabilidad de buen éxito, pudiera disputar al nuestro la superioridad que poseia.

Mas por la parte de Chile no fuera prudente ni disculpable descansar en igual confianza. En Chile existia á las órdenes del afortunado San Martin un ejército sin ocupacion y naturalmente engreido

con las señaladas victorias de Chacabuco y del Maipu: en Chile era recibida con aplauso y entusiasmo casi general la idea de enviar al Perú una expedicion *libertadora* que lo invadiera y lo privara de la paz que disfrutaba y del órden y prosperidad en que vivia: en Chile en fin se contaba confiadamente con la poderosa cooperacion de una escuadra superior á las fuerzas marítimas españolas en el pacífico, formada con sorprendente celeridad y capitaneada ya por el famoso inglés lord Cochrane que habia aceptado su mando en noviembre de este año. Una actitud tan hostil y amenazadora como envolvia el pensamiento de invadir el virreinato de Lima con medios conocidos para intentarlo no permitia que el jefe superior del Perú permaneciera inactivo ni se mantuviéra á la simple expectativa, teniendo una dilatada costa que cubrir en cuanto fuera posible, ya que no contaba con fuerzas marítimas suficientes para contrarestar las chilenas, que con el intrépido Cochrane á su frente adquirian mayor consideracion moral. Es verdad que á costa de algun sacrificio pudo el gobierno de Lima privar al de Chile del San Martin y del Lautaro, comprándolos cuando se presentaron en venta en aquellos mares, y acaso con mas diligencia hubiese contribuido á salvar la fragata María Isabel, sin cuyos buques no hubieran dado los enemigos tanto vuelo á sus agresores pensamientos.

En aquel concepto creyó el virey oportuno formar un cuerpo de tropas de reserva en Arequipa á las órdenes del brigadier Ricafort, y al efecto dictó las disposiciones que estimó conducentes. Con este motivo se trabó una viva controversia entre el general en jefe y el virey. Aprobaba la Serna la idea de crear un cuerpo de reserva; pero no convenia en que fuese en Arequipa sino en Puno, fundándose entre otras razones, en los distintos climas de que disfrutaban esas dos provincias situadas la una al oriente y la otra al occidente de la cordillera de los Andes. No hay duda que á esta parte de la cordillera señaladamente en la zona que entre el mar y la sierra se extiende de sur á norte, en la que ni llueve ni truena, ni hiela, el temperamento es mas cálido y por lo tanto mas muelle que el de Puno. Ademas de esto algunos europeos de los que militaban en el ejército real del Perú tenian la idea de lo mucho que se enervaba en la costa la fibra de los hombres para la guerra; pero la ciudad y parte de la provincia de Arequipa, colocadas al pie aunque al oeste de la cordillera bajo la influencia de las lluvias y de las heladas, no se podia aplicar con exactitud á su temperatura el insalubre influjo que á la de la costa. Sin embargo, la opinion del general en jefe parecia preferible, porque

Puno ofrecia una posicion mas central y de fáciles salidas en cualquiera direccion para que las tropas pudiesen acudir con prontitud adonde fuera mas necesario. Es preciso tener presente que la celeridad de los viajes por el Perú no está siempre tanto en razon de la distancia como en la de la calidad de los caminos; á la manera que la prontitud de las travesías por mar está mas en razon de los vientos y corrientes que de las distancias. Como quiera triunfó al sentir del virey, que era al mismo tiempo un mandato, pero la correspondencia habida entre esos dos jefes superiores destemplaba á veces mas de lo que convendria; las noticias verdaderas ó falsas que llegaban al virey acerca de cómo se hablaba en el cuartel general de sus providencias, y las que el general en jefe recibia de Lima sobre la ligereza con que era tratado por algunos hombres fáciles que acaso no tenian mas objeto que lisonjear al virey, todo contribuyó á agriar el ánimo del general la Serna, y lo condujo á pedir reiteradamente al rey su relevo y el consiguiente permiso para regresar á la Península, alegando al efecto la necesidad de atender á reparar su salud quebrantada.

Los reveses terribles que las armas españolas habian experimentado en el reino de Chile y como su consecuencia, su posibilidad de una próxima expedicion contra el Perú, habian despertado en el virey Pezuela una visible actividad. Al propio tiempo que mandaba formar un cuerpo de reserva en Arequipa sobre la base de uno de infantería y otro de caballería que habia de remitir allí el general la Serna, se dedicó con mucho interés á aumentar las tropas que guarnecian la capital, la plaza y puerto del Callao y otros puntos de la costa componiendo lo que se llamaba el ejército de Lima. Uno de los medios empleados al intento fué el acuartelamiento de cuerpos de milicias; pero el sistema que en este arbitrio se siguió, licenciando y volviendo á llamar dichos cuerpos segun la naturaleza de las noticias que se recibian de Chile, aunque dominase en él un laudable pensamiento económico, no podia corresponder ni correspondió á las intenciones del virey, y mucho menos siendo la oganizacion de esos cuerpos ya de suyo defectuosa.

La caballería principalmente se hallaba en el estado mas deplorable para poderla emplear con utilidad en una próxima campaña. Su triste comportamiento en el Maipu de que se quejó el comandante en jefe Osorio, llegando á señalar en su parte un oficial que desobedeció sus órdenes, estaba demasiado reciente para olvidarlo y á él habria contribuido mucho su conocida falta de instruccion. De aquí partió el teniente coronel del arma García Camba para representar al vi-

rey en 25 de setiembre la absoluta necesidad que habia de mejorar cuanto fuese posible el estado de la caballería. En consecuencia fueron nombrados instructores para los regimientos de dragones de Lima y de Carabaillo D. Manuel Fernandez y D. Joaquin Polo, dos distinguidos oficiales de dragones del Perú: se cometió la instruccion del regimiento infantería de la Concordia al entendido coronel del Infante D. Cárlos, D. Juan Antonio Monet, y se señaló el campo de San Borja para la asamblea y ejercicios doctrinales de las tropas, donde tuvieron lugar diferentes simulacros en presencia del mismo virey y del sub-inspector general la Mar.

CAPITULO XIV.

Retirada de Sanchez á Valdivia.—Benavides.—Asesinatos en San Luis.—Desercion.—Derrota de algunos cabecillas.—Simulacro en el Callao.—Riesgo del virey.—Aparicion de Cochrane.—Expedicion á Huacho.—Otra á Humahuaca.—Preparativos de defensa.—Deja la Serna el mando del ejército y le nombra el rey sucesor.—Encuentros felices con los insurrectos.—Expedicion á los Cobres y á la quebrada del Toro.—Nueva expedicion de Cochrane.—Ataca el Callao.—Ocupa á Pisco.—Es obligado á embarcarse.—Exposicion importante al virey.—Cochrane en Guayaquil.—Llega la Serna á Lima.

AÑO DE 1819.

Los triunfos que los enemigos alcanzaron en Chile y sus costas en el año anterior les permitieron dar mayor extension á sus operaciones, y principiaron por apoderarse de la provincia de Concepcion, que todavia ocupaba el brigadier D. Francisco Sanchez con poco mas de 1,400 hombres. Deseaba el virey Pezuela que este jefe procurara sostenerse al menos en la frontera de Arauco, y al efecto le remitió algunos auxilios; pero despues del abandono y desmantelamiento de Talcahuano la pretension del virey parecia imposible de realizar, ni aun con el auxilio de los indios araucanos aliados de los españoles, porque cuando lo prestaban era casi siempre bajo condiciones violentas. Por otra parte, el estado físico de Sanchez, avanzado ya en años, no le permitia soportar la vida activa de un partidario; y aunque habia dado pruebas de valor y gozaba de mucho crédito entre los caci-

ques fronterizos de Arauco, no era el hombre que tan singular y difícil situacion reclamaba, ni la poca tropa europea que se le habia reunido, escapada como por milagro de la persecucion de los enemigos, se hallaba, recien desembarcada, en estado de emprender con ventaja una campaña tan activa como habia de ser preciso y tan azarosa como era consiguiente.

Convencido Sanchez y los jefes que le acompañaban de la imposibilidad de sostenerse en la frontera de Arauco, resolvió replegarse á la plaza fuerte de Valdivia, costándole no poco trabajo obtener de los indios araucanos el correspondiente consentimiento, cuyo terrritorio era preciso atravesar, y lo concedieron finalmente con la precisa condicion de dejar en su frontera alguna fuerza con el valiente comandante Benavides, natural de la limítrofe provincia de la Concepcion. El coronel D. Juan Loriga se separó de Sanchez en los Ángeles, se trasladó á Valdivia y de aquí muy luego á Lima. El tránsito de las tropas españolas por las tierras de Arauco, sin caminos regulares, casi sin poblaciones donde descansar y proveerse de lo mas preciso, y con muchos rios que cruzar, fué extremadamente penoso, aumentando sus disgustos la vergonzosa desercion de algunos oficiales europeos de los que acababan de desembarcar, porque cualquiera que fuese la causa que la produjera, ninguna podia disculpar la fealdad del crímen. Al dar cuenta Torrente de este hecho en su historia de la revolucion Hispano-Americana, dice: « Sensible es recordar los nom»bres del sargento mayor de dragones D. Ambrosio Acosta, del ca»pitan de ingenieros D. Santiago Ballerna y de los tenientes de Can»tabria, Obejero, Llanos, Arias, Valledor y Pallares, que se olvida»ron de su deber y de su honor hasta el punto de hacer traicion á »sus banderas; asi como de los subtenientes Ocon y Salvà que si»guieron sucesivamente la carta de ciudadanos chilenos. »

Al retirarse el brigadier Sanchez desde los Ángeles á Nacimiento y Tucapel fué alcanzada su retaguardia sobre el caudaloso Biobio, y acuchillada por los enemigos parte de su infantería con bastantes familias realistas comprometidas, cuya desgracia acabó de desmoralizar aquella division, de la que casi solo la tropa europea alcanzó á Valdivia en marzo, donde se hallaron con grandes escaseces de recursos. «Fué preciso, *añade Torrente*, sin embargo, esperar la resolucion »del virey, el cual ordenó la permanencia de las mismas para defen»der aquella plaza importante, en socorro de la cual fueron enviados »fondos y municiones, y prometidos para lo sucesivo cuantos pudiera »necesitar.—Solo Sanchez, el jefe de E. M. teniente coronel Cabañas

»y algunos otros oficiales tuvieron licencia de pasar al Perú. D. Fausto del Hoyo fué ascendido á coronel y nombrado subinspector y segundo gobernador de la plaza para suplir con su actividad y firmeza las faltas en que pudiera incurrir el propietario coronel Montoya, »agoviado con el peso de los años.» (1).

El nuevo subinspector Hoyo se dedicó á la reorganizacion de las tropas en cuatro cuerpos: Cantabria y Valdivia de infantería, Dragones de la Frontera y Cazadores-dragones de caballería, y aun esperaba aumentar sus plazas con reclutas sacados de la provincia de Chiloe. Algunos oficiales sobrantes fueron destinados á la columna de Benavides. Este bravo chileno llegó á reunir una fuerza respetable con la que dió golpes terribles á sus paisanos disidentes, ocupó la ciudad de Concepcion de Penco y llevó sus correrías hasta Chillan con asombro y terror de los enemigos; mas reforzados estos acabaron al fin por destruirle. «Salió sin embargo victorioso de todo encuentro, »*continúa Torrente*, hasta que abandonándole la fortuna al año si»guiente, fué víctima de su misma intrepidez y de la felonía de al»gunos de sus soldados.» (2). La reorganizacion de las tropas emprendida por Hoyo era tanto mas necesaria y urgente, cuanto con el ingreso de las europeas en la division Sanchez se habian desgraciadamente promovido, como en otros puntos de América, sensibles diferencias con las del país. ¡Cuánta parte han tenido estas tristes diferencias en nuestros infortunios en el nuevo mundo! Ellas han aparecido con mas ó menos imprudencia en todas las provincias de ese vasto continente adonde han llegado jefes, oficiales y tropas peninsulares, sin la menor idea de la índole y carácter de sus habitantes, y ellas debieran ser una leccion inolvidable para el gobierno supremo de la nacion. Con la ruina de Benavides consolidaron los independientes la ocupacion de la provincia de Concepcion, una de las mas distinguidas por su fidelidad á la España, y pudieron dedicarse libremente á su pensamiento de invasion; pero antes se promovieron diferentes medios para deshacerse de los prisioneros españoles existentes en los depósitos de las Bruscas, de Buenos-Aires y de la Punta de San Luis, en cuyo último punto se hallaban la mayor parte de los de la malhadada batalla del Maipu, que vinieron á ser las únicas víctimas. Hé aquí como Torrente refiere este horrible hecho en su Historia de la revolucion Hispano-Americana.

(1) Historia de la revolucion Hispano-Americana.
(2) Historia de la revolucion Hispano-Americana.

«Parece innegable, dice, que los prisioneros habiesen formado »el plan de recobrar su libertad, pero sin cometer la menor extor»sion ni mas actos violentos que los meramente precisos para pasar á »incorporarse con las partidas de Carrera y Artigas, que vagaban »por aquellas cercanías y que les habian prometido todo su apoyo »para trasladarlos al Brasil en el caso de que no quisieran tomar par»tido con ellos para hostilizar al gobierno central de Buenos-Aires. »Hubo entre los mismos realistas un aborto de la villanía y crueldad »que informaba al gobernador insurgente D. Vicente Dupuy de todas »las medidas que se iban tomando para llevar á cabo aquella arrojada »empresa.

»Llegó el aciago dia 8 de febrero en que debia darse el golpe: en »la noche anterior habian sido exhortados todos los oficiales para ace»dir á la madrugada á casa del valiente capitan Carretero; concurrie»ron en realidad, y fueron informados de los medios propuestos para »adquirir la apetecida libertad. Se formaron á las siete de la mañana »tres partidas con sus respectivos comandantes: una de ellas al man»do de los capitanes Butron y Salvador habia de forzar la cárcel y dar »soltura á 53 individuos que allí se hallaban detenidos de las tropas »de dicho Carrera, quienes deberian servir de guia hasta salir de »aquellos peligrosos caminos: otra partida mandada por el intendente »D. Miguel Berroeta, por el teniente coronel D. Matías Arias y por »el capitan D. Felipe la Madrid, habia de apoderarse del cuartel y de »las armas que allí se custodiaban; y la tercera debia proceder con»temporáneamente á la captura de D. Bernardo Monteagudo, insur»gente de los mas furibundos que haya abortado la América (1).

»Mientras que estas partidas salieron á ejecutar sus respectivas »comisiones, que se malograron todas, y aun la del cuartel, si bien »habian llegado ya á desarmar la guardia, porque no tuvieron tiem»po ni modo para apoderarse de las armas, se habian dirigido á la »casa del gobernador el coronel D. Antonio Morgado, el teniente co»ronel D. Lorenzo Morla y el referido capitan D. Gregorio Carretero, »que fueron los primeros que entraron en su cuarto á fin de arrancar»le las órdenes necesarias para lograr su objeto único, que era el de »la libertad.

»El brigadier D. José Ordoñez, el coronel D. Joaquin Primo de »Rivera y el teniente D. Juan Burguillo que se habian quedado á la

(1) Este fué mas adelante el célebre ministro de San Martin en Lima, contra quien se amotinó aquel pacífico pueblo.

»entrada del aposento, pasaron á unirse con sus compañeros tan pron»to como oyeron las voces descompasadas de un pueblo desenfrenado »que clamaba por derramar la sangre de todos los españoles. La pron»titud con que dicho pueblo se armó y concurrió á los puntos de ma»yor peligro indica suficientemente el anticipado conocimiento que »tenia de aquel suceso.

»Sorprendidos en el acto aquellos desgraciados oficiales, dieron »crédito á las fingidas promesas que les hizo el pérfido Dupuy de sal»varles la vida, asi como ellos habian respetado la suya. Salió con »efecto á reunirse con el pueblo, y apenas se vió apoyado por sus ar»mas, cuando pronunció el horrible grito de muerte contra aquellos »militares, dignos por cierto de una suerte muy distinta de la que »les estaba preparada. Todos ellos fueron asesinados inhumana»mente; Morgado lo fué por la misma mano del furioso gobernador: á »los pocos instantes se hallaban yertos cadáveres en aquel mismo si»tio en que acababan de dar una prueba inequívoca de que sus senti»mientos no eran de marcar con actos sangrientos los pasos hácia su »evasion.

»Se hizo á su consecuencia una pesquisa con todos los caracteres »de cruel é ilegal sobre cuantos españoles hubieran tenido parte en »aquella tentativa; y por este medio desfogaron su rabia sobre un »número considerable de personas, cuya existencia les era demasiado »embarazosa. Un brigadier, tres coroneles, dos tenientes coroneles, »nueve capitanes, cinco tenientes, siete alféreces, un intendente de »ejército, un empleado civil, un sargento, un soldado y diez paisa»nos fueron las víctimas sacrificadas por el execrable mónstruo que »mandaba en San Luis.»

Los chilenos, despues de la batalla del Maipu, dice Mr. Steven-son, y de haber fiado el mando de su escuadra á lord Cochrane, no solo contemplaban asegurada su independencia, sino que se felicita-ban de poder llevar la guerra al territorio enemigo. Asi las cosas, ocurrió una escena de horror, capaz de sorprender á los habitantes de esta parte del nuevo-mundo, y de atraer sobre la cabeza de su autor la execracion universal. Esta espantosa escena, á que alude el mencio-nado Mr. Stevenson, es el asesinato de varios españoles verificado en la Punta de San Luis, cuyo extracto oficial, sacado de la *Gaceta* de Chile del 5 de marzo de 1819, publica este autor en la forma si-guiente:

«El 8 de febrero, entre ocho y nueve de la mañana, me avisó la ordenanza de que querian verme algunos oficiales españoles de los

detenidos en San Luis; le previne que los dejara entrar mientras hablaba con el cirujano D. José María Gomez y con mi secretario don José Manuel Rivero. El coronel Morgado, el teniente coronel Morla y el capitan Carretero entraron en seguida. Carretero se sentó á mi izquierda y, despues de algunos cumplidos, sacó del pecho un puñal para herirme con él, pero felizmente logré parar el golpe. Al mismo tiempo, dijo Carretero: *vuestra última hora ha llegado, bribon! La América está perdida, pero V. no se salvará*: Yo dí algunos pasos atrás hácia el coronel Morgado para defenderme, y este intentó tirarme un segundo golpe. En este momento el brigadier Ordoñez, el coronel Primo y el teniente Burguillo entraron tambien en mi habitacion: el cirujano Gomez salió al instante á pedir socorro, y aunque mi secretario Rivero se esforzó en hacer otro tanto, el teniente Burguillo le impidió la salida. Por un espacio considerable de tiempo tuve que defenderme de los seis asesinos, que comenzaron á aflojar en sus esfuerzos luego que oyeron los gritos del pueblo que rodeaba mi casa y procuraba entrar. Les rogué me permitiesen salir para aquietar el populacho, y consintieron en ello; pero en el momento en que yo abria la puerta del palacio que da á la plaza, el pueblo entró en tropel y los inmoló á todos, excepto al coronel Morgado, á quien dí yo la muerte por mi mano: asi quedó vengado el ataque dirigido contra mi persona.»

»Inmediatamente despues descubrí que todos los oficiales españoles detenidos aquí habian formado el proyecto de ponerse en libertad y pasarse á las guerrillas de Carrera y Alvear. Sin embargo, alarmada la tropa y el pueblo, muchos prisioneros pagaron con su vida la temeridad del plan que habian concebido. Ordené en seguida á don Bernardo Monteagudo que instruyese una sumaria informacion: cuatro dias despues me dió parte de que estaba terminada, y de conformidad con su dictámen hice pasar por las armas á los individuos siguientes: los capitanes Gonzalez, Sierra y Arriola; los subtenientes Riesco, Vidaurrazaga y Cabello, y los soldados Moya y Perez. El número de enemigos que han perecido consta de un brigadier, tres coroneles, dos tenientes coroneles, nueve capitanes, cinco tenientes, siete subtenientes, un intendente de ejército, un comisario, un sargento y dos soldados. Firmado: Vicente Dupuy, teniente gobernador de San Luis.» (1)

Basta solo este simple extracto del parte oficial de Dupuy para venir en conocimiento de su completa falsedad, y nadie que tenga

(1) Stevenson, Relacion histórica.

idea del caballeroso valor de las seis primeras víctimas dudará de que si con ánimo deliberado de dar muerte al gobernador hubiesen ido á su casa, no hubiera logrado salvarse de la manera que ha afirmado. Muchas relaciones ha hecho circular el expresado Dupuy sobre este horroroso atentado; pero otras han corrido tambien en distinto sentido, y de estas tuvo una el citado Mr. Stevenson, al servicio entonces de los independientes, trasmitida, *asegura*, por persona imparcial que ninguna razon tenia para comunicarle pormenores exagerados, y dice asi:

«En la noche del 7 de febrero de 1819, jugando los oficiales es»pañoles prisioneros en San Luis con D. Vicente Dupuy, teniente go»bernador, y habiendo perdido este algun dinero, echó en seguida »mano del que tenia delante de sí el coronel Rivero, quien reprendió »agriamente el hecho, y á pesar de las instancias de los concurren»tes dió un bofeton á Dupuy, cuyos amigos, lo mismo que algunos »españoles echaron mano de las armas que habia en la habitacion. El »tumulto que resultó de aqui alarmó la guardia, y los prisioneros »españoles, temiendo las consecuencias de este lance, entregaron las »que habian tomado, y pidieron perdon á Dupuy, que les fué conce»dido, y les empeñó su palabra de honor, que si lo dejaban salir cal»maria la efervescencia de la guardia y del populacho. Salió en efec»to, mas en vez de apaciguar los espíritus difundió la alarma, y ex»citó al pueblo á vengar los insultos que habia recibido de los *godos*, »nombre con que se designaba á los realistas. Dupuy entonces volvió »á entrar en la habitacion con algunos soldados y gente armada, y e »brigadier Ordoñez, el coronel Morgado y seis oficiales mas fueron »asesinados. El coronel Primo, viendo la inevitable suerte que le es»peraba, se tiró un pistoletazo y se mató. Todos los españoles que se »encontraron por las calles fueron pasados á cuchillo, y muchos fue»ron tambien muertos en sus casas: han sido cincuenta los asesinatos »cometidos en este fatal dia, y de los oficiales españoles retenidos en »San Luis solo dos se libraron de la muerte. En recompensa de esta »accion tan memorable ha sido ascendido Dupuy á coronel mayor y »agraciado con la legion de mérito de Chile.» (1)

La noticia de tan horrorosa matanza fué recibida en el Perú con la mas expresiva y general indignacion; y los pueblos, los cuerpos militares y todas las corporaciones manifestaron explícitamente al virey a necesidad de exigir una justa satisfaccion, de cuyos nobles senti-

(1) Stevenson, Relacion histórica y descriptiva.

mientos se olvidaba el ayuntamiento ó cabildo de Lima antes de que espirara el próximo año de 1820, como luego veremos.

Puestas las fuerzas navales de Chile bajo la inmediata direccion y mando de lord Cochrane, antiguo oficial de la marina real inglesa, se dedicaron los enemigos con mayor empeño á la realizacion de su favorito pensamiento de llevar la guerra al Perú, y al efecto pronto se pusieron de acuerdo los gobiernos de Chile y de Buenos-Aires. Comenzaron, pues, por disponer una expedicion marítima, que, con alguna tropa de desembarco, recorriera las costas de aquel pais, alarmara el vireinato, introdujera papeles subversivos y explorara al propio tiempo la voluntad de los pueblos.

No se ignoraban en Lima las miras hostiles de los independientes reunidos en Chile; pero á pesar de la generalidad con que se hablaba de sus proyectos y preparativos de invasion, el virey no alteraba su sistema respecto de las milicias, cediendo sin duda á la consideracion que le imponia la escasez de recursos que se notaba; y aunque los cuerpos de línea recibian algunos reclutas, experimentaban por otra parte bastante desercion, porque aquellos naturales son poco aficionados al servicio militar. Esta desercion, en que antes no se solia reparar, empezó ahora á atribuirse sin exámen á la poca economía de los cuerpos con particularidad en el costo del vestuario, y creció á punto de excitar el celo del secretario del vireinato, quien presentó al virey una série de observaciones, muchas de ellas notables por la falta de fundamento en que se apoyaban. El virey con todo mandó publicar un bando contra el delito de desercion, sus promovedores y encubridores conforme con la severidad de las ordenanzas militares para tiempos de guerra, y ordenó al subinspector general que, con presencia de las expresadas observaciones, hiciese á los cuerpos las prevenciones conducentes, como lo ejecutó incluyendo copia de las presentadas al virey por el secretario del vireinato, quien entre otras cosas decia: «Se »experimenta la mayor dificultad en las provincias para la reunion y »remision de los auxiliares que se les piden, respecto á que escriben »algunos de los venidos de ellas mismas que solo reciben aqui dos rea»les de prest, y que tan equivocado concepto procede de que en sus »ajustes cuatrimestres apenas pueden recibir alcance, porque necesi»tan realmente de todo el haber que les queda libre, despues de su »rancho y prendas menores, para satisfacer el vestuario.»

Asi que los cuerpos de línea recibieron las observaciones que el subinspector les trascribia, se apresuraron á manifestar muy pormenor al mismo jefe el sistema que observaban respecto á la inversion y dis-

tribucion de caudales, que era extrictamente arreglado á lo que sobre el particular prescribian la ordenanza del ejército y órdenes posteriores vigentes, cosa que no podia ignorar el subinspector. Satisfecha esta parte, que hasta cierto punto parecia herir la delicadeza de los jefes de los cuerpos, pasó el teniente coronel Camba á manifestar en fines de enero las causas que tenia por mas influyentes en la desercion que se experimentaba. Sabíase en efecto que algunas provincias para remitir á la capital la gente que se les pedia, se valian de levas y recogian hasta los traficantes transeuntes sin examinar sus circunstancias, porque el objeto era aparentar que se cumplian los mandatos de la autoridad, aunque los medios fuesen violentos é injustos. En las provincias del vireinato de Lima habia tambien indios que se llamaban *yanaconas*, los cuales estaban de hecho exentos de llenar los pedidos de gente que se hacian solo por el amo á quien servian; siguiéndose de esta parcialidad que para cubrir los cupos echaban mano de los no *yanaconas* tuvieran los impedimentos que se quisiera, resultando de este mal sistema recibirse en los cuerpos hombres casados con hijos y con padres imposibilitados, é inútiles de inutilidades visibles, que era preciso licenciar inmediatamente. Estos hombres, tratados con tan poca justicia en los pueblos de que procedian, remitidos á la capital sin que les cupiera por suerte, poquísimo interés podian tener en prestarse al servicio del rey, y al contrario estaban siempre dispuestos á aprovechar la primera ocasion que se les presentara para dejarlo, lo que era ademas muy conforme con sus naturales inclinaciones. Esta manifestacion, apoyada en hechos prácticos y repetidos, probaba la ligereza con que el secretario del vireinato habia atribuido la desercion á defecto en el suministro de las tropas y al costo de su vestuario, cuando existian otras causas mas graves, sobre las cuales sin embargo no se llegó á adoptar providencia alguna radical. La funesta desercion nunca se extinguió en las tropas peruanas.

El ejército real del alto Perú conservaba sus anteriores posiciones; el cuartel general se mantenia en Tupiza sin motivo alguno de alarma por su frente, y las columnas destinadas á la persecucion de las partidas facciosas, que vagaban por algunos partidos de las provincias, continuaban sosteniendo la reputacion y el lustre de las armas españolas. A principios de año alcanzó el teniente coronel Medinaceli en Piahuani al caudillo Martinez, á quien batió matándole 6 hombres y apoderándose del mismo Martinez, un alferez, 3 soldados, 2 cajas de guerra, 21 fusiles, una arroba de pólvora, una bandera y la correspondencia. Desde el pueblo de Puna marchó con su columna el coman-

dante Reboredo á las alturas de Tambillo, donde alcanzó y dispersó á los cabecillas Sillo, Carrillo y Bargas, matándoles 8 hombres con el sargento mayor Cabezas y otro oficial, hermano del caudillo Martinez, y cogiéndoles 5 prisioneros y 40 cabezas de ganado vacuno, sin mas pérdida por nuestra parte que la de un sargento herido. Y en el siguiente mes de febrero el coronel D. Pedro Antonio Castro, hermano del infortunado D. Saturnino, comandante del segundo escuadron de Dragones-americanos, sorprendió en Chucuity, 3 leguas del puesto del Marqués, una partida enemiga de 23 hombres que mandaba el cabecilla Chuichúy, teniendo de segundo al ayudante mayor Fuentes, la cual fué toda prisionera menos 3 soldados á quienes salvaron sus caballos.

Enterado el virey Pezuela de que en el puerto de Valparaiso se aprestaba Cochrane para practicar un reconocimiento sobre nuestras costas, como operacion preliminar de la que se proponia emprender mas tarde San Martin con todo su ejército, y que entre las miras de aquel osado marino estaba la intentona de dar un golpe de mano sobre el puerto del Callao, dictó las providencias que estimó adecuadas, asi para guarnecer nuestros buques, como para aumentar la defensa de los castillos y otros puntos de la costa. En Pisco habia dispuesto un acuartelamiento de milicias de infantería y caballería á las órdenes del mariscal de campo Don Manuel Gonzalez, que mandaba la costa sur de la provincia de Lima. Nuestras fuerzas navales, surtas entonces en el Callao, se componian de las fragatas Venganza y Esmeralda, de la corbeta Sebastiana, de los bergantines Pezuela y Maipu, del pailebot Aranzazu y de seis lanchas cañoneras. Ademas se hallaban armadas en guerra dos fragatas mercantes y veinte lanchas particulares cuyas fuerzas protegian los castillos Real-Felipe, San Miguel y San Rafael con otras baterías que montaban mas de ciento cincuenta piezas de artillería gruesa.

Deseando el virey examinar por sí el estado de nuestras fuerzas marítimas, acordó con el brigadier Don Antonio Vacaro el que se ejecutase en la bahía un simulacro, al menos con las fuerzas sutiles, que S. E. gustia presenciar, y al efecto señaló el dia veinte y ocho de febrero. Amanecia entonces la costa cubierta de una espesa niebla que reducia á corto espacio el alcance de la vista, si bien solia disiparse á proporcion que el sol se elevaba sobre el horizonte. El veinte y ocho de febrero fué precisamente uno de los dias en que la niebla apareció mas densa, y por consiguiente ofrecia mayor duracion; pero como todos los preparativos para el simulacro se hallaban hechos, no quiso demorarlo el virey. Salió pues bien de mañana de Lima para el Callao

acompañado de los brigadieres Don José de la Mar, segundo cabo y subinspector general del Perú y Don Manuel de Llano y Nájera, subinspector de artillería, del coronel Don Juan Loriga y de los tenientes coroneles Don Ignacio Landazuri, Don Antonio Seoane y Don Andrés García Camba; siendo de advertir que Seoane, prisionero en el depósito de las Brúscas, habia logrado fugarse y presentarse en el rio Janeiro, de donde regresó al Perú.

El virey en un dia despejado habria podido observar desde tierra los movimientos en la bahía, pero en esta ocasion no lo permitia la densidad de la niebla. Recibido en el Callao por los castillos y los buques con la salva correspondiente, mandó que se diera principio al simulacro, y al poco tiempo se embarcó con los que le acompañaban en el velero bergantin Maipu, que hizo salir á la bahía para ver mas de cerca los movimientos de las embarcaciones y el vivo fuego que hacian, lo que á penas se conseguia por el estado de la niebla. Serian las once de la mañana cuando cesó el fuego; las fuerzas sutiles empezaron á regresar al fondeadero, y la niebla comenzaba tambien á elevarse. El bergantin Maipu, que mandaba el bizarro teniente de navío Don Francisco Sevilla, y que se habia aproximado bastante á la isla de San Lorenzo, navegaba igualmente en demanda del fondeadero, cuando de repente y aun entre alguna niebla se descubrió una larga y hermosa fragata próxima á la costa por el punto que llaman Bocanegra, algo á sotavento del Maipu, con bandera larga española, las portas de la bateria cerradas y las velas del color que comunmente toman en las largas navegaciones. *Buque de España* fué el grito unánime á bordo del Maipu, porque la satisfaccion que se siente al ver un buque que se cree procedente del pais natal solo la pueden comprender los que hayan residido en regiones remotas. Todos á bordo del Maipu anhelaban saber las noticias de que suponian portador al buque que tenian á la vista, y no era por cierto el virey, en medio de su genial circunspeccion, el que menos ánsia sentia. Dirigióse pues al comandante del Maipu para que á favor de su ligera marcha se acercase á la fragata avistada, y todos los que le acompañaban se apresuraron á aplaudir tan imprudente indicacion. Don Francisco Sevilla era oficial de valor bien acreditado en nuestra marina, y aunque desde luego asi él como su segundo dieron muestras de desconfiar de la construccion de aquella fragata, ningun motivo que no fuera justificado podia influir en su ánimo para que diese al virey esta noble respuesta: «Señor Excmo.; »me está prohibido reconocer ningun buque teniendo á V. E. á bordo »que es la primera autoridad del reino: fuera de esto si perdiéramos

»la linea de barlovento en que nos hallamos, ni á las cinco de la tarde tal vez llegariamos á ganar el fondeadero.» Con esto desistió el virey de su intento; porque tambien queria regresar á Lima todavía á hora oportuna de despacho.

La mencionada fragata, objeto de la curiosidad de los que se hallaban á bordo del Maipu, se puso en facha, y aun se la suponia confusa y aturdida por deber ignorar la causa del fuego de cañon que acababa de oir. Cerróse de nuevo la niebla que la cubrió enteramente, y el Maipu llegó al fondeadero, desembarcó el virey y su comitiva y regresaron todos seguidamente á Lima. Aquella fragata resultó ser la Reina Maria Isabel, perdida en octubre último en Talcahuano, á la cual se le habia cambiado el nombre en el de la O-Higgins en honor del director de Chile, por el que será conocida en adelante, y la montaba el célebre inglés Cochrane. Asi que la niebla volvió á ocultar sus movimientos hizo por el puerto con la mayor diligencia, acaso en la duda de que hubiese sido el fuego con alguno de los otros buques de su escuadra, y consiguió apoderarse de una de nuestras lanchas que regresaba confiadamente al fondeadero. En este movimiento debió reconocer cerca al San Martin y al Lautaro, y es muy probable que les hiciese prevenciones. En seguida, con el arrojo mas temerario, se lanzó Cochrane dentro del puerto, y dejando caer al agua un anclote por la popa, rompió el fuego sobre nuestros buques y castillos que fué luego vivamente contestado por unos y otros. El San Martin y el Lautaro, menos diligentes que la O-Higgins, tardaron algo en poderla segundar; pero dada la alarma al puerto y plaza del Callao, la temeridad de permanecer expuestos á sus tiros era de todo punto inútil, y asi lo hubo de reconocer Cochrane, retirándose al fin con sus buques á la isla de San Lorenzo, donde fondeó para reparar las averías que habian experimentado demasiado pocas y de corta entidad para el fuego que se les habia hecho y la corta distancia á que lo aguantaron.

Apenas habia entrado el virey en su palacio de Lima, cuando un horrible fuego de cañon anunciaba en el Callao una extraña novedad, y muy poco despues se recibió parte oficial de lo que pasaba. ¡Cuántas reflexiones se ofrecian al recordar el ánsia con que los que se hallaban á bordo del Maipu querian ser los primeros que saludasen un buque que creian procedente de la Península! Si el comandante del Maipu hubiese por desgracia sido mas contemplativo que fiel observador de sus deberes, el virey del Perú, los jefes y demas personas que le acompañaban, y el mismo bergantin, todos hubiesen sido aquel dia fácil presa del enemigo. Cochrane desde el cabo de la isla de San Lo-

renzo, donde habia fondeado, distante dos leguas del Callao, envió á tierra alguna tropa al mando del mayor Miller, tambien inglés, y se apoderaron en dicha isla de un sargento que con diez soldados custodiaba algunos prisioneros de los destinados á la explotacion de sus canteras, y á los cuales incorporaron en sus filas. En la isla de S. Lorenzo dispuso Cochrane un laboratorio para preparar los brulotes con que proyectaba incendiar los buques fondeados bajo los fuegos de la plaza del Callao.

En estos preparativos se ocupó el enemigo hasta la noche del 22 de marzo, en la que atacó vigorosamente el puerto para proteger asi la direccion de uno de sus brulotes, el cual, sin duda maltratado por nuestros fuegos, se fué afortunadamente á pique antes de poder causar el daño que se intentaba. Cochrane se acercó temerariamente al muelle con la velera fragata O-Higgins; pero no habiendo podido ser bien asegundado por los demas buques de su escuadra de inferior marcha, regresó al fondeadero de la isla de S. Lorenzo despues de haber aguantado un fuego vivísimo.« Muy poca gente pereció, y hubo pocos heri»dos; pero la jarcia sufrió y perdió el botalon (la O-Higgins). El capi»tan Guise fué herido gravemente al principio del combate, y su te»niente maniobró tan mal, que se separó la Lautaro y no volvió á entrar en línea.» (1)

Nuestras fuerzas sutiles, favorecidas de la niebla y de la calma que solian durar á la sazon hasta cerca de las once de la mañana, atacaron el 25 del propio marzo á la escuadra enemiga en su fondeadero, y fueron contestadas con energia por la O-Higgins, la cual no tardó en ponerse á la vela para aprovechar las primeras ventolinas precursoras de la brisa. Nuestras lanchas entonces, justamente recelosas de la proximidad del viento, tomaron la prudente resolucion de regresar al puerto. Lord Cochrane por su parte, como que tambien necesitaba proveer sus buques de algunos artículos, hizo rumbo para la costa del norte, desembarcó alguna gente en Huacho, y ocupó la villa de Huaura y el valle de Supe; pero dejando la corbeta Chacabuco encargada de cruzar al frente del puerto del Callao. En Huacho recibió Cochrane el primero de abril el refuerzo de los bergantines Galvarino y Pulrredon que conducia el contra-almirante Blanco Ciceron, quien se trasbordó al navio San Martin.

Asi que supo el virey Pezuela que los enemigos ocupaban los mencionados puntos, dispuso que una columna de 500 infantes y 200 caballos saliera de Lima en toda diligencia á libertar y proteger los pue-

(1) M. Stevenson, Relacion histórica.

blos invadidos, nombrando comandante general de esta expedicion al teniente coronel D. Rafael Cevallos Escalera, y por su segundo en el mando y jefe de la caballeria al de la misma clase D. Andrés Garcia Camba. Esta trropa dejó la capital el 3 de abril, y adelantándose Camba desde Chaucay con los 200 caballos, ocupó á Huacho y Huaura sin dificultad y sin disparar una tercerola, porque los invasores se habian retirado á sus buques. Tan luego como Cevallos alcanzó á Huacho con la infanteria, dirigió á Camba sobre Supe, de donde igualmente se retiraron los disidentes á la aproximacion de la tropa española; pero ya habian logrado embarcar sobre 150 negros esclavos, algunas arrobas de azucar y bueyes de la labranza de la hacienda de D. Manuel Garcia, partidario leal de la causa de España. Al referir estas ocurrencias, dice Miller, que Camba no se atrevió á atacar á los patriotas, dió un parte pomposo al virey diciendo que *habia echado á los enemigos al mar* y *que fué ascendido inmediatamente*. Podemos asegurar que ambos asertos son falsos: primero, porque ni Camba dió parte alguno al virey entonces, ni le correspóndia no siendo el jefe principal de aquella columna; segundo, porque Camba no varió de divisa hasta abril de 1822 por el mérito contraido en la gloriosa jornada de Ica.

Restablecido el órden en los pueblos de Huacho á Supe, determinó el virey que se fijara en Huaura una corta guarnicion, y nombró comandante de la costa del norte en la provincia de Lima al teniente coronel D. Mariano Cucalon, mandando regresar á la capital la columna expedicionaria.

La escuadra enemiga de Lord Cochrane todavia continuó su navegacion al norte: tocó en Huarmey, y extrajo del bergantin francés la Griselle 60,000 pesos de propiedad española: despues fué á fondear al puerto de Paita, desembarcó 100 hombres, y ocupó y saqueó la poblacion sin que una compañia de infantería que habia de guarnicion ni los habitantes opusieran la menor resistencia, huyendo todos al monte con total abandono de sus casas. El pueblo de Paita ha sufrido desde antiguo saqueos y malos tratamientos de toda clase de piratas y aventureros. Tomó despues Cochrane de nuevo la vuelta del sur, y vino á desembarcar en Supe con mayor número de gente, á fin de cargar azúcares de las haciendas inmediatas á la playa y de propagar la revolucion señaladamente entre los negros esclavos con el poderoso señuelo de la libertad que les prometia, y por cuyo medio consiguió que se declarasen algunos en su favor. Noticioso el virey de cuanto pasaba, y temeroso de que la tropa con que contaba Cucalon en Huaura no bastase para rechazar aquella agresion, volvió á enviar al teniente

coronel Cevallos Escalera con el batallon de Cantabria que mandaba, el cual se habia formado sobre la tropa del regimiento peninsular que llegó á Lima en el trasporte Especulacion, como se ha dicho; pero cuando esta fuerza llegó á Huaura, ya el valiente Cucalon habia batido en Supe, y obligado á reembarcarse á los enemigos, y entonces lord Cochrane tomó con la escuadra republicana la vuelta de Valparaiso. Mas las especies sediciosas que habian procurado esparcir los revoltosos de Cochrane, produjeron poco despues un desman en los indios de Huailas, á que tal vez contribuyó tambien la imprudencia en la exaccion de los tributos. Como quiera hizo el virey marchar alli la compañia de cazadores de Cantabria que mandaba el bizarro D. Joaquin Bolivar, y todo se apaciguó.

Al mismo tiempo que los enemigos de Chile lanzaban su escuadra sobre las costas del Perú, hicieron correr voces de que Belgrano con sus tropas avanzaba sobre las posiciones de nuestro ejército, y estas noticias alarmantes movieron al general en jefe á procurar salir de dudas, tanto mas confiadamente, cuantò en caso afirmativo no podia Belgrano amenazar con grandes fuerzas. Dictó pues las órdenes que le parecieron convenientes, y el 12 de marzo salió de Tupiza hácia el sur con la mayor parte del ejército, resuelto á buscar al enemigo si en efecto se habia movido. El cuartel general se estableció en la posta de Cangrejos, y la vanguardia se adelantó á Humahuaca con el brigadier Canterac, jefe del E. M. G. y mas antiguo que Olañeta. Reforzada luego esta division con la mayor parte de la caballeria avanzó de Humauaca á Jujuy, en cuya ciudad entró el 26 del mismo mes despues de haber dispersado las facciones de Arias, Alvarez y Cortes, este último gobernador de dicha poblacion. Las noticias adquiridas no dejaban lugar á recelo alguno por el frente, porque Belgrano, lejos de poder moverse hácia el norte habia tenido que marchar con sus 2,500 hombres del Tucuman á Córdoba para hacer guerra á Artigas que hostilizaba al gobierno de Buenos Aires, y todo el pais estaba en la idea de que iba á ser prontamente invadido por una expedicion de la Peninsula al mando del conde del Abisbal. Con esta seguridad empezaron á regresar las tropas á sus antoriores cantones, y vista la obstinacion con que los *gauchos* molestaban á la vanguardia en su retirada, se emboscó el brigadier Olañeta con 6 compañias de infanteria y 25 caballos en una quebrada inmediata á Huacalera con el fin de ver si lograba darles un golpe. Cuatro dias se mantuvo oculto aquel jefe, y al anochecer del 3 de abril se puso en marcha sobre Huacalera, donde sorprendió un campamento, tomando prisionèro y mal herido al sargento mayor Gimenez con

4 soldados, 26 fusiles y 30 caballerías: dirigióse seguidamente á Tilcara, cercó el pueblo sin ser sentido, y al amanecer del dia 4 atacó á los rebeldes que allí habia, y cogió prisioneros al comandante Alvarez, un teniente, 2 sargentos, 30 *gauchos*, 36 fusiles, 70 caballos y mulas, despues de algunos muertos en uno y otro campo sin la menor desgracia por nuestra parte. El afortunado Olañeta se incorporó al ejército con los referidos despojos, dejando bien escarmentados á los enemigos, que no volvieron á incomodarle, y trayéndose 100 cabezas de ganado vacuno, 6,000 de lanar y 200 *llamas*.

Despues de los ataques temerarios de Cochrane al Callao, sus subsiguientes correrías en la costa, al norte de Lima, y las continuas noticias que se recibian sobre los preparativos de una expedicion en Chile, que S. Martin se proponia conducir personalmente al Perú, el virey no podia dejar de concertar con el general en jefe del ejército de operaciones las medidas correspondientes á la defensa y seguridad del vasto territorio que les estaba respectivamente encomendado. Era pues urgente establecer mayor facilidad y prontitud en las comunicaciones y dar á las tropas, que no se creyesen de absoluta necesidad por el sur, una colocacion mas conveniente hácia el norte, para poder atender y acudir con menos tardanza adonde su presencia fuera mas necesaria; pues que sin fuerzas navales superiores era un imposible reconocido la defensa de la extensísima costa que media entre Atacames y Paita. Al efecto salió el general la Serna para Oruro el 1.° de mayo, é hizo marchar en la misma direccion algunos cuerpos del ejército, formando una division intermedia que puso á las órdenes del coronel D. Gerónimo Valdés. De Oruro se trasladó el general en jefe á Cochabamba, asi por completar el arreglo de la administracion de esta provincia, como por disfrutar de su benigna temperatura, que tanto necesitaba el estado delicado de su quebrantada salud. Alli recibió en fines de mayo la deseada real órden admitiéndole S. M. la dimision del mando del ejército que reiteradamente le habia hecho, concediéndole el rey licencia para regresar á Europa al propio tiempo que se servia nombrar para sucederle en aquél cargo al teniente general D. Juan Ramirez y Orozco, entonces gobernador presidente de Quito.

Las expediciones contra los indios alzados continuaban con éxito sus correrías. El coronel Germán alcanzó el 7 de junio en Condorillo al cabecilla Chinchilla, y lo dispersó matándole 11 hombres, incluso el capitan Luna, y cogiéndole 17 prisioneros, 19 fusiles ademas del armamento de estos, 2 cañones de bronce de á 2 con sus muni-

ciones y porcion de ganado. El comandante D. Manuel Ramirez batió el 2 de julio en Aiquile á los caudillos reunidos Coronel, Centeno, Cueto y Calderon, les mató 43 hombres, cogió 26 prisioneros y los caudillos menos Centeno, que logró fugar aunque herido, 3 cañones, 2 de á 4 montados, y uno de á 6 sin montar, 115 fusiles, 19 sables, 7 bayonetas, 4 cajas de guerra, crecido número de fornituras y avios de montar, dos cargas de municiones, mas de 100 caballos y mulas y todos sus papeles. Cuando regresaba Ramirez de esta feliz expedicion sorprendió é hizo prisionero al cabecilla Arizpe con 7 soldados de la gavilla de Hinojosa.

El teniente coronel Espartero destrozó otra faccion en Tupúyo, causándoles bastante pérdidia entre muertos, heridos y prisioneros, y cogiéndoles porcion de armas, caballerías y algunos azogues; y el coronel Antesana, en las alturas de Leque, batió las gavillas de Mamáni y Santisteban, haciendo prisioneros hasta los caudillos con todo su armamento, caballerías y demas útiles de guerra que poseian. El brigadier Olañeta hizo por este tiempo algunas correrías por los altos de Irúya hácia la Nueva Orán, sosteniendo con ventaja varios encuentros con los enemigos, de los que resultó la muerte al capitan Pastor, tomándole algunas armas y 8 prisioneros y recogido 500 reses, 1,000 llamas y 7,000 cabezas de ganado lanar. El comandante de batallon del Imperial Alejandro, D. Tomás Barandalla, recorrió los valles de santa Victoria, dispersando sin pérdida alguna los pocos enemigos que se le presentaron, y recogiendo 200 reses y 700 cabezas de ganado lanar.

El precitado teniente coronel Ramirez sorprendió en la mañana del diez y ocho de agosto en el pueblo de Totóra los caudillos Rojas, Curito, titulado coronel, Quinton comandante general, Sandoval comandante de caballeria (á) el Cabo gordo, Ponce y el auditor de guerra de Serna Torrico, y los hizo prisioneros con veinte y cuatro hombres mas, otros tantos fusiles y varios útiles de guerra y caballerías; y el coronel Aguilera sorprendió igualmente al caudillo Serna que perdió la vida y destrozó su faccion, tomándole casi todo el armamento, las municiones y la mayor parte de sus caballos y mulas. El teniente coronel don Ramon Gomez de Bedoya, con la columna de infantería y caballería que dirigia contra el caudillo Terreira, logró desalojarlo de las fronteras de los *chirihuanos*, y obligó á huir, persiguiéndolo con actividad hasta las orillas del Pilcomayo. Despues marchó desde Pirity contra el cabecilla Caballero, á quien se habia reunido una compañía de Terreira, y logró derrotarlo tan completamente, que el que no quedó en el campo muerto ó prisionero se pasó luego á nuestras

tropas, siendo del número de los segundos el bien conocido capellan de Terreira y de los últimos el capitan Vazquez, cogiéndoles ademas trescientas reses y cien caballerías. Solo Caballero con dos hombres consiguió escapar de esta derrota. A caballero venia á reunirse Cueto con cuarenta hombres, cuyo segundo era Artiga; mas sorprendidos sobre la marcha huyeron al monte: perseguidos allí por una partida de infantería y algunos indios bárbaros *chirihuanos*, los mataron estos á flechazos y entregaron sus cabezas á la partida. Tambien fué preso Fariñas, comandante revolucionario de las cordilleras de Caluano, quien habia sido teniente por el rey: se le quitaron mas de ochocientas cabezas de ganado y como trescientas mulas y caballos que formaban toda su fortuna. Por manera que casi se podia asegurar que quedaban libres de enemigos aquellas fragosas montañas. En esta penosa expedicion solo hemos contado algunos heridos y enfermos.

Habiendo llegado á Lima el nuevo general en jefe del ejército del alto Perú, y de conformidad con el virey Pezuela, entregó el general la Serna el mando en setiembre al brigadier Canterac, y se despidió de las tropas que habia mandado, las cuales hacian ya todas la debida justicia á su alto mérito. El veintiuno del mismo setiembre se puso en marcha para Lima con ánimo de aprovechar el primer buque que saliera del Callao para Europa, y seria bien difícil expresar el profundo sentimiento con que el ejército y los pueblos vieron la partida de este general. Semejante género de gloria, que no siempre alcanzan los hombres públicos, debió de recompensarle las fatigas y sinsabores que el desempeño de su elevado destino le habia proporcionado.

De la division intermedia establecida en Oruro á las órdenes del coronel Valdés salieron dos columnas á principios de octubre á pacificar los valles de Moza, la una mandada por el teniente coronel Don Baldomero Espartero y la otra por el de la misma clase Don Cayetano Ametller, las cuales despues de cincuenta y seis dias de marchas y contramarchas, sorpresas y encuentros dieron por resultado la muerte de los dos hermanos Contreras, Rodriguez (Andrés), Ramos, Herboso y Gomez con la del teniente Antesana, que mandaba la escolta del primero, la de otros oficiales y muchos indios, cojiéndoles tambien ochenta y cinco prisioneros, dos cañones de bronce de á cuatro, setenta y siete fusiles, tres mil setecientas balas, los efectos de vestuario que tenian almacenados, mil cabezas de ganado vacuno y tres mil de lanar. Al propio tiempo el comandante militar de Moza Rendon hizo por su parte cinco facciosos prisioneros y recojió veinte fusiles. Seguidamente remitió Espartero de su columna cien hombres á los valles de

Yungas con noticia de que habian tomado esta direccion muchos dispersos de las facciones batidas y perseguidas, y á pesar de la escabrosidad del terreno y de las continuas lluvias desempeñó esa tropa con tal diligencia su encargo que algunos capitanes y subalternos se presentaron á indulto, y otros como Castro, Videla, Graneras y Portilla dejaron los Yungas y salieron por las Tres Cruces á la puna con ánimo sin duda de ocultarse entre Ycocha, Moza y Araca, dándose en este concepto órden á los comandantes militares de esos puntos para que igualmente los persiguieran. En los valles de Yungas se tomaron al enemigo treinta y ocho fusiles. Nuestra pérdida en todas las referidas expediciones fué de poca consideracion.

Dispuesta en el cuartel general de Tupiza otra columna para hacer una correría sobre San Antonio de los Cobres á las órdenes del coronel Loriga, supo el brigadier Canterac, que tenia interinamente el cargo de general en jefe, que el famoso caudillo Chorolque andaba por la Rinconada saqueando los pueblos y recojiendo ganado, como tenia de costumbre. Era de suma utilidad dar un golpe á este caudillo que se titulaba comandante general de la Puna, y con este objeto mandó Canterac que se aprontasen ochenta dragones americanos y veinte húsares de Fernando VII, y á las órdenes del comandante D. Rufino Valle los mandó adelantar sobre la Rinconada. Salió Valle de Tupiza el nueve de diciembre, y el siguiente dia 10 al amanecer alcanzó los enemigos ya á caballo, mandó cargarlos á la mitad de los dragones y á los veinte húsares, y lo ejecutaron con tal decision, que solo un hombre logró fugar por la sobresaliente calidad de su caballo. Quedaron pues en poder de nuestros ginetes el caudillo Chorolque y su muger con veinte y cuatro prisioneros, diez y siete fusiles, una caja de guerra, todas sus caballerías y dos mil cabezas de ganado lanar que el enemigo habia rocojido.

Asi que el comandante Valle regresó á Tupiza emprendió la marcha la columna preparada al mando del coronel Loriga para la quebrada del Toro y San Antonio de los Cobres con el principal objeto de recoger ganado, asi vacuno como mular y caballar para el ejército, y á las ocho leguas dieron sus descubiertas con una partida enemiga que dispersaron, matando un soldado, y haciendo prisionero un capitan de las tropas de Buenos Aires. A marchas forzadas continuó Loriga su comision: dividió en dos trozos su fuerza, y ocupó con ellos á un tiempo la quebrada del Toro y San Antonio de los Cobres, en cuyo último punto hubo ligeros tiroteos con algunos gauchos, de que resultó contuso el teniente Medina de la Union-Peruana. El resultado ha sido recoger

trece mil carneros, mil cuatrocientas llamas y trescientas veinte reses vacunas. Al regresar encargó Loriga al coronel D. Agustin Gamarra que recorriese las cordilleras de su flanco izquierdo, y en tres dias de penosísimas marchas por ellas logró reunir setecientas llamas y ocho cabezas de ganado lanar, pudiendo en todo abastecer de carne á las tropas por dos meses.

Los felices resultados de las frecuentes expediciones á que se veian obligadas las tropas en el alto Perú y la debilidad en que las disensiones interiores tenian al gobierno de Buenos Aires ofrecian por aquella parte una larga tranquilidad. Muy distinto era el aspecto que presentaba el bajo Perú; siempre en alarma por las noticias que continuamente se recibian acerca de los grandes preparativos de que se ocupaba San Martin en Chile para invadirlo. Con este motivo propuso Canterac al virey una expedicion sobre el Tucuman ó mas adelante, con la que intentaba paralizar los proyectos de San Martin. Canterac ardia en deseos de distinguirse, y á fin de proporcionarse la ocasion, presentaba al virey un plan que las probabilidades combatian, porque las miras de San Martin de llevar á las costas del Perú un cuerpo de tropas para trastornar el reino, y la facilidad con que podia ejecutar este pensamiento, contando como contaba con el dominio del mar, debian hacer inadmisible el aventurado proyecto de Canterac. Asi fué que el virey con suma prudencia no convino en la precitada propuesta.

Vuelto á Chile el almirante Cochrane empleó tres meses de continuo trabajo en la fabricacion de cohetes á la congreve y demas preparativos para atacar de nuevo el puerto del Callao y apresar ó destruir los buques españoles alli fondeados, proyecto que aprovaba y costeaba el gobierno chileno. Consiguientemente salieron de Valparaiso el 12 de setiembre la O-Higgins de cuarenta y ocho cañones, vice-almirante lord Cochrane, el San Martin de sesenta, contra-almirante Blanco y capitan Wilkinson, la Lautaro de cuarenta y seis, capitan Guise, la Independencia de veinte y ocho, capitan Foster, la Victoria y la Jerezana dispuestas para emplearlas como brulotes; el Galvarino de diez y ocho, capitan Spry, y el Araucano de diez y seis, capitan Crosbie se reunieron despues á la escuadra: se aumentó la guarnicion de estos buques con cuatrocientos soldados, fiando el mando de toda la tropa al teniente coronel Charles, y nombrando de su segundo al mayor Miller (1).

El 28 del mismo setiembre se presentó Cochrane en el cabezo de

(1) Memorias del general Miller.

la isla de San Lorenzo, y el 30 entró la escuadra en la bahía del Callao. «La O-Higgins izó bandera blanca, y el lord Cochrane envió un »bote á tierra con una carta para el virey, desafiándole á enviar fue»ra del puerto los buques que quisiera, que el ofrecia atacarlos bu»que á buque y cañon á cañon. Esta propuesta de dudosa regularidad »en los usos de la guerra, recibió una lacónica negativa, como de»bia esperarse; y la medida tambien inútil de enviar un cohete en el »bote para enseñarlo á los realistas, produjo una diferente impresion »de la que esperaban.» (1) Dejamos al juicio de las personas sensatas el juzgar del mérito de esta singular aventura, despues de la cual pronto probó Cochrane que sus célebres cohetes no producian ni el daño ni la terrible impresion que imaginaba.

Sin embargo, en la noche del 2 de octubre atacó furiosamente el puerto con bombas, cohetes y bala rasa á un tiempo, sin lograr otra cosa que hacer nuevo alarde de su indisputable osadía y proporcionar á los defensores ocasion de repetir nuevas pruebas de su lealtad. Tres noches despues lanzó uno de sus brulotes contra los buques españoles; pero contrariado por la escasez del viento y por las corrientes, y probablemente tambien maltratado por los disparos de nuestra artillería, hizo su explosion distante del fondeadero, y por lo tanto no causó el menor daño.

Durante los bruscos ataques del enemigo el servicio se desempeñó con puntualidad, y tanto los buques como los castillos contestaron con prontitud á los fuegos de los contrarios, causándoles alguna pérdida. De la escuadra enemiga cruzaba fuera de bahía el Araucano, el cual avistó el 6 de octubre una fragata que le pareció sospechosa y dió parte. Cochrane se hizo á la vela con los demas buques, y en la persuasion de que era un buque ballenero se volvió al dia siguiente á su fondeadero. Era la fragata de S. M. la Prueba, procedente de Cadiz, de donde habia salido con los navíos Alejandro y San Telmo en tan mal estado, que el primero tuvo que regresar á Europa desde la línea, y el San Telmo se perdió en el cabo de Hornos sin que se salvara un hombre. El capitan de navío Don Meliton Perez del Camino, comandante de la Prueba, se apercibió sobre los Chorrillos de lo que pasaba en el Callao, hizo seguidamente rumbo al norte y salvó por entonces en Guayaquil esa famosa fragata. Calcúlese ahora el giro que habria tomado allí la guerra si con la Prueba hubiesen llegado á la vista del Callao los dos referidos navíos en estado de combatir.

Convencido sin duda el almirante Cochrane de la ineficacia de sus

(1) Memorias del general Miller.

cohetes, de sus brulotes y de sus temerarios ataques contra el puerto y plaza del Callao se hizo á la vela con su escuadra en la tarde del 8 de octubre con la intencion de ir á Arica, segun Miller; pero despues de tres semanas de navegacion contra viento y corrientes, y vista la pesadez de algunos de sus buques, varió de plan: la fragata Lautaro, el bergantin Galvarino y la Jerezana, trasporte destinado á brulote, mandados por el capitan Guise y reforzados con 400 hombres, fueron enviados á Pisco á proveerse de aguardiente, y Cochrane con la O-Higgins, el San Martin, el Araucano y el Puirredon hizo rumbo al norte.

En la villa de Pisco se hallaba el mariscal de campo Don Manuel Gonzalez con 400 infantes, sobre 80 caballos y cuatro piezas de campaña; pero á excepcion de los artilleros esta tropa era de milicias y estaba muy atrasada en su instruccion y disciplina: en la madrugada del 7 de noviembre fondeó Guise en el puerto de Pisco fuera de los tiros de un mal fuerte que habia, y desembarcó en seguida mas de 400 hombres al mando de los ingleses Charles y Miller y una partida de coheteros con el capitan Hind tambien extrangero. Mientras este distraia al fuerte con sus cohetes, atacaron aquellos con suma decision la inmediata villa; y aunque el general Gonzalez habia tomado sus disposiciones para una conveniente resistencia, no fué de larga duracion, porque observando su visoña tropa que no obstante sus fuegos el enemigo avanzaba sobre ella, perdió la serenidad y se desbandó forzando al general á retirarse á Caucato, hacienda situada á la derecha del rio de Pisco. Esta villa quedó en poder de los enemigos aunque no sin pérdida: los dos jefes Charles y Miller fueron gravemente heridos, y el primero murió de resultas á bordo.

Dueños los invasores de la poblacion de Pisco y de sus provistos almacenes, embarcaron el aguardiente y demas efectos que quisieron; destruyeron muchos de los que no podian llevarse, y la hicieron sentir otros males consiguientes, calculándose en crecido número de pesos el daño que causaron. «El capitan Sowersby, *dice el mismo Miller*, muerto en 1824 en Junin, que sucedió al mando de los marinos, permaneció en la costa cuatro dias sin que nadie osara molestarle, y en cuyo tiempo embarcaron cuantos efectos necesitaban los buques. Una partida de marineros destruyó por valor de 200 mil duros en aguardiente que estaban en la playa» (1).

El 11 de noviembre dejó Guise el puerto de Pisco para dirigirse al norte, y el 16 del propio mes se incorporó con sus buques á los de Co-

(1) Memorias del general Miller.

chrane en frente de Santa, cuya poblacion ocuparon desalojando fácilmente de ella los inexpertos milicianos que la guarnecian.

Asi que el virey Pezuela supo la ocupacion de la villa de Pisco, y la retirada del general Gonzalez á Caucato en bastante desorden, mandó salir de Lima en su apoyo dos compañías del batallon de Numancia, un escuadron de dragones del Perú en excelente estado y dos piezas de artillería, todo á las órdenes del teniente coronel Camba. Al llegar á Cañete esta tropa, súpose que los invasores de Pisco habian vuelto á sus buques y desaparecido, y allí esperó nuevas órdenes. Enterado el virey dispuso que la columna expedicionaria regresara á Lima, y que el general Gonzalez pasara de cuartel á la misma ciudad.

El virey mandó á Camba que le informara de cuanto hubiese podido observar en la parte de costa que acababa de recorrer, y lo verificó el 20 de noviembre exponiendo á S. E. el mal estado de defensa en que la creia y la absoluta necesidad de dar instruccion á las milicias acuarteladas, y que en adelante se acuartelasen, si habia de sacarse de ellas alguna utilidad. En consecuencia fué nombrado el mismo Camba comandante general de la costa del sur en la provincia de Lima en reemplazo del general Gonzalez, encargándole al propio tiempo la instruccion de la tropa de infantería y caballería de milicias que se mandaba reunir en Pisco. Al efecto fué tambien auxiliado este jefe con la primera compañía de Numancia, que mandaba el capitan Urdaneta, y algunos oficiales y tropa de dragones del Perú. Establecido Camba en Pisco á principios de diciembre es de pública notoriedad el empeño con que se dedicó á corresponder debidamente á la honrosa confianza que habia merecido.

Provista la escuadra del almirante Cochrane, que dejamos en Santa, del agua y de los víveres que necesitaba, volvió á hacerse á la mar: se experimentaban á bordo unas calenturas malignas que causaban diarias desgracias; y como el navio San Martin y la corbeta Independencia eran los buques que mas sufrian, los mandó Cochrane á Valparaiso con Blonco Ciceron, su segundo; y él con las fragatas O-Higgins y Lautaro y los bergantines Galvarino y Puirredon, tomó el 21 de noviembre la vuelta del norte, apareció el 27 sobre la boca del rio Guayaquil, y despreciando con su genial temeridad los peligros que ofrecen los bajos á la navegacion, continuó subiéndolo toda la noche, y en la mañana del dia 28 apresó las grandes fragatas Aguila y Begoña del comercio de Lima, cargadas de tablazon y armadas de 20 cañones cada una. La Prueba aligerada de su artillería habia sido con-

ducida algunos dias antes al abrigo de las baterías de la plaza, y se salvó tambien esta vez. Finalmente, el 18 de diciembre salió Cochrane con la O-Higgins y la Lautaro para Chile, llevándose las dos fragatas apresadas, y los bergantines Galvarino y Puirredon quedaron todavía cruzando sobre aquellas aguas, como confirma Miller.

Con motivo del último ataque de lord Cochrane al Callao el virey hizo en la Pascua de natividad una promocion: de sus resultas fueron ascendidos á generales los brigadieres la Mar, Llano, subinspector de artillería y Vacaro comandante del apostadero, el coronel Mónet á brigadier y graduados de coroneles Delgado, comandante de Numancia, Cevallos Escalera de Cantabria y Rodil de Arequipa con algunos otros de inferior graduacion. Notóse excluido el brigadier Olaguer Felió comandante general de ingenieros, y se censuró, porque sus dependencias habian concurrido como las demas armas á la defensa del Callao. La crítica subió de punto con la ocasion de haber recibido muy poco despues ese jefe el real nombramiento de mariscal de campo hecho por S. M. antes del referido ataque del Callao. Para el importante buen crédito de los representantes de un monarca á tanta distancia del trono no hay incidente indiferente.

Al terminar el presente año llegó á Lima el general la Serna en solicitud de buque para regresar á España, en uso de la autorizacion que S. M. le habia otorgado. Todos los amantes de la causa de la metrópoli, conocedores de los peligros que amenazaban la tranquilidad del pais, sentian la separacion y ausencia de este general, mayormente cuando se atribuia su regreso á la Península á la falta de buena inteligencia entre él y el virey Pezuela, ambos oficiales de artillería. No se prestaba con gusto la Serna á ser mero ejecutor de disposiciones que no siempre le merecian aprobacion, ni tampoco queria servir de obstáculo á su ejecucion por si su juicio era errado, en cuya virtud, se decia habia tomado la resolucion de renunciar el cargo de general en jefe del ejército de operaciones del alto Perú. La conducta noble, desinteresada y franca de la Serna, desde su arribo al reino, su afabilidad y su cortesía con cuantos se acercaban á hablarle, le habian grangeado la mas sincera estimacion y una opinion tan alta y universal, que lejos de disminuir aumentaba y se engrandecia por su partida en las actuales circunstancias. Las amenazas de una expedicion de Chile contra el Perú se hacian cada dia mas positivas: la antigua fortuna del virey, y su consiguiente nombradía, iban en sensible decadencia, porque tal es comunmente la suerte del hombre público, aun sin las dificultades que rodeaban entonces la

administracion del reino. De aqui provino, pues, que al disponer la Serna su embarco, las autoridades de Lima pidieran oficialmente su permanencia en el pais, peticion á que accedió el virey, promoviendo á teniente general á la Serna en nombre de S. M. Esta disposicion fué recibida con universal aplauso, porque se esperaba mucho de los servicios que el general la Serna podia prestar en el Perú.

CAPITULO XV.

Pérdida del bergantin Potrillo y de Valdivia.—Atrocidades de Erezcano y de Latapia.—Ciudad y provincia de Valdivia.—Cochrane rechazado en Chiloe.—Quintanilla.—Derrota del Toro.—Narvaez.—Bobadilla.—Sensosain.—Expediciones ventajosas sobre los indios insurrectos.—Ramirez.—Expedicion á Salta.—Anuncios de una conspiracion.—Preparativos de defensa contra una invasion chilena.—Camba expone al virey el estado de las tropas de Lima.—Consecuencias.—Desembarco de San Martin en Pisco.—Recibe el virey órdenes de la córte: manda publicar y jura la Constitucion.—Progresos de San Martin.—Inútiles proposiciones de paz.—Tropas de la vanguardia.—Expedicion de Arenales.—Pasa San Martin al norte de Lima.—Derrota de O-Relli en Pasco.

AÑO DE 1820.

Luego que el almirante Cochrane dejó las aguas de Guayaquil el 21 de diciembre del año anterior previno á los buques de su escuadra que se dirigieran con las presas á Valparaiso, y él con la O-Higgins remontó hasta la isla de Juan Fernandez, ansioso de reconocer el puerto de Valdivia y certificarse de si habia entrado ó se hallaba allí el navío de guerra San Telmo, que, como hemos indicado ya, desgraciadamente se lo habia tragado el mar con toda la gente que traia á bordo. De las fatales consecuencias de este reconocimiento vamos á dar una breve idea siguiendo en lo principal la relacion histórica de Mr. Stevenson que acompañaba á lord Cochrane.

El 19 de enero del presente año descubrió el almirante la punta Galera, promontorio meridional de la bahía de Valdivia, sobre la cual

ondeaba el pabellon español. Al dia siguiente por la mañana entró Cochrane con su falua en el puerto, y examinó el fondeadero en el que se hallaba la fragata mercante Dolores, que despues apresó. Como á las seis y media vino á bordo una embarcacion menor con un oficial y cuatro soldados engañados por la bandera española que tenia izada la O-Higgins, y todos fueron detenidos prisioneros. Poco despues se presentó á la vista un buque; le dió caza Cochrane con la velera Isabel, y lo apresó con facilidad: era el bergantin Potrillo remitido del Callao por el virey Pezuela con socorros para Chiloe y Valdivia, en cuyo primer punto habia tocado ya. Con esta ventaja, y con las noticias adquiridas por los prisioneros, concibió Cochrane el atrevido proyecto de apoderarse del puerto fortificado de Valdivia, y al efecto hizo rumbo para Talcahuano, donde fondeó el 20 de enero, y obtuvo del general Freire, que mandaba la provincia de Concepcion, los auxilios que reclamaba. En consecuencia el 28 por la tarde 250 hombres á las órdenes del mayor Beauchef, oficial francés al servicio de Chile, fueron embarcados en la O-Higgins en el bergantin de guerra el Intrépido y en la goleta Motezuma fondeados en Talcahuano.

Esta expedicion por falta de viento favorable no pudo hacerse á la vela en toda la noche: serian las 4 de la mañana del 29 cuando lord Cochrane se retiró á descansar, encargando al teniente Lawson le avisase si cambiaba el viento ú ocurria cualquiera otra novedad. Luego que el almirante dejó la cubierta, hizo Lawson iguales prevenciones al guardia marina George, y se retiró tambien á su camarote. Una niebla densísima no permitia extender la vista á mas de 20 varas de los buques, y habiéndose levantado una ligera brisa, la O-Higgins garró y dió sobre un banco de arena tan cerca de la isla Quiriquina, que el bauprés llegó á enredarse en las ramas de los árboles. Esta inesperada novedad trajo al almirante sobre cubierta á medio vestir, y con gran sorpresa observó ya gruesos trozos del forro y fragmentos de la falsa quilla que nadaban alrededor de la fragata. Al instante mandó echar un ancla por la popa para que sirviera de espía, y en pocos minutos estuvo el buque á flote fuera del banco. El carpintero reconoció tres pies de agua en la bodega, y no solo desesperó esto á la gente ocupada en el manejo de las bombas, sino que todos tenian por malograda la expedicion. Media hora despues avisó el carpintero que el agua no disminuia: preguntóle Cochrane si aumentaba, y con su respuesta negativa dieron los buques la vela, rasgo verdaderamente característico del genio de aquel almirante.

El 2 de febrero, estando esta expedicion al sur de Punta Galera,

todas las tropas y la mayor parte de los marineros de la O-Higgins fueron trasbordados al Intrépido y á la Motezuma, se dirigieron luego á la bahía de Valdivia, y fondearon al ponerse el sol cerca de la Aguada del Inglés, sin que nadie les incomodara, porque todavia en tierra creian que podian ser buques nacionales; error funestísimo y casi indisculpable despues de lo que habia procedido. Entrada la noche empezaron los enemigos su desembarco y su ataque, sirviéndoles de guia uno de los soldados españoles de los apresados por la O-Higgins, y aunque alarmada ya la guarnicion se apoderaron de los puntos fortificados la Aguada del Inglés, Amargos, San Cárlos, los dos Chorocomayos y toda la parte sur del puerto. Las baterias de Valdivia estaban abiertas por la gola menos los fuertes del corral y Niebla, y dominadas ademas por el lado de tierra, como si jamás hubiese que temer por esta parte. El subteniente Vidal hizo en la de San Cárlos dos oficiales españoles prisioneros, á quienes mandó pasar á cuchillo el capitan Erexcano, de Buenos Aires, á pesar de la noble desaprobacion de aquel.

A las nueve de la mañana del 4 de febrero fondeó en el puerto la O-Higgins con bandera española, y la guarnicion de Niebla cayó de nuevo en el error de creer que este buque era español: para mayor seguridad sin embargo hizo uso de una señal reservada, y no habiéndola podido contestar la fragata, fué abandonado el fuerte con alguna precipitacion, el cual ocuparon los enemigos con la bateria Mancera. De este modo en poco mas de 15 horas pasaron al poder de los contrarios la Aguada del Inglés, el Piojo, la Boca, Playa Blanca, San Cárlos, el alto y bajo Chorocomayos, Mancera, Niebla y el Corral que montaban 128 cañones, y en sus almacenes hallaron 840 barriles de pólvora con 120 libras cada uno, 170,000 cartuchos, cerca de 10,000 balas, muchas de ellas de cobre, y otra cantidad inmensa de municiones de guerra. Mr. Stevenson confiesa de pérdida por parte de los independientes 9 hombres muertos y 19 heridos, y asegura que los españoles tuvieron 3 oficiales y 10 soldados muertos, 21 heridos, 6 oficiales incluso el coronel Hoyo, 66 individuos de tropa prisioneros.

Adoptadas las disposiciones conducentes á la seguridad del puerto de Valdivia, se dirigió lord Cochrane por el rio á la ciudad, que era la única via de comunicacion, la cual habia sido igualmente abandonada y no sin algun desórden á causa de la indisciplina que se habia introducido entre los presidiarios y aun entre la misma tropa. En la correspondencia apresada halló Mr. Stevenson una comunicacion de Quintanilla, gobernador de Chiloe, en la que participaba al coronel Montoya, que lo era de Valdivia, los temores que tenia de que estallára una re-

volucion en San Cárlos. Nos parece que en este aserto ha debido padecer Mr. Stevenson una gravísima equivocacion, tanto porque la provincia de Chiloe se ha distinguido siempre por su notoria fidelidad á la España, como porque hemos tenido ocasion de saber que el mismo gobernador Quintanilla tachaba de inexacta la asceveracion referida. Como quiera, exaltado Cochrane con el triunfo que acababa de conseguir, resolvió tomar la vuelta de Chiloe con la tropa del mayor Miller embarcada en el bergantin Intrépido, en la goleta Motezuma y en el trasporte apresado Dolores.

El 18 de febrero puso Cochrane en tierra su gente en la espaciosa playa de la Corona de Chiloe, la que tomó sin dificultad dos baterías avanzadas de dos piezas cada una, mandadas abandonar y clavar; replegándose la tropa que las sostenia al castillo principal llamado San Miguel de Ahui, que es el mejor situado y mas regularmente construido para defender la entrada en el puerto de San Cárlos. A la vista del enemigo el gobernador Quintanilla reforzó la guarnicion de Ahui, y tuvo pronta la demas tropa para lo que pudiera ocurrir, y las embarcaciones necesarias para navegar las tres millas que separan aquel castillo de la plaza de San Cárlos. Como los independientes conocian bien la importancia de dar un golpe seguro sobre la fortaleza de Ahui, marcharon inmediatamente y con decision contra ella, y la atacaron con valentía; pero la situacion elevada del fuerte y el vivo fuego de sus leales defensores, frustraron las esperanzas de los contrarios, quienes emboscados en la maleza del terreno sostuvieron el fuego largo rato. El resto de la guarnicion entonces se embarcó en San Cárlos para buscar al enemigo por la espalda, cuya operacion le obligó á retirarse con alguna pérdida entre muertos y heridos, siendo de este número y de gravedad el mayor Miller. Unido el auxilio de San Cárlos á la tropa del castillo de Ahui persiguieron á los disidentes hasta que los obligaron á guarecerse á bordo de sus buques, que siempre se mantuvieron muy inmediatos. Dos compañías veteranas y una de milicias que componian la guarnicion de Ahui, todas de naturales del pais, fueron premiadas por el virey del Perú en nombre de S. M. con un escudo de distincion y sus capitanes ademas con el grado inmediato.

Mientras el almirante Cochrane recibia de la fidelidad chilota y de las disposiciones de Quintanilla una severa leccion, se preparaba el mayor Beauchef, aumentando sus filas con voluntarios de Valdivia, para perseguir los restos de la tropa real, que por los Llanos y Osorno se replegaba sobre Chiloe, y á la cual Quintanilla habia mandado situar en el partido de Carelmapu. A la cabeza de esta tropa venia el anciano

coronel Montoya, gobernador de Valdivia, y su segundo en el mando era el comandante de Cantabria D. Juan Santalla, contra quien se notaba alguna prevencion entre los oficiales, y muy particularmente de parte de D. Francisco Narvaez, capitan primer ayudante del mismo cuerpo, hoy teniente general conde de Yumuri. Como quiera el resultado de estas desavenencias vino á ser que Montoya, Santalla y algun otro pasaron á San Cárlos, que el comandante de Cazadores-Dragones Bobadilla tomó el mando de toda la tropa, y que la de infantería quedó á las órdenes del capitan Narvaez.

Las ventajas obtenidas sobre los enemigos desembarbados en la playa de la corona de Chiloe llenaron de entusiasmo y de satisfaccion á las tropas y habitantes de esta fiel provincia, y movieron al gobernador Quintanilla á disponer que los restos de la guarnicion de Valdivia tornasen á ocupar á Osorno y los Llanos, porque conocia la imposibilidad de atender á la manutencion de las tropas, sin la posesion de aquellos territorios que siempre habian abastecido de carnes y harinas la provincia de Chiloe. En consecuencia contramarchó el comandante Bobadilla en direccion de los puntos señalados, y del 5 al 6 de marzo se encontró con Beauchef en el Toro, quien obtuvo sobre nuestra gente un completo triunfo, apoderándose de 17 oficiales y de cerca de 300 hombres de tropa, segun dice Torrente, ó haciendo 270 prisioneros y cogiendo todas las armas y bagajes de los españoles, segun Stevenson. El resto de la fuerza de Bobadilla, que pudo vencer la espesura del monte, se refugió á la izquierda de la ria de Maulin, que separa el continente del archipiélago de Chiloe, y de ese número fueron el mismo Bobadilla, Narvaez, el teniente de Cazadores-Dragones, D. Miguel Senosiain, hoy tambien general, y otros oficiales. El 10 de marzo regresó Beauchef triunfante á Valdivia, en cuyo puerto entró el 12 Cochrane rechazado de Chiloe para dirigirse en seguida á Valparaiso y concurrir á los aprestos de la expedicion contra el Perú de que se ocupaban O-Higgins y S. Martin.

Ademas de la atrocidad del capitan Erézcano, de la que hemos hecho mencion, tenemos que referir otra del subteniente Latapia para que se vea el carácter sanguinario que distinguia á algunos independientes: «Este oficial, *dice Mr. Stevenson*, fué encargado de guarnecer el »fuerte del Corral con un destacamento de la tropa de Concepcion em»barcada en Talcahuano, y allí á sangre fria, sin la menor provocacion, »hizo pasar por las armas á un cabo y un soldado de los prisioneros. »Dispuse al instante que cuatro oficiales que estaban aun en la playa »fuesen conducidos á bordo de la O-Higgins, temeroso de que fueran

»tratados con igual inhumanidad. Al regreso de lord Cochrane, de Chi»loe Latapia fué conducido á bordo en calidad de arrestado, y se man»daron instruir las correspondientes diligencias para que pudiera ser »juzgado. De su conducta, asi como de la de Erézcano, se dió conoci»miento al gobierno de Chile, y cuando esperábamos saber que se les »habia impuesto alguna pena, fuimos sorprendidos con sus ascensos. »Ambos oficiales fueron luego empleados y adelantados por el general »San Martin.» Segun el mismo Stevenson las tropas que guarnecian á Valdivia, cuando Cochrane atacó su puerto, ascendian á 1,600 hombres de todas clases y armas, la mayor parte restos del ejército real que en 1819 se retiró de Concepcion con el brigadier Sanchez, mientras la fuerza de Cochrane no llegaba á 400. El bergantin Intrépido dió en un banco en el puerto de Valdivia, á causa de un golpe de viento y se perdió.

La mayor parte de las poblaciones españolas del reino de Chile, llamado por los indios *Chili*, han sido levantadas por el célebre conquistador D. Pedro Valdivia, desde la capital Santiago fundadada en 1541 hasta la ciudad de Valdivia que construyó en 1553 y la dió su nombre. Sobre esta provincia publicó Mr. Stevenson algunas noticias sacadas de los archivos españoles que cayeron en poder de los enemigos. El puerto pues de Valdivia está situado á los 39.° 50′ de latitud sur y á los 73.° 28′ de longitud occidental, y es uno de los mejores de esta parte de la América, defendido del lado del mar por la naturaleza de su posicion y por sus fortificaciones. La embocadura del puerto es estrecha, y su entrada está dominada por la bateria de S. Cárlos sobre el pequeño promontorio del sur, y por el fuerte Niebla del lado del norte: se hallan tambien al sur las baterías Amargos y los dos Chorocomayos, y en el fondo de la bahía el fuerte del Corral, dominando el fondeadero. En la pequeña isla Mancera está la bateria de este nombre, que protege la entrada del rio que conduce á la ciudad, y ademas la Aguada del Inglés al sur y la Avanzada y el Piójo al norte. El fondeadero es bueno y capaz de contener un gran número de buques.

Al norte de la ensenada corre el rio de Valdivia abundante en pescados, y sus orillas están pobladas de árboles de excelente madera para la construccion de buques y de otras obras. En 1599 se alzaron los indios y apoderaron de la ciudad que destruyeron en 1603. En 1642 la recobró con suma astucia el coronel D. Alonso de Villanueva, comisionado al efecto por el virey del Perú, marqués de Mancera, y en 1645 fué levantada y poblada de nuevo. En 1765 ascendia la poblacion de Valdivia á 953 habitantes, y en 1820 no contaba mas que

741, disminucion que debe atribuirse á la emigracion á Osorno y á los muchos individuos que bajo distintas banderas habian abrazado la profesion de las armas.

La provincia de Valdivia se extiende desde el rio Tolten, que está á los 38°, hasta el rio Bueno, situado á los 40° 37' sur, y desde la cordillera de los Andes, que los Incas llamaban *Antis*, hasta el mar pacífico, es decir, 52 leguas de largo y sobre 45 de ancho. El gobierno español confiaba la administracion de esta provincia á un gobernador político y militar dependiente del capitan general presidente de Chile. Valdivia servia de presidio para los condenados á esta pena en el Perú y en Chile: la ciudad tenia una iglesia parroquial, un convento de misioneros franciscanos que ocupaba la casa que habia pertenecido á los extinguidos jesuitas, y una capilla correspondiente al hospital de San Juan de Dios. La provincia de Valdivia formaba parte del obispado de la Concepcion; pero el convento de los misioneros dependia del de Chillan, y ambos estaban sujetos á la jurisdiccion del provincial de Santiago de Chile. Para el sostenimiento de las cargas públicas de Valdivia, durante la dominacion española, se remitia un situado de las cajas de Lima y de Santiago de Chile: en 1646 ascendió este situado á 28,280 pesos fuertes; en 1765 á 50,992 y en 1809 á 159,439. Los valdivianos, agitados por las novedades que producia en el nuevo mundo la guerra de la independencia de la Península, se declararon en 1813 independientes de las autoridades españolas; pero al año siguiente volvieron espontáneamente á su antiguo régimen, y permanecieron sumisos hasta la invasion de Cochrane, de cuyas resultas quedó la provincia incorporada á la república de Chile.

Con los jefes, oficiales y sarjentos del pais correspondiente á la tropa de Valdivia se formó en San Cárlos un depósito, porque se alimentaban con la esperanza de regresar pronto á Chile. El coronel Montoya y otros á quienes el virey habia mandado formar causa pasaron á Lima, asi como varios oficiales europeos de los procedentes de la desgraciada expedicion de la reina Maria Isabel. A fines de 1820 arribó á Chiloe un bergantin remitido desde Arauco por el comandante Don Vicente Benavides, pidiendo auxilios de gente, armas y municiones para continuar la guerra en la provincia de Concepcion. Casi todos los oficiales de cazadores-dragones, varios del depósito y alguna tropa se ofrecieron voluntariamente para pasar á las órdenes de Benavides, impelidos en gran parte de la escasez y desnudez que experimentaban, y al jefe de Chiloe no podia dejar de serle grata la ocasion que se le presentaba de proporcionar servicio á hombres de armas ociosos y tal vez

descontentos. Con ellos, pues, con algunas municiones, un cañon de á 24 y ningun fusil, porque no los habia, fué despachado el referido bergantin, que arribó felizmente á Arauco su destino.

Vuelto Cochrane á Valparaiso, el gobierno de Chile mandó acuñar una medalla en memoria de la afortunada adquisicion de Valdivia, y que se distribuyera entre los oficiales que habian tomado parte en ella. El almirante reclamó recompensas para la tropa y aun parte de presa para la marinería, que como casi toda era extrangera no la guiaba mayor estímulo que el del interés; mas disgustado Cochrane con que su demanda no fuese atendida, hizo dimision del mando. Entonces el director O-Higgins y el general San Martin le escribieron de la manera mas lisonjera, haciéndole las mayores promesas para moverle á desistir de su renuncia y continuar al frente de la escuadra por la importancia de la expedicion proyectada al Perú, *cuyo suceso* confesaban *dependia principalmente de los talentos y generosos esfuerzos de lord Cochrane*, segun afirma Mr. Stevenson.

El ejército real del Perú conservaba las mismas posiciones que el año anterior con reconocida superioridad; se mantenia en buen estado de instruccion y disciplina; no bajaba su fuerza disponible de 7,000 hombres, y se hallaba á su cabeza el acreditado teniente general don Juan Ramirez y Orozco, nombrado por S. M. para reemplazar en el mando en jefe al general la Serna. Ramirez llegó á Tupiza el 5 de febrero, y no tardó en saber los satisfactorios resultados de las columnas empleadas en la persecucion de los indios alzados.

El teniente coronel D. Francisco Pereira, comandante militar de Mizque en la provincia de Cochabamba, alcanzó y batió el 8 de marzo en la montaña de San Vicente la gavilla del cabecilla Florez, á quien logró hacer prisionero. Regresó luego al pueblo de Tintin para dar un conveniente descanso á su fatigada gente, y tres dias despues, al amanecer del 11, se vió repentinamente acometido por las facciones reunidas de Calderon, Cáceres, Rifarache y Roman; pero á pesar de su superioridad numérica fueron los insurrectos rechazados con pérdida de 6 hombres muertos, incluso el caudillo Rifarache, y algunos prisioneros, sin mas desgracia por parte de Pereira que el alferez Sechas, herido.

El coronel D. Antonio Vigil, gobernador de la provincia de Tarija, supo en la mañana del 6 de abril que el cabecilla Hidalgo habia saqueado el pueblo de Palcáya, é inmediatamente salió en su persecucion con 125 infantes del batallon de Chichas, 80 caballos del escuadron de Cazadores que mandaba y 12 de una partida armada de la

provincia. Noticioso Vigil de que Hidalgo se habia retirado á la hacienda de S. Francisco, dispuso marchar sobre él por dos direcciones, encomendando la una al teniente coronel Medinaceli con los chicheños y guiando personalmente la otra por el Abra de Mecóya. Aquí fué enterado de que el enemigo, con motivo de la expedicion que al mismo tiempo practicaba el brigadier Olañeta por los valles de Santa Vitoria habia dividido su gente para hostilizar por distintos puntos las tropas españolas. Vigil tambien subdividió la suya en el órden que Hidalgo llevaba su marcha, dirigiendo á su segundo Lira por Mecóya, y tomando él la ruta de Piedra-Parada. Aquel alcanzó al caudillo, y herido de muerte se apoderó de su persona; mas habiendo espirado á las dos horas, su cabeza fué puesta en el Abra de Pulcára para escarmiento. Ademas de la muerte de Hidalgo se cogieron dos *gauchos* armados y 12 caballos, con un solo soldado herido por nuestra parte.

La expedicion que por este tiempo habia conducido desde los cantones de la vanguardia á Santa Vitoria, el brigadier Olañeta logró sorprender y dispersar á un tiempo las partidas enemigas de sus valles, causándoles alguna pérdida, y recogiendo mas de 800 cabezas de ganado vacuno. Aterrados los enemigos por la activa persecucion que se les hacia, y el daño sufrido en su ganado, se presentaron á indulto varios oficiales con 180 *gauchos* armados y montados, y el brigadier Olañeta no solo los dejó tranquilos en sus hogares, sino que les devolvió la mayor parte del ganado que les habia tomado, para probarles por este medio la falsedad de las imposturas en que los revolucionarios los tenian imbuidos, respecto de la conducta cruel de los jefes españoles.

El nuevo general en jefe, sin tropas regladas que combatir por el frente, porque tampoco las tenia disponibles la república de Buenos-Aires, pero deseoso de mantener viva entre los *gauchos* la idea real y verdadera de la superioridad de nuestras armas, dispuso un movimiento sobre las ya mencionadas ciudades de Jujuy y Salta, y con 6 batallones, 7 escuadrones, la compañía de voluntarios á caballo de la vanguardia y 4 piezas de artillería, salió del cuartel general de Tupiza el 8 de mayo en tres columnas, que debian reunirse en Abrapampa. Adelantóse el 22 el brigadier Canterac con el regimiento de Dragones-Americanos y 4 compañías de los batallones de Cazadores y Partidarios, y el 24 de mayo campó todo el ejército á la vista de Jujuy, donde entró Canterac el 25 despues de haber ahuyentado la caballería enemiga que se presentó, y á las 4 de la tarde volvió á situarse al lado opuesto del rio Grande. El 26 continuó el ejército su movimiento so-

bre Salta por la Cabaña, desde donde el coronel Marquiegui con un batallon y 2 escuadrones del regimiento de Dragones-Americanos que mandaba, fué enviado por Monterrico con el fin de alejar las partidas de gauchos que incomodaban nuestro flanco izquierdo, y se replegaban en la direccion de Salta. Apenas se habia separado Marquiegui, cuando fué acometido por considerable número de gente á caballo, que logró rechazar con valentía, cogiendo un fusil y 15 bayonetas, que colocadas en hastas usaban los enemigos en lugar de lanzas, siendo herido de bala nuestro bravo teniente Masias.

Por la derecha del camino cubria la marcha el coronel Gamarra con 240 infantes y 100 caballos que mandaba el comandante Asin, y en Pampa-Blanca sostuvieron un vivo tiroteo con el enemigo. En el rio del Saladillo se reunieron las tropas españolas, y siguieron su movimiento por los bosques de Chalchálnio, donde deshicieron las descubiertas un grupo de enemigos, haciendo 12 prisioneros, y cogiendo 400 reses y como 100 mulas y caballos. Continuó esta division el 30 por la Despensa, alejando y dispersando la fuerza enemiga que se le oponia, y se reunió en S. Lorenzo con el grueso principal á costa de un soldado muerto y algunos heridos. El 31 todo el ejército reunido atravesó la pampa de Castañares en buen órden, teniendo á la vista y enfrente de Salta un número considerable de caballería enemiga que se replegaba á proporcion que nuestras columnas avanzaban. El ejército se dirigia á la hacienda de Costas, y mientras el jefe de E. M. Canterac entró en la ciudad con los húsares de Fernando VII, para adquirir noticias seguras de la fuerza de los contrarios. Antes de llegar á la expresada hacienda el teniente coronel D. Francisco Sanjuanena recibió órden de cargar con una mitad de Cazadores montados á una partida que se aproximaba demasiado; mas poniéndose ésta en acelerada retirada, se descubrió una celada preparada á su retaguardia. Entonces fué destinado á cargarla el coronel Vigil con el escuadron de su mando, quien alcanzó á los enemigos, y los dispersó matándoles un oficial y tres soldados, hiriendo muchos y tomando prisioneros otros 3.

El 2 de junio destacó el general en jefe una fuerte division al Chamical, mandada por el brigadier Olañeta, que llevaba de su 2.° al coronel D. Gerónimo Valdés, y para servirla de apoyo en caso necesario avanzó el resto del ejército á los Cerrillos. Esa division, habiendo logrado sorprender dos avanzadas enemigas, cayó sobre el campamento de un escuadron de gauchos y otro de granaderos de línea y los dispersó completamente, matándoles mas de 20 hombres, con un capitan

y un subalterno, y cogiéndoles 240 prisioneros, incluso un capellan, 100 caballos, 60 monturas, 80 carabinas, casi todos sus sables, los ranchos puestos y la oficina del detalle, sin mas pérdida de nuestra parte que dos caballos, y á no haber tenido el espeso monte tan cerca, acaso no hubiera escapado un solo enemigo. El coronel Valdés con el escuadron de Vigil y una compañía de húsares de Fernando VII, se adelantó en seguida hasta 2 leguas mas allá del rio de Pasage, sin haber encontrado oposicion. Luego se tuvo noticia de que el caudillo Rojas estaba con su gavilla sobre el flanco derecho, y el 4 de junio salieron en su busca los coroneles Valdés y Vigil, y regresaban con algun ganado y caballos que encontraron, cuando aquel que cubria la retaguardia con 30 hombres fué acometido por el expresado Rojas con 50 bien montados: trabóse un vivo tiroteo en que los enemigos tuvieron algunos muertos, y herido el mismo caudillo, dejando en nuestro poder 500 cabezas de ganado vacuno y porcion de caballerías. Incorporada esta division con el ejército el dia 7 en los Cerrillos, al siguiente 8 emprendió el general su regreso á las posiciones de donde habia partido, y entró en Tupiza el 30 del mismo junio.

Al replegarse el ejército á su primitiva línea tuvo aun que sostener, como de costumbre, varios choques con el enemigo, brillando en todas ocasiones á porfía la intrepidez é inteligencia de nuestros jefes y oficiales, y la bravura, disciplina é instruccion de la tropa. El general en jefe contaba el número de las ventajas que habia conseguido por las veces que sus subordinados habian llegado á las manos con los contrarios; pero tuvo repetidas ocasiones de notar por sí mismo que los *gauchos* que ahora le hacian frente en nada casi se parecian á los que habia conocido en épocas anteriores. Tales eran los progresos que habian hecho con la práctica en el arte de guerrear.

Reforzado el caudillo Gandarillas con algunos de los dispersos de Chinchilla, volvió á salir de su oculta guarida de Cocapata por este tiempo para hostilizar los pueblos de la quebrada de Tapacari en la provincia de Cochabamba. Auxiliado el subdelegado D. Agustin Antesana con 86 granaderos que le envió el gobernador intendente, salió del pueblo de Quillacollo el 20 de junio en busca del enemigo por la quebrada de Calliri, hacienda de Amáru, Tapacari y Semana-Uma, donde supo que campaba Gandarillas en Chiaraque, distante una legua de aquel punto. Sin embargo de que llevaba la tropa diez y seis leguas de marcha, sin mas que ligeros respiros, continuó Antesana sobre el campo enemigo por una senda escabrosa, que hacia mas impracticable la oscuridad de la noche. Reconocido cerca de las dos

de la mañana por una avanzada de Gandarillas, empezó este á preparar alguna defensa para proteger su retirada; pero arrollada su gente por nuestros granaderos, huyeron los rebeldes en dispersion por aquellas breñas, dejando en el campo 5 hombres muertos, un herido, cuatro prisioneros y el teniente Espinosa con 47 caballerías, 7 armas de fuego, 3 sables y 2 cajones de útiles de maestranza, sin desgracia alguna por nuestra parte.

El teniente coronel D. Manuel Ramirez con la pequeña columna que mandaba, alcanzó al caudillo Padilla en Calpa, y reunido luego á Contreras, el Inglés, Bustamante y Bascopé los batió en las escabrosas montañas de Colpa, matándoles algunos hombres y haciendo 15 prisioneros, ademas de recoger 120 reses, un cajon de municiones y 5 fusiles: pero á costa tambien de 6 muertos, 2 heridos gravemente de bala y 36 de honda y galga. Destacó despues al capitan Reguero á sorprender con su compañia el pueblo de Mooja que ocupaba el cabecilla Moya con su gavilla, lo que logró tan á satisfaccion, que Moya quedó muerto con 20 mas de los suyos y 70 prisioneros, de los cuales pasó Ramirez 7 por las armas por sus crímenes anteriores, decia en su parte. Como quiera 20 de los mismos prisioneros se ofrecieron á ir á sorprender al cabecilla Quispe, que se hallaba en su hacienda, cuatro leguas distante de Mooja, cuya oferta aceptó Ramirez á condicion de quedar en rehenes y responsables de su vuelta el resto de los prisioneros restantes; mas no habiendo ofrecido resultado alguno, regresó con su columnita á Oruro. No tardaron los facciosos en ocupar de nuevo el pueblo de Palca, y Ramirez volvió á salir contra ellos en junio: logró sorprender en los Molinos de Machaca una avanzada de 12 hombres, de la que se apoderó, y seguidamente cayó sobre Palca, cuyo pueblo ocupó con bastante pérdida del enemigo. Reuniéronse luego diferentes cabecillas en la famosa Loma-Grande y altos de Sisí con 100 fusileros, 200 montados y como 2,000 indios, y Ramirez los atacó con decision y dispersó completamente el 12 de junio, matándoles 50 hombres, incluso el caudillo Aguilar, á costa de un soldado muerto, 2 heridos y 4 contusos. No escarmentados los rebeldes hicieron pronto nueva reunion, que Ramirez activamente desbarató con pérdida del enemigo, de quien tomó 22 fusiles.

Refugiado el caudillo Gandarillas en las montañas de Icari á causa de la derrota y persecucion que habia sufrido, hizo alli nueva reunion, y cayó en la noche del 22 de julio sobre el pueblo de Sacába, donde causó notables extorsiones, y dió muerte al alcalde D. Alejandro Cadima. Informado de esta triste ocurrencia el subdelegado de

Tapacari Antesana, salió de Quillacollo con su tropa, y marchó con toda diligencia á ocupar la Abra de Ycari, retirada natural del enemigo, á quien buscó desde este punto y descubrió en la difícil hoyada de Torrini. Inmediatamante tomó la resolucion de sorprender este campamento, y lo consiguió en la mañana del 25 del mismo julio, quedando en poder de Antesana el caudillo Gandarillas con 20 hombres, inclusos un capitan y un teniente, 26 buenos fusiles, 20 cartucheras, 5 machetes, 54 caballerías, equipage, municiones y 6 mugeres. Tan activa era aquella clase de guerra y tan molesta y trabajosa, para los europeos con particularidad, para quienes el acto de batirse era la faena mas fácil de ejecutar.

Terminada la expedicion de Jujuy y Salta, y á poco de haber regresado el cuartel general á Tupiza, se denunció una conspiracion en el ejército que se suponia dirigida por el astuto coronel D. Agustin Gamarra; mas aunque se cometió la indagacion del hecho al activo coronel Valdés, nada se llegó á poner en claro. Gamarra fué destinado despues al ejército de Lima, donde se pasó á los independientes, confirmando de este modo los fundamentos de la mencionada denuncia. Como quiera, las grandes provincias situadas al sur del Desaguadero ofrecian por su estado y la superioridad de las armas españolas bastante seguridad, mientras que el porvenir del vireinato de Lima, amenazado por las fuerzas de mar y tierra con que contaban los enemigos en Chile, inspiraba con razon justos temores.

Aprestábase por su parte el virey á la defensa, pero sus disposiciones se resentian de la falta de un plan fijo á que debia de contribuir mucho la notoria escasez de recursos. Dirigió proclamas á los pueblos y á las tropas alusivas al sostenimiento del buen espíritu público y militar: previno al general en jefe del ejército del alto Perú que tomara sus medidas para ir aproximando al norte una fuerte division: dispuso que la fragata Prueba, surta en Guayaquil, viniese inmediatamente al Callao; y tuvo el pensamiento feliz de formar una division en la costa del norte entre Trujillo y Paita. Pero habiéndose recibido entontes noticias del estado de discordia en que se encontraban algunas provincias del Rio de la Plata, celebró el virey en marzo una junta de guerra, y de sus resultas no solo suspendió las referidas disposiciones, menos la relativa á la fragata Prueba, sino que incidió en el grave error de enviar á sus casas las milicias acuarteladas en la capital. No hay duda que la escasez de recursos influiria esencialmente en esta desacertada medida, que ojalá no hubiese nunca adoptado el virey, aunque la junta de guerra se la propusiera,

porque si bien era cierto que se aseguraban disensiones civiles en algunos pueblos del Rio de la Plata, las noticias que se recibian de Chile, y las que el mismo virey ha confesado que tenia, confirmatorias todas del activo apresto que se empleaba en la expedicion contra el Perú, reclamaban mayor detenimiento y circunspeccion. Muy de notar es que los generales la Mar y Llano que asistieron á esa junta, que merecian particular estimacion del virey, el segundo hasta por el espíritu de compañerismo que se adquiere en un mismo colegio, y á la cual eran acreedores por sus servicios hasta entonces, abrazaron pronto ambos el partido de la independencia.

Poco tiempo despues de la mencionada resolucion se recibieron noticias mas seguras de lo adelantados que se hallaban los aprestos de la expedicion chilena contra el Perú, y el virey volvió á ocuparse de las medidas de defensa: llamó de nuevo á las armas las milicias despedidas: reforzó la guarnicion de la plaza del Callao: ordenó á los jefes de la administracion cuanto le pareció oportuno: hizo pasar á la capital el batallon de Vitoria: nombró comandante general de la costa del sur en la intendencia de Lima al coronel graduado de milicias D. Manuel Quimper; y previno al teniente coronel Camba, que desempeñaba ese cargo, que regresase á Lima con la tropa veterana que tenia á sus órdenes en Pisco, *porque*, decia el virey, *aumentadas las seguridades de la expedicion de Chile, le consideraba mas necesario á la cabeza de un escuadron*. A Quimper no se creia generalmente á propósito para el desempeño del cargo que se le confiaba, ni para dirigir, como convenia, los 500 infantes, 100 caballos y 2 piezas de artillería reunidos en un punto tan importante como Pisco; y asi pronto se perdió el fruto de cinco meses de continua instruccion, porque toda esa fuerza fué concluida por 80 caballos enemigos.

Como el ejército del alto Perú no tenia atenciones de consideracion por su frente y sus destacamentos pacificadores por los flancos y retaguardia llevaban siempre lo mejor, el general en jefe, en cumplimiento de las prevenciones del virey, preparó la division que habia de dirigirse al norte tan luego como se mandara. Asi las cosas, recibióse en el Perú la noticia de que el ejército expedicionario reunido en la isla de Leon se habia declarado en favor del restablecimiento de la Constitucion de 1812, noticia que llenó de gozo á los independientes por lo mucho que favorecia sus planes; pues era indudable que si no se inutilizaba tan importante expedicion, precisamente habia de retardar su salida. En el ejército lo mismo que en los pueblos del Perú habia partidarios sinceros de un régimen constitucional, y creian mu-

chos, particularmente en la Península, que podria venir á servir de medio de conciliacion con los disidentes, quienes gozarian de los mismos derechos políticos que los realistas que habian defendido hasta entonces con honra los intereses españoles; pero nadie tuvo empeño ni pretension de que se proclamase la Constitucion antes de que se recibieran de la corte las órdenes correspondientes. Ninguna precaucion necesitó tomar el virey Pezuela, ni ninguna otra autoridad en el Perú para mantenerlo en el estado que tenia hasta que el gobierno del rey señalase la línea de conducta que habia de observarse en el tiempo y modo de proclamar el nuevo régimen en aquel pais y en sus delicadas circunstancias. Conocian bien los mas acérrimos constitucionales que este régimen iba á proporcionar mayores garantías, hasta para conspirar, á los muchos partidarios ocultos de la independencia, caso que no se dieran por satisfechos como era mas de esperar. Por lo tanto solo puede ser efecto de informes equivocados la indicacion que sobre el particular hace Torrente en la página 29 del tomo 3.° de la historia de la revolucion Hispano-Americana, y el mismo orígen, si por ventura no procede de algun otro menos disculpable, debe tener la inculpacion que se lee en la página 10 del tomo 8.° de la *Galería de españoles célebres contemporáneos*. Sus autores, errónea ó apasionadamente informados, inculpan á Espartero y á otros jefes de pretensores de la anticipada publicacion de la Constitucion en la provincia de Charcas, y atribuyen al entonces brigadier Don Rafael Maroto el haber desbaratado este proyecto. Allí vivíamos nosotros no muy extraños á los sucesos que pasaban, y jamás tuvimos la menor idea de semejantes hechos; y la conducta del virey la Serna y la de los mismos jefes mas adelante, hasta respecto de un funcionario de los llamados *persas*, probará todo lo contrario de lo que propenden á hacer valer las indicaciones que refutamos por nuestro decidido respeto á la verdad.

El ejército de Lima, que continuaba recibiendo reclutas para reemplazar las bajas causadas por la incesante desercion, compuesto al mismo tiempo en parte de tropas de milicias que se habian acuartelado y desacuartelado conforme al tenor de las noticias de que eran portadores los extrangeros, que con harta frecuencia pasaban de nuestros puertos á los enemigos y viceversa, no podia razonablemente prometer una lisonjera esperanza de defensa si llegaba pronto el caso de abrir con él una campaña activa. Con este motivo, sindicada ademas de extravío la opinion de gran parte de la oficialidad del batallon de Numancia, el teniente coronel Camba puso en manos del virey una

extensa exposicion, su fecha 17 de agosto, comprensiva de los recelos de que estaba poseido si no se atendia con especial preferencia á la reorganizacion é instruccion del ejército: llamaba la atencion del jefe superior del Estado sobre la parte militar: demostraba lo inapropósito que juzgaba, para un inmediato servicio de campaña, á varios oficiales, los unos por su avanzada edad y achaques, y los otros por demasiado niños sin instruccion ni experiencia: describia la clase de enemigos con quienes, era de suponer, habria que combatir, engreidos con los señalados triunfos de Chacabuco y el Maipu, de la fácil destruccion de la expedicion peninsular de la fragata Reina María Isabel y de la inexperada adquisicion de la plaza fuerte de Valdivia, y concluia suplicando al virey que por medio de una revista se sirviera cerciorarse por sí mismo de las tristes verdades que su interés por el buen nombre español le impelia á revelarle.

Claramente dejó entender el virey el desagrado que le causaba esta importante exposicion, y algunos cortesanos, de los que en ninguna parte suelen faltar por desgracia, se permitieron añadir sus intencionales observaciones, y entre ellas la de que Camba faltaba á la ordenanza que prohibe ponderar el número y calidad del enemigo; pero el caso era á toda luz muy distinto: hablábase hipotéticamente de unos enemigos que todavía no se hallaban en el Perú: suponíaseles con fundamento engreidos con las victorias alcanzadas, y se representaba al virey el estado de las tropas para que convenciéndose por sí mismo de la exactitud, acudiera á remediar el mal como podia. Circularon pronto por la capital muchas copias manuscritas de la referida exposicion, y no se culpó á su autor de esta publicidad: habia suma y general desconfianza de algunos empleados de las primeras dependencias del gobierno, y tal vez el mismo virey alimentaba igual desconfianza, aunque disimulase por no poderla justificar, pues era notorio que entre los papeles cogidos á San Martin en la afortunada sorpresa de Cancharrayada se hallaron estados de fuerza del ejército real y otros documentos originales remitidos de Lima. Berindoaga, secretario de la subinspeccion general y el mismo subinspector general la Mar, abrazaron poco despues la causa de la independencia.

A consecuencia de las reiteradas prevenciones del virey, el 31 de agosto salió el coronel Valdés del ejército del alto Perú con el primer regimiento y el batallon voluntarios de Castro ó Chilotes con direccion al norte, la que siguieron poco despues el coronel Loriga y el teniente coronel Seoane, oficiales de E. M. Sobre la marcha recibió Valdés la órden de trasladarse rápidamente á Lima, la que con fecha 28 de

setiembre le comunicó el general en jefe, encargando á Loriga la conducion de la tropa. Por este tiempo ya S. Martin habia desembarcado en las pacíficas playas del Perú, con cuyo motivo fueron sucesivamente tomando el mismo rumbo las demas tropas disponibles del alto Perú, permaneciendo no obstante en Tupiza el brigadier Olañeta con la vanguardia. El general Ramirez trasladó su residencia á Puno, y luego á Areguipa ¡Tanto iba arreciando la tempestad por el bajo Perú!

Atenuada la impresion de disgusto que la exposicion última del teniente coronel Camba habia causado al virey en el primer momento, si acaso no era fomentada por los malsines, resolvió pasar personalmente una escrupulosa revista á las tropas, y este acto comprobó ampliamente la verdad de lo representado. En consecuencia se mandó de nuevo, y con empeño atender á la instruccion de los cuerpos: se ordenaron frecuentes simulacros casi siempre presenciados por el virey y el inspector general: fueron retirados del servicio los oficiales ancianos y cansados, y el ejército de Lima mejoró considerablemente en poco tiempo. Solo quedaron desatendidas las indicaciones hechas acerca del extraviado espíritu de varios oficiales de Numancia por las seguridades que creyó poder ofrecer su pundonoroso jefe D. Ruperto Delgado. Antes de concluir este año formaba el expresado cuerpo en las filas enemigas.

Llegaron por fin al Perú las órdenes del gobierno de S. M. para publicar y jurar la Constitucion de 1812., y comunicadas en debida forma á todo el territorio español, verificó personalmente el virey la jura y publicacion en Lima el 17 de setiembre con toda solemnidad, precisamente cuando S. Martin con su expedicion hacia nueve dias que habia desembarcado en Pisco. Esta expedicion que zarpó de Valparaiso el 20 de agosto contenia 4,700 hombres de desembarco y armamento sobrante para 15,000 mas si lograba reclutarlos en el Perú: las fuerzas navales del mando del almirante Cochrane constaban de la fragata O-Higgins, que él mismo montaba, de 48 cañones, del San Martin de 64, del Lautaro de 44, de la corbeta Independencia de 26, y de los bergantines Galvarino de 18, Araucano de 16, y Puirredon de 14, tripulados por 1,600 hombres, de los cuales 624 eran oficiales y marineros extrangeros, casi todos ingleses.(1)

Sin embargo de que la navegacion de Chile á las costas del Perú es muy facil, algunos trasportes se separaron en la mar. El 7 de setiembre empezaron á fondear los buques de la expedicion en Paracas, 50 leguas al sur de Lima, y el siguiente dia 8 quedó ocupado el

(1) Stevenson, Relacion histórica.

fuerte y la villa de Pisco, sin que el coronel Quimper opusiera la menor resistencia, ni á favor de la calidad del terreno ventajoso para la guerra de guerrillas. Este jefe al contrario tomó la extraña resolucion de retirarse á la ciudad de Ica, prefiriendo inconcebiblemente una direccion opuesta á su base natural de operaciones.

El general S. Martin ocupó pues, sin oposicion la villa de Pisco y los fértiles valles inmediatos desde Chincha-Alto á la Nasca: se proveyó de cuanto producia el pais: montó su caballería: sublevó con facilidad los pueblos invadidos: aumentó las filas de su tropa con los negros de las haciendas, declarando libres á todos los que tomaban las armas: destruyó al coronel Quimper, é internó en la sierra al coronel Arenales, español europeo, con poco mas de 1,000 hombres, menoscabando visiblemente con tan rápidos progresos el crédito del poder legítimo.

Tan luego como se recibió en Lima la noticia del desembarco de San Martin en Pisco, dispuso el virey que el coronel marqués de Valleumbroso reforzara á Quimper con el escuadron de su mando, y esta determinacion probaba que Quimper habia tomado por sí y sin prévia autorizacion la funesta direccion de Ica. Mas era muy de notar, y fué ocasion de grave censura, el que el virey, al mandar reunir esos dos jefes, les previnese que procurasen ponerse de acuerdo para las operaciones que hubieran de emprender; pero que en caso de discordia obrasen independientemente. Singular parecia sin duda semejante autorizacion, porque cosa harto sabida es que el buen éxito de las empresas militares depende en gran parte de la uniformidad que imprime la unidad de accion en el mando. El virey buscaba con el mejor deseo un medio de conciliar el buen servicio con la buena voluntad de ambos jefes, porque no podia entenderse otra cosa; mas no llegó el caso de poder probar el resultado de dos autoridades militares, iguales en facultades en un mismo punto, y con un enemigo superior al frente, porque interpuestas las tropas invasoras entre Quimper y Valleumbroso, tuvo este que establecerse en el valle de Cañete, y aquel fué al fin tristemente derrotado poco despues en la Nasca, habiéndole abandonado antes dos compañías que se pasaron á los enemigos.

El virey mandó tambien situar en Lurin al brigadier D. Diego O-Relly con un escuadron de dragones del Perú y otro de milicias de Carabaillo, los cuales con la tropa de Valleumbroso formaban la division de vanguardia, de la que fué nombrado mayor general el teniente coronel Camba. Mas al paso que se ponia esta mal ordenada fuerza en observacion inmediata del enemigo, nada se emprendia por mar

por respeto á la superioridad que se reconocia en las fuerzas del almirante Cochrane; si bien fué opinion comun entonces que nuestros buques de guerra las fragatas Prueba, Venganza y Esmeralda con otros menores de ventajosa marcha, podian haber hostilizado al enemigo, particularmente en la travesía de la expedicion de Chile al Perú. De la inaccion en que se mantuvo la marina real resultó la mas amarga censura, y se dió lugar á que el consulado de Lima propusiera al gobierno tripular de su cuenta aquellas tres fragatas para que salieran á la mar, propuesta que se estimó inadmisible. Tal giro iban tomando los negocios públicos.

Publicada y jurada la Constitucion de la monarquía en Lima el 17 de setiembre, como se ha dicho, consiguiente á las prevenciones de la Córte, propuso el virey á San Martin un acomodamiento pacífico, sirviendo precisamente de base la misma Constitucion, y que para tratar de tan importante asunto se suspendieran las hostilidades, como parecia regular. San Martin abrazó con gusto esta invitacion en aquellas circunstancias, y nombró, autorizó y remitió por sus plenipotenciarios á D. Tomás Guido y D. Manuel García del Rio. El virey eligió por su parte al doctor Hunanue, que despues fué ministro de la república, y al leal y distinguido coronel de milicias conde de Villar de Fuentes, ambos peruanos; mas como las pasiones se encrespaban cada vez mas, y la ominosa desconfianza se extendia prodigiosamente, no satisfizo á todos esa eleccion. Informado el virey de la agitacion de los ánimos con este motivo, unió á la comision al teniente de navío D. Dionisio Capaz, que habia sido uno de los diputados constituyentes, y amigos y enemigos se reunieron á conferenciar en el pueblo de Miraflores, dos leguas cortas de Lima. El virey en persona, ansioso de apurar todos los medios de conciliacion, tuvo tambien una conferencia con los delegados de San Martin en el pueblo de la Magdalena; pero nada se adelantó, porque los contrarios establecian por base el reconocimiento de la independencia. San Martin utilizó todo el tiempo empleado en estas infructuosas negociaciones para extender la seduccion en el pais y combinar un plan de operaciones que diera á la revolucion el impulso que se proponia.

Entre tanto permanecia en Lurin el comandante general de la vanguardia O-Reilly, y envió un oficial con órdenes al marqués de Valleumbroso á fin de saber el número y la calidad de la tropa que tenia en Cañete. Este celoso y decidido jefe contestó desde Cerro-Azul con fecha 20 de setiembre.

El teniente de húsares (así llamaban á los dragones del Perú por

»su uniforme), D. José María Cienfuegos, me previene de órden »de V. S. le dé parte cada veinte y cuatro horas de las noticias que »por aquí se adquieran del enemigo. Por ahora no se sabe mas »que lo que tengo comunicado al excelentísimo señor virey, quien es »regular haya instruido de todo á V. S. Yo he ignorado la salida »de V. S. hasta que me la han dicho los oficiales que regresaron de »Lima.—Es muy preciso que V. S. se imponga personalmente de la »clase de tropa que compone esta division, porque no es posible dar»le á V. S. por escrito una idea cual corresponde; pero para que tome »alguna, digo: que la compañía de infantería de Yauyos, compuesta »de 60 hombres que nunca han hecho fuego, tiene 40 fusiles, y de »ellos 24 sin piedras y ninguna de repuesto; que la tropa de Cañete »tiene 50 hombres que vinieron de Lima medio instruidos, y el resto »son 30 que estan aprendiendo el manejo del sable, y los demas re»clutas, ambos sin espuelas y muchos sin frenos. Ultimamente, para »estos yo traje de Lima las armas. El escuadron del Rey, compuesto »de 180 plazas, solo pueden formar 150 por los enfermos que hay, »y no tiene otra disciplina que la que puede darsele á una tropa de »milicias que no ha estado á sueldo. Resulta, pues, que no teniendo »tropa útil en comisiones se pueden formar 240 hombres. Esta idea »no la habia dado al excelentísimo señor virey, porque creia no se »ocultase á su penetracion militar, y porque en sus manos, digá»moslo asi, se han creado estos cuerpos, y porque no queria se su»piese que yo hablaba mal de las tropas que se me unian. Ya V. S. »se hará cargo cuán perjudicial es en campaña que los jefes estén re»sentidos. V. S. con su buen talento hará uso de mi narracion, sin »que traiga mala voluntad en ellos.—Dios guarde á V. S. muchos »años. Cerro-Azul 29 de setiembre de 1820.—El marqués de Va»lleumbroso.—Sr. D. Diego O-Relly, brigadier de los ejércitos na»cionales.»

Deshechas las negociaciones de Miraflores y despedidos los comisionados de San Martin, el brigadier O-Relly reunió en Cañete toda su pequeña division, y entonces el virey con fecha de 3 de octubre le ofició en estos términos.

«Sin embargo de que, al parecer, podrá conciliarse la paz de que »se está tratando entre los diputados del general San Martin y los nom»brados por mí; en consecuencia de las proposiciones que llevan los »primeros que se han dirigido por esa via, es de absoluta necesidad »que nos pongamos en el caso de que no se acomoden á las ventajosas »invitaciones que de órden del rey les he hecho, y que su primer mo-

»vimiento sobre las tropas del mando de V. S. sea para sorprenderle »si pueden. Por tanto es preciso que V. S. esté prevenido para frus- »trarle cualquiera idea que pueda tener.—Supongo que de los 395 »hombres que tiene el señor marqués de Valleumbroso á sus órdenes »en el punto de Cañete, pertenecientes á las divisiones que expresa la »adjunta nota, solo deberemos contar con 250 útiles por carecer los »demas de la debida instruccion, organizacion y sistema que podrá »solo hacerlos útiles para obrar de algun modo ofensivo.—De los dos »escuadrones que V. S. tiene supongo el de húsares (dragones del »Perú) en el número de 180 capaces de hacer el servicio de su arma y »el de dragones de Carabaillo en 130 de los 160 que llevó, y aun es- »tos con necesidad de alguna mas instruccion y el completo de oficiales »que V. S. ha pedido, designándolos por una nota, que por olvido no »acompañó al oficio, y que sin embargo la he pasado al instante al »señor mayor general para su pronto reemplazo.—En suma, compren- »de que solo tiene V. S. disponibles 560 hombres de caballería bien »montados, armados y municionados y 195 menos útiles, instrui- »dos y organizados inclusos los enfermos. Con ellos se puede hacer »mucho, y estoy en la firme inteligencia de que V. S. lo hará por la »opinion con que me hallo de sus aptitudes en todos sentidos y por la »que tengo de los comandantes de esos cuerpos.—Los diputados de »San Martin llegarán mañana á Pisco, y hasta 3 dias despues no de- »ben romperse las hostilidades si caminan de buena fé y no admiten »las proposiciones; pero si falta aquella podrán romperlas antes. Sir- »va todo esto de gobierno, como igualmente el que si por la premura »del tiempo no hubiese podido V. S. disponer de sus fuerzas de aque- »lla manera metódica y organizada que puede prometer un encuentro »afortunado, que en los principios de una campaña dó mucho valor »en su continuacion, es muy preferible repliegues á puntos ventajo- »sos sin pérdida, que sufrir un descalabro. Dios guarde á V. S. mu- »chos años. Lima y octubre 3 de 1820.—Joaquin de la Pezuela.—Se- »ñor brigadier D. Diego O-Relly.»

«Fuerzas que se hallan á la inmediata órden del señor marqués de »Valleumbroso en el valle de Cañete.—Escuadron del Rey 180.—Com- »pañía del comandante Bazo 150.—Compañía de Yauyos 60.—Total »395. Nota.—Segun avisa el señor marqués de Valleumbroso de toda »esta fuerza de 395 hombres, solo se deben contar útiles y en buen »estado 250, y los restantes enfermos y con poca instruccion. Lima »y octubre 3 de 1820.—Una rúbrica del virey.»

El brigadier O-Relly respondió extensamente á este oficio; y

de su contestacion nos parece importante insertar los dos párrafos siguientes:

«Exmo. Señor.—El oficio que de V. E. he recibido ayer, dirigido á instruirme de la fuerza que está á mis órdenes, y la posibilidad »que hay de tener que servirse de ella, me pone en la precision de hacer á V. E. presente, 1.°: que la fuerza que V. E. supone al señor »marqués de Valleumbroso está absolutamente incapaz de poderse usar »al frente del enemigo, sin positivo riesgo de perderla por su máxima »indisciplina; y aunque fuera útil, como V. E. indica, tampoco habria »250 hombres en Cañete con que poder contar, supuesto que el mismo »señor marqués en oficio de 29 del pasado me dice entre otras cosas de »que pasé copia á V. E. *que el escuadron del rey solo puede formar 150 »plazas y que no tiene otra disciplina que la que puede darse á una »tropa de milicias que no ha estado á sueldo.*—2.°: que V. E. se equivoca del todo en la suposicion que hace de la fuerza que mando. Ademas V. E. no debe ignorar el estado del escuadron de Carabaillp sin »embargo de siete horas de instruccion que ha tenido al dia desde »el 26 del pasado inclusive sin perdonar los de fiesta. No me es posible comprender cómo V. E. me supone tanta fuerza disponible. No »hay duda que si existiera aquella se pudiera hacer mucho como V. E. »nota y espera de mis aptitudes; pero no habiéndola no se debe esperar otro resultado que el proporcionado á la existente, que reduzco solo con propiedad al escuadron de dragones del Perú.»

Los documentos que preceden nos excusan de redundantes comentarios: ellos justifican el fundamento con que el teniente coronel Camba habia expuesto al virey la necesidad de mejorar el estado de las tropas con que se contaba para la defensa del pais, obteniendo en retribucion prevenciones y censuras, cuando hacia un gran servicio á la primera autoridad española del Perú. Por el oficio del marqués de Valleumbroso al brigadier O-Reilly se ve tambien que, en 29 de setiembre y á 30 leguas de la capital, ignoraba oficialmente que dependia de dicho brigadier, ni que este hubiese avanzado á Lurin, lo que, cuando menos, acredita el descuido con que la Mar, nombrado mayor general del ejército, desempeñaba el servicio por su parte.

Despedidos los negociadores de Miraflores, ocupaba la division de vanguardia á Cañete, cuando San Martin hizo alarde de maniobrar sobre este valle; pero su verdadero objeto era proteger y ocultar la internacion de Arenales á la Sierra. Logrado su fin y hechos cuantiosos acopios, se reembarcó San Martin en Pisco el 26 de octubre; el 28 se presentó al frente del Callao, y el 30 fondeó con su expedicion en An-

con 6 leguas al norte de Lima. Para un caso semejante tenia órdenes el brigadier O-Reilly de replegarse sobre la capital, y así lo ejecutó, instruyendo al propio tiempo al virey de la internacion de Arenales desde Ica, de la que habia recibido noticias seguras que un desertor del enemigo acababa de confirmar. Mas ocupado el virey de la nueva posicion de San Martin, á quien suponia decidido á atacar á Lima, no dió entero crédito al movimiento de Arenales, operacion que por otra parte estimaba temeraria, máxime hallándose en marcha con direccion á la provincia de Huamanga el brigadier Ricafort, los batallones de Castro y 4.° del Imperial Alejandro, los escuadrones de granaderos de la Guardia y el de dragones de Arequipa, procedentes de esta provincia y del ejército del alto Perú.

Una prueba de la duda del virey, respecto al atrevido movimiento de Arenales es que, en 30 de octubre, cuando San Martin fondeaba en Ancon, decia al subdelegado de Jauja, D. Domingo Gimenez: «Segun noticias, aunque no muy circunstanciadas que se han recibido »en esta, parece que uno de los caudillos revolucionarios piensa interanarse á Huamanga con 1,400 hombres.» Despues indicaba que debia ser batido por las tropas arriba mencionadas, y á continuacion añadia: «Como en todo evento el mejor remedio de los males es precaver»los, he dispuesto que marche desde este ejército una division de 1,000 »infantes y 400 caballos á las órdenes del Sr. brigadier O-Reilly á »ocupar el paso preciso del puente de Izcuchaca para que en ninguna manera pueda escapar de nuestra diligencia. Conviene pues para »el logro de ella que procure V. buscar de 200 á 300 caballos y tenerlos á disposicion del Sr. brigadier O-Reilly, remitiéndolos en seguida al punto que los pida sin detenerse en el modo de adquirirlos, »pues en caso de no haber quien quiera prestarlos con calidad de devolverlos ó su importe, deberán comprarse con la seguridad de que »su valor será prontamente satisfecho.»

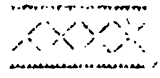
Menester es confesar que la medida de enviar al valle de Jauja, y por la línea mas corta la fuerza que indicaba el virey, era evidentemente acertada, y hubiera con probabilidad ocasionado la destruccion de Arenales, golpe terrible para San Martin. El suponer paso preciso el puente de Izcuchaca era una equivocacion visible, porque no ignoraba el virey que sin pasar por ese puente, se viene desde Huamanga y Huancavelica á Jauja y Tarma. Los caballos pedidos los reunió el subdelegado de Jauja con prontitud; pero la division anunciada no tuvo efecto, ni sobre tan trascendental mudanza recibió dicho subdelegado la ménor prevencion. Cometido el notable error de no cuxiar la re-

ferida division al valle de Jauja, se incidió en el gravísimo de sustituirla con la compañía de cazadores de Cárdenas, compuesta de milicianos de la provincia, que aun no habian tenido ocasion de batirse, y cuyos oficiales, se decia en Lima, eran seducidos por los partidarios de la revolucion, que los felices progresos de los independientes aumentaban visiblemente. Por último, cuando ya nadie ignoraba la afortunada marcha del atrevido Arenales, salió de Lima para el cerro de Pasco el brigadier O-Relly con un batallon bajo de fuerza y un escuadron de milicias de los dragones de Canabillo, mandado el primero por el acreditado D. Manuel Sanchez, y el segundo por el coronel graduado D. Andrés Santa Cruz; pero compuestos ambos de tropa poco experimentada y descuidadamente vestida para poder resistir la rigorosa temperatura de la cordillera. El resultado pues, fué, como era de temer, funesto á las armas españolas.

Arenales, que habia salido de la ciudad de Ica el 21 de octubre, se dirigió osadamente á la Sierra, cruzó la cordillera de los Andes, y entró sin resistencia el 31 del mismo mes en Huamanga, cuya corta guarnicion y los caudales reales existentes se salvaron á la derecha del rio Pampas por la diligente oportunidad con que los condujo allí el leal gobernador intendente Recabarren, natural de Chile. Arenales se detuvo poco en la provincia de Huamanga, pasó luego á la de Huancavelica, y de esta al territorio de la de Tarma, atravesando el rio grande de Jauja por el puente de maromas de Mayoc, y no por el de piedra de Izcuchaca. El brigadier de infantería D. Jose Montenegro, gobernador intendente de Huancavelica, y tambien distinguido criollo por su fidelidad á la España, que se habia replegado con algunos soldados á la villa de Jauja, confiado en la anunciada division de O-Relly, vino a ser allí alcanzado y derrotado con la compañía Cárdenas, quedando él mismo prisionero del enemigo; y consiguientemente los caballos reunidos por el subdelegado del partido el fiel peruano D. Domingo Jimenez, despues ministro de Hacienda en la Península, lejos de poder servir al importante objeto á que el virey los destinaba, fueron un poderoso auxilio para la fatigada tropa de Arenales. Así pudo este caudillo acelerar su marcha sobre el cerro de Pasco, donde el 6 de diciembre alcanzó y destruyó la débil division de O-Relly, incorporándose en seguida con las tropas de San Martin en el valle de Supe despues de haber practicado con fortuna un movimiento atrevido que, con mas acierto y diligencia por parte de los españoles, pudiera haberle costado muy caro si no hallaba en él su total destruccion. Entre los prisioneros de tan desgraciado encuentro se contaban el coronel Sanchez, je-

fe de la infantería, el brigadier O-Relly y su bizarrísimo ayudante de campo D. Eustaquio Barron, y con vehementes sospechas de no haber sido lealmente secundados por el jefe de la caballería D. Andrés Santa Cruz, quien conducido al campo de los independientes tomó partido bajo sus banderas, y fué mas tarde gran mariscal y presidente de las repúblicas nacientes de Bolivia y del Perú.

Tantos y tan repetidos reveses para las armas de España acrecian, como era natural, la desconfianza con que ya eran mirados varios funcionarios de categoría favorecidos, y lo que era de mayor trascendencia, socababan invenciblemente el favorable prestigio del gobierno, cuando precisamente se necesitaba mas. Los referidos funcionarios, algunos de los mas notables al menos, no tardaron en justificar el concepto que el público fiel tenia de ellos, abrazando con entusiasmo la causa de la revolucion. De este modo parecía que se iba desmoronando el edificio español-peruano, y todos estos pormenores merecen estimarse con detenimiento para comprender y juzgar imparcialmente de su total y lamentable ruina.



CAPITULO XVII.

Alzamiento de indios.—Ricafort.—Accion de Huancayo.—San Martin.—Cochrane.—Insurreccion de Guayaquil.—Aznapuquio.—Apresamiento de la Esmeralda.—Valdés.—Encuentro de Chancay.—Proyecto de una expedicion á Sayan.—Disminuye el virey las fuerzas de la vanguardia.—Primeros prisioneros.—Alvarado.—Désercion de Numancia.—Canterac.—Fragatas Prueba y Venganza.—Conspiraciones.—Espartero.—Documentos notables.—Pezuela.—La Serna.

AÑO DE 1820.

Al retirarse á la derecha del Pampas el intendente de Huamanga Recavarren hizo quemar el puente colgante de maromas, que sirve de paso á este caudaloso rio sobre el camino llamado de la Posta, y se trasladó acto contínuo al pueblo de Andahuailas, desde donde dió parte al brigadier D. Pio Tristan, gobernador presidente del Cuzco, poniendo á su disposicion el mando militar de la suya, y pidiéndole los correspondientes auxilios para recuperarla. Tristan cometió á su segundo el brigadier D. Antonio María Alvarez tan importante comision, facilitándole al efecto cuantos medios estaban á su alcance, y como se hallaban en marcha para el norte el batallon de Castro y dos escuadrones de granaderos de la Guardia, en cumplimiento de órdenes del virey, Alvarez alcanzó esta tropa en Andahuailas, donde se ocupó con zelo de su subsistencia y de otras providencias útiles y urgentes, mientras se acercaba el brigadier Ricafort con la tropa que conservaba de

la division de Reserva que habia sacado de Arequipa. La direccion de esta division era la directa á Lima; mas á consecuencia de noticias muy exageradas, que los enemigos hacian propalar por la costa con aire de seguridad, Ricafort estimó prudente tomar la vuelta de la sierra desde cerca de la Nasca, y se incorporó en Andahuailas con las fuerzas mencionadas que habian salido del Cuzco en 1.° de noviembre.

La division procedente de Arequipa habia experimentado muchísima baja, ya á causa de la naturaleza áspera del terreno por donde habia transitado, ya tambien por la incontenible tendencia de los peruanos á la desercion. Autorizado Ricafort por el virey para tomar el mando de las tropas que se hallaban en Andahuailas, regresó Alvarez á su destino de 2.° jefe de la provincia del Cuzco; y aquel se dirigió en seguida sobre Huamanga, Huancavelica y Jauja, restableciendo el órden en los pueblos por donde habia pasado Arenales. Despues de la marcha triunfante de este por el valle de Jauja se insurreccionó casi en masa su numerosa indiada, y para sostener entre ella ese pernicioso espíritu, dejó dicho jefe en el valle á su segundo Bermudez con alguna tropa.

Deslumbrado sin duda Bermudez con el bulto de la gente que le obedecia, esperó en posicion á Ricafort en las inmediaciones de Huancayo: 300 infantes, 100 caballos y como 10,000 indios armados de lanzas, chuzos, hondas y macanas formaban su fuerza, atreviéndose temerariamente con tal muchedumbre á dar la cara á tropas regladas y acostumbradas al uso de las armas. La resistencia de los enemigos, no fué de larga duracion; pero fué sangriento su resultado, porque nuestros irritados soldados mataron é hirieron muchos indios. Despues de este señalado escarmiento, verificado el 30 de noviembre, en el que tuvieron ocasion de distinguirse los granaderos de la Guardia que mandaba el teniente coronel Ferraz, cruzaron las tropas vencedoras la cordillera y descendieron á Lima, de donde el brigadier Ricafort tornó al interior con nueva comision del gobierno.

Trasladado San Martin con su ejército al norte de Lima ocupó algunos pueblos de la costa por esta parte hasta Chancay, y el 12 de noviembre estableció su cuartel general en la villa de Haura, 30 leguas de la capital, mientras Cochrane con la escuadra bloqueaba el puerto del Callao, del cual habian salido poco antes las fragatas de guerra Prueba y Venganza con destino á los puertos intermedios del sur. A principios de noviembre se supo en Lima la insurreccion de Guayaquil promovida por la infidelidad del capitan Escovedo, del batallon de granaderos de Reserva, remitido allí de guarnicion desde el Perú, y de

cuya plaza era gobernador el brigadier Vivero antiguo comandante del apostadero del Callao. Esta funesta insurreccion estalló el 8 de octubre, y en su preparacion tuvieron una parte eficacísima D. Manuel Loro, capitan de la goleta Alcance, que pasaba por natural de las islas Canarias, Don Manuel Antonio Luzarraga, piloto y copropietario con Loro del mismo buque, natural de Vizcaya, y Don José Villamil, comerciante y vecino de Guayaquil. Para asegurar el éxito de este movimiento é impedir cualquiera tentativa en contrario, fueron inmediatamente embarcados y remitidos á disposicion del general San Martin el gobernador Vivero y los españoles europeos de mas conocida influencia en la ciudad. Escovedo se declaró jefe superior de la provincia, y se condujo tan irregularmente, que reunidos los diputados de los partidos al ayuntamiento de Guayaquil, acordaron su deposicion, y lo remitieron tambien al cuartel general de San Martin. Por este tiempo todavía mandaba el reino de Quito el general presidente Don Melchor Aimerich; pero ya el general Sucre con una division de tropas colombianas ocupaba á Babaoyo esperando la estacion favorable y acechando el momento oportuno de invadir á Quito. Con la sublevacion de Guayaquil perdió la España sobre 1,500 hombres, que reforzaron las filas de sus adversarios, muchas armas, municiones, pertrechos, uno de los mejores astilleros de la mar del sur y la comunicacion directa entre el Perú y Quito.

La ciudad de Guayaquil fué fundada por Francisco Pizarro en 1533 bajo la advocacion de Santiago Apóstol en la bahía de Charapoto cerca del valle de Tumbez ó *Tumpis*, como le llamaban los indios, que fué la primera conquista de Pizarro, y desde donde realizó la de la inmediata isla de Puna, y no sin resistencia de los naturales y alguna pérdida de los suyos. Destruida enteramente la expresada poblacion por los indios, apenas comenzada á levantar, la fundó de nuevo Orellana en 1539 al lado occidental del rio, que es donde se ve ahora la ciudad antigua ó vieja; pero la ciudad de Guayaquil real, como al presente se reconoce, fué construida mas recientemente en 1793. Está dividida en dos cuarteles distintos, separados por un larguísimo puente de madera colocado sobre los pantanos y el terreno bajo que inunda el rio Guayaquil cuando sale de madre. Mr. Stevenson que estuvo allí le da al puente 800 varas de largo. Esta ciudad era la capital de la provincia donde residia el gobernador, cuyo territorio estaba dependiente del virey del Perú en la parte militar, de la audiencia de Quito en la administracion de justicia y del obispo de Cuenca en lo eclesiástico, distribucion á la verdad defectuosa en nuestro sentir para los fines de la

unidad nacional, por mas favorable que haya parecido á los intereses particulares de sus habitantes. Habia en Guayaquil dos iglesias parroquiales, un convento de agustinos, otro de franciscanos y otro de dominicos: sus casas estan construidas de madera, por lo que ha experimentado horrorosos incendios, y está siempre expuesta á las contingencias de este cruelísimo azote. La poblacion de Guayaquil subia á 20,000 almas, y la componian las mismas castas que las demas ciudades de la América meridional, aunque abundan mas proporcionalmente los mulatos.

Mientras que San Martin tomaba posesion de algunos pueblos en la costa del norte, las tropas del ejército de Lima y las que iban llegando del alto Perú formaban el famoso campamento de Aznapuquio; y el infatigable Cochrane, que bloqueaba el Callao, meditaba un golpe arrojado con que acibarar tanto mas la situacion de los españoles, cuanto menos parecia de temer. Dentro de la cadena del puerto del Callao, á la cabeza de varios buques armados, acoderados y auxiliados de 24 lanchas cañoneras, bajo los fuegos de los castillos Real-Felipe, San Miguel y S. Rafael, y de las baterías del arsenal y de S. Joaquin se hallaba fondeada la fragata de S. M. la Esmeralda, que mandaba el capitan de navío D. Luis Coy, y como dice Torrente en la revolucion Hispano-Americana «hermoso y velero buque, armado con 40 »cañones, perfectamente surtido de jarcia y enseres marítimos, con »provision para tres meses y repuestos para dos años.» Esta fragata pues fué sorprendida y abordada por el almirante Cochrane en la noche del 5 de noviembre, y sacada del fondeadero con admirable prontitud y fortuna, no obstante el vivo fuego que se le hizo asi que se apercibió el hecho; pero veamos cómo lo refiere Mr. Stevenson, testigo presencial y partícipe en el triunfo.

Cochrane, dice sustancialmente, formó el proyecto de apoderarse de la fragata Esmeralda, de los bergantines, de las goletas y de las faluas y buques mercantes que pudiera de los fondeados dentro de la cadena del Callao. Fijado el dia 5 de noviembre para la ejecucion de esta empresa, el Lautaro, la Independencia y el Araucano se hicieron á la vela, dejando sus embarcaciones menores al costado de la O-Higgins, y su objeto en el movimiento de esos buques era hacer creer en el Callao que se ocupaban de alguna caza. Despues de las disposiciones correspondientes á dar valor á ese ardid, todos los destinados al ataque se embarcaron en las faluas y botes, y se dirigieron al fondeadero interior del Callao, componiendo un número de 240 hombres voluntarios y casi todos extrangeros. La fragata de guerra dé los Esta-

dos-Unidos la Macedonia y la de S. M. B. la Hiperion estaban ancladas fuera de la cadena, y al pasar las faluas por delante de la primera fueron llamadas por un centinela, al cual el oficial de guardia mandó guardar silencio, acreditando asi que no le era extraña aquella novedad: muchos oficiales de este buque acudieron sobre la cubierta para manifestar en voz baja á los agresores que les deseaban un buen éxito, y cuán grato les fuera poderlos acompañar. Los centinelas de la Hiperion obraron de distinto modo, pues no cesaron de llamar con la bocina á las faluas hasta que acabaron de pasar; pero ninguna otra demostracion hicieron.

Las faluas avanzaban en dos divisiones; mandada la una por el capitan Crosby de la O-Higgins y la otra por el capitan Guise del Lautaro, y ambas iban bajo la inmediata direccion de Cochrane, que atravesó la cadena á media noche, montando la primera de las chalupas. Una de nuestras cañoneras le dió entonces el quién vive: Cochrane mandando acelerar la boga se echó sobre ella, amenazó de muerte al oficial, y pasaron rápidamente al costado de la Esmeralda, subió á su bordo, mató uno tras otro dos centinelas, aunque el segundo despues de haber disparado su arma. Los enemigos quedaron dueños seguidamente del castillo de Popa, y aunque la guarnicion y tripulacion sostuvo un vivo fuego por espacio de 19 minutos desde el de proa, todo fué inútil. Durante la primera resistencia una lancha cañonera española, fondeada por la popa de la Esmeralda, disparó contra esta un tiro, cuya bala rompió la cubierta bajo los pies del capitan Coy, á quien hirió y mató dos marineros ingleses y uno nacional. La intencion del almirante Cochrane era, como se ha indicado, apoderarse de todos los buques españoles fondeados en el Callao; pero habiendo hallado en la Esmeralda mayor resistencia de la que esperaba, y resultando él mismo herido en un muslo, el capitan Guise mandó cortar el cable de la fragata, y se retiraron con ella, llevándose 173 hombres prisioneros ademas de algunos muertos y heridos: estos fueron remitidos á tierra al dia siguiente con un parlamentario. La pérdida del enemigo fué de 11 muertos, lord Cochrane y 21 hombres heridos. Un cange de prisioneros, que propuso seguidamente el almirante, fué aceptado por el virey. (1)

La fragata Esmeralda fué bautizada por los enemigos con el nombre de Valdivia, y era la misma que, hallándose bloqueando el puerto de Valparaiso fué sorprendida, abordada y rescatada á la vela en 1818. Su destino de pasar al poder de los independientes se cumplió en la

(1) Stevenson, Relacion histórica de veinte años de residencia en la América.

noche del 5 de noviembre del presente año. La inesperada pérdida de este buque causó el mas profundo sentimiento en Lima y en el campamento de Aznapuquio. El descontento general crecia por instantes.

Establecido el cuartel general de San Martin en la villa de Huaura, medio batallon y un escuadron de sus tropas, al mando del mayor Reyes y el francés Brantzen, ocupaban el pueblo de Chancay, 12 leguas al norte de Lima. El virey, como era natural, dirigia tambien su atencion hácia este frente, y fió al coronel D. Gerónimo Valdés, que ya habia llegado al campo de Aznapuquio, el mando de una pequeña vanguardia compuesta del batallon de Numancia, mandado por el coronel graduado D. Ruperto Delgado, que parece habia solicitado este puesto para desmentir noblemente la mala opinion de que gozaban algunos de sus oficiales, del escuadron de dragones de la Union, de que era comandante el teniente coronel D. José García Sócoli, á la verdad con poca instruccion todavia á causa de los muchos reclutas que habia recibido, y de otro de dragones del Perú que mandaba el teniente coronel D. Andrés Garcia Camba, cuya division, avanzada de Aznapuquio, ocupaba á Copacabana y S. Lorenzo. El coronel Valdés, deseoso de señalarse en la costa, como se habia distinguido en el alto Perú, proyectó buscar á los enemigos en Chancay, y prévia la autorizacion del virey, emprendió la marcha con la caballería y cuatro compañías de infantería, de manera que pudiese hallarse al amanecer á la vista de Chancay, como sucedió. Los enemigos, que amanecian sobre las armas, pusieron su infantería desde luego en retirada. Valdés marchó decididamente sobre Chancay adelantándose con el escuadron de dragones de la Union, y previniendo al teniente coronel Camba le siguiera con el suyo y la infantería en reserva; mas advirtiendo este jefe el adelanto que aquel tomaba, lo inútil que podria serle en caso de choque y la imposibilidad de que la infantería siguiera á mayor velocidad, se adelantó con los dragones del Perú y los cazadores de Numancia que pudieran y quisieran correr, dejando el resto de la infantería con el capitan D. Ramon Herrera, para que continuara en la misma direccion al paso redoblado. Los cazadores de Numancia siguieron con alegría á los dragones del Perú.

El camino que sale del pueblo de Chancay para el norte es llano y espacioso, capaz de contener 12 caballos próximamente de frente mientras continúa encallejonado por dos tapias de cerca de vara y media de elevacion. Brantzen, que con la caballería se habia quedado á retaguardia para ganar algun tiempo á fin de que la infantería adelantase, co-

nocia bien que en aquel callejon no se podian batir mas hombres que los que cabian de frente, y al ver tan adelantado á Valdés con solos los dragones de la Union, lo cargó con gente escogida y con denuedo. Habian entrado ya en el mencionado callejon los dragones del Perú, cuando cargados los de la Union y acuchillados algunos de sus individuos, se puso el resto en fuga á toda brida. El teniente coronel Camba retrocedió velozmente hasta las primeras casas donde el terreno le permitia evitar el desórden de los fugitivos, y adelantó á favor de la tapia de la derecha media compañia de los cazadores de Numancia, cuyos fuegos contuvieron la persecucion de los enemigos, y acaso salvaron la vida del hoy general Valdés con satisfaccion de todos. Tan luego como el camino quedó desembarazado de los dragones de la Union, tomaron los del Perú la vanguardia, y puesto el mismo Valdés á su frente, persiguieron al entendido y arrojado Brantzen por espácio de mas de una hora hasta el pie del cerro de la Zorra; pero el enemigo habia logrado su intento de poner á salvo su infantería.

Despues de este suceso el virey reforzó la vanguardia, y quedó compuesta de los batallones Numancia, Arequipa y 2.° del Infante D. Cárlos, los dos referidos escuadrones y dos piezas de artillería, continuando en su mando el expresado coronel Valdés, quien se situó en Chaucay y Chancaillo. Este jefe tenia siempre en ejercicio su incansable actividad para procurar adquirir noticias ciertas del estado del enemigo, y sabedor de que el general Alvarado con alguna fuerza habia tomado la direccion de la sierra, para proteger la expedicion de Arenales, entonces en marcha, y que las tropas de S. Martin en Huacho, Huaura y Supe se hallaban trabajadas por las enfermedades comunes y endémicas del pais, resolvió ocupar el pueblo de Sayán, 10 leguas de Chancay, interponerse asi entre las tropas que conducia Alvarado y las situadas en la costa y ver el modo de dar un golpe ventajoso donde las circunstancias examinadas de cerca ofreciesen mayores probabilidades de buen éxito. El pensamiento era grande, la operacion estaba calculada con sumo detenimiento, y el coronel Valdés era incuestionablemente hombre aptísimo para llevarla á cabo. En la persuasion de que este proyecto, de harto facil ejecucion por la buena calidad y mayor mobilidad de las tropas de la vanguardia, mereceria la aprobacion de todos los militares, Valdés dió cuenta al virey de que al siguiente dia por la tarde emprendia el movimiento. Mas lejos de aprobarlo S. E., no solo previno por extraordinario que la division regresara inmediatamente á los puntos de donde habia partido, sino que mandó replegar á Lima los dos batallones Infante D. Cárlos y Arequipa y el escuadron de dragones de la Union,

dejando por consiguiente reducida la vanguardia al batallon de Numancia, al escuadron de dragones del Perú, y á las dos piezas de artillería. Nadie pudo comprender el objeto ni el motivo de esta disposicion. Como quiera el proyecto de Valdés se acreditó de acertado por las medidas que tomó S. Martin tan pronto como llegó á entenderlo, y fueron sustancialmente las mismas de que se hace cargo el autor de la historia de la revolucion Hispano-Americana al referir ese hecho. «Alvara-«do, *dice*, tuvo órden de retirarse, y la tuvieron tambien de embar-»carse al momento los enfermos y almacenes del ejército, mientras que »eran alejados por tierra los ganados, caballos sobrantes y cuanto pu-»diera embarazarles en sus marchas; pero informados (los enemigos) de »la variacion de los planes de los realistas, volvieron de nuevo á su pri-»mer estado de sosiego y seguridad.»

Reducida la vanguardia, como se ha dicho, permanecia sin embargo en Chancaillo, cuando el 25 de noviembre por la tarde cojieron los puestos avanzados un indio que traia la direccion de Huacho por el camino que llaman de la playa, y se supo por él que en la misma direccion marchaba un destacamento de caballería enemiga, del cual se habia separado en el punto denominado Pescadores. Era natural suponer que fuese seguido de mayor fuerza, y en consecuencia el coronel Valdés dió posicion al batallon de Numancia, y se adelantó con el escuadron que mandaba el teniente coronel Gamba á verificar por sí un conveniente reconocimiento. Todavía esta tropa marchaba cubierta con una loma, cuando algunos caballos enemigos empezaban á separarse de la lengua del mar para reconocer el terreno de su frente. Valdés mandó dividir los dragones del Perú por compañías, y que la una tomase al gran trote una quebrada que por la derecha conducia con algun rodeo á retaguardia de los enemigos, permaneciendo en tanto oculto con la otra detras de la mencionada loma. Cuando los caballos enemigos llegaron á descubrir esta, ya la compañía del valiente don Manuel Fernandez tocaba el término de su comision: entonces dispuso Valdés cargar por el frente, y aunque los enemigos se pusieron en precipitada fuga, era ya tarde, porque la compañía de Fernandez les habia cortado la retirada: quedaron pues en poder de los nuestros un oficial y 25 granaderos á caballo de que se componia aquella descubierta. Este fué el primer encuentro feliz en aquella campaña contra las tropas de San Martin, poco importante en verdad, pero útil á la moral de las tropas, y particularmente á los dragones del Perú, que por primera vez hacian prueba de su instruccion.

Por los prisioneros que fueron al dia siguiente remitidos á Lima,

se supo que toda la caballería de san Martin al menos debia moverse sobre Chancay, con lo que trasladó Valdés su campo el 27 á Tecuán, y el 28 del mismo noviembre fué reconocida la vanguardia por la caballería enemiga al mando de Don Rudesindo Alvarado, la cual no bajaba de 700 caballos; y aunque el terreno era bastante á propósito para emplearla, no se trabó empeño alguno. Cerca de las oraciones Alvarado se retiró hácia Retes, y despues de anochecido hizo Valdés la misma operacion, tomando la direccion de la hacienda de Basurto, donde permaneció hasta el 1.° de diciembre, dando repetidos partes al virey de lo que pasaba y de la direccion que se proponia seguir en su repliegue. En la tarde de este dia volvieron á presentarse los enemigos á la vanguardia en la hacienda de Basurto, pero sin manifestar deseos de empeñarse lo que parecia harto notable; sin embargo, continuó Valdés su retirada sobre Lima por el camino de Trapiche-Viejo, que era el mas ventajoso para el uso de la infantería en que consistia su mayor fuerza.

En la noche del 28 de noviembre, al trasladar Valdés su campo de Tecuán á Basurto, se desertaron al enemigo dos ó tres oficiales del batallon de Numancia, y aunque la tropa de este cuerpo daba muestras claras de decision y valentía, sin embargo esa desercion recordaba naturalmente la mala opinion que hacia tiempo se tenia de muchos de sus oficiales. El coronel Valdés que acababa de llegar al ejército de Lima, no era extraño ignorase aun todos los antecedentes de tan importante circunstancia. El 2 de diciembre por la tarde se unió á las tropas de Valdés otro escuadron de dragones del Perú con el teniente coronel Don Ignacio Landazuri; y como el terreno era muy quebrado, los enemigos ya no seguian á los realistas, y los caballos y las mulas tenian necesidad de alimento, se adelantó el coronel Valdés á los alfalfares de Trapiche-Viejo, dejando á retaguardia el batallon de Numancia para que siguiera la marcha con comodidad. Su comandante tuvo que descansar al pie de la escabrosa cuesta de Huachos para subirla de noche con menos molestia del calor: el sueño se apoderó luego de todos menos de los conspiradores, que asegurándose de su jefe y de algunos pocos oficiales de quienes desconfiaban, sublevaron el batallon y lo condujeron al enemigo en la madrugada del 3 de diciembre. Algunos individuos de tropa, fugados á favor de la oscuridad en el acto de la sublevacion, llevaron á Trapiche-Viejo esa triste noticia y Valdés, dando cuenta inmediatamente al virey, marchó con la caballería y la artillería á San Lorenzo, y de aquí al campamento de Aznapuquio en virtud de órden superior.

Esta funesta defeccion se divulgó en Lima al mismo tiempo que por la puerta de Cocharcas entraban un batallon y dos escuadrones que conducia del alto Perú el brigadier Canterac. Las fragatas Prueba y Venganza, que habian zarpado del Callao antes que Cochrane volviera á bloquear este puerto, trasportaron esa tropa de los puertos intermedios á Cerro-azul, y sabedores aquí sus comandantes Villegas y Soroa del estado del Callao, ó por órdenes con que se hallarian ó por resolucion propia, hicieron rumbo al norte, aparecieron en Panamá, pasaron luego á San Blas y Acapulco en el reino de Méjico, y mas tarde esas fragatas con la corbeta Alejandro fueron entregadas á los enemigos por los mismos que las mandaban.

La série de desgracias experimentadas despues del arribo de San Martin á las costas del Perú; los rápidos progresos que contaba su proyecto de devastacion y trastorno; la imperiosa necesidad de desmembrar las tropas del ejército del alto Perú por aproximarlas á los puntos mas amenazados, y las especies alarmantes y abultadas de intento, que circulaban por el interior, daban aliento á los partidarios de la revolucion para fomentar las disposiciones contra el poder existente y promover con tal motivo las mas peligrosas conspiraciones. Descubrióse una en Arequipa, dirigida por el coronel Lavin, que oportunamente cortó el coronel Carratalá, apoderándose del jefe y de otros cómplices, que el brigadier Ricafort remitió al Cuzco para que fuesen allí juzgados. Otra se fraguaba en Oruro cuando llegó á esta poblacion el teniente coronel Espartero con el batallon del Centro que mandaba: apercibido de tan inícua trama, de la que debia de ser él la primera víctima, tomó con tanta prontitud y acertada sagacidad sus medidas que puso presos á los empleados y vecinos que resultaban mas complicados, de los cuales pasó por las armas al capitan de su cuerpo, don Pedro Nordenflicht, sumariamente juzgado por una comision militar. Por la misma fueron condenados otros cómplices á igual pena, pero consultada la sentencia al general en jefe D. Juan Ramirez, fué conmutada en la inmediata. Casi coetáneamente se descubrió otra conspiracion en la division de vanguardia del alto Perú, cuyo objeto parecia ser acabar con el brigadier Olañeta, que la mandaba, y poner aquella tropa en seguida á disposicion del caudillo Güemes, gobernador de la provincia de Salta; mas por fortuna se logró igualmente traslucir y desbaratar tan ominoso proyecto. Sin embargo, deben tenerse presentes estas repetidas tendencias para juzgar de la situacion de los defensores de la causa española en el Perú.

Reunido el brigadier Canterac con las tropas que conducia en el

insalubre campamento de Aznapuquio, fué dado á reconocer por jefe del E. M. G. del ejército, cesando en las funciones de mayor general el subinspector mariscal de campo D. José de la Mar, y aquel jefe con el mayor zelo se dedicó sin descanso á perfeccionar la instruccion de los cuerpos. Sin embargo del continente marcial que estos iban visiblemente presentando, los errores cometidos, las desgracias esperimentadas y la desconfianza que inspiraban varias personas colocadas en puestos de la mayor importancia, contribuian poderosamente á menoscabar la opinion del mando, el crédito del gobierno y la confianza en el porvenir de las armas de España; y de tal manera aumentaban los partidarios y sostenedores de la invasion, que llegó á vulgarizarse la triste especie de que estábamos vendidos, y el Perú tardaria poco en dejar de pertenecer á la monarquía española. La desercion del batallon de Numancia, único de su arma que se dejó en la vanguardia, cuando era notorio, y al virey se le habia representado el mal espíritu de la mayor parte de su oficialidad, servia de grave apoyo á las conjeturas, fomentadas probablemente de intento por los interesados en la desunion de los leales. Pero la justicia con que se desconfiaba de la oficialidad de Numancia, y las desastrosas consecuencias de la pérdida de este cuerpo, han sido confirmadas por los mismos enemigos. «El 3 de diciembre, *dice Mr. Stevenson*, el batallon de Numancia con 650 plazas dejó el servicio del virey de Lima para pasar »al de la *patria*, y se unió á un destacamento del ejército libertador »enviado á su encuentro á Retes en el valle de Chancay. Precedentemente habia habido al efecto una correspondencia secreta entre sus »oficiales y San Martin, quien les hizo muchas promesas que despues »no les cumplió. La pérdida de una parte tan importante del ejército »real fué muy sensible á Pezuela y á todos los españoles de Lima, y »vino á servir de refuerzo muy considerable al ejercito libertador. »El arribo individual de oficiales y soldados procedentes de Lima aumentaba diariamente. El 8 de diciembre 36 oficiales y un número »mayor de vecinos respetables de Lima llegaron á Chancay, y se »reunieron á las tropas libertadoras.» (1)

Corroborábase la referida funesta vulgaridad con que, no pareciendo el virey resuelto á salir personalmente á campaña con el ejército, ni determinado á encargar su mando en jefe á ninguno de los generales que tenia á sus órdenes, no alcanzaban las gentes otro plan de operaciones que el de reducir la defensa á la capital y al Callao mientras fuera posible, para concluir despues por medio de una capi-

(1) Relacion histórica.

tulacion sin probar otra fortuna. Este pensamiento perniciosísimo para las armas españolas, y mas en el caso de que se enviasen auxilios convenientes de la Península, contaba hartos sostenedores, algunos respetables por su buena fé, aunque excesivamente dominados por la importancia que daria á los independientes la ocupacion de Lima, y los mas llevados del deseo de que se terminara la guerra á cualquiera precio. De aquí provino el que se presentase al ayuntamiento de Lima en 16 de diciembre una exposicion firmada por 70 vecinos notables, la que con su apoyo puso esta corporacion en manos del virey, pidiendo al gobierno estipulase con el caudillo enemigo tratados de paz y amistad á fin de que cesasen las discordias entre europeos y americanos. La reconciliacion en términos hábiles era un sentimiento universal, y el virey habia sido el primero que habia hecho proposiciones conciliadoras en cumplimiento de las órdenes de S. M. La diferencia consistia, pues, en qué los enemigos querian se partiera de la base del reconocimiento de la independencia, y esta condicion, excluida por la Córte, hacia irrealizable todo proyecto de acomodamiento. Lo que el ayuntamiento de Lima y los vecinos representantes pedian era una capitulacion, que el espíritu del ejército real y el de los amantes de la causa española rechazaba tambien, como vamos á probar con la insercion de los documentos de su referencia que tenemos por importantes para la historia, y para demostrar cómo el curso de los sucesos iba preparando un acontecimiento sensible, la destitucion del virey Pezuela.

La exposicion presentada al ayuntamiento decia así: «Excmo. Señor.—Los españoles vecinos de esta capital suscriben esta representacion para recordar á V. E. las obligaciones que tiene de propender »por todos los medios que estén á su alcance á libertar de la grande, funesta é inminente desolucion que la amenaza. Despues de tantos servicios y sacrificios que hemos hecho animados de nuestro amor »y lealtad al rey y por el bien de la paz del reino, bajo los esfuerzos, »actividad y talentos militares de nuestro Excmo. Sr. virey tenemos la »desgracia de hallarnos con el enemigo á las inmediaciones de la ciudad. La suerte de esta pende por consiguiente del éxito de una batalla, que si se pierde entrarán en ella vencedores y vencidos cansando las ruinas, incendios, robos y ultrages que acaben con esta »fiel metrópoli y su leal vecindario. Arderán las casas y los templos y »todo será horror y confusion en una ciudad populosa, indefensa, »edificada de materias combustibles y con una plebe en que hay muchos propensos al desórden.—Aleje Dios de nosotros tantos males que

»pueden envolvernos en lágrimas y sangre, mas es necesario que la »prudencia humana tome los medios oportunos para evitarlos siguien»do el ejemplo de los pueblos civilizados que solo combaten delante de »las plazas fuertes donde queda seguro refugio; mas no á las puertas »de las capitales populosas y abiertas, expuestas á los saqueos y rui»nas que las han hecho desaparecer cuando no se ha tenido esta pre»caucion. En semejantes circunstancias se solicita una capitulacion »honorífica, y se solicita antes de aventurarse á la suerte de las armas, »por que si esta es desgraciada, no cabe otra que la humillacion y la »entrega.—Esponga pues V. E. al Excmo. Sr. virey la necesidad en que »estamos de una transaccion y á la que debe propenderse con tanta mas »anticipacion, cuanto en las negociaciones de Miraflores indicaron los »diputados del general D. José de San Martin, segun aparece de su »oficio número 2.° *que no sería difícil hallar un medio de avenimiento* »*amistoso*. Medio que no sabemos cuál es y que en las luces y humani»dad del siglo, de que hace tanto alarde el Excmo. Sr. D. José de San »Martin, creemos será conforme á la seguridad y honor de esta capi»tal. Por tanto, y en la necesidad en que nos vemos, de no exponer »mas nuestras vidas y haciendas, á V. E. pedimos é instamos á que »con la mayor brevedad y con el debido apoyo, pasen esta represen»tacion á manos del Excmo. Sr. virey los Sres. alcaldes en persona co»mo presidentes del cuerpo municipal, y para que absolviéndose ver»balmente cualquiera óbice, se proceda inmediatamente á la apertura »y conclusion de la paz. etc.—Fr. Manuel Manzano provincial de San »Francisco.—Fr. José Figueras, rector.—Bartolomé de Orduña.—El »marqués de Casa-Dávila.—El conde de Casa-Saavedra.—Diego Alia»ga.—El conde de San Juan de Lurigancho.—Ignacio Cabero.—Miguel »Fernando Ruiz.—Hipólito Unánue.—Faustino del Campo.—Lorenzo »de Zárate.—Francisco Javier de Izcue.—Martin Arámburu.—Juan »Manuel Quirós.—Andrés Salazar.—Pedro Abadía.—Juan Salazar.—El »marqués de Villafuerte.—José Ignacio Palacios.—Francisco Alvarado.— »El conde de Vista Florida.—El marqués de Casa Boza.—Benito Carre»ño.—Miguel Tenorio.—Cárlos de Orbea.—Juan Pedro de Zelayeta.— »Lorenzo Sanz de Santo Domingo.—Angel Tomás de Alfaro.—Miguel »Tafur.—Pedro Manuel Bazo.—Tomás de la Casa y Piedra.—El conde »de S. Cárlos.—José Manuel Blanco de Azcona.—Dr. Mariano Alvarez.— »José Francisco Navarrete.—Pedro de Iriarte.—Lorenzo María Le»queria.—Felipe Coellar, cura de Surco.—Felix Devoti.—Mariano »Manjares y Mucho Trigo.—Juan Reimundez, cura del Sagrario.—Se»bastian Perez, cura de Guilas.—José Alvaro de Arias cura de san Ge-

»rónimo.—Juan Manuel Nocheto, cura de Puchur.—Manuel de Villa»rán, cura de la Magdalena.—Blas de Encina, cura de Ig.—José Rude»sindo Catano cura de Caina.—Agustin Bravo de Rueda.—Diego Hur»tado, cura de Mito.—Mariano Cabero.—Manuel de Landazuri.—Juan »José Muñoz.—Antonio de Almoguera, presbítero.—Esteban de Ares»curénaga, cura rector de Santa-Ana.—Ignacio Morales, capellan de la »Caridad.—José Gregorio Paredes.—Dr. Mariano Avellaneda, cura de »Huancayo.—José Antonio de Lara, cura de Yungas.—José Espinosa Ve»ga, cura de Paucartambo.—Mariano Lucas Guido, cura de Singa.—»Manuel José Voto, cura de Huánuco.—Juan Hernandez, presbítero.—»Agustin de Mendoza, cura de Ancallama.—Juan Esteban Enriquez—»Justo Figuerola.—Pedro Manuel de Escobar.—José de Iriarte.—Ma»nuel Agustin de la Torre.—Francisco de Iriarte.»

El ayuntamiento de Lima pasó este escrito á dictámen de los dos síndicos procuradores, concediendo dos horas de término á cada uno para que lo evacuaran, como lo verificaron el citado 16 de diciembre, aplaudiendo y apoyando el pensamiento de los representantes, aunque con esta diferencia. El Sr. Padilla, síndico procurador de 2.ª votacion, no solo tenia por laudable el proyecto de los ciudadanos peticionarios, sino que lo hallaba fundado en la real órden de 11 de abril de este año; en virtud de la cual habia el virey abierto con el enemigo negociaciones pacíficas en Miraflores, que ninguna utilidad produjeron, porque el rey prohibia que sirviese de base la independencia para ningun tratado, y los enemigos era la primera condicion que establecian. Pero prescindiendo Padilla de tan importante circunstancia, opinaba por que la referida representacion se elevase por el ayuntamiento al virey; «para »que, *decia*, haciendo el justo concepto que merece, ordene que se rei»teren los tratados oportunos por conducto de los sugetos que estime »convenientes, *unidos con los Sres. capitulares que elija este ayunta»miento*; porque aunque segun el estado actual de nuestras armas la »bravura y entusiasmo de nuestras tropas, y sus leales jefes nada te»nemos que temer cerca de la victoria que parece decidida á favor nues»tro, no obstante uno que otro contraste que nunca falta en las opera»ciones bélicas, la duracion de estas, la interrupcion del comercio, »principal sostén de toda sociedad bien organizada, y las consecuencias »funestas que le subsiguen, son motivos sobre manera imperiosos que »estrechan á arbitrar prudentes medios que cautelen los daños sin per»juicio de los derechos del rey y la nacion. Guiado el síndico de estos »sentimientos y otros muchos, que no le permite exprimir el angustia»do término de dos horas que se le han franqueado para absolver su

»respuesta, no puede dejar de coadyuvar la pretension, materia del re»curso del dia. El vecindario de Lima y provincias de que se compone »el reino del Perú son muy respetables y dignas de consideracion por »su fidelidad, servicios y otras muchas calidades que los distinguen, y, »harán sobresalir en los fastos de la historia de las Américas. Así pues »rodeadas (estas provincias) de opresion, necesitan que se les muestre »consuelo, y no siendo difícil proporcionar temperamento que lo induz»ca, es indispensable solicitarlo á la mas posible brevedad; especial»mente cuando en las sanas y benéficas intenciones de nuestro exce»lentísimo virey, y en sus profundos deseos de facilitarnos la paz, »abundan conocimientos y disposicion para expedir con sabiduría y ti»no luces iguales.» Y concluia pidiendo que se comprobara legalmente la autenticidad de las firmas de los peticionarios como una circunstancia que echaba de menos para poner sin demora en manos del virey la preinserta representacion; pero nótese como este opinante introducia ya la novedad de que los capitulares, *que eligiera el ayuntamiento*, habian de concurrir con las personas que el virey nombrara al arreglo de las transacciones pacíficas que se pretendian.

El Dr. Hermosa síndico, procurador general de primera votacion, reconocia que la solicitud precitada se reducia á procurar una capitulacion honorífica bajo de transacciones, para fenecer las discordias en consecuencia de lo enunciado en el oficio núm. 2.º de los plenipotenciarios del general S. Martin, en el que se establecia por base el reconocimiento de la independencia, y por lo tanto decia: «La propuesta »es muy grave atendido el tener de la cláusula citada, porque en ella se »significa con claridad la libertad del Perú como principio de la conci»liacion tan suspirada entre los habitantes de uno y otro emisferio. El »síndico es el órgano de los votos del pueblo: oye las razones pre»cautorias de los que suscriben, y reconoce el peso de su voto. Escu»cha tambien los gritos de otros ciudadanos que desconfian de todo »pacto, y no pudiendo combinar sus opuestos dictámenes, suspende »la discordia para que la dirima la legítima autoridad si no se logra »antes una exacta conformidad. Entre tanto reflexiona que el excelen»tísimo Sr. virey, los generales, oficiales y tropa manifiestan el ma»yor entusiasmo para defender la integridad de la nacion, á que les »obliga el juramento y la proclama publicada por V. E. el 14 de este »mes, cuyo sistema no puede retractarse por V. E. aunque parte del »pueblo le interpele. Bajo de estas dudas, como el recurso se dirije »á que V. E. apoye la transaccion abriendo el parlamento de Miraflo»res, y que sostenga el propósito enunciado contra los inconvenientes

»que se objeten, considera el síndico que la cita de ese oficio es un »tropiezo para cualquiera partido que pudiera negociarse de la ilustra»cion del Excmo. Sr. San Martin, cuyos propósitos de beneficen»cia son patentes á todo el que lea sus manifiestos.» Y despues de exponer que el poder verdadero para la clase de transacciones que descubria el mencionado oficio de los comisionados de San Martin residia en las Córtes con el rey, cuya potestad por la distancia no era consultable con la urgencia y prontitud requeridas, concluia opinando solo por entonces que se consultase al virey «para que si entre las reales »órdenes recibidas, despues de la constitucion, hay alguna que pre»venga ó indique el modo y formalidades con que deban expedirse las »negociaciones de paz ó de tregua con las provincias disidentes, se »sirva instruir de su tenor á V. E. para que con su inspeccion pueda »el síndico exponer su opinion sobre el mérito intrínseco de la solici»tud y términos en que deba apoyarse por lo respectivo al territorio.»

En el expediente que el ayuntamiento formaba con admirable precipitacion recayó este decreto: «Visto con lo expuesto por los señores síndicos, elévese á S. E. con el oficio acordado. Lima y diciembre 16 de 1820.—Hay diez y seis rúbricas.—Dr. Muelle, secretario.» Y el oficio á que se hace referencia es como sigue: «Excelentísimo señor.—Este cabildo pasa á la superioridad de V. E. por mano »de los señores alcaldes el adjunto pedimento de varios ciudadanos »respetables de esta capital, en el que aspiran á que se reabran las »negociaciones interrumpidas de Miraflores con los diputados del se»ñor general San Martin. Este medio de avenimiento amistoso de que »habian esos diputados en su nota oficial de 27 de octubre último, ha »quedado hasta el presente envuelto en un velo denso y misterioso. »Podrá tal vez suspender los daños que nos amenazan, contener los »furores de la guerra y demas males horrorosos que han sufrido los »países insurreccionados. Así en premio de la heróica fidelidad y ser»vicios notorios de esta benemérita capital, se ha de servir V. E. ac»ceder á las preces de dichos ciudadanos, solicitando por cuantos »medios dicte la prudencia del expresado señor general se reabran »dichas negociaciones, en cuyo caso nombrará este ayuntamiento el »diputado que represente á la ciudad. Dios guarde á V. E. muchos »años. Sala capitular de Lima, diciembre 16 de 1820.—Excelentísimo »señor.—El conde de San Isidro.—José María Galdiano.—Francisco »de Zárate.—Simon Macayo.—El conde de la Vega del Ren.—Fran»cisco Valle.—El marqués de Celpa.—Pedro de la Puente.—Francis»co de Mendoza Rios y caballero.—Mariano Vazquez y Larriva.—Ma-

»nuel Perez Tudela.—Manuel Saenz de Tejada.—Juan Esteban de Ga»rate.—Manuel del Valle y Garcia.—Miguel Antonio, de Venti.— »Manuel Alvarado.—Excmo. Sr. D. Joaquin de la Pezuela, virey, go»bernador y capitan general del reino.»

Tan pronto como se tuvo noticia de la exposicion que el ayuntamiento de Lima pasaba al virey con su apoyo, para que negociará una capitulacion, la indignacion del ejército y de una parte considerable de la poblacion, amante de los intereses de España, fué visiblemente notoria, y en consecuencia varios individuos del regimiento de la Concordia, que formaban los vecinos de la capital, dirigieron al virey un escrito que no podemos menos de insertar á continuacion por la prueba que suministra de nuestro aserto. Decia asi:

«Excmo. Sr.—Los individuos del regimiento de voluntarios distin»guidos de la Concordia del Perú que suscribimos, con el debido res»peto, parecemos ante V. E. y decimos: que por conductos fidedignos »de toda excepcion ha llegado á nuestra noticia haberse promovido un »recurso firmado por muchos sugetos, solicitando que esta fiel nobilí»sima ciudad se preste á abrir un nuevo armisticio con el caudillo del »ejército insurgente de Chile que la invade y hostiliza.—Como miem»bros de este recomendable cuerpo en que tenemos el honor de servir »formando una parte de la fuerza física en que se afianzan, no menos »que el interés del Estado, el bien comun de estos fieles habitantes, no »nos apersonariamos de esta grave materia, considerándola agena de »nuestra inspeccion, si no viésemos mezcladas entre esas detestables »firmas las de muchos Sres. jefes y oficiales, bajo cuyo mando inme»diato servimos al rey y á la nacion, ejercitándonos subordinados en »cuanto conduce al desempeño de los deberes de la profesion militar »que voluntariamente hemos abrazado.—Protestamos religiosamente »que no nos mueve espíritu de aversion individual, queja personal ni »interés particular en lo que representamos á V. E. El decoro de las »armas nacionales, el de V. E. y demas acreditados jefes que dirijen »las operaciones, á que como subalternos concurrimos, son el objeto »único y apoyo de nuestra solicitud. Esta se dirige á que sean re»movidos de los empleos que en el regimiento ejercen, por haber es»tampado su degradante firma en ese mal meditado y antipolítico pa»pel el teniente coronel D. Francisco Arias de Saavedra, el comandan»te D. Francisco Javier de Izcue, el sargento mayor D. Juan Salazar, »el capitan D. Pedro Abadía y otros diferentes subalternos.—Lejos de »nosotros unos hombres que tratan de sacrificar la sagrada causa que »defendemos al ídolo del egoismo y sórdida ambicion de que están po-

»seidos. ¡Contratos con un usurpador que desconoce toda ley! ¡Acomo»damientos con el autor de los asesinatos de la Punta de S. Luis; que »desoye los clamores de la humanidad; que mira como única razon el »imperio de la fuerza; que ingrato é infiel á su legítimo augusto sobe»rano ataca sus posesiones; que impiamente seduce los pueblos é in»troduce en ellos el desórden, el robo y la muerte! ¡Qué horror! ¿Creen »esos pusilánimes, indignos del nombre español, que firman el degra»dante papel, hallar en una convencion sancionada sobre la fé y pro»mesas del aventurero S. Martin la salvaguardia de sus idolatradas ri»quezas? No por cierto. Un hombre que no se para en usurpar á su »rey parte de sus dominios, ¿será escrupuloso en quebrantar los pactos »que con los súbditos establezca? ¡Rara obcecacion! Ellos serian las »primeras víctimas inmoladas á la ambicion y despotismo de ese parto »infernal. Fuera de nosotros volvemos á decir unos entes que tan preo»cupados, como adheridos á su único provecho, no han sabido discer»nir ni penetrar su verdadero interés. Nosotros, Excmo. Sr., que »desde el acto mismo en que hicimos el juramento ante las banderas »del rey, que hoy tremolan bajo el augusto nombre de la nacion, pro»metimos consagrar nuestras vidas á la defensa de sus legítimos dere»chos, no podemos disentir de esos indelebles principios que nos im»ponen la ley y el patriotismo. Seremos los primeros que á rostro fir»me los sostengamos enérgicamente hasta lo que alcance nuestra fuer»za. Si como es regular llegase á noticia de S. Martin el débil modo de »pensar de los jefes y oficiales que acusamos, sepa tambien los distin»tos sentimientos de este cuerpo en general, que ofrece derramar la úl»tima gota de sangre antes que adherir á la flaqueza de prometerse co»sa favorable de los convenios con el enemigo de la justa causa que »defendemos; pero no es posible cumplirlo, como deseamos, teniendo »á la vista unos compañeros de armas, cuya presencia nos inspira pre»cisa desconfianza. El recuerdo del oprobio al verlos continuar entre »nosotros impunemente enervaria nuestro más decidido entusiasmo. Los »graves y ejecutivos males exigen prontos y activos remedios. El de se»parar del cuerpo dichos señores jefes y oficiales es el único que en las »actuales críticas circunstancias que nos afligen podemos proponer á »V. E., y se lo hubiéramos hecho presente de viva voz el dia de la úl»tima revista si no considerásemos que el pueblo novelero, que todo »lo tergiversa, podria atribuirlo á accion tumultuaria: asi pues resol»vimos practicarlo por medio de esta reverente representacion: en cu»ya atencion á V. E. pedimos y suplicamos que, en mérito de lo expues»to, se digne separar del regimiento de voluntarios de la Concordia del

»Perú en que servimos á todos los individuos, cuya nomenclatura deja»mos hecha, sustituyendo en su lugar á otros en quienes no concurran »las faltas de que los acusamos, cuya providencia creemos de justi»cia, etc.»—Juan Martin de Larrañaga.—Rafael Garcia.—José de la Gándara.—José Perez.—Manuel Castillo.—Joaquin Gonzalez.—Juan Manrique.—Francisco de los Heros.—José Rubira.—Luis Urizar.—José María Portilla.—Juan Santos Murrieta.—Juan José Mayo.—José Joaquin de Vicuña.—Juan de Idiaquez.—Pedro Martinez.—José Uria.—Francisco Yrigoyen.—Manuel Antonio de Esponda.—Pedro Meari.—Eduardo Escajadillo.—José de Diego y Trueba.—Francisco de Amézaga.—José Gervasio de Palma.—Francisco Martinez de las Herrerías.—Toribio de la Cabareda.—Francisco Seguí.—Francisco Castañares.—Marcos Romero Izquierdo.—Domingo Abella.—José María Ibarra.—Eugenio Rodriguez.—Tomás de la Riera.—José Iriarte.—Manuel Francisco del Campo.—Juan Arrepuera.—Tomás Antonio de Arzabiega.—Julian de Uribe.—Pedro Navarro.—Manuel Gil.—Antonio de Urquiza y Pertica.—Martin de Bueno.—Francisco Ignacio de Otamendi.—Juan Bozi.—José María de Sarasa.—Manuel de Eguia.—Mariano Martinez.—Mateo Aillon.—Santiago de Astigarraga.—Pedro Rubira.—José Manuel Ibañez.—José Causiño.—José Garcia Gutierrez.—Andrés Perez y Escuti.—José Castro del Rio.—Manuel de San Martin.—Pédro de Cordon.—Mariano Cordero.—Juan Bresano.—Rafael Doihararte.—Dr. José Talalla.—Pedro Antonio de Pellon.—Francisco Palacios.—Miguel Serrano.—Francisco Ballesteros.—Antonio Negrete.—José Macho.—Joaquin Martinez.—Eusebio José de Villar.—Juan Anorraca.—Mariano Salazar.—Juan Urbina.—Manuel Iglesias y Garcia.—Manuel Olaminde.—Joaquin de Larrea.—Manuel Marquez.—Pedro Puirredor.—Alejandro Durana.—Cecilio Durán.—José María Zatarán.—José María Artola.—José Adaliz.—Pedro Castellanos.—Isidro Telechea.—Manuel Alonso.—Miguel Antonio de Piñaga.—Juan Tomás Romero.—Julian Lopez.—Domingo Astorica.—Francisco de la Cruz.—Antonio Herrera.—Manuel de Bringas.—Francisco Chambovet.—José Echavarría.—José Iglesias.—José Gomez.—Antonio Garcia.—Gerónimo del Rio.—Antonio Martinez.—José Cáceres.—Juan de Balbás.—Santiago Barunda.—José Rafael Madagriaga.—Lorenzo Cáceres.—José Garcia.—Mateo Herrera.—Andrés Martinez.—Fernando Iparraguirre.—Melchor Velarde.—Ramon Cruces.—José Zubillaga.—Ludovico Eiraldo.—Manuel de la Torre.—Bernardo Efien.—Manuel Oviedo.—Juan José de Urcona.—Domingo Fabeiro.—Jacinto de la Cruz.—Cristobal Caballero.—Bartolomé Manrique.—Juan de la Bia.—

Francisco Barrenechea y Salcedo.—Antonio Paredes.—Ramon de Anolovis.—Juan Bial.—Nicolás Baullosa.—Juan Manuel Gil.—Juan Garcia.—José de Escuti.—Clemente Campelo.—Ramon de Olasarri.—José Olasarri.—Miguel Santiago.—Andrés Garona.

El virey desestimó la representacion de los vecinos de Lima que el ayuntamiento puso en sus manos con recomendacion; pero ninguna providencia dictó contra los jefes y oficiales de milicias disciplinadas y del regimiento de la Concordia que la suscribian, ni despues de haber recibido la peticion al efecto que acabamos de insertar; y como los firmantes empezaron á disculpar su injustificable conducta con que se les habia indicado que S. E. estaba enterado y consentia el paso que se iba á dar, la indignacion de los que querian defenderse subió de punto, y en el vasto campo que se abria á las conjeturas el favorable prestigio de la primera autoridad sufrió inmensamente.

Entre tanto se hallaba totalmente incomunicada la capital con la provincia de Trujillo, despues que San Martin trasladó su cuartel general á Huaura y que Cochrane presidia el bloqueo del puerto del Callao; y aunque no se contaba en aquella provincia con medios suficientes á prometer una vigorosa resistencia, tampoco esperaban todos que su mismo gobernador intendente, el marqués de Torre-Tagle, fuese el promovedor de su insurreccion, pronunciándose en favor de la revolucion, y haciendo en consecuencia proclamar y jurar la independencia el 24 de diciembre. Torre-Tagle habia sido nombrado por el rey gobernador intendente de la paz; mas no acomodándole servir este destino, como se dijo, obtuvo del virey el mando de la provincia de Trujillo en la costa del norte que puso á disposicion de los invasores, asegurándoles por medio de esta traicion una base sólida de operaciones en tierra, de la que habian carecido hasta entonces. Torre-Tagle inauguró su nueva bandería, poniendo presos al ilustrísimo Marfil, obispo de la diócesis y á varios europeos vecinos notables de la ciudad, á quienes embarcó y remitió seguidamente á Huaura á las órdenes del caudillo enemigo. De este modo quedó de hecho por los independientes todo el territorio peruano desde Chancay á Guayaquil, y esta desgracia tan trascendental se atribuia, como las anteriores, á imprevision y falta de consejo en el gobierno, como sucede comunmente en todos los paises en igualdad de circunstancias.

Como una situacion tan delicada y crítica, acompañada de la mas incomprensible inaccion en las operaciones militares, era generalmente censurada; como la insurreccion progresiva del pais disminuia en proporcion toda clase de recursos, y como se conservaban en destinos

influyentes, y al parecer con favor, á personas que merecian la desconfianza pública, y á cuyo pernicioso influjo se atribuia tambien el que el virey no hubiese aprobado el movimiento de la vanguardia sobre Sayán y al contrario adoptase la inmediata notable disminucion de su fuerza, que proporcionó la defeccion del batallon de Numancia, el expresivo descontento penetró el palacio del virey, de cuya buena fé se creia que se abusaba, y hasta cierto punto se acalló el clamor público, dando á reconocer por 2.° en el mando al teniente general D. José de la Serna, quien no habia cesado de ser un objeto constante de respeto y de esperanzas para el pueblo y para el ejército.

CAPITULO XVIII.

San Martin en Retes.—Una ocasion perdida.—Sus consecuencias.—Cesacion del virey Pezuela en el mando.—Estado del Perú por el general Ramirez.—La Serna se encarga del vireinato.—Nombramiento de Canterac y de Valdés.—Da parte la Serna al rey, y le pide un sucesor.—Valleumbroso y Secane.—Pérdida del bergantin Maipu.—S. M. aprueba en 29 de julio la eleccion de la Serna para virey.—Ricafort y Valdés.—Accion de Ataura.—Carratalá.—Accion de Canta.—Miller y Camba.—Conspiraciones.—Abreu, comisionado régio.—Negociaciones de Punchauca.—Entrevista del virey y San Martin.—Proposiciones de ambos jefes.—Nueva y peligrosa expedicion de Arenales.—Estado de la opinion en Lima.—Rodil.—Olañeta.—Pérdida de Méjico y Costafirme.

AÑO DE 1821.

A principios de este año los ejércitos beligerantes conservaban las mismas posiciones que tenian á fines del anterior; pero engreido el enemigo con las ventajas que le habian proporcionado la fortuna y nuestros errores por un lado, la traicion, la perfidia y el espíritu de novedad por otro, y alucinado tal vez con la idea de que otros cuerpos del ejército real secundarian la negra conducta del batallon de Numancia, levantó su campo de Huaura y vino á ocupar la hacienda de Retes, situada á una legua al nordeste próximamente del pueblo de Chancay, donde con toda probabilidad debió de recibir un golpe de muerte si los jefes españoles hubiesen podido y sabido emplear los medios con que contaban para lograrlo.

Supuestos el sigilo y prontitud necesarios, alma de la mayor parte de las operaciones en la guerra, las tropas españolas, decampando entre cuatro y cinco de la tarde, podian amanecer al siguiente dia sobre la posicion del confiado San Martin con fuerzas superiores, particularmente en caballería, incorporados como se hallaban en Aznapuquio los dos escuadrones de granaderos de la Guardia que mandaba Ferraz, los dos de lanceros que mandaba Bedoya y el de dragones de Arequipa, de que era comandante Horna, procedentes todos del alto Perú y de Arequipa. Tan luego como el enemigo se viera obligado á abandonar á Retes, lo que no podia dejar de suceder hasta para tomar una posicion mas militar, quedaba el agua del lado de las tropas del rey, y las suyas sin ella y con terribles arenales á retaguardia, de 16 leguas en direccion de Huacho por la playa y de 10 en la de Sayán. Un cuerpo de ejército con estos graves obstáculos que vencer, y con otro superior á la vista, pronto á hostilizarle y aprovechar el primer momento favorable que se le ofreciera, y que podia hacerse proveer de agua y demas bastimentos del pueblo de Chancay y de las haciendas de su valle, no era muy fácil que lograra completar su retirada sin experimentar considerable pérdida si no era disuelto. Los jefes superiores del ejército español conocieron bien la importante trascendencia, hasta moralmente considerada, de buscar sin pérdida de tiempo al enemigo con todas las fuerzas campadas en Aznapuquio, y se apresuraron á proponer al virey este pensamiento, cuyas ventajas pareció reconocer conviniendo en él y encargando su ejecucion al general la Serna su 2.° en jefe. Mas como por desgracia del virey y del ejército nada se proyectaba que los enemigos encubiertos ó los amigos imprudentes no hicieran público; como se hiciese comprender la conveniencia de conducir con el ejército artillería gruesa, y se empleasen algunos dias en los preparativos, se vulgarizó la especie de que iban á moverse las tropas: pudo San Martin ser avisado, reconocer la falsa posicion que con harta ligereza habia ocupado, y retirarse con tiempo á Huaura.

Recibida en Lima la noticia de que el enemigo levantaba su campo de Retes y se retiraba á Huaura, fué mas visible el fundamento del movimiento proyectado y mas notable el error del tiempo perdido. El virey entonces dispuso que el brigadier Canterac con la caballería y algunos batallones marchara inmediatamente sobre Chancay, debiendo seguir y apoyar esta operacion el teniente general la Serna con el resto de las tropas campadas en Aznapuquio; mas en vez de moverse la Serna el 27 de enero tuvo órden para lo contra-

rio, y Canterac recibió en el rio Pasamayo la de regresar sin demora al campamento de donde acababa de salir, como lo verificó en la tarde y noche del 28. Por este tiempo la capital empezaba á sentir los tristes efectos de un bloqueo por mar y tierra, y bien fuese por la aversion que se iba generalizando contra el gobierno, bien deseo de anticiparse á merecer las buenas gracias de los independientes, mirados ya por muchos como dueños de la ciudad, lo cierto es que cada dia habia nuevas deserciones de vecinos de Lima y de oficiales del ejército, y que reinaba entre los leales el mas melancólico descontento. Despues de las esperanzas concebidas con el movimiento prevenido á las tropas, las órdenes para que la Serna se mantuviera en Aznapuquio y Canterac regresara á este campamento, acabaron de convencer de que en el gobierno no existia plan para conjurar la tempestad que crujia, y que si habia alguno, era solo el de conservar á Lima mientras se pudiera, como se decia, y capitular despues; idea que abiertamente resistian la mayoría del ejército y demas defensores de los derechos españoles.

Antes de esas últimas órdenes, que agotaron el sufrimiento y exaltaron la lealtad, era muy comun la persuasion de que ó el virey no se hacia bien cargo de la diferencia que existia entre las circunstancias y los enemigos actuales, y la época y los enemigos que habia batido con fortuna en el alto Perú, ó que rodeado, como se temia, de desleales sin conocerlos, estaba siniestramente aconsejado, lo que parecia mas probable. Con el laudable fin pues de paralizar las perniciosas influencias que se recelaban hacia tiempo, y que acaso los mismos enemigos fomentaban de intento, algunos jefes del ejército habían empleado los mejores modos y términos para representar al virey la conveniencia de que se descartara en parte de la odiosa censura de las operaciones de campaña, creando bajo su presidencia una junta de guerra *directiva*, á cuya propuesta se adhirió S. E. de buena voluntad. Pero los peligrosos aduladores, ó los enemigos solapados del virey y de la España supieron despertar pronto en su ánimo la fatal idea de que una junta semejante era depresiva de su alta dignidad, resorte irresistible para el hombre noblemente zeloso de la autoridad que le estaba confiada, y asi arteramente lograron que el virey redujese las funciones de la expresada junta á meramente *consultivas*, únicas que la ordenanza militar permitia, en sentir de los instigadores interesados, como si las circunstancias presentes pudieran estar previstas en ningun código.

Esta repentina é inesperada variacion en momentos angustiosos de suyo fué un motivo mas de agitacion para la opinion desfavorable al

virey, y las órdenes de suspension del movimiento comenzado por Canterac, bajo el pretexto de que si el enemigo se embarcaba en Huacho podria ocupar la capital antes de que las tropas regresaran á tiempo de defenderla, cuando la plaza del Callao estaba bien guarnecida, el ejército real no podia alejarse 30 leguas sin saber el embarco de los enemigos, y el viento que sopla constantemente del sur en aquella costa es totalmente contrario para navegar desde Huacho y Supe á las inmediaciones de Lima, produjeron en la mayor parte de los ánimos la plena conviccion de que era absolutamente necesario recurrir á un arbitrio extremo, sensible, pero inevitable. Varios vecinos notables de Lima habian pedido la paz al virey por medio de una capitulacion; el ayuntamiento habia apoyado la demanda reclamando intervenir en las negociaciones; y algunas personas ligeras habian dejado percibir la mala especie de que S. E. estaba conforme con el pensamiento que se le proponia, lo que tenemos por calumnioso, pero habia hecho su efecto; y aunque en apoyo de esta circunstancia importantísima pudiéramos insertar varios testimonios de testigos presenciales, nos parece bastante á nuestro propósito el de D. Toribio de Acebal, coronel secretario del vireinato del Perú entonces, que dice asi: «Me consta que »una porcion de individuos de la capital de Lima en el Perú hicieron »la representacion que se expresa al ayuntamiento de aquella capital, »que pedian que aquella corporacion la elevase al Excmo. Sr. virey que »lo era entonces el Exmo. Sr. D. Joaquin de la Pezuela, y que este pa»so se verificó en efecto á fines de 1820. Tambien me consta que el »ayuntamiento la elevó al virey, que entre los sugetos que la firmaban »era uno de ellos el coronel de milicias disciplinadas de Carabaillo don »José Ignacio Palacios: que reconvenido este por el virey, que le di»jo que cómo habia firmado tal representacion, le contestó Palacios »que no habia podido prescindir de firmarla por habérsela llevado pa»ra éste efecto el licenciado D. Matias Maestre, hallándose en el pala»cio arzobispal, el que al manifestarle Palacios repugnancia á prestar»se á ello, temeroso del desagrado del virey, le dijo Maestre que la »representacion se hacia con el beneplácito de S. E., y que á esta ra»zon prestó la firma. Vi tambien que el virey se irritó al oir esta con»testacion, y gritó á un alabardero para que llamase al licenciado Maes»tre. No puedo decir si el alabardero volvió, ni si se verificó la presen»tacion de dicho eclesiástico, porque los cargos de mi empleo llamaban »mi atencion en otros parages. Solo diré que hablando conmigo D. José »de la Mar, subinspector de las tropas, me dijo que el excelentísimo »señor virey le habia enseñado la expresada representacion, y que en

»ella se pedia que se capitulara con el caudillo S. Martin que bloquea»ba el Callao y habia desembarcado su ejército en Huaura, y que ya te»nian este documento para en caso de entrar en contestaciones con di»cho rebelde. Tambien he visto la exposicion presentada por varios in»dividuos del regimiento de la Concordia del Perú al Excmo. Sr. virey »pidiendo la separacion de su cuerpo de los individuos que habian fir»mado la anterior, presentada al ayuntamiento sobre capitulacion. Creo »que ni á la primera ni segunda de estas dos exposiciones puso el vi»rey providencia alguna, pues que no se hizo remocion alguna en el «regimiento de la Concordia. Es cuanto puedo decir con certeza, etc. »Madrid 26 de mayo de 1830.—Toribio de Acebal.»

Despues de tantas desgracias experimentadas desde setiembre del año anterior, empezándose á percibir en el campamento de Aznapuquio el desarrollo de un gérmen contagioso que tantos estragos causó en el personal del ejército; vulgarizada la peticion de los setenta notables vecinos de Lima que el ayuntamiento pasó al virey con apoyo, pretendiendo ademas intervenir en las negociaciones de la capitulacion que se solicitaba; esparcida mañosamente la mala especie de que el virey estaba conforme con que se le dirigiera dicha peticion; generalizada la desconfianza contra varios altos funcionarios, señaladamente contra el intendente Arrieta, secretario particular del virey que tambien habia sido miembro de la primera junta revolucionaria de la Paz, y contra los generales Llano y la Mar, indivíduos de la junta consultiva de guerra, quienes vinieron á confirmar esa desconfianza abrazando despues el partido de la independencia; perdida injustificablemente la oportuna ocasion de batir con probabilidad á San Martin en Retes, adonde su excesiva confianza lo habia ciegamente conducido; anulado el movimiento que habia de ejecutar, aunque tarde, el general la Serna, mandando regresar al brigadier Canterac á Aznapuquio con las tropas con que lo habia comenzado; á la vista del triste cuadro que el estado de las cosas públicas presentaba, y consultando solo sus sentimientos españoles y los intereses de la España, á su juicio, los jefes del ejército reunidos en el campamento de Aznapuquio, se resolvieron el 29 de enero á pedir resueltamente al virey Pezuela que resignara su elevado cargo en su segundo el teniente general D. José de la Serna, designado al efecto por el concepto público, y señalado tambien por S. M. para sucederle, como resultó despues del pliego de providencia. Esta peticion fué suscrita por D. José Canterac, don Gerónimo Valdés, el marqués de Valleumbroso, D. Fulgencio de Toro, D. Agustin Otermin, D. Ignacio Landazuri, D. José Ramon Rodil,

D. José García Sócoli, D. Ramon Gomez de Bedoya, D. Valentin Ferráz, D. Andrés García Camba, D. Francisco Ortiz, D. Antonio Seoane, D. Ramon García Lemoine, D. Mateo Ramirez, D. Antonio Tur, D. Pedro Martin, D. Francisco Narvaez y D. Manuel Bayona.

Ciertamente no desconocian estos jefes la gravedad del paso que creian conveniente dar, despues de haber empleado algunos las insinuaciones confidenciales, y aun los arbitrios oficiales, para conseguir hacer la guerra con la mayor esperanza. En la persuasion de que desembarazado el virey Pezuela de su numerosa familia, que amaba tiernamente como esposo y como padre, saldria de Lima á la cabeza de las tropas, único arbitrio propio en que se confiaba para prolongar la defensa del Perú, se le representó la importancia y conveniencia de enviar aquella á España, y fué aceptada la idea; mas preparado el embarco de esa respetable familia, se publicó el desestimiento del viaje sin manifestar casual bastante á justificar esta resolucion, atribuida comunmente á influencias de amigos sospechosos. Al mismo tiempo el ejército, sabedor de lo que se trabajaba en Lima por inclinar al virey á una capitulacion con el enemigo, y exaltado, si se quiere, de noble patriotismo, resistia abiertamente el pensamiento de rendir las armas sin probar fortuna: la grande distancia que lo separaba del trono impedia que le pudiese exponer respetuosamente su situacion para obtener el pronto remedio que lo crítico de las circunstancias reclamaba; y la opinion pública no cesaba de clamar contra la direccion de la guerra, por las desgracias experimentadas como su forzosa consecuencia, y contra la peligrosa inaccion en que lastimosamente se yacia, llegando á censurarla con las expresiones mas duras y los conceptos mas avanzados. Pero el ejército, si bien creia que algunas personas desconceptuadas rodeaban al virey con peligroso ascendiente, al parecer, y si sentia profundamente las precisas consecuencias de los errores que se enumeraban y de la inaccion que fundadamente se censuraba, jamás llegó á poner en duda la lealtad del virey al rey ni su fidelidad á la España, cuyos intereses habia defendido afortunadamente con gloria en el alto Perú en diferentes circunstancias, aunque críticas tambien.

Los jefes del ejército del Perú obedecieron con puntualidad las órdenes del virey Pezuela, y le sirvieron siempre cual debian, como á legítimo virey, sin pensar jamás en su remocion del mando hasta que el curso desgraciado de los sucesos vino á sugerir este pensamiento como indispensable. Deseaban ardientemente que el dominio español allí se salvara, y cuando menos que se defendiera el pais hasta que

la Córte pudiese ser instruida de su verdadero estado y se recibieran sus consiguientes mandatos: al efecto se pusieron en juego los medios que quedan indicados, y que con mayor extension manifestó á S. M. el mariscal de campo D. Gerónimo Valdés en la exposicion documentada que dirigió al gobierno del rey en 1827 desde la ciudad de Vitoria. Reducida la capital del Perú á la triste situacion que queda indicada, y que á mayor abundamiento confirma el mismo virey Pezuela en la página 31 de su manifiesto, por estas palabras: «Mas pensador »y mas humano que ellos (los jefes que suscribieron su cesacion en »el mando) lejos de considerarme en el centro de los recursos, me »contemplo en un pais arruinado por diez años de guerra destructo»ra, sin comercio y sin industria, con sus mas ricos minerales ocu»pados por el enemigo, con sus fincas destrozadas, donde el hombre »de algun capital lo está consumiendo á pasos agigantados con el »exorbitante precio de los artículos de primera necesidad, y donde en »fin ya falta muy poco para que fije su asiento el terrible aspecto de »una miseria consumada;» los jefes del ejército, que tenian plena confianza en los medios de resistir aun á la revolucion, de que dieron pronto relevantes y gloriosas pruebas, creyeron llegado el necesario caso de que el gobierno del reino cambiara de manos. En igualdad de circunstancias de creer es que obrasen del mismo modo los partidarios ilustrados de la obediencia pasiva, porque admitida esta sin exámen podria cuestionarse hasta el mérito de la resistencia á la usurpacion francesa en 1808, el concedido á los realistas de la Península en 1823, y otras concesiones mas recientes y menos disculpables acaso aun de que ha sido frecuentemente teatro la nacion española. Muy de lamentar será siempre hasta la necesidad reconocida de semejantes extremos recursos, pero nunca los juzgaríamos sin examinar bien su orígen y su objeto.

El virey habia significado sin reserva la imposibilidad de continuar la defensa del Perú en el estado en que se hallaba, sin fuerzas de mar superiores, y con palabras terminantes manifestó esta opinion en la junta de generales antes del 29 de enero, como expuso el general Valdés al rey en su citada documentada representacion «no faltando, *añade*, alguno que las haya rebatido con calor en el acto de ser pronunciadas;» y esa opinion, disculpable por las circunstancias difíciles á que habian llegado los negocios públicos en el Perú, abria sin embargo mayor campo á las conjeturas sobre la peticion de capitulacion, presentada por vecinos notables y sorprendentemente apoyada por el ayuntamiento de Lima, concurriendo todo en fin á acalorar la

desconfianza de los hombres decididos por continuar á toda costa la defensa. Apoyábanse estos animosamente, no solo en los principios establecidos por autores acreditados que han tratado del derecho de la guerra, sino en la regla que determinaba una disposicion de la regencia de España en la lucha contra Napoleon. Sitiada la plaza de Badajoz por los franceses y muerto su valiente gobernador el general Menacho el 4 de marzo de 1811, le sucedió en el mando el de igual clase D. José de Imaz. Reunió este inmediatamente un consejo de guerra para resolver sobre los medios y modo de continuar la defensa de la plaza ó entregarla al enemigo: votó Imaz con la minoría, que estaba por la continuacion de la defensa, y sin embargo capituló y entregó á Badajoz á los franceses seis dias despues de la muerte de Menacho. Enterada la Regencia de lo ocurrido en la referida plaza, á principios del siguiente abril expidió una circular, que aprobaron las Córtes, ordenando que mientras hubiese en una plaza un oficial que opinara por la defensa, aun cuando fuese subalterno, no se capitularia y se encargaria del mando en el hecho mismo el oficial que asi opinase.

En fin, cediendo el virey al imperio de la necesidad dió á la determinacion de la mayoría de los jefes del ejército, que pedian ó exigian la resignacion del mando del reino en el general la Serna, su 2.°, y nombrado ademas para sucederle en el pliego de providencia, como se vió despues, el aire de acto espontáneo de su voluntad, apoyándolo en el estado de quebranto en que reconocia su salud y en la falta que le hacia descansar de sus fatigas, reservándose empero, como era justo, el derecho de justificar su conducta ante el rey y la nacion, y del mismo recurso usaron tambien los jefes firmantes para acreditar la suya respecto de un hecho sensible, sin duda alguna, pero que habia llegado á parecerles indispensable. El acto era indudablemente atrevido, envolvia sí un pensamiento eminentemente español y grande en su objeto, pero la empresa era colosal atendido el estado de la division y de la flaqueza en que el Perú se encontraba á la sazon; y para que este estado pueda verse descrito por un sujeto de toda excepcion, vamos á copiar el parte que el general en jefe del ejército del alto Perú D. Juan Ramirez y Orozco dirigió desde Puno al ministro de la Guerra, su fecha 1.° de enero del presente año, el cual dice asi:

«Excmo. Señor.—Aprovechando la conyuntura que me ofrece la »fragata de guerra de S. M. B., nombrada la Macedonia, que acaba »de arribar al puerto de Mollendo con objeto de pasar en seguida al Ja»neiro, es un deber mio manifestar á V. E. el estado actual de esta »parte de Sud-América y el *inminente peligro que se divisa con visos de*

»*certeza*, si con la velocidad del rayo no se acude al pronto remedio. »En oficio de 16 de diciembre último anterior participé al Excmo. Sr. con»de de Casaflores, ministro plenipotenciario de S. M. cerca de S. M. F. »en la corte del Brasil, lo que manifiesta la copia que acompaño se»ñalada con la letra C; pero como de dia en dia van creciendo nuestros »cuidados y recelos, al paso que desaparecen los recursos por la pre»ponderancia que adquiere el enemigo *en la fuerza física y mucho mas* »*en la moral*, es doble el apoyo que da mi pulso á mi débil pluma pa»ra manifestar á V. E., aunque en bosquejo, la crítica y terrible si»tuacion del Perú.—Despues que San Martin hizo sus correrías en Pis»co con la conocida idea de aumentar sus fuerzas, ganar la voluntad »de los pueblos, proporcionarse recursos de toda especie para ponerse »en aptitud de garantir su empresa, se reembarcó llevándose mas de »500,000 pesos en azúcares y aguardientes de las haciendas circunve»cinas á aquel puerto, con mas de 1,000 negros y lo demas que fué »presa de su pillage, segun dice la voz pública. Preparó una division »al mando del caudillo Arenales contra las provincias de Huancavelica »y Huamanga, y á pesar de que no fueron completos los sucesos que »se prometia, alcanzó sin embargo revolucionar los partidos de San »Juan de Lucanas y Cangallo, de que resultó una reunion de 3 á 4 »mil indios acaudillados por Torres y Morera, que fué deshecha y ba»tida por las fuerzas que mandaba el brigadier Ricafort. Esta opera»cion preparatoria para tranquilizar la provincia de Huamanga, y eje»cutar despues el órden de movimientos convenientes, embarazó se»guir la retaguardia de Arenales, quien por el valle de Jauja y Tar»ma dirigió sus marchas para incorporarse con San Martin, situado »en Ancon al norte de Lima. No sé hasta el dia el paradero de Arena»les, ni si haya sido hostilizado por las tropas del ejército de Lima: »tambien ignoro la exacta posicion que ocupa San Martin. Esta incer»tidumbre dimana de que me faltan cuatro correos de Lima, y que el »último que acaba de recibirse por la via de Arequipa es atrasado en »dos meses, en cuyo tiempo solo he tenido un expreso del Excmo. Señor »virey en que me pedia tropas, que ya envié por mar y tierra en el »número de tres batallones, y los dos mejores escuadrones, que »equivalen á tres por estar montados bajo el pie de tres com»pañias, única fuerza de que me he podido desprender á pesar »de la gran falta que hace para otras muchas atenciones, y prin»cipalmente para cubrir con seguridad todo el dilatado territorio de mi »inmediato mando.»

«Por la via de Arequipa y con referencia á algunas cartas que se

»han recibido allí de Lima, sé de positivo la desagradable ocurrencia »de que el batallon de Numancia se pasó á los enemigos en la noche »del 2 de diciembre último. Este contraste tan considerable y tan tras»cendental en las tropas del Perú, unido á la pérdida de la fragata de »guerra Esmeralda y á la toma de Guayaquil por la intriga y contrare»volucion de la guarnicion ha influido en los habitantes fieles de la Amé»rica *un descontento general, un vivo disgusto y una desconfianza de »perder para siempre las esperanzas del buen éxito de las armas na»cionales*. Agrégase á esto la fuerza moral que San Martin ha conse»guido con tamañas ventajas y *lo predispuesto que está el espíritu pú»blico á oponerse á todo esfuerzo*, ya por el temor que á muchos les »asiste, *ya por la propension de la mayor parte al sistema revolucio»nario*, y ya por el recelo que todos casi generalmente tienen de *con»siderar infructuoso todo sacrificio* que parta de la posibilidad *de nues»tros actuales recursos*.-No es, Sr. Excmo., San Martin y sus satélites »los únicos enemigos que tenemos. Son mayores y de mas consideracion »los que por desgracia de esta guerra abundan ya en todas las capita»les, pueblos, y aun en las mas pequeñas aldeas. Acaba de ocurrir »recientemente en los cuerpos de la vanguardia una sedicion de los »batallones de Cazadores y Partidarios por las clases de tropa, que »debió ejecutarse el 13 de diciembre anterior á no ser felizmente des»cubierta por la delacion que se recibió de ella con oportunidad. El »plan de los traidores era asesinar al comandante general, jefes y ofi»ciales de la vanguardia, y llamar despues al caudillo Güemes que vi»niese á apoderarse del alto Perú. Son pocas todas las expresiones que »se apliquen en la descripcion de las fatales consecuencias que hubie»ra originado esta catástrofe, á no haber mediado las acertadas y eje»cutivas providencias de castigar á los cómplices con un escarmiento »ejemplar y cual correspondia á la gravedad del caso.»

«En el mismo dia 13 de diciembre con corta diferencia debia ha»berse realizado en Oruro otra revolucion en la que hacia el primer pa»pel el capitan del batallon de la reina, D. Mariano Mendozabal, varios »individuos de todas clases, y, lo que es mas escandaloso, el mismo »gobernador, teniente coronel, D. Fermin de la Vega; pero fué descu»bierta por haber sido interceptados en el despoblado de Atacames unos »pliegos, que el caudillo Chinchilla dirigia al de la misma clase Güe»mes, manifestándole el detalle aproximado del verdadero estado de »nuestra fuerza, sus posiciones y recursos. El proyecto era igualmen»te matar á todos los decididos por la justa causa, tomar todos los al»macenes de cartuchos, pólvora, armamento de toda clase, artillería

»y los útiles de guerra que forman en la actualidad la maestranza ge»neral del ejército y provincias de mi dependencia, como tambien los »almacenes de vestuario, intereses nacionales y sobre todo llevarse la »tropa, y con ella engrosar la fuerte gavilla de Chinchilla y revolver »las provincias de la Paz y Cochabamba, y por consecuencia todo el »distrito de Buenos-Aires. Asi indudablemente hubiera sucedido si, »tan luego como recibí los pliegos interceptados, no envio á Oruro á »toda diligencia á mi ayudante de campo D. Benito Miranda con las »instrucciones competentes para averiguar la conspiracion y cortarla »como efectivamente ha sucedido sin la menor desgracia por nuestra »parte, habiendo sido ya castigado el mas culpable, fuera del autor »Mendozabal que fugó con anticipacion á los enemigos. Se está siguien»do la causa bajo las formalidades correspondientes, y en breve será »concluida, aunque debe ser muy voluminosa y de la mayor conside»racion por la multitud de cómplices y circunstancias del suceso.—Es»tas ocurrencias son desagradables, y aun cuando fueron descubier»tas en tiempo, queda el sentimiento de conocer la disposicion de los »ánimos para todo lo que es adverso, y crea V. E. que generalmente »en los pueblos hay igual predisposicion, imaginándose falsamente »ser este el medio mas adecuado de terminar la guerra.»

«Es indudable que el plan de los enemigos es combinado y gene»ral, y que no solo por las armas sino por la intriga y seduccion, que »en todas partes introducen con fruto, garantizan su proyecto. Hasta »ahora no me es dado opinar con cabal acierto sobre el sistema princi»pal de operaciones de San Martin; mas por los movimientos parciales »que ha ejecutado comprendo que sus miras son revolver todos los pue»blos, y apoderarse de sus recursos, ponerse en comunicacion con »Bolivar desde Guayaquil por la facilidad que le presta el reino de Qui»to, que á la fecha debe haber quizá perdido su equilibrio, tanto »por las pocas tropas del rey que lo guarnecian, como por la acredita»da adhesion de aquellos habitantes al sistema disidente; engrosar sus »fuerzas hasta el grado que necesite para dar una batalla con toda se»guridad, y entre tanto hostilizar la capital del Perú obligándola y »privándola de toda clase de recursos, hacer correrías por todas partes »y sacar el fruto del pillaje y de la desolacion.—Estos movimientos »los hace San Martin con provecho y sin la menor resistencia, sin »que puedan evitarse á causa de nuestra debil é impotente escuadra »para conducir tropas y contrarestar sus reembarcos y desembarcos, »único auxilio de exposicion. De aqui es que no podemos contar con »otros sucesos que los que nos ofrece la suerte de las armas por tierra;

»y como estos han de ser cuando San Martin quiera, en fuerza de la »latitud del territorio y de una costa abierta, es visto que nada, nada »en grande podemos hacer con utilidad, y que por el contrario nos »vamos debilitando cada dia, faltos de recursos, y llegamos por pa»sos cabales al término de la ruina. Mi venida á la provincia de Puno, »punto de reunion de las líneas de operaciones de Huamanga y Are»quipa, ha impuesto á estas provincias y contenido cualquiera conmo»cion, que indudablemente debia haberse proyectado con la interna»cion de Arenales. Tengo solo dos batallones y un escuadron para caer »al punto que llamen las circunstancias. La demas fuerza la remití, »parte al Excelentísimo Señor virey, como ya he dicho, parte está »situada en la línea de Tarija, Mojo y Talina, que ocupa la van»guardia, sosteniendo las importantes avenidas de Jujuy y Salta, y »el resto en la Paz, Oruro y demas guarniciones. Es de creer que »Güemes, pasada la actual estacion de aguas, avance al Perú, y que »San Martin siguiendo su sistema de correrias venga á algun punto de »las costas de Arequipa. En uno y otro caso se presentan grandes difi»cultades para operar á tiempo por la topografía del pais, enormes dis»tancias y una multitud de circunstancias que paralizan aquel impulso »militar preludio del buen éxito de las batallas.»

«Por lo expuesto formará V. E. un concepto bastante exacto de la »crítica, lastimosa y peligrosa situacion del Perú; los progresos de los »enemigos y decadencia de nuestros medios para contrarestarlos, es»pecialmente por falta de fuerzas sutiles, que el estado actual de cosas »no tiene remedio, *si luego, luego y cuanto mas antes no se envian au»xilios peninsulares, y entre estos seis buques de guerra, de ellos tres »navíos*, aumento que doy por haberse agravado nuestra situacion y »ser indispensable reconquistar los puertos que nos tienen los enemi»gos, y cubrir las grandes atenciones de la costa que no serán pocas »cuando lleguen á Lima; todo esto sin perjuicio de remitir las tropas »y demas socorros sobre Buenos-Aires y Chile, si se ha de poner tér»mino á esta desastrosa y desoladora guerra, que ya se abomina has»ta el nombre. —Este es, Señor Excelentísimo, el estado del Perú; y »aunque no puedo dudar que el Excelentísimo Señor virey lo haya ma»nifestado á V. E. con mas datos y fundamentos, he creido sin em»bargo hacer á V. E. las observaciones indicadas, á fin de que se sir»va elevarlas al conocimiento de S. M. para que se remitan con la ma»yor exigencia y prontitud los auxilios que se necesitan, *sin los cua»les se pierde irremisiblemente la América*. Los enemigos estan muy »decididos y muy obstinados en llevar adelante el sistema de sus ini-

»cuas ideas. No quieren ni apetecen mas que su independencia; reu»san toda otra ventaja; comprueban sus miras la oposicion y negativa »que han manifestado á las propuestas de transaccion racional que hi»zo á San Martin el Excelentísimo Señor virey en cumplimiento de las »benéficas y piadosas intenciones de S. M. Asi pues repito que *solo el* »*inmediato envio de auxilios es la salvaguardia de la conservacion de* »*estos paises.*»

«En fin, he expuesto á V. E. en descargo de la responsabilidad á »que estoy ligado por mi encargo de general en jefe, cuanto hallo jus»to y necesario para el bien general, única gloria á que aspiro, y úni»ca gloria que guiará siempre todas mis operaciones hasta sacrificar »gustoso mi existencia y morir con honor en obsequio de la nacion y »del rey.—Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general en Pu»no y enero 1.° de 1821.—*Juan Ramirez.* Excelentísimo Señor minis»tro de la Guerra.»

Este era el juicio que tenia del estado del Perú uno de los militares mas acreditados en el ejército real desde el principio de la revolucion y muy conocedor de la naturaleza de la guerra que se sostenia, y lo exponia al ministro de la Guerra para conocimiento de S. M. y su consiguiente remedio: testimonio tanto mas imparcial é irrecusable, cuanto era dado sin conocimiento exacto del triste estado en que se hallaba el bajo Perú y cerca de un mes antes de que ocurriera la cesacion en el mando del virey Pezuela. Igual era la conviccion de este jefe en cuanto á la imposibilidad de defender el Perú sin auxilios de la Península, como claramente se ve aun del mismo manifiesto que publicó despues en su defensa. «Las desgraciadas campañas de nuestros »buques de guerra, *dice en la pág.* 22, les facilitaron (á los enemi»gos) la creacion de su imperio marítimo con arbitrios extraños, y la »trágica suerte de los refuerzos peninsulares les ha conservado hasta »ahora en él. Asi acabó nuestro comercio, pereció la industria, se in»terrumpieron los conductos de la prosperidad general, las abiertas y »dilatadas costas del Perú han estado en un verdadero bloqueo y al ar»bitrio de ruinosas invasiones, y hasta nuestros abastos han quedado »á merced de la codicia extrangera. En una palabra, este es el orígen »de nuestros presentes conflictos, y *lo será de la pérdida total de la Amé»rica* si no se verifica el arribo de las fuerzas navales que se esperan »en consecuencia de mis vehementes clamores y de haber asegurado »reiteradas veces al supremo gobierno que *sin el dominio del mar es* »*imposible salvar estos paises.*» Y luego añade, pág. 26. «El problema »de la conservacion de la América se ha de resolver en la Península;

»si no arriban oportunamente los recursos que yo he pedido con toda la »urgencia propia de este convencimiento, muy vana será la gloria de »los nuevos gobernantes. La fortaleza de los recursos disimulará los »vicios del régimen.»

Los jefes del ejército real de Lima no podian desconocer ni desconocian la situacion apenas explicable en que se hallaba el Perú en enero del presente año; sin embargo, no pudieron conformarse con permanecer inactivos para verse necesariamente estrechados á capitular como pretendian ya algunos vecinos y el mismo ayuntamiento de Lima. Fiados en su patriotismo y en su propio aliento quisieron prolongar la resistencia y probar fortuna en la guerra, como entendian que se podia, y es fuerza reconocer que nada ni nadie podrá arrebatarles la gloria, honrosísima para las armas españolas, de haber cumplido su pensamiento por espacio de cerca de cuatro años, marchando de triunfo en triunfo á costa de trabajos, de sacrificios y de esfuerzos inconcebibles, hasta que la negra discordia, alterando los sentimientos del general Olañeta, minó el poder español y preparó la victoria de Ayacucho, ganada el 9 de diciembre de 1824 por las fuerzas reunidas de Buenos-Aires, Chile, Colombia y el Perú disidente.

Tan luego como el virey Pezuela contestó á los jefes de Aznapuquio accediendo á su demanda, fué en el mismo dia 29 de enero reconocido por virey del Perú el teniente general D. José de la Serna con júbilo general. Los mismos jefes le dirigieron en seguida esta comunicacion: «Excmo. Sr.—Elevados por los jefes que suscriben, al »Excmo. Sr. D. Joaquin de la Pezuela, los votos de este ejército, »que arde en puros deseos de sacrificarse por defender la integridad »de la monarquía española, ha dispuesto el expresado Sr. Excmo., en »oficio fechado á la una y media de este dia, que V. E. le sustituya »en el pleno mando del vireinato; en cuya consecuencia ha sido V. E. »reconocido con toda solemnidad, y con una complacencia bien difícil »de explicar, por virey del Perú. Lo que tenemos el honor de comu»nicar á V. E. con particular satisfaccion nuestra, comisionando al »señor coronel marqués de Valleumbroso, y teniente coronel D. Anto»nio Seoane, para que mas extensamente feliciten y expliquen á V. E. »en nombre del ejército su singular regocijo.—Dios guarde á V. E. »muchos años. Campamento de Aznapuquio enero 29 de 1821.— »Excmo. Sr.—Siguen las firmas.—Excmo. Sr. D. José de la Serna.»

El mayor deseo del general la Serna, sostenido acaso por la influencia que el clima de la zona tórrida ejercia sobre su salud, era

su pronto regreso á la Península; y así cuando recibió la primera noticia oficial de su eleccion para el mando superior del reino, se negó á aceptarlo, y reclamó en el acto del virey Pezuela el correspondiente pasaporte. En efecto, en aquellas azarosas circunstancias se requeria mucho patriotismo para encargarse de un mando de tanta responsabilidad y tan combatido. Cedió al fin á las instancias que se le hicieron hasta por su mismo antecesor, y aceptó dispuesto á prestar nuevos servicios á su rey y á su pais, y á corresponder tambien como leal caballero á la absoluta confianza que se depositaba en su reconocida probidad y mérito.

Encargado del virreinato el general la Serna, uno de los primeros actos de su gobierno fué nombrar general en jefe del ejército de Lima al brigadier Canterac y jefe de su E. M. al coronel Valdés; pero ni una sola gracia concedió al ejército, ni sus jefes, ébrios si se quiere de noble entusiasmo, la hubieran admitido entonces. Solo mas de un año despues, y porque era justo premiar servicios distinguidos, empezó la Serna á usar de las facultades concedidas por el rey á su alta dignidad. Los expresados nombramientos fueron generalmente bien recibidos, menos de los enemigos ocultos de la España, que quedaron sorprendidos. El subinspector la Mar, estimado por su capacidad militar, 2.° cabo por S. M., y ascendido á mariscal de campo, se manifestó algo resentido; pero no faltó quien amistosamente procurara tranquilizarlo, haciéndole ver que nada era mas natural, hasta políticamente considerado, que inspirar completa confianza á los que mas se acababan de comprometer. La Mar se quejaba de que no se hubiese contado con él para la misma determinacion, y como estaba dado el paso, no era fácil demostrar si de buena fé confesaba que nadie lo creia mas necesario que él. Que el estado de las cosas era en extremo crítico, y que urgia un sacudimiento reanimador, los mismos enemigos han venido á reconocerlo, y las deserciones lo confirmaban.

El 24 de enero, dice Miller, cien individuos de todas clases se pasaron á los independientes desde Lima. Entre los militares se contaban el coronel Gamarra y los tenientes coroneles Velasco y Eléspuro; y de los civiles los de mayor distincion fueron el doctor Lopez Aldana, D. Miguel Otero y D. Joaquin Campino; y por este tiempo formó San Martin el primer batallon de peruanos. El 25 del mismo mes 600 infantes y 60 caballos todos escogidos fueron puestos á las órdenes del coronel Miller para embarcarse en la escuadra de Cochrane, lo que verificaron el 30 en el fondeadero de Huacho, haciéndose seguidamente á la vela. «El objeto de la expedicion, *continúa*, era tomar

»posesion de los castillos del Callao, pues algunos oficiales realistas, »que se hallaban en ellos, habian sido ganados por el general San »Martin, y se habian obligado á enarbolar la bandera independiente »con tal que fuesen sostenidos por el desembarco de un cuerpo respe»table de patriotas; pero el dia antes de la salida de las tropas de »Huacho habia sido depuesto Pezuela y relevada la guarnicion del Ca»llao por tropas del partido del nuevo virey. Consecuentemente volvió »la expedicion á Huacho el 19 de febrero sin haber ni aun siquiera »intentado desembarcar.» (1)

Los jefes del ejército real, que habian promovido la exaltacion del general la Serna al mando bajo el único concepto de hacer un servicio á su patria, ansiosos de acreditar el desinteresado espíritu que los animaba, no solo partian del principio de que no se concediese recompensa alguna mientras nuevos hechos de armas no las reclamasen, sino que convencidos de las estrecheces públicas hicieron al virey voluntaria cesion de la mitad del sueldo que les correspondia en la actualidad y pudiera en adelante corresponderles durante la guerra, á condicion empero de que serian reintegrados cuando el desahogo del erario lo permitiese. Y este generoso desprendimiento vino á servir despues de base á una medida general, que fué recibida en todo el reino y por todos los empleados con laudable resignacion, á que tambien contribuyó mucho el ejemplo dado por el mismo la Serna, asignándose solo 12,000 duros al año á cuenta de su alto sueldo, cantidad apenas bastante para subvenir á la mas módica subsistencia del primer representante del rey y de la metrópoli en el Perú.

Una de las primeras ocupaciones del nuevo virey fué tambien mandar salir varias columnas contra los indios alzados de los partidos inmediatos, á fin de franquear la comunicacion con las provincias internas. Hallábase á la sazon el brigadier Ricafort con poca fuerza en Huancavelica; avanzó sin embargo al valle de Jauja, y batió el 3 de marzo á los indios reunidos en la Concepcion, causándoles alguna pérdida; pero, no considerándose con suficientes fuerzas para mantenerse en el valle, hubo de retroceder á Iscuchaca. Con este motivo, y atendida la abierta insurreccion de los partidos de Huarochirí y de Yauyos que concurrian á formar el bloqueo de Lima, dispuso el virey que el coronel Valdés, jefe del E. M., saliera el 25 de marzo de Aznapuquio en direccion de la banda occidental del rio grande de Jauja con 4,200 hombres de infantería y caballería, á fin de que reunida á esta fuerza la corta division de Ricafort, fueran contenidas las de-

(1) Memorias del general Miller al servicio de los independientes.

masías de los indios alzados, sostenidos en su fatal alucinamiento por algunas partidas de tropa y emisarios destacados del ejército de San Martin.

Tampoco se descuidó el virey la Serna en poner en noticia del gobierno de S. M. el verdadero estado de los negocios públicos en el Perú, indicando el indispensable repliegue al este de la cordillera de los Andes y el consiguiente abandono de la capital del reino: reclamaba con urgencia los socorros pedidos por sus antecesores, particularmente de fuerzas navales; y concluia pidiendo al rey se sirviera enviar en su lugar un jefe de mas salud y de mayores conocimientos. Y no alcanzamos que persona alguna pudiera proceder con mas hidalguía ni con mayor españolismo. No contento todavía con esto la Serna comisionó al corbnel marqués de Valleumbroso y al teniente coronel D. Antonio Seoane para que condujesen á la Córte iguales comunicaciones y pudiesen personalmente dar al gobierno del rey las explicaciones que necesitara. Aprestóse al efecto en el Callao el bergantin de guerra Maipu, de excelente marcha, y el 29 del citado marzo se hicieron á la vela esos comisionados. La mala suerte quiso que al recalar al Janeiro amaneciese este buque en calma bajo los fuegos de una corbeta de Buenos-Ayres, y tuvo que rendirse despues de haber botado al agua con precaucion la correspondencia. Aunque esta desgracia retardó el arribo de los comisionados á la Córte, supose en Madrid pronta y oficialmente lo que pasaba en el Perú, porque las primeras comunicaciones del virey la Serna llegaron con felicidad. Instruido S. M. de todo juzgó y determinó el proceder de los jefes de Aznapuquio de una manera bien distinta á la calificacion que se han permitido hasta los escritores de la *Galería de españoles célebres contemporáneos* acaso con mas pasion que datos; y á fin de evitar que se repitan estos errores, nos parece oportuno copiar en este lugar la real órden de 29 de julio del presente año, con la que fueron contestadas dichas comunicaciones, que dice así:

»Ministerio de la Guerra.—1.ª Division.—Secretaría del Despacho.—5.ª Seccion.—Habiendo dado cuenta al rey de la carta en cifra que V. E. dirigió al ministerio de mi cargo con fecha 10 de febrero último en que manifiesta la situacion de esas provincias, el estado actual del ejército, el haberse encargado del mando de ese virreinato, los buenos efectos que ha producido este cambio y la necesidad de que se destinen á esos mares fuerzas navales considerables »que aseguren las costas y que produzcan los auxilios que V. E. juzga »de absoluta necesidad; y al mismo tiempo de otra de igual fecha en

»que V. E. solicita se le exonere de dicho mando en atencion á que el »estado de su salud ni sus talentos le permiten continuar en él en cir»cunstancias tan difíles: enterado de todo S. M., y siempre solícito »por el bien y tranquilidad de sus súbditos, se ha servido aprobar el »nombramiento hecho en V. E. en calidad de capitan general de esas »provincias y, al mismo tiempo las disposiciones tomadas por V. E. des»pues que se encargó del mando, en el que es la voluntad de S. M. »continúe V. E., tanto porque ha merecido la opinion del pais y del ejér»cito, cuanto porque de sus luces y patriotismo espera S. M. ver me»jorada bien pronto la suerte del Perú.—Igualmente me manda S. M. »comunique con esta fecha las órdenes correspondientes, á fin de que »en los tres navíos y dos fragatas que está resuelto por S. M. pasen »á esos mares, embarquen todos los auxilios de cuadros de oficiales y »número de armamento que solicita V. E., debiendo manifestarle pa»ra los fines convenientes que la salida de los citados buques nunca »será hasta pasado el equinocio.—Finalmente, quiere el rey que el te»niente general D. Joaquin de la Pezuela regrese á la Península en la »primera ocasion oportuna.—Todo lo que de real órden digo á V. E. »para su inteligencia, conocimiento y demas efectos, quedando en re»mitir á V. E. con los requisitos debidos el real título de su nombra»miento, que por la pronta salida del correo no es posible dirigir.— »Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 29 de julio de 1821.— »Moreno Daoiz.—Señor D. José de la Serna.» Y tengase presente, porque es circunstancia muy importante para apreciar debidamente los resultados de la guerra del Perú, que los auxilios prometidos en la preinserta real órden no llegaron á salir de la Península como se aseguraba.

Verificada la reunion de Ricafort y Valdés en la banda occidental del rio grande de Jauja, se ocuparon estos jefes de los medios y del modo de vadearlo, pues siendo de suyo considerable, muy crecido ademas á la sazon, estando todos los puentes cortados y los indios alzados dispuestos á defender el paso, era absolutamente indispensable procurar vencer con cordura é inteligencia tamaños obstáculos. Resolvióse el brigadier Ricafort á vadear el rio con la caballería á todo riesgo, y los indios se retiraron á la vista de una determinacion tan atrevida: restableciése luego con prontitud el puente colgante de maromas de Concepcion, y toda la tropa ocupó la banda oriental del rio. El coronel Valdés se dirigió en seguida con la caballería y alguna infantería sobre la villa de Jauja: esperáronle en Ataura mas de 4,000 indios mal armados, los atacó y derrotó completamente, causándoles mucha pér-

dida á costa de algunos pocos soldados muertos y heridos, siendo de este número el comandante de escuadron D. Dionisio Marcilla. Despues de esta conveniente rota marchó toda la division por Tarma al cerro de Pasco y de aquí á Lima, quedando el coronel Carratalá con un escuadron y una compañía de cazadores en observacion del paso de la cordillera por Oyón que era el mas próximo al ejército enemigo. En el tránsito de Pasco á Lima tuvo que sostener la division otro choque en Canta, en el que triunfaron las armas españolas, aunque á costa de una compañía del Imperial Alejandro, que por muy adelantada fué casi toda prisionera con su capitan D. Juan Garrido y de haber sido heridos D. Vicente Garin oficial de E. M. y el mismo brigadier Ricafort, este de tanta consideracion, que tardó mucho tiempo en convalecer.

Obtenido el importante triunfo de Ataura, de provechoso escarmiento para los alucinados indios del valle de Jauja, parecia de conveniencia militar el establecimiento de dicha division en el cerro de Pasco ó en el expresado valle, tanto porque no era esa tropa absolutamente necesaria en Lima, como porque ocupado Chancay por el ejército real venia á ser Pasco la llave de comunicacion con el interior desde Huaura y Supe, residencia de San Martin. Pero lejos de haberse adoptado tan útil medida ingresó la mayor parte de la referida division en Aznapuquio, donde ya las enfermedades presentaban un carácter muy alarmante en los síntomas de una peste que tantas apreciables vidas costó al ejército español. No fué pues completamente aprobada por la opinion general la bajada de estas tropas á la costa; porque no alcanzaban todos la fuerza de la razon que la hubiese aconsejado, dejando solo en el interesante punto de Pasco al coronel Carratalá como se ha referido y tres compañías mas de infantería que cubrian varios pueblos de su retaguardia. La entrada en Lima del brigadier Ricafort en una camilla causó mucha sensacion á sus habitantes, no acostumbrados á este género de espectáculos.

Durante la expedicion de que acabamos de hablar se practicaron otras varias por la costa y por la sierra al occidente de los Andes, asi para destruir las partidas de guerrilla, que por todas partes pululaban, como para procurar carnes y otras provisiones de que habia gran necesidad, y todas regresaron dando satisfactoria cuenta de su comision.

Por este tiempo tambien remitieron los enemigos otra expedicion por mar bajo la conducta de lord Cochrane. Salió este jefe del puerto de Huacho el 13 de marzo con el navío San Martin y otras embarcaciones, 500 infantes y sobre 100 hombres de caballería á las inme-

diatas órdenes del teniente coronel Miller ; desembarcaron en Pisco en la noche del 21 del mismo mes, y dos dias despues ocupaban la grande hacienda de Caucato y todo el inmediato valle de Chincha. Noticioso el virey de esta perniciosa correría envió para reprimirla al teniente coronel de caballería Camba con 200 caballos , cuyo jefe alcanzó á Chincha—Alto á mediados de abril , pero fué inmediatamente acometido de las calenturas estacionales de aquel clima , que hacian tambien notable daño á los contrarios , y el mismo activo Miller se vió obligado á dejarse conducir el 18 de este mes á bordo gravemente enfermo. De esta circunstancia procede el que diga en sus Memorias: «El comandante realista estaba en la misma época en cama padeciendo la misma enfermedad en Chincha , y los segundos respectivos limitaron sus operaciones á movimientos y amagos , los cuales produjeron algunas pequeñas acciones de descubiertas ó puestos avanzados , pero ambos se mantuvieron esencialmente á la defensiva.» Sin embargo, los enemigos tuvieron que reembarcarse el 22 de abril , habiendo contado en un mes por efecto solo de la insalubridad local 28 hombres muertos , 180 enfermos que necesitaron pasar al hospital , y el resto de los 600 que saltaron en tierra , débiles y enfermizos por su propia confesion.

Al retirarse á sus buques extrageron de aquellas ricas haciendas 100 negros esclavos para el servicio de las armas , 6,000 duros en metálico , 500 botijas de aguardiente , 1,000 cargas de azúcar , gran cantidad de tabaco y varios otros efectos de propiedad de realistas. (1) Cochrane remitió á Huacho los enfermos de mayor gravedad , y tomó con la expedicion la vuelta del sur con el fin que luego veremos , y Camba regresó al valle de Cañete y poco despues á Lima , todavía en bastante mal estado de salud.

Entre tanto estalló en la capital del Cuzco una nueva conspiracion dirigida por el inquieto y arrojado coronel Lavin , quien como se ha indicado ya habia sido remitido allí por el brigadier Ricafort el año anterior en compañía de los capitanes Zamora y Villalonga y del subteniente Salgado para responder de otro proyecto de subversion tramado y descubierto en Arequipa. El goberuador presidente del Cuzco, Don Pio Tristan y su segundo el brigadier D. Antonio Maria Alvarez, advertidos oportunamente de la nueva maquinacion de Lavin por el teniente Vidal , fidelísimo cuzqueño , á quien se atrevieron á hacer proposiciones , tomaron de acuerdo y con habilidad sus medidas , y lograron coger *in fraganti* á los criminales en la noche del 21 al 22 de

(1) Memorias del general Miller.

marzo. Burlados estos en sus ominosas esperanzas, intentaron resistir en el punto del cuartel de que se habian apoderado ; pero alli recibió la muerte Lavin, y presos los demas cómplices sufrieron despues el castigo que merecian. La conspiracion pareció puramente militar , pues la poblacion permaneció totalmente tranquila. Otro proyecto de rebelion fué igualmente descubierto en Sicasica por el teniente coronel don Manuel Ramirez , cuyos promovedores encausados fueron castigados por el juzgado del general en jefe del ejército del alto Perú , D. Juan Ramirez y Orozco , situado á la sazon en Puno.

Estas peligrosas y reiteradas tendencias , aunque felizmente reprimidas , causaban grande y justa alarma á los sostenedores leales de la causa española porque infundian visible aliento á los enemigos , y á los partidarios ocultos de su sistema , y podian acabar por precipitar la disolucion de todo el reino ; pero sirven tambien sus indicaciones para que , meditándolas con imparcialidad , se pueda juzgar con mayor copia de datos , porque sin tomar muy en cuenta hasta las menos importantes incidencias , no es posible apreciar debidamente la naturaleza de la lucha que mantenian los españoles en el Perú.

De muy distinta clase fué la conspiracion promovida en Huarmey por nuestros prisioneros á causa del mal trato que recibian. Acaudillados estos desgraciados por el teniente coronel D. Manuel Sanchez , se apoderaron de las armas de la guardia que los custodiaba, y emprendieron atrevidamente su incorporacion con el ejército ; pero fueron inútiles todos sus esfuerzos , porque sublevado el pais que habian de atravesar, tuvieron que entregarse de nuevo á los pocos dias. La mediacion de lord Spencer , jefe de las fuerzas navales inglesas en el Pacífico salvó , se dijo , la vida de Sanchez y las de algunos de sus compañeros.

Como la opinion del virey y la de algunos jefes influyentes del ejército era hacia tiempo la de que , para continuar la guerra con ventaja siquiera hasta que se recibiesen contestaciones de la Córte , no habia mas arbitrio que abandonar la costa proveyendo convenientemente de víveres la plaza del Callao , se esperaba de un dia á otro ver adoptar las disposiciones conducentes á la realizacion de este plan necesario aunque sensible. Sin embargo , un incidente con el que no se contaba vino á paralizar por algun tiempo una operacion tan urgente , y á favorecer por desgracia la causa de la insurreccion.

Presentóse en los primeros dias de abril en Lima el capitan de fragata D. Manuel Abreu, uno de los dos comisionados autorizados por S. M. para tratar de paz con los enemigos del Perú , pues su compañero ha-

bia fallecido en Panamá. Como Abreu desembarcó en Paita y siguió por tierra su viaje á Lima, tuvo precision de pasar por Huaura, donde los enemigos le recibieron y obsequiaron manteniendo en su alojamiento una guardia de honor del sublevado y desertado batallon de Numancia. Despues de haber hablado el comisionado régio primero con los enemigos que con el virey del Perú, entró en Lima prodigando indiscretamente elogios á San Martin y á sus compañeros, que se traducian por otras tantas indirectas aprobaciones del sistema de independencia que defendian, y dejando deslizar de sus labios con mayor inconsideracion algunas indicaciones que tendian á hacer recaer sobre los jefes del ejército español la obstinada continuacion de la guerra. Semejantes especies, utilizadas con habilidad por los enemigos solapados de la causa de la metrópoli, causaron en sus leales sostenedores el mas profundo sentimiento. Una triste experiencia les habia enseñado lo que todavía ignoraba el comisionado régio recien llegado al pais. Por tan injustificable medio consiguió el Sr. Abreu pasar entre muchos españoles mas bien por un ciego apologista de los independientes que por agente de la España autorizado por el gobierno del rey. En corroboracion dice un jefe de los disidentes: «El 25 de marzo llegó por la via de Panamá al »cuartel general de San Martin el capitan de fragata Don Manuel »Abreu, comisionado especial del rey de España. El 29 marchó á Li»ma, donde disgustó mucho á los ultra-realistas el modo decoroso y »respetuoso con que habló de los oficiales del ejército patriota». (1) *Ultra-realistas*, llamaba Miller en 1821 á los españoles y americanos decididos á sostener los derechos metropolitanos: en 1824 los llamaba el general Olañeta constitucionales enemigos del rey y de la religion; y posteriormente, con particularidad en 1843, la exaltacion de las pasiones políticas y las miras de partido los apellidaban *ayacuchos*.

Para atenuar en parte la justa alarma que visiblemente iba causando el complicado aspecto de los negocios públicos, súpose por este tiempo que la mas furiosa anarquía destrozaba algunas provincias de las del rio de la Plata, cuyos jefes pretendian erigirse en caudillos independientes del gobierno central: que Araoz habia derrotado á Heredia en el rio de Taba, y obtenido igual ventaja sus otros dos rivales Urdininea y Güemes, que se habian movido contra él; por manera que asegurado hasta cierto punto el frente del alto Perú por esas mismas disensiones, podia con mayor confianza disponerse de algunas tropas de las que allí habia. Consiguientemente el brigadier Olañeta mar-

(1) Memorias del general Miller.

chó sobre Humahuaca con la division de vanguardia del sur, y ocupó su quebrada ó valle en los primeros dias de mayo.

A pesar de que se creia comunmente en Lima que la mision de Abreu no habia de ofrecer utilidad alguna para la causa española, tanto por la notoria imprudencia con que se dió á conocer á su arribo á dicha capital, cuando mas agitadas se hallaban las pasiones en ella, como porque ni categoría bastante advertian en él para tratar con ventaja con enemigos tan orgullosos y astutos, se formó no obstante conforme á las instrucciones que llevaba de la Córte, una junta *pacificadora* presidida por el virey. Hiciéronse luego á San Martin proposiciones pacíficas, y para su definitivo arreglo, caso de aceptacion, se nombraron por auxiliares del comisionado régio al mariscal de campo subinspector de artillería D. Manuel de Llano y Nájera, y á D. José Marico Galdiano, alcalde de 2.° voto del ayuntamiento de Lima. San Martin aceptó la proposicion porque le interesaba ganar tiempo para extender la seduccion en el pais, fomentar las guerrillas ó *montoneras*, hacer pesar sobre la exhausta capital las mayores escaseces, al paso que las enfermedades disminuian diariamente las filas del ejército español, y nombró de nuevo sus anteriores comisionados Guido y García del Rio, á quienes remitió á Punchauca, hacienda situada 5 leguas al norte de Lima, adonde concurrieron tambien el Sr. Abreu y sus dos sócios para poner en ejecucion las prevenciones del gobierno supremo. Despues de 20 dias de conferencias, y un gasto considerable que soportaba el erario español, resultó acordado el 23 de mayo un armisticio por otros 20, que luego se prorogó por 12 mas, los cuales venian á componer en todo 52 dias malogrados.

El vivo deseo del virey la Serna de dar puntual cumplimiento á las órdenes del gobierno de S. M., si era plausible y aun conveniente para justificar mas y mas la guerra, perjudicaba en sumo grado los intereses españoles que los leales defendian. De las negociaciones entabladas en Punchauca, ninguna esperanza de feliz éxito se traslucia, ni otro objeto movia á los enemigos que aumentar su importancia prolongando la funesta inaccion de las armas españolas. Por este medio contaban los independientes con que el pais se acabara de conmover, que las enfermedades desarrolladas en Aznapuquio diezmaran incesantemente las tropas realistas, y acaso llegara hasta imposibilitar la medida salvadora de evacuar á Lima. Estas ideas y sus consecuencias no estaban fuera del alcance de los jefes españoles; pero el virey queria apurar á todo trance los medios de conciliacion de conformidad con los

reales preceptos, y en esta virtud accedió á una entrevista que San Martin le propuso en Punchauca

El dia prefijado al efecto salió el virey temprano de Lima, acompañado del 2.° cabo, el general la Mar, de los brigadieres Canterac y Monet, y de los tenientes coroneles Landázuri, Camba y Ortega, quedando el coronel jefe de E. M. G. Valdés con el mando de las armas en Aznapuquio. El virey halló ya en Punchauca al general San Martin con su segundo las Heras, otros jefes de su ejército y los comisionados pacificadores de ambas partes. Unos y otros tardaron poco en hacer objeto de conversacion sus respectivas posiciones, que cada cual procuraba presentar como mas convenia á sus miras. Los realistas notaron pronto en sus adversarios un deseo vivo, verdadero ó aparente, de pedir á la España un príncipe de la familia real para que gobernara el Perú en calidad de monarca independiente, pero constitucional; y los nuestros les contestaron, que si las Córtes con el rey asi lo acordasen, no era otra la obligacion del ejército que obedecer, y que por lo tanto era preciso reconocer la conveniencia de una suspension leal de hostilidades por el tiempo necesario para poder recibir instrucciones de la Córte, lo que tambien permitian las órdenes del gobierno de S. M. De este modo se pasó el dia hasta la hora de comer, mezclando los independientes algunas expresiones irónicas y alusivas á la persona y representacion del comisionado régio Abreu. Durante la comida la conversacion fué general, y reinó entre los circunstantes bastante franqueza y buen humor. El virey brindó *por el feliz éxito de la reunion en Punchauca*: San Martin brindó luego *por la prosperidad de la España y de la América*; y despues se propusieron otros brindis alusivos al restablecimiento de la union y fraternidad entre los españoles, europeos y americanos.

Concluida la comida, San Martin, que nada habia podido adelantar para que se admitiese la independencia por base de la negociacion, propuso al virey una conferencia particular, á la que asistieron los comisionados pacificadores, el general la Mar, el 2.° de San Martin, las Heras y el brigadier Canterac; y usando San Martin de la palabra, como cumplia á sus fines, concluyó por presentar una proposicion sustancialmente en estos términos: «Que se nombrase una »regencia compuesta de tres individuos, cuyo presidente habia de »ser el general la Serna, con facultad de nombrar uno de los corre»gentes, y que el otro lo elegiria San Martin: que esta regencia go»bernaria independientemente el Perú hasta la llegada de un príncipe

»de la familia real de España; y que para pedir ese príncipe el mismo »San Martin se embarcaria seguidamente para la Península, dejan»do las tropas de su mando á las órdenes de la regencia.» Tan inesperada proposicion, apoyada por el comisionado régio y sus dos sócios Llano y Galdiano, en contravencion de un artículo de las instrucciones reales, puso al virey en embarazo para salir con habilidad de aquella verdadera zalagarda: al efecto prudentemente respondió: «que siendo lo que proponia el general San Martin, no solo asunto »de suyo gravísimo, sino contradictorio de las instrucciones del go»bierno de S. M.; orígen de aquella negociacion, no podia por sí »resolver sin tomarse tiempo para consultar y meditar lo mas conve»niente.» El virey se comprometió á dar su contestacion dentro de dos dias lo mas tarde, y San Martin ofreció esperarla á bordo de uno de sus buques en la bahía del Callao. Vuelto el virey á Lima no dudó en desechar la referida propuesta, á pesar de los partidarios que contaba, porque contravenia á las reales órdenes que, si bien autorizaban ilimitadamente para poner coto á la efusion de sangre, prohibian expresamente el que sirviese de base la independencia y el que interviniera en los tratados ninguna nacion extrangera; pero contestó á San Martin con otra, harto generosa, y cometió al coronel Valdés y al teniente coronel Camba el encargo de ponerla en sus manos. El virey decia: «Que se acordase una suspension de hostili»dades por el tiempo necesario para obtener una resolucion definiti»va de la Córte: que en tanto, tirando una línea de oeste á este »por el rio Chancay, gobernasen al norte los independientes el pais »que ocupaban: que el resto del Perú seria regido por nuestra Cons»titucion, nombrando S. E. al intento una junta de gobierno: que »el mismo virey se embarcaria para Europa á instruir á S. M. de lo »que pasaba; y que, si San Martin queria llevar á cabo su proyecto »de pedir un príncipe de la familia real de España, podrian ha»cer el viaje juntos.»

Esta proposicion fué á su vez desechada por San Martin, no obstante la conocida buena fé del virey la Serna y las probables ventajas que ofrecia á los independientes, máxime si las Córtes con el rey accedian á remitir al Perú un príncipe; como Valdés y Camba significaron á San Martin en la larga conferencia que tuvieron con él á bordo de la goleta Motezuma. El caudillo enemigo se mostraba decidido por el establecimiento de una monarquía constitucional en los Andes con un príncipe de la familia real de España, y los delegados del virey nada le objetaban en contrario mas que la resolucion

pertenecia exclusivamente al gobierno supremo de la nacion. Discurriendo sobre la buena fé con que procedia el virey, el coronel Valdés hizó notar á San Martin las contingencias á que estaba expuesta, en caso contrario, su primera proposicion, contando los españoles con dos votos en la regencia y un ejército todavía superior al suyo. San Martin reconoció la fuerza de la franca observacion que se le hacia; pero la satisfizo diciendo que tenia muy elevado concepto de la nobleza de sentimientos de los jefes del ejército real, y que fiaba ademas del carácter caballeroso del general la Serna, de quien tenia la convíccion de que si empeñaba su palabra no faltaria á su honor. Y preciso es confesar que San Martin juzgaba con exactitud.

Las negociaciones de Punchauca merecian un tratado especial en el que se patentizaran las pruebas de lealtad y de perfidia que ofrecieron los partidos. La contestacion del virey á San Martin contenia cuanto podia prometer sin desdoro para suspender los males de la guerra; y nada mas fuera tampoco compatible con el honor del nombre español ni con las instrucciones del gobierno de S. M. para negociar la paz hasta su nueva real determinacion. Los enemigos engreidos con los sucesos que habian obtenido en poco tiempo, y la facilidad con que se movian los pueblos, miraban con indiferencia cuanto se les proponia. Asi al desechar San Martin la proposicion del virey, dijó con harta ironía á los comisionados Valdés y Camba: «que sentia »tanta obstinacion, pues veia con pesar que dentro de poco tiempo »no tendrian los españoles mas recurso que tirarse un pistoletazo.» Bien cara costó á los independientes esta arrogante confianza. Las tropas del ufano San Martin no tardaron en experimentar graves enfermedades, derrotas y humillaciones, viéndose al fin obligado á abandonar la empresa comenzada bajo tan felices auspicios, y dejar al dichoso caudillo de Colombia la tarea de proseguirla y la gloria de llevarla á venturosa cima, mas por efecto de no haberse podido recibir auxilios peninsulares y de nuestras tristes disensiones, que por la superioridad de sus armas.

El comisionado régio Abreu faltaba abiertamente á un artículo terminante de las reales instrucciones expedidas para el mejor desempeño de su alta mision, prestando apoyo á la proposicion hecha por San Martin en Punchauca, pues que partia precisamente del reconocimiento prévio de la independencia del Perú, y si bien no nos es dable explicar el motivo de tan extraña conducta, parece lógico concluir que el Sr. Abreu no correspondia, como era de esperar, á la confianza que el gobierno de S. M. habia depositado en él. Su asenti-

miento á la proposicion de San Martin, y el de sus sócios el general Llano y el alcalde 2.° de Lima Galdiano, favorecia las miras de los enemigos, de manera, que sin la noble conducta de la Serna, era posible que el Perú dejara en Punchauca de pertenecer á la España, como en menos apurada situacion admitió O-Donojú en Córdova la independencia del imperio mejicano.

Las negociaciones de Punchauca, conocidamente inútiles y aun perjudiciales, pero entabladas en cumplimiento de las órdenes de S. M., de las que fué portador el comisionado régio, segun se ha dicho, continuaron todavía por algun tiempo mas, y para auxiliar los trabajos de la junta pacificadora aumentó el virey sus individuos con el ilustrado conde de Vallehermoso, ministro de la audiencia, y el acreditado coronel Valdés; pero el resultado verdadero del afan con que se procuraba satisfacer los preceptos del monarca, no fué otro que dejar ganar tiempo al enemigo, que supo aprovechar astuto en dar mayor extension á la seduccion en el pais, en levantar nuevas facciones, en adelantar tropas hácia el interior, en cometer impávido cualquiera felonía que le ofreciese ventaja, y en hacer sentir á la capital los tristes efectos de la escasez de víveres y á las tropas realistas considerables bajas, asi por la desercion como por el desarrollo que las enfermedades iban tomando en Aznapuquio.

En tal estado el espíritu de novedad, que tantos prosélitos hacia en Lima, daba ocasion á que tomara crédito la especie de que variando de dominio, se hallaria alivio á lo penoso de la situacion, especie que robustecia la malevolencia, procurando hacer recaer toda la odiosidad de las privaciones y molestias, que se experimentaban con visible impaciencia, en la temeridad que atribuian á los jefes del ejército real. Agregábase á esto que la division Arenales, de 2,500 hombres de todas armas, no obstante la recomendable destreza con que el coronel Carratalá con fuerzas muy inferiores le hizo emplear 25 dias en franquear las 50 leguas que separan á Pasco de Huando, tocaba las goteras de Huancavelica, y no reparó en apoderarse de un capitan y algunos soldados durante el armisticio y declararlos prisioneros de guerra. Al mismo tiempo las partidas de San Martin en las cercanías de Lima sorprendieron y apresaron á favor del citado armisticio los caballos de los húsares de Fernando 7.° que se mantenian al pasto con una pequeña escolta bajo la buena fé de los tratados, y ninguna satisfaccion se obtuvo á pesar de las reiteradas y enérgicas reclamaciones de los jefes españoles. Por lo tanto, y obstruida completamente la comunicacion con las provincias del interior, era imperio-

sa la necesidad de recurrir á una resolucion vigorosa y decisiva, pero de grandes esperanzas: la evacuacion de Lima de la que luego daremos razon.

Entre tanto el coronel Rodil con parte del batallon de Arequipa, que mandaba, alcanzó y batió en Chacasana el 18 de mayo la faccion de Santa Olalla, causándole bastante pérdida, y tomándole 24 fusiles y carabinas, una carga de cartuchos y algunos prisioneros á costa de 12 hombres muertos y heridos.

El gobernador intendente de la Paz avisó por este tiempo que el cabecilla Lanza habia pasado por las armas á su compañero Chinchilla porque resistia entregarle el mando de su partida. Y del 20 al 28 del precitado mayo recibió el general en jefe del alto Perú, situado ya en Arequipa, comunicaciones del brigadier Olañeta fechadas en Sapla y Humahuaca, en las que participaba que los independientes del Tucumán habian derrotado á los de Salta en los puntos llamados las Trancas y los Cequiones; que el caudillo Arias le hacia proposiciones de acomodamiento, prometiendo coadyuvar á que la provincia de Salta volviese á la dependencia de España: que por su parte Olañeta habia logrado batir al caudillo Cortés y coger prisionero un coronel, dos mayores, un capitan y 26 *gauchos*: y que segun los oficios que acababa de recibir pedian proteccion y ofrecian unirse á las armas españolas los cuatro escuadrones de *gauchos* de las Quebradas desde Humahuaca al Volcan, de los cuales el coronel Belmonte mandaba el de Iruga, el coronel Aban el de San Andrés, el sargento mayor Ontiveros el de Vallegrande, y el teniente coronel Jimenez el de Huacalera y Tilcára. Tal era la halagüeña perspectiva que ofrecia la gastada revolucion en los términos de la provincia de Salta, mientras su fuego devorador ardia con mayor fuerza en el bajo Perú y amenazaba muy de cerca la existencia de la capital del reino, bloqueada por primera vez despues de tres siglos de paz y de prosperidad.

Hemos hecho una indicacion comparativa de la conducta del virey la Serna en Punchauca con la de O-Donojú en Cordova, y terminaremos este capítulo dando de ella mayor idea para mejor conocimiento. D. Juan O-Donojú, nombrado por S. M. jefe superior de Méjico, apenas desembarcó en Veracruz á mediados del presente año de 1821 dirigió una proclama á los mejicanos declarándose protector de su independencia, marchó poco despues á Cordova donde le esperaba Itúrbide, y ambos celebraron allí un tratado basado sobre el plan de Igaula (1). Nombróse en seguida una regencia de que formó parte O-Donojú bien

(1) Véase el número 1.º del Apéndice.

dotado; pero poco tiempo pudo gozar de su nueva posicion porque falleció á principios de octubre del propio año. «Apoyado O-Donojú, »*dice Torrente*, en los despachos que habia dirigido al gobierno apenas »puso el pie en aquel continente, remitió otros con fecha 13 de se»tiembre por conducto de dos comisionados desenvolviendo los mis»mos principios reducidos á manifestar la imposibilidad de sostener la »autoridad real contra el torrente de la opinion, que se empeñaba en »probar se habia pronunciado simultáneamente á favor de la indepen»dencia.»

«Aunque trató de pintar sus operaciones en dichos despachos del »modo mas ingenioso con particular esfuerzo de que llevasen la con»viccion al ánimo de los gobernantes peninsulares, fueron altamente »desaprobadas por el augusto monarca español; y aun las mismas Cór»tes con las que tenia las mas estrechas relaciones de amistad y con»formidad de ideas, estuvieron muy distantes de ver con agrado el »descaro con que habia traspasado los límites de sus facultades. To»da la nacion oyó con horror tamaño exceso; y aunque salieron á la »palestra algunos apologistas, nadie podrá negar los irreparables ma»les que produjo aquella malhadada transaccion por la que quedaron »completamente paralizados los últimos medios de resistencia que to»davía se ofrecian á los realistas, y fortalecida la causa de la inde»pendencia con la régia aunque usurpada sancion que le dió aquel in»digno representante español.» (1)

Sin embargo, y nótese con detenimiento, de que la conducta extraña de O-Donojú reprobada por S. M. fué tan distinta de la del virey la Serna y del ejército que mandó en el Perú, distinguido siempre por el gobierno del rey con honrosísimas declaraciones, no concitó aquella las pasiones políticas de ciertos hombres en la Península, como en 1843 la lealtad desgraciada en Ayacucho.

El año de 1821 fué terrible para la España, pues no solo O-Donojú la privó de la posesion del vasto reino de Méjico en Córdova, sino que casi al mismo tiempo ganó Bolivar sobre el bravo general la Torre la batalla de Carabobo, despues de la cual tardaron poco en capitular en la Guaira los restos del valiente ejército del general Morillo, quedando en consecuencia la afortunada Colombia en libertad de poder dirigir sus engreidas armas contra Quito, de donde triunfantes pasaron por último al Perú, como se dirá oportunamente.

(1) Historia de la revolucion Hispano-Americana.

CAPITULO XVIII.

Expedicion de Canterac.—Evacuacion de Lima.—Retirada de Arenales.—Ocupacion del valle de Jauja.—Expedicion de Cochrane al sur.—La Hera.—Miller.—Accion de Miravé.—Ribero.—Reembarco de Miller.—Lima en poder de los independientes.—Bloqueo y defensa del Callao.—Famosa expedicion á esta plaza al mando de Canterac.

AÑO DE 1821.

El estado de la capital del Perú habia llegado á tal extremo que no se alcanzaba medio alguno de poderla conservar por mas tiempo sin positivo riesgo de perder muy pronto todo el pais. La época y la ocasion favorables de dar un golpe á los independientes, ya procurando destruir la primera expedicion de Arenales al interior, ya buscando á San Martin con decision, particularmente en Retes, se habian pasado y perdido. La nueva division del general Arenales, fuerte de 4,300 hombres, segun Miller, y compuesta de los batallones de Numancia, Cazadores, números 2 y 7 y el regimiento de granaderos á caballo de los Andes, que tocaba casi las goteras de Huancavelica, sin mas fuerza próxima para contener sus peligrosos progresos que la cortísima que hemos dicho mandaba el coronel Carratalá; la excesiva escasez de bastimentos que se experimentaba en Lima hacía tiempo, y que impacientaba á sus habitantes; la falta de recursos para mantener y reemplazar las bajas del ejército, y la flor de los veteranos rea-

listas en los hospitales ó en el sepulcro, demandaban con imperiosa urgencia la pronta evacuacion de Lima, y solo podrian detener la resolucion del virey el determinar el momento y modo de realizarla con la posible seguridad de las tropas y el menor daño de sus habitántes, que nunca dejaron de ser considerados, y especialmente atendidos por las autoridades españolas. Una de las medidas de mayor preferencia era la de acudir con prontitud á detener la internacion de Arenales, y con este importante objeto se dispuso una division que al mando de Canterac salió en junio de las inmediaciones de Lima con direccion á Huancavelica; pero ocultando todavía el acuerdo de abandonar totalmente á Lima, donde se mandaron dejar los equipages que vinieron luego á perderse, y no sin disgusto de los interesados.

Como complemento del referido acuerdo, el virey dejó tambien la capital el dia 6 del siguiente julio, despues de guarnecer completamente los castillos del Callao y proveerlos de víveres, segun las circunstancias permitian, recomendando á la humanidad del general San Martin mas de 1,000 enfermos en los hospitales y el buen tratamiento de la ciudad, y sacando considerable número de convalecientes, de los cuales perecieron muchos en el camino á causa de su delicado estado y la variedad de temperaturas que era preciso experimentar para pasar del oeste al este de la cordillera de los Andes, sin otro alimento que carne asada ó cocida, sin tiendas de campaña, ni mas abrigo que una manta ó capote por hombre. Difícil nos parece que se pueda formar cabal idea de las penalidades y trabajos de esta famosa retirada, é intentar describirla con exactitud seria un empeño temerario que disminuiria mucho ademas su verdadero mérito. Respecto de la evacuacion de Lima dice Torrente con propiedad:

«El dia 4 de julio anunció el virey su salida de Lima por medio de una filantrópica proclama, que consolidó la buena opinion de que ya gozaba en el pais, y excitó la admiracion de los mismos enemigos: al siguiente dia ofició al general San Martin haciéndole saber que el mariscal de campo, marqués de Montemira, vecino ó hijo de la misma ciudad, quedaba encargado de conservar la tranquilidad hasta que entrando él con sus tropas diese las órdenes necesarias para que aquella no se alterase; y recomendándole la observancia de las leyes generosas de la guerra en cuanto comprendian á 1,000 soldados enfermos, que quedaban en los hospitales, y una porcion de familias sobre las que de ningun modo debia de recaer el odio y persecucion de los independientes por haber sido fieles al gobierno legítimo.»

«El dia 6 fué evacuada dicha ciudad por el virey, dejando 2,000

hombres para guarnecer los fuertes del Callao, á las órdenes del mariscal de campo D. José de la Mar, quien por su calidad de subinspector de infantería y caballería (*y 2.° cabo del Perú*) era gobernador nato de aquella plaza; y aunque sus abastos eran escasos, se creia que pudieran ser aumentados con algunas partidas de comestibles sacados de los barcos extrangeros surtos en aquella bahía, cuya venta seria asequible siempre que con su alto precio se halagase el primer móvil de los negociantes, que es la utilidad y la ganancia.»

«Puesto el virey á la cabeza de su débil ejército, compuesto en gran parte de convalecientes, se dirigió por el partido de Yauyos al valle de Jauja, adonde llegó el 4 de agosto, habiendo experimentado tan considerables bajas en el difícil y penoso paso de los Andes, que reunido con las tropas de Canterac se contaban escasamente 4,000 hombres, inclusos los enfermos.» (1)

La division de Canterac, que llevaba igualmente muchos oficiales y tropa convalecientes, de que tanto abundaban entonces los cuerpos, habia tomado el camino llamado real de Huancavelica por Lunahuaná, y desde la posta ó tambo de Turpo en la cumbre de la cordillera varió un poco á la izquierda para tomar una direccion média entre Huancavelica y Huancayo. La absoluta carencia de noticias sobre la verdadera situacion de Arenales, y sobre la suerte del coronel Carratalá, el compasivo estado en que parte de la tropa marchaba por los rígidos Andes y sus estériles faldas y la falta en fin de carnes, único alimento del soldado, ponian á Canterac en el mayor compromiso, caso de que Arenales advertido supiese sacar partido de su superioridad de fuerza y de su ventajosa posicion con tropas descansadas y bien mantenidas. Entonces dispuso Canterac que 100 infantes del regimiento Infante don Cárlos con el capitan D. Pedro Aznar y 100 caballos de dragones del Perú, todos al mando del teniente coronel Camba, formando una pequeña vanguardia, se adelantasen cuanto fuera prudente á fin de recoger el ganado que se encontrara y procurar adquirir noticias, asi de la situacion de los enemigos, como respecto del coronel Carratalá.

Dos dias despues de haberse adelantado Camba, como se le ordenó, tuvo la fortuna de reunir sobre 5,000 cabezas de ganado lanar con algunas reses, y esperó con ellas en Aimará al comandante en jefe; pero nada pudo averiguar respecto de la situacion de los amigos ni de los enemigos, porque no consiguió hablar ni con un simple pastor. Tan contrario parecia el pais á los españoles. Al anochecer, no obstante el excesivo frio que hacia, volvió á adelantarse la mencionada peque-

(1) Historia de la revolucion Hispano-Americana.

ña vanguardia tomando la ruta por Canipáco, debiendo al dia siguiente dirigirse Canterac á Carhuacallanga por Tucle; y al amanecer de este mismo dia ocupó Camba el pueblo de indios de Potáca en la quebrada de Huasicancha. Los españoles entraron fingiéndose *patriotas*, y se apoderaron asi de todos los indios del pueblo; pero no tardaron estos en saber la verdad, y con mucha satisfaccion suya, porque se preciaban de realistas, y todos lo acreditaron bien, prestando en seguida utilísimos servicios, ya espiando á los enemigos, ya conduciendo pliegos con celeridad adonde se les mandaba.

Asi fué que cuando la division Canterac vió acercársele un indio sobre la marcha, no solo con aire de completa confianza, sino preguntando por el general con interés, quedaron todos los circunstantes agradablemente sorprendidos, y lo fué mas Canterac cuando el indígena le entregó una comunicacion del teniente coronel Camba exigiéndole respuesta ó recibo. El pais estaba todo conmovido, y era este el primer habitante que saludaba la division despues que habia dejado la costa. La estrechísima quebrada de Huasicancha goza de una temperatura benigna, y abunda en granos y comestibles, que las mismas indias llevaban á vender á la tropa en sus campamentos. Súpose en Potáca que los enemigos se reunian en la villa de Jauja, cuartel general de Arenales, noticia que Camba comunicó inmediatamente á Canterac, avisándole al propio tiempo de las conveniencias que ofrecia la quebrada de Huasicancha para dar un cómodo descanso á los fatigados y débiles soldados; y despues de recojer porcion de ganado vacuno se dirigia á Carhuacallanga, como disponian sus instrucciones, cuando Canterac le participó que marchaba sobre la expresada quebrada. En los pocos dias que la division descansó en Huasicancha, la tropa se reponia visiblemente, y no se reanimaba menos el ánimo abatido de los convalecientes y enfermos.

El brigadier Canterac empleó este oportuno descanso en comunicar órdenes al coronel Carratalá, que ocupaba los pueblos de Huando y Moya sobre el puente de Iscuchaca, y confirmada la noticia de que Arenales replegaba sus fuerzas á Jauja, marchó el 21 de julio por Ingahuasi á Chongos, volviendo á adelantar por Colca al precitado teniente coronel Camba. Al dia siguiente 22 ocuparon los realistas á Chongos, pueblo grande de indios situado al extremo meridional del valle de Jauja y á la derecha del rio grande de este nombre, once leguas del punto de reunion del enemigo, contando apenas 4,500 hombres en estado de sostener un combate con empeño; pero alli se incorporó tambien el coronel Carratalá con su columna, toda disponible, aunque reducida

en número, y con algunos prisioneros de los rezagados del enemigo, ademas de haber sorprendido el 16 de julio en Iscuchaca un capitan y 16 granaderos montados de los Andes.

Noticioso Arenales de la proximidad de las tropas españolas, cuyo número y verdadero estado ignoraba, emprendió su retirada sobre Lima, ocupada ya por San Martin. Canterac avanzó sin embargo hasta la Oroya; mas convencido de la imposiblidad de dar alcance al enemigo, que montaba la cordillera por Yauli, retrocedió al fértil y poblado valle de Jauja, asegurando de este modo la abundante manutencion de su tropa y la comunicacion con las provincias del interior que tan fundados temores inspiraba al gobierno. El 26 de julio llegó Arenales con su fuerte division á las inmediaciones de Lima, lo que dió ocasion á Miller para decir: «De este modo, los patriotas abandonaron las importantes provincias de la sierra, de las cuales tomaron posesion tranquila los realistas en divisiones aisladas; y este incomprensible error de parte de los patriotas compensó á sus enemigos de la pérdida de Lima.» (1)

El virey la Serna que habia tomado la direccion de Yauyos para trasladarse al lado oriental de los Andes, entró en el valle de Jauja á principios de agosto, habiendo tenido que superar los mayores obstáculos en su penosa travesía, en la que el jefe de E. M. Valdés se excedió asimismo en zelo y en actividad. Verdad es que muchos leales y valientes veteranos perecieron en el tránsito de la costa á la sierra, y mas por efecto del mal estado de su salud que por las hostilidades del enemigo; pero aunque fué considerable la pérdida de los españoles en estas desconsoladoras marchas, nunca llegó al extremo que los adversarios han supuesto contra el interés de su ponderada valía, pues que no seria fácil esplicar la inaccion en que se mantuvieron. Como quiera, el sufrimiento y la constancia de los leales defensores de la causa de España en esas marchas, de suyo penosísimas, exceden todo encarecimiento, atendido el estado de quebrantada salud y de abatimiento en que muchos las emprendieron. Acantonado, en fin, el disminuido ejército español en el valle de Jauja, todos los jefes se dedicaron exclusivamente á su reparacion, la que se logró con maravillosa prontitud á beneficio de la conocida abundancia y salubridad del pais.

Entre tanto que los independientes se desvanecen con la ocupacion de la deliciosa Lima, y que los realistas se preparan en el valle de Jauja á nuevas empresas, haremos una breve reseña del resultado

(1) Memorias del general Miller.

de la expedicion de Cochrane, que dejamos el 22 de abril navegando de Pisco al sur. El almirante llegó del 5 al 6 de mayo como á diez leguas de Arica, y trató luego de que Miller desembarcara con su gente algo al norte, operacion que no pudo tener efecto por la naturaleza bravía de la costa, como habian indicado algunos buques neutrales, á quienes Cochrane no dió entero asenso. Sin embargo de haberse frustrado esta tentativa, corriendo los botes grandes riesgos, como los independientes y los extrangeros codiciosos «habian visto pasar re»cuas de mulas muy cargadas desde la ciudad al interior, y en todos »los puntos donde los percibieron, todos los anteojos se desenvaina»ron y asestaron al convoy; la *auri sacra fames*, multiplicando el nú»mero de los animales, y convirtiendo sus cargamentos de fardos de »géneros en cajones de duros, dió orígen á innumerables gestiones »para desembarcar la tropa en la costa, y al fin lord Cochrane cedió »á tantas importunidades.» (1)

Seguidamente envió el almirante la tropa de desembarco al Morro de Sama con el teniente coronel Miller, y él con el San Martin se acercó á la ciudad de Arica, y la intimó la rendicion, ofreciendo respetar las personas y propiedades, como no perteneciesen estas á los enemigos de la libertad de la América meridional, es decir á los españoles. El jefe de la corta guarnicion de Arica contestó á la intimacion con vigor, y Cochrane empezó á jugar su artillería contra la poblacion, con el fin tambien de auxiliar, distrayendo, el desembarco de las tropas, que se verificó sin oposicion en el Morro, diez leguas al norte de Arica. El mayor Soler, con parte de la fuerza desembarcada, se dirigió por la costa á la ciudad, á cuya vista se presentó en la mañana del 14 de mayo, mientras Miller con el resto invadia el valle de Sama y pasaba de allí á la villa de Tacna con notable atrevimiento. A la aproximacion de los enemigos la guarnicion y la mayor parte de los vecinos de Arica abandonaron la ciudad, que ocupó el primero el capitan Wilkinson del San Martin con algunos marineros. Soler apresó tambien sobre la marcha 120,000 duros y seis barras de plata que se remitian á Arequipa, «y esta suma, *añade Miller*, con 4,000 duros mas encontrados en la aduana, y sobre 300,000 ademas en mercancías de propiedad española fueron trasladados á bordo.» (2)

La tropa que mandaba el mayor Soler con algunos marineros del navío San Martin salieron el dia 14 de mayo de Arica para Tacna, donde sin la menor dificultad se incorporaron al teniente coronel Miller,

(1) Memorias del general Miller.
(2) Memorias del general Miller.

porque lejos de hallar en las respectivas guarniciones una resistencia proporcionada, que bien combinada y dirigida hubiera podido ser de muy favorable trascendencia, los enemigos engrosaron sus filas con los prisioneros que hicieron y los pasados que tuvieron; lo que dió ocasion á Cochrane á concebir el pensamiento de formar un regimiento con el título de *Independiente de Tacna*, y tuvo por tan sencilla su realizacion, que llegó á entregar una bandera azul con un sol en el centro, como afirma su secretario.

Engreido Miller con las ventajas obtenidas á tan poca costa, y aumentada su fuerza moral y física, se estimó capaz de acometer mayores empresas; confiado tambien en la cooperacion de los partidarios que se le iban descubriendo en los pueblos y en las relaciones y conocimientos prácticos del teniente coronel Landa, subdelegado que habia sido del partido de Moquehua. Así, pues, concibió Miller el proyecto de dirigirse al interior é insurreccionar el pais, á tiempo precisamente que el general D. Juan Ramirez y Orozco, que mandaba en jefe el ejército del alto Perú, se hallaba en Arequipa con poca tropa, la division de Olañeta cubria los confines australes del territorio español, el batallon de Gerona ocupaba á Oruro y mantenia dos compañías en los valles de Ayopaya, y el batallon del Centro, que mandaba Espartero, guarnecia la ciudad de Puno.

Sin embargo, el general Ramirez, instruido del desembarco de los enemigos en la costa de Arica y de sus primeros rápidos progresos, previno al teniente coronel D. Cayetano Ameller que con la fuerza disponible de Gerona marchase desde Oruro sobre Tacna; al jefe del Centro que remitiese desde Puno, en la misma direccion, 250 hombres, y al coronel la Hera, subinspector de su ejército, que desde Arequipa se trasladara á Moquehua con dos compañías de infantería y algunos ginetes, á fin de que procurara la reunion de las mencionadas fuerzas y destruyera ó lanzara del pais á los invasores, á quienes estimaba en poco, y era de suponer interesados en asegurar el rico botin que habian hecho, móvil principal de la codicia de los aventureros. Como quiera, la precedente disposicion nos parece envolver dos errores de consecuencia: 1.° no haber hecho marchar sobre el enemigo todo el batallon del Centro, que era el mas inmediato, y hubiera por su buena calidad obtenido el resultado que se buscaba, pudiendo ser este cuerpo reemplazado en Puno por Gerona, como era natural, ahorrando así marchas, y ganando sobre todo un tiempo precioso: 2.° no haber señalado á la tropa, mandada mover de diferentes y distantes parages, un punto conveniente y seguro para su

reunion, desde el cual partieran luego con concierto las operaciones que se fiaban al coronel la Hera. Por este medio se hubiera indudablemente evitado el triste encuentro de Mirave.

Los adictos ocultos al sistema de la independencia, las influyentes relaciones del recien pasado Landa y la infidelidad del coronel Portocarrero, subdelegado de Moquehua, que pronto siguió el ejemplo de aquel, proporcionaron á los enemigos conocimiento exacto de las prevenciones del general Ramirez; y vendida la causa española hasta por las autoridades que se creian fieles, como Portocarrero, la lucha venia á ser conocidamente mas desigual. Con ese seguro dato comprendió Miller la facilidad que las largas distancias, la naturaleza del terreno y su posicion central le ofrecian para intentar interponerse y proyectar batir una tras otra las fuerzas mandadas mover contra él con poca combinacion. En este concepto, y no sin cálculo, tomó el enemigo la ofensiva con 340 infantes, 70 hombres de caballería y sobre 60 paisanos voluntarios bien montados, segun confiesa el mismo Miller, los cuales forman un total de 440 hombres lo menos. Desde Tacna tomó el jefe de los independientes la direccion de Buenavista, pequeño pueblo de indios, situado al pie de la cordillera, adonde llegó el 20 de mayo, y este mismo dia alcanzó la Hera á Mirave con el intento de reunir la columna procedente de Puno, que conducia el 2.° comandante D. Felipe Ribero.

En Buenavista supo Miller que el coronel la Hera habia tomado en Locumba la direccion de la sierra por Ticapampa, y como se interesaba en impedir su reunion con Ribero, se puso seguidamente en marcha para Mirave, distante 15 leguas, tan ignorante de que ya se hallase allí la Hera, como este lo estaba de su proximidad. El comandante Ribero, que noticioso de la ocupacion de Tacna habia variado de direccion á la derecha, se encaminó tambien á Mirave, adelantándose solo en la mañana del 21, y se presentó en el campo de la Hera al anochecer, asegurándole de que dejaba en marcha su columnita 180 hombres disponibles, dijo, y permanecia allí cuando á las nueve de la noche el capitan Suarez, recorriendo los puestos avanzados, tropezó con unos arrieros que le instruyeron de que habian acompañado al enemigo, cuya noticia fué la primera voz de alarma para los españoles. Seguidamente dieron los independientes con la escolta de las caballerías de sus contrarios y se apoderaron del teniente Collao, y de dos soldados, mas el resto de la escolta, que se salvó, acabó de alarmar el campo de la Hera, como era natural. Este jefe previno á Ribero que marchase al encuentro de su tropa y la condujera en toda dili-

gencia dándole al efecto uno de sus caballos descansados y un guia, porque con este refuerzo era probable asegurar un triunfo, y en tal confianza tomó las demas disposiciones que le parecieron propias para esperar al enemigo. Miller, que no desconocia cuánto le importaba aprovechar los instantes, se resolvió al ataque con caballería, infantería y una partida de coheteros á la congreve que dirigia un oficial inglés; el combate se empeñó con obstinacion; y acabó por ser rechazados los enemigos con pérdida de un oficial y 19 soldados por su propia confesion. Miller en sus Memorias elogia el comportamiento de los coheteros y de algunos marineros que mandaban los capitanes Hill y Hind, «ambos ingleses, *añade*, y cuya conducta hace honor al pais de donde eran y á la causa que habian abrazado»; sin embargo, la imperiosa necesidad de descanso obligó á los combatientes á un mútuo respiro. Serian como las cuatro de la mañana del 22 de mayo cuando Miller volvió al ataque, y haciendo un nuevo y tan desesperado esfuerzo como su situacion exigia, logró apoderarse del campo de la Hera, causándole considerable pérdida por la tenaz resistencia que le opuso.

Destruido la Hera y dueño el enemigo de su posicion se presentó Ribero con su pequeña columna, que habia hallado descansando á bastante distancia de Mirave, razon por la cual no pudo llegar antes á este punto á pesar de su diligencia; y aunque intentó flanquear al enemigo, desistió de este temerario empeño asi que vió movia contra él todas sus fuerzas: emprendió ordenadamente su retirada en la direccion de los Andes, que costeó luego de la vuelta del norte en demanda de Torata para procurar incorporarse á los restos de la Hera. Los mismos enemigos han referido el suceso de Mirave de este modo:

«La aurora del 22 de mayo descubrió las tropas del uno y del otro bando, unas en frente de otras y á dos tiros de fusil de distancia en una especie de ladera de media milla de ancho. Miller dispuso inmediatamente el ataque, y la celeridad con que lo ejecutaron frustró los esfuerzos de los realistas para apoderarse de una loma que tenian á su izquierda. Su retirada, por donde habian subido desde los cercados de las tierras cultivadas del valle, la tenian tambien cortada. Desalojados de su posicion y arrojados á la extremidad de un monte cortado por un precipicio, los realistas combatieron por espacio de 15 minutos con un valor desesperado, pero sin fruto. Murieron 96 en el sitio que ocupaban, y 156 la mayor parte de ellos heridos, fueron prisioneros: tambien se tomaron 400 mulas; solo escaparon sobre 60 infantes y 80 caballos. Asi que los realistas habian desaparecido, el refuerzo tan deseado de Puno y la Paz montado en mulas, se presentó

á la vista en su ayuda: los patriotas se reunieron en el acto, y se prepararon á hacer frente á un nuevo enemigo que venia de refresco. En el acto en que estas tropas principiaron á atravesar el rio, que los patriotas habian pasado durante la noche, estos les dirigieron algunos cohetes, pero los realistas percibiendo que habian llegado demasiado tarde inmediatamente contramarcharon.» (1)

Se ve, pues, por los pormenores que preceden, que el afortunado y diligente Miller logró interponerse entre la Hera y Rivero, dar un terrible golpe al primero é inutilizar por de pronto al segundo; pero si la Hera acierta á tomar la resolucion de replegarse sin combatir hácia los inmediatos Andes al primer aviso que tuvo de la proximidad del enemigo inclinándose hácia la direccion que traia la tropa de Ribero, y señala á este su incorporacion, que debia verificarse con prontitud y mayor seguridad, Miller entonces hubiera sufrido con probabilidad una derrota en vez de obtener un triunfo de consideracion en aquellas circunstancias. Tambien es de lamentar que la tropa de Ribero, toda montada en mulas, no haya hecho mayor diligencia desde que se adelantó de ella en la mañana del 21 de mayo hasta que la volvió á encontrar en la noche del mismo dia para llegar a Mirave en la madrugada del 22, cuando ya era sensiblemente tarde.

El mismo 22 continuó el activo Miller la persecucion de los restos de la Hera por Locumba á Moquehua, distante de Mirave 30 leguas, adonde alcanzó el 24 una partida de infantería realista, que cargó y deshizo con su caballería. El coronel Portocarrero subdelegado del partido de Moquehua se pasó á los patriotas y abrazó la causa de la independencia, premiándole la república sus servicios con el ascenso á general. El comandante Ribero llegó á Torata en la noche del 25 de mayo, y enterado allí de la ocupacion de Moquehua por los enemigos se dirigió á Arequipa, reuniéndosele sobre la marcha un destacamento de caballería procedente de la Paz.

El coronel la Hera, que se habia replegado en la direccion de la sierra para adquirir noticias de la marcha que debia traer el batallon de Gerona y tomar con él la ofensiva con ventaja, como podia, habia logrado su fin, y maniobraba determinadamente en su plan, cuando el 4 de junio tuvo Miller algunas noticias en Moquehua, y en el mismo dia empezó su retirada sobre Tacna, en cuya villa entró el 14 del mismo mes; y cuando ya la Hera se acercaba con fuerza suficiente para destruirlo ó llevarlo precitadamente á sus buques, entonces recibió de oficio el armisticio de Punchauca, al que prestó el jefe espa-

(1) Memorias del general Miller.

fiel el religioso cumplimiento que se le prevenia, quedando en consecuencia suspendidas las hostilidades por fortuna del enemigo. El almirante Cochrane, que con el San Martin habia recorrido los puertos de Ilo y Mollendo para acercarse mas al teatro de las operaciones de Miller, regresó á Arica con la noticia de la suspension de hostilidades, y despues de habilitar algunas embarcaciones para el servicio de la tropa en caso necesario hizo rumbo al norte, y fondeó en el Callao el 8 de julio.

Vencido el plazo que el armisticio señalaba, el coronel la Hera avisó al enemigo en 15 de julio la renovacion de las hostilidades como le prevenia el noble general en jefe; mas no reconociéndose ahora Miller en estado de aventurar un combate, no obstante todas sus ventajas anteriores, replegó aceleradamente de Tacna á Arica su infantería en la noche del 19, y la siguió al otro dia con la caballería. En la tarde del 21 ya la Hera se hallaba á cuatro leguas de Arica, y la noticia de su aproximacion precipitó el embarco de los enemigos dejando en poder de los realistas porcion de enfermos, mas de 400 mulas y caballos y otros artículos. El general en jefe Ramirez se manifestó satisfecho del comportamiento de la Hera asi en Mirave como posteriormente. «V. S. *le dijo en cuanto á lo primero*, se ha conducido con »valor y con aquella noble decision que le asiste por el mejor servicio, »por cuya circunstancia merece mi aprobacion su conducta militar aun »cuando los resultados no han correspondido á las medidas por un »conjunto de circunstancias difíciles de remediar, y porque en la »guerra tiene la fortuna á veces puesto su trono en sucesos inesperados.» Y respecto á las operaciones dirigidas últimamente por el mismo la Hera contra Miller, le decia el citado general con fecha 28 de julio: «Tenga V. S. la satisfaccion mas cumplida, y lo mismo los »Sres. jefes, oficiales y tropa que sirven bajo sus inmediatas órde»nes, que los movimientos ejecutados con tanta constancia y sufri»miento merecen la mayor consideracion y todo elogio. Reciba V. S. »por lo mismo á nombre de S. M. y mio las mas expresivas gracias y »trasmítalas V. S. á esa benemerita division.»

El 22 de julio por la tarde, dueño ya la Hera de la ciudad de Arica, salieron de este puerto los buques en que se habia embarcado Miller con su tropa y algunas familias de pronunciados por su causa. Hizo desde luego rumbo al norte, y se acercó á Quilca con el ánimo de desembarcar é intentar un golpe de mano sobre la ciudad de Arequipa que suponia desguarnecida por los refuerzos remitidos al sur; pero bien fuese por efecto del mal tiempo, por el mal desembarcadero que

ofrece la costa de Quilca ó por escasez de provisiones y de aguada, lo cierto es que continuó su rumbo al norte, y en la noche del 1.° de agosto entró en el puerto de Pisco ansioso de adquirir noticias del estado de Lima y de la situacion del general San Martin. Al amanecer del dia 2 ocupó Miller á Pisco con su gente, obligando á replegarse sobre Ica un destacamento de 50 caballos de milicias que tenia avanzados el teniente coronel Santalla, comandante general de aquella parte de costa. Instruido Miller de la mala distribucion en que mantenia su su fuerza el jefe español, y aun auxiliado de las muchas malas voluntades que Santalla se habia desgraciadamente grangeado, se resolvió á perseguirlo, y lo ejecutó con tal actividad, que alcanzado por su tropa en las cercanías de la Nasca fué tan tristemente derrotado como lo habia sido antes el coronel Quimper. El dominio del mar proporcionaba á los independientes la ventaja de causar con poca gente frecuentes alarmas y daños, obligando á las tropas del rey á largas, penosas y poco fructíferas marchas. Miller despues de esta correría feliz envió por mar su tropa al Callao y él se fué por tierra á Lima con motivo del movimiento de Canterac, de que luego se dará razon.

Al evacuar la Serna á Lima encargó, como se ha dicho, su mando político y militar al anciano general marqués de Montemira; pero este criollo respetable no contaba para mantener el órden mas que con 200 hombres del regimiento de la Concordia que componia el vecindario de la capital. Tres dias despues, á saber, el 9 de julio por la noche, entraron 200 caballos enemigos, y atravesaron la ciudad en el momento que la poblacion espantada sufrió un temblor de tierra de los mas fuertes y de mayor duracion que se han experimentado en aquel pais donde son harto frecuentes. A la vista de los invasores alguna plebe, la mayor parte compuesta de gente de origen africano, prorumpió en estrepitosos vivas á la *patria*, é hizo repicar las campanas, pasando á favor de la algazara á robar algunas tiendas de las conocidas por *pulperías*; pero este desórden duró poco porque los vecinos honrados acudieron á contenerlo distribuyéndose en patrullas, y la fuerza armada invasora les prestó oportuno auxilio. Despues de algunas comunicaciones preventivas entre los generales Montemira y San Martin, hizo este su entrada pública en Lima el dia 12 del mismo mes en medio de grandes gritos de aclamacion y aplauso, y al dia siguiente quedó asediada por mar y tierra la plaza del Callao: hízose á su gobernador la Mar la intimacion de costumbre, que la contestó con la nobleza que correspondia, y despues fueron frecuentes los tiroteos entre la guarnicion del Callao y las guerrillas enemigas y sus buques.

Mientras el virey en el valle de Jauja se ocupaba de la reposicion de sus tropas y de los medios de realizar una nueva expedicion al Callao, continuó esta plaza su defensa, y los independientes en Lima dictaban las medidas que creian mas útiles á sus miras. Como la escasez de granos era grande en la capital, dispuso San Martin que se desembarcasen en los Chorrillos, libres de derechos, 2,000 fanegas de trigo que se hallaban á bordo de la escuadra chilena. A este efecto pasó el navío San Martin á aquel punto el 16 de julio, donde pocos dias despues baró y se desfondó. El dia 15 de este mes, y á invitacion del general San Martin, se reunieron en las salas capitulares el ayuntamiento de Lima, el arzobispo, los prelados de los órdenes religiosos, los títulos de Castilla y otros muchos ciudadanos, y todos acordaron y firmaron una acta declaratoria de la independencia del Perú, asi de la España como de cualquiera otro dominio extrangero. El 17 mandó San Martin que se quitasen y desapareciesen las armas de España de todos los sitios públicos, y al mismo tiempo hizo la prevencion siguiente: «Habiendo sabido, con mucho pesar »mio, que con desprecio de todas las conveniencias y de todos los »sentimientos de humanidad, algunos individuos, llevados de sus pa»siones, se permiten ejercer vejaciones contra los españoles é in»sultarlos, ordeno y mando que todas las personas que cometieren »tales excesos sean denunciadas al gobernador político y militar de la »ciudad, para que, probado el hecho, sean castigadas como me»recen.» (1)

El 18 se mandó crear una guardia cívica en reemplazo del regimiento español de la Concordia, y el gran mariscal, marqués de Torretagle, fué nombrado su coronel. El 22 se señaló por bando el dia 28 del mismo mes para jurar la independencia con toda solemnidad. El 24 por la tarde se recibieron en la plaza del Callao por un parlamentario proclamas de San Martin, y por la noche hicieron fuego los castillos á los botes bloqueadores que se advirtieron en el puerto, y sin embargo consiguieron incendiar dos buques de los fondeados dentro de la cadena y llevarse tres á remolque. El 26 una partida de paisanos voluntariamente armados en auxilio de la plaza pidió hacer la descubierta, y se tiroteó valerosamente con otra de caballería enemiga, causándola algun daño; mas habiéndose los nuestros adelantado con imprudencia, fueron á su vez cargados y acuchillados, de cuyas resultas murieron 3.

El 28 se verificó en Lima la anunciada proclamacion de la inde-

(1) Stevenson, Relacion histórica.

pendencia. El general San Martin, acompañado del general marqués de Montemira y del E. M. del ejército, de la universidad, de los cuatro colegios, de los prelados de los órdenes religiosos, de los tribunales, del ayuntamiento y corporaciones y de muchos miembros de la antigua nobleza, todos montados en caballos ricamente enjaezados, salieron del palacio escoltados de un batallon con las banderas de Buenos-Aires y de Chile desplegadas, y se dirigieron á la Plaza Mayor, donde se habia levantado un tablado al intento. A él subió San Martin con el nuevo pabellon peruano, y ondeándolo en la mano, dijo: «Desde este momento el Perú es libre é independiente »por el voto general del pueblo y la justicia de su causa: que Dios »lo proteja.» En seguida la comitiva paseó las principales calles de la ciudad, y regresó al palacio. El domingo siguiente hubo una funcion solemne en la catedral; celebró el arzobispo de pontifical, y se cantó el *Te Deum*, y acto contínuo todas las autoridades y principales ciudadanos prestaron sobre los Santos Evangelios el juramento de defender sus opiniones, sus propiedades, sus personas y la independencia del Peru, no solo contra el gobierno español, sino contra cualquiera potencia extrangera, como explica Mr. Stevenson, testigo presencial.

El 31 de julio se presentó en el Callao el coronel Guido conduciendo un pliego de San Martin para el gobernador la Mar. Al dejar el virey á Lima habia autorizado al comisionado régio Abreu y á sus dos sócios Llanos y Galdiano para que pudiesen continuar las negociaciones pacíficas á bordo de la fragata mercante Cleopatra, fondeada fuera del alcance del cañon de la plaza: Guido era uno de los comisionados por San Martin, y este por su parte aparentaba desear la continuacion de aquellas conferencias. Al principiar el mes de agosto mandó el gobernador del Callao destruir un puentecito de madera entre la plaza y Bellavista, que servia de paso á una acequia, y con este motivo se trabó un tiroteo que puso á los sitiados 5 hombres fuera de combate, aunque lograron su objeto.

El 3 del mismo agosto se declaró San Martin á sí mismo director supremo y protector del Perú, y nombró ministros del Estado á don Juan García del Rio, D. Bernardo Monteagudo y D. Hipólito Unánue. Monteagudo es el mismo que ha figurado ya en los sangrientos excesos de la Punta de San Luis. Al dia siguiente fué nombrado D. José de la Riva-Agüero, presidente del departamento, *provincia* de Lima, y en lugar de la antigua audiencia se instaló una *alta cámara de justicia*. San Martin dirigió una proclama á los españoles residentes en la capital, en la que se leia este párrafo: «Españoles: no ignorais que

»la opinion pública se ha pronunciado de tal modo, que aun entre »vosotros existen muchos individuos que espian y observan vuestra »conducta. Estoy perfectamente instruido de cuanto pasa, aun en lo »mas reservado de vuestras casas: temblad si abusáreis de mi in»dulgencia.» Con motivo de esta extemporánea proclama, dice con mucha propiedad el mencionado Mr. Stevenson que «es imposible »conocer bien si el sistema de espionage de San Martin era como ma»nifestaba; pero parece en cierto modo derogatorio del carácter y »de la dignidad de un jefe supremo, apoyado de 12,000 hombres ar»mados, rebajarse hasta amenazar asi 200 ó 300 individuos sin ar»mas que, descansando en la seguridad que les habia dado, juraron »seguir la suerte del pais y vivir sumisos al sistema del nuevo go»bierno establecido. Semejante proclama, ademas, anulaba el objeto »aparente de la del 17 de julio, y servia para encender las teas de »la discordia y de la guerra civil, los mayores y mas peligrosos ene»migos de la tranquilidad pública.» (1)

El dia 4 del citado agosto comenzaron tambien los sitiadores á hacer fuego con obuses contra la plaza del Callao, y lo continuaron todas las noches hasta el amanecer del 14. Este dia, como á las once de la mañana, suponiendo rendida de cansancio la guarnicion por las vigilias y fatiga de las noches anteriores, 150 caballos enemigos partieron de Bellavista á toda brida hácia la puerta principal del Real Felipe, seguidos como de 1,000 infantes igualmente á la carrera; pero todo fué inútil, porque al primer aviso de enemigos se habia levantado el rastrillo. Entonces se derramó la caballería por la poblacion del Callao, acuchilló en sus calles algunos soldados de los que habian ido á comprar, y se llevó otros prisioneros, entre ellos al brigadier Ricafort, que aun convalecia de la grave herida recibida en Canta, quien fué rescatado como por milagro. La infantería contraria en tanto se habia adelantado hasta el glacis; pero recibida por los fuegos de nuestra artillería y de los infantes que cubrian el parapeto de su frente, volvió la espalda, y huyó á ocultarse al abrigo de las casas de Bellavista despues de sufrir una pérdida considerable, pues los mismos independientes confesaron 50 hombres muertos. Este atrevido golpe de mano causó en los leales de la plaza grandísima sensacion, porque suponian que no se habria emprendido con tanta tenacidad, sino en la inteligencia de no hallar tan pronta ni tan fuerte resistencia. Despues de esta ocurrencia las comunicaciones de los castillos con la poblacion se hacian con mas prudencia y precauciones.

(1) Stevenson, Relacion histórica.

El 15 de agosto por la tarde fondearon á la vista del Callao el navío Soberbio y la fragata Criolla de S. M. B., y por la noche las embarcaciones menores de Cochrane sacaron del fondeadero tres buques mercantes españoles á pesar del vivo fuego que les hizo la plaza. El 22 el ministro de la guerra Monteagudo previno al arzobispo de órden del *Protector* que mandara cerrar las casas destinadas á ejercicios espirituales por los abusos que en ellas se cometian, mientras se colocaban bajo la vigilancia de un eclesiástico *patriota* que mereciese la confianza del gobierno. El anciano arzobispo contestó con dignidad, y acabó por ofrecer su dimision, que le fué aceptada, y se le mandó salir de Lima en 48 horas y esperar en Chancay la resolucion del gobierno. Fundándose el prelado en sus 80 años y achaques consiguientes pedia sus pasaportes para la Península por Panamá, no creyéndose capaz de resistir el paso del Cabo de Hornos. Mas adelante, sin embargo, el 13 de noviembre, tuvo que embarcarse para Rio Janeiro. Antes de partir escribió á lord Cochrane agradecido á las consideraciones que le habia dispensado y acababa de este modo: «Estoy convencido que la independencia de este país está sellada para siempre: »yo manifestaré esta opinion al gobierno español y á la santa sede: haré »al mismo tiempo cuanto pueda para vencer su obstinacion, mantener »la tranquilidad y segundar los votos de los habitantes de la América »que tanto aprecio.» En el mismo noviembre el respetable obispo de Huamanga, residente entonces en Lima y Peruano, recibió órden de salir del pais en el término de ocho dias, sin que la autoridad se dignase dar una sola causal para este destierro. (1) Del 25 al 27 de agosto se trasladaron del bloqueo del Callao al fondeadero de Ancon la mayor parte de los buques de la escuadra enemiga con sus presas, y el 28 pasó de parlamento á la plaza el coronel Guido con la pretension de que la junta pacificadora pudiese continuar allí sus sesiones, adonde se trasladó el dia siguiente, no desde la fragata Cleopatra, que era el parage designado por el virey para conferenciar, sino desde la ciudad de Lima, adonde por disposicion propia se habian constituido el comisionado régio y sus dos socios. La resolucion, pues, de trasladarse esta junta al Callao ahora era indicio seguro de alguna novedad, y apenas se columbraba otra que la aproximacion de las tropas españolas á la capital, cuyos rumores empezaban á circular. El 31 de agosto se recibió una comunicacion del virey, fechada el 22 del mismo mes en Huancayo, asegurando que la ocupacion de Lima

(1) Stevenson, Relacion histórica.

por los disidentes seria efímera, y en su vista la comision *pacificadora* cerró sus sesiones y se disolvió.

En los primeros dias de setiembre el gobernador del Callao celebró junta de guerra para tratar de disminuir la racion que se suministraba; pero habida consideracion á la continua fatiga de la tropa harto reducida ya por las enfermedades y la desercion, se acordó no hacer novedad. Al mismo tiempo la alarma se habia esparcido en la ciudad de Lima: el 4 por la noche habló San Martin en el teatro á los expectadores: el 5 anunció al público por medio de una proclama que algunos españoles ocupaban á San Mateo y á San Damian; exortaba á los habitantes á defenderse, y ofrecia perecer antes que abandonarlos, y al dia siguiente se recibió con satisfaccion esta proclama en el Callao. El 8 notaron los defensores de la plaza muy desguarnecida la línea del bloqueo, y se supo despues que el general San Martin habia tomado posicion con sus tropas en el campo del Pino. Esta era ya la prueba de la proximidad de los realistas, y se creia inevitable una batalla, cuando el 10 de setiembre por la tarde se vió desembocar en frente del Callao por el lado de Bellavista la division que conducia el brigadier Canterac.

Como al evacuar el virey á Lima habia ofrecido auxiliar la plaza del Callao lo mas pronto que le fuera posible, reunidas las tropas en el valle de Jauja y vista su rápida reposicion, empezó luego á ocuparse de los medios de realizar una expedicion con aquel objeto; mas el número á que se habia reducido el ejército, la incertidumbre de un éxito feliz y las infalibles consecuencias de una desgracia en las actuales circunstancias aconsejaban abandonar la plaza á su suerte y conservar y aumentar las tropas que habian de reconquistarla un dia, máxime si de España se enviaban al menos los auxilios de mar pedidos. Así que se traslució en el ejército el proyecto de volver sobre la capital, se empezó á discurrir sobre todas sus contingencias, alegándose solidísimas razones en contra, porque, sobre los resultados de un revés que todos alcanzaban, la memoria de los estragos, de las enfermedades experimentadas en la costa y el penoso paso de la cordillera que estaba tan reciente, eran capaces de imponer al ánimo mas esforzado. Pues es de saber que asi los españoles, llamados en el Perú *chapetones*, como los habitantes de la costa, se marean al pasar la cordillera, como los que nuevamente entran en la mar y mucho peor; porque segun la complexion de cada uno, estan un dia y dos acosados de un dolor agudo en la cabeza particularmente en las sienes y de fuertes náuseas sin poder comer ni beber, ni casi tenerse en pie sino vomitando si tienen qué. Tambien la nieve les ofende la vista, á punto

que muchos ciegan por dos ó tres dias, lo que llaman los naturales *azorocharse*, cuyo fenómeno experimentaron Pizarro y sus compañeros como afirman los historiadores coetáneos.

Pero el virey la Serna se consideraba caballerosamente comprometido á cumplir la palabra empeñada, y los fogosos sostenedores de su opinion discurrian de este modo: si á la aproximacion de las tropas reales los enemigos se retiran de Lima, la plaza del Callao puede ser fácil y prontamente abastecida de víveres para mucho tiempo: si sale al encuentro de la expedicion y es batido, la balanza queda totalmente inclinada en pro de la causa española; y si la expedicion penetraba en el Callao sin combatir, podria sacarse el armamento que tanta falta hacia, extraer su guarnicion, é inutilizar la plaza como en último caso prevenia el virey, segun afirmó Canterac. El pensamiento era grande, gigantesco; pero podia razonablemente temerse que el noble entusiasmo no permitiera calcular con prudente detenimiento todos los inconvenientes gravísimos de su ejecucion.

Como quiera se decidió que la tropa mas disponible, de superior calidad toda se moviera hácia la capital del reino; permaneciendo el virey con el resto en el mencionado valle de Jauja. Consiguientemente 2,500 infantes, 900 caballos y 9 piezas de artillería de á 4 emprendieron la marcha el 25 de agosto á las órdenes del brigadier Canterac, llevando de jefe de E. M. al coronel Valdés que lo era del ejército. Desde los cantones del valle de Jauja á Santiago de Tuna, atravesando los Andes de oriente á occidente, nada de particular ocurrió, porque apenas hubo ocasion de disparar un fusil. Cerca de Santiago de Tuna cayó en poder de una partida enemiga el teniente coronel don José Garcia Sócoli, agregado al E. M., y fué muy fatal este incidente porque pudo San Martin informarse de la fuerza realista, y acaso por este dato resolverse á no abandonar á Lima. En el pueblo de Tuna dividió Canterac la fuerza en dos columnas, que habian de tomar distintas direcciones para volver á juntarse en la hacienda de la Cieneguilla: la infantería con el mismo comandante en jefe siguió un rumbo medio entre la quebrada de San Mateo, que desemboca 6 leguas de Lima, y la del Espíritu-Santo que está mas al sur, siendo precisamente su objeto poner en duda al enemigo sobre el verdadero punto de descenso á la costa; y la caballería con el 2.° batallon del primer regimiento que mandaba D. Francisco Narvaez, la artillería, el ganado y los bagajes bajaron directamente á la Cieneguilla á las órdenes del coronel D. Juan Loriga, batiendo y dispersando al paso la *montonera* ó faccion de Huarochiri, que situada en una posicion fuerte in-

tentó inutilmente detener la marcha de esta columna, y tuvo de pérdida varios muertos y heridos, un oficial y 26 hombres prisioneros con algunos caballos ensillados.

El brigadier Canterac con la infantería, despues de haber significado durante el dia decidida tendencia á desembocar por la quebrada de San Mateo, varió al anochecer de direccion á la izquierda para ir á buscar la quebrada del Espíritu-Santo, que conduce á la Cieneguilla, y sin guia y á rumbo se determinó á descender en la persuasion de no hallar una extraordinaria dificultad; pero acaso nunca militar alguno sufrió engaño mayor. Sin camino de ninguna especie, sin agua en un terreno arenoso y ardiente, acosados los hombres y las bestias de una sed devoradora, despues de una marcha de mas de 10 leguas á 12° de la equinocial, los jefes, los oficiales y la tropa se arrojaron á bajar por donde ningun ser humano habria andando jamás. Alli se perdieron mulas y caballos con la mayor parte de las maletas de gurupa; allí hubo piernas, brazos, cabezas y cuerpos estropeados, porque los hombres y las bestias rodaban á la par de precipicio en precipicio; allí hubo muchos que recurrieron á sus propias orinas para mitigar su mortal sed, y con igual fin mascaban otros las áridas cortezas de algun arbusto que por fortuna encontraban; allí varios bravos desesperanzados se tendian en el suelo como resignados con su fin, mientras otros se esforzaban por continuar el descenso con la lisonjera idea de hallar agua en el fondo de la quebrada. En tan azarosa situacion si los jefes y oficiales mandaban eran á veces obedecidos y otras apenas escuchados: basta decir en prueba que reunidos el brigadier Monet y el coronel Carratalá, viendo porcion de tropa tirada al suelo, inciertos de si el resto seguia, iba adelante ó se quedaba rendida de la sed y del cansancio, ofrecieron á nombre del rey un grado al individuo que continuando la bajada pudiera avisar de si se hallaba luego agua, y no hubo á su inmediacion quien se sintiera en estado de ganar la recompensa prometida, siendo de advertir que cuando se hizo este ofrecimiento faltaria poco mas de un cuarto de legua para llegar al rio que toma luego el nombre de Lurin. El comandante en gefe Canterac, que llevaba la cabeza de aquella inexplicable dispersion, fué de los primeros que gozaron del placer de descubrir la deseada agua, é inmediatamente hizo retroceder á los que le acompañaban de cerca con cantimploras llenas para auxiliar á sus afligidísimos compañeros. La nueva de este hallazgo salvador, comunicada de unos en otros hasta los mas rezagados como por ensalmo, reanimó sus espíritus abatidos, y y puso en movimiento hasta á los casi resignados á no levantarse del

parage que su mala estrella les habia deparado. Uno de los que se hallaban al borde de este triste extremo era el coronel D. Gerónimo Valdés, jefe del E. M. que cubria la retaguardia: fatigado por el contínuo afan de animar á la tropa, despues de haber apelado á su orina, á las cortezas de los áridos arbustos y aun á ponerse plomo en la boca para mitigar algo la sed que lo consumia, rendido y falto de fuerzas se acostó al fin en el suelo al lado de una gran peña, donde le acompañaban algunos leales oficiales y soldados, y alli les alcanzaron primero el descubrimiento del agua y poco despues algunas cantimploras.

Asi reanimados los hombres continuó la tropa aquella horrible bajada, y antes de las doce del dia 5 de setiembre se hallaba reunida la infanteria á la derecha del rio que corre por la quebrada del Espíritu-Santo, y se llama luego de Lurin, menos algunas bajas por cuerpo entre ahogados y sofocados por el calor, la sed y el cansancio, precipitados, estropeados y desertados á favor de la noche y del desróden inevitable en tan extraordinarias circunstancias. Los soldados que suelen recordar con buen humor los mayores apuros y las mas duras fatigas bautizaron aquella famosa bajada con el nombre significativo de *quebrada de Arrastra-culos* y con muchísima propiedad. Si los enemigos hubieran podido saber con oportunidad el estado en que nuestra infantería bajaba á la quebrada del Espíritu-Santo, con algunas compañías la hubiesen rendido facilísimamente toda; y este riesgo y las demas desgracias y molestias indicadas eran una consecuencia natural de la necesidad de tener que marchar sin guias prácticos del terreno, porque como el pais estaba insurreccionado no se hallaba en los pueblos un solo habitante.

El dia 5 de setiembre toda la division quedó reunida en la Cieneguilla, y descansó hasta el dia siguiente al anochecer que emprendió la marcha para la rinconada de Late, y al amanecer del 7 tomó posicion en Pampagrande, donde se supo por algunos prisioneros que hicieron las descubiertas que el general enemigo con todo su ejército y muchas *montoneras*, ó partidas de guerrillas, campaba en la inmediata chacra de Mendoza. Esperaba Canterac que le atacase San Martin fiado en la superioridad de su número; mas convencido el dia 8 de que este no mostraba ánimo de moverse, se adelantó sobre su campo con el jefe de E. M., las compañías de cazadores del infante D. Cárlos y el escuadron de dragones de Arequipa, ocupó las alturas situadas entre la laguna de la Molina y la llanura del Cascajal, desde donde pudo descubrir bien la posicion del enemigo. «Todo el costado izquer-

»do, y frente de este *decia Canterac en su parte oficial al virey*, esta»ba cubierto por el rio Surco: su derecha en direccion del camino »real de Lima á San Borja estaba apoyada á varias tapias, y á su re»taguardia se hallaban, aunque á alguna distancia, las alturas llama»das del Pino, que dan principio á las que siguen hasta el almacen »de la pólvora de la Menacho: á todas las abraza dicho rio. La infan»tería enemiga estaba parapetada detrás de tres órdenes de tapias, y »el rio Surco, aunque de poca anchura, por su mucha rapidez y bor»des escarpados solo podia pasarse por los dos puentes que estaban so»bre el frente de la línea enemiga. Su caballería á retaguardia de su »derecha y la chusma de guerrillas ó montoneras á su retaguardia y »esparcidos por todos los caminos.—Al pie de la altura que habiamos »ocupado se halla la casa de Monterrico, que lo estaba por Montonera »y dos mitades de caballería enemiga las que el escuadron de Arequi»pa y compañías de cazadores del Infante, mandadas por sus capita»nes los tenientes coroneles graduados D. Pedro Aznar y D. Pedro »Peña desalojaron con gallardía sobre la marcha. Hice venir el resto »de infantería, caballería y artillería que quedaba en Late, y habien»do pasado por dos portachuelos las alturas de Monterrico desemboca»ron todas las tropas en el Cascajal; apoyamos nuestra derecha á dicha »altura, dejando dos batallones en columnas: la caballería formó la iz»quierda de la línea, y la casa de Monterrico quedó ocupada por el es»cuadron de Arequipa y las compañías de cazadores del infante. Du»rante la noche el coronel Valdés con estos cazadores y alguna tropa »del Imperial Alejandro se adelantó sobre la posicion enemiga para »cerciorarse si permanecia en la misma, ó si se habia movido en »direccion á San Borja como se creyó al anochecer. Este coronel efec»tuó con el tino que le es propio este reconocimiento, el cual dió lu»gar á un tiroteo de media hora: nuestras tropas se portaron con valor »y disciplina, y despues de cumplido su objeto, se retiraron con todo »órden.—Como sin una gran desventaja no podia atacarse al enemi»go por su frente resolví marchar por líneas por el flanco izquierdo, »aparentar dirigirme á Surco, y de pronto variar á la derecha y apode»rarme de los campos de San Borja, y puesto en ellos, atacarlo por »su flanco derecho si permanecia en la posicion que se ha indicado. »Me parecia expuesto este movimiento, pues que á la distancia de dos »tiros de cañon del enemigo era preciso pasar dicho rio, y desembocar »por un solo puente; pero era indispensable practicarlo para interpo»nernos entre el enemigo y el Callao, poder comunicarnos con este, »y efectuar lo que V. E. me habia prevenido.»

En el órden que se acaba de indicar se puso la division Canterac en marcha á las 7 de la mañana del dia 9, y variando á la derecha en el tambo de Surco, siguió rápidamente por el camino real que conduce á Lima, apoderándose préviamente del puente la compañia de cazadores del primer batallon del imperial Alejandro y un escuadron de granaderos de la Guardia, cuya tropa desalojó en seguida á los enemigos que ocupaban la casa de San Borja, y permaneció en este punto todo el dia. Entre tanto Canterac tomó posicion á un lado del camino real en dos líneas con la izquierda hácia San Borja y la derecha al rio Surco: la infanteria formaba la primera, y puestas las armas en pavellones derribó con increible prontitud todas las tapias que el general juzgó conveniente para desembarazar el uso de toda su fuerza, y asi se pasó el dia. «Aseguro á V. E. *decia Canterac en su citado parte*, que «las tropas mas aguerridas, y mas maniobreras no han ejecutado ni »ejecutarán jamás con mas gallardía, órden y precision los citados mo»vimientos al frente del ejército contrario. Durante este tiempo hizo el »enemigo un cambio de frente apoyando su derecha á las alturas del »Pino y su izquierda hácia el rio Surco: su frente quedó paralelo al »nuestro y cubierto por varios órdenes de tapias. Inmóvil aquel detrás »de sus atrincheramientos sin atreverse á atacarnos á pesar de su su»perioridad en número, bien dió á conocer lo poco que se determina»ba á emprender y el respeto que tenia á las valientes tropas nacionales. A las tres de la tarde desfiló por su flanco derecho y fué á tomar »posicion sobre el campo de instruccion, apoyando su izquierda á la »chacra del Pino y la derecha á la muralla de Lima.» Este movimiento de San Martin que parecia no indicar mas propósito que el de cubrir la derecha del camino que conducia á la puerta de la capital llamada de Cocharcas, obligó al general español á mandar al anochecer un cambio de frente central, adelantando el ala derecha, y se pasó el resto de la noche con la vigilancia que correspondia.

En esta situacion los españoles no podian permanecer á la expectativa; importábales aprovechar los momentos, y su comandante en jefe supo utilizarlos con prontitud é inteligencia. Vista la decision del enemigo á no iniciar un combate, el objeto preferente de Canterac era pasar á la plaza del Callao, y podia y aun debia ser el de los independientes impedir esta operacion; mas entrado el dia 10 de setiembre sin que se notase la menor novedad en el campo contrario, el general español previno que la infanteria, cinco piezas de artilleria, los bagajes y el ganado con los jefes de division Monet y Carratalá y el de E. M. Valdés marchasen por Santa Cruz á Bellavista, abriéndose

paso entre la Magdalena y el mar, mientras él personalmente con toda la caballería y dos piezas de artillería hacia ademan de buscar á los enemigos en su propia posicion, desembocando al efecto en el campo de San Borja frente á la puerta de Cocharcas. A la cabeza de esta columna formaban los escuadrones de dragones del Perú que mandaba el teniente coronel Camba, cuyo cuerpo cubrió luego la retaguardia, cuando habiendo calculado bastante adelantada la infantería, mandó Caterac cambiar de cabeza, y por la chacra de San Isidro y el pueblo de la Magdalena se dirigió á Bellavista, adonde llegó muy poco despues que las compañías de preferencia del infante D. Cárlos, mandadas por el coronel Valdés, perseguian á 400 enemigos que observaban al Callao desde la chacra de Baquijano, y que huyeron precipitadamente via de Lima. De este modo por una série de movimientos atrevidos, bien dispuestos y perfectamente ejecutados, *que harian honor á un Napoleon*, como dice Mr. Stevenson, las tropas que conducia el brigadier Canterac se trasladaron desde la rinconada de Late á la plaza del Callao, pasando á un cuarto de legua poco mas de los muros de Lima y á la vista de 12,000 hombres de todas armas que componian el campo de los disidentes, sin que nadie osara oponer el menor obstáculo á su marcha. La guarnicion del Callao y los habitantes refugiados en la plaza y la poblacion recibieron la division expedicionaria con una salva general, un entusiasmo y una alegria imposibles de describrir. Canterac campó bajo los fuegos del Real Felipe.

Al acercarse las tropas reales el 9 de setiembre á Lima ya los independientes tenian reclusos en el convento de la Merced todos los españoles europeos sin excepcion de clase ni edad *para ponerlos á cubierto de cualquiera insulto*, dice con suma candidez el citado y recomendable Mr. Stevenson. Agitada luego la muchedumbre, particularmente la originaria de Africa, en cuyos manejos ocultos era sobresalientemente diestro el ministro Monteagudo, bajo falsas alarmas y pretextos calumniosos, acudió en tropel al referido convento con el designio de asesinarlos, y solo á la noble conducta del comandante de la guardia de cívicos y á la impoderable firmeza y esfuerzos de la comunidad se debió el evitar á Lima el horror, la horfandad y el luto que algunos de sus llamados *libertadores* la preparaban. Apenas habrá quien crea que el ilustrado y filantrópico Mr. Stevenson califique este hecho horroroso y atroz de prueba evidente de la determinacion de los habitantes de aquella capital á defenderla de los españoles. Dentro de la Merced habia muchos ancianos y achacosos, pero tiernos padres, muchos buenos esposos, muchos amantes decididos, muchos hombres

honrados en fin é inocentes, y la pacífica Lima jamás atentó contra objetos de tanto respeto y veneracion: ni ¿qué tenia de comun una plebe de color y extraviada de intento con la dulzura de carácter de los naturales de Lima. ? Nada; absolutamente nada, y los extrangeros como Mr. Stevenson no deben desconocerlo, porque no pueden ignorar que cuando una plebe soez, compuesta de diversas castas, agitada hasta el desenfreno por algunos pocos terroristas sedientos de sangre española, se esforzaba por allanar el convento de la Merced para inmolar las muchas víctimas inocentes que el gobierno habia reunido allí: las esposas, las madres y los hijos de todas edades y sexos llenaban con su desolacion y sus lamentos de terror y espanto á los mismos asesinos. Esos eran los sentimientos de entusiasmo y de patriotismo de la poblacion de Lima. Restablecido el órden, los prisioneros de la Merced en considerable número fueron conducidos á Ancón y embarcados en los buques que se hallaban allí fondeados.

El mencionado testigo ocular Mr. Stevenson, que cándidamente interpretó el motin de la plebe baja de Lima, promovido de intento por un rasgo de patriotismo, de amor á la independencia y de decision por hacer frente á las tropas leales, nos dice en seguida que en la noche del 9 de setiembre, cuando Canterac campaba poco mas de un cuarto de legua del campo de San Martin; recibió lord Cochrane á bordo de la O-Higgins una órden comunicándole que el enemigo se hallaba á las puertas de Lima, y se le suplicaba enviase todas las armas útiles, que tuviese la escuadra, asi como todos los marineros y voluntarios, en atencion á que el *Protector* estaba decidido á librar una accion y á vencer ó sepultarse bajo las ruinas de la capital. «Sin embargo' *añade*, esta nota heróica estaba acompañada de otra de Monteagudo invitándole á tener prontas y disponibles las embarcaciones menores de los buques de guerra y una vigía sobre la playa de Bocanegra para el servicio de los que pudiesen escapar caso de una derrota,» (1) En efecto todas las probabilidades del resultado de un choque en aquellas circunstancias parecian estar del lado de Canterac, no obstante su notable inferioridad numérica; pero ya manifestamos como al dia siguiente se le dejó pasar al Callao sin forzarlo á combatir.

(1) Mr. Stevenson, Relacion histórica.

CAPITULO XIX.

Proyecto de inutilizar las fortalezas del Callao.—Otro para abastecer de víveres y extraer armamento.—Movimiento de Canterac al norte.—Espantosa desercion.—Regreso de Canterac á la sierra.—Capitula el Callao.—Resuelve el virey trasladarse al Cuzco.—Villalobos.—Valdés.—Loriga.—Olañeta.—Persecucion contra los realistas.—Monteagudo.—San Martin.—Abreu.—La Mar.—Expedicion de Pasco.—Reposicion del ejército.

AÑO DE 1821.

El 11 de setiembre por la mañana el ejército enemigo apareció en línea entre Lima y el Callao, la derecha apoyada al rio Rimac que da nombre al valle, y extendiéndose luego por el tambo de Mirones hácia el pueblo de la Magdalena, levantando tambien una batería sobre el camino real que facilita el tránsito y comunicacion entre la ciudad y el puente: el frente ademas de esa línea se hallaba defendido por diferentes órdenes de tapias de adobes. Con motivo de que los españoles tenian necesidad de salir del tiro de cañon de la plaza para forragear no tardaron en trabarse escaramuzas y tiroteos mas ó ménos sérios, y aunque los independientes sacaban la peor parte repitieron esta diversion mientras la expedicion Canterac se mantuvo en el Callao; pero evitaron todo otro compromiso porque las muestras que recibian eran demasiado comprobantes del vivísimo deseo que manifestaban los realistas por venir á las manos con sus contrarios sin consideracion á su superioridad numérica ni aun á la posicion que ocupaban.

O morir ó entrar en Lima, se decian unos á otros los indígenas leales; mas razones de inmenso peso debieron influir en el ánimo del comandante en jefe para no haberse resuelto á sacar partido de una decision y un entusiasmo que engrandecia su fuerza, y de que no son comunes los ejemplares.

Una de las atenciones de Canterac era conducir al Callao todo el ganado que se pudiera recoger en el tránsito para ver de introducirlo en la plaza, caso de que los enemigos abandonaran la capital como algunos esperaban; pero frustados todos estos proyectos, ya por la rapidez con que se ejecutaron las marchas desde Jauja á la vista de Lima, ya por haberse mantenido el general San Martin en la capital, el Callao sin víveres debia naturalmente verse obligado á capitular pronto. Para el caso pues en que no se pudiese abastecer la plaza de víveres, parece que ordenaba el virey que se extragera la guarnicion y el armamento que se pudiera, que se inutilizaran los castillos, y que se regresara al valle de Jauja. Para ejecutar tamaño mandato con el pulso y detenimiento que merecia, se procedió el 11 de setiembre como Canterac explica en su parte.

«Este dia, *dice*, se celebró una junta de guerra, en la cual hice ver al general gobernador el mariscal de campo D. José de la Mar los oficios é instrucciones de V. E., y este señor manifestó la imposibilidad de evacuar é inutilizar la plaza, como verá V. E. por la adjunta copia del acta número 1.° por hallarse refugiadas en ella mas de 600 personas de ambos sexos que quedarian en el mayor compromiso y expuestas al furor del enemigo. Proveerla de víveres sacándolos de Lima para poder continuar su defensa tampoco era posible, pues que para ello era preciso antes batir al ejército, y esta operacion se oponia á las instrucciones de V. E., por ser en extremo aventurada contra un enemigo que tenia reunidas todas sus fuerzas en una posicion naturalmente fuerte, y en la que no podia obrar nuestra caballería, no contando yo á mis órdenes ni una tercera parte del número de infantería que tenia aquel; y sobre todo no reconociendo en mi posicion otro punto de retirada, en caso de desgracia, que la plaza misma del Callao, y falta esta de víveres era consiguiente la total pérdida de mis tropas y de estas la del Perú.»

En este razonamiento sobresale indudablemente lo respetable y atendible de las observaciones del gobernador la Mar; pero divulgado en el campo español el motivo de la reunion de la mencionada junta, cuando la creencia general estaba en favor de buscar al enemigo, sacando del Callao al efecto cuantos auxilios fuera posible mover, la idea

de haber emprendido una expedicion tan penosa y arriesgada para venir á presenciar la destruccion de aquellas fortalezas, produjo gran disgusto, harto disculpable por la nobleza del sentimiento que lo ocasionaba. Apercibido Canterac de esta desagradable sensacion, convocó el 13 á todos los jefes de los cuerpos, conferenció con ellos largamente sobre la situacion, y visto que no podian ser destruidos los castillos por las razones mencionadas, ni permanecer la division en el Callao sin víveres y sin forrages, quedó acordada la salida de esta en direccion del norte por la playa; pero debiendo conducir cada individuo, ademas de su armamento propio un fusil de los existentes en la plaza de que tanta necesidad habia.

El 14 de setiembre á las once de la noche se puso Canterac en marcha por la orilla del mar para esguazar el Rimac por Bocanegra; pero habiendo observado varias embarcaciones menores enemigas que vigilaban la costa y que apercibidas del movimiento, lo que no podia menos de suceder, causarian impunemente el mayor daño, reconoció la imposibilidad de continuarlo en aquella direccion, y pesando con prudencia todas sus contingencias, retrocedió al campamento que acababa de dejar bajo los fuegos del Real Felipe. En esta misma noche se pasaron al enemigo dos oficiales europeos y tres ó cuatro soldados del pais: y este acto criminal, preludio de los que le habian de seguir luego, revelaba la mas horrible perspectiva en recompensa de tanto atrevimiento, tanta valentía y tanta habilidad hasta entonces ostentada. Conocida la idea de evitar un empeño con el enemigo para procurar con mayor seguridad el regreso á la sierra, desapareció tambien el interés que habian manifestado por la expedicion las personas refugiadas en la plaza y aun la misma guarnicion, advirtiéndose en la tropa expedicionaria una visible frialdad. En tan crítico estado la indecision podia proporcionar al enemigo la mas segura victoria.

El brigadier Canterac, valiéndose de una persona embarcada en un buque extrangero, D. Fernando del Mazo, entabló activamente con estos una negociacion para proveer de víveres la plaza por mar, y la llevó tan adelante, que casi parecia depender su feliz éxito de que se entregasen de contado 80 mil pesos que pedian de pronto los contratistas á cuenta de la suma total que ascenderia á 400 mil pagaderos en los puertos intermedios del Sur, y aun sospechaban algunos que el mismo Cochrane tuviera parte en las utilidades de este negocio. Acabábanse de repartir á las tropas expedicionarias 2,000 onzas de oro que Canterac reclamó para reunir la cantidad pedida de pronto, y no solo fueron inmediatamente devueltas con gusto, sino que varios jefes

pusieron á disposicion del general el dinero propio que conservaban, cuyo ejemplo fué generosamente imitado entre los emigrados refugiados en el Callao, inclusa la esposa del teniente general D. Juan Ramirez que entregó 1,000 onzas de oro, todo con el fin de que aprontados los 80 mil pesos tuviese la negociacion de abastecer de víveres el Callao el buen término que se deseaba. Puesta la suma reunida en poder del gobernador de la plaza para que la remitiera oportunamente á manos de los contratistas extrangeros, el brigadier Canterac se ocupó del modo de sacar las tropas que mandaba de una posicion tan aventurada como la que ofrecian las inmediaciones del Callao, sin víveres, sin forrages y con un enemigo numeroso al frente.

Para adoptar una determinacion definitiva de la manera mas útil, mas conveniente y mas conforme con las opiniones de los que la habian de ejecutar, prudente recurso que nunca desdeñaron en lances de apuro los mas hábiles capitanes, reunió Canterac los jefes de los cuerpos de su division en la mañana del 16 de setiembre, y les expresó su conviccion de que la tropa, con especialidad la de infantería, no podia conducir un fusil por hombre ademas de su armamento: que la necesidad de armas era tan patente, que sin ella ni aun podrian tener aplicacion los reclutas pedidos á las provincias interiores: que en esta virtud ó los jefes con sus oficiales se prestaban á conducir en sus propias caballerias los fusiles repartidos á cada cuerpo, ó depositando en la plaza todo lo que sierviera de embarazo se atacaba á todo trance al enemigo; y que sobre estos dos extremos esperaba y deseaba oir el libre parecer de cada uno, sin perder de vista las consecuencias de una desgracia si llegaba á experimentarse por nuestra parte. Los jefes interrogados generalmente convinieron en lo difícil y crítico de la situacion actual, pues que ni seria cuerdo desatender las justas observaciones que el general acababa de expresar, ni se podia dejar de temer grande desercion con el regreso á la sierra, tanto porque esta habia comenzado ya por oficiales, como por la gente de la costa que varios cuerpos contaban: que si extrayendo de la plaza artillería de mayor calibre podia conducirse sobre la línea enemiga, convendria hacer una tentativa procurando no empeñarse sin conocidas ventajas con el fin de inculcar en la tropa la idea de que la superioridad, que creia de su parte, consistia en poderse medir con los independientes en campo raso, y no sobre parapetos y atrincheramientos contra los cuales no siempre triunfaban los mas valientes, porque el deseo de buscar al enemigo, que se tenia en menos, era general en el campo español; que si esta operacion daba por resultado ocupar la capital, en

breve podrian sacarse de ella artículos de subsistencia para el Callao, y tendria ademas la division expedito el regreso al valle de Jauja por la línea mas corta; que en cuanto á los fusiles se ofrecian á arbitrar medios para trasportar cada cuerpo los que se le habian designado, y aun los jefes de caballería añadieron que un fusil colocado á la espalda de sus soldados no lo tenian por un absoluto obstáculo para manejar el sable. Tal fué en sustancia el parecer de los jefes convocados, excepto dos ó tres que opinaron decididamente por atacar al enemigo. El comandante en jefe, despues de manifestar que no era posible mover la artillería que se habia indicado, resolvió que se condujeran los fusiles, y los cuerpos se aprontasen á marchar á la primera órden.

Recibidas por Canterac mayores seguridades sobre el cumplimiento de la contrata entablada para abastecer de víveres la plaza del Callao, tuvo por indispensable moverse para procurar á sus tropas los medios de subsistencia, de que carecian, y para contraerse á varios movimientos que llamasen la atencion del enemigo por diferentes partes; «mas siempre con la idea, *añade*, de volver al Callao, »cuando juzgase cumplida la citada contrata, y extraer entonces el »número posible de fusiles para traerlos á este cuartel general. Todo »esto parecia factible, pero los poderosísimos inconvenientes que sobre»vinieron cortaron este proyecto.» Como á las dos y media de la tarde del mismo dia 16 de setiembre el general español mandó vestir la division de gala y depositar en la plaza del Callao los pocos equipages que existian, las ollas de campaña de los cuerpos, los fusiles entregados para ser conducidos, los aparejos ó albardas de las mulas de carga, excepto las destinadas al trasporte de algunas municiones y de dos piezas de artillería de montaña, y que la caballería soltara sus caballos de mano, los cuales, reunidos á las acémilas de la division, habian de seguir á retaguardia bajo la custodia de una pequeña escolta. Desconocida en el campamento la causa que motivaba estas repentinas y singulares disposiciones, creyóse generalmente que se atacaba al enemigo, y algunos cuerpos manifestaron su aprobacion prorrumpiendo en vivas al rey; mas este error no fué de grande duracion. «A las cuatro de la tarde del mismo dia 16, *dice Canterac en su parte*, me moví con la division hasta la Legua, adelantando dos »mitades de caballería sobre el camino del tercer óvalo donde existia »el campo enemigo. A la derecha tomó posicion el primer batallon del »Imperial; quedando sobre el camino los escuadrones de granaderos »de la Guardia, mandados por su comandante teniente coronel D. Va-

»lentin Ferraz, y dos piezas de artillería á las órdenes del coronel »D. José Carratalá, mientras el resto de las tropas verificaba sobre »la izquierda el movimiento con direccion á San Agustin, pasando el »rio Rimac por frente de la chacra de Villegas: tuve precision de se»guir en la misma noche la marcha por Oquendo, como único medio »de quedar fuera del flanco del enemigo, y llegué á este punto al »amanecer del 17; mas como no encontrase en él ganado alguno, »despues de dos horas de descanso, me dirigí por Marquez á Copaca»bana bajo los fuegos de un bergantin enemigo, que nos molestó muy »poco, causándonos solo la pérdida de dos hombres. En este campo »recogimos 500 reses vacunas, y pudo ya la tropa poner sus ranchos »y recobrarse algo del trabajo del dia y de la noche anterior.» Desde la Legua á Oquendo se atraviesa un terreno pedregoso y montuoso, y en él se perdieron la mayor parte de las mulas y caballos sueltos con algunos soldados desertados ó extraviados; y desde Oquendo á Copacabana hubo tres oficiales pasados al enemigo, y fueron prisioneros algunos pocos individuos de tropa, de los que faltos de sueño y de alimento, y fatigados de cansancio, se tendian á descansar, y quedándose dormidos ó muy rezagados venian á ser pronto presa de las partidas independientes, que no tardaron en seguir la direccion de los españoles.

Posesionado Canterac del valle de Carabaillo por un movimiento ejecutado con la mayor valentía, hallábase en disposicion de poder llenar su próposito, y cuando menos mantenerse á la ligera en las cercanías de Lima hasta que la plaza del Callao comenzara á recibir víveres, como debia de suceder, enviando el gobernabor inmediatamente á los contratistas extrangeros los 80,000 pesos convenidos; pero la Mar no remitió esa cantidad como se habia acordado, y la contrata de víveres quedó sin realizacion, si ya su propuesta no envolvía un nuevo género de artificio para entretener á los jefes españoles, que perdieran infructuosamente el tiempo y que se malgastara con inútiles dilaciones la fuerza moral de sus tropas. El mismo dia 17 por la tarde condujo el coronel Guido al gobernador del Callao un pliego del general San Martin, en el que decia que estaban á su discrecion los defensores de la plaza, porque las tropas de Canterac iban dispersas y perseguidas por las suyas, lo que era notoriamente falso, y que si á las diez de la mañana del dia siguiente se le entregaban las fortalezas concedia á la guarnicion las vidas, los empleos y los equipages. El general la Mar contestó que necesitaba la plaza de mayores datos sobre la suerte de las tropas reales, y que, si San

Martin facilitaba este conocimiento, se entraria entonces en el arreglo de una capitulacion.

El 18 de setiembre amanecieron sobre el campo de Canterac dos escuadrones de granaderos montados de los Andes y mas de 600 hombres de guerrillas ó montonera, ocupando las alturas de San Lorenzo y San Juan de Dios y provocando á la desercion. El coronel Carratalá con los batallones 1.° del Imperial Alejandro, 2.° del primer regimiento y los escuadrones de dragones del Perú recibió la órden de desalojarlos, lo que verificó sobre la marcha, persiguiendo á los enemigos hasta Tambo-Inga, mientras el general Canterac movia su campo á Pueblo-Viejo, en el valle de Carabaillo; pero ya las invitaciones de los adversarios habian producido el efecto á que se dirigian, que era el de inspirar confianza á los soldados realistas. De aqui procede el siguiente párrafo del parte de Canterac: «Desde este dia me »ví precisado á abandonar la idea de volver al Callao, y me decidí á »alejarme cuanto antes de las inmediaciones de Lima; pues la mas in»audita y escandalosa desercion de mas de 30 oficiales y 500 solda»dos de diferentes cuerpos de todas armas iba á exponer á un grande »contraste las fuerzas de mi mando A la vista de aquel pueblo recor»daron estos infames los vicios en que habian vivido en él encenaga»dos, y que tantos males ha traido á la disciplina de este ejército: »compararon cobardes tan abominables placeres con los trabajos que »al repasar los Andes podrian tener, y se abandonaron al mas detes»table crímen, olvidando el honor y constancia que siempre ha dis»tinguido á los soldados españoles.» Nosotros reconocemos por merecida esta severa censura del comandante en jefe, pero creemos que la idea de alejarse de un enemigo, que las tropas realistas estimaban en menos, ha sido una concausa de grande influencia en tan lamentable desercion, pues que mientras subsistió vivo el pensamiento de buscar á los independientes la division expedicionaria no contaba un desertor.

En el mismo 18 de setiembre por la mañana se recibió en el Callao otro pliego de San Martin autorizando al gobernador para que enviase un oficial que se cerciorara de la suerte de las tropas de Canterac, de las cuales, decia, tenia en su poder 18 oficiales y muchos soldados. En consecuencia fué comisionado el brigadier D. Manuel Arredondo para averiguar *entre los enemigos* la verdad de lo acontecido. Arredondo regresó por la tarde á la plaza con nueva comunicacion de San Martin, instando á que en la propia noche se le contestara sobre si se admitia ó no la capitulacion propuesta, y sin tomar en cuenta la sig-

nificacion natural á que daba lugar la misma premura con que el enemigo instaba, respondió el gobernador que al dia siguiente irian dos comisionados á tratar con él. En la mañana del dia 19 se reunió en el Callao una junta de guerra, en la que se expuso no haber víveres mas que para tres dias, ademas de la escasez de la guarnicion, á causa de las bajas experimentadas por los muertos de enfermedad, por los desertores al enemigo y por los enfermos que existian en el hospital; y con presentía de las noticias entonces exageradas de intento sobre el estado de las tropas de Canterac, se acordaron las bases de la capitulacion, y se autorizó al citado brigadier Arredondo y al capitan de navío D. José Ignacio Colmenares, quienes partieron el mismo dia para el cuartel general enemigo, y San Martin convino, como le interesaba, con cuanto se le proponia.

El 20 se permitió franca comunicacion entre las tropas enemigas y la plaza del Callao, visitándola en consecuencia por la tarde algunos jefes de los independientes, y quedó acordada su entrega en forma para el otro dia 21 á las diez de la mañana. A la hora prefijada los destacamentos destinados al efecto se entregaron de las dos puertas del Real Felipe y de los torreones ó caballeros, y una hora despues salió la guarnicion por la puerta principal con todos los honores militares hasta la distancia de 150 varas, pasando por entre las tropas bloqueadoras. Allí dejaron los realistas en pabellones las armas, y se les permitió retirarse libremente á Lima ó á la poblacion del Callao, segun cada uno estimó mejor. De este modo pasó á poder de los enemigos de la España la única plaza fuerte que habia en el Perú, y este destino era de todo punto inevitable solo por falta de subsistencias; pero no se alcanza cómo el gobernador la Mar disculparia la precipitacion de su entrega, no habiendo remitido á los contratistas de víveres los 80,000 pesos reunidos, y habiendo quedado con el comandante en jefe Canterac en sostenerse siete dias mas, tuviera ó no efecto la contrata de abastos entablada. A este fin dejó Canterac en la plaza el poco ganado que aun conservaba para mantener su division, con la cual salió osadamente del Callao á la ventura, porque no dejaba de ser contingente hallar con que racionarla en algunas leguas. Mas el general gobernador la Mar, despues que capituló, no solo tomó partido con los independientes, sino que proclamó á sus compatriotas, asegurándoles que *toda su vida habia suspirado un momento favorable en que poder manifestar sus sentimientos por la causa de la independencia*, y fué mas tarde elevado al rango de gran mariscal del Perú. Estúdiese con detenimiento la naturaleza de la guerra que allí

sostuvieron los españoles leales, y se juzgará y apreciará entonces, como es debido, su constante merecimiento, y respetará su propia desgracia como merece el valor sin fortuna.

Vista la lastimosa desercion experimentada en Pueblo-Viejo, Canterac resolvió replegarse inmediatamente á la sierra sin esperar, ni poder esperar ya el resultado de la negociacion incoada para abastecer de víveres la plaza del Callao, ignorante al mismo tiempo de cuanto en ella pasaba. En consecuencia marchó el 19 de setiembre á Macas, el 20 al pueblo de Porochuco y el 21 á Huamantanga, continuando de tal modo la desercion en oficiales y tropa, que en estas tres jornadas perdieron los españoles casi la mitad de su infantería y algunos bagajes. El cuerpo de dragones del Perú que mandaba el teniente coronel Camba tuvo 7 oficiales y 35 individuos de tropa desertados desde el valle de Carabaillo á Huamantanga. En el arma de caballería fué el cuerpo que mas bajas contó, y era el que mas debia de experimentar en aquellas circunstancias, asi por su mayor residencia en Lima, como por la mucha gente de la costa de que se componia.

El cuadro que presentaba la division Canterac en su regreso á la sierra era horrible, y no ofrecia mas que un ominoso porvenir. Los enemigos que no se habian atrevido á separarse de sus atrincheramientos cuando las tropas reales maniobraban á su vista, no tenian desertores y conservaban el mayor entusiasmo, se esforzaban ahora por perseguirlas, sin duda, para favorecer mas de cerca la desercion. Con este objeto una columna de cazadores, dos escuadrones y considerable número de montonera trataron de apoderarse el 21 de setiembre de la altura que domina el pueblo de Porochuco, y recibieron un desengaño costoso que les proporcionó el brigadier Monet con la retaguardia que mandaba. Sin embargo, el 23 del mismo mes se acercaron á Huamantanga, donde campaban y descansaban las fatigadas tropas españolas, y recibieron de ellas otro costoso desengaño, porque aunque se habia disminuido su número, no habia flaqueado el aliento de los leales. Para describir este hecho de armas notable en tantas circunstancias nos servimos de las palabras de Canterac en su parte. «Serian las once de este último dia, dice, cuando se »presentaron á nuestro frente, sobre las alturas de la izquierda del »camino de Porochuco como 400 infantes enemigos, é inmediata»mente dispuse que los cazadores del Imperial y primer regimiento, »el resto del batallon de este nombre, mandado por su activo coman»dante D. Francisco Narvaez, y una mitad de granaderos de la

»Guardia atacasen á aquellos. Esta brillante operacion se efectuó bajo »las órdenes de los dignos coroneles D. José Carratalá y D. Gerónimo »Valdes, distinguiéndose extraordinariamente la mitad de granaderos »de la Guardia mandada por el esforzado teniente D. Antonio Jurado, »que cargó con la mas invencible valentía y acabó de deshacer ente»ramente este cuerpo enemigo, que fué completamente derrotado, de»jando en el campo mas de 20 muertos, 9 prisioneros y mas »de 100 fusiles en nuestro poder. Mientras dichas tropas se cubrian »de gloria en la mencionada accion de las alturas de la izquierda, me »dirigí á Porochuco por el camino real con el resto del Imperial y »tres mitades de dragones de la Union, adelantando los granaderos »de dicho batallon y una de las mitades que mandaba el teniente »D. José María Sola: estos valientes unidos al coronel Valdés sobre »el pueblo atacaron á sus órdenes las alturas de retaguardia, posi»cion extraordinariamente fuerte, que estaba defendida por mas »de 500 hombres, parte de ellos del batallon núm. 7, y, á pesar de »la obstinada resistencia que estos hicieron, los bizarros granaderos »del Imperial, mandados por su valiente capitan el teniente coronel »graduado D. Antonio Palomares, llegaron á apoderarse de la casi in»accesible altura de la derecha, mientras que las demas compañías »de este batallon, á las órdenes de su digno comandante D. Pedro Be»cerra, marchando por la izquierda, ocuparon la prolongacion de la »cuesta de las alturas por aquella parte. Cargó al mismo tiempo la »mitad de dragones con el coronel Valdés y el teniente coronel de di»cho cuerpo D. Ramon Gomez de Bedoya por el camino real, y batido »el enemigo en todos aquellos puntos, se abandonó á una precipitada »fuga, como único asilo para salvarse, perseguido á bayonetazos por »los granaderos y acuchillados por los dragones en distancia de mas »de una legua, habiendo quedado sobre el campo mas de 30 muertos »y en nuestro poder 20 prisioneros, 200 fusiles, mas de 150 caba»llerías ensilladas y regado el campo de gorras, sombreros y espadas »de oficiales y otros despojos militares. El Imperial Alejandro tomó »al enemigo una bandera.»

Con esta severa leccion cesaron los independientes de seguir la marcha de los españoles; y como al practicar el referido ataque fueron aprehendidos dos oficiales que se iban al campo enemigo, los cuales fueron sumariamente pasados por las armas, cesó tambien con su ejemplar castigo la desercion. El 24 continuó Canterac la ruta para el valle de Jauja, desalojando las compañías de preferencia del Infante D. Cárlos, las partidas de montonera que se presentaron en las

alturas del camino. El 26 y 27 repasó la division por tercera vez en el corto intermedio de dos meses la fria y escabrosa cordillera de los Andes, y desde el 28 del mencionado setiembre al 1.° del siguiente octubre quedaron los cuerpos acantonados de Tarma á Huancayo, en cuyo último pueblo habia permanecido el virey durante la celebérrima expedicion al Callao, de que nos hemos ocupado. Describir con exactitud el mérito que contrajo la tropa del ejército real que se mantuvo fiel en tan penosa campaña, sin tiendas, con escaso abrigo, sin mas alimento que carne y algunas patatas, á veces sin sal para condimentarlas, sin botiquines y hasta con escasez de facultativos, porque tambien se contaron desertores en esta clase, es obra que reconocemos superior á nuestras fuerzas; pero estamos seguros que cuantos tengan aproximada idea de aquellos paises y de la guerra que se sostenia harán la justicia á que son acreedores los militares que concluyeron tan memorable expedicion, al paso que vituperarán la debilidad de los que, fijando la vista en los peligros y en las privaciones, no se reconocieron con ánimo bastante para arrostrarlos, y abandonaron inmoblemente sus ilustres enseñas.

La expedicion á la plaza del Callao y su vuelta al valle de Jauja era por sus singulares pormenores digna de un tratado especial; en el que con instructiva extension se patentizaran sus interesantes rasgos. Ella no ha ofrecido resultados de pronto tan felices como al proyectarla se esperaban, principalmente por la inaudita desercion que experimentó al sospecharse solo el pronto regreso á la sierra; pero es preciso confesar que los atrevidos y bien ejecutados movimientos practicados por los españoles para pasar por la rinconada de Late al Callao y para salir luego de esta plaza á la inmediacion y á la vista siempre de un ejército muy superior en número, descansado y bien provisto, no solo merecerán un lugar distiguidísimo en los anales militares, sino que arrancarán elogios á la misma rivalidad cuando los estudie. En cada uno de esos movimientos, mientras se conservó viva la idea de poder buscar al enemigo, era tan general cómo notablemente visible la decision por atacarlo, y jefes, oficiales y soldados marchaban todos con la voluntad que inspira la confianza de su propio valer, como el mismo Canterac debió observar cuando en el Cascajal anunció á la tropa *que en breve regularmente se le ofreceria la ocasion de acreditar lo que son capaces los soldados de la nacion española*, y el astuto y alebronado enemigo en tanto apenas se atrevia á separar de sus atrincheramientos alguna guerrilla. En medio de la grande y desconsoladora desercion que menguó despues las filas realistas

y de las molestias y penalidades consiguientes al paso y repaso de los famosos Andes, los militares de todas clases, que con Canterac concluyeron la mencionada atrevida expedicion, han desplegado rasgos de constancia, de firmeza, de inteligente resolucion y de magnanimidad que impusieron el mayor respeto á los enemigos, llenaron de admiracion hasta á los rivales extrangeros, y en cualquiera época, entre los militares entendidos, no solo formarán su mayor elogio, sino que ofrecerán honrosa materia para la historia de la esclarecida milicia de España.

Habiéndose trasladado Canterac el 10 de setiembre de los campos de San Borja al Callao, como hemos referido, al dia siguiente escribió San Martin á lord Cochrane, *dice Mr. Stevenson*, asegurándole que tenia tomadas tales medidas, que ni un solo enemigo se podia escapar, y que encerrándose en las fortalezas de aquella plaza ellos mismos se habian puesto en sus manos; pero con gran sorpresa de muchos, Canterac salió de la plaza, y atravesando el Rimac, se dirigió al interior sin ser hostigado en su marcha, y solo 800 hombres recibieron órden de seguirle para picar su retaguardia y proteger los desertores. «De este modo, *añade*, Canterac con 3,200 hombres pasó »al sur de Lima á la vista del ejército protector del Perú de 12,000 »hombres, entró en la plaza del Callao, donde descansó seis dias, se »retiró en seguida por el norte de Lima, llevándose consigo *armas y* »*tesoros*, y dejando al victorioso San Martin que, en una proclama »que salió á luz en la Gaceta del 19, se vanagloriase de haber puesto »en fuga al ejército enemigo.» (1)

Véase como aun los extrangeros entendidos suelen escribir de las cosas de España que ellos mismos presencian. Lejos de haber extraido Canterac *armas y tesoros* de la plaza del Callao, quedaron en ella cinco piezas de artillería de las siete que habia sacado de Jauja, y 2,000 onzas de oro que se habian repartido y el dinero particular de algunos jefes y oficiales allí se dejó, como hemos dicho, para que tuviera efecto la contrata de víveres entablada para abastecer la plaza. «Si las tropas mandadas por Canterac, *continúa Mr. Stevenson*, hu»biesen sido atacadas, habrian sido necesariamente batidas: su extre»ma inferioridad en todos conceptos, menos en punto á disciplina, »aseguraba el suceso de las tropas patriotas, tres veces mayores que »las del enemigo, descansadas, vigorosas y llenas de entusiasmo, »con la ventaja de poder elegir las mejores posiciones y á la vista de

(1) Stevenson, Relacion histórica.

»la capital de vastos paises, cuya libertad habian jurado defender, »mientras que la division española, fatigada de una larga marcha, »no tenia motivo alguno de emulacion personal ni otra perspectiva »que algunos dias de descanso y volver al interior donde sabian que, »á excepcion del terreno que pisaban, ningun individuo de la pobla- »cion de esta parte del globo reconocia su dominacion ni obedecia sus »órdenes. Los mismos españoles confiesan que si la division Canterac »hubiese sido destruida el 10 de setiembre, habrian desde este mo- »mento perdido la esperanza de reconquistar el pais, procurado obte- »ner las condiciones mas honrosas y abandonado la América. Consi- »guientemente, los torrentes de sangre que se han derramado en »el Perú despues de aquel dia, las privaciones y las desgracias ex- »perimentadas en esta parte del nuevo mundo, la defeccion de los »naturales de la justa causa de su patria, los servicios prestados »por ellos á los jefes españoles y la necesidad de la intervencion de »un ejército de Colombia para salvar el Perú de una sujecion igno- »miniosa, todos estos males procedieron del suceso de la division »española en aquella expedicion, en la que sin haber obtenido una »victoria decisiva, llenó sin embargo el objeto que la habia llevado »del interior á la costa. » (1)

Nosotros, al contrario, creemos que si la division Canterac hubiese sido atacada el 10 de setiembre, nada hubiera podido resistir su general y noble decision, y á favor de su superior disciplina, que el mismo Mr. Stevenson reconoce, hubiera probablemente obtenido el mas glorioso triunfo, cuyas consecuencias serian tan decisivas en pro de la causa española, como desventajosa su derrota. Es erróneo suponer que en caso de atacar San Martin elegiria este el terreno que quisiera; porque entonces Canterac aceptaria el combate donde estimara mas conveniente, y á este efecto habia hecho derribar las tapias de adobes del campo donde pasó la noche del 9 de setiembre para facilitar el uso de su excelente caballeria; y es no menor error suponer tambien que el partido español no contaba con mas terreno que el que pisaba, cuando la mayor parte de las provincias del Perú obedecian sumisas al virey y acudian con sus recursos y sus brazos á sostener el ejército real compuesto casi todo de peruanos. Verdad es que mas adelante los triunfos dieron la superioridad terrestre al partido español hasta la lamentable defeccion del general Olañeta, y que los leales defensores del dominio español en el Perú dieron

(1) Stevenson, Relacion histórica.

sobrado tiempo al gobierno supremo para que los hubiese auxiliado, como convenia, si le era posible. Lejos, pues, de ser seguro el resultado de un ataque por parte de San Martin en aquellas circunstancias, es todavía hoy un problema para muchos si Canterac obró cuerdamente ó no en no buscar al enemigo en su mismo campo, pues cualesquiera que fuesen las instrucciones del virey, no era dado á la prevision humana prevenir todos los casos fortuitos de una division que habia de maniobrar á la vista de un enemigo muy superior en número.

Por el temor de un revés en Lima, dice Mr. Stevenson, los caudales del gobierno independiente, asi como los de muchos particulares, fueron enviados á Ancon y embarcados, no á bordo de la fragata de guerra Chilena el Lautaro allí fondeada, sino de otros buques mercantes á fin de evitar que pudiesen ser presa del enemigo. El 15 de setiembre recibió lord Cochrane una carta del capitan del Lautaro, en la que le participaba el absoluto estado de indisciplina en que su tripulacion se hallaba, porque los marineros, al ver embarcar diariamente dinero, suponian el peligro en que San Martin y su ejército libertador se hallaban: que si los españoles triunfaban no solo no serian ellos pagados, sino que se verian obligados á continuar el servicio sufriendo los padecimientos que hacia tanto tiempo experimentaban. El capitan, en fin, temia una completa insurreccion y que fuesen saqueados los buques fondeados en Ancon. Con este aviso marchó lord Cochrane á este puerto, y en presencia de testigos hizo conducir á la fragata O-Higgins, que montaba, todo el numerario que se hallaba en los buques mercantes evidentemente perteneciente al gobierno del Perú, dejando el de propiedad particular, segun los registros de la aduana. En consecuencia 285,000 pesos fueron empleados al instante en pagar un año de sueldo á cuenta de los atrasos de la escuadra.

Este procedimiento dió lugar á sérias contestaciones entre el almirante y San Martin á las demas intrigas que refiere Stevenson, y no es nuestro propósito pormenorizar, y finalmente á que el *Protector* previniera á Cochrane de la manera mas terminante que dejara la bahía del Callao con los buques que mandaba, persuadido de que no podria hacerlo por falta de marineros europeos. Sin embargo, el 6 de octubre, ocho dias despues de la notificacion, todos los buques de guerra, con dos presas se hicieron simultáneamente á la vela, y salieron de la bahía del Callao para Ancon. De aqui mandó Cochrane á Chile el Lautaro y el bergantin Galvarino, y él con las fragatas

O-Higgins y Valdivia, la corbeta Independencia, el bergantin Araucano y las presas San Fernando y la Mercedes hizo rumbo para Guayaquil á fin de reparar estos buques y buscar luego con ellos sobre las costas de Méjico las fragatas Prueba y Venganza. El 15 avistó el almirante la isla de Puna, y el 18 del mismo octubre fondeó en el rio de Guayaquil. (1) Por este medio inesperado quedó el Perú independiente sin fuerzas navales, y la causa de España se vió libre de un enemigo tan superior como el inteligente y bravísimo lord Cochrane; pero de poco sirvió tan favorable incidente, porque la Península sufria ya los horrores de la guerra civil, y la debilidad, sino traicion, vino pronto en auxilio de nuestros enemigos.

Acantonado el ejército real de Lima en los abundantes pueblos de Tarma á Pampas inclusive, toda la atencion de los generales y de los jefes de los cuerpos se contrajo esmeradamente al reparo y reorganizacion de las tropas y á su mayor y mas pronto aumento. La importancia de conservar el valle de Jauja era de todos conocida, tanto considerado como punto militar estratégico por excelencia á menos de cincuenta leguas de Lima, como porque en muchas leguas no era fácil mantener las tropas tan bien ni á menos costo, particularmente la caballería; pero si los enemigos dueños de la plaza del Callao, enseñoreados del mar por falta de marina española, y sabedores del estado de poca fuerza á que se veia reducido el ejército de Canterac, que apenas conservaba mas que su nombre y su espíritu, se movian hostilmente como podian y les era fácil, imposible de todo punto parecia el sostenimiento del feraz y salutífero valle de Jauja. Los reclutas para el reemplazo de las bajas del ejército habian de venir de las provincias de retaguardia, situadas algunas á cuatrocientas leguas del cuartel general, lo que se estimaba favorable para disminuir la desercion á que los naturales del Perú son tan propensos. Para activar la comunicacion y velar mas de cerca el cumplimiento de las providencias superiores, como convenia, importaba mucho que el jefe del reino se estableciera mas centralmente, y á este efecto resolvió trasladar su residencia á la ciudad del Cuzco, cuya determinacion puso luego en planta con aplauso general y conocida ventaja del buen servicio. Pero antes, sin embargo, adoptó varias medidas orgánicas en el ejército; puso la subinspeccion general de las tropas veteranas y de milicias del reino á cargo del zeloso coronel D. Alejandro Gonzalez Villalobos; nombró segundos ayudantes

(1) Stevenson, Relacion histórica.

generales de E. M. al primer comandante de infantería graduado de coronel D. José Ramon Rodil y al teniente coronel de caballería don Andres García Camba; trasladó al E. M. del ejército del alto Perú, cuyo cuartel general se hallaba en Arequipa, al coronel D. Gerónimo Valdés, y señaló al coronel D. Juan Loriga para reemplazarle en igual cargo en el ejército de Lima que mandaba Canterac.

La division del brigadier Olañeta, que ocupaba la quebrada de Humahuaca al sur del Perú, se habia replegado á Tupiza, y tanto por el embravecimieto que iba tomando la guerra por la costa del mar, como porque carecia de atenciones de importancia por aquella parte, vino despues á situarse en Oruro, y á la sazon alcanzaban ya á la provincia de Puno algunos de sus cuerpos.

Entretanto los *libertadores* en Lima se ocupaban en hacer cruda guerra á las fortunas de los españoles avecindados en el pais y con familia, persiguiendo á unos, expatriando á otros y haciendo perecer no pocos sin reparo de los medios que condujesen á este efecto, distinguiéndose sobre todos en tan injusto como odioso proceder el ministro Monteagudo, á cuyo influjo se habia atribuido la órden del 27 de setiembre, por la que San Martin prohibió á los españoles residentes en la capital el que pudiesen salir de sus casas despues de las oraciones bajo la pena de destierro del pais y confiscacion de bienes. Igual suerte corrieron con corta diferencia varios criollos de los mas acomodados, á quienes bastaba acusar de *realistas* ó de *godos* para causarles su ruina. Procuraron fomentar entre las castas la licencia y el desenfreno, convirtiéndolas en instrumento adecuado á sus apasionados planes; por manera que, cuando cumplia á sus miras, hacian que la plebe mas soez de negros, zambos y mulatos saliera tumultuariamente por las calles gritando *mueran los gódos*. Decian algunos que estos desórdenes repugnaban al general San Martin, pero se le censuraba de falta de firmeza para reprimir las tendencias sanguinarias de su favorito Monteagudo, contra quien mas adelante tuvo que sublevarse toda la poblacion de Lima para derribarlo del poder, cansada ya de tolerar vejaciones, y librarse de este modo de uno de los mas odiosos abortos que suelen producir las revoluciones.

Para que pueda formarse una idea del carácter singular de este revolucionario, que tanto favor ha alcanzado del general San Martin con harto menoscabo de su nombre, vamos á presentar el retrato que hace de él Mr. Stevenson en su *Relacion histórica y descriptiva de veinte años de residencia en la América meridional*, y que confirma el capitan Mr. Lafond en sus *Viajes alrededor del mundo*, ambos

escritores extrangeros y que han servido la causa de la independencia de aquel pais, si bien el segundo censura al primero de tan prevenido contra el general San Martin como de parcial en favor de lord Cochrane, de quien fué secretrio.

D. Bernardo Monteagudo, pues, era uno de estos hombres, producto de las revoluciones, que falto de toda sensibilidad se burlaba de los que poseian tan apreciable cualidad: era natural del alto Perú, y pertenecia á la clase mas ínfima de la sociedad como de orígen africano: se dedicó al estudio de las leyes, y tenia todo el carácter pérfido y cruel de un zambo, con la imaginacion ardiente y ambiciosa de la mayor parte de los mulatos. «El asesinato de los Carreras en Men»doza, *dice Mr. Stevenson*, y el de los oficiales españoles en San »Luis son los tristes ejemplos de lo que puede ejecutar un mónstruo »y aprobar otro.» «Monteagudo, *añade Mr. Lafond*, no tenia la »ciega fogosidad ni el furor franco de un Danton: la astucia do»minaba sus trasportes: se parecia mas al tigre que al leon. Siguió »por largo tiempo al general San Martin, le acompañó en las campa»ñas de Chile y del Perú, y fué el ejecutor de sus sentencias; pero »es mas que verosímil que semejante instrumento, traspasando los »límites que se le prescribian, manchase la mano que lo empleaba. El »general San Martin, como todo jefe de partido, en momentos de cri»sis violenta en que se ve en peligro la suerte de su causa, no ha re»trocedido sin duda ante las terribles medidas que, á su parecer, »justificaba el objeto final; pero un agente del temple de Monteagudo »no ve en estas lamentables necesidades mas que una ocasion de »represalias y de venganza, un pretexto de homicidios y asesinatos. »Por sus órdenes fueron degollados los oficiales españoles prisioneros »en San Luis y en las Pampas; y desterrados de Lima y despojados »de sus bienes tambien ricos españoles. Monteagudo empleaba el ter»ror en provecho de sus deseos inmoderados: era vivo, sutil, perse»verante y estudioso; pero se servia de estas ventajas para satisfacer »su egoismo y sus implacables pasiones.» Tal era el hombre á quien San Martin asoció á su gobierno del Perú en calidad de ministro secretario de Estado.

Por este tiempo la prensa independiente de Lima se ocupaba principalmente en demostrar al mundo que la independencia del Perú estaba consumada, dando por sentado que las tropas del ejército real tenian que replegarse sobre las del alto Perú, debiendo por lo tanto abandonar á su dominacion todo el pais situado al norte del rio Apurimac cuando menos. Mas desengañados de que los españoles es-

taban decididos á sostener el valle de Jauja, y noticioso de que el jefe superior trasladaba su residencia al Cuzco, enviaron un oficial parlamentario con pliegos para el virey del general San Martin, apellidado ya *Protector del Perú*, del comisionado régio D. Manuel Abreu, que permanecia en Lima, y del general la Mar, que tambien residia en esta capital despues de la entrega del Callao. El 1.° de noviembre llegaron estos pliegos á Jauja.

En estas comunicaciones el caudillo enemigo se contraia á ponderar las ventajas obtenidas por los independientes en diversos puntos del continente americano, intentando probar con ellas la decision de los pueblos por emanciparse de la España: acompañaba tambien varios papeles públicos en los que se contenian las noticias á que se referia, y concluia manifestando sin embargo su disposicion á convenir en un acomodamiento pacífico siempre que se adoptase por base el reconocimiento de la independencia, que era precisamente una de las prohibiciones expresas contenidas en las instrucciones del gobierno de S. M. El comisionado régio Abreu, por conducto de San Martin, aconsejaba al virey la retirada de las tropas sobre el Cuzco, como único medio de salvarlas de una próxima destruccion, suponiendo al enemigo una importancia que visiblemente disminuia en proporcion de los dias que dejaba correr sin desalojar á los españoles de las posiciones que ocupaban. Añadia Abreu que si el virey no resolvia retirar sus tropas al Cuzco, desde donde opinaba podria aun conseguir alguna negociacion, consideraba inutil su permanencia en el reino, y pedia su pasaporte para regresar á la Península. Y el general la Mar por último dirigia al virey una exposicion en renuncia de los empleos, grados y condecoraciones que habia recibido del gobierno español.

El virey la Serna contestó al general San Martin con la real prohibicion para admitir la independencia por base de ninguna negociacion, y le acompañó ejemplares de los periódicos españoles en cambio de los que él habia tenido la atencion de remitirle: al general la Mar le previno que no residiendo en su autoridad facultades para admitirle la renuncia que hacia, dirigiera una para S. M. acompañada de sus despachos y diplomas en la seguridad de que la daria el correspondiente curso, cosa que no llegó á tener efecto, y la Mar tomó partido con los independientes: al comisionado régio contestó en fin el virey como era de esperar de su puro españolismo con la circunspeccion que merecian sus poco meditados consejos y aun su censurada conducta en el pais desde el momento de su arribo, incluyéndole el competente pasaporte para que emprendiera cuando gustase su regreso á la

Península, en la inteligencia de que daba cuenta de todo á S. M.

El arribo del comisionado régio al Perú fué notoriamente perjudicial á los intereses de España, ya porque los disidentes estimaban en poco estas comisiones pacificadoras, ya tambien porque para cumplimentar las órdenes de la Córte fué preciso paralizar las operaciones militares cuando mas urgente era su mayor actividad. Por otra parte, causaba general estrañeza que el gobierno del rey fiase á un capitan de fragata una comision de tamaña importancia y trascendencia, no porque un capitan de fragata no pudiera reunir la mas vasta capacidad para su buen desempeño, sino porque no suponia bastante categoría para tratar con enemigos orgullosos, circunstancia que los independientes interpretaban por desprecio hácia ellos. Abreu tenia ademas la desgracia de no poseer mucho atractivo personal; no gozaba de la mejor salud, y se portaba y vestia con tanta llaneza, que dió ocasion á los bufones á ridículas comparaciones. Tampoco conocia aquella clase de guerra, ni el carácter particular de los que la promovian, ni era fácil por último negociar con ventaja, aunque los negociadores españoles abundaran en distinguidas recomendaciones, con quienes tan superiores se creian, y tan en menos estimaban á sus antiguos metropolitanos. Para convencer del concepto que merecia á los enemigos mas influyentes el comisionado régio, bastará citar la expresion de García del Rio, uno de los plenipotenciarios de San Martin, usada con uno de los jefes que acompañaron al virey á la entrevista de Punchauca. Discurriendo aquel sobre el estado de la España y las esperanzas de su gobierno, dijo señalando á Abreu: y *¿qué tal si juzgáramos del paño por la muestra?* La esperiencia probaba en contra de esas comisiones pacificadoras en América sin fuerza que las valorizara: pero una vez adoptadas habria sido de desear que se hubiesen encomendado á sujetos de la primera distincion en rango social y en habilidad, y que se hubiesen presentado en América rodeados de todo el boato correspondiente al nombre que la España habia tenido allí y á la grandeza que se atribuia aun á sus monarcas.

Situado el ejército de Canterac en el abundante y saludable valle de Jauja, contaba cómodamente con la manutencion de hombres y caballos; pero carecia de los artículos mas indispensables para atender como urgia á la necesaria recomposicion del armamento, y aun de medicinas para auxiliar á los enfermos en los hospitales. Esperar estos artículos de las provincias de retaguardia, adonde se habian pedido, era malograr el tiempo precioso que dejaba la sorprendente inaccion de los enemigos. En consecuencia salió del valle de Jauja una columna

ligera para el cerro de Pasco al mando del comandante D. Dionisio Marcilla con el objeto de recoger hierro y medicinas, y de adquirir noticias del estado de Lima por los mineros que tenian diaria comunicacion con la capital. Marcilla desempeñó cumplidamente su encargo, y regresó al cuartel general sin el menor contratiempo.

El resultado favorable de esta expedicion movió al comandante en jefe Canterac á enviar otra mas fuerte al mismo punto y con igual objeto, la cual á las órdenes del coronel Loriga emprendió la marcha el 30 de noviembre. Entró sin oposicion en el cerro de Pasco, y cuando se preparaba á regresar fué repentinamente atacada en la noche del 6 al 7 de diciembre por 50 caballos, mas de 300 infantes y crecido número de indios en combinacion al parecer con el pueblo. Los enemigos lograron al principio alguna ventaja á favor de la noche, de la mala calidad del terreno, lleno de bocas-minas hasta dentro de la poblacion, de la muchedumbre de indios y de su acostumbrada y alborotadora algazara; pero el coronel Loriga se apoderó inmediatamente del átrio de la iglesia y de las casas mas próximas, y resolvió con sumo acierto esperar el dia á la defensiva. Apenas amaneció y reconoció Loriga la posicion de los enemigos, los atacó tan vigorosamente, que los puso en completa derrota con considerable pérdida, causada la mayor parte por la terrible carga que dieron los húsares de Fernando VII que mandaba el teniente coronel D. Gabriel Perez.

Mucha era en verdad la importancia de este suceso, porque si los disidentes lograran su meditado proyecto, su triunfo en aquellas circunstancias hubiese con probabilidad producido que una numerosísima indiada acudiese á reunirse á los vencedores para molestar á los españoles, en época precisamente en que era para ellos de incalculable valor un momento de descanso. Al dia siguiente regresó la expedicion al valle de Jauja con porcion de cargas de hierro y algunos cajones de medicinas de que tanta necesidad habia.

En el mismo mes de diciembre quedó el virey establecido en el Cuzco, antigua capital del imperio de los Incas, y pronto empezó el ejército á recibir toda clase de recursos con mayor regularidad; y tanta y tan asídua atencion se prestaba á la reorganizacion é instruccion de los cuerpos, que pocos meses bastaron para creerse aquellos incansables españoles, no solo en estado de disputar con fundada esperanza la posesion del rico valle de Jauja, sino de tomar confiadamente la ofensiva, como luego veremos. Grande es sin duda alguna el mérito que los generales, jefes y oficiales del ejército español contrageron en la reorganizacion de sus abatidas y disminuidas tropas, y el

mismo autor de la Historia de la revolucion *Hispano-Americana* dice á este propósito: «Las tropas salidas de Lima seguian en el valle de Jauja »dedicadas con inimitable zelo á su arreglo y disciplina y á la formacion »de nuevos cuerpos para tomar la ofensiva sobre el enemigo. Es su»perior á todo elogio el mérito contraido por los dignos jefes españoles »en esta nueva posicion: el pais abundaba en recursos, pero carecia »totalmente de fábricas y de los medios de sacar algun partido de las »primeras materias. Era preciso, pues, suplir aquella falta con atre»vidas invenciones y con una perseverante industria. Otra clase de »hombres, que no hubiera tenido tanto teson y constancia, se habria »desanimado con este cúmulo de tropiezos y dificultades; mas nada »retrajo á aquellas bizarras tropas de su firme propósito de poner en »activad todos los recursos de su ingenio para disputar á palmos el »terreno.»

El ejército del alto Perú, disminuido tambien por los refuerzos que habia remitido al de Lima, guarnecia las provincias fieles al sur del Cuzco, inclusa la de Arequipa y su extensa costa. Su general en jefe, el teniente general D. Juan Ramirez, residia en Arequipa sin gozar de perfecta salud; y para dar mayor impulso á las disposiciones militares, fué enviado alli de jefe de E. M. el coronel Valdés, quien marchó en posta desde Huancayo á encargarse de su nuevo destino, y muy en breve tuvo que salir al encuentro de las partidas enemigas avanzadas por la costa hasta Caravelí con el fin de fomentar la insurreccion. Tal era el estado de las cosas públicas al concluir el presente año.

FIN DEL PRIMER TOMO.

FE DE ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
		INTRODUCCION.	
VI	40	100.....	1,000.
		MEMORIAS.	
5	34	Iturisgaray.....	Iturrigaray.
7	2.ª nota	Charca.....	Charcas.
16	1	ropoblando.....	repoblando.
20	37	Punamá.....	Panamá.
30	6	dal.....	del.
44	30	residencia.....	resistencia.
51	15	formba.....	formaba.
67	39	nuestras.....	muestras.
72	18	era imposible.....	era muy posible.
74	33	aproba.....	aprobaba.
74	37	en banda.....	en la banda.
80	38	del cuerpo.....	de cuerpo.
87	1	Jacon.....	Tacon.
90	32	Tritan.....	Tristan.
99	22	al ejército.....	el ejército.
107	17	atarla.....	atacarla.
112	37	accion.....	faccion.
124	24	hacen.....	hacer.
132	12	religiosas.....	religiosos.
143	5	Huamarga.....	Huamanga.
198	8	rey.....	virey.

Potosí.—Muerte de Nieto, Córdova y Sanz.—Noticias biográficas de Casteli.—Chile. 27

CAP. III.—Año de 1811.—Insurreccion de Chuquisaca.—Fundacion de esta ciudad y orígen de sus tres nombres.—D. Domingo Tristan en la Paz.—Fundacion de esta ciudad.—Un acuerdo.—Entrada de Casteli en la Paz.—Dimisiones no aceptadas acertadamente.—Mala fé de los disidentes.—Noble conducta de Goyeneche.—Puente del Desaguadero.—Resuélvese Goyeneche á tomar la ofensiva.—Gloriosa batalla de Guaqui.—Su importancia.—Diaz Velez en Potosí y Cochabamba.—Fundacion de esta capital.—Goyeneche en la Paz y Oruro.—Batalla de Sipesipe.—Insurreccion de Pacages, Larecaja y Omosuyos.—Cercan los insurrectos á la Paz y cortan la comunicacion con el ejército.—Disposiciones del virey Abascal.—Pumacahua y Chuquihuanca.—Desgracia en Tiquina.—Avanzan Pumacahua y Benavente al sur del Desaguadero.—Sus buenos servicios.—Lombera entra en la Paz.—Entra Goyeneche en Cochabamba.—Pasa á Potosí, haciendo ocupar al mismo tiempo á la Plata.—Reclutamiento en Chichas.—Sumision de Tarija.—Barreda.—Picoaga.—Diaz Velez.—Ramirez en Huata.—Prepárase un nuevo choque en Suipacha. 49

CAP. IV.—Año de 1812.—Picoaga rechaza en Suipacha á Diaz Velez.—Toma la ofensiva.—Arribo de Tristan al campo realista.—Retirada del enemigo.—Tratado de Elio con Buenos-Aires.—Desercion en el ejército real.—Nueva conmocion de Cochabamba y otros pueblos.—Accion de Huari.—Expedicion de Goyeneche contra Cochabamba.—El general Vigodet reemplaza á Elio.—Accion de Pocona.—Accion de San Sebastian.—Ocupacion de Cochabamba.—Regreso del cuartel general á Potosí.—Movimiento de la vanguardia.—Accion desgraciada del Tucumán.—Retirada á Salta.—El enemigo toma la ofensiva. 71

CAP. V.—Año de 1813.—Batalla desgraciada de Salta.—Capitulacion.—Tacon.—Mendizabal.—Estevez.—Retirada de Jujuy.—Comunicaciones de Tristan á Goyeneche.—Abandono de Potosí.—Retirada á Oruro.—Sus consecuencias.—Renuncia Goyeneche el mando.—Disgusto de las tropas.—Nombramiento de Hinestrosa sin efecto.—El brigadier de artillería D. Joaquin de la Pezuela reemplaza á Goyeneche

en el mando.—Nueva insurreccion de Cochabamba.—Gloriosa batalla de Vilcapugio.—Victoria de Ayohuma.—Sus consecuencias..... 87

CAP. VI.—Año de 1814.—Invasion de Jujuy y Salta.—Arenales.—Blanco y otros jefes.—Guerra de los gauchos.—Rendicion de Montevideo.—Retirada del general Pezuela á Suipacha.—Insurreccion del Cuzco.—Crítica situacion de Pezuela.—Temeridad de Castro.—Fidelidad de la tropa.—Expedicion de Ramirez contra la rebelion cuzqueña.—Ocupan los alzados á Puno, el Desaguadero y la Paz.—Sus atrocidades.—Triunfo de Gonzalez en Huanta.—Huancavelica.—Victoria de Ramirez sobre la Paz.—Derrota de Picoaga en la Pacheta.—Entrada de los facciosos en Arequipa.—Su abandono y precipitapa fuga.—Ramirez ocupa á Arequipa.—Acontecimientos de Europa.—Triunfan las armas reales en Chile.—Movimiento de tropas de Buenos-Aires contra el Perú.—Su perniciosa influencia..... 111

CAP. VII.—Año de 1815.—Güemes abandona á Yavi.—Ejército de Rondeau.—Descúbrese en él una conspiracion.—Paraliza sus movimientos.—Padilla en Presto.—Sorpresa de Tejada.—Revés de los realistas cerca de Cinti.—Astucia del coronel enemigo Rodriguez.—Su libertad.—Noticias de Chile.—Una carta notable.—Los alzados son rechazados en Palcagrande.—Prevenciones del virey.—Motivos de la detencion de Ramirez en Arequipa.—Triunfo de Barra.—Desgraciada contrarevolucion en Tinta.—Sale Ramirez para Lampa.—Triunfo de Matará.—Batalla de Humachiri.—Sus consecuencias.—Ramirez en el Cuzco.—Gonzalez (D. Vicente) en Andahuailas y Abancay.—Gonzalez (D. Francisco de Paula) en Chumbivilcas.—Es nombrado gobernador de Puno.—Motivos.—Una comunicacion de Rondeau.—Rumores sobre la expedicion de Morillo.—Derrotas de facciones en la Laguna y Tabaconuño.—Perfidia de los enemigos.—Retirada de Pezuela á Challapata.—Consiguiente abandono de Potosí, Chuquisaca y Cochabamba.—Resolucion heróica de esta guarnicion.—Derrota de los facciosos en Azángaro y Asillo.—Idem en Marcapata.—Nuevo refuerzo de Chile.—Preparativos contra Oruro.—Terminante prevencion del virey.—Acuerdo en junta de guerra.—Proyecto de Rondeau.—Refuerzos en el cuartel general.—Recibimiento de la division Ramirez.—

Nuevo destino de la expedicion Morillo.—Tropas peninsulares.—Aprestos ofensivos de Arenales.—Acuerdo en junta de guerra.—Error que padecia la junta.—Reserva inoportuna del virey.—Nuevos antecedentes sobre el plan del enemigo.—Pezuela en Sorasora.—Rondeau en Ayohuma.—Accion de Venta y Media.—Derrota de Camargo y de Zárate.—Noticias satisfactorias de Europa..... 137

CAP. VIII.—Año de 1815.—Expedicion de Morillo.—Da vista al nuevo mundo.—Morales y sus tropas.—Conquista de la isla Margarita.—Un consejo de guerra.—Incendio del navío San Pedro.—Refuerzo enviado al Perú.—Su embarco en Panamá.—Su arribo á Paita y al Callao.—Su recibimiento en Lima.—Un acto de insubordinacion.—El ejército del alto Perú toma la ofensiva.—Primeros encuentros con el enemigo.—Gloriosa batalla de Viluma.—Ocupacion de Chuquisaca y Potosí.—Expedicion al valle Grande.—Estado lisonjero del alto Perú. 167

CAP. IX.—Año de 1816.—Sorpresa de Salo.—Retirada de Rondeau á Jujuy.—Ocurrencias en las tropas enemigas.—Los realistas ocupan á Suipacha y Libilibi.—El general Pezuela pasa á Mondragon y Potosí.—Ramirez.—Defensa de Chuquisaca por la Hera.—Sus operaciones.—Desastre del comandante Herrera.—La Madrid.—Browon bloquea el Callao.—Apresa dos fragatas.—Pasa á Guayaquil.—Su prision y cange.—Sorpresa y muerte de Camargo.—Los generales Pezuela y Ramirez son promovidos, el primero á virey del Perú y el segundo á presidente de Quito.—Nombramiento de nuevo general en jefe.—Noticia de refuerzos.—Ocupacion de Tarija.—Facciones.—Muerte del subdelegado de Cinti.—Salen de Lima tropas europeas para el alto Perú.—Larecaja.—Nuevos apuros de Chuquisaca.—Derrota de Padilla.—Comunicacion del enemigo.—Tarija.—Aguilera.—Gerona.—Desembarco del general la Serna en Arica.—Su ingreso en el mando del ejército..... 191

CAP. X.—Año de 1816.—Sorpresa de Abrapampa.—Los indios de Vilacaya.—Operaciones en varios puntos.—Noticias de Costa-Firme.—Derrota y muerte de Padilla.—La Serna en Cotagaita.—Falsa alarma.—Derrota de la vanguardia enemiga en Yavi y Tarija.—Adelantos en la pacificacion.—Derrota y prision de Cardoso.—Derrota de Warnes.—Chile amenazado.—Prevenciones del virey Pezuela.—Repugnancia

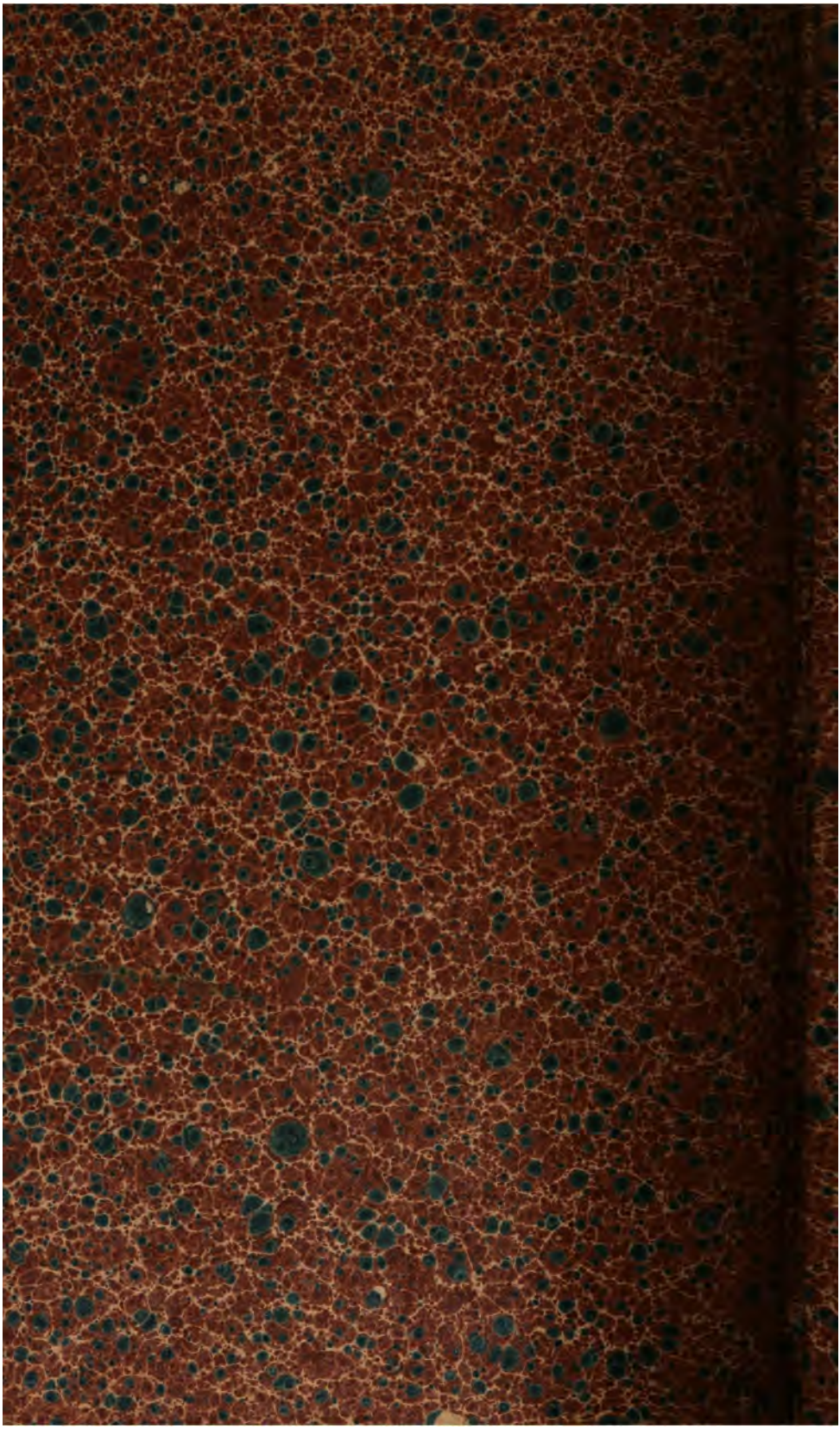
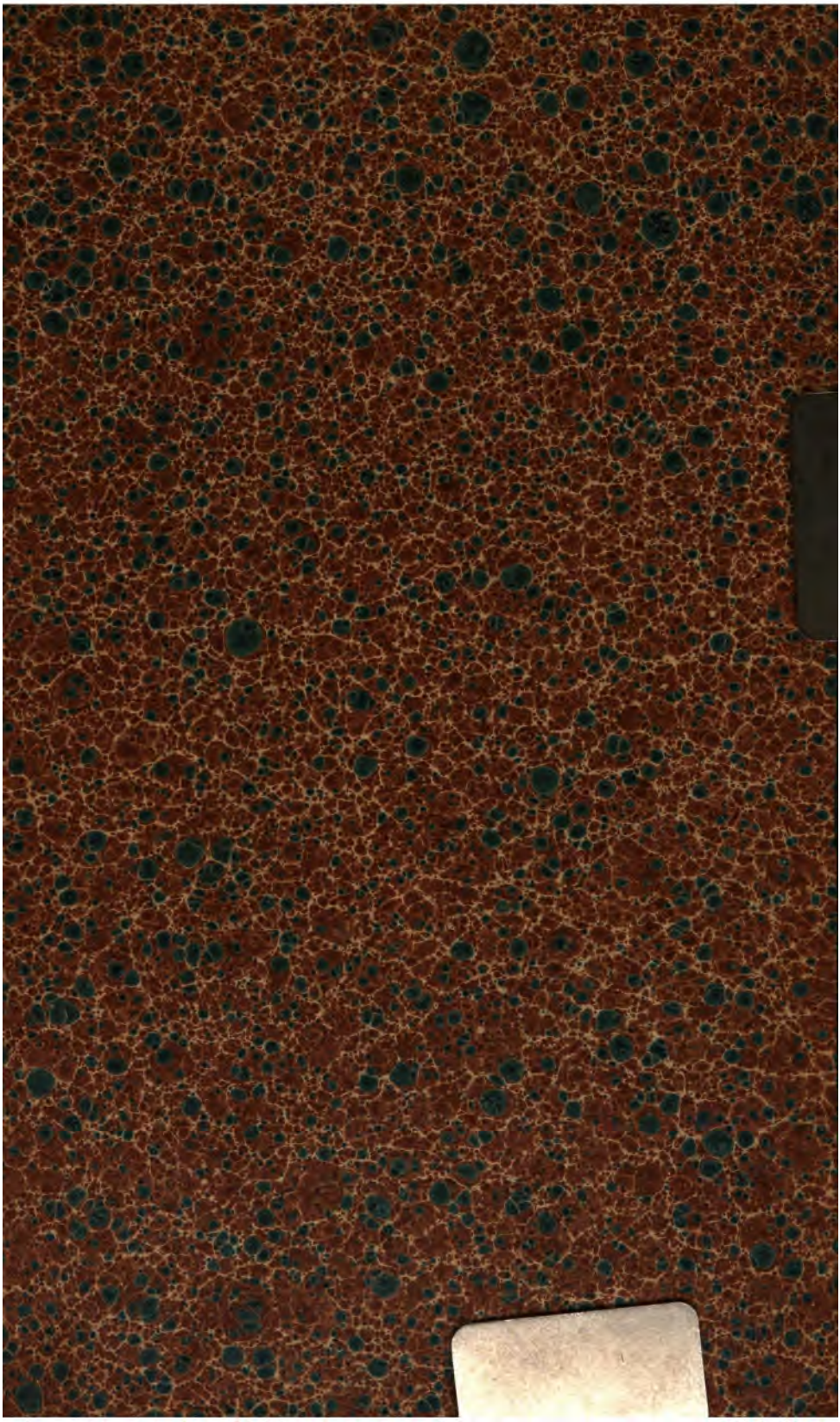
de la Serna.—Cede éste y ocupa Olañeta á Humahuaca.—Disposiciones del general en jefe.—Europeos y americanos.. 213
CAP. XI.—Año de 1817.—Movimiento sobre la provincia de Salta.—Reformas militares.—Ocupacion de Jujuy.—Fortificacion ligera de Humahuaca.—Conducta de varios cabecillas de retaguardia.—Su castigo.—Expedicion á Santa Elena.—El cuartel general en Jujuy.—Contínuos encuentros.—Pérdida de Humahuaca.—Expediciones.—Ocupacion de Salta... 227
CAP. XII.—Año de 1817.—El cuartel general en Salta.—Primeros rumores de la pérdida de Chile.—Expediciones y activa campaña en los campos de Salta.—Confírmase la pérdida de Chile.—Comienza la Serna la retirada á las primitivas posiciones del ejército.—Noticias sobre los progresos de la Madrid.—Su derrota.—El marqués de Tojo.—Sorpresa de Rojas.—Nueva expedicion á Humahuaca.—Persecucion de facciones.—Arribo al Callao de mas tropas europeas.—Otra expedicion á Chile..... 249
CAP. XIII.—Año de 1818.—Desembarco de Osorio en Talcahuano.—Triunfo de Cancharrayada.—Derrota del Maipu.—La Esmeralda.—Abandono de Talcahuano.—Pérdida de la Isabel y de la mayor parte de la tropa que convoyaba.—Expedicion á Jujuy.—Ventajas de Aguilera y de Vigil.—Ricafort en Cochabamba.—Expedicion á Colorados.—Llega Canterac al ejército, nombrado jefe de E. M. G.—Valdés, subinspector.—Expediciones á Tarija.—Santa Elena.—La Loma.—Casavindo.—Salinas.—Temores sobre el estado de Chile.—Prevenciones preparatorias del virey.—Opinion del general la Serna.—Necesidad de instruir la caballería..... 268
CAP. XIV.—Año de 1819.—Retirada de Sanchez á Valdivia.—Benavides.—Asesinatos en San Luis.—Desercion.—Derrota de algunos cabecillas.—Simulacro en el Callao.—Riesgo del virey.—Aparicion de Cochrane.—Expedicion á Huacho.—Otra á Humahuaca.—Preparativos de defensa.—Deja la Serna el mando del ejército y le nombra el rey sucesor.—Encuentros felices con los insurrectos.—Expedicion á los Cobres y á la quebrada de Toro.—Nueva expedicion de Cochrane.—Ataca al Callao.—Ocupa á Pisco.—Es obligado á embarcarse.—Exposicion importante al virey.—Cochrane en Guayaquil.—Llega la Serna á Lima..... 293
CAP. XV.—Año de 1820.—Pérdida del bergantin Potrillo y.

de Valdivia.—Atrocidades de Erezcano y de Latapia.—Ciudad y provincia de Valdivia.—Cochrane rechazado en Chiloe.—Quintanilla.—Derrota del Toro.—Narvaez.—Bobadilla.—Senosiain.—Expediciones ventajosas sobre los indios insurrectos.—Ramirez.—Expedicion á Salta.—Anuncios de una conspiracion.—Preparativos de defensa contra una invasion chilena.—Canba expone al virey el estado de las tropas de Lima.—Consecuencias.—Desembarco de San Martin en Pisco.—Recibe el virey órdenes de la córte: manda publicar y jura la Constitucion.—Progresos de San Martin.—Inútiles proposiciones de paz.—Tropas de la vanguardia.—Expedicion de Arenales.—Pasa San Martin al norte de Lima.—Derrota de O-Relli en Pasco..... 349

CAP. XVI.—Año de 1820.—Alzamiento de indios.—Ricafort.—Accion de Huancayo.—San Martin.—Cochrane.—Insurreccion de Guayaquil.—Aznapuquio.—Apresamiento de la Esmeralda.—Valdés.—Encuentro de Chancay.—Proyecto de una expedicion á Sayán.—Disminuye el virey las fuerzas de la vanguardia.—Primeros prisioneros.—Alvarado.—Desercion de Numancia.—Canterac.—Fragatas Prueba y Venganza.—Conspiraciones.—Espartero.—Documentos notables.—Pezuela.—La Serna..... 345

CAP. XVII.—Año de 1821.—San Martin en Retes.—Una ocasion perdida.—Sus consecuencias.—Cesacion del virey Pezuela en el mando.—Estado del Perú por el general Ramirez.—La Serna se encarga del vireinato.—Nombramiento de Canterac y de Valdés.—Da parte la Serna al rey, y le pide un sucesor.—Vallumbroso y Seoane.—Pérdida del bergantin Maipu.—S. M. aprueba en 29 de julio la eleccion de la Serna para virey.—Ricafort y Valdés.—Accion de Ataura.—Carratalá.—Accion de Canta.—Miller y Canba.—Conspiraciones.—Abreu, comisionado régio.—Negociaciones de Punchauca.—Entrevista del virey y San Martin.—Proposiciones de ambos jefes.—Nueva y peligrosa expedicion de Arenales.—Estado de la opinion en Lima.—Rodil.—Olañeta.—Pérdida de Méjico y Costa-Firme. 367

CAP. XVIII.—Año de 1821.—Expedicion de Canterac.—Evacuacion de Lima.—Retirada de Arenales.—Ocupacion del valle de Jauja.—Expedicion de Cochrane al sur.—La Hera.—Miller.—Accion de Mirave.—Ribero.—Reembarco de Mi-

ller.—Lima en poder de los independientes.—Bloqueo y defensa del Callao.—Famosa expedicion á esta plaza al mando de Canterac..... 397

CAP. XIX.—Año de 1821.—Proyecto de inutilizar las fortalezas del Callao.—Otro para abastecer de víveres y extraer armamento.—Movimiento de Canterac al norte.—Espantosa desercion.—Regreso de Canterac á la sierra.—Capitula el Callao.—Resuelve el virey trasladarse al Cuzco.—Villalobos.—Valdés.—Loriga.—Olañeta.—Persecucion contra los realistas.—Monteagudo.—San Martin.—Abreu.—La Mar.—Expedicion de Pasco.—Reposicion del ejército 421